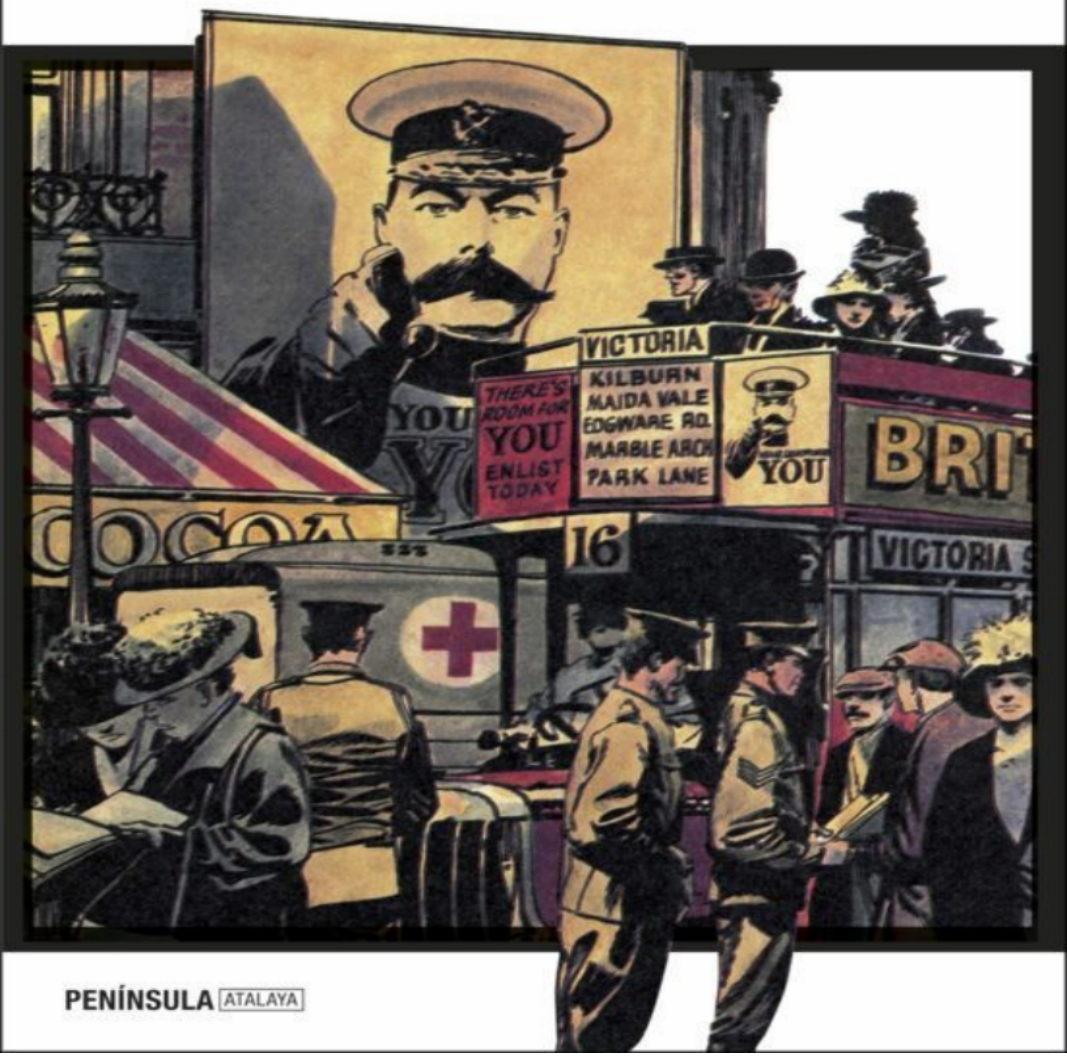
Barbara W. Tuchman

La torre del orgullo

Una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial



PENÍNSULA ATALAYA

Tabla de contenido

Otros libros de este autor

Pagina del titulo

Derechos de autor

Expresiones de gratitud

Contenido

Ilustraciones

Prefacio

1. Los Patricios: Inglaterra: 1895-1902

2. La idea y la acción: los anarquistas: 1890-1914

3. El fin de un sueño: Estados Unidos: 1890-1902

4. "¡Quiero lucha!": Francia: 1894-99

5. El continuo redoble del tambor: La Haya: 1899 y 1907

6. “El heroísmo está en el aire”: Alemania: 1890-1914

7. Transferencia de poder: Inglaterra: 1902-11

8. La muerte de Jaurès: Los socialistas: 1890-1914

Epílogo

Referencias

Sobre el Autor

Más elogios para La Torre del Orgullo

" La popularidad de la Sra. Tuchman se debe a algo más que a su habilidad con las palabras... ella nunca pierde de vista a las personas y no tiene miedo de contar una historia... Como en todos sus libros, este resplandece con la gente... maravillas de plenitud idiosincrásica".

—*Reseña del libro del New York Times*

"Los cañones de agosto, ganadora del premio Pulitzer, fue una evocación experta del primer espasmo de la guerra de 1914-18. Aporta los mismos dones narrativos y el mismo ojo de cámara panorámica a su retrato del mundo anterior a la guerra".

—*semana de noticias*

"Un trabajo exquisitamente escrito y totalmente fascinante... El conocimiento y la habilidad del autor son tan impresionantes que abren el apetito por más... [Leer estos ensayos pulidos] es una experiencia estéticamente gratificante. Nadie debería desaprovechar la oportunidad".

—*Chicago Tribune*

"Sólido e interesante... Brillante con bocetos de cientos de hombres".

—*El investigador de Filadelfia*

"Sra. Tuchman pinta la escena para nosotros con un pincel magistral, una escena resplandeciente y brillante, suntuosa y escandalosa".

—*Herald Tribune*

"Un éxito impresionante... Una obra tan notable como The Guns of August".

—*Diario de la biblioteca*

Por Bárbara W. Tuchman:

BIBLIA Y ESPADA
EL TELEGRAMA DE ZIMMERMANN
LOS CAÑONES DE AGOSTO
LA TORRE DEL ORGULLO
STILWELL Y LA EXPERIENCIA AMERICANA EN CHINA
UN ESPEJO LEJANO
HISTORIAL DE PRÁCTICA
LA MARCHA DE LA LOCURA
EL PRIMER SALUDO

Barbara W. Tuchman

THE PROUD TOWER

A Portrait of the World Before the War

1890–1914

BALLANTINE BOOKS • NEW YORK

Capitulo 2apareció, en parte, en The Atlantic Monthly de mayo de 1963. Partes deCapítulo 3se publicaron en American Heritage en diciembre de 1962 y en la edición del 100 aniversario de The Nation, en septiembre de 1965. Partes deCapítulo 1fueron publicados en Vogue en 1965.

Agradecemos a los siguientes por su permiso para reimprimir material publicado anteriormente:
Doubleday y AP Watt Ltd.:"La carga del hombre blanco" y ocho líneas de "La tregua del oso"

(“El oso que camina como un hombre”) del Verso de Rudyard Kipling: Edición definitiva. Reimpreso con permiso de Doubleday y AP Watt Ltd. en nombre de The National Trust for Places of Historic Interest or Natural Beauty.

*Henry Holt and Company, Inc. y la Sociedad de Autores:*Extracto de "On the Idle Hill of Summer" de "A Shropshire Lad" de The Collected Poems of AE Housman. Reimpreso con permiso de Henry Holt and Co., Inc., y The Society of Authors como representante literario del patrimonio de AE Housman.

*AP Watt Ltd.:*Cuatro líneas de “El valle del cerdo negro” de The Collected Poems of WB Yeats. Reimpreso con permiso de AP Watt Ltd. en nombre de Michael Yeats.

Ballantine y colofón son marcas registradas de Random House, Inc.

Mientras, desde una altiva torre de la ciudad, la
Muerte mira dominante hacia abajo.

De “La ciudad en el mar”
EDGAR ALLAN POE

Expresiones de gratitud

Al Sr. Cecil Scott de The Macmillan Company, que ha colaborado en este libro desde el primer esbozo hasta el final, tengo con él la deuda más importante de un escritor: por el constante compañerismo de un lector interesado y por la crítica constructiva mezclada con aliento en tiempos de crisis.

Por sus consejos, sugerencias y respuestas a consultas, agradezco al Sr. Roger Butterfield, autor de The American Past; el profesor Fritz Epstein de la Universidad de Indiana; el Sr. Louis Fischer, autor de La vida de Lenin; el profesor Edward Fox de la Universidad de Cornell; el Sr. KA Golding de la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte, Londres; el Sr. Jay Harrison de Columbia Records; el Sr. John Gutman de la Ópera Metropolitana; el Sr. George Lichtheim del Instituto de Asuntos Comunistas de la Universidad de Columbia; el Sr. William Manchester, autor de La casa de Krupp; el profesor Arthur Marder, editor de las cartas de Sir John Fisher; el Sr. George Painter, biógrafo de Proust; el Sr. AL Rowse, autor de una introducción a la obra de Graham Wallas; la Srta. Helen Ruskell y el personal de la Biblioteca de la Sociedad de Nueva York; Sr. Thomas K. Scherman, director de la Sociedad de Pequeñas Orquestas; Sra. Janice Shea por información sobre el circo en Alemania; a la profesora Reba Soffer de San Fernando Valley State College por información sobre Wilfred Trotter; el Sr. Joseph C. Swidler, presidente de la Comisión Federal de Energía; y el Sr. Louis Untermeyer, editor, entre muchas otras cosas, de Modern British Poetry. La misma gratitud se extiende a los muchos otros que me brindaron ayuda verbal de la cual no guardé registro.

Estoy en deuda con el Sr. AJ Ubels de los Archivos Reales de La Haya por su ayuda para encontrar algunas de las ilustraciones; al personal de las Salas de Arte e Imprenta de la Biblioteca Pública de Nueva York; y al Sr. y la Sra. Harry Collins de Brown Brothers.

Quisiera expresar un agradecimiento particular a dos infatigables lectores de las pruebas, la señorita Jessica Tuchman y el señor Timothy Dickinson, por las mejoras y correcciones, respectivamente; ya la Sra. Esther Bookman, quien mecanografió impecablemente el manuscrito de este y mi libro anterior, The Guns of August.

BÁRBARA W. TUCHMAN

Contenido

Cubierta
Otros libros de esta autora
Página del titulo
Derechos de autor
Expresiones de gratitud
Ilustraciones

Prefacio

1 LOS PATRICIOS Inglaterra: 1895–1902

2 LA IDEA Y EL HECHO Los anarquistas: 1890-1914

3 FIN DE UN SUEÑO Estados Unidos: 1890–1902

4 "¡QUIERO LUCHA!" Francia: 1894-1899

5 EL CONTINUO REDOBLE DEL TAMBOR La Haya: 1899 y 1907

6 “UN HEROISMO BRUTAL FLOTA EN EL AIRE” Alemania: 1890–1914

7 TRANSFERENCIA DE PODERES Inglaterra: 1902–11

8 LA MUERTE DE JAURÈS Los socialistas: 1890-1914

Epílogo

Referencias

Sobre el Autor

Ilustraciones

SIGUIENDO ESTA PÁGINA

5.1 Lord Salisbury

5.2 Lord Ribblesdale por Sargent, 1902

5.3 Las hermanas Wyndham por Sargent, 1899

5.4 Chatsworth

5.5 Príncipe Pedro Kropotkin

5.6 Redacción de La Révolte

5.7 “Dormí en ese sótano cuatro años”: fotografía de Jacob Riis, alrededor de 1890

5.8“Lockout”: título original “l'Attentat du Pas de Calais”, de Théophile Steinlen, de Le Chambard Socialiste, 16 de diciembre de 1893

5.9Tomás B. Reed

5.10Capitán (más tarde Almirante) Alfred Thayer Mahan

5.11 Charles William Eliot

5.12 Samuel Gompers

5.13 La multitud durante el juicio de Zola: título original “Les Moutons de Boisdeffre”, de Steinlen, de La Feuille, 28 de febrero de 1898

5.14 El “Sindicato”: título original “Le Pouvoir Civil”, de Forain, de Psst!, 24 de junio de 1899

5.15 “Alegoría”: por Forain, de Psst!, 23 de julio de 1898

5.16 “La verdad que surge de su pozo”, de Caran d'Ache, de Psst!, 10 de junio de 1899

5.17 Delegación británica a La Haya, 1899
5.18 Exposición de París, 1900: Porte Monumentale y el Palacio de la Electricidad
5.20 Alfred Nobel
5.21 Bertha von Suttner
5.22 La fábrica de Krupp en Essen, 1912
5.23 Richard Strauss
5.24 Friedrich Nietzsche contemplando la puesta de sol, Weimar, 1900
5.25 Una cervecería al aire libre en Berlín
5.26 Nijinsky como el fauno: diseño de Léon Bakst
5.27 Arthur James Balfour
5.28 Huelga de carbón, 1910: propietarios de minas que llegan al número 10 de Downing Street
5.29 Huelga de marineros, 1911
5.30 David Lloyd George
5.31 August Bebel
5.32 Keir hardie
5.33 “Huelga”, pintura de Steinlen

Prefacio

La época cuyos últimos años son el tema de este libro no murió por vejez o por accidente, sino que estalló en una crisis terminal que es uno de los grandes hechos de la historia. Ninguna mención de esa crisis aparece en las páginas siguientes porque, como aún no había sucedido, no fue parte de la experiencia de las personas de este libro. He tratado de mantenerme dentro de los términos de lo que se sabía en ese momento.

La Gran Guerra de 1914-1918 se extiende como una franja de tierra arrasada que divide esa época de la nuestra. Al aniquilar tantas vidas que habrían operado en los años siguientes, al destruir creencias, cambiar ideas y dejar heridas incurables de desilusión, creó un abismo físico y psicológico entre dos épocas. Este libro es un intento de descubrir la calidad del mundo del que surgió la Gran Guerra.

No es el libro que pretendía escribir cuando comencé. Las ideas preconcebidas fueron desapareciendo una por una mientras investigaba. El período no fue una Edad de Oro ni una Belle Époque, excepto para una fina capa de la clase privilegiada. No fue una época exclusivamente de confianza, inocencia, comodidad, estabilidad, seguridad y paz. Todas estas cualidades ciertamente estaban presentes. La gente tenía más confianza en los valores y normas, más inocente en el sentido de conservar más esperanza en la humanidad, que hoy, aunque no era más pacífica ni, excepto para los pocos superiores, más cómoda. Nuestra idea errónea radica en suponer que la duda y el miedo, la fermentación, la protesta, la violencia y el odio no estaban igualmente presentes. Hemos sido engañados por la propia gente de la época que, al mirar hacia atrás, al otro lado del golfo de la guerra, ven esa mitad anterior de sus vidas empañada por una hermosa neblina de paz y seguridad al atardecer. No parecía tan dorado cuando estaban en medio de ello. Sus recuerdos y su nostalgia han condicionado nuestra visión de la época anterior a la guerra, pero puedo ofrecer al lector una regla basada en una investigación adecuada: se descubrirá que todas las declaraciones sobre lo hermoso que era en esa época hechas por personas contemporáneas han sido realizado después de 1914.

Un fenómeno de malignidad tan extendida como la Gran Guerra no surge de una Edad de Oro. Quizás esto debería haber sido obvio para mí cuando comencé, pero no lo fue. Sin embargo, sentí que la génesis

de la guerra no residía en la Grosse Politik de lo que Isvolsky le dijo a Aehrenthal y Sir Edward Gray a Poincaré; en ese tortuoso tren de tratados de reaseguro, alianzas duales y triples, crisis marroquíes y embrollos balcánicos que los historiadores han seguido minuciosamente en su búsqueda de orígenes. Era necesario que estos acontecimientos e intercambios fueran examinados y los que venimos después estamos en deuda con los examinadores; pero su trabajo ya está hecho. Estoy con Sergei Sazonov, Ministro de Asuntos Exteriores ruso en el momento del estallido de la guerra, quien después de una serie de investigaciones exclamó finalmente: "¡Basta de esta cronología! "El enfoque de Grosse Politik se ha agotado. Además, es engañoso porque nos permite confiar en la fácil ilusión de que son "ellos", los traviesos estadistas, los que siempre son responsables de la guerra, mientras que "nosotros", los inocentes, simplemente somos guiados. Esa impresión es un error.

Los así llamados orígenes diplomáticos de la Gran Guerra son sólo el cuadro febril del paciente; No nos dicen qué causó la fiebre. Para investigar causas subyacentes y fuerzas más profundas, uno debe operar dentro del marco de toda una sociedad y tratar de descubrir qué movía a las personas que la integran. He tratado de concentrarme en la sociedad más que en el Estado. La política de poder y las rivalidades económicas, por importantes que sean, no son mi tema.

El período de este libro fue sobre todo la culminación de un siglo del ritmo de cambio más acelerado jamás registrado por la humanidad. Desde la última explosión de una voluntad beligerante generalizada en las guerras napoleónicas, las revoluciones industrial y científica habían transformado el mundo. El hombre había entrado en el siglo XIX utilizando únicamente su propia fuerza y la de los animales, complementadas con la del viento y el agua, de forma muy parecida a como había entrado en el siglo XIII o, en realidad, en el Primero. Entró en el Vigésimo con sus capacidades en transporte, comunicación, producción, manufactura y armamento multiplicadas por mil por la energía de las máquinas. La sociedad industrial dio al hombre nuevos poderes y nuevas posibilidades, al mismo tiempo que creaba nuevas presiones en materia de prosperidad y pobreza, crecimiento de la población y hacinamiento de las ciudades, antagonismos de clases y grupos, en la separación de la naturaleza y de la satisfacción en el trabajo individual. La ciencia dio al hombre nuevo bienestar y nuevos horizontes, mientras le quitaba la creencia en Dios y la certeza en un esquema de las cosas que conocía. Cuando abandonó el siglo XIX sentía tanto malestar como tranquilidad. Aunque el fin de siècle suele connotar decadencia, en realidad la sociedad de principios de siglo no estaba tanto en decadencia como

llena de nuevas tensiones y energías acumuladas. Stefan Zweig, que en 1914 tenía treinta y tres años, creía que el estallido de la guerra “no tenía nada que ver con ideas y apenas con fronteras. No puedo explicarlo de otra manera que por este excedente de fuerza, trágica consecuencia del dinamismo interno que se había acumulado durante cuarenta años de paz y que ahora buscaba una liberación violenta”. La ciencia dio al hombre nuevo bienestar y nuevos horizontes, mientras le quitaba la creencia en Dios y la certeza en un esquema de las cosas que conocía. Cuando abandonó el siglo XIX sentía tanto malestar como tranquilidad. Aunque el fin de siècle suele connotar decadencia, en realidad la sociedad de principios de siglo no estaba tanto en decadencia como llena de nuevas tensiones y energías acumuladas. Stefan Zweig, que en 1914 tenía treinta y tres años, creía que el estallido de la guerra “no tenía nada que ver con ideas y apenas con fronteras. No puedo explicarlo de otra manera que por este excedente de fuerza, trágica consecuencia del dinamismo interno que se había acumulado durante cuarenta años de paz y que ahora buscaba una liberación violenta”. La ciencia dio al hombre nuevo bienestar y nuevos horizontes, mientras le quitaba la creencia en Dios y la certeza en un esquema de las cosas que conocía. Cuando abandonó el siglo XIX sentía tanto malestar como tranquilidad. Aunque el fin de siècle suele connotar decadencia, en realidad la sociedad de principios de siglo no estaba tanto en decadencia como llena de nuevas tensiones y energías acumuladas. Stefan Zweig, que en 1914 tenía treinta y tres años, creía que el estallido de la guerra “no tenía nada que ver con ideas y apenas con fronteras. No puedo explicarlo de otra manera que, por este excedente de fuerza, trágica consecuencia del dinamismo interno que se había acumulado durante cuarenta años de paz y que ahora buscaba una liberación violenta”. Aunque el fin de siècle suele connotar decadencia, en realidad la sociedad de principios de siglo no estaba tanto en decadencia como llena de nuevas tensiones y energías acumuladas. Stefan Zweig, que en 1914 tenía treinta y tres años, creía que el estallido de la guerra “no tenía nada que ver con ideas y apenas con fronteras. No puedo explicarlo de otra manera que por este excedente de fuerza, trágica consecuencia del dinamismo interno que se había acumulado durante cuarenta años de paz y que ahora buscaba una liberación violenta”. Aunque el fin de siècle suele connotar decadencia, en realidad la sociedad de principios de siglo no estaba tanto en decadencia como llena de nuevas tensiones y energías acumuladas. Stefan Zweig, que en 1914 tenía treinta y tres años, creía que el estallido de la guerra “no tenía nada que ver con ideas y apenas con fronteras. No puedo explicarlo de otra manera que por este excedente de fuerza, trágica consecuencia del dinamismo interno que se había acumulado durante cuarenta años de paz y que ahora

buscaba una liberación violenta”.

Al intentar retratar cómo era el mundo antes de la guerra, mi proceso ha sido ciertamente muy selectivo. Al terminar este libro, soy consciente de que podría escribirse de nuevo con el mismo título y con un tema completamente diferente; y luego una tercera vez, todavía sin repetir. Podría haber capítulos sobre la literatura de la época, sobre sus guerras (la chino-japonesa, la hispanoamericana, la bóer, la ruso-japonesa, la balcánica), sobre el imperialismo, la ciencia y la tecnología, los negocios y el comercio, las mujeres, la realeza. , sobre medicina, sobre pintura, sobre tantos temas diferentes como pudieran atraer al historiador individual. Podría haber capítulos sobre el rey Leopoldo II de Bélgica, Chéjov, Sargent, El Caballo o US Steel, todos los cuales figuraban en mi plan original.

Creo que debo unas palabras al lector sobre mi proceso de selección. En primer lugar, me limité al mundo angloamericano y europeo occidental del que derivan más directamente nuestra experiencia y cultura, dejando de lado al europeo oriental que, por importante que sea, es una tradición separada. Al elegir los temas, el criterio que utilicé fue que debían ser verdaderamente representativos del período en cuestión y haber ejercido su mayor influencia en la civilización antes de 1914, no después. Esta consideración descartó el automóvil y el avión, Freud y Einstein y los movimientos que representaban. También descarté a los excéntricos, por muy cautivadores que fueran.

Me doy cuenta de que lo que sigue no ofrece ninguna conclusión general, pero sería inválido sacar alguna generalización ordenada de la heterogeneidad de la época. También sé que lo que sigue está lejos de ser el panorama completo. No es una falsa modestia lo que me impulsa a decirlo, sino simplemente una aguda conciencia de lo que no he incluido. Los rostros y las voces de todos los que he dejado afuera se agolpan a mi alrededor mientras llego al final.

BARBARA W. TUCHMAN

I
Los Patricios
INGLATERRA: 1895–1902

Los Patricios

El último gobierno del mundo occidental que poseía todos los atributos de la aristocracia en condiciones de trabajo, asumió el poder en Inglaterra en junio de 1895. Gran Bretaña estaba en el cenit del imperio cuando los conservadores ganaron las elecciones generales de ese año, y el gabinete que formaron fue el suyo. imagen soberbia y resplandeciente. Sus miembros representaban a los grandes terratenientes del país que habían estado acostumbrados a gobernar durante generaciones. Como ciudadanos superiores, sentían que tenían el deber para con el Estado de proteger sus intereses y gestionar sus asuntos. Gobernaban por deber, herencia y costumbre y, tal como lo veían, por derecho.

El Primer Ministro era un marqués y descendiente directo del padre y el hijo que habían sido ministros principales de la reina Isabel y Jaime I. El Secretario de Guerra era otro marqués que remontaba su título inferior de barón al año 1181, cuyo bisabuelo había sido Primer Ministro durante el gobierno de Jorge III y cuyo abuelo había servido en seis gabinetes durante tres reinados. El Lord Presidente del Consejo era un duque que poseía 186.000 acres en once condados, cuyos antepasados habían servido en el gobierno desde el siglo XIV, que había servido treinta y cuatro años en la Cámara de los Comunes y se había negado tres veces a ser Primer Ministro. El Secretario de la India era hijo de otro duque cuyo asiento familiar fue recibido en 1315 por concesión de Robert the Bruce y que tenía cuatro hijos sirviendo en el Parlamento al mismo tiempo. El presidente de la Junta de Gobierno Local era un terrateniente rural preeminente que tenía un duque por cuñado, un marqués por yerno, un antepasado que había sido alcalde de Londres durante el reinado de Carlos II, y que había sido miembro del Parlamento durante veintisiete años. El Lord Canciller llevaba un apellido traído a Inglaterra por un seguidor normando de Guillermo el Conquistador y mantenido desde entonces durante ocho siglos sin título. El Lord Teniente de Irlanda era un conde, sobrino nieto del duque de Wellington y administrador hereditario del Museo Británico. El gabinete también incluía un vizconde, tres barones y dos baronets. De sus seis plebeyos, uno era director del Banco de Inglaterra, el otro era un terrateniente cuya familia había representado al mismo condado en el Parlamento desde el siglo XVI.

Además de riquezas, rango, amplias hectáreas y antiguo linaje, el nuevo Gobierno también poseía, para pesar de la Oposición Liberal y

en palabras de uno de ellos, "una riqueza casi vergonzosa de talento y capacidad". Con una autoridad segura, descansando cómodamente en su mayoría electoral en la Cámara de los Comunes y en una mayoría permanente en la Cámara de los Lores, de la cual cuatro quintas partes eran conservadores, estaban en una posición, admitió el mismo oponente, “de fuerza inexpugnable. "

Enriquecieron sus filas los aristócratas Whig que se habían separado del Partido Liberal en 1886 en lugar de aceptar la insistencia de Gladstone en un gobierno autónomo para Irlanda. Eran en su mayor parte grandes terratenientes que, al igual que sus hermanos naturales, los conservadores, consideraban sacrosanta la unión con Irlanda. Liderados por el Duque de Devonshire, el Marqués de Lansdowne y el Sr. Joseph Chamberlain, permanecieron independientes hasta 1895, cuando se unieron al Partido Conservador, y los dos grupos emergieron como el Partido Unionista, en reconocimiento a la política que había traído ellos juntos. Con la excepción del señor Chamberlain, esta coalición representaba esa clase en cuya sangre, formación y práctica a lo largo de los siglos, la propiedad de la tierra y el gobierno habían sido inseparables. Desde que los jefes sajones se reunieron para asesorar al rey en la primera asamblea nacional, los terratenientes de Inglaterra habían estado enviando miembros al Parlamento y desempeñando las funciones de Alto Sheriff, Juez de Paz y Lord Teniente de la Milicia en sus propios condados. Habían aprendido la práctica del gobierno gracias a la posesión de grandes propiedades, y se comprometieron a administrar los asuntos de la nación de manera tan inevitable e incuestionable como los castores construyen una presa. Era su función ordenada y tarea natural.

Pero estaba amenazado. Por un creciente estruendo de protesta desde abajo, por los radicales de la oposición que hablaban de gravar los incrementos no ganados sobre la tierra, por los gobernantes locales que querían separar la isla irlandesa de la que procedían tantos ingresos ingleses, por los sindicalistas que hablaban de representación laborista. en el Parlamento y exigieron el derecho legal a la huelga y a interferir de otro modo con el libre juego de las fuerzas económicas, a los socialistas que querían nacionalizar la propiedad y a los anarquistas que querían abolirla, a las naciones advenedizas y a extraños desafíos del exterior. El estruendo era distante, pero hablaba con una sola voz que decía Cambio, y aquellos cuyo negocio era el gobierno no pudieron evitar escucharlo.

Plantado firmemente en el camino del cambio, operando con cautela, astucia pero con convicción apasionada en defensa del orden existente, se encontraba un par que fue Canciller vitalicio de la

Universidad de Oxford, había ocupado dos veces el Ministerio de la India, dos veces el Ministerio de Asuntos Exteriores y ahora era Primer Ministro. Ministro por tercera vez. Era Robert Arthur Talbot Gascoyne-Cecil, Lord Salisbury, noveno conde y tercer marqués de su linaje.

Lord Salisbury era al mismo tiempo el epítome de su clase y algo atípico de ella, excepto en la medida en que la libertad de ser diferente era una característica de clase. Medía seis pies y cuatro pulgadas de alto y de joven había sido delgado, desgarbado, encorvado y miope, con el pelo inusualmente negro para un inglés. Ahora, a los sesenta y cinco años, su delgadez juvenil se había convertido en corpulencia, sus hombros se habían vuelto macizos y más encorvados que nunca, y su pesada cabeza calva con una espesa barba gris y rizada descansaba sobre ellos como si estuviera cargada de peso. Melancólico, intensamente intelectual, sujeto a sonambulismo y ataques depresivos que él llamaba “tormentas de nervios”, cáustico, falto de tacto, distraído, aburrido de la sociedad y aficionado a la soledad, con una mente penetrante, escéptica e inquisitiva, había sido llamado el Hamlet de la política inglesa. Estaba por encima de las convenciones y se negó a vivir en Downing Street. Su devoción era por la religión, su interés por la ciencia. En su propia casa asistía todas las mañanas a una capilla privada antes del desayuno y había habilitado un laboratorio químico donde realizaba experimentos en solitario. Aprovechó el río de Hatfield para construir una central eléctrica en su finca y colgó a lo largo de las viejas vigas de su casa uno de los primeros sistemas de iluminación eléctrica de Inglaterra, al que su familia arrojaba cojines cuando los cables chisporroteaban y chisporroteaban mientras hablaban y argumentando, una ocupación habitual de los Cecil.

A Lord Salisbury no le importaba nada el deporte y poco la gente. Su distanciamiento se vio reforzado por una miopía tan intensa que una vez no reconoció a un miembro de su propio gabinete y, en otra ocasión, a su propio mayordomo. Al final de la Guerra de los Bóers, tomó una fotografía firmada del rey Eduardo y, mirándola pensativamente, comentó: “Pobre Buller [refiriéndose al Comandante en Jefe al comienzo de la guerra], qué desastre hizo. de ello”. En otra ocasión se le vio en una prolongada conversación militar con un compañero menor bajo la impresión de que estaba hablando con el mariscal de campo Lord Roberts.

Para el alter ego del inglés de clase alta, su compañero más íntimo y preocupación constante, su caballo, Lord Salisbury, ya no tenía ningún respeto. Para él, montar a caballo era puramente un medio de locomoción, para el cual el caballo era "un complemento necesario

pero extremadamente inconveniente". Tampoco era adicto a disparar. Cuando se levantó el Parlamento, no fue al norte a sacrificar urogallos en los páramos ni a cazar ciervos en los bosques escoceses, y cuando el protocolo requirió su asistencia a la realeza en Balmoral, no salió a caminar y “se negó rotundamente”, escribió el secretario privado de la reina Victoria: Sir Henry Ponsonby, "para admirar la perspectiva o el ciervo". A Ponsonby le dijeron que mantuviera “caliente” su habitación en el lúgubre castillo: una temperatura mínima de sesenta grados. De lo contrario se retiró de vacaciones a Francia,

Su conocimiento de los juegos se limitó al tenis, pero cuando ya era mayor inventó su propia forma de ejercicio, que consistía en andar en triciclo por St. James's Park temprano en la mañana o por senderos cementados a tal efecto en el parque de su finca en Hatfield. . Ataviado para la ocasión con una especie de sombrero y un manto corto sin mangas con un agujero en el medio en el que parecía un monje, lo acompañaba un joven cochero para empujarlo cuesta arriba. En las bajadas, al joven le decían que “saltara detrás” y el Primer Ministro, con las manos del cochero sobre los hombros, se alejaba rodando, con la capa volando y los pedales chirriando.

Hatfield, veinte millas al norte de Londres en Hertfordshire, había sido el hogar de los Cecil durante casi trescientos años desde que Jaime I se la había dado, en 1607, a su primer ministro, Robert Cecil, primer conde de Salisbury, a cambio de una casa. de Cecil que le había gustado al rey. Era la residencia real donde la reina Isabel había pasado su infancia y donde, al recibir la noticia de su ascenso, celebró su primer consejo para tomar juramento a William Cecil, Lord Burghley, como su principal secretario de Estado. Su Galería Larga, con paredes con paneles intrincadamente tallados y techo de pan de oro, tenía 180 pies de largo. El Salón de Mármol, llamado así por el suelo de mármol blanco y negro, brillaba como un joyero con un techo pintado y dorado y tapices de Bruselas. El salón rojo King James estaba decorado con retratos familiares de cuerpo entero de Romney, Reynolds y Lawrence. La biblioteca estaba revestida desde el suelo hasta la galería y el techo con 10.000 volúmenes encuadernados en cuero y vitela. En otras salas se guardaban las Cartas del Cofre de María, Reina de Escocia, armaduras tomadas a los hombres de la Armada Española, la cuna del rey decapitado Carlos I y retratos de presentación de Jaime I y Jorge III. Afuera había setos de tejo recortados en forma de almenas almenadas, y los jardines, de los cuales Pepys escribió que nunca vio “flores tan buenas, ni grosellas tan grandes como nuez moscada”. Sobre el vestíbulo de entrada colgaban banderas capturadas en Waterloo y presentadas a Hatfield por el duque de Wellington, que era un visitante constante y un devoto

admirador de la madre del primer ministro, la segunda marquesa. En su honor, Wellington usó el abrigo de caza de los Hatfield Hounds cuando estaba de campaña. La primera marquesa fue pintada por Sir Joshua Reynolds y perseguida hasta el día en que murió a los ochenta y cinco años, cuando, medio ciega y atada a la silla, iba acompañada por un mozo de cuadra que gritaba, cuando su caballo se acercaba a una valla: “ ¡Salta, joder, señora mía, salta!

Fue esta persona excepcional la que revitalizó la sangre de Cecil, que, después de Burghley y su hijo, no había dado más ejemplos de mentalidad superior. Más bien, la mediocridad general de las generaciones siguientes sólo había variado, según un Cecil posterior, por casos de “estupidez bastante excepcional”. Pero el segundo marqués demostró ser un hombre vigoroso y capaz con un fuerte sentido del deber público que sirvió en varios gabinetes conservadores de mediados de siglo. Su segundo hijo, otro Robert Cecil, fue Primer Ministro de 1895. De él, a su vez, tuvo cinco hijos que se distinguirían. Uno llegó a ser general, otro obispo, otro ministro de Estado, otro diputado por Oxford y el tercero, gracias a sus servicios al gobierno, obtuvo un título nobiliario por derecho propio. “En los seres humanos como en los caballos”, comentó Lord Birkenhead sobre el registro de Cecil,

En Oxford, en 1850, los contemporáneos del joven Robert Cecil acordaron que terminaría como Primer Ministro debido a sus opiniones implacables e intransigentes o a pesar de ellas. A lo largo de su vida nunca se molestó en refrenarlos. Sus discursos juveniles destacaron por su virulencia e insolencia; no era, dijo Disraeli, “un hombre que mide sus frases”. Un “Salisbury” se convirtió en sinónimo de imprudencia política. Una vez comparó a los irlandeses por su incapacidad de autogobierno con los hotentotes y habló de un candidato indio al Parlamento como “ese hombre negro”. En opinión de Lord Morley, siempre era un placer leer sus discursos porque "seguro que contenían una indiscreción flagrante que es un placer recordar". Es discutible si estos fueron totalmente accidentales, porque, aunque Lord Salisbury pronunció sus discursos sin notas, los preparó mentalmente de antemano y emergieron claros y perfectos en la estructura de las oraciones. En aquella época, el arte de la oratoria se consideraba parte del equipamiento de un estadista y cualquiera que leyera un discurso escrito habría sido considerado digno de lástima. Cuando Lord Salisbury habló, “cada frase”, dijo un compañero, “parecía tan esencial, tan articulada, tan vital para el argumento como los miembros de su cuerpo para un atleta”.

Al aparecer en público ante un público que no le importaba nada,

Salisbury se sentía incómodo; pero en la Cámara Alta, donde se dirigió a sus iguales, se sintió perfecta y sorprendentemente como en casa. Habló sonoramente, con algún cambio ocasional de tono hacia una burla gélida o un sarcasmo fulminante. Cuando un Whig recientemente ennoblecido tomó la palabra para sermonear a la Cámara de los Lores sobre los altisonantes y solemnes sentimientos Whig, Salisbury preguntó a un vecino quién era el orador y, al escuchar la identificación susurrada, respondió de manera perfectamente audible: "Pensé que estaba muerto". Cuando escuchaba a los demás, podía aburrirse fácilmente, como lo revelaba el revelador movimiento de su pierna que a un observador le pareció decir: "¿Cuándo terminará todo esto?" O a veces, levantando los talones del suelo, establecía un temblor sostenido de rodillas y piernas que podía durar media hora seguida. En casa, cuando los visitantes los inquietaban, sacudía el suelo y hacía vibrar los muebles, y en la Cámara sus colegas del banco delantero se quejaban de que les provocaba mareos. Si sus piernas estuvieran en reposo, sus largos dedos estarían en movimiento, girando y girando incesantemente un cortapapeles o haciéndose un tatuaje en la rodilla o en el brazo de su silla.

Nunca salía a cenar y rara vez recibía invitados más allá de una o dos recepciones políticas en su casa de Arlington Street y una ocasional fiesta en el jardín de Hatfield. Evitó el Carlton, club oficial de los conservadores, en favor del Junior Carlton, donde se había reservado una mesa especial para el almuerzo solo para él y en la biblioteca estaban colgados enormes carteles con la inscripción SILENCIO. Trabajaba desde el desayuno hasta la una de la mañana, regresando a su escritorio después de cenar como si comenzara un nuevo día. Su ropa era monótona y a menudo desordenada. Llevaba pantalones y chaleco de un gris sombrío bajo una levita de paño que se había vuelto brillante. Pero aunque descuidado en su vestimenta, era muy exigente en el corte de su barba y dirigía cuidadosamente las operaciones en el sillón del barbero.

A pesar de su lengua áspera y sus sarcasmos, Salisbury ejerció un encanto personal sobre sus colegas cercanos e iguales que, como dijo uno de ellos, "no era una pequeña ventaja en la conducción de los asuntos". Prestó atención detallada a los asuntos del partido e incluso sacrificó su exclusividad por ellos. Una vez sorprendió a todos al aceptar una invitación a la tradicional cena para partidarios del partido ofrecida por el líder de la Cámara de los Comunes. Pidió que le dieran con antelación datos biográficos de cada invitado. Durante la cena, el Primer Ministro cautivó a su vecino de mesa, un conocido agricultor, experto en rotación de cultivos y ganadería, después charló

amablemente con cada uno de los invitados y, antes de irse, hizo una seña a su secretario privado diciéndole , “Creo que los he hecho todos, pero hubo alguien que no he identificado que, dijiste,

Gladstone, aunque en filosofía política su antagonista más acérrimo, lo reconoció como "un gran caballero en la sociedad privada". En la vida privada era encantador y comprensivo y contrastaba completamente con su yo público. Salisbury no estaba interesado en la aclamación pública porque, dado que la población no estaba instruida, sus opiniones, en lo que a él respectaba, no valían nada. Ignoró al público y no poseyó ni intentó cultivar el toque personal que hace de un líder político una personalidad reconocible para el hombre de la calle y le valió un apodo como “Pam” o “Dizzy” o el “Gran Viejo”. Ni en la prensa, ni siquiera en Punch, se llamó a Lord Salisbury de otra manera que no fuera Lord Salisbury. No hizo ningún intento de ocultar su disgusto por las turbas de todo tipo, “sin excluir a la Cámara de los Comunes”. Después de pasar a los Lores, nunca regresó a la Cámara de los Comunes para escuchar sus debates desde la Galería de los Pares o charlar con los miembros en el Lobby, y si se veía obligado a aludir a ellos en su propia Cámara, usaría un tono de airoso desprecio, para diversión de los visitantes de los Comunes que vinieron a escucharlo. Pero esto era simplemente una pose exterior diseñada para subrayar su profundo sentido interior de patricio. No tenía conciencia de su rango; era indiferente a los honores o cualquier otra forma de reconocimiento. Era simplemente que, como Cecil, y superior, nació con una conciencia en sus huesos y células cerebrales de capacidad para gobernar y no vio ninguna razón para hacer concesiones de este derecho prescriptivo a nadie. para diversión de los visitantes de la Cámara de los Comunes que vinieron a escucharlo. Pero esto era simplemente una pose exterior diseñada para subrayar su profundo sentido interior de patricio. No tenía conciencia de su rango; era indiferente a los honores o cualquier otra forma de reconocimiento. Era simplemente que, como Cecil, y superior, nació con una conciencia en sus huesos y células cerebrales de capacidad para gobernar y no vio ninguna razón para hacer concesiones de este derecho prescriptivo a nadie. para diversión de los visitantes de la Cámara de los Comunes que vinieron a escucharlo. Pero esto era simplemente una pose exterior diseñada para subrayar su profundo sentido interior de patricio. No tenía conciencia de su rango; era indiferente a los honores o cualquier otra forma de reconocimiento. Era simplemente que, como Cecil, y superior, nació con una conciencia en sus huesos y células cerebrales de capacidad para gobernar y no vio ninguna razón para hacer concesiones de este derecho prescriptivo a nadie.

Habiendo ingresado a la Cámara de los Comunes de la manera habitual para los hijos de sus pares, desde un distrito controlado por una familia en una elección indiscutible a la edad de veintitrés años, y, durante sus quince años en la Cámara de los Comunes, habiendo regresado sin oposición cinco veces del mismo distrito y habiendo sido miembro de la Cámara de los Lores durante los últimos veintisiete años, tenía poca experiencia personal en la obtención de votos. No se consideraba responsable ante el pueblo sino responsable de él. Estaban a su cuidado. La reverencia que sentía por alguien no estaba dirigida hacia abajo sino hacia arriba: hacia la monarquía. Reverenciaba a la reina Victoria, que era unos diez años mayor que él, como súbdita y, con caballerosidad hacia su condición de mujer, como hombre. Con ella suavizó su brusquedad, aunque en Balmoral no pudo ocultar su aburrimiento.

Ella, a su vez, lo visitó en Hatfield y tenía la mayor confianza en él, dándole, como le dijo al obispo Carpenter, “si no el más alto, un lugar igual al de los más altos entre sus ministros”, sin exceptuar a Disraeli. Salisbury, que “tenía mal las piernas en cualquier momento”, fue el único hombre al que alguna vez le pidió que se sentara. Diferentes en todas las cualidades mentales excepto en su fuerte sentido de gobierno, la pequeña y vieja Reina y el alto, corpulento y anciano Primer Ministro sentían mutuo respeto y consideración.

En cuestiones de estado sin importancia, como en la vestimenta, Salisbury tendía a ser informal. Una vez, cuando dos clérigos con nombres similares eran candidatos para un obispado vacante, nombró a uno no recomendado por el Arzobispo de Canterbury, y al ser llamado su atención con tristeza, dijo: “Oh, me atrevo a decir que lo hará igual de bien. " Reservaba gran seriedad sólo para los asuntos serios, y lo más serio para él era el mantenimiento de la influencia aristocrática y del poder ejecutivo, no por sí mismos, sino porque creía que era el único elemento capaz de mantener unida a la nación contra el levantamiento. fuerzas de la democracia que vio “dividiéndola en un haz de fragmentos hostiles y desconfiados”.

La guerra de clases y la irreligión eran para él los mayores males y por esta razón detestaba el socialismo, menos por su amenaza a la propiedad que por su predicación de la guerra de clases y su base en el materialismo, que para él significaba una negación de los valores espirituales. No negó la necesidad de reformas sociales, pero creía que podrían lograrse mediante la interacción y las presiones mutuas de los partidos existentes. La Ley de Compensación a los Trabajadores, por ejemplo, que responsabiliza a los empleadores por las lesiones sufridas en el trabajo, aunque algunos miembros de su partido la denunciaron

como una interferencia con la empresa privada, se introdujo y aprobó con su apoyo en 1897.

Luchó contra todas las propuestas diseñadas para aumentar el poder político de las masas. Cuando aún era un hijo menor y no esperaba obtener el título, formuló su filosofía política en una serie de unos treinta artículos que se publicaron en el Quarterly Review a principios de la década de 1860, cuando tenía treinta y tantos años. Frente a la creciente demanda en ese momento de una nueva ley de reforma para ampliar el sufragio, Lord Robert Cecil, como era entonces, había declarado que era tarea del Partido Conservador preservar los derechos y privilegios de la clase propietaria como “ un único baluarte” contra el peso de los números. Ampliar el sufragio sería, en su opinión, dar a las clases trabajadoras no sólo una voz en el Parlamento sino una voz preponderante que daría a “simples números un poder que no deberían tener. Deploró la adulación de los liberales a la clase trabajadora "como si fueran diferentes de otros ingleses" cuando en realidad la única diferencia era que tenían menos educación y menos propiedad y "en la medida en que la propiedad es pequeña, existe el peligro de hacer mal uso del sufragio". es genial." Creía que el funcionamiento de la democracia era peligroso para la libertad, porque bajo ella “la pasión no es la excepción sino la regla” y era “perfectamente imposible” recomendar una política previsora y desapasionada a “hombres cuyas mentes no están acostumbradas a pensar e indisciplinadas a pensar”. estudiar." Ampliar el sufragio entre los pobres y al mismo tiempo aumentar los impuestos a los ricos terminaría, escribió, en un completo divorcio entre el poder y la responsabilidad; "Los ricos pagarían todos los impuestos y los pobres harían todas las leyes". porque bajo la democracia “la pasión no es la excepción sino la regla” y era “perfectamente imposible” recomendar una política previsora y desapasionada a “hombres cuyas mentes no están acostumbradas a pensar e indisciplinadas para estudiar”. Ampliar el sufragio entre los pobres y al mismo tiempo aumentar los impuestos a los ricos terminaría, escribió, en un completo divorcio entre el poder y la responsabilidad; "Los ricos pagarían todos los impuestos y los pobres harían todas las leyes". porque bajo la democracia “la pasión no es la excepción sino la regla” y era “perfectamente imposible” recomendar una política previsora y desapasionada a “hombres cuyas mentes no están acostumbradas a pensar e indisciplinadas para estudiar”. Ampliar el sufragio entre los pobres y al mismo tiempo aumentar los impuestos a los ricos terminaría, escribió, en un completo divorcio entre el poder y la responsabilidad; "Los ricos pagarían todos los impuestos y los pobres harían todas las leyes".

No creía en la igualdad política. Estaba la multitud, dijo, y había líderes “naturales”. “Siempre la riqueza, en algunos países el nacimiento, en todos los países el poder intelectual y la cultura caracterizan al hombre en quien, en un estado de sentimiento sano, una comunidad mira para emprender su gobierno.” Estos hombres tenían tiempo libre para ello y fortuna, “para que las luchas por la ambición no se vean contaminadas por la mancha de la sórdida codicia... Son la aristocracia de un país en el original y mejor sentido de la palabra... El punto importante es, que los gobernantes de un país deben ser elegidos entre ellos”, y como clase deben conservar esa “preponderancia política a la que tienen todo el derecho que les puede conferir una aptitud superior”.

Tan sincera y segura era su convicción de esa “aptitud superior” que en 1867, cuando el gobierno conservador adoptó el Segundo Proyecto de Ley de Reforma, que duplicó el electorado y los trabajadores con derecho a voto en las ciudades, Salisbury, a los treinta y siete años, despidió el cargo de gabinete al año siguiente. primero lograrlo en lugar de ser parte de lo que consideraba una traición y una rendición de los principios conservadores. El cambio de rumbo de su partido, ideado por Disraeli en una ingeniosa empresa tanto para “criticar a los Whigs” como para hacer frente a las realidades políticas, fue visto con aborrecimiento por Lord Cranborne (como lo había sido entonces Lord Robert Cecil, habiendo muerto su hermano mayor en 1865). Aunque podría arruinar su carrera, renunció como Secretario para la India y en un discurso amargo y serio habló en la Cámara contra la política de los líderes del partido, Lord Derby y el Sr. Disraeli. Rogó a los miembros que no hicieran, para obtener ventajas políticas, lo que en última instancia los destruiría como clase. "La riqueza, la inteligencia, la energía de la comunidad, todo lo que les ha dado ese poder que les hace estar tan orgullosos de su nación y que hace que las deliberaciones de esta Cámara sean tan importantes, quedará absolutamente superada numéricamente". Surgirían cuestiones en las que los intereses de los empleadores y los empleados chocarían y sólo podrían ser decididos por la fuerza política, “y en ese conflicto de fuerza política se está enfrentando a un número abrumador de empleados contra una minoría desesperada de empleadores”. El resultado “reduciría a la insignificancia política y a la extinción las clases que hasta ahora han contribuido tanto a la grandeza y prosperidad de su país”. todo lo que les ha dado ese poder que los hace tan orgullosos de su nación y que hace que las deliberaciones de esta Cámara sean tan importantes, será absolutamente superado numéricamente”. Surgirían cuestiones en las que los intereses de los empleadores y los empleados chocarían y sólo podrían ser decididos por la fuerza política, “y en ese conflicto de fuerza política se está

enfrentando a un número abrumador de empleados contra una minoría desesperada de empleadores". El resultado "reduciría a la insignificancia política y a la extinción las clases que hasta ahora han contribuido tanto a la grandeza y prosperidad de su país". todo lo que les ha dado ese poder que los hace tan orgullosos de su nación y que hace que las deliberaciones de esta Cámara sean tan importantes, será absolutamente superado numéricamente". Surgirían cuestiones en las que los intereses de los empleadores y los empleados chocarían y sólo podrían ser decididos por la fuerza política, "y en ese conflicto de fuerza política se está enfrentando a un número abrumador de empleados contra una minoría desesperada de empleadores". El resultado "reduciría a la insignificancia política y a la extinción las clases que hasta ahora han contribuido tanto a la grandeza y prosperidad de su país". "Surgirían cuestiones en las que los intereses de los empleadores y los empleados chocarían y sólo podrían ser decididos por la fuerza política, "y en ese conflicto de fuerza política se está enfrentando a un número abrumador de empleados contra una minoría desesperada de empleadores". El resultado "reduciría a la insignificancia política y a la extinción las clases que hasta ahora han contribuido tanto a la grandeza y prosperidad de su país". "Surgirían cuestiones en las que los intereses de los empleadores y los empleados chocarían y sólo podrían ser decididos por la fuerza política, "y en ese conflicto de fuerza política se está enfrentando a un número abrumador de empleados contra una minoría desesperada de empleadores". El resultado "reduciría a la insignificancia política y a la extinción las clases que hasta ahora han contribuido tanto a la grandeza y prosperidad de su país".

Un año más tarde, tras la muerte de su padre, ingresó a la Cámara de los Lores como tercer marqués de Salisbury. En 1895, después del paso de casi treinta años, sus principios no habían cambiado ni un ápice. Sin creer en el cambio como mejora, ni fe en el futuro por encima del presente, se dedicó con "acidez sombría" a preservar el orden existente. Creyendo que "el rango, sin el poder del que originalmente era símbolo, era una farsa", estaba decidido, mientras viviera y gobernara Inglaterra, a resistir nuevos ataques contra el poder de esa clase cuyo rango era todavía el símbolo visible. . Vigilante de los enemigos que se acercaban, se enfrentó a la era venidera. Las presiones de la democracia rodearon, pero aún no habían cerrado, la figura que Lord Curzon describió como "ese extraño, poderoso, inescrutable, brillante y obstructivo peso muerto en la cima".

El miembro medio de la clase dominante, que no se

sentía perturbado por la mente demasiado reflexiva y demasiado profética de Lord Salisbury, no se preocupaba profundamente por el futuro; El regalo fue tan encantador. La Era de los Privilegios, aunque atacada en muchos puntos y ya resquebrajada en algunos, todavía parecía, en los últimos años del siglo XIX y del reinado de Victoria, una condición permanente. Para los privilegiados, la vida parecía "segura y cómoda… La paz reinaba sobre la tierra". Sin duda, el presupuesto de Sir William Harcourt de 1894, promulgado por los liberales durante el mandato de Lord Rosebery, el bastante inapropiado sucesor de Gladstone, provocó un temblor en muchos. Introdujo derechos de sucesión y, lo que fue peor, los introdujo según un principio gradual que iba del 1 por ciento en propiedades de 500 libras esterlinas al 8 por ciento en propiedades de más de un millón de libras. Y aumentó el impuesto sobre la renta de un centavo a ocho peniques por libra. Aunque para suavizar el golpe e igualar la carga impuso un impuesto a la cerveza y las bebidas espirituosas para que la clase trabajadora, que no pagaba impuestos sobre la renta, contribuyera a los ingresos, esto no logró amortiguar el redoble de los impuestos sobre las sucesiones. El octavo duque de Devonshire se sintió impulsado a predecir un momento que "no creía que pudiera aplazarse más allá del período de mi propia vida" en el que grandes propiedades como la de Chatsworth serían cerradas únicamente debido a "las inexorables necesidades de las finanzas democráticas". ."

Pero un acontecimiento mayor, y desde el punto de vista conservador más feliz, el de 1894 compensó el presupuesto. Gladstone se retiró del Parlamento y de la política. Su último esfuerzo octogenario para imponer el gobierno autónomo había sido derrotado en la Cámara de los Lores por una airada asamblea de pares reunidos

con ese propósito en números nunca antes vistos en su vida. Había dividido su partido sin remedio, tenía ochenta y cinco años, había llegado el final de su carrera. Con la victoria conservadora al año siguiente, hubo un sentimiento general, reflejado en The Times, de que el Gobierno Autónomo, ese “germen plantado por el Sr. Gladstone en nuestra vida política que ha amenazado con envenenar todo el organismo”, ahora está siendo eliminado. al menos por el momento, Inglaterra podría establecerse con sensatez en la paz y los negocios. Las “influencias dominantes” estaban a salvo en el poder.

“Influencias dominantes” era una frase, no del Times de mentalidad conservadora, sino, curiosamente, del propio Sr. Gladstone, que era miembro de la nobleza terrateniente y nunca lo olvidó ni abandonó el sentido innato de que la propiedad es responsabilidad. Poseía una propiedad de 7.000 acres en Hawarden con 2.500 inquilinos que producían un alquiler anual de entre £ 10.000 y £ 12.000. En una carta a su nieto que lo heredaría, el Gran Radical lo instó a recuperar las tierras perdidas por las deudas de generaciones anteriores y restaurar a Hawarden a su antiguo rango como "influencia líder" en el condado, porque, como él dijo, "la sociedad No podemos darnos el lujo de prescindir de sus influencias dominantes”. Ningún duque podría haberlo expresado mejor. Éste era exactamente el sentimiento de los terratenientes conservadores, que eran sus más acérrimos oponentes pero con quienes, en el fondo, compartía la creencia tanto en la “capacidad superior” que confiere la propiedad heredada de la tierra como en la necesidad que tenía el país de ella. Su credo era exactamente lo opuesto a la idea que prevalecía en los recientemente creados Estados Unidos: que había una peculiar virtud adicional en ser de origen humilde, que sólo los que se habían hecho a sí mismos llevaban la insignia de la capacidad y que los hombres de circunstancias acomodadas eran más propensos a serlo. que no ser estúpido o malvado, si no ambas cosas. Los ingleses, por el contrario, habiendo evolucionado lentamente a través de generaciones de gobierno por parte de la clase poseedora, asumieron que la retención prolongada por parte de una familia de la educación, la comodidad y la responsabilidad social era el alimento natural de una “aptitud superior”. Su credo era exactamente lo opuesto a la idea que prevalecía en los recientemente creados Estados Unidos: que había una peculiar virtud adicional en ser de origen humilde, que sólo los que se habían hecho a sí mismos llevaban la insignia de la capacidad y que los hombres de circunstancias acomodadas eran más propensos a serlo. que no ser estúpido o malvado, si no ambas cosas. Los ingleses, por el contrario, habiendo evolucionado lentamente a través de generaciones de gobierno por parte de la clase poseedora, asumieron que la retención prolongada por parte de una familia de la educación,

la comodidad y la responsabilidad social era el alimento natural de una “aptitud superior”. Su credo era exactamente lo opuesto a la idea que prevalecía en los recientemente creados Estados Unidos: que había una peculiar virtud adicional en ser de origen humilde, que sólo los que se habían hecho a sí mismos llevaban la insignia de la capacidad y que los hombres de circunstancias acomodadas eran más propensos a serlo. que no ser estúpido o malvado, si no ambas cosas. Los ingleses, por el contrario, habiendo evolucionado lentamente a través de generaciones de gobierno por parte de la clase poseedora, asumieron que la retención prolongada por parte de una familia de la educación, la comodidad y la responsabilidad social era el alimento natural de una “aptitud superior”.

Los calificaba para el gobierno, considerada en Inglaterra como en ningún otro lugar la profesión más adecuada y más alta de un caballero. Un cargo de secretario privado de un tío ministerial u otro pariente podría ser un aprendizaje serio para un cargo en el gabinete o simplemente una ocupación genial para un caballero como Sir Schomberg McDonnell, secretario privado de Lord Salisbury, hermano del conde de Antrim. La diplomacia también ofrecía una carrera deseable, a menudo a personas de talento. El marqués de Dufferin y Ava, cuando era embajador británico en París en 1895, aprendió persa por su cuenta y anotó en su diario de ese año que, además de leer once obras de Aristófanes en griego, había aprendido de memoria 24.000 palabras de un diccionario persa, “8.000 perfectamente, 12.000 bastante bien y 4.000 imperfectamente. El servicio militar en uno de los regimientos de élite de Guardias, Húsares o Lanceros era un papel igualmente aceptado para los hombres ricos y de rango, aunque tendía a atraer a las mentes más débiles. Los menos ricos se incorporaron a la Iglesia y a la Marina; el colegio de abogados y el periodismo proporcionaban carreras cuando el poder adquisitivo era una necesidad. Pero, sobre todo, el Parlamento era el ámbito natural y deseable para el ejercicio de la “aptitud superior”. Un escaño en el Parlamento era la única manera de acceder a un escaño en el Gabinete, donde se podía ganar poder e influencia, ser miembro del Consejo Privado y, al jubilarse, obtener un título nobiliario. El Consejo Privado, formado por 235 líderes en todos los campos, aunque de función formal y ceremonial, era el distintivo de importancia en la nación. Un título nobiliario seguía siendo el manto mágico que diferenciaba a un hombre de sus semejantes. El cargo de gabinete era muy codiciado y objeto de intensas maniobras entre bastidores. Cuando los gobiernos cambiaron, nada absorbió tanto la atención de la sociedad británica como el complicado minué de la elaboración del gabinete. Los clubes y salones bullían, se formaban y reformaban camarillas y alianzas, y los ganadores emergían orgullosos llevando la

corona de laurel de la fortuna. El premio requirió mucho trabajo y muchas horas, aunque rara vez conocimiento del departamento. La función de un ministro no era hacer el trabajo sino velar por que se hiciera, del mismo modo que administraba su patrimonio. Detalles como los puntos decimales, que Lord Randolph Churchill, cuando era Ministro de Hacienda, desechó como “esos malditos puntos”, no eran de su incumbencia. nada absorbió tanto la atención de la sociedad británica como el complicado minueto de la elaboración del gabinete. Los clubes y salones bullían, se formaban y reformaban camarillas y alianzas, y los ganadores emergían orgullosos llevando la corona de laurel de la fortuna. El premio requirió mucho trabajo y muchas horas, aunque rara vez conocimiento del departamento. La función de un ministro no era hacer el trabajo sino velar por que se hiciera, del mismo modo que administraba su patrimonio. Detalles como los puntos decimales, que Lord Randolph Churchill, cuando era Ministro de Hacienda, desechó como “esos malditos puntos”, no eran de su incumbencia. nada absorbió tanto la atención de la sociedad británica como el complicado minueto de la elaboración del gabinete. Los clubes y salones bullían, se formaban y reformaban camarillas y alianzas, y los ganadores emergían orgullosos llevando la corona de laurel de la fortuna. El premio requirió mucho trabajo y muchas horas, aunque rara vez conocimiento del departamento. La función de un ministro no era hacer el trabajo sino velar por que se hiciera, del mismo modo que administraba su patrimonio. Detalles como los puntos decimales, que Lord Randolph Churchill, cuando era Ministro de Hacienda, desechó como “esos malditos puntos”, no eran de su incumbencia. La función de un ministro no era hacer el trabajo sino velar por que se hiciera, del mismo modo que administraba su patrimonio. Detalles como los puntos decimales, que Lord Randolph Churchill, cuando era Ministro de Hacienda, desechó como “esos malditos puntos”, no eran de su incumbencia. La función de un ministro no era hacer el trabajo sino velar por que se hiciera, del mismo modo que administraba su patrimonio. Detalles como los puntos decimales, que Lord Randolph Churchill, cuando era Ministro de Hacienda, desechó como “esos malditos puntos”, no eran de su incumbencia.

Los miembros del gobierno de Lord Salisbury, de los cuales la mayoría, aunque no todos, disfrutaban de tierras, riquezas o títulos heredados, no habían ingresado al gobierno en busca de ventajas materiales. De hecho, desde su punto de vista, era correcto y necesario que los asuntos públicos fueran administrados, como dijo Lord Salisbury, por hombres que no estuvieran afectados “por la mancha de la sórdida codicia”. Una carrera parlamentaria (que, por supuesto, no era remunerada) confería, no una ganancia, sino una distinción. La

Cámara de los Comunes era el centro de la capital, del Imperio, de la Sociedad; su empresa era la mejor del reino. La ambición conducía a los hombres allí tanto como el deber; además, era lo que se esperaba que hiciera. A los padres en el Parlamento les seguían los hijos, y a menudo ambos servían al mismo tiempo. James Lowther, vicepresidente de la Cámara de 1895 a 1905 y posteriormente presidente, Procedía de una familia que había representado a los distritos electorales de Westmorland de forma más o menos continua durante seis siglos. Su bisabuelo y su abuelo habían estado sentados durante medio siglo cada uno y su padre durante veinticinco años. El representante de una división de condado en el Parlamento solía ser alguien cuya casa era conocida en setenta millas a la redonda como "La Casa", cuya familia era conocida en el distrito desde hacía varios cientos de años y el propio candidato desde su nacimiento. Dado que el coste de la candidatura y la elección y de la formación de un electorado posterior corría a cargo del propio miembro, el privilegio de representar al pueblo en el Parlamento era un lujo en gran medida limitado a la clase que podía permitírselo. De los 670 miembros de la Cámara de los Comunes en 1895, 420 eran caballeros de ocio, terratenientes rurales, oficiales y abogados. Entre ellos se encontraban veintitrés hijos mayores de pares, además de sus innumerables hijos menores, hermanos, primos, sobrinos y tíos, incluido Lord Stanley, heredero del decimosexto conde de Derby, quien, después de los duques, era el par más rico de Inglaterra. Como látigo gubernamental junior, Stanley se vio obligado a permanecer en la puerta del lobby e intimidar o engatusar a los miembros para que estuvieran disponibles para una división, aunque a él mismo no se le permitía entrar a la cámara mientras cumplía con este deber. Era como si fuera, escribió un observador, "un sirviente de clase alta". Ver a "este heredero de un nombre grande e histórico y de una vasta fortuna haciendo un trabajo casi de baja categoría" fue testimonio tanto del sentido del deber político como del atractivo de una carrera política. heredero del decimosexto conde de Derby, que, después de los duques, era el par más rico de Inglaterra. Como látigo gubernamental junior, Stanley se vio obligado a permanecer en la puerta del lobby e intimidar o engatusar a los miembros para que estuvieran disponibles para una división, aunque a él mismo no se le permitía entrar a la cámara mientras cumplía con este deber. Era como si fuera, escribió un observador, "un sirviente de clase alta". Ver a "este heredero de un nombre grande e histórico y de una vasta fortuna haciendo un trabajo casi de baja categoría" fue testimonio tanto del sentido del deber político como del atractivo de una carrera política. heredero del decimosexto conde de Derby, que, después de los duques, era el par más rico de Inglaterra. Como látigo gubernamental junior, Stanley se

vio obligado a permanecer en la puerta del lobby e intimidar o engatusar a los miembros para que estuvieran disponibles para una división, aunque a él mismo no se le permitía entrar a la cámara mientras cumplía con este deber. Era como si fuera, escribió un observador, “un sirviente de clase alta”. Ver a “este heredero de un nombre grande e histórico y de una vasta fortuna haciendo un trabajo casi de baja categoría” fue testimonio tanto del sentido del deber político como del atractivo de una carrera política. escribió un observador, "un sirviente de clase alta". Ver a “este heredero de un nombre grande e histórico y de una vasta fortuna haciendo un trabajo casi de baja categoría” fue testimonio tanto del sentido del deber político como del atractivo de una carrera política. escribió un observador, "un sirviente de clase alta". Ver a “este heredero de un nombre grande e histórico y de una vasta fortuna haciendo un trabajo casi de baja categoría” fue testimonio tanto del sentido del deber político como del atractivo de una carrera política.

De la clase dominante no sólo surgieron gobernantes. Produjo la misma proporción que cualquier otra clase de personas no aptas e inadaptadas, malas o simplemente estúpidas. Además de primeros ministros y constructores de imperios, tenía sus salteadores y garrotes, sus decadentes Reggies y Algies caricaturizados en Punch hablando de sus chalecos y corbatas, sus guardias de piernas largas cuya conversación se limitaba a "haw, haw", sus derrochadores que se arruinaban a sí mismos. a través de la bebida, las carreras y las cartas, además de su cuota normal de mediocres que nunca hicieron nada destacable, ni bueno ni malo. Incluso Eton tenía sus “scugs”, muchachos que, en palabras de un etoniano, “simplemente no tenían buena forma... y si no eran viciosos por naturaleza, ciertamente eran imbéciles, probablemente degenerados”. Aunque fue un scug en Eton, que no debe confundirse con "swat, ” o trabajar duro: muchas veces podía convertirse en Consejero Privado treinta años después, algunos eran basura de por vida. Uno de los sobrinos de Lord Salisbury, Cecil Balfour, desapareció en Australia por un asunto de cheque falsificado y murió allí, se decía, a causa de la bebida.

A pesar de tales accidentes, las familias gobernantes no tenían dudas de su derecho innato a gobernar y, en general, tampoco las tenía el resto del país. Ser un lord, escribió un ejemplo particularmente pintoresco, Lord Ribblesdale, en 1895, “sigue siendo algo popular”. Conocido como el "Ancestro" debido a su apariencia de Regencia, Ribblesdale era una personificación tan hermosa del patricio que John Singer Sargent, glorificador de la clase y el tipo, pidió pintarlo. De pie en el retrato, vestido como el Maestro de los Buckhounds de la Reina, con abrigo largo de montar, sombrero de

copa, botas relucientes y sosteniendo un látigo de caza enrollado, Sargent's Ribblesdale contemplaba el mundo con una actitud de arrogancia, elegancia y yo tan naturales. -Confianza que ningún hombre posterior alcanzaría jamás.

En la inauguración de la Semana de la Carrera de Ascot, cuando Lord Ribblesdale encabezó la Procesión Real por el césped verde, montado sobre un brillante castaño contra un cielo azul de junio, vestido con un abrigo verde oscuro con galones dorados colgando de un cinturón dorado, hizo un vista que nadie que la viera podría olvidar jamás. Como líder liberal en la Cámara de los Lores, miembro activo del Consejo del Condado de Londres y administrador principal de la Galería Nacional, él también asumió su parte del gobierno. Como la mayoría de los de su especie, tenía un sentido de fácil comunión con la clase trabajadora terrestre que se ocupaba de los deportes y las propiedades de la nobleza. Cuando la Reina entregó a J. Miles, un mozo de cuadra de los Buckhounds, una medalla en honor a sus cincuenta años de servicio, Ribblesdale vino desde Windsor para felicitarlo y se quedó “para tomar el té y charlar” con la Sra. Miles. Como él mismo escribió sobre el noble promedio, “La facilidad de sus circunstancias desde su juventud tiende a producir una actitud de buen humor... Estar satisfecho consigo mismo puede ser egoísta o estúpido, pero rara vez es activamente desagradable y, por lo general, es todo lo contrario”. A pesar de la tendencia de la prensa liberal a retratar a la nobleza como caracterizada "hasta un grado melancólico por las rodillas caídas y la frente hundida", Ribblesdale pensó que la nobleza aún conservaba el respeto de su condado. Al identificarse con sus intereses y asuntos, manteniendo relaciones mutuamente bondadosas con sus inquilinos, campesinos y comerciantes de su ciudad comercial, tendría que comportarse gravemente mal antes de “dejar atrás el prestigio de un nombre antiguo y de asociaciones probadas”. Sin embargo, a pesar de toda esta cómoda imagen,

El pleno verano era la época en la que la temporada londinense estaba en su apogeo y la sociedad se divertía y se exhibía en todo su esplendor. A un visitante titulado de París le parecía como si “una raza de dioses y diosas descendiera del Olimpo a Inglaterra en junio y julio”. Parecían “vivir sobre una nube dorada, gastando sus riquezas con tanta indolencia y naturalidad como las hojas verdes”. Tras el Príncipe de Gales siguió una “flotilla de cisnes blancos, con sus

largos cuellos sosteniendo delicadas cabezas enjoyadas”, que llevaban los nombres de Lady Glenconner, la duquesa de Leinster y Lady Warwick. La duquesa, que murió joven en los años ochenta, era, en palabras de Lord Ernest Hamilton, “divinamente alta… de una belleza tan deslumbrante que resultaba casi increíble”. Su sucesora, la condesa de Warwick, “la mujer casada más bonita de Londres, Fue una enamorada del Príncipe de Gales y la causa de una famosa pelea en la que Lord Charles Beresford casi golpea a su futuro soberano. Ella brillaba ante los ojos de una revista de la Sociedad como "una diosa con una figura redondeada, vestidos diáfanamente y un semblante brillante, altivo y hermoso cuya fama había penetrado hasta los oscuros rincones del plácido país". Era una Belleza, un título mágico de la época que confería a su portador un carácter público. “Levántate, Daisy”, gritó su madre cuando su barco atracó después de una travesía particularmente mareada del Canal de Irlanda que la dejó postrada, “la multitud está esperando para verte”. vestidos diáfanos y un semblante brillante, altivo y hermoso cuya fama había penetrado hasta los oscuros rincones del plácido país”. Era una Belleza, un título mágico de la época que confería a su portador un carácter público. “Levántate, Daisy”, gritó su madre cuando su barco atracó después de una travesía particularmente mareada del Canal de Irlanda que la dejó postrada, “la multitud está esperando para verte”. vestidos diáfanos y un semblante brillante, altivo y hermoso cuya fama había penetrado hasta los oscuros rincones del plácido país”. Era una Belleza, un título mágico de la época que confería a su portador un carácter público. “Levántate, Daisy”, gritó su madre cuando su barco atracó después

de una travesía particularmente mareada del Canal de Irlanda que la dejó postrada, “la multitud está esperando para verte”.

La procesión constante fluía dentro y fuera de las puertas de Adam en Berkeley y Belgrave Squares. Nadie, a menos que estuviera muriendo, se quedaba en casa. La jornada empezó a las diez con una galopada por el parque y acabó con un baile a las tres de la madrugada. En un lugar selecto entre Albert y Grosvenor Gates en Hyde Park, un pequeño círculo de toda la Sociedad que contaba estaba seguro de reunirse con sus miembros en un paseo por la mañana o al final de la tarde entre el té y la cena. Londres no había perdido su aire georgiano. Las jardineras estaban llenas de flores en las casas y plazas habitadas por las familias cuyos nombres llevaban: Devonshire House y Lansdowne House, Grosvenor Square y Cadogan Place. Espléndidos carruajes llenaban las calles. Señoras conduciendo sus victorias, con un “tigre” sentado muy erguido con los brazos cruzados en el palco, dio un golpe extra de látigo a sus mazorcas que caminaban alto mientras pasaban bajo la mirada masculina de aprobación desde las ventanas del club. Los caballeros suspiraron y se dijeron unos a otros "qué bonito era ver a una mujer encantadora conducir en Londres detrás de un par bien combinado". Por otra calle avanzaban al trote los guardias reales a caballo con túnicas escarlatas y pantalones blancos sobre caballos negros con bridas y cadenas brillantes y tintineantes. Las altas siluetas de los coches de alquiler llevaban los perfiles bien conocidos de estadistas y miembros de clubes en sus visitas a las grandes casas y a los clubes de Pall Mall y Piccadilly: el Carlton para los conservadores, el Reform para los liberales, el Athenaeum para la distinción, el Césped para deportistas, Travellers' o White's, Brooks's o Boodle's para conversar socialmente con caballeros de ideas afines. Los asuntos del gobierno y del imperio se desarrollaban en “el mejor club de Londres”, la Cámara de los Comunes, que permanecía sentada durante toda la temporada. Su biblioteca, salón de fumadores y comedor, sus criados, camareros y bodegas tenían una calidad propia de la profesión de un caballero. Damas con sombreros anchos y faldas largas tomaban té con miembros y ministros en la terraza que dominaba el Támesis, desde donde podían contemplar la dignidad episcopal del Palacio de Lambeth al otro lado del río y cotillear sobre los ascensos políticos.

En mesas privadas envueltas en smilax, con un lacayo detrás de cada silla, caballeros con corbata blanca y frac conversaban con damas vestidas con nubes de tul sobre los hombros desnudos, luciendo estrellas o coronas en su elaborado peinado. La conversación no era

casual sino un arte "en el que la competencia confería prestigio". En la ópera, puesta de moda por su patrona más enérgica, Lady de Grey, Nellie Melba cantó duetos de amor en su pura y angelical soprano con el apuesto ídolo Jean de Reszke. En el Palco Real brillaba una visión vestida de terciopelo escotado, Lady Warwick, con “sólo unos pocos diamantes en su mefistofélico vestido escarlata” y una aigrette escarlata en el pelo. Se levantó un conjunto de impertinentes para ver qué llevaba Lady de Grey, su rival como la mujer mejor vestida de Londres. Luego en las fiestas de Lady de Grey, llamadas “Bohemia en tiaras, Entre los invitados podrían estar la propia señora Melba y el Príncipe de Gales y, antes de su fatal año de 1895, Oscar Wilde. Todas las noches había recepciones políticas que duraban hasta medianoche o bailes que continuaban hasta el amanecer. En lo alto de una amplia escalera curva, la duquesa de Devonshire o Lady Londonderry, las dos árbitros de la sociedad, resplandecientes con diamantes, recibieron un brillante flujo de invitados mientras un mayordomo en una estentórea orgía de títulos anunciaba: “Su Gracia… Su Alteza… El Muy Honorable… Señor y Señora… Su Excelencia el Embajador de…” y abajo, en la plaza iluminada por lámparas, un lacayo llamó a gritos el carruaje de algún Señorío que partía.

La sociedad se dividió en varios conjuntos cuyos bordes se superponían y sus miembros se mezclaban. A la cabeza del conjunto “rápido” o deportivo de Marlborough House estaban el cigarro y la barriga, el rostro protuberante de Hannover rematado por una corta barba gris, la figura corpulenta pero regia del Príncipe de Gales. Ecléctico, sociable, completamente aburrido (como todos los que sufrían bajo él) por la aburrida monotonía del régimen real prescrito por su madre viuda, el Príncipe abrió su círculo de la nobleza a una variedad de extraños inquietantes, siempre que fueran hermosos, Rico o divertido: estadounidenses, judíos, banqueros y corredores de bolsa, incluso algún fabricante, explorador u otra celebridad temporal. Profesionalmente, el Príncipe conocía a todo el mundo: entre sus amigos personales incluía a algunos de los hombres más capaces del país, como el almirante Sir John Fisher, y era una patraña poco amable decir que nunca leyó un libro. Es cierto que prefería a Marie Corelli a cualquier autor vivo, pero leyó el primer libro del teniente Winston Churchill, The Malakand Field Force, con “el mayor interés posible” y amablemente escribió al autor una nota de agradecimiento diciendo que pensaba que “las descripciones y el lenguaje en general eran excelentes”. .” Pero en general, en su círculo, los intelectuales y los literatos no eran bienvenidos y los cerebros no eran apreciados porque, según Lady Warwick, la sociedad, o esta sección de ella, "no quería que le hicieran pensar". Era amante del placer, imprudente, irreflexivo y tremendamente extravagante. En la mayoría de los casos,

los recién llegados, especialmente los judíos, eran objeto de resentimiento, “no porque no nos agradaran individualmente, ya que algunos de ellos eran encantadores e incluso brillantes, sino porque tenían cerebro y entendían de finanzas.

A la derecha del grupo deportivo estaban los "Incorruptibles", las familias establecidas desde hacía mucho tiempo, estrictas, reaccionarias e intensamente conscientes de clase que consideraban al círculo del Príncipe como "vulgar" y a ellos mismos como defensores del tono de la sociedad. Cada familia estaba rodeada por una tribu de primos rurales más pobres que aparecían en Londres una o dos veces por generación para tener una hija, pero que por lo demás apenas habían salido del siglo XVIII. A la izquierda estaban los “intelectuales” o “almas”, que se reunían en adoración alrededor de su sol y centro, Arthur Balfour, sobrino de Lord Salisbury y el hombre más brillante y popular de Londres. Como grupo, eran particularmente alfabetizados, conscientemente inteligentes y infinitamente admirados de sí mismos. Disfrutaban de la compañía del otro del mismo modo que un hombre o una mujer inusualmente guapos disfrutan acicalándose ante un espejo. “Todos ustedes se sientan y hablan sobre las almas de los demás”, comentó Lord Charles Beresford en una cena en 1888. “Los llamaré las 'Almas'”, y así fueron nombradas. Lord Charles, almirante de la Armada y brillante adorno del conjunto del Príncipe de Gales, no era una de las Almas, aunque se había casado con una esposa inusual que llevaba una tiara con sus vestidos de té y que Sargent pintó con dos pares de cejas. porque, como explicó brevemente la pintora, tenía dos conjuntos, uno escrito a lápiz encima del real.

Todos los hombres de los Souls siguieron carreras políticas y casi todos fueron ministros subalternos en el gobierno de Lord Salisbury. Un miembro destacado fue George Wyndham, que había escrito un libro sobre poetas franceses y una introducción a Plutarco de North y, tras servir como secretario privado parlamentario del señor Balfour, fue nombrado subsecretario de Guerra en 1898, a pesar de la renuente observación de Lord Salisbury: "No No me gustan los poetas. George Curzon, Subsecretario de Asuntos Exteriores y que pronto sería nombrado Virrey de la India, era otra alma, al igual que St. John Brodrick, posterior Secretario de Guerra. Ambos eran herederos de nobles que organizaron una protesta en vano contra su destino previsto de traslado forzoso a la Cámara de los Lores. Otros eran la conexión con Tennant: Alfred Lyttelton, un jugador de críquet campeón que se convertiría en secretario colonial y que había estado casado antes de morir, a Laura Tennant; Lord Ribblesdale, que estaba casado con Charlotte Tennant; y la desinhibida tercera hermana, Margot, a cuyo matrimonio con el saliente Ministro del Interior

liberal, el señor Asquith, asistieron dos ex primeros ministros, el señor Gladstone y Lord Rosebery, y dos futuros, el señor Balfour y el novio. Un miembro particularmente admirado fue Harry Cust, heredero de la baronía de Brownlow, un erudito y atleta con un ingenio deslumbrante a quien, por pura reputación y sin experiencia previa, le pidieron al otro lado de la mesa que fuera editor de la Pall Mall Gazette; aceptó en el acto y sirvió durante cuatro años. Defectuosa por una "autocomplacencia fatal" con respecto a las mujeres –para quienes era "irresistiblemente fascinante"– su carrera pública sufrió y nunca cumplió su promesa inicial. que estaba casado con Charlotte Tennant; y la desinhibida tercera hermana, Margot, a cuyo matrimonio con el saliente Ministro del Interior liberal, el señor Asquith, asistieron dos ex primeros ministros, el señor Gladstone y Lord Rosebery, y dos futuros, el señor Balfour y el novio. Un miembro particularmente admirado fue Harry Cust, heredero de la baronía de Brownlow, un erudito y atleta con un ingenio deslumbrante a quien, por pura reputación y sin experiencia previa, le pidieron al otro lado de la mesa que fuera editor de la Pall Mall Gazette; aceptó en el acto y sirvió durante cuatro años. Defectuosa por una "autocomplacencia fatal" con respecto a las mujeres –para quienes era "irresistiblemente fascinante"– su carrera pública sufrió y nunca cumplió su promesa inicial. que estaba casado con Charlotte Tennant; y la desinhibida tercera hermana, Margot, a cuyo matrimonio con el saliente Ministro del Interior liberal, el señor Asquith, asistieron dos ex primeros ministros, el señor Gladstone y Lord Rosebery, y dos futuros, el señor Balfour y el novio. Un miembro particularmente admirado fue Harry Cust, heredero de la baronía de Brownlow, un erudito y atleta con un ingenio deslumbrante a quien, por pura reputación y sin experiencia previa, le pidieron al otro lado de la mesa que fuera editor de la Pall Mall Gazette; aceptó en el acto y sirvió durante cuatro años. Defectuosa por una "autocomplacencia fatal" con respecto a las mujeres –para quienes era "irresistiblemente fascinante"– su carrera pública sufrió y nunca cumplió su promesa inicial. Asistieron dos ex primeros ministros, el señor Gladstone y Lord Rosebery, y dos futuros, el señor Balfour y el novio. Un miembro particularmente admirado fue Harry Cust, heredero de la baronía de Brownlow, un erudito y atleta con un ingenio deslumbrante a quien, por pura reputación y sin experiencia previa, le pidieron al otro lado de la mesa que fuera editor de la Pall Mall Gazette; aceptó en el acto y sirvió durante cuatro años. Defectuosa por una "autocomplacencia fatal" con respecto a las mujeres –para quienes era "irresistiblemente fascinante"– su carrera pública sufrió y nunca cumplió su promesa inicial. Asistieron dos ex primeros ministros, el señor Gladstone y Lord Rosebery, y dos futuros, el señor Balfour y el novio. Un miembro particularmente admirado fue

Harry Cust, heredero de la baronía de Brownlow, un erudito y atleta con un ingenio deslumbrante a quien, por pura reputación y sin experiencia previa, le pidieron al otro lado de la mesa que fuera editor de la Pall Mall Gazette; aceptó en el acto y sirvió durante cuatro años. Defectuosa por una “autocomplacencia fatal” con respecto a las mujeres –para quienes era “irresistiblemente fascinante”– su carrera pública sufrió y nunca cumplió su promesa inicial. al otro lado de la mesa le pidieron que fuera editor del Pall Mall Gazette; aceptó en el acto y sirvió durante cuatro años. Defectuosa por una “autocomplacencia fatal” con respecto a las mujeres –para quienes era “irresistiblemente fascinante”– su carrera pública sufrió y nunca cumplió su promesa inicial. al otro lado de la mesa le pidieron que fuera editor del Pall Mall Gazette; aceptó en el acto y sirvió durante cuatro años. Defectuosa por una “autocomplacencia fatal” con respecto a las mujeres –para quienes era “irresistiblemente fascinante”– su carrera pública sufrió y nunca cumplió su promesa inicial.

La sociedad era pequeña y homogénea y su condición sine qua non era la tierra. Para que un forastero entrara, era esencial primero comprar una finca y vivir en ella, aunque ni siquiera esto siempre funcionaba. Cuando John Morley, entonces ministro del gabinete, estaba de visita en Skibo, donde el señor Andrew Carnegie había construido una piscina, llevó al detective que lo acompañaba a verla y le pidió su opinión. "Bueno, señor", respondió juiciosamente el detective, "me parece que sabe a parvenoo".

En el “cuerpo brillante y poderoso”, como lo llamó Winston Churchill, de las doscientas grandes familias que habían gobernado Inglaterra durante generaciones, todos conocían a todos los demás o estaban relacionados con ellos. Dado que la superioridad y las cómodas circunstancias imponían a la nobleza y la nobleza el deber de reproducirse, se les dio a familias numerosas, siendo lo habitual cinco o seis hijos, siete u ocho no infrecuentes y nueve o más no desconocidos. El duque de Abercorn, padre de Lord George Hamilton en el gobierno de Salisbury, tuvo seis hijos y siete hijas; el cuarto barón Lyttelton, cuñado de Gladstone y padre de Alfred Lyttelton, tuvo ocho hijos y cuatro hijas; el duque de Argyll, secretario de la India bajo Gladstone, tuvo doce hijos. Como resultado de los matrimonios de tantos hermanos y de los numerosos segundos matrimonios, todos estaban relacionados con una docena de otras familias. Las personas que se encontraban todos los días, en las casas de los demás, en carreras y cacerías, en Cowes, para la regata, en la Academia Real, en la corte y en el Parlamento, se encontraban la mayoría de las veces con sus primos segundos o sus cuñados. -el tío de

la ley o la hermana del padrastro o el sobrino de la tía del otro lado. Cuando un primer ministro formaba un gobierno, no era nepotismo sino casi inevitable que algunos miembros de su gabinete estuvieran relacionados con él o entre sí. En el Gabinete de 1895, Lord Lansdowne, el Secretario de Guerra, estaba casado con una hermana de Lord George Hamilton, el Secretario para la India, y la hija de Lansdowne estaba casada con el sobrino y heredero del Duque de Devonshire, quien era Lord Presidente de la Concejo. en carreras y cacerías, en Cowes, en la regata, en la Royal Academy, en la corte y en el Parlamento, la mayoría de las veces se encontraban con sus primos segundos o con el tío de su cuñado o con la hermana de su padrastro o con el sobrino de su tía del otro lado. . Cuando un primer ministro formaba un gobierno, no era nepotismo sino casi inevitable que algunos miembros de su gabinete estuvieran relacionados con él o entre sí. En el Gabinete de 1895, Lord Lansdowne, el Secretario de Guerra, estaba casado con una hermana de Lord George Hamilton, el Secretario para la India, y la hija de Lansdowne estaba casada con el sobrino y heredero del Duque de Devonshire, quien era Lord Presidente de la Concejo. en carreras y cacerías, en Cowes, en la regata, en la Royal Academy, en la corte y en el Parlamento, la mayoría de las veces se encontraban con sus primos segundos o con el tío de su cuñado o con la hermana de su padrastro o con el sobrino de su tía del otro lado. . Cuando un primer ministro formaba un gobierno, no era nepotismo sino casi inevitable que algunos miembros de su gabinete estuvieran relacionados con él o entre sí. En el Gabinete de 1895, Lord Lansdowne, el Secretario de Guerra, estaba casado con una hermana de Lord George Hamilton, el Secretario para la India, y la hija de Lansdowne estaba casada con el sobrino y heredero del Duque de Devonshire, quien era Lord Presidente de la Concejo. la mayoría de las veces se encontraban con sus primos segundos, el tío de su cuñado, la hermana de su padrastro o el sobrino de su tía del otro lado. Cuando un primer ministro formaba un gobierno, no era nepotismo sino casi inevitable que algunos miembros de su gabinete estuvieran relacionados con él o entre sí. En el Gabinete de 1895, Lord Lansdowne, el Secretario de Guerra, estaba casado con una hermana de Lord George Hamilton, el Secretario para la India, y la hija de Lansdowne estaba casada con el sobrino y heredero del Duque de Devonshire, quien era Lord Presidente de la Concejo. la mayoría de las veces se encontraban con sus primos segundos, el tío de su cuñado, la hermana de su padrastro o el sobrino de su tía del otro lado. Cuando un primer ministro formaba un gobierno, no era nepotismo sino casi inevitable que algunos miembros de su gabinete estuvieran relacionados con él o entre sí. En el Gabinete de 1895, Lord Lansdowne, el Secretario de Guerra, estaba

casado con una hermana de Lord George Hamilton, el Secretario para la India, y la hija de Lansdowne estaba casada con el sobrino y heredero del Duque de Devonshire, quien era Lord Presidente de la Concejo.

Los gobernantes del país, dijo uno, “se conocían íntimamente, muy aparte de Westminster”. Habían ido juntos a la escuela y a una de las dos universidades favoritas, Christ Church en Oxford o Trinity College en Cambridge. Aquí los primeros ministros, incluidos Lord Rosebery y Salisbury, en Christ Church, y sus sucesores inmediatos, Balfour y Sir Henry Campbell-Bannerman, en Trinity, crecieron de forma natural. Sin embargo, la casa obligada del arte de gobernar fue Balliol, cuyo poderoso Maestro, Benjamin Jowett, francamente gastó su talento docente en estudiantes universitarios inteligentes “cuya posición social podría permitirles obtener altos cargos en el servicio público”. Christ Church, conocida simplemente como la "Casa", era el hábitat particular de la aristocracia rica y terrateniente. Durante la juventud de los hombres que gobernaron en los años noventa, Estaba presidido por Dean Liddell, un hombre singularmente apuesto, de gran elegancia social y modales formidables, que tenía una hija, Alice, muy admirada por un oscuro profesor de matemáticas llamado Charles Dodgson. Las actividades en la "Casa" eran principalmente la caza del zorro, las carreras, una forma no demasiado seria de cricket y "un sinfín de buenas cenas en compañía de los mejores tipos del mundo, tal como ellos lo conocían".

Cuando estos tipos de la vida futura escribieron sus memorias, las primeras páginas estaban repletas de notas a pie de página que identificaban a los Carlos, Arturo, Guillermo y Francisco de la época escolar del autor como “luego Jefe del Estado Mayor Imperial” o “luego Obispo de Southhampton” o Portavoz de a la Cámara o al Ministro en Atenas, según sea el caso. A través de años de familiaridad, conocían el carácter de cada uno y podían pedirse favores. Cuando Winston Churchill, a los veintitrés años, quiso unirse a la expedición a Sudán en 1898 a pesar de las firmes objeciones de su Comandante en Jefe, Sir Herbert Kitchener, el asunto no estaba más allá de su realización. El abuelo de Winston, el séptimo duque de Marlborough, había sido colega de Lord Salisbury durante el gobierno de Disraeli, y Lord Salisbury, como Primer Ministro, escuchó amablemente al joven y prometió su ayuda. Cuando resultó que era necesario con poca antelación, Winston recurrió al secretario privado, Sir Schomberg McDonnell, "a quien había visto y conocido en círculos sociales desde que era niño". Winston lo encontró vistiéndose para la cena y mientras le explicaban el recado: "'Lo haré de inmediato', dijo este hombre galante, y se fue, descartando su cena". De esta manera se

gestionaron los asuntos.

El molde en el que todos fueron educados era el mismo, y su objetivo no era necesariamente el espíritu científico o la mente exacta, sino una "elegante dignidad" que daba derecho a su portador al estatus de caballero inglés, y una creencia inquebrantable en ese estatus. como el bien supremo del hombre en la tierra. Como tal, obligaba al portador a estar a la altura. En las habitaciones de todos los niños de Eton colgaba el famoso cuadro de Lady Butler del desastre de Majuba Hill que mostraba a un oficial con la espada en alto cargando hacia la muerte al grito de “¡Floreat Etona!” El espíritu inculcado puede haber explicado, como se ha sugerido, la preponderancia de la valentía sobre la estrategia en los oficiales británicos. Sin embargo, ser etoniano significaba “impregnarse de una sensación de superioridad natural y dejarse arrullar por una conciencia de primacía inexpugnable”. Vestido con esta armadura, sus portadores estaban serenamente seguros de su mundo y sentían lástima por cualquiera que no fuera de él. Cuando Sir Charles Tennant y un compañero de golf se estaban preparando para conducir y fueron bruscamente interrumpidos por un extraño que se adelantó y colocó su propia bola en el tee, el enfurecido compañero estaba a punto de explotar. “No te enojes con él”, lo tranquilizó Sir Charles. "Tal vez no sea todo un caballero, pobrecito, pobrecito."

Esta condición mágica fue envidiada e imitada sinceramente en el extranjero por toda la aristocracia continental (excepto quizás los rusos, que hablaban francés y no imitaban a nadie). Los nobles alemanes se casaban implacablemente con esposas inglesas y vestían tweeds y abrigos raglán, mientras que en Francia la vida del haut monde se centraba en el Jockey Club, cuyos miembros jugaban al polo, bebían whisky y Helleu, el equivalente francés, pintaba sus retratos en rosa caza. de Sargento.

No es casualidad que su admirado modelo fuera pensado en términos ecuestres. El caballero inglés era impensable sin su caballo. Desde que el primer hombre montado adquirió mayor estatura y velocidad (y, con la invención del estribo, mayor empuje de combate), el caballo había distinguido al gobernante de los gobernados. El hombre a caballo era el símbolo de la dominación, y de ninguna otra clase en ningún lugar del mundo el caballo era una parte tan intrínseca como de la aristocracia inglesa. Él era el atributo de su poder. Cuando un escritor contemporáneo quiso describir el punto de vista de la oligarquía del condado, utilizó términos ecuestres: veían la sociedad, escribió, compuesta por “una pequeña aristocracia selecta nacida con botas y espuelas para montar y una gran masa oscura

nacida ensillado y embridado para ser montado”.

En 1895, el caballo era todavía tan inseparable y omnipresente en la vida de la clase alta como el sirviente, aunque considerablemente más querido. Proporcionó locomoción, ocupación y conversación; Amor inspirado, valentía, poesía y destreza física. Era el elemento esencial en las carreras, el deporte de los reyes, como en la caballería, la élite de la guerra. Cuando un patricio inglés pensaba con nostalgia en la juventud, lo recordaba como una época “en la que contemplaba la vida desde la silla de montar y estaba lo más cerca posible del cielo”.

La galería de Tattersall's los domingos por la noche, cuando la sociedad se reunía para cuidar los caballos para las rebajas del lunes, estaba tan de moda como la ópera. La gente no iba simplemente a las carreras en Newmarket; poseían o tomaron casas en el vecindario y vivieron allí durante la reunión. Las carreras fueron regidas por los tres Comisarios del Jockey Club cuya decisión no hubo apelación. Tres ministros del gabinete del gobierno de Lord Salisbury, el señor Henry Chaplin, el conde de Cadogan y el duque de Devonshire, fueron en un momento u otro administradores del Jockey Club. Ser propietario de un semental y criar caballos de carreras requería una gran fortuna. Cuando Lord Rosebery, después de casarse con un Rothschild, ganó el Derby siendo Primer Ministro en 1894, recibió un telegrama de Chauncey Depew en Estados Unidos: "Sólo queda el cielo". El telegrama de depew resultó ser una subestimación, porque Rosebery ganó el Derby dos veces más, en 1895 y 1905. El Príncipe de Gales lo ganó en 1896 con su gran y largo castaño Persimmon, criado en su propio semental, nuevamente en 1900 con el hermano de Persimmon, Diamond Jubilee, y por tercera vez, como Rey. , en 1909 con Minoru. Al ser la primera victoria de este tipo de un monarca reinante, fue el día más importante de Epsom. Cuando el púrpura, el escarlata y el oro de los colores reales llegaron al frente en Tattenham Corner, la multitud rugió; Cuando Minoru, codo con codo con su rival, luchó a un ritmo furioso a lo largo de las vías, se volvieron locos de emoción y lloraron de alegría cuando ganó por una cabeza. Rompieron las cuerdas, le dieron una palmada en la espalda al rey, le retorcieron la mano y “hasta los policías agitaban sus cascos y se animaban hasta quedar roncos”. El Príncipe de Gales lo ganó en 1896 con su gran castaño largo Persimmon, criado en su propio semental, nuevamente en 1900 con el hermano de Persimmon, Diamond Jubilee, y por tercera vez, como Rey, en 1909 con Minoru. Al ser la primera victoria de este tipo de un monarca reinante, fue el día más importante de Epsom. Cuando el púrpura, el escarlata y el oro de los colores reales llegaron al frente en Tattenham Corner, la multitud rugió; Cuando Minoru, codo con codo con su rival, luchó a un ritmo furioso a lo

largo de las vías, se volvieron locos de emoción y lloraron de alegría cuando ganó por una cabeza. Rompieron las cuerdas, le dieron una palmada en la espalda al Rey, le retorcieron la mano y “hasta los policías agitaban sus cascos y se animaban hasta quedarse roncos”. El Príncipe de Gales lo ganó en 1896 con su gran castaño largo Persimmon, criado en su propio semental, nuevamente en 1900 con el hermano de Persimmon, Diamond Jubilee, y por tercera vez, como Rey, en 1909 con Minoru. Al ser la primera victoria de este tipo de un monarca reinante, fue el día más importante de Epsom. Cuando el púrpura, el escarlata y el oro de los colores reales llegaron al frente en Tattenham Corner, la multitud rugió; Cuando Minoru, codo con codo con su rival, luchó a un ritmo furioso a lo largo de las vías, se volvieron locos de emoción y lloraron de alegría cuando ganó por una cabeza. Rompieron las cuerdas, le dieron una palmada en la espalda al Rey, le retorcieron la mano y “hasta los policías agitaban sus cascos y se animaban hasta quedarse roncos”. Al ser la primera victoria de este tipo de un monarca reinante, fue el día más importante de Epsom. Cuando el púrpura, el escarlata y el oro de los colores reales llegaron al frente en Tattenham Corner, la multitud rugió; Cuando Minoru, codo con codo con su rival, luchó a un ritmo furioso a lo largo de las vías, se volvieron locos de emoción y lloraron de alegría cuando ganó por una cabeza. Rompieron las cuerdas, le dieron una palmada en la espalda al Rey, le retorcieron la mano y “hasta los policías agitaban sus cascos y se animaban hasta quedarse roncos”. Al ser la primera victoria de este tipo de un monarca reinante, fue el día más importante de Epsom. Cuando el púrpura, el escarlata y el oro de los colores reales llegaron al frente en Tattenham Corner, la multitud rugió; Cuando Minoru, codo con codo con su rival, luchó a un ritmo furioso a lo largo de las vías, se volvieron locos de emoción y lloraron de alegría cuando ganó por una cabeza. Rompieron las cuerdas, le dieron una palmada en la espalda al Rey, le retorcieron la mano y “hasta los policías agitaban sus cascos y se animaban hasta quedarse roncos”.

La distinción también podría ganarla un famoso “látigo” como Lord Londesborough, presidente del Four-in-Hand Club, conocido como “swell”, término para designar a una persona de extrema elegancia y esplendor, y famoso por su la elegancia de sus participaciones y el “brillo, velocidad y estilo” de sus caballos de carruaje. El caballo de tiro era más que ornamental; era esencial para el transporte y a través de este papel se ejercía su tiranía. Cuando una sobrina de Charles Darwin fue llevada en 1900 para ver a Lord Roberts embarcarse hacia Sudáfrica, vio el barco pero no a Lord Roberts "porque el carruaje tenía que regresar a casa o los caballos podrían haber estado cansados". Cuando su tía Sara, la señora William Darwin, iba de

compras a Cambridge, siempre subía la colina más pequeña detrás de su propio carruaje.

Pero la verdadera pasión del jinete se expresaba en el jinete hacia los perros. Galopar sobre las colinas con perros y jinetes, escribió Wilfrid Scawen Blunt en un soneto, era sentir que “mi caballo era una cosa con alas, y yo un Dios”. El cazador de zorros nunca se cansaba de las emociones, el peligro y la belleza de la caza; del aullido del cuerno del cazador, los aullidos excitados de los perros, la carrera veloz de los jinetes vestidos de rojo y las damas vestidas de negro en sillas de montar, los saltos voladores sobre taludes, vallas, muros de piedra y zanjas, incluso los choques, los huesos rotos y el frío y doloroso viaje a casa en invierno. Si en aquella época era una bendición estar vivo y pertenecer a la clase ociosa, cazar era un éxtasis. El devoto del deporte, hombre o mujer, cabalgaba hacia los perros cinco y, a veces, seis días a la semana. Se decía del señor Knox, capellán privado del duque de Rutland, que usaba botas y espuelas debajo de la sotana y la sobrepelliz y "pensaba en los caballos incluso en el púlpito". La familia del duque siempre podía saber por la velocidad de las oraciones matutinas si el señor Knox estaba cazando ese día o no.

El señor Henry Chaplin, el popular "Squire" del gabinete de Lord Salisbury, que era considerado el arquetipo del caballero rural inglés y se tomaba muy en serio a sí mismo como representante en el Parlamento de los intereses agrícolas, se tomaba a sí mismo igualmente en serio como Maestro de los Blankney Hounds y No podía decidir qué deber era primero. Durante un debate o un gabinete, dibujaba pequeños bocetos de caballos en documentos oficiales. Cuando se requería su presencia como ministro durante el turno de preguntas, tenía un tren especial esperándolo para llevarlo dondequiera que se reuniera la caza a la mañana siguiente. En algún punto entre las estaciones se detenía, el señor Chaplin salía, con pantalones blancos y casaca escarlata, subía al terraplén y encontraba a su mozo de cuadra y sus caballos esperando. Con un peso de 250 libras, Buscaba constantemente caballos lo suficientemente grandes y fuertes para llevarlo y con frecuencia "llegaba al fondo de varios en un día". “Verlo corriendo hacia una cerca en uno de sus grandes caballos fue un espectáculo hermoso”. En una ocasión, la única salida a un campo era un hueco en un seto alto donde se había plantado un joven árbol rodeado por una jaula de hierro de 4 pies y 6 pulgadas de alto. “Hubo gritos pidiendo un helicóptero o un cuchillo cuando el Squire bajó, a cuarenta millas por hora, con el anteojo en el ojo y no veía nada más que la abertura en el seto. No había nada que lo detuviera; tampoco lo hizo el árbol joven, pues su peso y el de su caballo lo rompieron tan limpio como se rompe un palo delgado y se fue sin

tener idea de que el árbol alguna vez había estado allí”. "Verlo correr hacia una valla montado en uno de sus grandes caballos fue un hermoso espectáculo". En una ocasión, la única salida a un campo era un hueco en un seto alto donde se había plantado un joven árbol rodeado por una jaula de hierro de 4 pies y 6 pulgadas de alto. “Hubo gritos pidiendo un helicóptero o un cuchillo cuando el Squire bajó, a cuarenta millas por hora, con el anteojo en el ojo y no veía nada más que la abertura en el seto. No había nada que lo detuviera; tampoco lo hizo el árbol joven, pues su peso y el de su caballo lo rompieron tan limpio como se rompe un palo delgado y se fue sin tener idea de que el árbol alguna vez había estado allí”. "Verlo correr hacia una valla montado en uno de sus grandes caballos fue un hermoso espectáculo". En una ocasión, la única salida a un campo era un hueco en un seto alto donde se había plantado un joven árbol rodeado por una jaula de hierro de 4 pies y 6 pulgadas de alto. “Hubo gritos pidiendo un helicóptero o un cuchillo cuando el Squire bajó, a cuarenta millas por hora, con el anteojo en el ojo y no veía nada más que la abertura en el seto. No había nada que lo detuviera; tampoco lo hizo el árbol joven, pues su peso y el de su caballo lo rompieron tan limpio como se rompe un palo delgado y se fue sin tener idea de que el árbol alguna vez había estado allí”. “Hubo gritos pidiendo un helicóptero o un cuchillo cuando el Squire bajó, a cuarenta millas por hora, con el anteojo en el ojo y no veía nada más que la abertura en el seto. No había nada que lo detuviera; tampoco lo hizo el árbol joven, pues su peso y el de su caballo lo rompieron tan limpio como se rompe un palo delgado y se fue sin tener idea de que el árbol alguna vez había estado allí”. “Hubo gritos pidiendo un helicóptero o un cuchillo cuando el Squire bajó, a cuarenta millas por hora, con el anteojo en el ojo y no veía nada más que la abertura en el seto. No había nada que lo detuviera; tampoco lo hizo el árbol joven, pues su peso y el de su caballo lo rompieron tan limpio como se rompe un palo delgado y se fue sin tener idea de que el árbol alguna vez había estado allí”.

El costo de ser un Maestro que, además de mantener su propio establo, fuera responsable de la crianza y mantenimiento de la manada no era un asunto menor. La pasión del Sr. Chaplin era tan extravagante que en un momento tuvo dos mochilas, participó en dos cacerías y, entre tener un semental de carreras, un bosque de ciervos en Escocia y entretener a ese querido amigo, el Príncipe de Gales, finalmente se arruinó y perdió las propiedades familiares. En una de sus últimas cacerías en 1911, cuando tenía más de setenta años, cayó derribado y sufrió dos costillas rotas y un pulmón perforado, pero antes de que lo llevaran a casa, insistió en detenerse en el pueblo más cercano para telegrafiar al látigo conservador en la Casa de Comunes que no estaría presente para votar esa noche.

George Wyndham, que en 1902 adquiriría rango en el gabinete como secretario jefe para Irlanda, se debatía, como el señor Chaplin, entre la pasión por la caza y el deber para con la política. En el caso de Wyndham, el deber no estaba exento de ambición, ya que tenía toda la intención de convertirse en Primer Ministro. Como también escribía poesía y tenía inclinaciones por el arte y la literatura, la vida estuvo para él llena de decisiones difíciles. Un amigo deportista le aconsejó que no "sacrificara mi vida por la política y puso a Harry Chaplin como un ejemplo impactante de quién se esperaban cosas mejores en su juventud". Era difícil no estar de acuerdo y preferir la vida sin preocupaciones cuando los caballeros bajaban a desayunar con sus abrigos rosas y un delantal atado para proteger el blanco tiza de sus pantalones, o cuando en una noche de Navidad, como la describió Wyndham, "Nos sentamos a cenar treinta y nueve" y treinta cazaron al día siguiente. "Hoy volvemos a salir todos... Tres de nosotros zarpamos [cincuenta esloras por delante de los seguidores más cercanos]. El resto no estaba en ninguna parte. Nos extendimos por el campo. El ritmo era demasiado acelerado para elegir el lugar por un metro. Simplemente tomamos todo como vino con los perros gritando a nuestro lado. Nadie podría ganar ni un centímetro. Estos son los momentos... que son el placer de cazar. No hay nada como eso."

Más antiguo que la caza del zorro, el papel más antiguo del jinete era la guerra. Los oficiales de caballería se consideraban la flor y nata del ejército y, de hecho, se destacaban más por su prestigio social que por su pensamiento o imaginación. Estaban "seguros de sí mismos", escribió un oficial de caballería desde un punto de vista posterior, "con la magnífica seguridad que pertenecía a aquellos que eran jóvenes en ese momento y provenían de su clase y país". En sus primeros años con el regimiento lograron, mediante una rutina diaria en el puerto y una caída semanal de cabeza desde un caballo, permanecer en "ese estado de confusión crónica y entumecida que era el objetivo de todo oficial de caballería". El polo, aprendido en su tierra natal por los regimientos de la India, era su pasión y la carga de caballería la suma y cumbre de su estrategia. Fue de la caballería de donde surgieron los líderes militares de la nación. Creían en la carga de caballería como creían en la Iglesia de Inglaterra. El oficial de caballería clásica era esa figura magnífica y genial, un amigo íntimo del Príncipe de Gales, "distinguido en la corte, en los clubes, en el hipódromo, en el campo de caza... una de las estrellas militares más brillantes de la sociedad londinense", dijo el coronel Brabazon del décimo de húsares. Un metro ochenta de altura, rasgos limpios y simétricos, ojos grises brillantes y mandíbula fuerte, tenía un bigote que el káiser habría envidiado e ideas a la altura. Al testificar ante el

Comité de Defensa Imperial en 1902 sobre las lecciones de la Guerra de los Bóers, en la que había comandado la Yeomanry Imperial, el general Brabazon (como lo era ahora) "electrizó a la Comisión con un relato de sus experiencias personales en la lucha cuerpo a cuerpo". y sus teorías sobre el uso del brazo de caballería en la guerra". Estos incluyeron, como informó Lord Esher al Rey, "la desconfianza de toda su vida hacia las armas suministradas a la Caballería y su preferencia por las tácticas de choque de hombres armados con un Tomahawk". Al dar su testimonio "de una manera muy característica de ese valiente oficial... hizo dibujos gráficos de una carga de caballería en estas condiciones que resultaron paralizantes para la imaginación de los comisionados". Luego escucharon al coronel Douglas Haig, recientemente jefe del Estado Mayor de la división de caballería en la guerra de Sudáfrica, deplorar la propuesta de abolición de la lanza y afirmar su creencia en el arme blanche, es decir, el sable de caballería, como arma eficaz. Al dar su testimonio "de una manera muy característica de ese valiente oficial... hizo dibujos gráficos de una carga de caballería en estas condiciones que resultaron paralizantes para la imaginación de los comisionados". Luego escucharon al coronel Douglas Haig, recientemente jefe del Estado Mayor de la división de caballería en la guerra de Sudáfrica, deplorar la propuesta de abolición de la lanza y afirmar su creencia en el arme blanche, es decir, el sable de caballería, como arma eficaz. Al dar su testimonio "de una manera muy característica de ese valiente oficial... hizo dibujos gráficos de una carga de caballería en estas condiciones que resultaron paralizantes para la imaginación de los comisionados". Luego escucharon al coronel Douglas Haig, recientemente jefe del Estado Mayor de la división de caballería en la guerra de Sudáfrica, deplorar la propuesta de abolición de la lanza y afirmar su creencia en el arme blanche, es decir, el sable de caballería, como arma eficaz.

En casa en el campo, entre sus inquilinos y campesinos, cultivos y animales, en la finca que dominaba la vida del distrito del cual "La Casa" era la unidad grande y el pueblo la pequeña, en la tierra que había poseído su familia. y cultivado, alquilado y obtenido ingresos durante generaciones, el patricio inglés floreció en su clima natural. Aquí desde pequeño vivió estrechamente con la naturaleza, con el cielo y los árboles, los campos, los pájaros y los ciervos en el bosque. "Fuimos dotados de la

incomparable belleza de los hogares en los que fuimos criados", escribió Lady Frances Balfour. Las casas señoriales (Blenheim de los duques de Marlborough, Chatsworth de los duques de Devonshire, Wilton de los condes de Pembroke, Warwick Castle de los condes de Warwick, Knole de los Sackville, Hatfield de los Salisbury) tenían trescientas o cuatrocientas habitaciones. cien chimeneas y techos medidos en acres. En otros menos grandiosos se había vivido más tiempo, como Renishaw, habitado por los Sitwell durante al menos setecientos años. Los propietarios, grandes y pequeños, nunca terminaron de ampliar o modificar la casa y mejorar el paisaje. Quitaron o crearon colinas, evocaron lagos, desviaron arroyos y crearon vistas a través de sus bosques rematados por un pabellón de mármol para fijar la vista.

Sus hogares proliferaron. Una casa adosada, una finca familiar, una segunda casa de campo, un campo de tiro en un condado del norte, otro en Escocia, posiblemente un castillo en Irlanda no eran nada fuera de lo común. Además de Hatfield y su casa londinense de Arlington Street, Lord Salisbury era propietario del castillo de Walmer en Deal, de la mansión de Cranborne en Dorsetshire, de su villa en Francia y, si hubiera sido un deportista, habría tenido un lugar en Escocia o una casa de carreras. semental cerca de Epsom o Newmarket. Había 115 personas en Gran Bretaña que poseían más de 50.000 acres cada una, y cuarenta y cinco de ellas poseían más de 100.000 acres cada una, aunque gran parte de ellas eran tierras no cultivables en Escocia cuyo rendimiento de ingresos era bajo. Había entre sesenta y sesenta y cinco personas, todas pares, que poseían tierras de más de 50.000 acres e ingresos de más de 50.000 libras esterlinas, y quince de ellos (siete duques, tres marqueses, tres condes, un barón y un baronet—habían obtenido ingresos de más de 100.000 libras esterlinas. En toda Gran Bretaña, sobre una población de 44.500.000 habitantes, había 2.500 terratenientes que poseían más de 3.000 acres cada uno y tenían ingresos por tierras de más de 3.000 libras esterlinas.

No se pagaban impuestos sobre la renta por ingresos inferiores a 160 libras esterlinas y en esta categoría había aproximadamente entre dieciocho y veinte millones de personas. De ellos, alrededor de tres

millones trabajaban en oficios administrativos o de servicios (empleados, tenderos, comerciantes, posaderos, agricultores, profesores) que ganaban un promedio de 75 libras esterlinas al año. Quince millones y medio eran trabajadores manuales, incluidos soldados, marineros, carteros y policías y aquellos en el servicio agrícola y doméstico que ganaban menos de 50 libras al año. El "umbral de pobreza" se había calculado en 55 libras esterlinas al año, o 21 chelines. 8d. una semana, para una familia de cinco. Los sirvientes de interior dormían en áticos o sótanos sin ventanas. Los trabajadores agrícolas vivían en casas por las que pagaban un chelín a la semana y trabajaban con guadaña, arado y hoz en el campo desde el momento en que sonaba el gran cuerno a las cinco de la mañana hasta el anochecer. Cuando sus casas tenían goteras o se pudrían, dependían del propietario para las reparaciones y, a menos que el propietario se ocupara de ellos cuando su poder adquisitivo llegaba a su fin, iban al asilo para terminar sus días. Los sirvientes de la finca (mozos de cuadra, jardineros, carpinteros, herreros, lecheros y peones de campo) cuyas familias habían vivido en la tierra tanto tiempo como sus propietarios, brindaban un servicio "de todo corazón y apasionado… Su orgullo estaba ligado a ello".

Con el inicio de la temporada de urogallo en agosto y hasta la reapertura del Parlamento en enero, los grandes terratenientes se entretuvieron continuamente en fiestas caseras de una semana de duración con veinte a cincuenta invitados. Con cada invitado trayendo su propio sirviente, el anfitrión alimentó hasta cien, y en una ocasión en Chatsworth, cuatrocientas bocas adicionales mientras duró la fiesta en casa. El tiro era el pasatiempo preferido y consistía en hacer gala de suficiente resistencia y puntería, asistido por un cargador y tres o cuatro escopetas, para derribar una bolsa ilimitada de caza menor arrancada de sus coberteras por un ejército de batidores. De condado en condado y de ida y vuelta a Escocia, con su rastro marcado por miles y miles de pájaros y liebres muertos, la nobleza estaba en constante movimiento: para disparar con el Príncipe en Sandringham,

La mañana era el momento de los caballeros en los páramos; las damas bajaban a desayunar con sombreros y en el té de la tarde reinaban vestidos de té elaborados y lánguidos de, podría ser, "satén eau de Nil cubierto con muselina de soja con lentejuelas doradas y bandas de marta en el dobladillo y el cuello". Siguieron cenas formales vestidos de noche. Durante todo el día, manadas de sirvientes se deslizaban en silencio, trayendo el té de la mañana y el Times, acarreando agua para el baño y carbón para las chimeneas, rellenando jarrones diariamente con flores frescas, murmurando "Su Gracia está en la Biblioteca Larga" y haciendo sonar gongs durante las comidas.

veces y esperando levantada para quitarle el corsé a Su Señoría y acostarse.

Cada invitado a las fiestas en casa tenía su nombre en una tarjeta colocada en un marco de latón en la puerta de su dormitorio y una tarjeta correspondiente al lado del timbre en la despensa del mayordomo. Al asignar habitaciones había que tener en cuenta los enlaces reconocidos, aunque no reconocidos. Mientras los socios de estas infidelidades intramuros no hicieran nada que provocara un escándalo público por parte de una esposa indignada o un marido cornudo, podían hacer lo que quisieran. La consideración primordial era evitar cualquier exposición de mala conducta a las clases bajas. En ese sentido el código era rígido. Dentro del círculo cerrado de la clase dominante el pecado imperdonable era delatar a cualquier miembro del grupo; no debe haber ninguna apelación ante el Tribunal de Divorcios, ni publicidad que desacredite a los miembros como clase. Si, lamentablemente, un marido se negó rotundamente a ser complaciente y amenazó con tomar medidas, todos los árbitros de la sociedad, incluido, si era necesario, el Príncipe de Gales (a pesar de su propio historial nada impecable), se unieron para detenerlo. Le recordaron que no debía sacrificar su clase por tal exposición. Era su deber preservar las apariencias y una fachada inmaculada ante la mirada del vulgo. Sometido, obedecería, incluso a costa, en el caso de una pareja, de no hablar con su esposa más que en público durante veinte años.

En su mundo lujoso y fastuoso, la autocomplacencia era la ley natural. Excéntricos notables como el duque nocturno de Portland y autócratas de mal humor como Sir George Sitwell y Sir William Eden eran meros representantes de su clase en quienes el hábito de salirse con la suya había llegado al extremo. Pero para la mayoría era fácil ser agradable cuando se hacía todo lo posible para mantenerlos cómodos y tranquilos y para hacer la vida de los grandes y ricos lo más ininterrumpidamente placentera posible.

El resultado fue el estilo señorial. Cuando el coronel Brabazon, que fingía una elegante dificultad con las erres, llegó tarde a la estación de ferrocarril para ser informado de que el tren para Londres acababa de partir, le dijo al jefe de estación: "Entonces, pégame otro". Los caballeros a los que no les gustaba una fría espera en una estación rural o un viaje lento en un local tenían la costumbre de utilizar trenes especiales que costaban £25 por un viaje promedio. No eran pocos entre ellos los que, como la reina Victoria, nunca habían visto un billete de tren. Las damas contaban con vestidos únicos diseñados exclusivamente para ellas por Worth o Doucet, que dedicaban tanto

mimo a cada clienta como si estuviera pintando su retrato. “Para diferenciarse de los demás”, la belleza inglesa Daisy, princesa de Pless, llevaba cosida “una franja de violetas reales” en la cola de su vestido de corte.

Alimentados con privilegios, los patricios florecieron. Al menos cinco de los principales ministros del gobierno de Lord Salisbury medían más de seis pies de altura, muy por encima de la estatura normal de la época. De los diecinueve miembros del Gabinete, todos menos dos vivieron más de setenta años, siete superaron los ochenta y dos superaron los noventa, en una época en la que la esperanza media de vida de un varón al nacer era de cuarenta y cuatro años y la de un hombre que había cumplido los veinte. -uno tenía sesenta y dos años. Gracias a su dieta de privilegios, adquirieron una cierta cualidad que Lady Warwick sólo pudo definir con las palabras: "¡Tienen aire!".

De vez en cuando, el sonido del lejano estruendo en la atmósfera les provocaba vagos temores de que se producirían cambios que arruinarían la diversión. Después de la cena, con oporto, los caballeros hablaron sobre el crecimiento de la democracia y la amenaza del socialismo. Las caricaturas de los periódicos mostraban a John Bull mirando por encima de una valla a un toro llamado Labor. La mayoría de la gente era consciente de los problemas sin imaginar seriamente ningún cambio importante en el orden actual de las cosas, pero unos pocos estaban profundamente perturbados. El joven Arthur Ponsonby veía todas las noches a lo largo del terraplén desde Westminster hasta el puente de Waterloo la “escuálida multitud de desdichados sin hogar durmiendo en los bancos”, y rompió con la tradición cortesana de su padre y su hermano para convertirse en socialista. Lady Warwick trató de sofocar las dudas persistentes sobre una vida dedicada a la búsqueda del placer en “ataques recurrentes de filantropía” a los que se entregaba por “un deseo imperioso de ayudar a arreglar las cosas y una profunda convicción de que

las cosas, tal como estaban, no estaban bien". ." En 1895, al leer un ataque del editor socialista Robert Blatchford en su periódico Clarion sobre un gran baile ofrecido en el Castillo de Warwick para celebrar el acceso de su marido al título, corrió enojada a Londres, dejando una casa llena de invitados, para enfrentar al enemigo. Ella le explicó cómo durante un duro invierno en el que muchos estaban sin trabajo, las celebraciones de Warwick proporcionaron empleo. El señor Blatchford explicó a su bella visitante la naturaleza del trabajo productivo y los principios de la teoría socialista.

Lady Warwick fue una pajita, no una tendencia. Como nación, Gran Bretaña en 1895 tenía un aire de supremacía descuidada que irritaba a sus vecinos. La actitud, llamada "espléndido aislamiento", era a la vez un estado de ánimo y un hecho. Gran Bretaña no se preocupaba seriamente por enemigos potenciales, no sentía necesidad de aliados y no tenía amigos. En un mundo en el que otras energías nacionales estaban superando viejos límites, esta feliz situación no ofrecía grandes promesas de permanencia. El 20 de julio, cuando el gobierno de Salisbury tenía menos de un mes de existencia, se vio repentina y sorprendentemente desafiado por un sector inesperado: los Estados Unidos. El asunto se refería a una frontera largamente disputada entre la Guayana Británica y Venezuela. Afirmando que los británicos se estaban expandiendo territorialmente a sus expensas en violación de la Doctrina Monroe, los venezolanos habían estado incitando a Estados Unidos a abrir ese famoso paraguas e insistir en el arbitraje. Aunque el presidente estadounidense, Grover Cleveland, era un hombre de buen juicio y sentido común, sus compatriotas estaban en un estado de ánimo de creciente autoafirmación y, como señaló Rudyard Kipling, para desahogar sus sentimientos chovinistas, Francia tenía a Alemania, Gran Bretaña y Alemania. tenía a Rusia, y Estados Unidos tenía a Gran Bretaña, el único país factible "para que el orador público estadounidense lo pisotee". El 20 de julio, el Secretario de Estado de Cleveland, Richard Olney, entregó una nota a Gran Bretaña afirmando que el desprecio de la Doctrina Monroe sería "considerado un acto de hostilidad hacia los Estados Unidos", a quienes describió en términos de beligerancia no muy velada como "Amo de la situación y prácticamente invulnerable contra todos y cada uno de los interesados". era un hombre de buen juicio y sentido común, sus

compatriotas estaban en un estado de ánimo de creciente autoafirmación y, como señaló Rudyard Kipling, para ventilar los sentimientos chauvinistas, Francia tenía a Alemania, Gran Bretaña tenía a Rusia y Estados Unidos tenía a Gran Bretaña. el único país factible “que el orador público estadounidense pueda pisotear”. El 20 de julio, el Secretario de Estado de Cleveland, Richard Olney, entregó una nota a Gran Bretaña afirmando que el desprecio de la Doctrina Monroe sería “considerado un acto de hostilidad hacia los Estados Unidos”, a quienes describió en términos de beligerancia no muy velada como "Amo de la situación y prácticamente invulnerable contra todos y cada uno de los interesados". era un hombre de buen juicio y sentido común, sus compatriotas estaban en un estado de ánimo de creciente autoafirmación y, como señaló Rudyard Kipling, para ventilar los sentimientos chauvinistas, Francia tenía a Alemania, Gran Bretaña tenía a Rusia y Estados Unidos tenía a Gran Bretaña. el único país factible “que el orador público estadounidense pueda pisotear”. El 20 de julio, el Secretario de Estado de Cleveland, Richard Olney, entregó una nota a Gran Bretaña afirmando que el desprecio de la Doctrina Monroe sería “considerado un acto de hostilidad hacia los Estados Unidos”, a quienes describió en términos de beligerancia no muy velada como "Amo de la situación y prácticamente invulnerable contra todos y cada uno de los interesados". Para desahogar los sentimientos chauvinistas, Francia tenía a Alemania, Gran Bretaña tenía a Rusia y Estados Unidos tenía a Gran Bretaña, el único país viable “para que el orador público estadounidense lo pisotee”. El 20 de julio, el Secretario de Estado de Cleveland, Richard Olney, entregó una nota a Gran Bretaña afirmando que el desprecio de la Doctrina Monroe sería “considerado un acto de hostilidad hacia los Estados Unidos”, a quienes describió en términos de beligerancia no muy velada como "Amo de la situación y prácticamente invulnerable contra todos y cada uno de los interesados". Para desahogar los sentimientos chauvinistas, Francia tenía a Alemania, Gran Bretaña tenía a Rusia y Estados Unidos tenía a Gran Bretaña, el único país viable “para que el orador público estadounidense lo pisotee”. El 20 de julio, el Secretario de Estado de Cleveland, Richard Olney, entregó una nota a Gran Bretaña afirmando que el desprecio de la Doctrina Monroe sería “considerado un acto de hostilidad hacia los Estados Unidos”, a quienes describió en términos de beligerancia no muy velada como "Amo de la situación y prácticamente invulnerable contra todos y cada uno de los interesados".

Se trataba de un lenguaje verdaderamente sorprendente para el uso diplomático; pero fue deliberadamente provocativo por parte de Olney porque, como dijo, “a los ojos de los ingleses, Estados Unidos era entonces una cantidad tan completamente insignificante” que sentía

que “sólo palabras equivalentes a golpes serían efectivas”. En el caso de Lord Salisbury, que actuaba como su propio Ministro de Asuntos Exteriores, no surtieron efecto. No estaba más dispuesto a responder a este tipo de insistencia que si su sastre lo hubiera desafiado repentinamente a duelo. La política exterior había sido su especialidad durante veinte años. Había estado en el Congreso de Berlín con Disraeli en 1878 y había maniobrado a través de todos los giros y vueltas de ese enredo perenne: la Cuestión Oriental. Su método no era el de Lord Palmerston, a quien el Príncipe de Gales admiraba porque “conocía su propia opinión y se mantuvo firme. Las cuestiones en materia de asuntos exteriores ya no eran tan claras como en los días del florecimiento de Lord Palmerston, y Lord Salisbury no buscaba éxitos dramáticos en su conducta. Las victorias de la diplomacia, afirmó, se obtuvieron gracias a “una serie de ventajas microscópicas; una sugerencia juiciosa aquí, una civilidad oportuna allá, una concesión sabia en un momento y una persistencia previsora en otro; de tacto insomne, de calma inamovible y de paciencia que ninguna locura, ninguna provocación, ningún error garrafal puede sacudir”. Pero consideraba que estos refinamientos eran un desperdicio en una democracia como la de Estados Unidos, del mismo modo que consideraba que el voto era demasiado bueno para la clase trabajadora. Simplemente dejó que la nota de Olney quedara sin respuesta durante cuatro meses. y Lord Salisbury no buscó éxitos dramáticos en su conducta. Las victorias de la diplomacia, afirmó, se obtuvieron gracias a “una serie de ventajas microscópicas; una sugerencia juiciosa aquí, una civilidad oportuna allá, una concesión sabia en un momento y una persistencia previsora en otro; de tacto insomne, de calma inamovible y de paciencia que ninguna locura, ninguna provocación, ningún error garrafal puede sacudir”. Pero consideraba que estos refinamientos eran un desperdicio en una democracia como la de Estados Unidos, del mismo modo que consideraba que el voto era demasiado bueno para la clase trabajadora. Simplemente dejó que la nota de Olney quedara sin respuesta durante cuatro meses. y Lord Salisbury no buscó éxitos dramáticos en su conducta. Las victorias de la diplomacia, afirmó, se obtuvieron gracias a “una serie de ventajas microscópicas; una sugerencia juiciosa aquí, una civilidad oportuna allá, una concesión sabia en un momento y una persistencia previsora en otro; de tacto insomne, de calma inamovible y de paciencia que ninguna locura, ninguna provocación, ningún error garrafal puede sacudir”. Pero consideraba que estos refinamientos eran un desperdicio en una democracia como la de Estados Unidos, del mismo modo que consideraba que el voto era demasiado bueno para la clase trabajadora. Simplemente dejó que la nota de Olney quedara sin

respuesta durante cuatro meses. calma y paciencia inamovibles que ninguna locura, ninguna provocación, ningún error puede sacudir". Pero consideraba que estos refinamientos eran un desperdicio en una democracia como la de Estados Unidos, del mismo modo que consideraba que el voto era demasiado bueno para la clase trabajadora. Simplemente dejó que la nota de Olney quedara sin respuesta durante cuatro meses. calma y paciencia inamovibles que ninguna locura, ninguna provocación, ningún error puede sacudir". Pero consideraba que estos refinamientos eran un desperdicio en una democracia como la de Estados Unidos, del mismo modo que consideraba que el voto era demasiado bueno para la clase trabajadora. Simplemente dejó que la nota de Olney quedara sin respuesta durante cuatro meses.

Cuando finalmente respondió el 26 de noviembre, fue para comentar fríamente que "la frontera en disputa de Venezuela no tiene nada que ver con ninguna de las cuestiones tratadas por el presidente Monroe" y para negarse rotundamente a arbitrar "la frontera de una posesión británica que pertenecía a el Trono de Inglaterra antes de que existiera la República de Venezuela". Ni siquiera se molestó en obedecer la regla principal de la diplomacia: dejar espacio para la negociación. El rechazo fue demasiado incluso para Cleveland. En un mensaje al Congreso del 17 de diciembre anunció que después de que un Comité de Investigación estadounidense hubiera investigado y establecido una línea fronteriza, cualquier extensión británica sobre la línea sería considerada como una "agresión deliberada" a los derechos e intereses de los Estados Unidos. Cleveland se convirtió en un héroe; un tornado de patrioterismo arrasó el país; "GUERRA SI ES NECESARIA, proclamó el New York Sun. La palabra "guerra" pronto se utilizó tan imprudentemente como si se tratara de una expedición contra los iroqueses o los piratas berberiscos.

Gran Bretaña quedó asombrada, con la opinión dividida según el partido. Los liberales se sintieron mortificados por el tono altivo de Lord Salisbury, y los conservadores se enojaron ante la presunción estadounidense. "Ningún inglés con instintos imperiales", escribió el periodista y novelista conservador Morley Roberts en la inevitable carta al Times, "puede mirar la Doctrina Monroe con otra cosa que no sea desprecio. Los ingleses y no los habitantes de los Estados Unidos son la mayor potencia en las dos Américas; y ningún perro de una República puede abrir la boca para ladrar sin nuestro permiso". Si el tono fue exagerado, la indignación fue real. Aunque a ambos lados del Atlántico se reconoció lo absurdo de la cuestión, surgió la beligerancia y la sangre hirvió. La agresividad nacida del poder y la prosperidad estaba cerca de la superficie.

Nadie fue más útil como imán para las animosidades de otras naciones que el catalizador de su época, el káiser Guillermo II de Alemania. Siempre esforzándose por resaltar su propia importancia y la de su país, desempeñar un papel, adoptar una pose, torcer el curso de la historia, nunca desaprovechó una oportunidad. Ansiaba ser influyente y normalmente lo era.

El 29 de diciembre de 1895, el Jameson Raid rompió el antiguo conflicto entre la República Bóer de Transvaal y los británicos de la Colonia del Cabo. Nominalmente bajo soberanía británica pero prácticamente independiente, la República Bóer fue un obstáculo en la marcha del rojo británico a lo largo de África y un opresor de los uitlandeses dentro de sus fronteras. Se trataba de británicos y otros extranjeros que, atraídos por el oro, habían acudido en masa al Transvaal y se habían asentado allí hasta que ahora superaban en número a los bóers, pero estos los mantenían sin sufragio ni otros derechos civiles, y estaban llenos de agravios. Inspirado por el genio impaciente del imperialismo, Cecil Rhodes, el Dr. Jameson condujo a seiscientos jinetes a través de la frontera con la intención de provocar un levantamiento de los uitlandeses. derrocar al gobierno bóer y poner la República Sudafricana bajo control británico. Su tropa fue rodeada y capturada en tres días, pero su misión desató una serie de acontecimientos que surtirían pleno efecto cuatro años después.

Por el momento, esto proporcionó una oportunidad al siempre alerta Kaiser. Telegrafió sus felicitaciones al presidente Kruger de la República Bóer por su éxito al repeler a los invasores “sin recurrir a la ayuda de potencias amigas”. La implicación de que esa ayuda estaría disponible en caso de que se solicitara en el futuro era clara. Al instante, todas las miradas británicas, como las cabezas de los espectadores en un partido de tenis, se volvieron de Estados Unidos a Alemania, y la ira británica se desvió del presidente Cleveland, siempre poco probable en el papel de amenaza, al Káiser, que lo desempeñó de manera mucho más adecuada. Al contribuir a lograr el cerco definitivo que más temía, el telegrama de Kruger fue uno de los esfuerzos más eficaces del Kaiser. Reveló una hostilidad que sorprendió a los británicos.

El año 1895 estuvo lleno de conmociones, y una que sacudió desagradablemente a la sociedad ocurrió dos meses antes de que los conservadores asumieran el poder. El juicio y la condena de Oscar Wilde en virtud del artículo 11 de la Ley de Enmienda del Derecho

Penal, por actos de grave indecencia entre hombres, destruyeron tanto a un brillante hombre de letras como el estado de ánimo de decadencia que simbolizaba.

La presunción de decadencia había sido fuertemente reforzada dos años antes por Max Nordau en un libro ampliamente discutido llamado Degeneración. A lo largo de seiscientas páginas de histeria creciente, trazó la decadencia que acechaba imparcialmente en el realismo de Zola, el simbolismo de Mallarmé, el misticismo de Maeterlinck, en la música de Wagner, los dramas de Ibsen, los cuadros de Manet, las novelas de Tolstoi, la filosofía de Nietzsche, la ropa de lana del Dr. Jaeger. , en el anarquismo, el socialismo, la vestimenta femenina, la locura, el suicidio, las enfermedades nerviosas, la drogadicción, el baile, la licencia sexual, todo lo cual se combinaba para producir una sociedad sin autocontrol, disciplina o vergüenza que "marchaba hacia su ruina segura porque está demasiado desgastado y flácido para realizar grandes tareas".

Wilde, conforme al deber de un decadente, ya estaba empeñado en destruirse a sí mismo. En su papel de esteta, voluptuoso e ingenioso, hasta entonces había estado protegido por el esmalte del éxito. Su incomparable charla cautivó a los amigos como sus obras al público. Pero su arrogancia como artista se volvió desmesurada y sus apetitos descontrolados, de modo que engordó, se aflojó y se puso pesado y, como comentó un amigo, "todas sus malas cualidades comenzaron a mostrarse en su rostro". El éxito tampoco le satisfizo, pues la saciedad exigía que saboreara la sensación suprema de ruina. "Yo era un problema", dijo con tristeza, "para el cual no había solución". Precipitó su propio arresto al emprender acciones por difamación contra el marqués de Queensberry. Los juicios que siguieron arrancaron la pantalla de discreción de la sociedad y dieron a todos una mirada estremecedora ante el lívido brillo del vicio: proxenetas, prostitutas, citas en habitaciones de hotel con un valet, un mozo de cuadra, un asistente de barco detenido en una playa y chantaje. . No se presentaron cargos contra Lord Alfred Douglas, hijo del marqués de Queensberry, el joven florido y seductor que compartía estas prácticas así como la compañía y el afecto de Wilde. Tampoco hubo cargos cuando Lord Arthur Somerset, hijo del duque de Beaufort y amigo del Príncipe de Gales, fue encontrado en un burdel homosexual allanado por la policía en 1889.

Frank Harris, entonces editor de Fortnightly Review, pensó que la solidaridad de la clase gobernante se cerraría protectoramente en torno a su amigo Oscar de la misma manera. Supuso que el prejuicio

aristocrático consistía en favorecer lo excepcional sobre lo común y operaría por igual para el señor, el millonario y el "hombre de genio". Estaba equivocado. Wilde había hecho lo imperdonable al obligar a la opinión pública a conocer su pecado. Y como artista-intelectual atrapado en la depravación escarlata, evocó el aullido de los filisteos y sumió al público británico en uno de los más virulentos de sus ataques periódicos de moralidad. El juez se mostró malevolente, el público vituperó, la sociedad a la que había divertido le dio la espalda, los taxistas y los vendedores de periódicos intercambiaban bromas vulgares sobre “Oscar”, la prensa lo denostaba, sus libros fueron retirados de la venta y su nombre apareció pegado en los carteles que anunciaban La importancia de llamarse Ernesto, su diamante más brillante, y que luego se presentaba ante un público encantado. Su caída, dijo el caballero socialista HM Hyndman, “fue la cosa más dolorosa que he conocido en el mundo literario”. Con ello se disipó, en Inglaterra, si no en el continente, la bruma amarilla de la decadencia de fin de siglo.

El nombramiento de un poeta laureado por Lord Salisbury a finales de año no podría haber proporcionado un mayor contraste entre los hombres de letras ni haber contribuido más a reentronizar la respetabilidad. Desde la muerte de Tennyson en 1892, el puesto había permanecido vacante porque ni el señor Gladstone ni Lord Rosebery, que tomaban en serio su responsabilidad con la literatura, pudieron encontrar un sucesor digno. Swinburne, debido a sus hábitos y opiniones angustiosas, era, lamentablemente, “absolutamente imposible” (aunque el señor Gladstone “admiraba su genio”), William Morris era socialista, Hardy era conocido hasta ahora sólo por sus novelas y sus talentos poéticos más jóvenes. tendía a vestir los colores del Libro Amarillo y de la Década Malva. El joven angloindio Rudyard Kipling, en sus Barrack Room Ballads de 1892, ciertamente había sonado con una nota viril e imperial, pero en un lenguaje bastante tosco: y ni él ni WE Henley ni Robert Bridges fueron considerados. Todos los demás candidatos eran mediocridades, uno de los cuales, Sir Lewis Morris, ofreció una oportunidad para lo que un contemporáneo llamó "la cosa más espontáneamente ingeniosa jamás pronunciada en Inglaterra". Morris, autor de una efusión titulada La epopeya de Hades, que deseaba desesperadamente el premio, se quejó ante Oscar Wilde en los días previos a su ruina: “Hay una conspiración de silencio contra mí, una conspiración de silencio. ¿Qué debo hacer, Óscar? “Únete”, respondió Wilde. Se quejó a Oscar Wilde en los días previos a su ruina: “Hay una conspiración de silencio contra mí, una conspiración de silencio. ¿Qué debo hacer, Óscar? “Únete”, respondió Wilde. Se quejó a Oscar Wilde en los días previos a su ruina: “Hay una conspiración de silencio contra mí, una conspiración de silencio. ¿Qué

debo hacer, Óscar? “Únete”, respondió Wilde.

Partiendo del principio de que, al igual que los obispos, a un Laureado le iría tan bien como a otro, Lord Salisbury, cuando se convirtió en Primer Ministro, nombró a Alfred Austin. Periodista de profundo tinte conservador, fundador y editor del National Review, Austin también fue el productor de fervientes versos de actualidad en ocasiones como la muerte de Disraeli. Cuando un amigo le señaló errores gramaticales en sus poemas, Austin dijo: “No me atrevo a alterar estas cosas. Vienen a mí desde arriba”. Era un hombre diminuto (cinco pies de altura), con una cara redonda y un pulcro bigote blanco que, como colaborador de artículos que exponían la política exterior conservadora y que firmaba como "Diplomaticus", conocía personalmente al Primer Ministro y visitaba frecuentemente Hatfield. Había comenzado su carrera como corresponsal en la guerra de 1870 consiguiendo una entrevista con Bismarck en Versalles. y treinta años más tarde me vi obligado a llegar a la dolorosa conclusión de que Alemania, en sus guerras de 1859-1870, había “incuestionablemente recurrido a medios que uno no podría concebir que emplearan Alfredo el Grande ni ningún ministro británico moderno”. Su obra más popular hasta el momento había sido un libro en prosa sobre los jardines ingleses, pero dos semanas después de su nombramiento como Laureado, superó las expectativas con un poema en The Times que celebraba la hazaña del Dr. Jameson:

> ¡Hay niñas en la ciudad del arrecife de oro, también hay madres y niños! Y lloran: ¡Apúrate! ¡Por lástima! Entonces, ¿qué podría hacer un hombre valiente?…
>
> Así que vadeamos y galopamos hacia adelante, tan fuerte como nuestras bestias podían lanzar, primero hacia el este, luego hacia el norte, justo sobre la ondulante sabana.…

Un eco de la hilaridad que esto provocó al llegar a la Reina, cuestionó a Salisbury, quien tuvo que admitir que la primera efusión de su nueva laureada fue “desgraciadamente del gusto de las galerías de los teatros de clase baja que la cantan con vehemencia”. Salisbury nunca se molestó en explicar su elección de

Austin más allá de un comentario casual de que "lo quería"; pero si la elección no hizo honor a la poesía británica, fue una hábil adaptación al estado de ánimo británico.

El inglés, como observó un observador estadounidense, se sentía el ciudadano mejor gobernado del mundo incluso cuando en la oposición creía que los gobernantes estaban arruinando el país. La forma de gobierno inglesa "es algo de lo que está más orgulloso que cualquier otro... y tiene una confianza inquebrantable en la integridad personal de los estadistas". Austin reflejó ese cómodo orgullo. En el radiante verano del Año Jubilar de 1897, un visitante lo encontró con traje de lino y sombrero panamá, sentado en una silla de mimbre de respaldo alto, en el césped de su casa de campo, disfrutando de una conversación con Lady Paget y Lady Windsor. Estuvieron de acuerdo en que cada uno debía decir cuál era su idea del cielo. El deseo de Austin era noble. Deseaba sentarse en un jardín y recibir una avalancha de telegramas anunciando alternativamente una victoria británica por mar y una victoria británica por tierra.

Era fácil burlarse de Alfred Austin, con su pequeño tamaño, su gran pomposidad y sus versos banales, y muchos lo hacían. Sin embargo, en su deseo de Jubileo había algo simple y devoto, una seguridad, un amor y admiración completos y felices por su país, un desconocimiento del mal, que expresaba un estado de ánimo y una condición que, como la apariencia de Lord Ribblesdale, serían irrecuperables. .

La Cámara de los Lores, ahora que los conservadores habían reemplazado a los liberales, podía recostarse cómodamente y seguir su tendencia natural, que era hacer el menor trabajo posible. En los últimos años de los liberales, se había movilizado para "detener la podredumbre" inducida por la legislación radical y había rechazado un proyecto de ley sobre responsabilidad de los empleadores, un proyecto de ley sobre consejos parroquiales diseñado para hacer más democráticos los consejos de gobierno local y, finalmente, el proyecto de ley de autonomía. . En el último discurso de su carrera, el 1 de marzo de 1894,

Gladstone había advertido solemnemente que las diferencias de “tendencia fundamental” entre las dos Cámaras habían llegado a un punto en el último año que exigía que se encontrara alguna solución para “este tremendo problema”. contrariedad y conflicto incesante sobre asuntos de altos principios y profunda importancia. “Han sido numerosas las propuestas de reforma de la Cámara Alta para corregir el desequilibrio cuando estaba en el poder un Gobierno liberal y eliminar así los motivos de crítica. Pero ahora que el conflicto había sucedido a un estado de feliz armonía, la urgencia se relajó, la advertencia de Gladstone quedó olvidada y los Lores pudieron reanudar su habitual quietud.

De los 560 miembros, muchos de sus pares “atrasados”, como se les llamaba, nunca ocuparon sus asientos. Otros aparecían sólo en momentos de crisis y poco más de cincuenta asistían regularmente a las sesiones. Fue, dijo Lord Newton, “la asamblea más bondadosa que existe”, escuchando a oradores que no serían escuchados durante cinco minutos en la Cámara de los Comunes. Sus debates fueron “siempre educados” y se llevaron a cabo con una moderación que parecía mostrar “un desapego que casi llegaba a la indiferencia”. La animosidad partidista se ocultó “bajo un velo de estudiada cortesía”. No fue una audiencia estimulante, especialmente para los liberales, cuyo líder, Lord Rosebery, se quejó de que “cada auditor da la impresión de un profundo cansancio y aburrimiento”.

Mientras Lord Salisbury fue Primer Ministro, la Cámara de los Lores estuvo enteramente bajo su dominio, aunque su gobernante oficial fue el Lord Canciller, que actuó como Portavoz. Este cargo ahora lo ocupaba Lord Halsbury, nacido plebeyo, de nombre Hardinge Giffard, miembro de una de las familias más antiguas de Inglaterra. Su fundador había luchado en Hastings y más tarde William Rufus lo nombró conde de Buckingham. Aunque el título desapareció en la siguiente generación, la familia persistió con vigor, si no riquezas, y el vivaz Lord Canciller, de setenta y dos años en ese momento, vivió hasta los noventa y ocho. Lord Halsbury, una figura rechoncha y pickwickiana con piernas cortas, mejillas rojas, mechones de pelo blanco sobre las orejas y una expresión humorística, a pesar de sus modales afables, era un oponente duro, implacable en el bar y con una

memoria implacable. Llevaba levita, un sombrero de copa cuadrada, una corbata conservadora “verdaderamente azul” y, según un miembro más joven de la Cámara Alta, “invariablemente se opuso por principio a todo cambio”. Debido a la precaria situación económica familiar, había sido educado en casa por su padre, abogado y editor de un diario conservador, el Standard, que le daba lecciones de griego, latín y hebreo hasta las cuatro de la madrugada y era tan honrado que se negó. una oferta del duque de Newcastle, admirador de su periódico, para enviar a sus tres hijos a Oxford. Sin embargo, el hijo menor asistió al Merton College, ascendió rápidamente a la cima de la profesión jurídica, adquiriendo riquezas y amigos en el camino, así como la acusación de algunos sectores de que “llenó su gran cargo con alegre cinismo” y hizo un uso sin escrúpulos de el Tribunal por clientelismo político. Sin embargo,

Dos pares de alto rango en el gabinete de Lord Salisbury, el quinto marqués de Lansdowne y el octavo duque de Devonshire, eran ambos Whigs de pedigrí y conversos a los conservadores. Lord Lansdowne, el Secretario de Guerra, era un aristócrata que lo aparentaba en cada centímetro. Suave y frío como una piedra pulida, elegante, correcto y cortés, era la elección obvia para los grandes puestos ceremoniales y había sido gobernador general de Canadá a los treinta y ocho años y virrey de la India a los cuarenta y tres. Su apellido era Fitzmaurice. En el siglo XII, el primero de su linaje se había establecido en Irlanda, en el condado de Kerry, y el actual marqués era el vigésimo octavo señor de Kerry por línea masculina directa. Era uno de esos angloirlandeses, dijo el Spectator al comentar sobre la calidad del gobierno de Lord Salisbury, “que pueden gobernar por una especie de instinto. Ese instinto había florecido en su bisabuelo, el primer marqués, quien, como conde de Shelburne, había sido secretario de Estado durante el reinado de Jorge III y había servido brevemente como primer ministro en el último año de la guerra con las colonias americanas. El mismo instinto llevó a su abuelo, el tercer marqués, al Ministerio del Interior y a otros puestos en seis gobiernos entre 1827 y 1857, después de lo cual declinó ser Primer Ministro y rechazó un ducado. El actual marqués le parecía a su cuñado, Lord Ernest Hamilton, “el caballero más grande de su época”, quien en cualquier competencia internacional para caballeros seguramente debía ser nombrado representante británico. y había servido brevemente como Primer Ministro en el último año de la guerra con las colonias americanas. El mismo instinto llevó a su abuelo, el tercer marqués, al Ministerio del Interior y a otros puestos en seis gobiernos entre 1827 y 1857, después de lo cual declinó ser Primer Ministro y rechazó un ducado. El actual marqués le parecía a su cuñado, Lord Ernest Hamilton, “el caballero más grande de su época”, quien en cualquier competencia

internacional para caballeros seguramente debía ser nombrado representante británico. y había servido brevemente como Primer Ministro en el último año de la guerra con las colonias americanas. El mismo instinto llevó a su abuelo, el tercer marqués, al Ministerio del Interior y a otros puestos en seis gobiernos entre 1827 y 1857, después de lo cual declinó ser Primer Ministro y rechazó un ducado. El actual marqués le parecía a su cuñado, Lord Ernest Hamilton, “el caballero más grande de su época”, quien en cualquier competencia internacional para caballeros seguramente debía ser nombrado representante británico.

Mayor que Lansdowne, e incluso más grande que él, pero con aire patricio sin timidez, era Spencer Compton Cavendish, octavo duque de Devonshire, probablemente el único hombre en Inglaterra lo suficientemente seguro y descuidado como para olvidar un compromiso con su soberano. Eduardo VII, después de haber informado al duque que se proponía cenar tranquilamente con él en Devonshire House un día determinado, llegó debidamente, para consternación de la familia, porque el duque no estaba en casa y tuvo que ser recogido apresuradamente del Turf Club. .

Tenía sesenta y dos años en 1895, era alto y barbudo, con ojos de párpados pesados, un rostro alargado de estilo Habsburgo y una nariz recta, señorial y de cresta alta. Anteriormente Lord Hartington durante sus treinta y cuatro años en la Cámara de los Comunes, ahora era Lord Presidente del Consejo en el Gabinete de Salisbury. Poseía 186.000 acres y tenía unos ingresos de 180.000 libras esterlinas sólo por la tierra, sin contar las inversiones. Aunque famoso por su lasitud, había logrado servir en más gabinetes ministeriales bajo más gobiernos que cualquier hombre vivo: como Primer Lord del Almirantazgo bajo Lord Palmerston, Secretario de Guerra bajo Lord John Russell, Director General de Correos, Secretario para Irlanda, por India y nuevamente por la guerra en los sucesivos gobiernos de Gladstone. Una visión familiar al bajar por Whitehall era la de Lord Hartington conduciendo hacia la Cámara en un faetón ligero con un agarre descuidado de las riendas.

Había desempeñado un papel destacado en la creciente oposición al señor Gladstone en las dos crisis de los años ochenta que desintegraron al Partido Liberal: la cuestión imperialista sobre la expedición del general Gordon a Sudán y la cuestión irlandesa sobre el Gobierno Autónomo. Aunque no fue uno de los oradores refinados y apasionados, su discurso de 1886 anunciando su ruptura con Gladstone causó una profunda impresión. Al afirmar claramente que los hombres no podían permanecer en la falsa posición de seguir

apoyando a un gobierno, incluso el de su propio partido, cuyos principios desaprobaban, dio, dijo un miembro, “un nuevo sentido del deber y un nuevo poder de acción para cientos de hombres en todo el país”. Henry Chaplin pensó que el discurso debería “convertirle en primer ministro con seguridad”. Algunos años antes, la Reina, en su obstinado esfuerzo por evitar la inevitabilidad del señor Gladstone, ya había pedido a Lord Hartington que formara gobierno; pero él se había negado, inclinándose ante Gladstone, quien, sabía, no serviría excepto en primer lugar.

En opinión del experto Balfour, Lord Hartington era “de todos los estadistas que he conocido... el orador más persuasivo”, menos por sus palabras que por el carácter detrás de ellas. Hizo que todos los oyentes sintieran que se trataba de un hombre “que ha hecho todo lo posible para dominar cada aspecto de esta cuestión, que se ha dejado llevar por la lógica para llegar a ciertas conclusiones y que no nos oculta ningún argumento de ninguna de las partes... ¿Cómo? ¿Podemos esperar tener una guía más honesta? Fue esta cualidad, dijo Balfour, la que Hartington poseía "en mucha mayor medida que cualquier hombre que haya conocido", la que le dio su gran influencia entre el público, lo hizo indispensable para los gobiernos y, ya sea en el Gabinete, en el Parlamento, o en la tribuna pública, “le daba una posición dominante en cualquier asamblea”.

El duque hubiera preferido estar en cualquier otro lugar, porque asumía el arduo trabajo y las estrictas horas de la oficina gubernamental más por deber que por deseo. Pero fue correspondido por el sentimiento de soberano y de país de que él era uno de los pilares sobre los que descansaba el Estado. “La Reina no puede concluir esta carta”, le escribió Victoria en 1892, “sin expresarle al Duque… cuánto confía en él para ayudar a mantener la seguridad y el honor de su vasto Imperio. Todos deben unirse”—terminó en un sencillo resumen de su fe—“en esta obra grande y necesaria”.

El duque se unió sin entusiasmo visible. “Nunca se enoja, aunque a menudo se aburre”, según un amigo, “realmente se toma las cosas con mucha calma”, según otro. Algunos decían que su letargo era pereza, otros que era una renuencia bien meditada a apresurarse; en cualquier caso, estaba subrayado por la costumbre de irse a dormir en medio de las cosas. Incluso sus propios discursos lo aburrían y una vez, mientras hablaba sobre el presupuesto indio, hizo una pausa, se inclinó hacia el colega más cercano a él en el banco y, reprimiendo un bostezo, susurró: "Esto es condenadamente aburrido".

Su única pasión era su semental de carreras, aunque también mantuvo, ya sea por pasión, costumbre o indolencia, una relación de

treinta años con "una de las mujeres más hermosas de Europa", como lo era cuando comenzó el romance, la dominante y ambiciosa. , Luisa, duquesa de Manchester, nacida en Alemania. Su primer duque la decepcionó al empobrecerse, pero, obediente a su casta, se abstuvo o fue persuadido a abstenerse de emprender cualquier acción pública desagradable, dejando que su esposa y Lord Hartington disfrutaran mutuamente de una posición moral y social inexpugnable. Cuando Manchester murió, su viuda se casó con el duque de Devonshire en 1892, justo después de que él hubiera obtenido su título. A partir de entonces, conocida como la “Doble Duquesa”, continuó ejerciendo sus formidables talentos hacia su principal objetivo: convertir a su marido en Primer Ministro.

El duque no le prestó la ayuda necesaria. No era el tipo de persona en la que la ardiente ambición por el puesto más alto borra cualquier otra consideración. Cuando, después de haber sacado a los unionistas liberales del partido, Lord Salisbury se ofreció dos veces a servir bajo su mando, volvió a negarse, pues aún no estaba preparado para la coalición. En 1895, sin embargo, habiéndose ampliado la división entre Whigs moderados y radicales y habiendo tendido un puente el hábito de votar en conjunto con los conservadores, el Duque y otros cuatro unionistas liberales lo cruzaron para servir bajo Lord Salisbury.

Éste era el gobierno conservador (ahora unionista) que asumió el poder en junio de 1895. Se esperaba una situación delicada en Windsor cuando el duque y los demás ex liberales, que llegaban como miembros del Ministerio de Lord Salisbury para recibir sus sellos de cargo, aprobarían su antiguos colegas a la salida. Para evitar situaciones embarazosas, el secretario privado de la reina dispuso con mucho tacto que los liberales salientes entregaran sus sellos a las 11 de la mañana mientras los nuevos ministros esperaban en otro salón hasta que sus predecesores se hubieran marchado. Todo habría ido bien si no fuera por el Duque, quien, al llegar tarde como de costumbre, se perdió la sala de espera designada y al salir se encontró con sus antiguos socios, quienes lo acribillaron con burlas sobre sus nuevos amigos. "Ningún rostro se adapta mejor a una situación difícil", escribió un testigo del duque, bastante imperturbable,

Los Cavendish procedían de un antepasado que había sido Presidente del Tribunal Supremo del Tribunal del Rey durante la Revuelta de los Campesinos de 1381. Su hijo John fue el hombre que mató a Wat Tyler, por lo que Ricardo II lo nombró caballero en el acto, mientras que el La turba apresó a su padre en otro lugar y lo decapitó en venganza. Con diligencia, aunque no con demasiado entusiasmo, los Cavendish a lo largo de los siglos ayudaron a gobernar

el país. El cuarto duque sirvió brevemente como primer ministro en 1756-1757, mientras Pitt y Newcastle estaban peleados, pero dimitió tan pronto como pudo ser reemplazado. Su hermano, Lord John Cavendish, fue dos veces Ministro de Hacienda, en cuyo cargo Edmund Burke lo elogió por su “gran integridad... y perfecto desinterés”, pero deseó que se pudiera “inducir a Lord John a mostrar un cierto grado de asistencia regular a los negocios” y que sólo se le permitiera “una cierta proporción razonable de caza del zorro”. " y no mas. El quinto duque destacó al casarse con la encantadora Georgiana, duquesa de Devonshire, a quien Gainsborough pintó con un resplandor pálido y brillante contra las nubes de tormenta, y Reynolds pintó riendo con un bebé con falda amplia sobre sus rodillas. Su belleza y encanto irresistible llegaron en el mismo exceso que sus deudas de juego, que le costaron a su marido un millón de libras esterlinas. Afortunadamente, los Cavendish eran una de las dos o tres familias más ricas del reino. Cuando su mayordomo lamentó informar al quinto duque que su heredero, el Lord Hartington de ese día, Estaba “dispuesto a gastar una gran cantidad de dinero”, respondió el duque, “mucho mejor; Lord Hartington tendrá mucho dinero para gastar.

En el duque de 1895, ni la fortuna, ni la posición como hijo mayor, ni la falta de inclinación a esforzarse, ni el deseo de seguir su corazón en el césped fueron suficientes para pesar en él "ciertos instintos hereditarios de gobierno". Consideró que “tenía una deuda con el Estado que debía ser saldada”. Este sentido de obligación, destacado por todos los que lo conocieron, se originó no sólo en el patrimonio familiar sino también en una conciencia de capacidad superior. Su padre, un estudiante de matemáticas y clásicos, conocido como el Duque “Erudito”, lo había educado en casa. Más tarde, en el Trinity College de Cambridge, a pesar de una vida ociosa, deportiva y sociable entre los “tufts”, Lord Hartington fue el único de su grupo en obtener una licenciatura con honores, una segunda clase en los tríos de matemáticas. Ingresó al Parlamento a los veinticuatro años y ocupó su primer cargo en el Gabinete a los treinta. Su hermano, Lord Frederick Cavendish, también emprendió una carrera política, y en 1882, en su primer día como secretario jefe para Irlanda, fue asesinado en Phoenix Park en Dublín. El asesinato de un ministro de la Corona inglés a manos de descontentos irlandeses creó una sensación tan grande como la muerte del general Gordon en Jartum. Ya sea por el asesinato de su hermano o por alguna otra razón menos obvia, el duque tenía la costumbre de llevar siempre consigo un revólver cargado, y esto era una fuente constante de preocupación para su familia. "Siempre los perdía y compraba otros nuevos", escribió su sobrino, "y había no menos de veinte de ellos dando vueltas por Devonshire House cuando murió". El asesinato de un ministro de la

Corona inglés a manos de descontentos irlandeses creó una sensación tan grande como la muerte del general Gordon en Jartum. Ya sea por el asesinato de su hermano o por alguna otra razón menos obvia, el duque tenía la costumbre de llevar siempre consigo un revólver cargado, y esto era una fuente constante de preocupación para su familia. "Siempre los perdía y compraba otros nuevos", escribió su sobrino, "y había no menos de veinte de ellos dando vueltas por Devonshire House cuando murió". El asesinato de un ministro de la Corona inglés a manos de descontentos irlandeses creó una sensación tan grande como la muerte del general Gordon en Jartum. Ya sea por el asesinato de su hermano o por alguna otra razón menos obvia, el duque tenía la costumbre de llevar siempre consigo un revólver cargado, y esto era una fuente constante de preocupación para su familia. "Siempre los perdía y compraba otros nuevos", escribió su sobrino, "y había no menos de veinte de ellos dando vueltas por Devonshire House cuando murió".

Con la llegada de la duquesa, una anfitriona infatigable, los entretenimientos de Devonshire se convirtieron en los más majestuosos de la sociedad. Cada año, en la inauguración del Parlamento, el duque y la duquesa daban una gran recepción. Cada año, el día del Derby, Devonshire House, llena de rosas y flores de junio de los jardines del Duque, era el escenario de un baile brillante. Antes del baile, el Rey ofreció una cena a los miembros del Jockey Club del Palacio de Buckingham mientras la Reina vino a cenar con la Duquesa. En el año jubilar de 1897, el baile de disfraces de Devonshire fue la fiesta más famosa y lujosa de la época. En Chatsworth, Derbyshire, hogar de los Cavendish durante cuatrocientos años, las fiestas en casa alcanzaron su punto máximo con la visita anual del Príncipe y la Princesa de Gales, que continuó cuando eran Rey y Reina. Cada comodidad real fue anticipada y satisfecha,

Construido con la piedra dorada del distrito, Chatsworth estaba rodeado por un parque del siglo XVIII diseñado por Capability Brown. El lujo estaba por todas partes. Las cascadas caían sobre una serie de escalones de piedra de doscientos metros de largo, copiados del paisaje acuático renacentista de Italia. Un sauce cobrizo, mediante un ingenioso mecanismo, podía derramar agua de cada hoja. Elaboradas y exquisitas guirnaldas de flores y frutas talladas en madera adornaban las paredes. La biblioteca y la colección de cuadros y esculturas tenían una escala principesca como la de los Médicis y se administraban casi como un fideicomiso público. Los curadores empleados por el duque los mantuvieron abiertos a eruditos y conocedores, hicieron nuevas compras y prestaron generosamente los tesoros para exposiciones. El Chatsworth Memling fue a Brujas, su Van

Dyck a Amberes, y la casa estuvo abierta al público durante todo el año. que caminaban por los pasillos por miles. Al duque le gustaba observarlos y, pensando que su rostro era tan desconocido para ellos como el de ellos para él, se quedaba de pie, inconsciente de ser reconocido, "preguntándose por qué la criada que actuaba como guía y todo el grupo se habían quedado de repente quietos y lo miraban fijamente". .” Aunque los caballos de carreras eran para él más que libros, una vez sorprendió a su bibliotecario, que le estaba mostrando su primera edición de El paraíso perdido, al sentarse y leerla en voz alta desde la primera línea con simple placer, hasta que entró la duquesa y, empujando al duque. con su sombrilla, comentó: “Si lee poesía, nunca saldrá a caminar”. "Me preguntaba por qué la criada que actuaba como guía y todo el grupo de repente se habían quedado quietos y lo estaban mirando". Aunque los caballos de carreras eran para él más que libros, una vez sorprendió a su bibliotecario, que le estaba mostrando su primera edición de El paraíso perdido, al sentarse y leerla en voz alta desde la primera línea con simple placer, hasta que entró la duquesa y, empujando al duque. con su sombrilla, comentó: “Si lee poesía, nunca saldrá a caminar”. "Me preguntaba por qué la criada que actuaba como guía y todo el grupo de repente se habían quedado quietos y lo estaban mirando". Aunque los caballos de carreras eran para él más que libros, una vez sorprendió a su bibliotecario, que le estaba mostrando su primera edición de El paraíso perdido, al sentarse y leerla en voz alta desde la primera línea con simple placer, hasta que entró la duquesa y, empujando al duque. con su sombrilla, comentó: “Si lee poesía, nunca saldrá a caminar”.

Le aburría la pomposidad y odiaba la pomposidad. Cuando el rey decidió nombrarlo Gran Comandante de la nueva Orden Victoriana, el Duque, "a su manera soñolienta", preguntó al Secretario Privado del Rey, Sir Frederick Ponsonby, qué se suponía que debía hacer con "la cosa". “Nunca he visto a nadie menos ansioso por recibir un pedido. Parecía pensar que eso sólo complicaría su forma de vestirse. Al ensayo de la coronación del rey Eduardo en 1902, en el que la aparición de los pares con coronas y trajes de mañana produjo un efecto cómico, el duque llegó tarde como de costumbre y, con la mano derecha en el bolsillo del pantalón y una mirada inexpresablemente aburrida en el rostro. rostro, paseó por el escenario por orden del Conde Mariscal. Le gustaba la ropa vieja, holgada y informal, nunca se molestaba en lo más mínimo con sus invitados, ignoraba deliberadamente a aquellos que pudieran resultar aburridos, y una vez, cuando un portavoz de la Cámara de los Lores estaba declamando sobre “los mejores momentos de la vida”, el duque abrió los ojos el tiempo suficiente para comentarle a su vecino: “Mi mejor momento fue cuando mi cerdo ganó el primer premio en la Feria de Skipton. "

Su club favorito, después del Turf, era el Travellers', conocido por su exclusividad y un ambiente de “solemne tranquilidad” en el que la lectura, el sueño y la meditación primaban sobre la conversación. Para la desagradable tarea de hablar en reuniones públicas, se preparó mediante un método que una vez le reveló al joven Winston Churchill cuando aparecían juntos en una reunión sobre el libre comercio en Manchester. "¿Te sientes nervioso, Winston?" preguntó el Duque, y al recibir respuesta afirmativa, le dijo: “Antes lo hacía, pero ahora, siempre que subo a una plataforma pública, miro bien a mi alrededor y al sentarme digo:

Cuando lo eligiera, podría ser “la mejor compañía,... un placer hablar con él”, es decir, si las condiciones fueran las adecuadas. A una cena en 1885 llegó cansado y hambriento después de un largo día en el Comité y se enfurruñó en silencio cuando los primeros platos resultaron ser platos franceses sofisticados pero insustanciales en lugar de la comida sólida que le gustaba. Cuando le trajeron un rosbif, exclamó en voz baja: “¡Hurra! Por fin algo de comer” y luego se unió a la conversación. Otro invitado, el escritor Wilfred Ward, notó que en todos los casos en los que discrepaba del señor Gladstone, que era miembro del grupo, Lord Hartington “señaló el punto débil de la lógica que la retórica del señor Gladstone tendía a oscurecer. Dieciocho años después, Ward volvió a encontrarse con el duque en la embajada británica en Roma y, ante un rostro en blanco, le recordó el lugar de su anterior encuentro. Entonces el duque exclamó con sentimiento: “Por supuesto que lo recuerdo. No teníamos nada que comer”. Los inadecuados platos franceses, como Ward contó la historia, “habían habitado en su mente durante casi veinte años”.

Después de obtener el título en 1891, regresó, a diferencia de Salisbury, para visitar la Cámara de los Comunes y “generalmente se le podía ver bostezando en la primera fila de la Peers' Gallery” en las noches de grandes debates. Como duque, tenía más trabajo que hacer que nunca. Poseía propiedades en Derbyshire, Yorkshire, Lancashire, Lincolnshire, Cumberland, Sussex, Middlesex e Irlanda y revisaba personalmente todas las cuentas de sus propiedades y todas las cuestiones importantes con sus agentes inmobiliarios. Fue Lord Teniente de Derbyshire, Canciller de la Universidad de Cambridge, Presidente de la Liga del Imperio Británico y mecenas de diversas vidas clericales a las que tuvo que hacer nombramientos. Fue director o presidente de diversas empresas en las que tenía inversiones, entre ellas dos líneas ferroviarias, una empresa siderúrgica, una planta de abastecimiento de agua y una empresa de construcción naval. Aunque desconfiaba de su conocimiento de los negocios, “una vez que dominaba un tema”, según uno de sus empleados, “nadie era más

capaz de refutar un argumento falso o de ver cuál era el verdadero punto”. Su mente trabajaba lentamente, y si no entendía un asunto de inmediato, insistía en que se lo resolviera de nuevo hasta que le quedara claro. Desempeñó todas sus funciones sin dejar de mantener que estaba más feliz con su semental de carreras en Newmarket. Una vez en Aix-les-Bains se reunió con WH Smith, entonces líder conservador de la Cámara de los Comunes, y rápidamente se sentó a hablar de política durante media hora y dijo: "era agradable en un lugar como este tener algo de trabajo que hacer". .” Es posible que se hubiera aburrido más fuera del cargo que dentro. "Entonces nadie estaba en mejores condiciones de refutar un argumento falso o de ver cuál era el verdadero punto". Su mente trabajaba lentamente, y si no entendía un asunto de inmediato, insistía en que se lo resolviera de nuevo hasta que le quedara claro. Desempeñó todas sus funciones sin dejar de mantener que estaba más feliz con su semental de carreras en Newmarket. Una vez en Aix-les-Bains se reunió con WH Smith, entonces líder conservador de la Cámara de los Comunes, y rápidamente se sentó a hablar de política durante media hora y dijo: "era agradable en un lugar como este tener algo de trabajo que hacer". .” Es posible que se hubiera aburrido más fuera del cargo que dentro. "Entonces nadie estaba en mejores condiciones de refutar un argumento falso o de ver cuál era el verdadero punto". Su mente trabajaba lentamente, y si no entendía un asunto de inmediato, insistía en que se lo resolviera de nuevo hasta que le quedara claro. Desempeñó todas sus funciones sin dejar de mantener que estaba más feliz con su semental de carreras en Newmarket. Una vez en Aix-les-Bains se reunió con WH Smith, entonces líder conservador de la Cámara de los Comunes, y rápidamente se sentó a hablar de política durante media hora y dijo: "era agradable en un lugar como este tener algo de trabajo que hacer". .” Es posible que se hubiera aburrido más fuera del cargo que dentro. Insistiría en que se discutiera de nuevo hasta que le quedara claro. Desempeñó todas sus funciones sin dejar de mantener que estaba más feliz con su semental de carreras en Newmarket. Una vez en Aix-les-Bains se reunió con WH Smith, entonces líder conservador de la Cámara de los Comunes, y rápidamente se sentó a hablar de política durante media hora y dijo: "era agradable en un lugar como este tener algo de trabajo que hacer". .” Es posible que se hubiera aburrido más fuera del cargo que dentro. Insistiría en que se discutiera de nuevo hasta que le quedara claro. Desempeñó todas sus funciones sin dejar de mantener que estaba más feliz con su semental de carreras en Newmarket. Una vez en Aix-les-Bains se reunió con WH Smith, entonces líder conservador de la Cámara de los Comunes, y rápidamente se sentó a hablar de política durante media hora y dijo: "era agradable en un lugar como este tener

algo de trabajo que hacer". .” Es posible que se hubiera aburrido más fuera del cargo que dentro. “Era agradable tener trabajo que hacer en un lugar como este.” Es posible que se hubiera aburrido más fuera del cargo que dentro. “Era agradable tener trabajo que hacer en un lugar como este.” Es posible que se hubiera aburrido más fuera del cargo que dentro.

Al gobierno conservador de 1895 aportó, además de una larga experiencia y el prestigio de su nombre y rango, un inmenso fondo de confianza pública acumulado durante las cuatro décadas de su carrera. Su desinterés estaba fuera de toda duda. Era tan evidente que estaba por encima de la ambición privada, escribió el editor del Spectator, “que nadie jamás le atribuyó motivos indignos ni insinuó que estaba jugando por su cuenta. Si alguien se hubiera atrevido a hacerlo, el país simplemente habría considerado loco al acusador”. Cuando el duque tomó una posición, la gente sintió que se les había dado una iniciativa. Nunca llegó a ser Primer Ministro ni ganó el Derby, pero “nadie”, dijo el Times, “tenía mayor autoridad para moldear las convicciones políticas de sus compatriotas”. Quedó vagamente desconcertado por el alcance de su propia influencia. "No veo por qué debería decirle a la gente lo que debería hacer si tuviera el voto", protestó. “Ellos harán lo que crean correcto y yo haré lo que creo correcto. No quieren que interfiera”. Y cuando el Príncipe, que, no menos que sus súbditos, confiaba en el juicio del Duque sobre los hombres y los asuntos, lo consultó como árbitro de asuntos sociales delicados, se quejó: "No sé por qué, pero cada vez que atrapan a un hombre haciendo trampa en las cartas, el caso me ha sido remitido”. Se había convertido, gracias a una combinación de herencia y carácter, en un guardián de la conciencia nacional. Cuando se requería una presencia para una ocasión solemne o ceremonial, la dignidad sólida y más bien melancólica del duque satisfacía la necesidad. Era, dijo Lord Rosebery, “una de las grandes fuerzas de reserva de este país”. “Ellos harán lo que crean correcto y yo haré lo que creo correcto. No quieren que interfiera”. Y cuando el Príncipe, que, no menos que sus súbditos, confiaba en el juicio del Duque sobre los hombres y los asuntos, lo consultó como árbitro de asuntos sociales delicados, se quejó: "No sé por qué, pero cada vez que atrapan a un hombre haciendo trampa en las cartas, el caso me ha sido remitido”. Se había convertido, gracias a una combinación de herencia y carácter, en un guardián de la conciencia nacional. Cuando se requería una presencia para una ocasión solemne o ceremonial, la dignidad sólida y más bien melancólica del duque satisfacía la necesidad. Era, dijo Lord Rosebery, “una de las grandes fuerzas de reserva de este país”. “Ellos harán lo que crean correcto y yo haré lo que creo correcto. No quieren que interfiera”. Y cuando el Príncipe, que, no menos que sus súbditos,

confiaba en el juicio del Duque sobre los hombres y los asuntos, lo consultó como árbitro de asuntos sociales delicados, se quejó: "No sé por qué, pero cada vez que atrapan a un hombre haciendo trampa en las cartas, el caso me ha sido remitido". Se había convertido, gracias a una combinación de herencia y carácter, en un guardián de la conciencia nacional. Cuando se requería una presencia para una ocasión solemne o ceremonial, la dignidad sólida y más bien melancólica del duque satisfacía la necesidad. Era, dijo Lord Rosebery, "una de las grandes fuerzas de reserva de este país". confiaba en el juicio del duque sobre los hombres y las cuestiones, lo consultaba como árbitro en asuntos sociales delicados y se quejaba: "No sé por qué, pero cada vez que pillan a un hombre haciendo trampa en las cartas, el caso me lo remiten a mí". Se había convertido, gracias a una combinación de herencia y carácter, en un guardián de la conciencia nacional. Cuando se requería una presencia para una ocasión solemne o ceremonial, la dignidad sólida y más bien melancólica del duque satisfacía la necesidad. Era, dijo Lord Rosebery, "una de las grandes fuerzas de reserva de este país". confiaba en el juicio del duque sobre los hombres y las cuestiones, lo consultaba como árbitro en asuntos sociales delicados y se quejaba: "No sé por qué, pero cada vez que pillan a un hombre haciendo trampa en las cartas, el caso me lo remiten a mí". Se había convertido, gracias a una combinación de herencia y carácter, en un guardián de la conciencia nacional. Cuando se requería una presencia para una ocasión solemne o ceremonial, la dignidad sólida y más bien melancólica del duque satisfacía la necesidad. Era, dijo Lord Rosebery, "una de las grandes fuerzas de reserva de este país". Cuando se requería una presencia para una ocasión solemne o ceremonial, la dignidad sólida y más bien melancólica del duque satisfacía la necesidad. Era, dijo Lord Rosebery, "una de las grandes fuerzas de reserva de este país". Cuando se requería una presencia para una ocasión solemne o ceremonial, la dignidad sólida y más bien melancólica del duque satisfacía la necesidad. Era, dijo Lord Rosebery, "una de las grandes fuerzas de reserva de este país".

Entre los ministros de Lord Salisbury que ocuparon sus asientos en 1895 en el banco delantero del gobierno en la Cámara de los Comunes había dos barones, el noveno y el sexto de sus líneas, Sir Michael Hicks-Beach, Ministro de Hacienda, y Sir Matthew White Ridley, Ministro de Hacienda. Secretario. El primero, alto, delgado y austero, era un

ultraconservador, un campeón de la Iglesia de Inglaterra y de la clase terrateniente, conocida como “Black Michael”. Ácido y de lengua mordaz, una vez, después de leer los comentarios de un miembro liberal sobre su presupuesto, le dijo sucintamente a su secretario: "Ve y dile que es un cerdo". Junto a ellos estaban sentados los dos escuderos, el señor Henry Chaplin y el señor Walter Long, representantes de la nobleza terrateniente, la antigua aristocracia sin título que “despreciaba la nobleza pero hacía una cuestión de honor presentarse por su condado en las primeras elecciones generales después de la guerra”. alcanzaron la mayoría de edad”. Señor. Long, presidente de la Junta de Agricultura y miembro más joven del Gobierno a los cuarenta y un años, "nunca dijo nada en su vida que nadie recordara". Él “dormita suavemente”, como lo vio un observador, “con los brazos cruzados, la cabeza reclinada sobre un cojín, su rostro rubicundo de octubre dando un toque de color a la escena”, mientras que el señor Chaplin mayor “vigorosamente, despierto, protege alerta al Imperio contra los trucos maliciosos de la Oposición”.

El señor Chaplin, a sus cincuenta y cuatro años, con su magnífica estatura, su gran y hermosa cabeza, su larga nariz, su prominente barbilla, sus patillas y su monóculo, era una personalidad marcada, uno de los hombres más populares de su generación, “fácilmente reconocible, familiar para el público”. . Todos lo conocían de vista”. Era el símbolo visible del caballero rural inglés. Su cargo fue la Junta de Gobierno Local, que se ocupaba de la ley de pobres, vivienda, urbanismo, salud pública y gobierno municipal. Sus funciones fueron mejor descritas por Winston Churchill, quien, cuando le ofrecieron el puesto en 1908, dijo: “Me niego a que me encierren en un comedor de beneficencia con la señora Sidney Webb”. Chaplin desempeñó sus funciones y las de MP con enorme seriedad. Se consideraba a sí mismo, al igual que sus electores, como el baluarte de la Gran Bretaña esencial, y solía practicar sus discursos detrás de setos para honrar mejor su papel. Sus truenos jovianos, el noble movimiento de su brazo

mientras hablaba desde el banco delantero, dijo un testigo, expresaban, no vanidad, sino “la convicción tranquila e indestructible de la clase dominante”. Sin dejarse intimidar por los problemas más abstrusos del gobierno, abordaría los aranceles o el proyecto de ley de educación con el mismo espíritu que una zanja difícil en el campo de caza e incluso emprendió la ferviente defensa del bimetalismo como cura para los males económicos. Una vez, después de un discurso de dos horas sobre este recóndito tema, se secó la frente y, inclinándose hacia el señor Balfour, le preguntó: "¿Cómo me fue, Arthur?". Sin dejarse intimidar por los problemas más abstrusos del gobierno, abordaría los aranceles o el proyecto de ley de educación con el mismo espíritu que una zanja difícil en el campo de caza e incluso emprendió la ferviente defensa del bimetalismo como cura para los males económicos. Una vez, después de un discurso de dos horas sobre este recóndito tema, se secó la frente y, inclinándose hacia el señor Balfour, le preguntó: "¿Cómo me fue, Arthur?". Sin dejarse intimidar por los problemas más abstrusos del gobierno, abordaría los aranceles o el proyecto de ley de educación con el mismo espíritu que una zanja difícil en el campo de caza e incluso emprendió la ferviente defensa del bimetalismo como cura para los males económicos. Una vez, después de un discurso de dos horas sobre este recóndito tema, se secó la frente y, inclinándose hacia el señor Balfour, le preguntó: "¿Cómo me fue, Arthur?".

"Espléndidamente, Harry, espléndidamente."

“¿Me entendiste, Arthur?”

"Ni una palabra, Harry, ni una palabra".

Arthur Balfour, príncipe de la línea Cecil, sobrino del Primer Ministro y su aparente heredero político, artista del debate e ídolo de la sociedad, fue el modelo de su partido y su líder oficial en la Cámara de los Comunes. Tenía cuarenta y siete años en 1895 y, cuando su tío se jubiló en 1902, le sucedería como Primer Ministro. Medía más de un metro ochenta, tenía ojos azules, cabello castaño ondulado y bigote, y un rostro suave y soso que podría haber parecido vulnerable si no hubiera sido suavizado por una serenidad externa. Su expresión era gentil, su figura esbelta, sus modales indiferentes, pero seguía

habiendo un misterio en su rostro. Nadie podía decir qué fuegos amontonados ardían detrás de él, ni si ardían, ni siquiera si existían.

Rara vez se le veía sentado erguido, pero se reclinaba en actitudes indolentes lo más cerca de la horizontal posible, "como si quisiera descubrir", escribió el corresponsal parlamentario de Punch, "cuán cerca podía sentarse sobre sus omóplatos". En él se habían combinado todos los dones del privilegio. Tenía riqueza, sangre azul, buena apariencia, gran encanto y “el cerebro más fino que se haya aplicado a la política en nuestro tiempo”. Fue un filósofo de nivel serio cuya segunda obra importante, Los fundamentos de la creencia, publicada en 1895, fue leída por el filósofo estadounidense William James con “inmenso entusiasmo”. Hay más filosofía real en un libro así”, le escribió a su hermano Henry, “que en cincuenta libros alemanes repletos de sutilezas y tecnicismos”.

Aunque en última instancia distante y distante, Balfour tenía una actitud ganadora que lo rodeaba de admiración. Su encanto era del tipo que dejaba felices a todos los que hablaban con él. "Aunque era el mejor conversador que he conocido", dijo John Buchan, "no era un monopolista de la conversación, sino alguien que aceleraba y elevaba toda la discusión y sacaba lo mejor de otras personas". Después de una velada en su compañía, escribió Austen Chamberlain, “uno se iba con la sensación de haber estado en la mejor forma y realmente había hablado bastante bien”. Los opositores políticos se vieron tan afectados como los aliados. Fue el único conservador a quien Gladstone en el debate concedió el término normalmente reservado para los miembros de su propio partido, "mi honorable amigo". Las mujeres sucumbieron por igual. "Oh querido, ", suspiró Constance Lady Battersea después de una visita a su casa en 1895, "¡qué abismo entre él y la mayoría de los hombres!" Margot Asquith encontraba “irresistible” su “atención exquisita” y su “hermosa inclinación de cabeza” cuando hablaba con ella; Tanto es así que antes, cuando era Margot Tennant, y ella misma una estrella social de alto voltaje, había “movido cielo y tierra”, según Lady Jebb, para casarse con él. Cuando se le preguntó sobre el rumor de este matrimonio, Balfour respondió: “No, no es así. Prefiero pensar en tener una carrera propia”. Cuando se le preguntó sobre el rumor de este matrimonio, Balfour respondió: “No, no es así. Prefiero pensar en tener una carrera propia”. Cuando se le preguntó sobre el rumor de este matrimonio, Balfour respondió: “No, no es así. Prefiero pensar en tener una carrera propia”.

Como hijo mayor de la hermana de Lord Salisbury, Lady Blanche Balfour, fue nombrado Arthur en honor al duque de Wellington, quien

actuó como su padrino. Por el lado paterno, los Balfour eran de antiguo linaje escocés y su fortuna la había hecho a finales del siglo XVIII el abuelo de Arthur, James Balfour, un nabab de la Compañía de las Indias Orientales. James adquirió en Escocia una finca de 10.000 acres, en Whittinghame con vistas al Firth of Forth, que se convirtió en la casa familiar, además de un bosque de ciervos, un río salmonero, un pabellón de caza, un asiento en el Parlamento y una hija del octavo conde. de Lauderdale como esposa. Una hija de este matrimonio, la tía de Balfour, se casó con el duque de Grafton, por lo que junto con la conexión de Salisbury, Balfour, como dijo un amigo, “puede llamar primos con la mitad de la nobleza de Inglaterra.

El padre de Balfour, también diputado, murió a los treinta y cinco años, cuando Arthur tenía siete, dejando a Lady Blanche, en quien el sentimiento religioso de Cecil era particularmente marcado, para gobernar a su familia de cinco hijos y tres hijas. Además de enseñarle a Arthur a admirar a Jane Austen y al favorito de su hermano, el Conde de Montecristo, también le transmitió el sentido del deber de Cecil. Cuando su hijo en Cambridge se enamoró de la filosofía y quiso ceder su herencia a un hermano a favor de la vida de estudios, ella lo reprendió severamente por su falta de espíritu al querer eludir las responsabilidades de su posición.

En el Trinity College, donde Balfour estudiaba Ciencias Morales, el hecho de no haber obtenido el primer examen no deprimió su imperturbable buen carácter ni su buen humor. Era, escribió Lady Jebb, el decano de la sociedad de Cambridge, "un joven príncipe a su manera y casi igual de mimado". De sus cuatro hermanos, Frank era un profesor de embriología que, según Darwin, se habría convertido en “el primero de los biólogos ingleses” si no le hubieran matado escalando los Alpes suizos a la edad de treinta y un años; Gerald, magníficamente apuesto, era, según Lady Jebb, "el hombre más superior que he conocido", aunque su sobrina lo consideraba "el más engreído"; Eustace era simplemente mediocre y Cecil era la manzana podrida del barril, que murió deshonrado en Australia. Pero Arthur, decidió Lady Jebb, era "el mejor de una familia, todos los cuales son los mejores... un hombre al que casi todo el mundo ama". Ella pensó que su naturaleza, sin embargo, era "emocionalmente frío" y que su único ensayo sobre el amor, con May Lyttelton, hermana de un amigo de Cambridge y sobrina de Gladstone, que murió cuando ella tenía veinticinco años y Balfour veintisiete, había "agotado sus poderes en esa dirección". .” Ésta fue la suposición aceptada en años posteriores para explicar la soltería de Balfour. De hecho, no era tanto que fuera emocionalmente frío sino que sentía un cálido apego a su total libertad para hacer lo que quisiera.

Entre sus amigos se encontraban dos de los eruditos más destacados de Trinity: su tutor Henry Sidgwick, más tarde profesor de Filosofía Moral, y el físico John Strutt, más tarde tercer barón Rayleigh, futuro premio Nobel y rector de la Universidad, cada uno de los cuales se casó con una hermana de Trinity. Balfour. En aquella época, cuando ser intelectual significaba ser agnóstico, el sentido religioso heredado de Balfour hizo que sus amigos de Cambridge lo consideraran "una curiosa reliquia de una generación anterior". Sus amigos de la Sociedad, por otra parte, cuando publicó su primer libro, Una defensa de la duda filosófica, en 1879, supusieron por el título que Arthur estaba defendiendo el agnosticismo, y cuando se mencionaba su nombre, “se pusieron muy solemnes. " De hecho, al expresar dudas sobre la realidad material, el libro paradójicamente afirmaba el derecho a la fe espiritual, una posición expresada más explícitamente en su libro posterior, The Foundations of Belief. En Whittinghame, que dirigía para él su hermana soltera, Alice, y que compartían sus hermanos casados y sus numerosos hijos, leía las oraciones familiares todos los domingos por la noche. Impregnado del hebraísmo del Antiguo Testamento, sintió un interés particular por el “pueblo del Libro” y se preocupó por el problema del judío en el mundo moderno. Su sobrina y biógrafa, en su infancia, absorbió de él “la idea de que la religión y la civilización cristianas tienen con el judaísmo una deuda inconmensurable, vergonzosamente mal pagada”. Impregnado del hebraísmo del Antiguo Testamento, sintió un interés particular por el “pueblo del Libro” y se preocupó por el problema del judío en el mundo moderno. Su sobrina y biógrafa, en su infancia, absorbió de él “la idea de que la religión y la civilización cristianas tienen con el judaísmo una deuda inconmensurable, vergonzosamente mal pagada”. Impregnado del hebraísmo del Antiguo Testamento, sintió un interés particular por el “pueblo del Libro” y se preocupó por el problema del judío en el mundo moderno. Su sobrina y biógrafa, en su infancia, absorbió de él “la idea de que la religión y la civilización cristianas tienen con el judaísmo una deuda inconmensurable, vergonzosamente mal pagada”.

Era el hombre que más cenaba fuera de Londres. Haciendo caso omiso de la regla implacable que exigía que el líder de la Cámara estuviera en su lugar durante toda la sesión, desaparecía a menudo durante la hora de la cena, reapareciendo descaradamente algunas horas más tarde vestido de frac. Todos los diarios de la época lo encuentran en fiestas y cenas en casas: "en los Rothschild", escribió John Morley, "sólo Balfour estaba allí, partie carrée, siempre muy placentera". Fue uno de los veinte hombres que cenaron en casa de Harry Cust, donde la charla fue tan absorbente que cuando la casa de arriba se incendió, la cena continuó mientras los lacayos pasaban

toallas de baño con el puerto para protegerse contra el agua de las mangueras de los bomberos; estaba en el Palacio de Blenheim con los Marlborough en un grupo que incluía al Príncipe y la Princesa de Gales, los Curzon, los Londonderry, los Grenfell y Harry Chaplin; estaba en Chatsworth con los Devonshire en un grupo que incluía al duque y la duquesa de Connaught, el conde Mensdorff, el embajador de Austria, el feo, fascinante y obsceno marqués de Soveral, embajador de Portugal, los De Grey, Ribblesdale y Grenfell; estaba en Hatfield con los Salisbury en un grupo que incluía al duque de Argyll, el señor Peel y su hija, el señor Buckle del Times, George Curzon y el general Lord Methuen; Estaba en Cassiobury, casa de Lord Essex, un domingo al final de una brillante temporada londinense, cuando Edith Wharton, al llegar a tomar el té, "encontró esparcida en el césped, bajo los grandes cedros, la flor y el pináculo del mundo londinense: el señor .Balfour, Lady Desborough, Lady Elcho, John Sargent, Henry James y muchos otros de esa brillante galaxia,

La mayoría de las veces, Balfour se encontraba en Clouds, hogar del baronet Sir Percy Wyndham y casa de campo favorita de los Souls. Entre su agradable compañía, la atracción particular para Balfour era Lady Elcho, una de las tres hermosas hermanas Wyndham, con quien, aunque era la esposa de un amigo, Balfour mantuvo una relación discreta durante un período de unos doce años, de las cuales las cartas sobrevivir. Sargent, cuando pintó a las hermanas en 1899, no se vio obstaculizado por un realismo tan convincente como el que le afectó en el caso de las cejas de Lady Charles Beresford. El retrato de grupo de Lady Elcho, la señora Tennant y la señora Adeane, vestidas con blancura de porcelana y envueltas en poses de elegancia descuidada pero altiva sobre un sofá, es un sueño deslumbrante de la aristocracia femenina.

Las damas de las Almas, en reacción consciente al ideal femenino victoriano, decidieron ser intelectuales, delgadas y también permitirse una nueva libertad de moralidad privada. Su único miembro estadounidense, la bella Daisy White, esposa de Henry White, primer secretario de la embajada estadounidense, fue felicitada una vez por un amigo por no dejarse cambiar por "todas esas personas que tienen amantes". En esta actividad, los Souls no se diferenciaban de los miembros más filisteos del grupo del Príncipe de Gales. Todos estaban involucrados en la misma conspiración abierta en la que la sociedad logró apartarse de la moral victoriana sin abandonar el decoro. La relación de Balfour con Lady Elcho fue durante un tiempo lo suficientemente seria como para causar cierta ansiedad a sus amigos. Los sentimientos del marido, Hugo, Lord Elcho, heredero del Conde de Wemyss y miembro, aunque se desconoce uno silencioso, del mismo

círculo. El asunto, como el del duque de Devonshire, fue la excursión permitida de una persona de carácter y posición lo suficientemente elevada como para ser irreprochable.

Cuando Balfour ingresó por primera vez al Parlamento a los veintiséis años procedente de un barrio controlado por una familia, no fue tanto por deseo personal como por destino ordenado como hijo mayor y Cecil. Cuando se mudó a Downing Street en 1895 como Primer Lord del Tesoro y Líder de la Cámara, en lugar de su tío, que prefería vivir en casa, la pasión por la política latente en su sangre había crecido con creciente habilidad y poder. . Sin embargo, eso no perturbó su temperamental desapego. Cuando se enfrentaba a una crítica, la consideraba no como algo que debiera resentirse, sino como algo que había que examinar como un escarabajo interesante. "Un buen tipo", decía de un oponente, "tiene una visión curiosa, no carente de interés". En el fondo, era a la vez un conservador que quería conservar lo mejor del mundo que conocía y un liberal que, como comentó su cuñada, “una perspectiva comprensiva de todo progreso”. La gente sentía en él “un manantial natural de juventud”, en palabras de un amigo, y “frescura, serenidad y vitalidad” en palabras de otro. Más tarde, como Primer Ministro, fue el primero en ese cargo en ir al Palacio de Buckingham en un automóvil y el primero en ir a la Cámara de los Comunes con un sombrero de Homburg.

Se consideraba perteneciente a la generación más joven de conservadores que reconocían la necesidad de responder al creciente desafío de la clase trabajadora. Sin embargo, criados en privilegios, no podían, cuando las cosas se ponían a prueba, ponerse del lado de los invasores. En sus primeros años en el Parlamento, Balfour se había unido a los cuatro conservadores “radicales” del Cuarto Partido liderados por Lord Randolph Churchill. Ocuparon el banco delantero debajo de la pasarela y Balfour se sentó con ellos porque, dijo, tenía espacio allí para sus piernas, pero la elección indicaba un punto de vista. El Cuarto Partido eran tábanos en la causa de lo que se llamó “democracia conservadora”, la creencia de que el creciente poder político de los laboristas podía aprovecharse en asociación con los conservadores. Si el Partido Laborista, afirmó Lord Randolph en 1892, descubrió que podía “obtener sus objetivos y asegurar su propia ventaja” bajo la constitución existente (que era tarea de los conservadores preservar) entonces todo estaría bien; pero si los conservadores resistieran obstinadamente estas demandas en “un apoyo irracional y miope a todos los derechos de propiedad actuales”, entonces los laboristas se enfrentarían a ellos. Dado que los conservadores eran una minoría en el país, les correspondía conseguir para su apoyo “una mayoría de los votos de las masas laboristas”.

Balfour nunca estuvo completamente convencido de este convincente argumento, como tampoco lo estuvo, cuando se trataba de una prueba práctica, el propio Lord Randolph. En abstracto, Balfour creía en la democracia y la extensión del sufragio y en la mejora de las condiciones laborales y de los derechos laborales, pero no a costa de derribar los muros de privilegio que protegían a la clase dominante. Aquí estaba la dificultad fundamental de la democracia conservadora. Sus defensores pensaban que era posible satisfacer las demandas de los trabajadores y al mismo tiempo preservar intacta la ciudadela del privilegio, pero Balfour sospechaba la amarga verdad de la historia: que el progreso y la ganancia de un grupo nunca se logran sin la pérdida de algún valor permanente de otro. Continuó expresando su creencia de que el socialismo nunca se apoderaría de las clases trabajadoras "si quienes ejercen las fuerzas colectivas de la comunidad se muestran deseosos… de mejorar todo agravio legítimo". Pero cuando se trataba de actos específicos de mejora, no se mostraba entusiasmado ni profundamente preocupado. "¿Qué es exactamente un 'sindicato'?" le preguntó una vez a un amigo liberal. Margot Asquith le dijo que se parecía a su tío en que tenía un maravilloso sentido del humor, un estilo literario y una profunda preocupación por la ciencia y la religión. ¿Había alguna diferencia entre ellos? "Hay una diferencia", respondió Balfour. "Mi tío es conservador y yo soy liberal.

Balfour parecía un enigma para sus contemporáneos porque su naturaleza era paradójica, sus opiniones a menudo irreconciliables y porque no veía la vida ni la política en términos absolutos. Como resultado, a menudo se le acusó de cínico, y la gente que miraba el mundo desde un punto de vista liberal lo consideraba perverso. HG Wells lo interpretó como Evesham en El nuevo Maquiavelo. "Al jugar por puntos en el juego de la ventaja del partido, Evesham mostró a veces una falta de escrúpulos bastante perversa en el uso de su mente sutil... ¿Realmente le importaba? ¿Le importaba algo? Winston Churchill también utilizó una vez la palabra "malvado" al hablar de él con la señora Asquith. Ella pensaba que el secreto de la imperturbabilidad de Balfour en una crisis era que él "realmente no se preocupaba por las cosas en juego ni creía que la felicidad de la humanidad depende de que los acontecimientos vayan de esta manera o de aquella". De hecho, Balfour tenía ciertas convicciones básicas, pero podía ver argumentos en ambos lados de un asunto, lo cual es el castigo del hombre reflexivo. En una ocasión, al llegar a una fiesta nocturna en una gran casa cuya escalera se bifurcaba en dos curvas, se quedó allí durante veinte minutos tratando de encontrar, como explicó a un observador perplejo, una razón lógica para tomar partido en lugar de uno. el otro.

En 1887, se esperaba que el sorprendente nombramiento de su sobrino por parte de Salisbury para el difícil y peligroso puesto de secretario jefe para Irlanda resultara un fiasco. Balfour era entonces considerado un intelectual lánguido a quien la prensa se deleitaba en llamar "príncipe azul" o incluso "señorita Balfour". Irlanda hervía en su guerra crónica entre propietarios e inquilinos, intensificada por los agitadores a favor de la autonomía. La policía desalojó diariamente a los inquilinos que no podían pagar el alquiler y, a su vez, la turba los bombardeó con piedras, vitriolo y agua hirviendo. El recuerdo del destino de Lord Frederick Cavendish cinco años antes se había mantenido fresco gracias a los continuos ataques y "todos, hasta la cima, estaban temblando". Balfour, ignorando las amenazas a su vida, asombró a ambas islas. Dijo que tenía la intención de ser “tan implacable como Cromwell” a la hora de hacer cumplir la ley y tan “radical como cualquier reformador” a la hora de reparar los agravios con respecto a la tierra. Su decidido gobierno “tomó a sus enemigos por sorpresa”, escribió John Morley, “y despertó en sus amigos un deleite difícilmente superado en la política de nuestros días”. Lo convirtió en una celebridad popular y lo llevó de un solo golpe al reconocimiento como el “Bloody” Balfour en Irlanda y como el futuro líder natural de su partido en Inglaterra.

En 1891, tras la dimisión de WH Smith como líder de la Cámara, lo sucedió por elección unánime. Como secretario irlandés, su absoluto desprecio por el peligro personal había revelado una valentía (o ausencia de miedo) que sus contemporáneos no habían sospechado. George Wyndham, entonces secretario privado de Balfour, escribió desde Dublín que la admiración de los leales irlandeses por él era “casi cómica” y la atribuyó al hecho de que “siendo un gran coraje un regalo tan raro y una parte tan grande de la miseria humana, debido al Miedo, todos los hombres están dispuestos a caer ante cualquiera que esté completamente libre de miedo”. Winston Churchill atribuyó la falta de nervios de Balfour a una “naturaleza fría”, pero lo reconoció como “el hombre más valiente que existe”. Creo que si le apuntaran a la cara con una pistola, no se asustaría.

La misma cualidad le dio dominio en el debate. Seguro de sus propios poderes, no temía a ningún oponente ni a la vergüenza. Según Morley, se basó en el principio del Dr. Johnson de que "tratar a su adversario con respeto es darle una ventaja a la que no tiene derecho". Debatió con “ingenio intrépido y burla pulida”. Aunque en público rara vez se permitía un sarcasmo hiriente, sus epigramas privados podían ser agudos. Una vez dijo de un colega: "Si tuviera un poco más de cerebro, sería un imbécil". En la Cámara mantuvo hacia sus oponentes una cortesía casi deferente, y cuando era atacado

amargamente por los miembros irlandeses, se sentaba en silencio con una sonrisa plácida y, cuando se levantaba para responder, los demolía con palabras que tenían el efecto “de una bala en el suelo”. una burbuja." Sin embargo, no se hizo sin esfuerzo. Le confesó a un amigo que nunca durmió bien después de una noche difícil en la casa. "Nunca pierdo los estribos, pero los nervios se ponen de punta y se necesita tiempo para calmarse". Admiraba a Macaulay y encontraba irresistible su narrativa y su estilo un deleite. Sus propios discursos, pronunciados sin notas, no fueron estudiados pero estaban perfectamente terminados. Lord Willoughby de Broke, un joven y activo miembro de la otra Cámara, a quien le gustaba venir a escuchar a Balfour, dijo que el placer residía en escuchar “ideas y argumentos presentados exactamente en la secuencia correcta, sin ninguna apariencia de premeditación, todo el magistral El proceso de pensamiento, argumento y fraseo se llevó a cabo con una habilidad tan consumada y una facilidad tan perfecta, que presenciar el ejercicio del arte fue un puro deleite”. "Nunca pierdo los estribos, pero los nervios se ponen de punta y se necesita tiempo para calmarse". Admiraba a Macaulay y encontraba irresistible su narrativa y su estilo un deleite. Sus propios discursos, pronunciados sin notas, no fueron estudiados pero estaban perfectamente terminados. Lord Willoughby de Broke, un joven y activo miembro de la otra Cámara, a quien le gustaba venir a escuchar a Balfour, dijo que el placer residía en escuchar “ideas y argumentos presentados exactamente en la secuencia correcta, sin ninguna apariencia de premeditación, todo el magistral El proceso de pensamiento, argumento y fraseo se llevó a cabo con una habilidad tan consumada y una facilidad tan perfecta, que presenciar el ejercicio del arte fue un puro deleite”. "Nunca pierdo los estribos, pero los nervios se ponen de punta y se necesita tiempo para calmarse". Admiraba a Macaulay y encontraba irresistible su narrativa y su estilo un deleite. Sus propios discursos, pronunciados sin notas, no fueron estudiados pero estaban perfectamente terminados. Lord Willoughby de Broke, un joven y activo miembro de la otra Cámara, a quien le gustaba venir a escuchar a Balfour, dijo que el placer residía en escuchar “ideas y argumentos presentados exactamente en la secuencia correcta, sin ninguna apariencia de premeditación, todo el magistral El proceso de pensamiento, argumento y fraseo se llevó a cabo con una habilidad tan consumada y una facilidad tan perfecta, que presenciar el ejercicio del arte fue un puro deleite”. estaban sin estudiar pero perfectamente terminados. Lord Willoughby de Broke, un joven y activo miembro de la otra Cámara, a quien le gustaba venir a escuchar a Balfour, dijo que el placer residía en escuchar “ideas y argumentos presentados exactamente en la secuencia correcta, sin ninguna apariencia de

premeditación, todo el magistral El proceso de pensamiento, argumento y fraseo se llevó a cabo con una habilidad tan consumada y una facilidad tan perfecta, que presenciar el ejercicio del arte fue un puro deleite". estaban sin estudiar pero perfectamente terminados. Lord Willoughby de Broke, un joven y activo miembro de la otra Cámara, a quien le gustaba venir a escuchar a Balfour, dijo que el placer residía en escuchar "ideas y argumentos presentados exactamente en la secuencia correcta, sin ninguna apariencia de premeditación, todo el magistral El proceso de pensamiento, argumento y fraseo se llevó a cabo con una habilidad tan consumada y una facilidad tan perfecta, que presenciar el ejercicio del arte fue un puro deleite".

Balfour era descuidado con los hechos, inseguro con las cifras y la memoria no era su punto fuerte, pero superó esta debilidad mediante una técnica que nunca dejó de divertir a la Cámara. Cuando se enfrentaba a un proyecto de ley complicado, se encargaba de estar flanqueado por un ministro experto, como el Ministro del Interior o el Fiscal General, y si dudaba en los detalles, su colega podía susurrarle una corrección. Como lo describió Sir Henry Lucy, corresponsal parlamentario de Punch, Balfour hacía una pausa, miraba al colega con una mirada amistosa teñida de suave amonestación y decía: "Exactamente". Ante el siguiente error y la corrección susurrada, repetía la actuación con una nota más severa en su "Exactamente,

La rapidez no era una de sus virtudes y, a menudo, entraba cómodamente cuando las preguntas casi habían terminado. Efectuó una revolución al cambiar la sesión corta de la Cámara de los miércoles a los viernes por el bien del fin de semana, una institución que, de hecho, inventó para tener tiempo para su golf. "Este maldito croquet escocés", como lo llamó un deportista disgustado, debía su popularidad a la influencia de Balfour. Con perfecta despreocupación y contrariamente a toda costumbre, lo tocaba incluso los domingos excepto en Escocia y tal era su magnetismo que la sociedad lo seguía a donde iba, y así nació la costumbre del fin de semana en una casa de campo. No disparaba ni cazaba, pero además de jugar al golf jugaba vigorosamente al tenis, montaba en bicicleta siempre que podía, en ocasiones veinte millas seguidas, y se entregaba a una pasión culpable por la nueva y emocionante experiencia del automóvil. Su idea de distracción no era la de todos. Cuando visitó a su hermana, Lady Rayleigh, y le preguntó qué le gustaría entretener, respondió: "Oh, algo divertido; conseguir que algunas personas de Cambridge hablen de ciencia". La música era otro entusiasmo. Escribió un ensayo sobre Handel para la Edinburgh Review y realizó una gira musical por Alemania durante la cual cautivó a esa difícil reliquia de Frau Wagner.

Su aire desenfadado y lánguido ocultaba una inmensa capacidad de trabajo. Además de dirigir el gobierno en la Cámara de los Comunes, frecuentemente sirvió como doble de su tío en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Cuando Salisbury se jubiló en 1902, Lord Esher sintió que su ausencia sería compensada por "la energía suprema de Arthur". Para conservar energía, Balfour hacía todos los negocios posibles en la cama y rara vez se levantaba antes del mediodía.

Leía sin cesar: un libro de ciencias estaba abierto sobre la repisa de la chimenea mientras se vestía, una historia de detectives sobre su mesita de noche, los estantes de su sala de estar privada estaban repletos de volúmenes de filosofía y teología, el exceso estaba amontonado en el sofá. , las revistas cubrían la mesa y las sillas y su esponja se utilizaba para apoyar la lectura de novelas francesas en su bañera. Nunca leyó los periódicos. Los invitados que pasaron la noche descubrieron que él ni siquiera estaba suscrito a ellos, negligencia por la cual fue regañado por el Sr. Buckle, editor de The Times. Una vez, el periodista WT Stead, en una conversación con el Príncipe de Gales, comentó que Balfour era un buen hombre para tenerlo a cuestas en una pelea, pero que era demasiado indiferente. "Ah", respondió el Príncipe, asintiendo, "él nunca lee los periódicos, ¿sabes?".

Al Príncipe nunca le importó Balfour, quien, en su opinión, era condescendiente con él. La reina Victoria, en cambio, lo admiraba. En una visita a Balmoral, informó Sir Henry Ponsonby, Balfour discutió asuntos con la Reina, “mostrando en qué se diferencia de ella de una manera que la hace reflexionar... Creo que a la Reina le agrada, pero le tiene un poco de miedo. " El joven Ponsonby lo consideró un gran éxito con la Reina, "aunque nunca pareció tratarla en serio". La Reina expresó su propia opinión en 1896 después de una conversación con Balfour sobre Creta, los horrores turcos, Sudán y el proyecto de ley de educación. Ella quedó “muy impresionada por la extrema equidad, imparcialidad y amplitud de miras del Sr. Balfour. Ve todos los aspectos de una cuestión, es maravillosamente generoso en sus sentimientos hacia los demás y muy amable y de buen carácter”.

La supremacía y la seguridad de aquella época no duraron mucho, y Balfour tenía debilidades que, a medida que el siglo transcurría hacia años menos indulgentes, se harían evidentes. Incluidas las debilidades, tenía carácter y atribuye la última flor del patricio y de él se podría haber dicho lo que Celeste, el ama de llaves de Proust, dijo tras la muerte de su empleador: “Cuando uno ha conocido al señor Proust, todos los demás parecen vulgares. "

Desde Roma el dominio imperial no había sido tan

amplio como el actual de Gran Bretaña. Se extendía sobre una cuarta parte de la superficie terrestre del mundo, y el 22 de junio de 1897, el Jubileo de Diamante de la Reina, su evidencia viviente marchó en espléndidas filas hacia el servicio de Acción de Gracias en St. Paul. Como la ocasión estaba diseñada para celebrar a la familia imperial bajo la Corona británica, ninguno de los reyes extranjeros que habían asistido al Jubileo de Oro en 1887 fue invitado esta vez. En su lugar, los carruajes de Estado transportaban a los once primeros ministros coloniales de Canadá, Nueva Zelanda, la Colonia del Cabo, Natal, Terranova y los seis estados de Australia. En el desfile cabalgaba caballería de todos los rincones del mundo: los rifles montados del Cabo, los húsares canadienses, los lanceros de Nueva Gales del Sur, el caballo ligero de Trinidad, los magníficos lanceros barbudos y con turbante de Khapurthala, Badnagar y otros estados indios, los Zápticos de Chipre con feces con borlas sobre ponis de melena negra. Regimientos de infantería de piel oscura, “terribles y hermosos de contemplar”, en palabras de una prensa rapsódica, deambulaban por las calles con una fantasía de uniformes abigarrados: la Policía Dyak de Borneo, la Artillería de Jamaica, la Policía Real de Nigeria, gigantes sijs de India, Houssas de la Costa Dorada, chinos de Hong Kong, malayos de Singapur, negros de las Indias Occidentales, Guayana Británica y Sierra Leona; compañía tras compañía pasaron ante un pueblo deslumbrado, asombrado ante el testimonio de su propio poder. Al final de la procesión, en un landó abierto tirado por ocho caballos color crema, llegó la figura central del día, una persona diminuta vestida de negro con plumas de color crema que asentía desde su

sombrero. El sol brillaba, brillantes pancartas ondeaban con la brisa, las farolas estaban adornadas con flores y a lo largo de seis millas de calles millones de personas felices vitoreaban y saludaban en un éxtasis de amor y orgullo. “Creo que nadie ha recibido nunca una ovación como la que me dieron a mí”, escribió la Reina en su Diario. “Cada rostro parecía estar lleno de verdadera alegría. Me sentí muy conmovido y satisfecho”.

Ya desde hacía algunos meses flotaba en el aire un aura de autocomplacencia, "un cierto optimismo", dijo Rudyard Kipling, "que me asustó". Esto lo impulsó a escribir, y a la mañana siguiente del desfile apareció en The Times la severa advertencia de “recesión”. Su impacto fue inmenso: “El poema más grande jamás escrito por un hombre vivo”, afirmó el distinguido jurista Sir Edward Clarke. Sin embargo, por más solemnemente que la gente tomara su advertencia, ¿cómo podían creer, mientras continuaban las ceremonias y saludos y personajes con sombrero de copa iban y venían a la Conferencia Imperial en Whitehall, que toda esta grandeza visible era realmente “una con Nínive y Tiro”?

El 11 de octubre de 1899, un desafío lejano, que se había ido fortaleciendo desde el ataque a Jameson, se hizo explícito y comenzó la Guerra de los Bóers. “La guerra de Joe”, la llamó Lord Salisbury en homenaje al papel agresivo del cuco en su nido, el Sr. Joseph Chamberlain, el Secretario Colonial. Aunque había comenzado su vida como un liberal radical entre hombres opuestos por principios al imperialismo, desde entonces Chamberlain había aprendido a “pensar imperialmente”, como él mismo decía. Fue un cambio de opinión fácilmente comprensible en un hombre con su agudo sentido de las oportunidades, porque sólo en los últimos doce años se habían añadido al Imperio territorios equivalentes a veinticuatro veces la superficie de Gran Bretaña. Al unirse al gobierno de 1895, Chamberlain había elegido la Oficina Colonial con la convicción de que allí estaba la clave del imperio y del "destino manifiesto".

Chamberlain era un hombre de fuerza, habilidad y una ambición devoradora que nunca había sido satisfecha. No nacido en la clase terrateniente, había perfeccionado una apariencia de autoridad y aplomo que era claramente suya. Tenía rasgos afilados y bastante elegantes, ojos que no revelaban nada y cabello negro azabache suavemente peinado. Su rostro era una máscara adornada por un

monóculo sujeto con una cinta negra; su sastrería era impecable, adornada con una orquídea diaria en el ojal. Habiendo hecho suficiente fortuna como fabricante de tornillos en Birmingham para retirarse del negocio a los treinta y ocho años, se convirtió en alcalde de su ciudad, donde sus logros en educación y otras reformas sociales habían ganado la atención nacional. Sin perder tiempo, ingresó al Parlamento a los cuarenta años como diputado por Birmingham, se convirtió en un vehemente portavoz de los radicales, Denunciaba a los aristócratas y plutócratas tan ardientemente como cualquier socialista, y rápidamente alcanzó el cargo de presidente de la Junta de Comercio en el Ministerio de Gladstone en 1880. Un personaje contundente, frío y magistral cuya popularidad en las Midlands influyó en muchos votos, fue un factor político para ser tenido en cuenta y se veía a sí mismo como el sucesor de Gladstone. Pero el Gran Viejo no tenía prisa por tener uno, y Chamberlain, demasiado impaciente para esperar, encontró motivos en la cuestión del Gobierno Autónomo para abandonar el partido con un número considerable de seguidores. Mientras se preparaban para las elecciones de 1895, los conservadores se alegraron, aunque nerviosos, de incorporarlo. No compartía la indiferencia del patricio hacia la opinión pública, pero en sus gestos y vestimenta la hacía honor, convirtiéndose en una personalidad memorable.

Sólo lord Salisbury no quedó impresionado. "No se ha convencido de tener convicciones", le había escrito a Balfour en 1886, "y ahí reside la infinita superioridad de Gladstone". Balfour, característicamente, era más amable pero sencillo. "Joe, aunque todos lo amamos muchísimo", le escribió a Lady Elcho, "de alguna manera no se mezcla absoluta o completamente, no forma una combinación química con nosotros". Esto no fue sorprendente. Chamberlain no había asistido a una escuela pública ni a la Universidad (es decir, Oxford o Cambridge), donde, como observó Lord Esher, “todo el mundo con su capacidad aprende a controlarse”, y ni siquiera era miembro de la Iglesia de Inglaterra. Sin embargo, se movía suavemente entre sus nuevos asociados y se le vio invitando a tomar el té en la terraza de la Cámara de los Comunes a un gran grupo que incluía a tres duquesas. Ciertamente nunca podría ser acusado, como Balfour, de ser demasiado indiferente. Chamberlain siempre estaba presa de una u otra convicción apasionada que perseguía, mientras la mantenía, con despiadada intensidad. Pero le faltaba un punto de vista permanente y arraigado. Aunque sólo cinco años más joven que Salisbury y doce años mayor que Balfour, representaba las fuerzas y los métodos de una nueva época a la que el gobierno de Salisbury se oponía esencialmente. “La diferencia entre Joe y yo”, dijo Balfour, “es la diferencia entre juventud y edad: yo tengo edad”. Balfour tenía tras

de sí la larga estabilidad de pertenecer a lo alto; Joe era el nuevo magnate con prisas. Las formas en que no se “mezclaban” eran fundamentales. mientras lo sostenía, con despiadada intensidad. Pero le faltaba un punto de vista permanente y arraigado. Aunque sólo cinco años más joven que Salisbury y doce años mayor que Balfour, representaba las fuerzas y los métodos de una nueva época a la que el gobierno de Salisbury se oponía esencialmente. “La diferencia entre Joe y yo”, dijo Balfour, “es la diferencia entre juventud y edad: yo tengo edad”. Balfour tenía tras de sí la larga estabilidad de pertenecer a lo alto; Joe era el nuevo magnate con prisas. Las formas en que no se “mezclaban” eran fundamentales. mientras lo sostenía, con despiadada intensidad. Pero le faltaba un punto de vista permanente y arraigado. Aunque sólo cinco años más joven que Salisbury y doce años mayor que Balfour, representaba las fuerzas y los métodos de una nueva época a la que el gobierno de Salisbury se oponía esencialmente. “La diferencia entre Joe y yo”, dijo Balfour, “es la diferencia entre juventud y edad: yo tengo edad”. Balfour tenía tras de sí la larga estabilidad de pertenecer a lo alto; Joe era el nuevo magnate con prisas. Las formas en que no se “mezclaban” eran fundamentales. ", dijo Balfour, "es la diferencia entre la juventud y la edad: yo soy la edad". Balfour tenía tras de sí la larga estabilidad de pertenecer a lo alto; Joe era el nuevo magnate con prisas. Las formas en que no se “mezclaban” eran fundamentales. ", dijo Balfour, "es la diferencia entre la juventud y la edad: yo soy la edad". Balfour tenía tras de sí la larga estabilidad de pertenecer a lo alto; Joe era el nuevo magnate con prisas. Las formas en que no se “mezclaban” eran fundamentales.

Por el momento, la colaboración entre Chamberlain y sus nuevos colegas era mutuamente leal. Cuando se sospechó que su mano estaba detrás del ataque a Jameson y los liberales hicieron acusaciones furiosas, el gobierno cerró filas en torno a él y un comité parlamentario de investigación se vio incapaz de rastrear nada definitivo hasta la Oficina Colonial. Joe emergió con un poder intacto y una agresividad intacta. "No sé a cuál de nuestros muchos enemigos deberíamos desafiar", le escribió a Salisbury después del telegrama de Kruger, "pero desafiemos a alguien". Como informó Balfour a Salisbury, el ministro encargado de las negociaciones cada vez más hostiles con la República Bóer, su método favorito “es la libre aplicación de irritantes”. Mientras éstas surtían efecto se vengó una vieja derrota: En 1898, Kitchener retomó Jartum e izó la bandera británica sobre la tumba del general Gordon. Más arriba del Nilo, en Fashoda, una expedición militar francesa que penetraba en Sudán se enfrentó cara a cara con los británicos y, después de un período de suspenso durante el cual los franceses reconocieron la realidad, se retiraron sin disparar un solo tiro. La impopularidad de Gran Bretaña

aumentó con su prestigio.

Luego vino la Guerra de los Bóers. El ejército británico, al que años de espléndido aislamiento habían conferido cierta rigidez, se reveló plenamente preparado para la guerra de Crimea y sufrió una serie de derrotas. Resultó que los bóers poseían cañones de Krupp y Creusot y sus artilleros eran a menudo alemanes o franceses. El presidente Kruger había utilizado las reparaciones concedidas por el ataque Jameson para comprar artillería, armas Maxim y grandes reservas de rifles y municiones en preparación para el choque de armas definitivo. En una "Semana Negra" de diciembre de 1899, Lord Methuen fue derrotado en Magersfontein, el general Gatacre en Stormberg y Sir Redvers Buller, el comandante en jefe, en Colenso con la pérdida de once cañones, dejando a Kimberley y Ladysmith investidos. En casa, la gente quedó atónita de incredulidad. El duque de Argyll, que se encontraba en su última enfermedad,

Con la Semana Negra fue la última vez que los británicos se sintieron dueños indiscutibles de la tierra. Y la cuestión quedó clara cuando el Káiser, unos meses más tarde, logró insistir con éxito en que se nombrara un comandante alemán para la expedición que se embarcaba para castigar a los bóxers en Pekín. Es cierto que fue un esfuerzo mayoritariamente alemán, ya que la principal fuerza británica ya estaba en el lugar, pero Salisbury se opuso por principio. Era una característica británica, aunque irrazonable, le dijo al embajador alemán, “no soportar las órdenes de un extranjero”. Pero en ese momento no podía permitirse el lujo de iniciar un conflicto que pudiera resultar en ayuda para los bóers y se vio obligado a aceptar.

En el nuevo año, con nuevo vigor, refuerzos y un nuevo comandante en jefe para reemplazar al desastroso Buller, la guerra quedó gradualmente bajo control. Mafeking fue relevado en mayo de 1900 (con acompañamiento de histeria en casa), Lord Roberts entró en Pretoria en junio y la anexión del Transvaal fue proclamada el 1 de septiembre en la creencia de que sólo quedaba limpiar. En una ola de renovada confianza en sí mismos y buen humor, los conservadores pidieron un mandato renovado en lo que se conoció como las elecciones “caqui” de octubre. Utilizando el lema “Cada escaño ganado por los liberales es un escaño ganado por los bóers”, regresaron cómodamente a sus cargos. Pero aunque el fervor patriótico era dominante, había una corriente de antipatía hacia la guerra que procedía no sólo de los "pequeños ingleses" de la tradición ortodoxa de Gladstone sino, más particularmente, esta vez, de por una incómoda sensación de motivo innoble, un brillo de las minas de oro del Rand, un aura de capitalismo depredador, comercialismo y

ganancias. La oposición a la guerra fue una causa en la que se dio a conocer un joven diputado, David Lloyd George, aunque no llegó a oponerse a la anexión, sino sólo a proponer una negociación para detener la guerra.

Había muchos dentro y fuera del Gobierno que esperaban la llegada del siglo XX con ciertas ilusiones perdidas que nunca volverían a ser restauradas. Lady Salisbury, poco antes de morir en noviembre de 1899, le dijo a un joven pariente: “La generación joven puede criticarnos como quiera; ¿Alguna vez ofrecerán algo tan bueno como lo que hemos conocido?

El año 1900, en lugar de 1899, había decidido el Astrónomo Real, después de sopesar mucho los pros y los contras, era el año centésimo y último del siglo XIX. El momento de su muerte estaba cerca; el final del siglo más lleno de esperanza, más lleno de cambios, más progresista, más activo y más rico que el mundo haya conocido. Tres semanas después de su cierre, el 24 de enero de 1901, murió la reina Victoria, redoblando la sensación general de fin de una era. Lord Salisbury, cansado del cargo, quería ir también, pero sintió que no podía hasta que se obtuviera la victoria, aún difícil de alcanzar en Sudáfrica. Finalmente llegó en junio de 1902, y el 14 de julio Lord Salisbury dimitió. De nuevo se sintió la sombría conciencia de que algo llegaba a su fin: una Autoridad, un tipo, una tradición había desaparecido. Un periódico francés, Le Temps de París, todavía dolido por la humillación de Fashoda, dijo: “Lo que hoy cierra con la partida de Lord Salisbury es toda una era histórica. Es irónico que lo que transmite sea una Inglaterra democratizada, imperializada, colonializada y vulgarizada: todo lo que es antitético al conservadorismo, la tradición aristocrática y la Alta Iglesia que él defendía. Es la Inglaterra del señor Chamberlain, no, a pesar de su liderazgo nominal, la del señor Balfour”.

La reina Victoria, Lord Salisbury y el siglo XIX habían desaparecido. Un año antes de morir, la Reina, al regresar en su yate de una visita a Irlanda, se vio perturbada por el mar embravecido. Después de que una ola particularmente fuerte azotara el barco, llamó a su médico, que estaba presente, y le dijo, en un eco inconsciente de un predecesor distante: “Suba de inmediato, Sir James, felicite al almirante y dígale lo que pasó. no debe volver a ocurrir”.

Pero las olas no se detuvieron.

2 La idea y el hecho

LOS ANARQUISTAS: 1890-1914

2 La idea y el hecho

s

O ENCANTADOR ERAla visión de una sociedad sin Estado, sin gobierno, sin ley, sin propiedad, en la que, una vez eliminadas las instituciones corruptas, el hombre sería libre de ser bueno como Dios quería que fuera, que seis jefes de Estado fueron asesinados por ella. en los veinte años anteriores a 1914. Fueron el presidente Carnot de Francia en 1894, el primer ministro Cánovas de España en 1897, la emperatriz Isabel de Austria en 1898, el rey Humbert de Italia en 1900, el presidente McKinley de los Estados Unidos en 1901 y otro primer ministro de España, Canalejas, en 1912. Ninguno podía calificarse de tirano. Sus muertes fueron gestos de hombres desesperados o engañados para llamar la atención sobre la idea anarquista.

Ningún individuo fue el héroe del movimiento que se tragó estas vidas. La Idea fue su héroe. Fue, como lo ha llamado un historiador de la revuelta, "un ensueño de románticos desesperados". Tuvo sus teóricos y pensadores, hombres intelectuales, sinceros y serios, que amaban a la humanidad. También tenía sus herramientas, los hombrecillos a quienes la desgracia, la desesperación o la ira, la degradación y la desesperanza de la pobreza hicieron susceptibles a la Idea hasta que quedaron poseídos por ella y se vieron impulsados a actuar. Estos se convirtieron en los asesinos. Entre los dos grupos no hubo contacto. Los pensadores en la prensa y los folletos construyeron maravillosos modelos en papel del milenio anarquista; derramó diatribas de odio e invectivas contra la clase dominante y su despreciada aliada, la burguesía; emitió llamados de trompeta a la acción, por una "propaganda del hecho" para lograr el derrocamiento del enemigo. ¿A quién llamaban? ¿Qué escritura pedían? No lo dijeron con precisión. Sin que ellos lo supieran, en las profundidades de la sociedad había hombres solitarios escuchando. Escucharon los ecos de las diatribas y las trompetas y vislumbraron el brillante milenio que prometía una vida sin hambre y sin patrón. De repente, uno de ellos, con un sentimiento de herida o de misión, se levantaba, salía y mataba... y sacrificaba su propia vida en el altar de la Idea.

Venían de las madrigueras de los pobres, donde el hambre y la suciedad eran los reyes, donde los tísicos tosían y el aire estaba cargado con el olor de letrinas, repollo hirviendo y cerveza rancia,

donde los bebés lloraban y las parejas gritaban en repentinas peleas, donde los techos tenían goteras y Las ventanas sin reparar dejaban entrar las ráfagas frías del invierno, donde la privacidad era inimaginable, donde hombres, mujeres, abuelos y niños vivían juntos, comiendo, durmiendo, fornicando, defecando, enfermando y muriendo en una habitación, donde una tetera servía como caldera de lavado en medio. comidas, cajas viejas que servían de sillas, montones de paja asquerosa como camas y tablas apoyadas sobre dos cajones a modo de mesas, donde a veces no todos los niños de una familia podían salir al mismo tiempo porque no había suficiente ropa para todos, donde familias decentes vivían entre borrachos, maltratadores, ladrones y prostitutas,donde la vida era un balancín de desempleo y trabajo interminable, donde un tabaquero y su esposa ganaban 13 centavos la hora y trabajaban diecisiete horas al día, siete días a la semana para mantenerse a sí mismos y a sus tres hijos, donde la muerte era la única salida y la única extravagancia. y los ahorros de toda una vida se desperdiciarían en un carruaje fúnebre con flores y un desfile de dolientes para protegerse del anonimato y la última ignominia de Potter's Field.donde la muerte era la única salida y la única extravagancia y los ahorros de toda una vida serían desperdiciados en un carruaje funerario con flores y un desfile de dolientes para protegerse del anonimato y la última ignominia de Potter's Field.donde la muerte era la única salida y la única extravagancia y los ahorros de toda una vida serían desperdiciados en un carruaje funerario con flores y un desfile de dolientes para protegerse del anonimato y la última ignominia de Potter's Field.

Los anarquistas creían que una vez eliminada la propiedad, monarca de todos los males, ningún hombre podría volver a vivir del trabajo de otro y la naturaleza humana quedaría liberada para buscar su nivel natural de justicia entre los hombres. El papel del Estado sería reemplazado por la cooperación voluntaria entre los individuos y el papel de la ley por la ley suprema del bienestar general. Con este fin, ninguna reforma de los males sociales existentes mediante el voto o la persuasión sirvió de nada, porque la clase dominante nunca renunciaría a sus propiedades ni a los poderes y leyes que protegían la propiedad de la propiedad. De ahí la necesidad de la violencia. Sólo el derrocamiento revolucionario de todo el maligno sistema existente lograría el resultado deseado. Una vez que la vieja estructura quedó en escombros, surgió un nuevo orden social de absoluta igualdad y sin autoridad, con suficiente de todo para todos, se posaría sonriente sobre la tierra. La propuesta parecía tan razonable que, una vez enterada de ella, las clases oprimidas no podían dejar de responder. La tarea anarquista era despertarlos a la Idea mediante la propaganda de la palabra y de la acción, y un día, una de esas acciones enviaría la

señal de la rebelión.

Durante el primer período de formulación del anarquismo, que comenzó alrededor del año revolucionario de 1848, sus dos principales profetas fueron Pierre Proudhon de Francia y su discípulo, Michael Bakunin, un exiliado ruso que se convirtió en el líder activo del movimiento.

“Quien pone su mano sobre mí para gobernarme”, proclamó Proudhon, “es un usurpador y un tirano; Lo declaro mi enemigo... El gobierno del hombre por el hombre es esclavitud” y sus leyes son “telarañas para los ricos y cadenas de acero para los pobres”. La "perfección suprema" de la sociedad libre es la ausencia de gobierno, a lo que Proudhon fue el primero en llamar "anarquía". Criticó al gobierno con pasión de desprecio. “Ser gobernado es ser vigilado, inspeccionado, espiado, regulado, adoctrinado, predicado, controlado, gobernado, censurado por personas que no tienen ni sabiduría ni virtud. Es cada acción y transacción que debe registrarse, sellarse, gravarse, patentarse, licenciarse, evaluarse, medirse, reprenderse, corregirse, frustrarse. Con el pretexto del bien público hay que explotarlo, monopolizarlo, malversarlo, robarlo y luego, a la menor protesta o palabra de queja, ser multado, acosado, vilipendiado, golpeado, apaleado, desarmado, juzgado, condenado, encarcelado, fusilado, garroteado, deportado, vendido, traicionado, estafado, engañado, ultrajado, deshonrado. ¡Ese es el gobierno, esa es su justicia, esa es su moralidad! ¡E imaginemos que entre nosotros haya demócratas que creen que el gobierno es bueno, socialistas que en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad apoyan esta ignominia, proletarios que se ofrecen candidatos a Presidente de la República! ¡Qué hipocresía! ¡E imaginemos que entre nosotros haya demócratas que creen que el gobierno es bueno, socialistas que en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad apoyan esta ignominia, proletarios que se ofrecen candidatos a Presidente de la República! ¡Qué hipocresía! ¡E imaginemos que entre nosotros haya demócratas que creen que el gobierno es bueno, socialistas que en nombre de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad apoyan esta ignominia, proletarios que se ofrecen candidatos a Presidente de la República! ¡Qué hipocresía!

Proudhon creía que la “idea abstracta de derecho” obviaría la necesidad de la revolución y que el hombre sería persuadido a adoptar la sociedad sin estado a través de la razón. Lo que Bakunin añadió, aprendiendo de la Rusia de Nicolás I, fue la necesidad de una revolución violenta. A diferencia de su rival, Karl Marx, que sostenía que la revolución vendría sólo de un proletariado industrial,

organizado y capacitado para la tarea, Bakunin creía que la revolución inmediata podría estallar en uno de los países económicamente más atrasados (Italia, España o Rusia). donde los trabajadores, aunque sin formación, desorganizados y analfabetos, sin comprensión de sus propias necesidades, estarían dispuestos a ascender porque no tenían nada que perder. La tarea del revolucionario concienzudo era popularizar la Idea entre las masas, hasta entonces atadas a la ignorancia y los prejuicios de la clase dominante. Era necesario hacerlos conscientes de sus propias necesidades y "evocarles" pensamientos acordes con sus impulsos, pensamientos de rebelión. Cuando esto sucediera, los trabajadores conocerían su propia voluntad y entonces "su poder será irresistible". Bakunin, sin embargo, perdió el control de la Primera Internacional ante Marx, que creía en la organización.

Había una paradoja inherente dentro del cuerpo del anarquismo que frustraba el progreso. El anarquismo rechazó el partido político, al que Proudhon había llamado una mera "variedad de absolutismo"; sin embargo, para provocar una revolución era necesario someterse a la autoridad, la organización y la disciplina. Cada vez que los anarquistas se reunían para preparar un programa, surgía esta terrible necesidad. Leales a su Idea, la rechazaron. La revolución surgiría espontáneamente de las masas. Todo lo que se necesitaba era la Idea y una chispa.

Cada huelga, revuelta por el pan o levantamiento local que los anarquistas esperaban (y los capitalistas temían) podría ser la chispa. La señora Hennebau, la esposa del gerente del Germinal de Zola, observando la marcha de los mineros en huelga bajo el brillo sangriento del sol poniente, vio "la visión roja de la revolución que en alguna tarde sombría de fin de siglo se lo llevaría todo. Sí, aquella noche el pueblo, por fin desenfrenado, haría correr la sangre de la clase media... con un trueno de botas, la misma tropa terrible, con la piel sucia y el aliento contaminado, arrasaría el viejo mundo... Los incendios ardería, no quedaría nada, ni un centavo de las grandes fortunas, ni un título de propiedad de las propiedades adquiridas".

Sin embargo, cada vez, como cuando los mineros de Zola se enfrentaron a las armas de la gendarmería, la chispa se apagó. El momento mágico en el que las masas despertarían a sus necesidades y a su poder no llegó. La Comuna de París estalló y murió en 1871 y no logró señalar una insurrección general. "No contamos con las masas que no querían apasionarse por su propia libertad", escribió Bakunin, desilusionado, a su esposa. "Estando ausente esta pasión, ¿de qué nos sirvió haber tenido razón teóricamente? Éramos impotentes".

Desesperaba de salvar al mundo y murió, desilusionado, en 1876, un Colón, como decía Alexander Herzen, sin América.

Mientras tanto, en su tierra natal, sus ideas echaron raíces en los Narodniki, o Populistas, también conocido como Partido de la Voluntad del Pueblo, fundado en 1879. Debido al uso comunal de la tierra peculiar del campesino ruso, los reformadores adoraban al campesino como a un socialista natural que necesitaba sólo la aparición de un Mesías que sería despertado de su letargo e impulsado a la marcha hacia la revolución. La bomba iba a ser el Mesías. "La actividad terrorista", decía el programa Narodniki, "que consiste en destruir a la persona más dañina del gobierno, tiene como objetivo socavar el prestigio del gobierno y despertar de esta manera el espíritu revolucionario del pueblo y su confianza en el éxito de la causa. "

En 1881, los Narodniki dieron un golpe que sorprendió al mundo: asesinaron al zar Alejandro II. Fue un golpe triunfante, igual, imaginaban, al derrocamiento de la Bastilla. Gritaría en voz alta su protesta, convocaría a los oprimidos y aterrorizaría a los opresores. En cambio, marcó el comienzo de una reacción. Los campesinos lloraron al zar muerto, cuya corona pudo haber sido el símbolo de la autocracia pero que en persona era el "Libertador" de los siervos, que creían que "la nobleza había asesinado al zar para recuperar la tierra". Sus ministros iniciaron una campaña de represión salvaje, el público, abandonando todo pensamiento de reforma, consintió, y el movimiento revolucionario, "quebrantado y desmoralizado, se retiró al sótano de los conspiradores". Allí terminó el primer período del anarquismo.

Antes de que el movimiento estallara en un nuevo florecimiento en los años noventa, tuvo lugar un único acontecimiento terrible que amplió la estatura del anarquismo, no en Europa, sino en Estados Unidos, en la ciudad de Chicago. Allí, en agosto de 1886, ocho anarquistas fueron condenados por el juez Joseph Gary a la horca por el asesinato de siete policías asesinados el 4 de mayo anterior por una bomba lanzada en medio de una fuerza policial armada que estaba a punto de disolver una huelga de huelguistas. reunión en Haymarket Square.

La ocasión fue el clímax de una campaña a favor de la jornada de ocho horas, que en sí misma fue el clímax de una década de guerra industrial centrada en Chicago. En cada enfrentamiento, los empleadores lucharon con las fuerzas de la ley (policía, milicia y tribunales) como sus aliados. Las demandas de los trabajadores fueron respondidas con munición real y cierres patronales y con rompehuelgas protegidos por Pinkertons que estaban armados y

juraron como ayudantes del sheriff. En la guerra entre clases, el Estado no fue neutral. Impulsada por la miseria y la injusticia, la ira de los trabajadores creció y con ella el miedo de los empleadores, su sensación de una amenaza creciente y su determinación de erradicarla. Incluso un hombre tan remoto como Henry James sintió un “inframundo siniestro y anárquico agitado en su dolor, su poder y su odio”.

El anarquismo no era un movimiento obrero y no era más que un elemento en la agitación general de la clase baja. Pero los anarquistas vieron en las luchas laborales las brasas de la revolución y esperaban encenderlas. “Una libra de dinamita vale un bushel de balas”, gritó August Spies, editor del diario anarquista en alemán de Chicago, Die Arbeiter-Zeitung. “¡La policía y la milicia, los sabuesos del capitalismo, están dispuestos a asesinar!” En esto tenía razón, ya que durante un enfrentamiento entre trabajadores y rompehuelgas, la policía disparó y mató a dos. "¡Venganza! ¡Venganza! ¡Trabajadores a las armas! gritaban folletos impresos y distribuidos por Spies esa noche. Convocó una reunión de protesta al día siguiente. Tuvo lugar en Haymarket Square, la policía marchó para disolverlo y se lanzó la bomba. Nunca se ha descubierto quién lo arrojó.

Los discursos de los acusados ante el tribunal después de la sentencia, firmes en los principios anarquistas y palpitantes con la conciencia del martirio, resonaron en toda Europa y América y proporcionaron la mejor propaganda que el anarquismo jamás haya tenido. A falta de pruebas directas que establecieran su culpabilidad, sabían y declararon en voz alta que estaban siendo juzgados y sentenciados por el delito, no de asesinato, sino de anarquismo. “¡Que el mundo sepa”, gritó August Spies, “que en 1886, en el estado de Illinois, ocho hombres fueron condenados a muerte porque creían en un futuro mejor!” Entre sus creencias se incluía el uso de dinamita, y la venganza de la sociedad estuvo a la altura de su miedo. Al final, las penas de tres de los condenados fueron conmutadas por penas de prisión. Uno, Louis Lingg, el más joven, el más apuesto y el más ferviente, del que, según se demostró en el juicio, había fabricado bombas, La noche anterior a la ejecución se inmoló con una cápsula de fulminato de mercurio y antes de morir escribió en su sangre: “¡Viva la anarquía!”. Muchos consideraron su suicidio como una confesión de culpabilidad. Los cuatro restantes, incluido Spies, fueron ahorcados el 11 de noviembre de 1887.

Durante años, la silueta de la horca y sus cuatro cuerpos colgantes decoraron la literatura anarquista, y los anarquistas de Europa y América celebraron el aniversario del 11 de noviembre como un

monumento revolucionario. La conciencia pública también tomó conciencia del fruto de la horca de la miseria, la protesta y la agitación en la clase trabajadora.

En cada esquina había hombres que eran anarquistas sin saberlo. Jacob Riis, el reportero de la policía de Nueva York que describió en 1890 Cómo vive la otra mitad, vio uno en la esquina de la Quinta Avenida y la Calle Catorce. De repente, el hombre saltó sobre un carruaje que transportaba a dos elegantes damas que iban de compras por la tarde y cortó con un cuchillo a los lustrosos y brillantes caballos. Cuando lo arrestaron y lo encerraron, dijo: “No tienen que pensar en el mañana. Gastan en una hora lo que a mí y a mis pequeños nos mantendríamos durante un año”. Era de la clase de gente de la que surgieron los anarquistas del hecho.

La mayoría de ellos no tenían voz o sólo podían expresar su protesta en el gemido de un campesino irlandés desposeído que estaba limpiando su campo por última vez, a quien un visitante le preguntó qué quería. "¿Qué es lo que quiero?" -gritó el anciano, agitando el puño hacia el cielo. “¡Quiero el Día del Juicio!”

Los pobres vivían en una sociedad en la que el poder, la riqueza y el gasto magnífico nunca eran más opulentos, en la que los ricos comían pescado, aves y carnes rojas en una sola comida, vivían en casas de suelos de mármol y paredes de damasco y de treinta o cuarenta o cincuenta habitaciones, se envolvían en pieles en invierno y eran atendidos por un séquito de sirvientes que ennegrecían sus botas, les arreglaban el pelo, preparaban sus baños y encendían sus fuegos. En este mundo, en un almuerzo de madame Nellie Melba en el Savoy, cuando se servían melocotones perfectos, un manjar de la temporada, "fragantes y deliciosos en su algodón", los invitados hartos jugaban a arrojarlos a los transeúntes. por debajo de las ventanas.

Éstos eran los gobernantes y hombres de propiedad cuyas inmensas posesiones, al parecer, sólo podían explicarse como si hubieran sido acumuladas en los bolsillos de las masas explotadas. “¿Qué es la propiedad?” preguntó Proudhon en una famosa pregunta y respondió: "La propiedad es un robo". “¿No sabes”, exclamó Enrico Malatesta en su Charla entre dos trabajadores, un clásico anarquista de los años noventa, “que cada pedazo de pan que comen se lo quitan a tus hijos, cada buen regalo que dan a sus esposas significa pobreza, ¿Hambre, frío e incluso tal vez prostitución tuya?

Si en su economía los anarquistas eran confusos, su odio hacia la clase dominante era fuerte y vibrante. Odiaban a "todos los verdugos de la humanidad", como los llamó Bakunin, "sacerdotes, monarcas,

estadistas, soldados, funcionarios, financieros, capitalistas, prestamistas, abogados". Para los propios trabajadores, no eran los ricos lejanos sino sus representantes visibles, el terrateniente, el propietario de la fábrica, el jefe, el policía, quienes eran el enemigo.

Podían odiar pero sólo unos pocos eran rebeldes. La mayoría vivía en la apatía, estupefactos por la pobreza. Algunos se dieron por vencidos. Una mujer con cuatro hijos que fabricaba cajas de cerillas a 4½ centavos brutos y que trabajando catorce horas podía ganar siete brutos al día, es decir, un total de 31½ centavos, un día se arrojó por la ventana y la sacaron muerta de la calle. Estaba “desanimada”, dijo un vecino. Un joven que tenía una madre enferma y había perdido su trabajo fue acusado ante un tribunal de primera instancia de intento de suicidio. La esposa del esclusero que lo sacó del río testificó cómo “tan rápido como tiré para sacarlo, él se arrastró hacia atrás” hasta que algunos trabajadores vinieron a ayudarla. Cuando el magistrado felicitó a la mujer por sus poderes musculares, la sala del tribunal se rió, pero un observador llamado Jack London escribió:

El fracaso de los intentos prácticos de anarquismo en el período de Bakunin hizo que la teoría y la práctica anarquistas se desviaran en una dirección no hacia la tierra sino hacia las nubes. En el nuevo período que comenzó en los años noventa, sus objetivos, siempre idílicos, se volvieron aún más utópicos y sus hechos menos conectados que nunca con la realidad. Se volvió impaciente. Despreciaba los insignificantes esfuerzos de socialistas y sindicalistas para lograr la jornada de ocho horas. "Ocho horas de trabajo para el patrón son ocho horas de más", proclamó el periódico anarquista La Révolte. “Sabemos que lo que está mal en nuestra sociedad no es que el trabajador trabaje diez, doce o catorce horas, sino que el patrón existe”.

El más destacado entre los nuevos líderes anarquistas fue el príncipe Pedro Kropotkin, aristócrata de nacimiento, geógrafo de profesión y revolucionario por convicciones. Su sensacional fuga después de dos años de prisión de la sombría fortaleza de Pedro y Pablo en 1876 le había dotado de un aura heroica, que se mantuvo brillante después durante sus años de exilio en Suiza, Francia e Inglaterra gracias a su impenitente e incesante predicación en favor de la causa de la revuelta. .

La fe de Kropotkin en la humanidad, a pesar de una vida de duras experiencias, era inagotable e inquebrantable. Daba la impresión, dijo el periodista inglés Henry Nevinson, que lo conocía bien, de “anhelar acoger a toda la humanidad en su seno y mantenerla caliente”. La bondad brillaba en su calva y noble cúpula rodeada por un halo bajo de tupido cabello castaño. Una amplia barba se extendía

cómodamente bajo su barbilla. Era muy bajo, “con apenas suficiente cuerpo para sostener la enorme cabeza”. Descendiente de príncipes de Smolensk que, según la tradición familiar, pertenecían a la dinastía Rurik, que había gobernado Rusia antes que los Romanov, Kropotkin ocupó su lugar en esa larga línea de nobleza rusa “desconcienciada” que se sentía culpable por pertenecer a una clase que había oprimido al pueblo durante siglos.

Nació en 1842. Después de servir como oficial de cosacos en Siberia, donde estudió la geografía de la región, se convirtió en secretario de la Sociedad Geográfica, para la que exploró los glaciares de Finlandia y Suecia en 1871. Mientras tanto, se había convertido en miembro de un comité revolucionario secreto, y al descubrirse esto, siguió su arresto y encarcelamiento. Después de su fuga en 1876, el año en que murió Bakunin, fue a Suiza, donde trabajó con Elisée Reclus, la geógrafa francesa y colega anarquista, en la monumental geografía del mundo de Reclus. Kropotkin escribió el volumen sobre Siberia y, con Reclus, fundó y editó durante tres años Le Révolté, que, tras la supresión y un renacimiento en París como La Révolte, se convertiría en la revista anarquista más conocida y más longeva. Su corriente de polémicas convincentes y apasionadas,

En Francia, adonde llegó después en 1882, las tradiciones de la Comuna habían nutrido un movimiento anarquista militante del que había un grupo floreciente en Lyon. A una redada policial y una bomba de represalia que causó una muerte le siguió el arresto y juicio de cincuenta y dos anarquistas, incluido Kropotkin, acusados de pertenecer a una liga internacional dedicada a la abolición de la propiedad, la familia, la patria y la religión. Condenado a cinco años de prisión, Kropotkin cumplió tres, luego fue indultado por el presidente Grévy y, con su esposa y su hija, se instaló en Inglaterra, refugio inevitable de los exiliados políticos en ese momento.

En una pequeña casa de Hammersmith, un dormitorio tristemente respetable en las afueras de Londres, continuó escribiendo ardientes himnos a la violencia para La Révolte, artículos académicos para revistas geográficas y para el siglo XIX, entreteniendo a los radicales visitantes en cinco idiomas, dando conferencias en el club anarquista. reuniones en un sótano de Tottenham Court Road, para tocar el piano, pintar y encantar con su dulce temperamento y sus modales afables a todos los que lo conocían. “Era amable hasta el punto de la santidad”, escribió George Bernard Shaw, “y con su barba poblada y su expresión adorable podría haber sido un pastor de las Montañas Delectables. Su única debilidad era la costumbre de profetizar la guerra dentro de los quince días siguientes. Y al final tenía razón”. Esta debilidad era, de

hecho, una expresión del optimismo de Kropotkin, porque para él la guerra era la catástrofe esperada que destruiría el viejo mundo y allanaría el camino para el triunfo de la Anarquía. La “decadencia galopante” de los estados estaba acelerando el triunfo. "No puede estar muy lejos", escribió. “Todo lo acerca”.

Esta agradable persona, vestida convencionalmente con la levita negra de un caballero victoriano, era un apóstol intransigente de la necesidad de la violencia. El progreso del hombre hacia la perfección se estaba viendo frenado, escribió, por la “inercia de aquellos que tienen intereses creados en las condiciones existentes”. El progreso necesitaba un acontecimiento violento “para sacar a la humanidad de sus rutinas y tomar nuevos caminos... La revolución se convierte en una necesidad perentoria”. El espíritu de rebelión debe despertarse en las masas mediante la repetida “propaganda del hecho”. Esta frase, que se convirtió en la bandera de la violencia anarquista, fue utilizada por primera vez por un socialista francés, Paul Brousse, en 1878, año en el que se produjeron cuatro atentados contra cabezas coronadas: dos contra Guillermo I de Alemania y uno contra los reyes de España y otro. Italia. “La Idea está en marcha”, escribió Brousse, “y debemos intentar inaugurar la propaganda del hecho.

El año siguiente, en un congreso anarquista celebrado en el Jura suizo, Kropotkin abogó específicamente por la propaganda del Hecho, aunque algo menos explícito en cuanto al método. Aunque nunca recomendó el asesinato con tantas palabras, continuó durante los años ochenta instando a hacer propaganda mediante “la palabra y la palabra escrita, mediante puñales, armas y dinamita”. En las páginas de La Révolte hizo un llamamiento inspirador a “hombres valientes dispuestos no sólo a hablar sino a actuar, personajes puros que prefieren la prisión, el exilio y la muerte a una vida que contradice sus principios, naturalezas audaces que saben que para poder Para ganar hay que atreverse”. Hombres como estos deben formar una vanguardia de la revolución mucho antes de que las masas estuvieran preparadas, y en medio de “hablar, quejarse, discutir”, deben realizar el “acto de motín”.

"Un solo hecho", escribió Kropotkin en otra ocasión, "es mejor propaganda que mil panfletos". Las palabras se “pierden en el aire como el sonido de las campanas de una iglesia”. Se necesitan actos “para suscitar el odio hacia los explotadores, para ridiculizar a los gobernantes, para mostrar su debilidad y, sobre todo y siempre, para despertar el espíritu de rebelión”. Los actos que él altivamente pedía en el papel fueron realizados, pero no por él.

En los años noventa, cuando tenía cincuenta y tantos años,

Kropotkin, aunque nunca alteró su exigencia de rebelión, atenuó un poco su entusiasmo por el hecho individual. Aunque “el espíritu revolucionario gana inmensamente a través de tales actos de heroísmo individual”, escribió en La Révolte de marzo de 1891, “sin embargo, no son estos actos heroicos los que hacen las revoluciones. La revolución es, ante todo, un movimiento de masas... Las instituciones arraigadas en siglos de historia no son destruidas por unos pocos kilos de explosivos. El tiempo de tal acción ha pasado y ha llegado el momento de que la idea anarquista y comunista penetre en las masas”. Sin embargo, las renuncias rara vez tienen la misma fuerza que la proposición original.

En Londres, en un restaurante de Holborn, durante la huelga del carbón de 1893, Kropotkin discutía con Ben Tillett y Tom Mann, dos sindicalistas tenaces. “¡Debemos destruir! ¡Debemos derribar! ¡Debemos deshacernos de los tiranos! gritó Mann.

“No”, dijo Kropotkin con su acento extranjero, con los ojos de un científico brillando detrás de sus gafas, “debemos construir. Debemos construir en el corazón de los hombres. Debemos establecer un reino de Dios”.

Tenía ya trazados los planos del reino. Después de la revolución (que, según sus cálculos, tardaría entre tres y cinco años en lograr el derrocamiento de los gobiernos, la destrucción de prisiones, fuertes y barrios marginales y la expropiación de tierras, industrias y todas las formas de propiedad), los voluntarios harían un inventario de todas las reservas de alimentos, viviendas y medios de producción. Las listas impresas se distribuirían por millones. Cada uno tomaría lo que necesitara de las cosas que existían en abundancia y habría racionamiento de las cosas que faltaban. Toda propiedad sería propiedad comunitaria. Cada uno recurriría al almacén comunitario para obtener alimentos y bienes según sus necesidades y tendría derecho a “decidir por sí mismo lo que necesita para una vida cómoda”. Como no habría más herencia, no habría más codicia. Todos los hombres sanos celebrarían “contratos” con la sociedad a través de sus grupos y comunas, mediante los cuales se comprometerían a realizar cinco horas diarias de trabajo desde los veintiún años hasta los cuarenta y cinco o cincuenta años, cada uno en una labor de su elección. A cambio, la sociedad les garantizaría el disfrute de “casas, tiendas, calles, medios de transporte, escuelas, museos, etc.”. No habría necesidad de hacer cumplir la ley, ni de jueces ni de sanciones, porque la gente cumpliría sus contratos por su propia necesidad de “cooperación, apoyo y simpatía” de sus vecinos. El proceso funcionaría debido a su propia razonabilidad, aunque incluso

Kropotkin podría haber notado que la razonabilidad de algo rara vez es un motivo en los asuntos humanos.

Shaw, con su implacable sentido común, detectó el problema en un tratado fabiano titulado Las imposibilidades del anarquismo, publicado en 1893 y reimpreso varias veces durante los diez años siguientes. Si el hombre es bueno y las instituciones malas, preguntó, si el hombre volverá a ser bueno tan pronto como el sistema corrupto deje de oprimirlo, “¿cómo surgió la corrupción y la opresión bajo las cuales gime?” Sin embargo, el hecho de que Shaw se sintiera obligado a escribir el Tratado fue su tributo a la fuerza de la Idea.

El problema más desconcertante del plan anarquista era la cuestión de la contabilidad del valor de los bienes y servicios. Según las teorías de Proudhon y Bakunin, a cada uno se le pagaría en bienes en proporción a lo que producía. Pero esto requería un organismo que estableciera valores y llevara la contabilidad, una Autoridad, lo cual era anatema para la anarquía “pura”. Como lo resolvieron Kropotkin y Malatesta, la solución fue asumir que todos querrían trabajar por el bien de todos, y como todo trabajo sería agradable y digno, todos contribuirían libremente y tomarían del almacén comunitario libremente sin necesidad de contabilidad.

Como prueba, Kropotkin desarrolló su teoría de la “ayuda mutua” para demostrar que el anarquismo tenía una base científica en las leyes de la naturaleza. La tesis de Darwin, argumentaba, había sido pervertida por los pensadores capitalistas. De hecho, la naturaleza no estaba roja de dientes y garras ni estaba animada por el instinto de cada ser vivo de sobrevivir a costa de sus semejantes, sino, por el contrario, por el instinto de cada uno de preservar la especie mediante la “asistencia mutua”. Tomó ejemplos de las hormigas y las abejas, de los caballos y el ganado salvajes (que forman un círculo cuando son atacados por los lobos) y del campo comunal y la vida aldeana de los hombres en la Edad Media. Admiraba mucho al conejo, que, aunque indefenso y adaptado a nada en particular, sobrevivió y se multiplicó. Para él, el conejo simbolizaba la durabilidad de los mansos que, según había afirmado un Predicador anterior, heredarían la tierra.

Aunque Kropotkin nunca amainó su ansia de destrucción total del mundo burgués, ese mundo no pudo dejar de honrarlo. Era un erudito muy distinguido y, además, un príncipe. Cuando rechazó ser miembro de la Royal Geographic Society porque estaba bajo el patrocinio real, de todos modos fue invitado a la cena de la Sociedad, y cuando se negó a participar en el brindis del presidente por "¡El Rey!" El presidente se levantó rápidamente y propuso: "¡Viva el príncipe Kropotkin!". y toda la compañía se puso de pie para unirse al brindis.

Cuando visitó los Estados Unidos en 1901 y dio una conferencia en el Instituto Lowell de Boston, fue entretenido por su élite intelectual y, para no quedarse atrás, por la señora Potter Palmer en Chicago. Sus memorias fueron encargadas por el Atlantic Monthly, sus libros llevaban la huella de los editores más respetables.

Aparte de Kropotkin, el pensamiento anarquista estuvo más desarrollado en Francia. Entre una amplia variedad, algunos serios y otros frívolos, los líderes eran Elisée Reclus y Jean Grave. Reclus, con un rostro melancólico de barba oscura y una belleza sombría como la de un Cristo bizantino, fue el adivino del movimiento. Había luchado en las barricadas de la Comuna y marchado a prisión por el camino polvoriento y manchado de sangre hacia Versalles. Provenía de una distinguida familia de eruditos y, además de su trabajo como geógrafo, había dedicado años a explicar y predicar el sistema anarquista a través de sus libros y revistas que editó en un momento u otro con Kropotkin y Grave. En sus conferencias en la Université Nouvelle de Bruselas, donde ocupó durante un tiempo la cátedra de Geografía, ejerció sobre los oyentes, escribió uno de ellos, un “magnetismo irresistible”. Pasó de la formación de la tierra al futuro del hombre y “afirmó, como Rousseau, su fe inalterable en la bondad humana una vez liberada de las imperfecciones de una sociedad fundada en la fuerza”.

Por el contrario, Grave provenía de una familia de clase trabajadora. Zapatero y luego, como Proudhon, tipógrafo e impresor, en los años ochenta se había dedicado a fabricar fulminantes de mercurio para volar la Prefectura de Policía o el Palacio Borbón, sede del Parlamento francés. Su libro, La sociedad moribunda y el anarquismo, defendía de manera tan persuasiva el derrocamiento del Estado y ofrecía tantas sugerencias insidiosas que le costó dos años de prisión. Mientras estuvo allí, escribió otro libro, Sociedad después de la Revolución, que rápidamente imprimió él mismo y publicó tras su liberación. Al ser utópico, las autoridades no lo consideraron peligrosamente subversivo. En una buhardilla del quinto piso de una calle obrera, la Rue Mouffetard, ahora editaba, escribía en gran parte e imprimía en una imprenta La Révolte, al mismo tiempo que trabajaba en su gran historia, Le Mouvement libertaire sous la troisième république. En una habitación amueblada con una mesa y dos sillas, vivía y trabajaba, vestido invariablemente con una larga blusa negra de obrero francés, rodeado de folletos y periódicos, “sencillo, silencioso, infatigable” y tan absorto en su pensamiento y tarea que “ Parecía un ermitaño de la Edad Media que se olvidó de morir hace ochocientos años”.

Los seguidores que constituían el cuerpo del movimiento nunca formaron un partido, sino que se asociaron sólo en clubes y grupos pequeños y localizados. Algunos camaradas repartían carteles informando a sus amigos de que, por ejemplo, “los anarquistas de Marsella están formando un grupo que se llamará Los Vengadores y los Hambrientos y que se reunirá todos los domingos a las.... Se invita a los camaradas a venir y traer amigos confiables para escuchar y participar en las discusiones”. Estos grupos existían no sólo en París sino en la mayoría de las grandes ciudades y en muchos pueblos pequeños. Entre ellos estaban los “Indomables” de Armentières, los “Trabajos forzados” de Lille, los “Ever-Ready” de Blois, “Tierra e Independencia” de Nantes, “Dinamita” de Lyon, los “Antipatriotas” de Charleville. Con grupos similares de otros países, ocasionalmente celebraron Congresos, como el de Chicago durante la Exposición Universal de 1893,

Enrico Malatesta, el agitador del anarquismo, era un italiano que siempre llevaba la llama a cualquier rincón del mundo donde hubiera un grupo anarquista. Diez años más joven que Kropotkin, parecía un bandido romántico que podría haberse hecho amigo del Conde de Montecristo. De hecho, provenía de una familia burguesa acomodada y cuando era joven estudiante de medicina había sido expulsado de la Universidad de Nápoles por participar en un motín estudiantil en la época de la Comuna de París. Posteriormente aprendió el oficio de electricista para ganarse la vida, se unió a la sección italiana de la Internacional, se puso del lado de Bakunin contra Marx, encabezó una fallida revuelta campesina en Apulia, fue a prisión y luego al exilio. Trató de desviar la huelga general belga de 1891 de su mezquino objetivo del sufragio masculino porque el voto, en su credo anarquista, era simplemente otra trampa explosiva del estado burgués. Fue expulsado por esfuerzos revolucionarios similares de un país tras otro y condenado a cinco años en la isla prisión de Lampedusa, de donde escapó en un bote de remos durante una tormenta. Cuando estuvo confinado en Italia, escapó en una caja de embalaje marcada como "máquinas de coser". Lo cargaron en un barco rumbo a Argentina, donde esperaba buscar oro en la Patagonia para proporcionar fondos para la causa, y donde, de hecho, lo encontró, sólo para que el gobierno argentino le confiscara su reclamo.

No contento con hablar de la próxima desaparición del Estado, Malatesta se vio constantemente envuelto en intentos prácticos encaminados a contribuir a su desaparición. Esto hizo que se sospechara que se había desviado del anarquismo “puro” e incluso que se inclinaba hacia el marxismo. En una ocasión, un compañero anarquista italiano del ala extrema antiorganizadora le disparó. Nunca

desanimado, no importa cuántas de las insurrecciones que impulsó nacieron muertas, Malatesta siempre estuvo dentro o fuera de prisión, recién salido de alguna fuga dramática o aventura desesperada, para siempre un exiliado sin hogar o sin apenas una habitación propia. apareciendo siempre, como decía Kropotkin, “tal como lo vimos la última vez, dispuesto a renovar la lucha, con el mismo amor al hombre, la misma ausencia de odio hacia los adversarios o los carceleros”.

Su optimismo fue la característica sobresaliente de estos líderes. Estaban seguros de que el anarquismo, por su ligereza, debía triunfar y el sistema capitalista, por su podredumbre, debía caer, y presentían una misteriosa fecha límite en el inminente fin de siglo. "Todos esperan el nacimiento de un nuevo orden de cosas", escribió Reclus. “El siglo que ha sido testigo de tantos grandes descubrimientos en el mundo de la ciencia no puede pasar sin brindarnos conquistas aún mayores. Después de tanto odio anhelamos amarnos y por eso somos enemigos de la propiedad privada y despreciadores de la ley”.

Los ojos benévolos de Kropotkin que miraban el mundo que lo rodeaba encontraron señales alentadoras por todas partes. El creciente número de museos, bibliotecas y parques gratuitos, por ejemplo, le parecía un avance hacia el día anarquista en el que toda propiedad privada acabaría convirtiéndose en propiedad común. ¿No se estaban volviendo gratuitos las autopistas de peaje y los puentes de peaje? ¿No proporcionan los municipios agua y alumbrado público gratuitos? La prueba de la afirmación de los anarquistas de que la sociedad del futuro ya no se mantendría unida mediante el gobierno sino mediante la “libre asociación de los hombres en grupos” estaba, en su opinión, apareciendo en acontecimientos tales como la Cruz Roja Internacional, los sindicatos y incluso los cárteles de armadores y ferrocarriles (que en otros lugares son denunciados como “trusts” por un tipo bastante diferente de reformadores en Estados Unidos).

Tal como lo formularon hombres como Kropotkin, Malatesta, Jean Grave y Reclus, el anarquismo de finales de siglo puede haber alcanzado, en palabras de uno de sus registradores, “una brillante grandeza moral”, pero sólo al costo de una notable eliminación. de la realidad. Todos estos hombres habían sufrido prisión más de una vez por sus creencias. El propio Kropotkin había perdido los dientes a consecuencia del escorbuto carcelario. No eran hombres de la torre de marfil excepto en la medida en que sus cabezas estaban en torres de marfil. Sólo pudieron trazar planos de un estado de armonía universal ignorando la evidencia del comportamiento humano y el testimonio de la historia. Su insistencia en la revolución surgió directamente de

su fe en la humanidad, que, según creían, sólo necesitaba un ejemplo brillante y un golpe fuerte para iniciar su camino hacia la edad de oro. Hablaron su fe en voz alta.

La nueva era de violencia del anarquismo se abrió en Francia justo después del centenario de la Revolución Francesa. Estalló un reinado de dos años de dinamita, dagas y disparos, que mató tanto a hombres comunes como a grandes, destruyó propiedades, desterró la seguridad, sembró el terror y luego amainó. La señal la dio en 1892 un hombre cuyo nombre, Ravachol, parecía “respirar rebelión y odio”. Su acto, como casi todo lo que siguió, fue un gesto de venganza por los camaradas que habían sufrido a manos del Estado.

El anterior Primero de Mayo de 1891, en Clichy, un suburbio obrero de París, la policía montada atacó una manifestación de trabajadores encabezada por les anarchos que portaban pancartas rojas con consignas revolucionarias. En el tumulto cinco policías resultaron levemente heridos y tres líderes anarquistas gravemente heridos. Arrastrados a la comisaría, los anarquistas fueron sometidos, mientras todavía estaban sangrando y desatendidos, a un pasaje à tabac de salvajismo incontrolado, obligándolos a pasar entre dos filas de policías bajo patadas, golpes y palizas con culatas de revólver. En el juicio, el fiscal Bulot denunció que uno de ellos, la víspera del motín, había llamado a los trabajadores a armarse y les había dicho: "Si viene la policía, que nadie tema matarlos como ¡Qué perros son! ¡Abajo el Gobierno! ¡Viva la revolución! Entonces Bulot exigió la pena de muerte para los tres, lo cual, dado que nadie había sido asesinado, era una exigencia imposible que sería mejor no haber hecho. Era para poner en marcha un tren de dinamita. Por el momento, el señor Benoist, presidente del tribunal, absolvió a un acusado y condenó a los otros dos a cinco y tres años de prisión respectivamente, la máxima permitida dadas las circunstancias.

Seis meses después del juicio, una bomba hizo estallar la casa del señor Benoist en el bulevar St-Germain. Dos semanas más tarde, el 27 de marzo, otra bomba hizo estallar la casa de Bulot, el fiscal, en la calle de Clichy. Entre las dos explosiones, la policía había hecho circular una descripción del presunto delincuente como un joven delgado pero musculoso de unos veinte años, con un rostro huesudo y amarillento, cabello y barba castaños, aspecto de mala salud y una cicatriz redonda entre el pulgar y el índice. de la mano izquierda. El día de la segunda explosión, un hombre con este aspecto cenó en el restaurante Véry del bulevar Magenta, donde habló con volubilidad con un camarero llamado Lhérot sobre la explosión, que nadie en el barrio sabía todavía que había tenido lugar. También expresó

opiniones antimilitaristas y anarquistas. Lhérot se preguntó por él pero no hizo nada. Dos días después, el hombre regresó y esta vez Lhérot, al ver la cicatriz, llamó a la policía. Cuando llegaron para arrestarlo, el joven delgado se convirtió de repente en un gigante de fuerza maníaca y se necesitaron diez hombres y una lucha terrible para someterlo y hacerlo prisionero.

Éste era Ravachol. Había adoptado el nombre de su madre en lugar de Koenigstein, el nombre de su padre, que había abandonado a su esposa y a sus cuatro hijos, dejando a Ravachol a la edad de ocho años como principal sostén de la familia. A los dieciocho años, después de leer El judío errante de Eugène Sue, perdió la fe en la religión, adoptó sentimientos anarquistas, asistió a sus reuniones y, como resultado, fue despedido junto con un hermano menor de su trabajo como ayudante de tintorería. Mientras tanto, su hermana menor murió y su hermana mayor tuvo un hijo ilegítimo. Aunque Ravachol encontró otros trabajos, no les pagaban lo suficiente para evitar que la familia sufriera la miseria. En consecuencia, adoptó suplementos ilegales, pero con cierto orgullo feroz de principios. El robo a los ricos era el derecho de los pobres “a escapar de vivir como bestias”, dijo en prisión. “Morir de hambre es cobarde y degradante. Preferí convertirme en ladrón, falsificador y asesino”. De hecho, él había sido todo eso y también un ladrón de tumbas.

En su juicio del 26 de abril de 1892, afirmó que su motivo había sido vengar a los anarquistas de Clichy, que habían sido golpeados por la policía y "ni siquiera les habían dado agua para lavar sus heridas", y a quienes Bulot y Benoist habían impuesto. la pena máxima aunque el jurado había recomendado la mínima. Su actitud era resuelta y sus ojos tenían una mirada peculiarmente penetrante que expresaba una convicción interior. "Mi objetivo era aterrorizar para obligar a la sociedad a mirar atentamente a quienes sufren", dijo, poniendo volúmenes en una frase. Si bien la prensa lo describió como una figura de violencia siniestra, astucia y un “coloso de fuerza”, los testigos testificaron que había dado dinero a la esposa de uno de los anarquistas de Clichy encarcelados y comprado ropa para sus hijos. Al final del juicio, que duró un día, fue condenado a cadena perpetua y trabajos forzados. Pero el asunto Ravachol apenas había comenzado.

Mientras tanto, el camarero Lhérot ganaba notoriedad heroica al deleitar a clientes y periodistas con su historia de la Cicatriz, el Reconocimiento y el Arresto. Como resultado, atrajo a un vengador desconocido que detonó una bomba en el restaurante Véry que mató, no a Lhérot, sino a su cuñado, el señor Véry, el propietario. El acto fue aclamado por Le Père Peinard, un periódico anarquista dado al vulgar

argot callejero, con el macabro doble juego de palabras: “¡Verificación!”

Para entonces, la policía había descubierto toda una serie de crímenes de Ravachol, incluido el robo de una tumba para obtener las joyas de un cadáver, el asesinato de un avaro de noventa y dos años y su ama de llaves, el posterior asesinato de dos ancianas que mantenían una ferretería, que le había reportado cuarenta sueldos, y de otro comerciante, que no le había reportado nada. "¿Ves esta mano?" Ravachol fue citado diciendo; "Ha matado a tantos burgueses como dedos tiene". Al mismo tiempo vivía tranquilamente en una pensión, enseñando a leer a la pequeña hija de su casero.

Su juicio por estos asesinatos se abrió el 21 de junio en una atmósfera de terror provocada por la bomba del vengador en el restaurante Véry. Todo el mundo esperaba que volaran el Palacio de Justicia; estaba rodeado de tropas, todas las entradas vigiladas y los jurados, jueces y abogados fuertemente escoltados por la policía. Al ser condenado a muerte, Ravachol dijo que lo que había hecho había sido por la “idea anarquista” y añadió las palabras proféticas: “Sé que seré vengado”.

Frente a esta persona extraordinaria, a la vez monstruo de la criminalidad y protector y vengador de los desafortunados, la prensa anarquista cayó en discordia. En La Révolte, Kropotkin repudió a Ravachol como “no el verdadero, el auténtico” revolucionario sino la “variedad de ópera bouffe”. Estos hechos, escribió, “no son el trabajo constante y diario de preparación, poco visto pero inmenso, que exige la revolución. Esto requiere otros hombres además de Ravachols. Déjelos en manos de los burgueses de fin de siglo de quienes son producto”. Malatesta también rechazó el gesto de Ravachol en la revista literaria anarquista l'En Dehors.

La dificultad era que Ravachol pertenecía casi, pero no del todo, a esa clase de anarquistas del ego que tenían un teórico serio en el alemán Max Stirner y cien practicantes del culte de moi. Profesaban un desprecio extremo por todo sentimiento burgués y restricción social, reconociendo sólo el derecho del individuo a "vivir anárquicamente", lo que incluía el robo y cualquier otro delito que sirviera a las necesidades del momento. Estaban interesados en sí mismos, no en la revolución. Las operaciones desenfrenadas de estos “Borgias en miniatura”, que generalmente terminaban en tiroteos con la policía y que hacían alarde bajo la bandera del “anarquismo”, aumentaron mucho el miedo y la ira del público, que no distinguía entre la variedad aberrante y la verdadera. . Ravachol era ambas cosas.

El 11 de julio, tranquilo e impenitente, fue a la guillotina, gritando al final: “¡Vive la anarquía!” De inmediato la cuestión quedó clara. De la noche a la mañana se convirtió en un mártir anarquista y, entre los bajos fondos, en un héroe popular. La Révolte dio marcha atrás. "¡Será vengado!" proclamó, aportando su granito de arena al ciclo de venganza que se estaba desarrollando. L'En Dehors abrió una suscripción para los hijos de un cómplice juzgado junto con Ravachol. Entre los colaboradores se encontraban el pintor Camille Pissarro, el dramaturgo Tristan Bernard, el socialista y poeta belga Emile Verhaeren y Bernard Lazare (que pronto sería actor en el caso Dreyfus). Se hizo popular el verbo ravacholiser, que significa “eliminar a un enemigo”, y una canción callejera llamada “La Ravachole”, cantada con la melodía de “La Carmagnole”, llevaba el estribillo:

Llegará, llegará, cada burgués tendrá su bomba.

La importancia de Ravachol no estuvo en sus bombas sino en su ejecución. Mientras tanto, la violencia estalló al otro lado del Atlántico.

El anarquismo, que rechazaba al gobierno en cuestiones sexuales como en todas las demás, tenía sus aventuras amorosas, y en esa época estaba en marcha en Nueva York una que iba a tener un efecto explosivo sobre el movimiento en Estados Unidos. Comenzó en 1890 en una reunión en memoria de los mártires de Haymarket en la que el orador fue el exiliado alemán Johann Most, de rostro torcido y cuerpo deforme, que editaba el semanario anarquista Freiheit en Nueva York.

Un accidente infantil no atendido que provocó su desfiguración facial, una juventud despreciada y solitaria que pasó deambulando de un lugar a otro, a veces muriendo de hambre, a veces encontrando trabajos ocasionales, fue alimento natural para una animadversión contra la sociedad. En Most brotó con la energía de una mala hierba. En Alemania aprendió el oficio de encuadernador, escribió airadamente para la prensa revolucionaria y en los años setenta logró un mandato como diputado del Reichstag. Exiliado por su incitación revolucionaria, se refugió primero en Inglaterra, donde se hizo anarquista, fundó su revista de sentimientos ardientes y acogió el regicidio de Alejandro II en 1881 con tal entusiasmo que recibió una pena de prisión de dieciocho meses. Cuando sus camaradas, mientras estaba en la cárcel, aplaudieron igualmente el asesinato de Lord Frederick Cavendish por rebeldes irlandeses en Dublín, La tolerancia tradicional de Inglaterra finalmente fue ultrajada; Freiheit fue suprimido y Most, cuando emergió, llevó su periódico y su pasión a los Estados Unidos.

*libre*Las incitaciones y ferocidad de la revista continuaron sin cesar y a un lector le parecieron “lava que lanza llamas de ridículo, desprecio y desafío… y respira odio”. Después de trabajar en secreto durante un tiempo en una fábrica de explosivos en Jersey City, Most publicó un manual sobre la fabricación de bombas y expuso en un lenguaje desinhibido en Freiheit sobre los usos de la dinamita y la nitroglicerina. Su objetivo, al igual que su odio, era generalizado y dirigido a la destrucción del “dominio de clase existente” mediante una acción revolucionaria “implacable”. A la mayoría no le importaba nada la jornada de ocho horas, esa “maldita cosa” como la llamaba, que incluso si se consiguiera sólo serviría para distraer a las masas del verdadero problema: la lucha contra el capitalismo y por una nueva sociedad.

En 1890 Most tenía cuarenta y cuatro años, era de mediana estatura y tenía un cabello gris y tupido que coronaba una gran cabeza, cuya parte inferior estaba torcida hacia la izquierda por la mandíbula dislocada. Hombre duro y amargado, fue tan elocuente y apasionado cuando habló en la reunión conmemorativa que su repulsiva apariencia fue olvidada. Para una mujer del público, sus ojos azules eran “comprensivos” y parecía “irradiar odio y amor”.

Emma Goldman, una reciente inmigrante judía rusa de veintiún años, con un alma rebelde y una naturaleza muy excitable, quedó transportada. Su compañero de la velada fue Alexander Berkman, un judío ruso como ella que había vivido en Estados Unidos menos de tres años. La persecución en Rusia y la pobreza en Estados Unidos habían dotado a estos jóvenes de un exaltado propósito revolucionario. El anarquismo se convirtió en su credo. El primer trabajo de Emma en Estados Unidos fue coser en una fábrica diez horas y media al día por 2,50 dólares a la semana. Su habitación costaba $3,00 al mes. Berkman provenía de una familia de clase ligeramente superior que en Rusia había sido lo suficientemente acomodada como para contratar sirvientes y enviarlo al gimnasio. Pero el desastre económico los había alcanzado; un tío favorito de sentimientos revolucionarios había sido detenido por la policía y nunca más se le había vuelto a ver y Sasha (Alexander) había sido expulsado de la escuela por escribir una composición nihilista y atea. Ahora tenía veinte años y tenía “el cuello y el pecho de un gigante”, una frente alta y estudiosa, ojos inteligentes y una expresión severa. De la “tensión y excitación espantosa” del discurso de Most sobre los mártires, Emma buscó “alivio” en los brazos de Sasha y posteriormente su entusiasmo la llevó también a los brazos de Most. Las tensiones de este acuerdo no resultaron diferentes de las de cualquier triángulo burgués. De la “tensión y excitación espantosa” del

discurso de Most sobre los mártires, Emma buscó “alivio” en los brazos de Sasha y posteriormente su entusiasmo la llevó también a los brazos de Most. Las tensiones de este acuerdo no resultaron diferentes de las de cualquier triángulo burgués. De la “tensión y excitación espantosa” del discurso de Most sobre los mártires, Emma buscó “alivio” en los brazos de Sasha y posteriormente su entusiasmo la llevó también a los brazos de Most. Las tensiones de este acuerdo no resultaron diferentes de las de cualquier triángulo burgués.

En junio de 1892, en Homestead, Pensilvania, el sindicato de trabajadores siderúrgicos hizo una huelga en protesta contra una reducción de salarios por parte de la Carnegie Steel Company. La empresa había ordenado el recorte salarial en un esfuerzo deliberado por aplastar al sindicato y, a la espera de la batalla, se dispuso a erigir una empalizada militar coronada con alambre de púas detrás de la cual planeaba operar las fábricas con trescientos rompehuelgas reclutados por la Agencia Pinkerton. Habiéndose convertido en filántropo, Andrew Carnegie se retiró discretamente durante el verano a un río salmonero en Escocia, dejando a su gerente, Henry Clay Frick, para luchar contra los sindicatos. Nadie era más competente ni más dispuesto. Un hombre notablemente apuesto de cuarenta y tres años, con un fuerte bigote negro que se fusionaba con una corta barba negra, modales corteses y controlados y ojos que de repente podían volverse “muy acerados, Frick provenía de una familia bien establecida de Pensilvania. Se vestía con discreta distinción en azul oscuro con una fina raya, nunca usaba joyas y cuando se ofendía por una caricatura de él mismo en el Pittsburgh Leader, le decía a su secretaria: “Esto no sirve. Esto no servirá en absoluto. Descubra quién es el propietario de este periódico y cómprelo”.

El 5 de julio los rompehuelgas reclutados por Frick debían ser contratados para operar la planta. Cuando fueron transportados en barcazas blindadas a través del Monongahela y estaban a punto de desembarcar, los huelguistas atacaron con cañones caseros, rifles, dinamita y aceite quemado. El día de furiosa batalla terminó con diez muertos, setenta heridos y los Pinkerton expulsados de la planta por los trabajadores sangrantes pero triunfantes. El gobernador de Pensilvania envió ocho mil milicianos, el país quedó electrizado y Frick, en medio del humo, la muerte y el alboroto, lanzó un ultimátum declarando su negativa a tratar con el sindicato y su intención de operar con trabajadores no sindicalizados y despedir y desalojar de sus hogares a los trabajadores que se negaran a regresar a sus puestos de trabajo.

"¡Granja! ¡Debo ir a Homestead! gritó Berkman aquella memorable

velada en la que Emma entró corriendo agitando el periódico. Consideraban que era “el momento psicológico del hecho... Todo el país se alzó contra Frick y un golpe dirigido a él ahora llamaría la atención del mundo entero sobre la causa”. Los trabajadores estaban en huelga no sólo por ellos mismos sino “para siempre, por una vida libre, por el anarquismo”, aunque no lo sabían. Hasta el momento sólo eran “ciegamente rebeldes”, pero Berkman sentía que tenía la misión de “iluminar” la lucha e impartir la “visión del anarquismo que era la única que podía imbuir el descontento con un propósito revolucionario consciente”. La destitución de un tirano no era sólo justificable; fue “un acto de liberación,

Berkman abordó el tren hacia Pittsburgh decidido a matar a Frick, pero sobrevivió lo suficiente "para justificar mi caso ante el tribunal". Luego, en prisión, “moriría por mi propia mano como Lingg”.

El 23 de julio se dirigió a la oficina de Frick, donde fue admitido cuando presentó una tarjeta en la que había escrito: "Agente de una empresa de empleo de Nueva York". Frick estaba conferenciando con su vicepresidente, John Leishman, cuando Berkman entró, sacó un revólver y disparó. Su bala hirió a Frick en el lado izquierdo del cuello; disparó de nuevo hiriéndolo en el lado derecho, y cuando disparó por tercera vez, Leishman le derribó el brazo y falló por completo. Frick, sangrando, se había levantado y se abalanzó sobre Berkman, quien, atacado también por Leishman, cayó al suelo arrastrando a los otros dos hombres consigo. Liberando una mano, logró sacar una daga de su bolsillo y apuñaló a Frick en el costado y las piernas siete veces antes de que finalmente un ayudante del sheriff y otros entraran corriendo a la habitación.

"Déjame ver su cara", susurró Frick, su propio rostro ceniciento, su barba y ropa manchadas de sangre. El sheriff tiró de la cabeza de Berkman hacia atrás por el pelo y los ojos de Frick y su agresor se encontraron. En la comisaría se encontraron en la persona de Berkman (algunos dicen que en la boca) dos cápsulas de fulminato de mercurio del mismo tipo que Lingg había usado para hacerse estallar. Frick sobrevivió, la milicia rompió la huelga y Berkman fue a prisión durante dieciséis años.

Todo esto dejó al país boquiabierto, pero la conmoción pública no fue nada comparada con la que sacudió a los círculos anarquistas cuando en Freiheit del 27 de agosto, Johann Most, el sacerdote de la violencia, se volvió apóstata de su pasado y denunció el intento de tiranicidio de Berkman. Dijo que se había sobreestimado la importancia del acto terrorista y que no podía movilizar la revuelta en un país donde no había conciencia de clase proletaria, y trató a

Berkman, ahora un héroe a los ojos anarquistas, en términos de desprecio. Cuando repitió estas opiniones verbalmente en una reunión, una furia femenina surgió entre la audiencia. Fue Emma Goldman, armada con un látigo, quien saltó a la plataforma y desolló a su antiguo amante en la cara y el cuerpo. El escándalo fue tremendo.

Difícilmente se puede dudar de que las emociones personales desempeñaron un papel tanto en el acto de Most como en el de ella. Es posible que la mayoría haya seguido el ejemplo de Kropotkin y Malatesta, quienes ya en el caso de Ravachol habían comenzado a cuestionar el valor de los gestos de violencia. Pero el dedicado Berkman no era Ravachol y eran claramente los celos hacia él como un rival más joven, tanto en el amor como en el movimiento revolucionario, lo que irritaba a Most. Su ataque esplénico contra un colega anarquista que había estado dispuesto a morir por el hecho fue una traición sorprendente de la que el movimiento en Estados Unidos nunca se recuperó por completo.

No tuvo ningún efecto sobre el público en general, que sólo estaba consciente de los golpes de los anarquistas, o attentats, como los llamaban los franceses. El miedo de la sociedad a la fuerza disruptiva que albergaba en sus entrañas creció con cada ataque. Un año después de Homestead, el miedo estalló cuando el gobernador John P. Altgeld de Illinois perdonó a los tres prisioneros restantes de Haymarket. Altgeld, un hombre extraño, duro y apasionado que había nacido en Alemania y fue traído a los Estados Unidos a la edad de tres meses, provenía de una niñez de penurias y trabajos manuales. Había luchado en la Guerra Civil a los dieciséis años, había estudiado Derecho, llegó a ser fiscal del Estado, juez y finalmente gobernador, había hecho una fortuna en el sector inmobiliario y era un liberal casi demoníaco. Se había comprometido a corregir la injusticia cometida en el juicio del parche tan pronto como tuviera el poder y tampoco lo desanimaba un rencor personal contra el juez Gary. Tan pronto como fue elegido gobernador, puso en marcha un estudio de las actas del juicio y el 26 de junio de 1893 emitió su indulto junto con un documento de 18.000 palabras afirmando la ilegalidad del veredicto y la sentencia originales. Demostró que el jurado estaba lleno y “seleccionado para condenar”, que el juez tenía prejuicios contra los acusados y no estaba dispuesto a llevar a cabo un juicio justo, y que el Fiscal del Estado había admitido que no había ningún caso contra al menos uno de los acusados. Estos hechos no eran desconocidos, y en el año transcurrido entre el veredicto y el ahorcamiento, muchos habitantes prominentes de Chicago, intranquilos por la sentencia de muerte, había trabajado en privado para obtener el indulto y, de hecho, había sido responsable de la conmutación de la pena de los tres acusados que aún viven. Pero

cuando Altgeld mostró públicamente la pezuña hendida de la Ley, sacudió la fe pública en una institución fundamental de la sociedad. Si hubiera perdonado a los anarquistas como un puro acto de perdón, habría habido poco entusiasmo. Así las cosas, fue vituperado por la prensa, por los ministros en sus púlpitos y por personas importantes de todo tipo. El Toronto Blade dijo que había alentado "el derrocamiento de la civilización". El New York Sun estaba tan indignado que recurrió al verso: Si hubiera perdonado a los anarquistas como un puro acto de perdón, habría habido poco entusiasmo. Así las cosas, fue vituperado por la prensa, por los ministros en sus púlpitos y por personas importantes de todo tipo. El Toronto Blade dijo que había alentado "el derrocamiento de la civilización". El New York Sun estaba tan indignado que recurrió al verso: Si hubiera perdonado a los anarquistas como un puro acto de perdón, habría habido poco entusiasmo. Así las cosas, fue vituperado por la prensa, por los ministros en sus púlpitos y por personas importantes de todo tipo. El Toronto Blade dijo que había alentado "el derrocamiento de la civilización". El New York Sun estaba tan indignado que recurrió al verso:

Oh Chicago salvaje... Levanta tus manos débiles y culpables De entre los restos de los estados Y mientras las torres se desmoronan, ¡Escribe ALTGELD en tus puertas!

Altgeld fue derrotado para el cargo en las siguientes elecciones. Aunque hubo otras razones además del indulto, nunca volvió a ocupar el cargo antes de morir a los cincuenta y cinco años en 1902.

Simultáneamente a estos acontecimientos estalló en España la era de la dinamita. Allí se abrió con más ferocidad, continuó con más salvajismo y exceso y duró más que en cualquier otro país. España es la desesperada de los países, con un sentido trágico de la vida. Sus montañas están desnudas, sus catedrales empapadas de penumbra, sus ríos se secan en verano, uno de sus más grandes reyes construyó su propio mausoleo para habitarlo mientras viviera. Su deporte nacional no es un juego sino un ritual de peligro y derramamiento de sangre. Su cualidad especial fue expresada por la depuesta reina Isabel II, quien, en una visita a la capital en 1890, escribió a su hija: "Madrid está triste y todo es más insólito que nunca".

En España era natural que la lucha de titanes entre Marx y Bakunin por el control del movimiento obrero hubiera terminado con la victoria de la tendencia anarquista. En España, sin embargo, donde todo es más serio, los anarquistas se organizaron, con el resultado de que echaron raíces y su poder duró hasta la época moderna. Al igual que Rusia, España era un caldero en el que el elemento revolucionario

hervía bajo la estricta tapa de la opresión. La Iglesia, los terratenientes, la Guardia Civil, todos los guardianes del Estado mantuvieron la tapa cerrada. Aunque España tenía unas Cortes y una fachada de proceso democrático, en realidad la clase trabajadora no tenía a su disposición los medios legales para la reforma y el cambio que existían en Francia e Inglaterra. En consecuencia, el atractivo del anarquismo y sus métodos explosivos fue más fuerte. Pero a diferencia del anarquismo "puro", la forma española era colectivista porque tenía que serlo. La opresión era demasiado pesada para permitir esperanzas de acción individual.

En enero de 1892 se produjo un estallido que, como el asunto del Primero de Mayo en Clichy, inauguraría un terrible ciclo de hechos, represalias y venganza. La revuelta agraria fue endémica en el sur, donde los inmensos latifundios de terratenientes ausentes eran cultivados por campesinos que trabajaban todo el día por el precio de una barra de pan. Cuatrocientos de ellos se rebelaron y, armados con horcas, guadañas y las armas de fuego que pudieron, marcharon hacia el pueblo de Jerez de la Frontera en Andalucía. Su objetivo era rescatar a cinco compañeros condenados a cadena perpetua encadenados por complicidad en un asunto laboral diez años antes. El levantamiento fue rápidamente reprimido por los militares y cuatro de sus líderes fueron garroteados, Forma española de ejecución en la que se ata a la víctima de espaldas a un poste y se la estrangula con un pañuelo que el verdugo gira por detrás mediante un mango de madera. Zarzuela, uno de los condenados, murió llamando al pueblo a "vengarnos".

Un baluarte del gobierno español era el general Martínez de Campos, cuyo brazo fuerte había restaurado la monarquía en 1874. Después de esto derrotó a los carlistas, reprimió una insurrección cubana temprana y sirvió como Primer Ministro y Ministro de Guerra. El 24 de septiembre de 1893 se encontraba revisando un desfile de tropas en Barcelona. Desde la primera fila de la multitud, un anarquista llamado Pallas, que había estado con Malatesta en Argentina, lanzó primero una bomba y luego una segunda, matando el caballo del general, un soldado y cinco transeúntes, pero dejando erráticamente a su víctima prevista, que estaba arrojado debajo del cuerpo de su caballo, sólo magullado. Palas, como confesó con orgullo, había planeado matar al general y a "todo su estado mayor". Cuando un consejo de guerra lo condenó a muerte, gritó: "¡De acuerdo! Hay miles para continuar el trabajo. Se le permitió despedirse de sus hijos pero, por alguna razón bárbara, no de su esposa y su madre. Condenado a ser fusilado de espaldas a un pelotón de fusilamiento, otra variante española de la costumbre habitual,

repitió el grito de Andalucía: "¡La venganza será terrible!".

Se produjo al cabo de unas semanas, de nuevo en la capital catalana, y en número de muertos fue el más letal de todos los ataques anarquistas. El 8 de noviembre de 1893, casi coincidiendo con el aniversario de Haymarket, era la noche de inauguración de la temporada de ópera en el Teatro Lyceo y el público ataviado con relucientes trajes de noche escuchaba a Guillermo Tell. En medio de este drama de desafío a los tiranos, dos bombas fueron lanzadas desde el balcón. Uno explotó, matando a quince personas, y el otro yacía sin explotar, amenazando con estallar en cualquier momento. Causó un pandemonio de “terror y consternación”, gritos y maldiciones y una carrera salvaje hacia las salidas en la que la gente “luchó como fieras para escapar, sin respetar edad ni sexo”. Después, mientras sacaban a los heridos, con sus espléndidos vestidos desgarrados y la sangre chorreando por las pecheras de sus camisas blancas almidonadas, Las multitudes se reunieron afuera “maldiciendo tanto a los anarquistas como a la policía”, según un periodista. Siete más murieron a causa de sus heridas, dando un total de veintidós muertos y cincuenta heridos.

La respuesta del gobierno fue igualmente feroz. La policía allanó todos los clubes, hogares o lugares de reunión conocidos del descontento social. Cientos, incluso miles, fueron arrestados y arrojados a las mazmorras de Montjuich, la prisión-fortaleza a setecientos pies sobre el nivel del mar, cuyos cañones dominan el puerto y la ciudad de Barcelona y condenan cualquier revuelta en esa ciudad crónicamente rebelde. Las celdas estaban tan llenas que los nuevos prisioneros debían permanecer encadenados en buques de guerra anclados debajo. Al no haber en este caso nadie que admitiera la culpabilidad de tantas muertes, se aplicó tortura sin piedad para arrancar una confesión. Los prisioneros eran quemados con hierros o obligados con látigos a caminar treinta, cuarenta o cincuenta horas seguidas y sometidos a otros procedimientos autóctonos del país de la Inquisición. Por estos medios se extorsionó información que condujo al arresto en enero de 1894 de un anarquista llamado Santiago Salvador quien admitió el crimen en la Ópera como un acto de venganza por Palas. Su detención fue respondida inmediatamente por sus compañeros anarquistas de Barcelona con otro atentado, que mató a dos personas inocentes. El gobierno respondió con seis sentencias de muerte ejecutadas en abril contra presos a quienes se les había arrancado algún tipo de confesión mediante tortura. Salvador, que había intentado infructuosamente suicidarse con un revólver y veneno, fue juzgado por separado en julio y ejecutado en noviembre. que mató a dos personas inocentes. El gobierno respondió con seis sentencias de muerte ejecutadas en abril contra presos a quienes se les

había arrancado algún tipo de confesión mediante tortura. Salvador, que había intentado infructuosamente suicidarse con un revólver y veneno, fue juzgado por separado en julio y ejecutado en noviembre. que mató a dos personas inocentes. El gobierno respondió con seis sentencias de muerte ejecutadas en abril contra presos a quienes se les había arrancado algún tipo de confesión mediante tortura. Salvador, que había intentado infructuosamente suicidarse con un revólver y veneno, fue juzgado por separado en julio y ejecutado en noviembre.

La espantosa historia de la explosión de la Ópera en España excitó los nervios de las autoridades de todo el mundo e hizo que incluso los ingleses se preguntaran si era aconsejable permitir a los anarquistas predicar sus doctrinas abiertamente. Cuando, tres días después, los anarquistas celebraron su tradicional reunión en memoria de los mártires de Haymarket, se plantearon preguntas en el Parlamento sobre la conducta del Ministro del Interior liberal, Sr. Asquith, al permitirlo, ya que tales reuniones requerían la aprobación específica del Ministerio del Interior. por adelantado. El Sr. Asquith intentó hacer a un lado el asunto por considerarlo insignificante, pero, según un periodista, fue “aplastado” por el líder de la oposición, el Sr. Balfour, quien con su manera lánguida sugirió que el derecho a lanzar bombas no era una cuestión abierta. para reuniones públicas ni defendible basándose en que la sociedad estaba mal organizada.

Los anarquistas de Londres en ese momento eran en su mayoría rusos, polacos, italianos y otros exiliados que se centraban en la "Autonomie", un club anarquista, y un segundo grupo entre inmigrantes judíos que vivían y trabajaban en una pobreza desesperada en el East End, publicó un yiddish- periódico en idioma alemán, Der Arbeiter-Fraint, y se reunieron en un club llamado “International”, en Whitechapel. La clase trabajadora inglesa, para quien los actos de violencia individual eran menos naturales que para los eslavos y los latinos, en general no estaba interesada. Algún intelectual ocasional como William Morris fue portador de la antorcha; pero estaba interesado principalmente en su versión personal de un Estado utópico, y habiendo decaído su influencia a finales de los años ochenta, perdió el control de Commonweal, la revista que había fundado y editado, en favor de anarquistas más militantes, plebeyos y ortodoxos. Otra revista, Freedom,

En 1891, con la aparición de El alma del hombre bajo el socialismo, un extraño recluta se posó brevemente en el movimiento como una hermosa mariposa y luego se fue volando. El autor del ensayo fue Oscar Wilde. Le había conmovido mucho la personalidad de Kropotkin y vio la verdadera libertad para el Artista en una sociedad en la que,

“por supuesto, la autoridad y la compulsión están fuera de discusión”. A pesar de su título, se opuso al socialismo por el mismo motivo que el anarquista ortodoxo, es decir, que era "autoritario". Si los gobiernos van a estar armados de poder económico, “si en una palabra, vamos a tener tiranías industriales, entonces el último estado del hombre será peor que el primero”. La visión de Wilde era la de un socialismo fundado en el individualismo, y cuando éste hubiera liberado la verdadera personalidad del hombre, el Artista por fin se haría realidad.

Mientras tanto, en Francia los ataques no habían cesado. El 8 de noviembre de 1892, durante una huelga de mineros contra la Société des Mines de Carmaux, se depositó una bomba en la oficina parisina de la empresa en la Avenue de l'Opéra. Descubierto por el conserje, lo sacó a la acera y un policía se lo llevó con cuidado hasta la comisaría más cercana, en la calle des Bons Enfants. Cuando el policía lo acercaba, estalló con una explosión devastadora, matando a otros cinco policías que se encontraban en la habitación. Fueron destrozados, sangre y trozos de carne salpicaron las paredes y ventanas destrozadas, y pedazos de brazos y piernas quedaron esparcidos. Las sospechas de la policía se centraron en Emile Henry, hermano menor de un conocido orador radical e hijo de Fortuné Henry, que había escapado a España tras ser condenado a muerte en la Comuna.

La bomba en la comisaría provocó el pánico en París; nadie sabía dónde caería la próxima bomba. Cualquier persona relacionada con la ley o la policía era considerada por sus vecinos (ya que los parisinos viven en gran medida en apartamentos) como si tuviera la peste y, a menudo, su arrendador le avisaba para que se marchara. La ciudad, escribió un visitante inglés, estaba “absolutamente paralizada” por el miedo. Las clases altas “volvieron a vivir como en los días de la Comuna. No se atrevían a ir a los teatros, a los restaurantes, a las tiendas de moda de la Rue de la Paix o a pasear por el Bois, donde se sospechaba que había anarquistas detrás de cada árbol”. Se intercambiaban terribles rumores: los anarquistas habían minado las iglesias, habían vertido ácido prúsico en los embalses de la ciudad, se escondían bajo los asientos de los coches de caballos, dispuestos a saltar sobre los pasajeros y robarles.

En cualquier caso, el momento era de rencor y disgusto públicos. Apenas la República había evitado el golpe de Estado de Boulanger cuando quedó avergonzada por el nexo de corrupción revelado en el escándalo de Panamá y en el tráfico oficial de condecoraciones. Día tras día en el Parlamento, durante 1890-1892, se descubrió la cadena

de financiación de Panamá mediante préstamos, sobornos, fondos para sobornos y ventas de influencia, hasta que, se dijo, participaron 104 diputados. Incluso Georges Clemenceau fue difamado por asociación y perdió su escaño en las siguientes elecciones.

A medida que se hundía el prestigio del Estado, florecía el anarquismo. Los intelectuales coquetearon con ello. La aversión oculta hacia el gobierno y la ley que existe en la mayoría de los hombres está más cerca de la superficie en algunos. Como el gordo que tiene dentro a un hombre delgado llorando para salir, también los respetables tienen escondido en su interior a un pequeño anarquista, y entre los artistas e intelectuales de los años noventa su débil grito se escuchaba con frecuencia. El novelista Maurice Barrès, que en un momento u otro utilizó todas las posiciones del espectro político como tribuna de su talento, glorificó la filosofía anarquista en sus L'Ennemi des Lois y Un Homme Libre. El poeta Laurent Tailhade aclamó la futura sociedad anarquista como una “época bendita” en la que la aristocracia sería intelectual y “el hombre común besaría las huellas de los poetas”. El anarquismo literario estuvo de moda entre los simbolistas, como Mallarmé y Paul Valéry. El escritor Octave Mirbeau se sintió atraído por el anarquismo porque tenía horror a la autoridad. Detestaba a cualquiera que estuviera uniformado: policías, tajadores de billetes, mensajeros, conserjes, sirvientes. A sus ojos, decía su amigo Léon Daudet, un terrateniente era un pervertido, un ministro un ladrón, los abogados y los financieros le enfermaban y sólo toleraba a los niños, a los mendigos, a los perros, a ciertos pintores y escultores y a las mujeres muy jóvenes. “Él creía firmemente que no había necesidad de que hubiera miseria en el mundo”, dijo un amigo; "Lo que sin embargo hubo, fue la ocasión de su ira". Entre los pintores, Pissarro contribuyó con dibujos a Le Père Peinard y a varios ilustradores parisinos brillantes y salvajes, entre ellos Théophile Steinlen, expresó en las revistas anarquistas su disgusto por la injusticia social; a veces, como cuando se caricaturizó al presidente de Francia con un pijama sucio, en términos que no se podrán publicar más tarde.

Aparecieron decenas de estos diarios y boletines efímeros, con nombres como Anticristo, Nuevo Amanecer, Bandera Negra, Enemigo del Pueblo, El Grito del Pueblo, La Antorcha, El Látigo, Nueva Humanidad, Incorruptible, Sans-Culotte, Tierra y Libertad, Venganza. Grupos y clubes que se autodenominaban “Liga de Antipatriotas” o “Libertarios” celebraban reuniones en salas poco iluminadas y provistas de bancos donde sus miembros expresaban su desprecio por el Estado, discutían sobre la revolución, pero nunca se organizaban, nunca se afiliaban, no aceptaban líderes, no hacían nada. Planes, no tomó órdenes. Para ellos, el Estado, en su pánico por el asunto

Ravachol, en su podredumbre revelada por el asunto de Panamá, parecía ya estar desmoronándose.

En marzo de 1893, un hombre de treinta y dos años llamado August Vaillant regresó a París desde Argentina, adonde había ido con la esperanza de comenzar una nueva vida en el Nuevo Mundo, pero no había logrado establecerse. Nacido ilegítimo, tenía diez meses cuando su madre se casó con un hombre que no era su padre, quien se negó a mantener al niño. Fue entregado a padres adoptivos. A los doce años, el niño estaba solo en París, viviendo de trabajos ocasionales, pequeños hurtos y mendicidad. De alguna manera fue a la escuela y encontró trabajos administrativos. Hubo un tiempo en que editó un semanario de corta duración llamado l'Union Socialiste pero pronto, como otros entre los desheredados, gravitó hacia los círculos anarquistas. Como secretario de una Federación de grupos independientes, tuvo algún contacto con portavoces anarquistas, entre ellos Sébastien Faure, cuya "voz armoniosa y cariñosa, "Hermosas frases y elegantes modales podían hacer creer a cualquiera en el milenio con tal de escucharlo. Vaillant se casó, se separó de su esposa, pero mantuvo con él a su hija, Sidonie, y adquirió una amante. No era un tipo libertario ni libre, pero mantuvo unida a su pequeña familia hasta el final. Después de su fracaso en Argentina, intentó nuevamente ganarse la vida en París y, al igual que su contemporáneo Knut Hamsun, que entonces deambulaba hambriento por las calles de Christiania, experimentó la humillación de "los frecuentes rechazos, las medias promesas, los bruscos noes, los queridos engaños". esperanzas y nuevos esfuerzos que siempre resultaron en nada", hasta la última frustración cuando ya no tenía ropa respetable para usar cuando solicitaba un trabajo. Sin poder permitirse un par de zapatos nuevos, Vaillant llevaba un par de chanclos desechados que había recogido en la calle. Finalmente encontró trabajo en una refinería de azúcar pagando 3 francos al día, demasiado poco para mantener a tres personas.

Avergonzado y amargado al ver a su hija y a su amante pasar hambre, desilusionado de un mundo que nunca hizo, decidió acabar con su vida. No iría en silencio sino con un grito de protesta, "un grito de toda esa clase", como escribió la noche antes de actuar, "que reclama sus derechos y algún día pronto unirá los hechos a las palabras. Al menos moriré con la satisfacción de saber que he hecho lo que pude para acelerar el advenimiento de una nueva era".

No era un hombre a quien matar, Vaillant planeó un gesto que tenía cierta lógica. Vio la enfermedad de la sociedad ejemplificada en el Parlamento plagado de escándalos. Fabricó una bomba a partir de una

cacerola llena de clavos y con una carga explosiva no letal. La tarde del 9 de diciembre de 1893 lo llevó consigo a un asiento en una tribuna pública de la Chambre des Députés. Un observador vio una figura alta y enjuta con un rostro pálido ponerse de pie y arrojar algo en medio del debate. La bomba de Vaillant detonó con el rugido de un cañón, rociando a los agentes con fragmentos de metal, hiriendo a varios pero matando a ninguno.

La sensación, nada más conocerse la noticia, fue enorme, y fue hecha memorable por un periodista emprendedor. Esa noche, durante una cena ofrecida por la revista La Plume a varias celebridades, entre ellas Zola, Verlaine, Mallarmé, Rodin y Laurent Tailhade, pidió comentarios. El último respondió grandiosamente y con un ritmo exquisito: "¿Qu'importe les victimes si le geste est beau?" (¿Qué importan las víctimas si es un buen gesto?) Publicado en Le Journal a la mañana siguiente, el comentario pronto sería recordado en circunstancias espantosas. Esa misma mañana Vaillant se entregó.

Toda Francia entendió y algunos, aparte de los anarquistas, incluso simpatizaron con su gesto. Irónicamente, estos simpatizantes procedían de la extrema derecha, cuyas fuerzas antirrepublicanas (realistas, jesuitas, aristocracia flotante y antisemitas) despreciaban al Estado burgués por sus propias razones. Edouard Drumont, autor de La France Juive y editor de La Libre Parole, que estaba ocupado criticando a los judíos involucrados en el escándalo de Panamá, produjo un artículo ricamente titulado "Sobre el barro, la sangre y el oro: de Panamá al anarquismo". "Los hombres de sangre", dijo, "nacieron del barro de Panamá". La duquesa de Uzès, casada con un miembro de una de las tres principales familias ducales, se ofreció a dar un hogar y una educación a la hija de Vaillant (a quien Vaillant, sin embargo, prefirió dejar bajo la tutela de Sébastien Faure).

Enfadado y decidido a acabar con los anarquistas de una vez por todas, el gobierno actuó para sofocar su propaganda. Dos días después de la bomba de Vaillant, la Cámara aprobó por unanimidad dos leyes que tipifican como delito publicar cualquier provocación directa o "indirecta" de actos terroristas o asociarse con la intención de cometer tales actos. Aunque conocidas como les lois scélérates (las leyes sinvergüenzas), no eran una medida irrazonable, ya que la predicación del Hecho era de hecho la principal incitación. La policía allanó cafés y lugares de reunión anarquistas, se emitieron dos mil órdenes judiciales, se dispersaron clubes y grupos de discusión, La Révolte y Le Père Peinard cerraron y los principales anarquistas abandonaron el país.

El 10 de enero, Vaillant llegó a juicio ante cinco jueces vestidos con

túnica roja y gorras negras con adornos dorados. Acusado de intención de matar, insistió en que su única intención era herir. “Si hubiera querido matar, podría haber usado una carga más pesada y llenar el recipiente con balas; en cambio, usé sólo clavos”. Su abogado, Maître Labori, que estaba destinado al drama y la violencia en un caso mucho más famoso, lo defendió con espíritu como un exaspéré de la misère. Fue el parlamento, dijo Labori, el culpable de no remediar “la miseria de la pobreza que oprime a un tercio de una nación”. A pesar de los esfuerzos de Labori, Vaillant recibió la pena de muerte, la primera vez en el siglo XIX que se imponía a una persona que no había matado. El juicio, el veredicto y la sentencia se dictaron apresuradamente en un solo día. Casi inmediatamente empezaron a llegar peticiones de indulto al presidente Sadi Carnot, incluida una de un grupo de sesenta diputados encabezados por el Abbé Lemire, que había sido uno de los heridos por la bomba. Un apasionado socialista, Jules Breton, predijo que si Carnot “pronunciaba fríamente su muerte, ni un solo hombre en Francia lloraría por él si un día él mismo fuera víctima de una bomba”. Como incitación al asesinato, esto le costó a Breton dos años de prisión y resultó ser el segundo comentario sobre el asunto Vaillant, que terminaría en una extraña y siniestra coincidencia. ni un solo hombre en Francia lloraría por él si un día fuera víctima de una bomba”. Como incitación al asesinato, esto le costó a Breton dos años de prisión y resultó ser el segundo comentario sobre el asunto Vaillant, que terminaría en una extraña y siniestra coincidencia. ni un solo hombre en Francia lloraría por él si un día fuera víctima de una bomba”. Como incitación al asesinato, esto le costó a Breton dos años de prisión y resultó ser el segundo comentario sobre el asunto Vaillant, que terminaría en una extraña y siniestra coincidencia.

El gobierno no podía perdonar un ataque anarquista al Estado. Carnot se negó a condonar la sentencia y Vaillant fue debidamente ejecutado el 5 de febrero de 1894, gritando: “¡Muerte a la sociedad burguesa! ¡Viva la anarquía!”

El tren de la muerte cobró velocidad. Sólo siete días después de que Vaillant fuera a la guillotina, fue vengado con un golpe aparentemente tan cruel que el público se sintió en medio de una pesadilla. Esta vez la bomba no estaba dirigida contra ningún representante de la ley, la propiedad o el Estado, sino contra el hombre de la calle. Explotó en el Café Terminus de la estación St-Lazare en medio, como escribió Le Journal, “de ciudadanos pacíficos y anónimos reunidos en un café para tomar una cerveza antes de acostarse”. Un muerto y veinte heridos. Como quedó claro más tarde, el perpetrador actuó según su propia lógica loca. Incluso antes de que llegara a juicio, las calles de París se estremecieron con más explosiones. Uno en la calle St-Jacques

mató a un transeúnte, uno en el Faubourg St-Germain no causó daños y un tercero explotó en el bolsillo de Jean Pauwels, un anarquista belga. cuando entraba en la iglesia de la Magdalena. Fue asesinado y se demostró que había hecho estallar a los otros dos. El 4 de abril de 1894, un cuarto estalló en el elegante restaurante Foyot, donde, aunque no mató a nadie, le arrancó el ojo a Laurent Tailhade, que se encontraba cenando allí y que sólo cuatro meses antes había ignorado a las víctimas del ataque. un “buen gesto”.

La histeria pública aumentó. Cuando, en una representación teatral, una escenografía detrás del escenario cayó con estrépito, la mitad del público corrió hacia las salidas gritando: “¡Les Anarchistes! ¡Una bomba! Los periódicos empezaron a imprimir un boletín diario bajo el título "La Dinamita". Cuando el 27 de abril se inició el juicio contra el terrorista del Café Terminus, se reveló la terrible capacidad de la idea anarquista para transformarse del amor a la humanidad en odio a los hombres.

El acusado resultó ser el mismo Emile Henry, sospechoso de haber colocado la bomba anterior en la oficina de Mines de Carmaux que finalmente mató a los cinco policías. Ya acusado de asesinato en el Café Terminus, ahora se atribuyó también el mérito de las otras muertes, aunque no se pudieron encontrar pruebas. Afirmó que había puesto una bomba en el Café Terminus para vengar a Vaillant y con plena intención de matar “a tantos como fuera posible”. Contaba con quince muertos y veinte heridos”. De hecho, la policía había encontrado en su habitación material suficiente para fabricar doce o quince bombas. En su fría pasión, orgullo intelectual y desprecio por el hombre común, Henry parecía el “St. Sólo del anarquismo”. Un estudiante brillante que había sido admitido en la arcana Escuela Politécnica y expulsado por insultar a un profesor, lo habían dejado ocupar su mente como dependiente de una pañería por 120 francos al mes. A los veintidós años era, junto con Berkman, el mejor educado y mejor familiarizado con la teoría anarquista de todos los asesinos, y de todos ellos, el más explícito.

En prisión escribió un relato largo y detalladamente razonado de su experiencia del cinismo y la injusticia de la sociedad burguesa, de su “demasiado respeto por la iniciativa individual” para permitirle unirse a los socialistas gregarios y de su enfoque del anarquismo. Se mostró profundamente familiarizado con sus doctrinas y con los escritos de Kropotkin, Reclus, Grave, Faure y otros, aunque afirmó que los anarquistas no eran “creyentes ciegos” que se tragaban enteras alguna o todas las ideas de los teóricos.

Pero fue cuando explicó su elección del Café Terminus cuando de

repente se destacó. Allí, dijo, vienen "todos los que están satisfechos con el orden establecido, todos los cómplices y empleados de la Propiedad y del Estado,... toda esa masa de pequeños burgueses buenos que ganan de 300 a 500 francos al mes, que son más reaccionarios que sus amos, que odian a los pobres y se ponen del lado de los fuertes. Ésta es la clientela del Terminus y de los grandes cafés de este tipo. Ahora sabes por qué golpeé donde lo hice".

En el tribunal, cuando el juez le reprochó haber puesto en peligro vidas inocentes, respondió con gélida altivez, en palabras que deberían haber sido blasonadas en alguna pancarta anarquista: "No hay burgueses inocentes".

En cuanto a los líderes anarquistas, dijo, que "se disocian de la propaganda del hecho", como Kropotkin y Malatesta en el caso de Ravachol, y "que intentan hacer una distinción sutil entre teóricos y terroristas, son cobardes... Nosotros, los que repartimos la muerte, sabemos cómo recibirla... La mía no es la última cabeza que cortarás. Te han colgado en Chicago, te han decapitado en Alemania, te han garroteado en Jerez, te han fusilado en Barcelona, te han guillotinado en París, pero hay una cosa que no puedes destruir: el anarquismo... Está en una revuelta violenta contra el orden establecido. Terminará matándote".

El propio Enrique tomó la muerte con firmeza. Incluso el cáustico Clemenceau, que presenció la ejecución el 21 de mayo de 1894, se sintió conmovido y perturbado. Vio a Henry "con el rostro de un Cristo atormentado, terriblemente pálido, de expresión implacable, tratando de imponer su orgullo intelectual sobre el cuerpo de su hijo". El condenado subió rápidamente, a pesar de sus grilletes, los escalones del patíbulo, miró a su alrededor y gritó con un grito estridente y ahogado: "¡Ánimo, camaradas! ¡Viva la anarquía!" La respuesta de la sociedad a Henry le pareció a Clemenceau en ese momento "un acto de salvajismo".

Casi sin pausa cayó el siguiente golpe, el último de la serie francesa y el más importante en su víctima, aunque el menor en su asesino. En Lyon, el 24 de junio de 1894, durante una visita a la Exposición de esa ciudad, el presidente Sadi Carnot fue asesinado a puñaladas por un joven trabajador italiano al grito de "¡Vive la révolution! ¡Viva la anarquía!" El presidente circulaba en un carruaje abierto entre la multitud que se alineaba en las calles y había dado órdenes a su escolta de dejar que la gente se acercara si así lo deseaba. Cuando un joven que sostenía un periódico enrollado se adelantó desde la primera fila, los guardias no lo detuvieron, pensando que el periódico contenía un ramo de flores para el presidente. En cambio, contenía

una daga y, con un golpe terrible, el joven la hundió quince centímetros en el abdomen del presidente. Carnot murió a las tres horas.

El asesino era un aprendiz de panadero, de menos de veintiún años, llamado Santo Caserio. Nacido en Italia, había conocido a grupos anarquistas en Milán, cuna de la turbulencia política. A los dieciocho años fue sentenciado por distribuir folletos anarquistas a los soldados. Siguiendo la deriva de otros personajes inquietos y problemáticos, se fue a Suiza y luego a Cette, en el sur de Francia, donde encontró trabajo y un grupo local de anarquistas que se hacía llamar “Les Coeurs de Chêne” (“Corazones de roble”). ”). Estaba reflexionando sobre el caso de Vaillant y sobre la negativa del presidente a conceder un indulto cuando leyó en los periódicos la próxima visita del presidente a Lyon. Caserio decidió de inmediato realizar una “gran hazaña”. Pidió unas vacaciones en su trabajo y los veinte francos que le correspondían, y con el dinero, Compró un puñal y tomó el tren hacia Lyon. Allí siguió a la multitud hasta que encontró su oportunidad.

Después, en manos de sus captores y ante el tribunal se mostró dócil, sonriente y tranquilo. Su rostro pálido y bastante común pero amable le pareció a un periodista “la máscara blanca de un Pierrot enharinado, iluminado por dos pequeños ojos azules brillantes, obstinadamente fijos. Su Up estaba adornado por una pobre sombra de bigote que parecía haber brotado casi a modo de disculpa”. Durante su interrogatorio y juicio permaneció completamente plácido y habló de manera bastante racional sobre los principios anarquistas, por los que parecía obsesionado. Describió su acto como una “propaganda del hecho” deliberada. Su única muestra de emoción fue la mención de su madre, a quien tenía un gran apego y a quien le había estado escribiendo cartas regularmente cuando estaba fuera de casa. Cuando el carcelero fue a despertarlo el 15 de agosto, día de la ejecución, lloró un momento y luego no emitió ningún otro sonido en el camino hacia la guillotina. Justo cuando le pusieron el cuello sobre el bloque, murmuró unas palabras que fueron interpretadas por algunos como el tradicional “¡Vive la anarquía!” y por otros como "A voeni nen", que significa, en el dialecto lombardo, "No quiero".

Cuando el anarquismo mató al mismísimo Jefe de Estado, alcanzó un clímax en Francia tras el cual, de repente, cara a cara con las realidades políticas y los hechos de la vida en el movimiento obrero, retrocedió. Al principio, sin embargo, parecía que a los anarquistas se les brindaría una magnífica oportunidad para la propaganda o el martirio. Al lanzarse a la ofensiva, el 6 de agosto el Gobierno organizó

un juicio masivo contra treinta de los anarquistas más conocidos en un esfuerzo por demostrar una conspiración entre teóricos y terroristas. Como los terroristas conocidos ya habían sido ejecutados, los únicos ejemplos que el Gobierno pudo presentar fueron tres personajes menores del tipo “ladrón”, ninguno de ellos Ravachols. De los líderes, Elisée Reclus había abandonado el país, pero su sobrino Paul Reclus, Jean Grave, Sébastien Faure y otros estaban en el banquillo. En ausencia de un partido o entidad corporativa como acusado, la fiscalía se encontraba en una dificultad similar a la de no tener corpus delicti. Sin embargo, acusó a lo que llamó la “secta” de apuntar a la destrucción del Estado a través de propaganda que fomentaba el robo, el pillaje, el incendio y el asesinato “en los que cada miembro de la secta coopera según su temperamento y sus facilidades”. Quizás por temor a la irresistible oratoria de Faure, la fiscalía fue la única que habló, sin permitir apenas que los acusados abrieran la boca y lamentándose cuando lo hicieron. Dirigiéndose a Felix Fenéon, el crítico de arte y primer defensor de los impresionistas, que era uno de los acusados, el juez presidente dijo: "Se le vio hablando con un anarquista detrás de una farola". Sin embargo, acusó a lo que llamó la “secta” de apuntar a la destrucción del Estado a través de propaganda que fomentaba el robo, el pillaje, el incendio y el asesinato “en los que cada miembro de la secta coopera según su temperamento y sus facilidades”. Quizás por temor a la irresistible oratoria de Faure, la fiscalía fue la única que habló, sin permitir apenas que los acusados abrieran la boca y lamentándose cuando lo hicieron. Dirigiéndose a Felix Fenéon, el crítico de arte y primer defensor de los impresionistas, que era uno de los acusados, el juez presidente dijo: "Se le vio hablando con un anarquista detrás de una farola". Sin embargo, acusó a lo que llamó la “secta” de apuntar a la destrucción del Estado a través de propaganda que fomentaba el robo, el pillaje, el incendio y el asesinato “en los que cada miembro de la secta coopera según su temperamento y sus facilidades”. Quizás por temor a la irresistible oratoria de Faure, la fiscalía fue la única que habló, sin permitir apenas que los acusados abrieran la boca y lamentándose cuando lo hicieron. Dirigiéndose a Felix Fenéon, el crítico de arte y primer defensor de los impresionistas, que era uno de los acusados, el juez presidente dijo: "Se le vio hablando con un anarquista detrás de una farola". Sin embargo, acusó a lo que llamó la “secta” de apuntar a la destrucción del Estado a través de propaganda que fomentaba el robo, el pillaje, el incendio y el asesinato “en los que cada miembro de la secta coopera según su temperamento y sus facilidades”. Quizás por temor a la irresistible oratoria de Faure, la fiscalía fue la única que habló, sin permitir apenas que los acusados abrieran la boca y lamentándose cuando lo hicieron. Dirigiéndose a Felix Fenéon, el crítico de arte y primer defensor de los impresionistas, que era uno de los acusados, el juez presidente dijo: "Se le vio hablando con un anarquista detrás de una farola". incendio provocado y asesinato “en el que cada miembro de la secta coopera según su temperamento y facilidades”. Quizás por temor a la irresistible oratoria de Faure, la fiscalía fue la única que habló, sin permitir apenas que los acusados abrieran la boca y lamentándose cuando lo hicieron. Dirigiéndose a Felix Fenéon, el crítico de arte y primer defensor de los impresionistas, que era uno de los acusados, el juez presidente dijo: "Se le vio hablando con un anarquista detrás de

una farola". incendio provocado y asesinato “en el que cada miembro de la secta coopera según su temperamento y facilidades”. Quizás por temor a la irresistible oratoria de Faure, la fiscalía fue la única que habló, sin permitir apenas que los acusados abrieran la boca y lamentándose cuando lo hicieron. Dirigiéndose a Felix Fenéon, el crítico de arte y primer defensor de los impresionistas, que era uno de los acusados, el juez presidente dijo: "Se le vio hablando con un anarquista detrás de una farola".

“¿Puede decirme, Señoría”, respondió Fenéon, “¿dónde está 'detrás de una farola'?”

A falta de pruebas que conectaran a los acusados con los hechos, el jurado no quedó impresionado y absolvió a todos excepto a los tres ladrones, que fueron condenados a prisión. Una vez más se había reafirmado el sentido común francés.

El sensato veredicto del jurado privó al anarquismo de una causa célebre, pero una razón mayor para el declive que siguió fue que la clase trabajadora francesa era demasiado realista para verse arrastrada a un movimiento que sufría de impotencia autoinfligida. La esterilidad de los actos de terror ya comenzaba a ser reconocida por líderes como Kropotkin, Malatesta, Reclus e incluso Johann Most. Al buscar otros medios para derrocar al Estado, siempre se topaban con la paradoja inherente: la revolución exige organización, disciplina y autoridad; El anarquismo los rechaza. La inutilidad de su posición empezaba a hacerse sentir.

Expulsados de la reunión de la Segunda Internacional Socialista en Londres en 1896, debido a su negativa a suscribir la necesidad de la acción política, los grupos anarquistas convocaron su propio Congreso en París en 1900. Hicieron esfuerzos para llegar a una fórmula de unión. lo cual los camaradas pudieron aceptar, pero cada propuesta fracasó ante la obstinada devoción a la soltería de Jean Grave. Un segundo intento en un Congreso en Amsterdam en 1907 produjo una Oficina Internacional de corta duración que, por falta de apoyo, pronto se marchitó y dejó de funcionar.

Sin embargo, al final hubo una especie de sentido trágico en el rechazo anarquista de la Autoridad. Porque, como dijo Sébastien Faure, educado por los jesuitas, en un momento de frío realismo, “toda revolución termina con la reaparición de una nueva clase dominante”.

Durante estos años, realistas de otro tipo comenzaron a llegar a un acuerdo con el movimiento obrero. Lo que quería la clase trabajadora francesa era la jornada de ocho horas, no bombas en el parlamento ni

presidentes asesinados. Pero fue la propaganda anarquista del Hecho lo que los despertó al reconocimiento de lo que querían y la necesidad de luchar por ello. Por eso Ravachol, a quien ellos entendían, se convirtió en un héroe popular y se cantaban canciones sobre él en las calles. Desde las masacres de la Comuna, el proletariado francés estaba postrado; Fueron los ataques anarquistas los que los pusieron en pie. Sintieron que su fuerza residía en la acción colectiva, y en 1895, sólo un año después del último de los attentats, se formó la Confédération Générale de Travail (CGT), la federación de trabajadores de Francia.

Sobre los anarquistas, frustrados por su propia paradoja inherente, ejerció una fuerte atracción. Uno a uno fueron ingresando en los sindicatos, trayendo consigo toda la doctrina que podían aplicar. Esta fusión de la teoría anarquista y la práctica sindical tomó la forma conocida como sindicalismo, derivado de syndicat, la palabra francesa para sindicato. En esta forma alterada, aunque extremistas del tipo "puro" como Jean Grave la evitaron, el anarquismo francés se desarrolló durante los años 1895-1914.

Su dogma fue la acción directa a través de la huelga general y su nuevo profeta fue Georges Sorel. Bajo su bandera, la huelga general debía sustituir a la propaganda del hecho. El derrocamiento del capitalismo, argumentó Sorel, sólo podría lograrse cuando la clase trabajadora desarrollara una voluntad de poder. El uso de la violencia iba a ser el medio para fomentar y entrenar la voluntad revolucionaria. Los sindicalistas continuaron aborreciendo al Estado o a cualquiera que estuviera dispuesto, como los socialistas, a cooperar con él, y no les servían más que sus predecesores anarquistas medidas reformistas a medio camino. La huelga fue todo, la huelga general y nada más que la huelga. Conservaron los nervios del viejo movimiento; pero algo de su alma, de su loca y maravillosa independencia, había desaparecido.

En España el ciclo estaba lejos de haber llegado a su fin. El 7 de junio de 1896, durante la festividad del Corpus Christi en Barcelona, una procesión religiosa fue lanzada en medio de una procesión religiosa que entraba por la puerta de la iglesia encabezada por el obispo y el comandante general de Barcelona. Los dos representantes de la Iglesia y del ejército a quienes apuntaban las bombas resultaron ilesos, pero otros once murieron y cuarenta resultaron heridos en medio de escenas de sangre y terror comparables a la matanza en la Ópera tres años antes. Los anarquistas lograron asustar profundamente al país, si no a su primer ministro, Antonio Cánovas del Castillo, que no era hombre para temblar.

Convocado en 1895 para su quinto mandato como Primer Ministro, Cánovas era un hombre de “origen humilde”, como se decía entonces, que había ascendido (a través de la ingeniería, el periodismo, la diplomacia y la elección a las Cortes) hasta el puesto más alto del Partido Conservador. Fiesta. Había sido el brazo político de la restauración de la corona en 1874. Además de ejercer la política, escribió poesía, crítica literaria, una vida de Calderón, una historia de España en diez volúmenes y fue Presidente de la Real Academia de la Historia. . Coleccionó pinturas, porcelana rara, monedas antiguas y bastones, vivió en un suntuoso palacio en Madrid, vestía siempre de negro y, como Frick, nunca permitió que las joyas “impusieran su vulgaridad” en su persona. Ya sea considerado un hombre reaccionario por los republicanos o el estadista más capaz de su tiempo por otros, se le reconocía como el único hombre que podía mantener unido al Partido Conservador y mantener a Cuba para España. Aunque había formulado un plan para la autonomía cubana, también había enviado al general Weyler para sofocar a los insurrectos, y ya estaban surtiendo efecto mano firme y medidas severas, en contraste con las de sus predecesores liberales. Contra los anarquistas, Cánovas no tuvo escrúpulos en actuar sin piedad.

Con su sanción comenzaron de nuevo las detenciones masivas. Más de cuatrocientas personas fueron encarceladas y el gobierno, como de costumbre, aprovechó el pretexto para actuar contra cualquiera o todos los enemigos del régimen, ya fueran anarquistas, anticlericales o republicanos catalanes. Se escucharon nuevamente los gritos de agonía de Montjuich, seguidos por la temible noticia de que el Fiscal General pediría la pena de muerte para nada menos que veintiocho de los ochenta y cuatro acusados que iban a ser juzgados por consejo de guerra. Esto fue en virtud de una ley aprobada por las Cortes después de la explosión de la Ópera, que sometía todos los delitos cometidos con explosivos a consejo de guerra y establecía la pena de muerte para los culpables. Se decretó cadena perpetua para los culpables de apología de la violencia mediante discursos, artículos o fotografías. El juicio tuvo lugar detrás de la cortina de piedra de Montjuich y sólo se permitió la presencia de personal militar. Sólo se anunciaron las sentencias: ocho condenados a muerte, de los cuales cuatro fueron indultados y cuatro ejecutados. Setenta y seis fueron condenados a penas de prisión que oscilaban entre ocho y diecinueve años, de los cuales sesenta y uno fueron enviados a la colonia penal de Río de Oro, la Isla del Diablo española.

Al mismo tiempo, el mundo exterior se enteró por un informe de primera mano de las torturas infligidas en Montjuich a los prisioneros de 1893. Tarrida del Mármol, miembro de una importante familia

catalana y director de la Academia Politécnica de Barcelona, debido a sus opiniones liberales , se vio envuelto en los arrestos, y su relato, publicado en París en 1897 con el título Les Inquisiteurs de l'Espagne, suscitó protestas horrorizadas. Incluía un grito póstumo de ayuda en forma de carta de un compañero de prisión, escrita antes de su ejecución y dirigida a "Todos los hombres buenos de la tierra". Contaba cómo lo habían llevado por la noche desde su celda a un acantilado sobre el mar donde los guardias cargaron sus armas y amenazaron con dispararle a menos que dijera todo lo que el teniente le decía que dijera. Cuando se negó, sus órganos genitales fueron torcidos y más tarde, De regreso a prisión, esta tortura se repitió mientras estuvo colgado de la puerta de su celda durante diez horas. También fue obligado a caminar durante cinco días. “Finalmente declaré todo lo que querían y en mi debilidad y cobardía firmé mi declaración”.

Tiempo después, en agosto de 1897, el primer ministro Cánovas fue de vacaciones de verano a Santa Águeda, un balneario en las montañas vascas. Durante los tranquilos días que pasó allí, se fijó en un compañero de hotel, rubio y educado, que hablaba español con acento italiano y lo saludó cortésmente varias veces. Cánovas se sintió impulsado a preguntar a su secretaria si sabía quién era el extraño joven y descubrió que estaba registrado como corresponsal del periódico italiano Il Popolo. Una mañana, mientras el primer ministro estaba sentado con su esposa en la terraza leyendo el periódico, el joven italiano apareció de repente, sacó un revólver del bolsillo y, a tres metros de distancia, disparó tres tiros al cuerpo de Cánovas, matándolo instantáneamente. En un arrebato de rabia y dolor, se abalanzó sobre el hombre que aún empuñaba el revólver y le golpeó en la cara con su abanico, gritando: "¡Asesino! ¡Asesino!"

“No soy un asesino”, respondió severamente el italiano. “Soy el vengador de mis camaradas anarquistas. No tengo nada que ver con usted, señora”.

Tras el arresto y el examen, se demostró que su verdadero nombre era Michel Angiollilo. Cuando estuvo en el ejército italiano, había cumplido tres mandatos en el batallón disciplinario por insubordinación. Al salir del ejército se convirtió en impresor, oficio con afinidad con el anarquismo, ya sea porque el anarquista busca el contacto con la palabra impresa o porque el contacto con la palabra impresa conduce al anarquismo. En cualquier caso, Angiollilo fue sentenciado poco después a dieciocho meses de prisión por imprimir literatura subversiva. En 1895, tras un intento inútil, junto con algunos camaradas anarquistas italianos, de montar una prensa

clandestina en Marsella, se dirigió a Barcelona y abandonó tras la explosión de Corpus Christi. Se fue a Bélgica y luego a Londres, donde compró un revólver con la intención de matar al presidente español por “ordenar la tortura masiva y ejecución de anarquistas”. Regresó a España, acechó a Cánovas en Madrid pero no encontró su oportunidad, lo siguió hasta Santa Águeda y la encontró allí. Juzgado por un consejo de guerra una semana después, intentó exponer sus principios anarquistas y, cuando el tribunal lo silenció, gritó: "¡Debo justificarme!". pero no se le permitió hablar. En el momento de su ejecución por garrote rechazó los ritos religiosos y mantuvo una sangre fría inquebrantable. ”pero no se le permitió hablar. En el momento de su ejecución por garrote rechazó los ritos religiosos y mantuvo una sangre fría inquebrantable. ”pero no se le permitió hablar. En el momento de su ejecución por garrote rechazó los ritos religiosos y mantuvo una sangre fría inquebrantable.

La prensa europea estalló en una agitada demanda de un esfuerzo concertado para reprimir a los “perros rabiosos” del anarquismo. Existía la sensación de que la pérdida de un hombre de la talla de Cánovas podría ser grave para España o, como predijo la Nación de Nueva York, un “desastre nacional”. De hecho, su muerte resultó ser uno de esos accidentes que dan un giro decisivo al curso de los acontecimientos. Con la partida de Cánovas, los liberales lograron asumir el poder y pronto se retiraron ante los salvajes aullidos de indignación engendrados por Hearst contra el “Carnicero” Weyler que entonces resonaban en Estados Unidos. El general Weyler se sintió aliviado justo cuando estaba cerca de restablecer el orden y la insurrección cubana estalló de nuevo, proporcionando a los imperialistas de Estados Unidos la excusa para la guerra más deliberadamente fabricada del siglo. Si Cánovas hubiera vivido,

Para su muerte hubo una razón; en dos de los tres que siguieron en los tres años siguientes no hubo ninguno. Fueron en parte producto de la propaganda anarquista, que proporcionaba la sugerencia, pero aún más del entusiasmo público por los hechos anarquistas, que daban a los asesinos la promesa de una notoriedad heroica y actuaban como un intoxicante para las mentes enfermas.

La primera muerte se produjo a puñaladas el 10 de septiembre de 1898, junto al vapor del lago, en el muelle Mont Blanc de Ginebra. Aquí se encontraron, en una unión mortal, tan sin sentido como cuando un rayo mata a un niño, dos personas tan desconectadas, tan alejadas en el mundo real, que sus vidas nunca podrían haberse tocado excepto en un momento de locura. Una era la emperatriz Isabel de Austria, esposa del emperador Francisco José, la otra Luigi

Lucheni, un trabajador italiano vagabundo.

Isabel, el personaje real más bello y más melancólico de Europa, casada y coronada a los dieciséis años, a los sesenta y un años seguía moviéndose inquietamente de un lugar a otro, en un escape interminable de un alma inquieta. Conocida por su belleza, su cabello castaño dorado de un metro de largo, su esbelta elegancia y su andar flotante, su humor alegre cuando era la “encarnación del encanto”, sufría también de “dolores de cabeza por el baile de la cancha” y no podía aparecer en público sin tener un abanico delante de su cara. Era “una hija de hadas”, escribió Carmen Sylva, la reina de Rumania, “con alas escondidas, que se va volando cuando el mundo le resulta insoportable”. Escribía poesía romántica triste y había visto terminar la vida de su hijo en el suicidio más melodramático del siglo. Su primo hermano, el rey Luis de Baviera, había muerto loco por ahogamiento; el hermano de su marido, Maximiliano, fusilado en México; su hermana fue incendiada en un bazar benéfico en París. “Siento tan pesadamente el peso de la vida”, le escribió a su hija, “que a menudo es como un dolor físico y preferiría estar muerta”. Se apresuraba a viajar a Inglaterra o Irlanda para pasar semanas en el campo de caza, saltando imprudentemente las vallas más vertiginosas. En Viena recibió lecciones de los trucos más peligrosos de la equitación circense. En ocasiones adoptaba dietas frenéticas, reduciendo su alimentación a una naranja o un vaso de leche al día, y cuando su salud ya no podía soportar la caza, se entregaba a orgías de caminatas durante seis u ocho horas seguidas a un ritmo forzado, sin compañero podría seguir el ritmo. Lo que buscaba era claro: “Anhelo la muerte,

El 9 de septiembre visitó la villa junto al lago de la baronesa Adolfe de Rothschild, un mundo remoto y encantado donde mansos puercoespines en miniatura de Java y pájaros exóticos de colores decoraban un parque privado plantado de cedros del Líbano. Cuando salió de su hotel a la mañana siguiente para tomar el vapor del lago, el italiano Lucheni la estaba esperando afuera en la calle.

Procedía de Lausana, donde recientemente había sido denunciado ante la policía como sospechoso. El celador de un hospital al que había sido internado por una lesión sufrida durante unas obras había encontrado entre sus pertenencias un cuaderno que contenía canciones anarquistas y el dibujo de una porra con la leyenda "Anarchia" y debajo, en italiano, "Para Humbert I". Acostumbrada a inadaptados, radicales y exiliados de todo tipo, la policía suiza no había considerado este motivo suficiente para arrestar o vigilar.

Según le dijo al enfermero del hospital, la madre de Lucheni, embarazada a los dieciocho años de un hijo ilegítimo, se había

dirigido a París para dar a luz entre los millones anónimos de una gran ciudad. Posteriormente pudo regresar a Italia, donde dejó a su hijo en un asilo de Parma y desapareció hacia América.

A los nueve años el niño era jornalero en un ferrocarril italiano. Más tarde, cuando lo reclutaron en un regimiento de caballería del ejército italiano, obtuvo un buen historial y fue ascendido a cabo. Tras su baja en 1897, sin ahorros ni perspectivas, se convirtió en sirviente de su antiguo capitán, el Príncipe de Aragón, pero cuando se le negó un aumento, se fue enojado. Más tarde pidió volver, pero el Príncipe, considerándolo demasiado insubordinado para el servicio doméstico, se negó. Resentido y desempleado, Lucheni se dedicó a leer L'Agitatore, Il Socialista, Avanti y otros periódicos y panfletos revolucionarios cuyo tema en ese momento era la podredumbre de la sociedad burguesa como lo demostraba el caso Dreyfus. Un solo Sansón, indicaron, podría derribar al Estado de un solo golpe. Lucheni, ahora en Lausana, Envió recortes de estos periódicos con sus comentarios a los camaradas de su antiguo regimiento de caballería. A propósito de un trabajador muerto en una pelea, le comentó a un amigo en ese momento: “Ah, cómo me gustaría matar a alguien. Pero tiene que ser alguien importante para que salga en los periódicos. Asistió a reuniones de anarquistas italianos que discutían ferozmente planes para sacudir al mundo con una gran hazaña, cuya víctima favorita sería el rey Humberto de Italia.

Mientras tanto, los periódicos suizos informaron de la próxima visita de la emperatriz Isabel a Ginebra. Lucheni intentó comprarse un tacón de aguja pero le faltaron los 12 francos necesarios. En su lugar, fabricó una daga casera a partir de una lima vieja, cuidadosamente afilada y ajustada a un mango hecho con un trozo de leña. Mientras la emperatriz y su dama de honor, la condesa Sztaray, caminaban hacia el Quai Mont Blanc, Lucheni se interpuso en su camino. Se abalanzó sobre ellos con la mano en alto, se detuvo y miró debajo de la sombrilla para asegurarse de la identidad de la Emperatriz, luego la apuñaló en el corazón. Murió cuatro horas después. Lucheni, apresado por dos gendarmes, fue captado en su gran momento por un transeúnte alerta con una cámara. La imagen lo muestra caminando alegremente entre sus captores con una sonrisa de satisfacción, casi una sonrisa de satisfacción, en su rostro. En la comisaría describió con entusiasmo todos sus trámites y preparativos y cuando más tarde se supo que la Emperatriz había muerto, se expresó “encantado”. Se declaró anarquista e insistió en que se entendiera que había actuado por iniciativa propia y no como miembro de ningún grupo o partido. Cuando se le preguntó por qué había matado a la emperatriz, respondió: "Como parte de la guerra contra los ricos y los grandes... El

próximo turno será el de Humbert".

Desde prisión escribió cartas al presidente de Suiza y a los periódicos proclamando su credo y la inminente caída del Estado, y firmando él mismo: "Luigi Lucheni, anarquista y uno de los más peligrosos". A la princesa de Aragón le escribió: "Mi caso es comparable al caso Dreyfus". Sin embargo, detrás de la pobre y tonta megalomanía, incluso en Lucheni brillaba la Idea, porque también escribió a la princesa que había aprendido lo suficiente del mundo durante los veinticinco años que estuvo en él como para sentir que “nunca en mi vida me había sentido tan bien”. contentos como ahora... He hecho saber al mundo que no está muy lejos la hora en que un nuevo sol brillará sobre todos los hombres por igual”.

Al no existir pena de muerte en Ginebra, Lucheni fue condenado a cadena perpetua. Doce años más tarde, tras una pelea con el guardián que le llevó a ser recluido en régimen de aislamiento, se ahorcó del cinturón.

En el mes siguiente a la muerte de la emperatriz, el káiser Guillermo II, en el curso de un avance real ampliamente anunciado hacia Jerusalén, fue el gobernante más conspicuo del momento. La policía detuvo a todos los anarquistas conocidos a lo largo de la ruta y el entusiasmo internacional alcanzó su punto máximo cuando un anarquista italiano fue arrestado en Alejandría en posesión de dos bombas, un boleto para Haifa y obviamente una intención asesina contra el Kaiser. Sin embargo, ese soberano tenía poco que temer de los anarquistas de su propio país, ya que los dos que habían intentado matar a su abuelo eran los últimos y únicos activistas. Por lo demás, los anarquistas alemanes siguieron siendo teóricos, excepto aquellos que huyeron a Estados Unidos. Los alemanes no eran aptos para el anarquismo, como Bakunin había dicho con desdén, porque con su pasión por la Autoridad,

Los asesinos del presidente de Francia, el primer ministro de España y la emperatriz de Austria, así como los posibles asesinos del káiser, habían sido todos italianos. Dentro de la propia Italia, en 1897, un herrero anarquista llamado Pietro Acciarito había intentado matar al rey Humbert, saltando sobre él en su carruaje con una daga de la misma manera que Caserio atacó al presidente Carnot. Más alerta que Carnot a estos riesgos profesionales, el rey saltó a un lado, escapó del golpe y, encogiéndose de hombros, dijo a su escolta: "Sono gli incerti del mestiere" ("Estos son los riesgos del trabajo"), ordenó a su cochero que conducir en. Acciarito dijo a la policía que hubiera preferido “pegar a ese viejo mono” del Papa León XIII, pero que como no pudo entrar al Vaticano, optó por atacar a la monarquía como el próximo

mal después del papado.

El odio hacia la sociedad constituida que bullía en las clases bajas y la impotencia de la sociedad para defenderse contra estos ataques se hacía cada vez más evidente. Como de costumbre, la policía, en busca de un “complot”, arrestó a media docena de presuntos cómplices de Acciarito, de los cuales al final no se pudo demostrar que tuvieran conexión alguna con él. Se podrían abordar complots de grupos o partidos; Siempre hubo informantes. Pero ¿cómo podría evitarse el repentino salto de estos tigres solitarios?

El problema era tan grave que el gobierno italiano convocó una conferencia internacional de funcionarios de la policía y del Ministerio del Interior en Roma en noviembre de 1898, para tratar de encontrar una solución. Las sesiones secretas duraron un mes sin resultado conocido excepto el admirable aunque negativo de que Bélgica, Suiza y Gran Bretaña se negaron a renunciar al tradicional derecho de asilo o a aceptar entregar a los presuntos anarquistas a petición de sus países de origen.

Al año siguiente, 1899, hubo disturbios por el pan en Italia, causados por impuestos y derechos de importación sobre el grano, que los anarquistas vieron como otro aspecto de la guerra del Estado contra los pobres. Los disturbios se extendieron al norte y al sur a pesar de las medidas represivas y los sangrientos enfrentamientos entre tropas y población. En Milán, los tranvías fueron volcados para formar barricadas, la gente arrojó piedras a la policía armada con armas de fuego, las mujeres se arrojaron delante de los trenes para impedir la llegada de las tropas, se declaró el estado de sitio y toda Toscana fue sometida a la ley marcial. El grito de que por fin había llegado la revolución atrajo a miles de trabajadores italianos que regresaron de España, Suiza y el sur de Francia para participar. El control sólo se recuperó mediante el envío de medio cuerpo de ejército a Milán. Todos los periódicos socialistas y revolucionarios fueron suprimidos, el parlamento fue prorrogado,

El inofensivo monarca que se encontraba presidiendo esta situación tenía un feroz bigote blanco, coraje personal, un alma valiente y un talento para la realeza no más notable que el de cualquiera de la Casa de Saboya. Humbert era un apasionado de los caballos y de la caza, totalmente insensible a las artes, que dejó al patrocinio de su Reina, y muy regular en sus hábitos. Se levantaba todas las mañanas a las seis, se ocupaba de la gestión de sus propiedades privadas (cuyas ganancias eran cuantiosas y estaban depositadas en el Banco de Inglaterra), visitaba sus establos y salía en su carruaje todas las tardes a la misma hora por la misma ruta a través del Jardines Borghese. Todas las

tardes, a la misma hora, visitaba a una dama a la que había sido devotamente fiel desde antes de su matrimonio, treinta años antes. El 29 de julio de 1900, Estaba repartiendo premios desde su carruaje entre los competidores atléticos en Monza, la residencia real de verano cerca de Milán, cuando un hombre le disparó cuatro veces, se subió al carruaje y disparó a apenas dos metros de distancia. El rey lo miró con reproche durante un momento, luego se apoyó en el hombro de su ayudante de campo y murmuró: «¡Avanti!» a su cochero y expiró.

El asesino, “sosteniendo exultantemente en alto su arma humeante”, fue inmediatamente detenido. Fue identificado como Gaetano Bresci, un anarquista y tejedor de seda de treinta años que había llegado a Italia desde Paterson, Nueva Jersey, con la intención de asesinar al rey. Su acto fue el único caso de propaganda anarquista del hecho del que existe alguna evidencia, aunque no probada, de una conspiración previa.

Paterson era un centro de italianos y de anarquismo. Ciertamente, los anarquistas de Paterson celebraron muchas reuniones y discutieron acaloradamente un hecho que sería la señal para el derrocamiento del opresor. Sin duda, el rey de Italia figuraba como su objetivo preferido, pero no se sabe si, como se afirma en los informes posteriores al suceso, en realidad se echó a suertes para seleccionar a la persona que realizaría el acto, o si las discusiones simplemente inspiraron a Bresci a actuar por su propia cuenta. no seguro. La imagen de una camarilla de anarquistas en un sótano sorteando para seleccionar un asesino era una de las imágenes periodísticas favoritas de la época.

Un periodista imaginativo describió a Bresci como si hubiera sido “adoctrinado” por Malatesta, “la cabeza y el espíritu impulsor de todas las conspiraciones que recientemente han sorprendido al mundo por su terrible éxito”. Afirmó que habían visto a Malatesta bebiendo tranquilamente en un bar italiano en Paterson, pero la policía no encontró evidencia de que Bresci hubiera conocido a Malatesta. Sin embargo, había conseguido o le habían regalado un revólver en Paterson con el que practicaba tiro en el bosque mientras su esposa y su hija de tres años recogían flores cerca. Además, sus camaradas le dieron, o de alguna manera lo obtuvieron, dinero para comprar un billete de tercera clase en la Línea Francesa con suficiente dinero para viajar desde Le Havre a Italia.

"No estaba tan loco como para esperar que el cambio de gobierno siguiera su acto", explicó a un periodista Pedro Esteve, editor de la revista Paterson Anarchist. “¿Pero de qué otra manera podría hacerle saber al pueblo de Italia que existe una fuerza en el mundo como la Anarquía?” Persona amable y erudita en cuyas estanterías se

encontraban las obras de Emerson junto a las de Jean Grave, Esteve aceptó como bastante razonable que uno de sus propios lectores saliera a expresar la protesta de las masas con un gesto magnífico.

Los camaradas de Bresci le enviaron un telegrama de felicitación en prisión y lucieron su foto en los botones de las solapas de sus abrigos. También insistieron en una reunión masiva en Paterson, a la que asistieron más de mil personas, que no había habido ningún complot. “No hace falta hacer complots ni hablar”, dijo Esteve, que fue el orador principal. “Si eres anarquista sabes qué hacer y lo haces individualmente y por tu propia voluntad”.

El propio Bresci sufrió la misma suerte que otros instrumentos de la Idea. Como Italia había abolido la pena de muerte, fue condenado a cadena perpetua y pasó los primeros siete años en régimen de aislamiento. Después de los primeros meses se suicidó en prisión.

En Estados Unidos, el relato periodístico sobre el asesinato del rey Humbert fue leído una y otra vez por un polaco-estadounidense llamado León Czolgosz. El recorte se convirtió en una posesión preciosa que se llevaba a la cama todas las noches. En ese momento tenía veintiocho años, era pequeño y delgado, con una peculiar mirada fija en sus ojos azul claro. Nacido en los Estados Unidos poco después de que sus padres llegaran a Estados Unidos, era uno de seis hermanos y dos hermanas y vivía con su familia en una pequeña granja en Ohio. Según su padre, tenía “la apariencia de pensar más que la mayoría de los niños” y, por su afición a la lectura, era considerado el intelectual de la familia. En 1893, cuando tenía veinte años, lo habían despedido durante una huelga en la fábrica de alambre donde trabajaba, y después, según su hermano, “se quedó tranquilo y no tan feliz. Como la oración y el sacerdote local resultaron ineficaces, rompió con la Iglesia católica, se dedicó a leer folletos publicados por "librepensadores" y, a través de ellos, se interesó por el radicalismo político. Se unió a un círculo de trabajadores polacos donde el socialismo y el anarquismo estaban entre los temas discutidos y también, como dijo más tarde, "discutimos sobre presidentes y que no eran buenos".

En 1898 sufrió una enfermedad indefinida que lo dejó de mal humor y aburrido. Dejó el trabajo, se quedó en casa, subió a comer a su dormitorio, se mantuvo solo, leyó el periódico anarquista de Chicago Free Society y la utopía de Bellamy, Looking Backward, y reflexionó. Viajó a Chicago y Cleveland, donde asistió a reuniones anarquistas, escuchó discursos de Emma Goldman y conversó con un anarquista llamado Emil Schilling, a quien se expresó preocupado por la conducta del ejército estadounidense, que, después de liberar a las

Filipinas de España estaba ahora en guerra contra los filipinos. “Esto no armoniza con la enseñanza que se imparte en nuestras escuelas públicas sobre nuestra bandera”, dijo preocupado Czolgosz.

Como las banderas no eran una cuestión de respeto para los anarquistas, Schilling empezó a sospechar de él y publicó una advertencia en Free Society de que el visitante polaco de comportamiento extraño podría ser un agente provocador. Esto fue el 1 de septiembre de 1901 y estuvo fuera de lugar. Cinco días después, Czolgosz apareció en Buffalo, donde, en una fila de recepción en la Exposición Panamericana, disparó al presidente McKinley. El presidente murió ocho días después y fue sucedido por Theodore Roosevelt. Así, Czolgosz, que se encontraba en el nivel más bajo de comprensión entre los asesinos anarquistas, realizó el acto con mayores consecuencias.

“Maté al presidente McKinley”, escribió Czolgosz en su confesión, “porque cumplí con mi deber”, y luego agregó, “porque era un enemigo de los buenos trabajadores”. Dijo a los periodistas que había escuchado a Emma Goldman dar una conferencia y su doctrina "de que todos los gobernantes deben ser exterminados... me hizo pensar de tal manera que mi cabeza casi se partió de dolor". Dijo: “McKinley iba por todo el país gritando prosperidad cuando no había prosperidad para el pobre”. Y además: “No creo que debamos tener gobernantes. Está bien matarlos... Conozco a otros hombres que creen lo mismo que yo, que sería bueno matar al Presidente y no tener gobernantes... No creo en votar; Va en contra de mis principios. Soy anarquista. No creo en el matrimonio. Creo en el amor libre”.

La idea del anarquismo, su visión de una sociedad mejor, no estaba dentro del alcance de Czolgosz. Al igual que Caserio, el simple asesino del presidente Carnot, era del tipo de regicidio que se obsesiona con la ilusión de que su misión es matar al soberano. Esto fue revelado, poco después del apresurado juicio y electrocución de Czolgosz el 29 de octubre, por el Dr. Walter Channing, profesor de Enfermedades Mentales en Tufts e hijo del poeta William Ellery Channing. Insatisfecho con el informe oficial de los alienistas, Channing hizo su propio estudio y concluyó que Czolgosz había estado "derivando en la dirección de la demencia precoz" y era víctima de un delirio ya aislado y descrito por un alienista francés, el Dr. Emanuel Regis, en 1890. Según el Dr. Regis, el tipo regicidio es muy dado a las reflexiones y a la soledad y “cualquiera que sea su sensatez, da paso a una fijación enfermiza de que está llamado a asestar un gran golpe, sacrificar su vida por una causa justa y matar a un monarca o a un dignatario”. en nombre de Dios, de la Patria, de la Libertad, de la Anarquía o de algún

principio análogo”. Se caracteriza por la premeditación y la obsesión. No actúa de repente ni a ciegas, sino que, por el contrario, se prepara con cuidado y solo. Es un solitario. Orgulloso de su misión y de su papel, actúa siempre a la luz del día y en público, y nunca utiliza un arma secreta como el veneno, sino que exige violencia personal. Después, no busca escapar sino que muestra orgullo por su acto y deseo de gloria y de muerte, ya sea por suicidio o por “suicidio indirecto” como mártir ejecutado.

La descripción encaja, pero para que los delirios se activen se requiere un cierto clima de protesta y un ejemplo. Esto lo proporcionaron el credo y los hechos anarquistas. En cualquier momento puede haber cien Czolgoszes viviendo vidas mudas e inactivas; fue necesaria la serie de actos desde Ravachol hasta Bresci para inspirar a uno a matar al presidente de los Estados Unidos.

El público ya estaba completamente excitado, y el público estaba compuesto no sólo por los ricos sino también por imitadores de los ricos. El hombre corriente, el pequeño burgués, el empleado asalariado, se asociaba (como sabía Emile Henry cuando arrojó su bomba en el Café Terminus) con sus empleadores. Su sustento, según él pensaba, dependía de sus propiedades. Cuando esto se vio amenazado, se sintió amenazado. Sintió un horror peculiar ante el deseo de los anarquistas de destruir los cimientos sobre los que se basaba la vida cotidiana; la bandera, la familia legal, el matrimonio, la iglesia, el voto, la ley. Los anarquistas se convirtieron en enemigos de todos. Su siniestra figura se convirtió en sinónimo de todo lo malvado y subversivo, sinónimo, dijo un profesor de ciencias políticas en Harper's Weekly, de "el rey de todos los anarquistas, el archi-rebelde Satán". Su doctrina,

El nuevo presidente, un hombre extraordinariamente mestizo, igualmente capaz de una comprensión sutil, una acción valiente y extremos de banalidad, vio en el anarquista simplemente un criminal, más “peligroso” y “depravado” que el tipo común y corriente. En su mensaje al Congreso el 3 de diciembre de 1901, Theodore Roosevelt dijo: "El anarquismo es un crimen contra toda la raza humana y toda la humanidad debería unirse contra el anarquista". No fue producto de una injusticia social o política y su protesta de preocupación por el trabajador fue “escandalosa”. Las instituciones de Estados Unidos, insistió el presidente, ofrecían oportunidades abiertas “a todo hijo de trabajo honesto e inteligente”. Instó a que los discursos, escritos y reuniones anarquistas de ahora en adelante fueran tratados como sediciosos, que ya no se permitiera a los anarquistas andar en libertad,

Después de mucha discusión y no sin fuertes objeciones a la

denegación del tradicional derecho de entrada, el Congreso enmendó en 1903 la Ley de Inmigración para excluir a las personas que no creían en todo gobierno organizado o "enseñaban incredulidad u oposición a él". La enmienda provocó protestas liberales y tristes referencias a la Estatua de la Libertad.

De la doble naturaleza del anarquismo, mitad odio a la sociedad, mitad amor a la humanidad, el público sólo era consciente de la primera. Fueron las bombas y explosiones, los disparos y las dagas lo que los impresionó. No sabían nada del otro lado del anarquismo que esperaba conducir a la humanidad a través del pantano de la violencia hasta las Montañas Delectables. La prensa les mostró a Malatesta, por ejemplo, como el genio malvado del anarquismo, "silencioso, frío, conspirador". No lo mostró como el hombre cuya filosofía de altruismo le llevó a ceder dos casas que heredó de sus padres en Italia a los inquilinos que las habitaban. Como el público tampoco sabía nada de la teoría de la propaganda mediante los hechos, no podía encontrar ningún sentido a los actos anarquistas. Parecían sin propósito, locos, una pura indulgencia hacia el mal por sí mismo. La prensa solía referirse a los anarquistas como "bestias salvajes", "criptolunáticos", degenerados, criminales, cobardes, delincuentes, "odiosos fanáticos impulsados por un intelecto pervertido y un frenesí mórbido". "El perro rabioso es el paralelo más cercano en la naturaleza al anarquista", afirmó Blackwood's, la digna publicación mensual británica. ¿Cómo era posible, se preguntó Carl Schurz tras el asesinato de Cánovas, proteger a la sociedad contra "una combinación de locos y criminales"?

Ésa era la pregunta sin respuesta. Se hicieron todo tipo de propuestas, incluida la creación de una colonia penal internacional para anarquistas, o su internamiento en hospitales para dementes, o la deportación universal, aunque no se explicó qué país los recibiría si todos los países se dedicaban a enviarlos. ellos lejos.

Sin embargo, algunos escucharon y entendieron el grito de protesta en la garganta de cada acto anarquista. En medio de la histeria por McKinley, Lyman Abbott, editor del Outlook y portavoz de la tradición de Nueva Inglaterra que había producido a los abolicionistas, tuvo el valor de preguntar si el odio de los anarquistas hacia el gobierno y la ley no se derivaba del hecho de que el gobierno y la ley operaban injustamente. Mientras los legisladores, dijo, legislen para clases especiales, "fomenten el expolio de muchos en beneficio de unos pocos, protejan a los ricos y olviden a los pobres", el anarquismo "exigirá la abolición de toda ley porque considera que en derecho sólo es un instrumento de injusticia". Hablando a los cómodos caballeros

del Nineteenth Century Club, sugirió que “el lugar para atacar al anarquismo es donde crecen las ofensas.

Con McKinley llegó a su fin la era de los asesinatos anarquistas en las democracias occidentales. Incluso Alexander Berkman en su celda de prisión reconoció, como le escribió a Emma Goldman, la inutilidad de los actos individuales de violencia en ausencia de un proletariado con mentalidad revolucionaria. Esta segunda desmentida provocó en su corresponsal, que todavía creía, un “sollozo incontrolable” y la dejó “sacudida hasta la raíz”, de modo que tuvo que guardar cama, enferma. Aunque conservó un ferviente público, especialmente entre la prensa, que se refería a ella como la "Reina de los anarquistas", la pasión anarquista en general pasó, como había sucedido en Francia, al combate más realista de los sindicatos sindicalistas. En Estados Unidos fue absorbida por Industrial Workers of the World, fundada en 1905,

En los dos países del borde de Europa, España y Rusia, cada uno industrialmente atrasado y gobernado despóticamente, las bombas y los asesinatos aumentaron a medida que el mundo avanzaba hacia el siglo XX. Cuando en España se arrojó una bomba contra el rey Alfonso y su joven esposa inglesa el día de su boda en 1906, matando a veinte transeúntes, se propagó un reconocimiento temeroso de la profunda reserva de odio que podría haber impulsado tal acto. El odio recíproco de la clase dominante se confirmó en 1909, cuando, como resultado de una revuelta fallida en Barcelona conocida como “Semana Roja”, el gobierno ejecutó a Francisco Ferrer, un educador radical y anticlerical, aunque no un verdadero anarquista. El caso provocó tormentas de protesta en el resto de Europa, donde, como de costumbre, las iniquidades españolas proporcionaron un desahogo para las conciencias liberales. En 1912, un anarquista español llamado Manuel Pardinas acechó al primer ministro, José Canalejas, por las calles de Madrid y lo mató a tiros por la espalda mientras miraba por el escaparate de una librería en la Puerta del Sol. Fue una mala elección, porque Canalejas, llegado al poder tras la muerte de Ferrer, estaba intentando algunas reformas del poder desenfrenado de la Iglesia y los terratenientes, pero era evidencia de que en su continuo combate contra la sociedad, los anarquistas españoles se sintieron conmovidos, como también lo hicieron los anarquistas españoles. Shaw escribió, por “conciencias ultrajadas más allá de lo soportable”.

En Rusia la tradición de la revolución era antigua y profunda y estaba tan llena de desesperación como de esperanza. Cada generación presentó nuevos combatientes en la larga guerra entre rebeldes y déspotas. En 1887, el año en que fueron ahorcados los anarquistas de Haymarket, cinco estudiantes de la Universidad de San Petersburgo

fueron ahorcados por el intento de asesinato con bomba de Alejandro III. Su líder, Alexander Ulyanov, justificó el uso del terror en su juicio como el único método posible en un estado policial. Era uno de los tres hermanos y tres hermanas, todos revolucionarios, de los cuales un hermano menor, Vladimir Ilich, juró venganza, cambió su apellido por el de Lenin y se puso a trabajar por la revolución.

El creciente malestar durante los años noventa animó a los revolucionarios a creer que había llegado el momento de la insurrección. Un nuevo zar que era el más peligroso de los gobernantes, un autócrata débil, marcó su ascenso como Nicolás II en 1895 desestimando rotundamente todos los pedidos de una constitución calificándolos de "sueños sin sentido", provocando así que los demócratas se desesperaran y los extremistas se regocijaran. En las ciudades, las huelgas de los trabajadores recientemente industrializados se sucedieron. Sobre todo, ejerciendo una misteriosa atracción intangible, como la luna sobre las mareas, acechaba el inminente momento del fin de siglo. Había una sensación de un final y un comienzo, de "un momento de ruptura".

Todos los grupos descontentos sintieron la necesidad de prepararse para un momento de acción, reunir fuerzas en partidos y exponer su programa. Pero hubo conflicto entre los seguidores del marxismo, con su acérrima insistencia en la organización y la formación, y los herederos de la tradición Narodniki, que creían en la revolución espontánea provocada por algún acto de terror. Como resultado, en los años 1897 y 1898 se formaron dos partidos: el partido socialdemócrata marxista, por un lado, y los socialrevolucionarios populistas, por otro, cuyos diversos grupos se fusionaron en un partido definitivo en 1901.

En la medida en que aceptaron la organización como partido, los socialrevolucionarios no eran anarquistas de la verdadera raza, pero compartían la creencia de los anarquistas de que los actos de terror podían precipitar la revolución. Al igual que ellos, veían la revolución como un resplandor solar en el horizonte, bajo cuyos benévolos rayos el futuro se cuidaría solo. La identificación del público de los anarquistas con los rusos surgió en parte de su adicción a la bomba, que, desde el asesinato del zar en 1881, parecía un arma peculiarmente rusa, y en parte del silogismo inconsciente: los rusos eran revolucionarios; Los anarquistas eran revolucionarios; ergo, los anarquistas eran rusos. Los anarquistas ortodoxos, de los cuales había pequeños grupos que publicaban revistas en ruso en Ginebra y París, y se inspiraban en Kropotkin,

En 1902, Máximo Gorki expuso en Las profundidades inferiores

todos los males, la miseria y la desesperación de Rusia. "¡El hombre debe vivir para algo mejor!" grita el tahúr borracho de la obra, “algo mejor”, y buscando palabras, significado, una filosofía, sólo puede repetir, “algo mejor”. Con ese fin, en los años 1901-1903, la Brigada Terrorista de los Socialistas Revolucionarios asesinó al Ministro de Educación, Bogolepov; el Ministro del Interior, Sipiagin, que dirigía la Policía Secreta; y el gobernador de Ufá, Bogdanovitch, que había sofocado con especial brutalidad una huelga de mineros en los Urales. El 15 de julio de 1904, en plena guerra ruso-japonesa, dispusieron de un segundo ministro del Interior, Wenzel von Plehve, el hombre más odiado de Rusia. Un ultrarreaccionario, Plehve era incluso más firme que el zar en la creencia de que la autocracia debía mantenerse intacta mediante la más mínima concesión a los procesos democráticos. Su única política fue aplastar todas las fuentes posibles de antipatía hacia el régimen. Arrestó a revolucionarios, reprimió a los “viejos creyentes” ortodoxos, restringió a los zemstvos o gobiernos de aldea, victimizó a los judíos, rusificó por la fuerza a polacos, finlandeses y armenios y, como resultado, aumentó los enemigos del zarismo y los convenció de la necesidad de para un cambio final.

Un método que él prefería para desviar el descontento popular se lo expresó a un colega con las palabras: "Debemos ahogar la revolución en sangre judía". Incitados por sus agentes, vigilados tolerantemente por la policía, los ciudadanos rusos de Kishinev durante la Pascua de 1903 estallaron en un frenesí de violencia contra el eterno chivo expiatorio, matando y golpeando, quemando y saqueando casas y tiendas, profanando sinagogas, destrozando la sagrada Torá. de los brazos de un rabino de barba blanca cuyo horror al verlo profanado por los gentiles fue acortado por su muerte bajo sus garrotes y botas. El pogromo de Kishinev no sólo resonó en todo el mundo sino que logró penetrar en la piel del líder de la Brigada Terrorista, Evno Azev, que era al mismo tiempo agente de la Policía Secreta y además era judío. Azev tuvo cuidado de no informar sobre el plan de asesinato de Plehve, que tuvo lugar oportunamente. Causó una enorme impresión en todos en Rusia, como un golpe terrible contra el sistema del que Plehve era la encarnación. Tan siniestro parecía que el asesino fue condenado a trabajos forzados en Siberia de por vida en lugar de a muerte por el sucesor de Plehve, el príncipe Svyatopolk-Mirsky, con la esperanza de que una política suave pudiera lograr algo.

Seis meses después, en enero de 1905, se produjo la masacre frente al Palacio de Invierno conocida como "Domingo Sangriento", cuando las tropas dispararon contra una multitud de trabajadores que habían acudido a pedir una constitución al zar. Alrededor de mil fueron asesinados. Los terroristas ahora hicieron planes para asesinar al zar y

a sus tíos, al gran duque Vladimir, a quien se consideraba responsable de la masacre, y al gran duque Sergei, de quien se decía que era la persona con mayor influencia sobre el zar. Como gobernador general de Moscú, Sergei era conocido por la brutalidad despiadada de su gobierno, por un carácter caprichoso y dominante y por unos extremos de temperamento autocrático que rayaban en el trastorno. Según un observador inglés, “destacaba por su crueldad y era famoso, incluso entre la aristocracia rusa, por la peculiaridad de sus vicios. Aunque estaba a sueldo de la policía, Azev tuvo que permitir a la Brigada suficientes éxitos para satisfacerlos y mantener su posición como jefe, sin los cuales habría sido de mucho menos valor para la policía. En febrero de 1905, Sergei fue volado por una bomba lanzada por un joven revolucionario llamado Kaliaev que quedó vivo en medio de los escombros, con su viejo abrigo azul y un pañuelo rojo, con el rostro ensangrentado, pero ileso por lo demás. Todo lo que quedó del Gran Duque, de su carruaje y de sus caballos fue “una masa informe de fragmentos de unos veinte o veinticinco centímetros de alto”. Esa noche, cuando el zar se enteró de la noticia, bajó a cenar como de costumbre y no mencionó el asesinato, pero, según un invitado que estaba presente, “después de la cena, el zar y su cuñado se divirtieron intentando unos a otros desde el sofá largo y estrecho”. Azev tuvo que permitir a la Brigada suficientes éxitos para satisfacerlos y mantener su posición como jefe, sin lo cual habría sido de mucho menos valor para la policía. En febrero de 1905, Sergei fue volado por una bomba lanzada por un joven revolucionario llamado Kaliaev que quedó vivo en medio de los escombros, con su viejo abrigo azul y un pañuelo rojo, con el rostro ensangrentado, pero ileso por lo demás. Todo lo que quedó del Gran Duque, de su carruaje y de sus caballos fue “una masa informe de fragmentos de unos veinte o veinticinco centímetros de alto”. Esa noche, cuando el zar se enteró de la noticia, bajó a cenar como de costumbre y no mencionó el asesinato, pero, según un invitado que estaba presente, “después de la cena, el zar y su cuñado se divirtieron intentando unos a otros desde el sofá largo y estrecho”. Azev tuvo que permitir a la Brigada suficientes éxitos para satisfacerlos y mantener su posición como jefe, sin lo cual habría sido de mucho menos valor para la policía. En febrero de 1905, Sergei fue volado por una bomba lanzada por un joven revolucionario llamado Kaliaev que quedó vivo en medio de los escombros, con su viejo abrigo azul y un pañuelo rojo, con el rostro ensangrentado, pero ileso por lo demás. Todo lo que quedó del Gran Duque, de su carruaje y de sus caballos fue “una masa informe de fragmentos de unos veinte o veinticinco centímetros de alto”. Esa noche, cuando el zar se enteró de la noticia, bajó a cenar como de costumbre y no mencionó el asesinato, pero, según un invitado que estaba presente, “después de la

cena, el zar y su cuñado se divirtieron intentando unos a otros desde el sofá largo y estrecho”. sin lo cual habría sido de mucho menos valor para la policía. En febrero de 1905, Sergei fue volado por una bomba lanzada por un joven revolucionario llamado Kaliaev que quedó vivo en medio de los escombros, con su viejo abrigo azul y un pañuelo rojo, con el rostro ensangrentado, pero ileso por lo demás. Todo lo que quedó del Gran Duque, de su carruaje y de sus caballos fue “una masa informe de fragmentos de unos veinte o veinticinco centímetros de alto”. Esa noche, cuando el zar se enteró de la noticia, bajó a cenar como de costumbre y no mencionó el asesinato, pero, según un invitado que estaba presente, “después de la cena, el zar y su cuñado se divirtieron intentando unos a otros desde el sofá largo y estrecho”. sin lo cual habría sido de mucho menos valor para la policía. En febrero de 1905, Sergei fue volado por una bomba lanzada por un joven revolucionario llamado Kaliaev que quedó vivo en medio de los escombros, con su viejo abrigo azul y un pañuelo rojo, con el rostro ensangrentado, pero ileso por lo demás. Todo lo que quedó del Gran Duque, de su carruaje y de sus caballos fue “una masa informe de fragmentos de unos veinte o veinticinco centímetros de alto”. Esa noche, cuando el zar se enteró de la noticia, bajó a cenar como de costumbre y no mencionó el asesinato, pero, según un invitado que estaba presente, “después de la cena, el zar y su cuñado se divirtieron intentando unos a otros desde el sofá largo y estrecho”. Sergei fue volado por una bomba lanzada por un joven revolucionario llamado Kaliaev que quedó vivo en medio de los escombros, con su viejo abrigo azul y un pañuelo rojo, con la cara ensangrentada, pero ileso por lo demás. Todo lo que quedó del Gran Duque, de su carruaje y de sus caballos fue “una masa informe de fragmentos de unos veinte o veinticinco centímetros de alto”. Esa noche, cuando el zar se enteró de la noticia, bajó a cenar como de costumbre y no mencionó el asesinato, pero, según un invitado que estaba presente, “después de la cena, el zar y su cuñado se divirtieron intentando unos a otros desde el sofá largo y estrecho”. Sergei fue volado por una bomba lanzada por un joven revolucionario llamado Kaliaev que quedó vivo en medio de los escombros, con su viejo abrigo azul y un pañuelo rojo, con la cara ensangrentada, pero ileso por lo demás. Todo lo que quedó del Gran Duque, de su carruaje y de sus caballos fue “una masa informe de fragmentos de unos veinte o veinticinco centímetros de alto”. Esa noche, cuando el zar se enteró de la noticia, bajó a cenar como de costumbre y no mencionó el asesinato, pero, según un invitado que estaba presente, “después de la cena, el zar y su cuñado se divirtieron intentando unos a otros desde el sofá largo y estrecho”. Todo lo que quedó del Gran Duque, de su carruaje y de sus caballos fue “una masa informe de fragmentos de unos veinte o veinticinco centímetros de

alto”. Esa noche, cuando el zar se enteró de la noticia, bajó a cenar como de costumbre y no mencionó el asesinato, pero, según un invitado que estaba presente, “después de la cena, el zar y su cuñado se divirtieron intentando unos a otros desde el sofá largo y estrecho”. Todo lo que quedó del Gran Duque, de su carruaje y de sus caballos fue “una masa informe de fragmentos de unos veinte o veinticinco centímetros de alto”. Esa noche, cuando el zar se enteró de la noticia, bajó a cenar como de costumbre y no mencionó el asesinato, pero, según un invitado que estaba presente, “después de la cena, el zar y su cuñado se divirtieron intentando unos a otros desde el sofá largo y estrecho”.

En su juicio en abril de 1905, Kaliaev, delgado, demacrado y con los ojos hundidos en las órbitas, dijo a los jueces: “Somos dos bandos en guerra… dos mundos en furiosa colisión. Ustedes, los representantes del capital y de la opresión; Yo, uno de los vengadores del pueblo”. Rusia estaba en medio de la guerra, afuera contra los japoneses y adentro contra su propio pueblo, que estaba en abierta rebelión. "¿Qué significa todo esto? Es el juicio de la historia sobre vosotros”. Cuando se pronunció la sentencia de muerte, Kaliaev dijo que esperaba que sus verdugos tuvieran el coraje de ejecutarla abierta y públicamente. “Aprendan a mirar directamente a los ojos la revolución que avanza”, dijo a la Corte. Pero fue ahorcado, vestido de negro, después de medianoche en el patio de la prisión y enterrado bajo el muro de la prisión.

En octubre llegó la Revolución; La propaganda del hecho, en los asesinatos de von Plehve y el gran duque Sergei, había ayudado a excitar los nervios de las masas hasta el punto de la insurrección. Ni organizada ni dirigida por los socialrevolucionarios, socialdemócratas o anarquistas, fue la revolución espontánea en la que Bakunin había creído y no vivió para ver. De acuerdo con la teoría sindicalista, surgió de una huelga general de los trabajadores y, durante el primer susto del régimen, logró forzar la concesión de una constitución y una Duma. Aunque posteriormente fueron retirados y la Revolución, cuando el régimen recuperó su valor, reprimida ferozmente, alentó la creencia de los sindicalistas en la "acción directa" a través de la huelga general y reforzó el movimiento de los anarquistas hacia los sindicatos industriales.

Por muy autolimitados que fueran sus actos, por muy visionario que fuera su sueño, el anarquismo había dramatizado terriblemente la guerra entre las dos divisiones de la sociedad, entre el mundo de los privilegios y el mundo de la protesta. En el uno despertó una conciencia social; en el otro, cuando su energía pasó al sindicalismo,

añadió su carácter de violencia y extremismo a la lucha por el poder de los trabajadores organizados. Era una idea que atraía a los hombres a seguirla pero, debido a su paradoja inherente, no podía reunirlos en un grupo capaz de emprender una acción concertada. Fue el último grito del hombre individual, el último movimiento de las masas en favor de la libertad individual, la última esperanza de vivir sin regulación, el último puño agitado contra el Estado invasor, antes de que éste, así como los partidos, los sindicatos, y todas las organizaciones, estrechasen su cerco en torno al individuo.

El fin de un sueño

ESTADOS UNIDOS: 1890-1902

3 El fin de un sueño

En la apertura del Congreso de los Estados Unidos en enero de 1890, un recién elegido Presidente de la Cámara de Representantes ocupaba la presidencia. Un gigante físico, de seis pies y tres pulgadas de alto, que pesaba casi trescientas libras y vestía completamente de negro, “de cuyo cuello surgía una enorme cara de bebé bien afeitada, semejante a una calabaza que surgiese floreciendo de un grueso tallo negro, era un personaje de Frans Hals, con largos dedos blancos que habrían cautivado a Memling”.

Hablando lentamente, se deleitaba en arrojar frías perlas de sarcasmo en la retórica más acalorada y observar el fracaso resultante con la suave gravedad de un Buda de Nueva Inglaterra. Cuando un perenne parlanchín, el Representante Springer de Illinois, declamaba ante la Cámara su apasionada preferencia por tener razón en lugar de ser Presidente, el Portavoz intervino: “No es necesario molestar al caballero; él tampoco lo será nunca”. Cuando otro miembro, conocido por sus opiniones mal digeridas y sus modales vacilantes, comenzó algunos comentarios con: "Estaba pensando, señor presidente, estaba pensando...", el presidente expresó la esperanza de que "nadie interrumpa la encomiable innovación de este caballero". " De dos oradores particularmente ineptos, comentó: "Nunca abren la boca sin restarle importancia a la suma del conocimiento humano". Se decía que prefería hacer un epigrama que un amigo. Sin embargo, entre los selectos que eran sus amigos

elegidos, era conocido como "una de las almas más geniales que jamás haya animado una compañía", cuya conversación, "brillante de buen carácter, era mejor que el mejor champán". Era Thomas B. Reed, republicano de Maine, de cincuenta años. Reconocido ya después de catorce años en el Congreso como “el polemista más capaz que el pueblo estadounidense jamás haya visto”, sería llamado, antes del final de la sesión, “el líder parlamentario más grande de su tiempo... de lejos, la figura más brillante de su tiempo en la política estadounidense”.

Aunque sus raíces se remontan al comienzo de Nueva Inglaterra, Reed no fue nutrido para una carrera política por la riqueza heredada, la posición social o la propiedad territorial. La política en Estados Unidos no hacía uso de estas cualidades, y los hombres que las poseían no estaban en política. Las familias acomodadas y establecidas desde hacía mucho tiempo no asumieron (sino eludieron) las responsabilidades del gobierno. El hermano mayor de Henry Adams, John, “considerado el más brillante de la familia y el más distinguido”, que hizo una fortuna en Union Pacific Railroad, “se alejó” del gobierno, según su hermano. “Tenía todo lo que quería; riqueza, hijos, sociedad, consideración; y se rió ante la idea de sacrificarse para adornar un gabinete de Cleveland o recibir aplausos de una mafia irlandesa”. Esta actitud no se limitó a los Adams, bastante agotados. Cuando el joven Theodore Roosevelt anunció su intención de dedicarse a la política en Nueva York en 1880, los “hombres de vida culta y fácil” se rieron de él y le dijeron que la política era “baja” y dirigida por “tabermanes, transportistas de caballos”. conductores y similares”, a quienes le resultaría “rudo, brutal y desagradable de tratar”.

La abdicación de los ricos nació del éxito de la Revolución Americana y de la derrota del diseño de Hamilton de organizar el Estado en interés de la clase gobernante. Los principios de Jefferson y la democracia de Jackson habían triunfado. Los padres fundadores y los firmantes de la Declaración habían sido en su mayoría hombres con propiedades y posición, pero el éxito mismo de su logro terminó por desalentar a los hombres de su propia especie de participar en el gobierno. Con el establecimiento del sufragio universal masculino, los hombres ricos se encontraron con que en las urnas no contaban más que el hombre común; al verse muy superados en número, se retiraron

del combate. Ningún presidente después de los primeros seis procedía de una familia bien establecida (a menos que se pudiera considerar que los Harrison reunían los requisitos). Retirándose a la comodidad de sus hogares y a las actividades de su clase, dejaron cada vez más el gobierno en manos de recién llegados que empujaban con fuerza desde abajo. Las energías que tenían las dedicaron a ganar dinero en la banca y el comercio, en lugar de hacerlo en la tierra que abandonaron gradualmente. Las grandes propiedades de los mecenas de Nueva York de ascendencia holandesa fueron las primeras en declinar; las plantaciones del Sur desaparecieron con la Guerra Civil; Las antiguas familias de Boston permanecieron activas y prósperas, pero en general alejadas del gobierno. El orgulloso "Centro" no había producido ningún presidente después de los dos primeros Adams. "La parte más valiosa, más moderada, capaz y cultivada de la población", escribió Emerson, en su ensayo sobre Política, "es tímida y meramente defensiva de la propiedad".

Cuarenta años más tarde, el inglés James Bryce quedó impresionado por la "apatía entre las clases lujosas y las mentes exigentes" y dedicó un capítulo entero en The American Commonwealth a "Por qué los mejores hombres no se dedican a la política". Carecían de un sentido de nobleza obliga. La "indiferencia de las clases ricas y educadas" se debía en parte, pensaba, a la falta de respeto que les tenían las masas. "Dado que las masas no buscan orientación en ellos, no se acercan para dársela".

Sin tierras a las que aferrarse, no se había podido desarrollar una clase gobernante hereditaria, y la ausencia de tal clase sujeta a una moralidad tradicional dejó a Estados Unidos abierto a las hazañas irrestrictas de los "saqueadores" y saqueadores, los constructores, los malhechores y los especuladores. y a través de ellos a la corrupción de la política. Con la gran liberación y auge empresarial después de la Guerra Civil, Estados Unidos se encontraba en un período de expansión sin precedentes. La población aumentó en un 50 por ciento, de cincuenta millones a setenta y cinco millones en los años 1880-1900. Con oportunidades abiertas por todos lados, el gobierno en Estados Unidos durante los años setenta y ochenta funcionó principalmente para hacer que el país fuera seguro (y lucrativo) para los capitalistas. El gobierno era un agente pagado. Sus escándalos y acuerdos, que se habían vuelto flagrantes, habían despertado la ira y la gente exigía reformas. Pero mientras tanto, los caballeros no "se rebajaron a la política", como dijo Edith Wharton de la "Sociedad" de Nueva York. Pocos de sus amigos de "la mejor clase" hicieron uso de sus capacidades o prestaron los servicios públicos que podían tener. Estados Unidos "desperdició esta clase en lugar de utilizarla".

Sin ningún papel en el gobierno y sin seguridad del territorio, los ricos estadounidenses entraron en pánico fácilmente. Cuando la crisis financiera de 1893 amenazó con perder la fortuna de John Adams, "se vino abajo", escribió Henry. “Todo el sistema nervioso de Boston pareció ceder y él se derrumbó junto con toda una multitud de otros protagonistas. Ciertamente no tengo motivos para pensar que alguno de nosotros sea más fuerte que él. Mis propios nervios se desmoronaron hace mucho tiempo”. Aunque muchos de su clase eran más fuertes que Adams, estaban muy lejos de Lewis Morris, señor de la mansión de Morrisania, quien, cuando su hermano le instó a no firmar la Declaración de Independencia debido a las consecuencias para su propiedad, respondió: “¡Malditas sean las consecuencias, dame el bolígrafo!”

El carácter, el intelecto y una especie de independencia brutal del presidente Reed representaban lo mejor que Estados Unidos podía aportar a la política en su época. Nació de una costilla de ese duro rincón del norte de Nueva Inglaterra con un nombre monosilábico intransigente. En el momento de su nacimiento en 1839, sus antepasados habían vivido en Maine durante doscientos años. A través de su madre descendía de un pasajero del Mayflower y a través de la madre de su padre de George Cleve, quien vino de Inglaterra en 1632, construyó la primera casa de un hombre blanco en Maine y fue fundador de la colonia de Portland y su primer gobernador. El Reed que se casó con la tataranieta de Cleve provenía de una familia de pescadores y marineros. Estos antepasados y sus vecinos, que nunca desembarcaron en un sentido amplio ni fueron ricos, se habían esforzado a lo largo de generaciones por mantener un asentamiento en el suelo con costillas de roca, para sobrevivir al ataque, el aislamiento y los inviernos nevados de los indios. El hábito de luchar contra las adversidades estaba en la sangre de Thomas Reed. Su padre, capitán de un pequeño barco costero, había hipotecado su casa para enviar a su hijo a Bowdoin. Para mantenerse en la universidad, Reed enseñaba en la escuela y caminaba seis millas hacia y desde su alojamiento todos los días. Los hijos de familias de Portland fueron a Bowdoin, no para satisfacer las costumbres sociales, sino para obtener una educación seria. Como la mayoría de ellos estaban situados en circunstancias como las de Reed, los semestres se organizaron para permitir la enseñanza en la escuela en invierno. Reed se propuso dedicarse al ministerio, pero, sentado por las noches en la cama de su habitación del ático, leyendo en voz alta con un amigo de la universidad la Revolución Francesa de Carlyle, Fausto y Werther de Goethe, los Ensayos de Macaulay y las novelas de Thackeray y Charles Reade, formó convicciones religiosas que eran demasiado individual para someterse a un credo formal. Después de graduarse en 1861,

estudió derecho mientras continuaba enseñando por 20 dólares al mes y alojado en familias locales.

La Guerra Civil no lo envolvió hasta 1864, cuando se unió a la Armada y prestó servicio de naturaleza no demasiado belicosa en una cañonera del Mississippi. Era oficial de comisaría y admitiría libremente más adelante en su vida que nunca había estado bajo fuego. El aura habitual de gloria y brillo de valentía que gradualmente incrustan la mayoría de los recuerdos de tiempos de guerra no formaban parte de Reed. “Qué vida tan encantadora era esa, esa vieja y querida vida en la Marina”, decía cuando otros recordaban la guerra, “cuando hacía compras en una cañonera. Yo conocía todas las normas y el resto no. Tenía todos mis derechos y la mayoría de los de ellos”. Debía repetir el método y obtener el mismo resultado en el Congreso.

Cuando fue admitido en el colegio de abogados de Maine en 1865, Reed era un joven alto y fuerte de veinticinco años, con un rostro cuadrado, hermoso, de huesos duros y espeso cabello rubio. Durante los siguientes diez años sirvió como Consejero Municipal de Portland, fue elegido miembro de la Legislatura estatal y luego del Senado estatal, fue nombrado Fiscal General de Maine, se casó y engordó. Tuvo dos hijos, un hijo que murió joven y una hija. Su cabello se fue adelgazando hasta quedar casi calvo, su figura se abombó hasta que, mientras caminaba por las calles de Portland, parecía "una fragata humana entre chalupas". Silencioso, impasible, con la mirada vuelta hacia adentro, sin reparar en nadie, avanzaba con el paso pesado y suavemente balanceado de un elefante. ¡Qué estrecha hace que parezca la calle! exclamó una vez un transeúnte.

En 1876, Reed, que ahora tenía treinta y seis años, fue elegido miembro del Congreso en lugar de Blaine, quien ascendió al Senado. Como miembro del comité formado para investigar las acusaciones de fraude electoral de los demócratas en la elección Hayes-Tilden, su interrogatorio de testigos atrajo a los espectadores por su arte forense y lo hizo prominente a nivel nacional. En congresos posteriores se convirtió en miembro del importante Comité de Reglamento y presidente del Comité Judicial, mientras, sesión tras sesión, perfeccionaba su conocimiento de los procedimientos de la Cámara y del dispositivo parlamentario.

Había surgido un conjunto de reglas “calculadas mejor que cualquier otra cosa”, como dijo un colega, “para obstruir la legislación”, un conjunto tan lleno de “complejos y secretos” como el armamento de un cabalista medieval. Reed lo dominó. "En mi opinión, nunca ha habido un líder mejor equipado en ningún órgano

parlamentario en ningún período", dijo un observador profesional, el senador Henry Cabot Lodge, que había trabajado con él durante siete años en la Cámara. Reed no sólo conocía la práctica y el derecho parlamentario, sino que "entendía como pocos hombres la teoría y la filosofía del sistema". Conscientemente o no, se estaba preparando para el momento en que, como presidente, pudiera inculcar en la Cámara la sensación de que nadie en la sala podría competir con el presidente que tenía el control de las reglas.

Incluso con esto, no podría haber impuesto su autoridad si no hubiera sido también "el mejor y más eficaz polemista", en opinión de Lodge, "que jamás haya visto u oído". Nunca usó una palabra extra, nunca tropezó en su sintaxis, nunca estuvo perdido, nunca se vio obligado a retroceder o modificar una posición. Fue instantáneo en su respuesta, conciso, contundente, lúcido. Podía exponer un caso sin respuesta, iluminar un tema, destruir un argumento o exponer una falacia con menos palabras que cualquier otra persona. Su lenguaje era vívido y pintoresco. “Apenas es hora de madurar una fresa”, dijo para describir un lapso de dos meses. Tenía una manera de expresar las cosas que era peculiarmente adecuada y peculiarmente suya. En una discusión sobre cuál de los dos compañeros, Berry o Curtis, era más alto, les pidió que se pusieran de pie y fueran medidos. Cuando Berry se desenroscó lentamente hasta alcanzar toda su altura, Reed dijo: "Dios mío, Berry, ¿cuánto de ti guardas en tus bolsillos?". Sus epigramas fueron famosos. “Toda la sabiduría del mundo consiste en gritar con la mayoría”, fue una de ellas. "Un estadista es un político que está muerto", fue otro. Rara vez hacía un gesto al hablar. “Cuando se puso de pie”, dijo Lodge, “esperando que un oponente concluyera, llenando el estrecho pasillo, con las manos apoyadas sobre el escritorio, con todo rastro de expresión borrado de su rostro y luciendo como si no tuviera una idea y Apenas escuchó lo que se decía, entonces era muy peligroso”. Después de una réplica que dejó a su víctima sin palabras, Reed, mirando dulcemente a su alrededor, comentó: "Habiendo incrustado esa mosca en el ámbar líquido de mis comentarios, continuaré".

Su lucidez y lógica fueron particularmente efectivas bajo la regla de los “cinco minutos”. “Russell”, le dijo a un representante de Massachusetts, “tú no entiendes la teoría del debate de cinco minutos. El objetivo es transmitir a la Cámara información o desinformación. Has consumido varios períodos de cinco minutos esta tarde sin hacer ninguna de las dos cosas”.

Reed expresó su punto narrando, no orando. Una vez, mientras practicaba su deporte favorito de hostigar a la cámara contigua, por el

que sentía una profunda falta de respeto, describió una elección presidencial cincuenta años en el futuro, cuando mediante una enmienda constitucional el presidente sería elegido entre y por los senadores. “Cuando se recogieron y distribuyeron las papeletas, se observó que el presidente del Tribunal Supremo que presidía vacilaba y los más cercanos pudieron ver por su palidez que algo inesperado había sucedido. Pero con un gran esfuerzo se puso de pie y a través de un megáfono, recientemente inventado por Edison, gritó a la gran multitud el sorprendente resultado: setenta y seis senadores habían recibido un voto cada uno”.

Al discutir los privilegios económicos durante un debate arancelario, contó cómo, al caminar por las calles de Nueva York y contrastar “las fachadas de piedra rojiza de los comerciantes ricos con la virtud no recompensada de la gente en las aceras, mi garganta se eleva... No me siento amable a la gente de dentro. Pero cuando me siento así sé cuál es el sentimiento. Es una buena envidia honesta y altruista. Cuando los caballeros del otro lado del pasillo tienen el mismo sentimiento, piensan que se trata de economía política”.

Cuando corrió por los pasillos la noticia de que Reed estaba de pie, a punto de hablar, los grupos de chismes se disolvieron, los miembros se apresuraron a ocupar sus asientos, el aburrimiento y la falta de atención desaparecieron mientras la Cámara escuchaba expectante la prosa esculpida, el pinchazo del sarcasmo y el destello de ingenio. . Todos los miembros codiciaban la notoriedad de debatir con Reed, pero él se negaba a dejarse atraer por los “pequeños compañeros”, reservándose sólo para aquellos que consideraba oponentes dignos.

Los periodistas, con la esperanza de provocar alguna ocurrencia, siempre le pedían comentarios sobre las noticias del día. No siempre tuvieron éxito. Cuando se le pidió que comentara un mensaje papal, respondió: “La abrumadora falta de importancia de esto me deja sin palabras”. Cuando se le preguntó cuál era el mayor problema al que se enfrentaba el pueblo estadounidense, respondió: “Cómo esquivar una bicicleta”.

Después de su primer mandato, su nominación como Representante del Primer Distrito de Maine nunca fue impugnada. Las elecciones eran otra cuestión y casi perdió la de 1880 cuando se negó a ceder o a equivocarse sobre la plata libre a pesar del fuerte sentimiento de "dólar" en Maine. En aquella ocasión mantuvo su escaño por sólo 109 votos. Pero a medida que su fama crecía, generalmente se presentaba por delante de sus candidatos en las elecciones bienales. Incluso los demócratas confesaron haber “votado por él a escondidas”. "Se adaptaba al gusto de Nueva Inglaterra", dijo el senador Hoar de

Massachusetts. "A la gente le gustaba escucharlo en cuestiones públicas más que a cualquier otro hombre, sin exceptuar a Blaine o McKinley". La razón fue quizás la misma que dio un inglés para explicar el secreto de la popularidad de Palmerston: "¡Lo que le gusta a la nación en Palmerston es su maldito!"

Aunque Reed despreciaba la construcción de vallas y nunca fomentó la familiaridad con el público, entre sus iguales intelectuales “nunca ha existido un compañero más agradable”. En el pequeño mundo que entonces era la élite de Washington, él era una personalidad jovial y radiante, un jugador de póquer, un narrador de historias y un invitado muy solicitado a cenar. En una cena en la que la conversación giró sobre los juegos de azar, otro famoso narrador, el senador Choate de Nueva York, comentó un tanto untuosamente que nunca había hecho una apuesta a un caballo, a una carta ni a ninguna otra cosa en su vida. “Ojalá pudiera decir eso”, dijo seriamente otro invitado. "¿Por qué no puedes?" preguntó Reed con su peculiar acento. "Choate lo hizo".

Su conversación en la mesa se vio enriquecida por los recursos de una mente cultivada. Sus poetas favoritos eran Burns, Byron y Tennyson, su novela favorita, Thackeray's Vanity Fair. Habitualmente leía a Punch y a Balzac en su versión original, de quien decía: "Difícilmente hay un libro suyo que no sea triste más allá de las palabras". Había aprendido francés después de los cuarenta y llevaba un diario en ese idioma "para practicar". La existencia de una biblioteca nacional se debe a Reed, cuya persistente y elocuente insistencia finalmente agotó la natural parsimonia de la Cámara para asegurar fondos adecuados para la Biblioteca del Congreso.

"Nunca nadie fue mejor para escuchar ni fue mejor oyente", dijo Lodge, "porque sus simpatías eran amplias, sus intereses ilimitados y nada humano le era ajeno". “Invitamos a cenar a Tom Reeds”, escribió un joven amigo de Lodge desde Nueva York, “y estuvo encantador”. Poco después, Reed, un defensor de la reforma del servicio civil, obtuvo para el joven un puesto en Washington en la Comisión de Servicio Civil y, a partir de entonces, cada vez que el nuevo comisionado necesitaba ayuda en el Capitolio, Reed estaba dispuesto a brindársela. Más tarde, cuando el joven neoyorquino irrumpió en la escena nacional, Reed compuso probablemente el tributo más memorable que jamás se le haya hecho: “Theodore, si hay algo más que otro por lo que te admiro es por tu descubrimiento original de los Diez. Mandamientos”. Con un poco menos de presciencia también había dicho: “Theodore nunca será presidente; no tiene antecedentes políticos”.

En 1889, sin embargo, Theodore Roosevelt resultó políticamente útil para Reed en su contienda intrapartidaria contra McKinley, Joe Cannon y otros dos por la presidencia. Mientras cultivaba ranchos y cazaba en el noroeste, Roosevelt hizo una vigorosa campaña, y con éxito, para garantizar que los cuatro nuevos estados que acababan de ingresar a la Unión (Washington, Montana y las dos Dakotas) enviaran republicanos al próximo Congreso. A su regreso a Washington abrió una sede personal en una habitación trasera del antiguo Hotel Wormley donde "reunió" los votos de los nuevos congresistas para Reed. Aunque, para desesperación de sus partidarios, Reed se negó a pescar votos con el anzuelo de los nombramientos de comités prometidos, ganó de todos modos.

Ahora ocupaba el cargo electoral más alto gracias a su partido junto a la Presidencia. "Ambicioso como Lucifer", en opinión del representante Champ Clark, que lo conocía bien, no pensaba quedarse ahí. Al tomar el mazo como portavoz, estaba decidido a poner en práctica un plan sobre el que había deliberado durante mucho tiempo, sin consultar a nadie, y por el que arriesgaba su futuro político. Sabía que la lucha centraría sobre él la atención de la nación y también que si fracasaba su carrera en el Congreso terminaría. Había mucho en juego: o rompería "la tiranía de la minoría" que paralizó a la Cámara en un estado de "inanidad impotente", o dimitiría.

El sistema que el presidente Reed había decidido desafiar se conocía como quórum silencioso o en desaparición. Era una práctica mediante la cual el partido minoritario podía impedir cualquier legislación que le resultara desagradable rechazando el quórum, es decir, exigiendo una votación nominal y luego permaneciendo en silencio cuando se pronunciaba su nombre. Dado que las reglas prescribían que la presencia de un miembro se establecía sólo mediante una respuesta viva voce a la lista, y dado que se requería una mayoría del total para constituir quórum, el obstruccionismo silencioso podría efectivamente impedir que la Cámara hiciera negocios.

Las recientes elecciones de 1888 habían sido una victoria republicana en la que, por primera vez en dieciséis años, un partido controlaba tanto el Ejecutivo como el Congreso. Pero por apenas un pelo. El severo Benjamín Harrison era un presidente minoritario que había perdido ante Cleveland en el voto popular y se sentaba en ese trono inestable tan extrañamente construido por el sistema del colegio electoral. La mayoría republicana en la Cámara de 168-160 era muy escasa, sólo tres más que el quórum, que se había fijado en 165. Con esto, los republicanos se enfrentaban a la tarea de promulgar dos leyes de partido importantes, el proyecto de ley Mills para revisar el arancel

y el Force Bill dirigido contra el impuesto de capitación y otros dispositivos del Sur para impedir que los negros votaran. Los demócratas estaban dispuestos a obstruir esta legislación y también a impedir una votación sobre los escaños de cuatro republicanos, dos de ellos negros, en elecciones disputadas en los distritos del sur.

Para Reed la cuestión era la supervivencia del gobierno representativo. Si los demócratas pudieran impedir esa legislación que los republicanos en virtud de su victoria electoral podrían legítimamente esperar promulgar, en la práctica estarían dejando de lado el veredicto de las elecciones. Creía que los derechos de la minoría estaban preservados por la libertad de debatir y votar, pero cuando la minoría era capaz de frustrar la acción de la mayoría, "se convierte en una tiranía". Creía que la legislación, no la mera deliberación, era asunto del Congreso. El deber del Portavoz para con su partido y su país era velar por que se cumpliera esa tarea, no simplemente arbitrar el debate.

La Presidencia era un puesto de tremenda influencia, que aún poseía todos los poderes que en 1910, en la revuelta contra Joe Cannon, iban a ser transferidos a los comités. Como el Portavoz era presidente ex officio del Comité de Normas, cuyos dos miembros republicanos y dos demócratas se anulaban entre sí, y como tenía derecho a nombrar todos los comités, las carreras de los miembros y el curso de la legislación dependían de su voluntad. En manos de Reed estaba ahora el "poder con responsabilidad" y, a pesar de una famosa máxima, el poder tiene otros efectos además de corromper: también puede ampliar el entendimiento. A veces engendra grandeza. La oficina del Portavoz, que el Washington Post calificó de "no menos importante que la Presidencia", podría ser el trampolín hacia esa cima definitiva. Reed no era hombre que perdiera su oportunidad ni la aprovechara débilmente.

Llegó a la decisión de atacar el quórum silencioso y planificó su campaña solo, en parte porque nadie más habría pensado que había posibilidades de éxito y en parte porque no estaba seguro de que ni siquiera su propio partido lo apoyaría. Había indicios de que tal vez no. Debido a las conocidas opiniones de Reed sobre el obstruccionismo silencioso, estaba claro que el recuento de quórum sería un tema en el nuevo Congreso. REED LOS CONTARÁ, predijo un titular en el Washington Post, y la historia debajo decía que incluso el Sr. Cannon, el lugarteniente más cercano de Reed, se oponía al intento. Los demócratas estaban controlando sus defensas. El ex presidente Carlisle hizo saber que cualquier legislación promulgada con un quórum que no hubiera sido establecido mediante una

“votación registrada” sería llevada ante los tribunales por ser inconstitucional.

Reed, sin embargo, se había convencido de que sería respaldado si llegaba a la ley, y estaba dispuesto a apostar por la actitud de su propio partido. Juzgó astutamente que los demócratas, en su ira, provocarían que los republicanos se unieran en su apoyo. Cuando la primera de las elecciones disputadas apareció en el calendario para el 29 de enero, estaba listo. Como era de esperar, los demócratas gritaron que no había quórum y exigieron que se pasara lista. Obtuvo 163 votos a favor, todos republicanos, dos menos que el quórum. El momento de Reed había llegado. Sin un destello de expresión en la gran cara blanca de la luna, “el rostro humano más grande que he visto en mi vida”, como lo describió un colega, sin acelerar su voz arrastrando las palabras, anunció: “El Presidente ordena al Secretario que registre los nombres de los siguientes miembros presentes y negándose a votar”, y comenzó a leer los nombres él mismo. Al instante, según un periodista, “se desató el caos. La tormenta fue furiosa... y es dudoso que alguna vez hubo tal excitación salvaje, indignación ardiente, denuncia mordaz y condiciones realmente peligrosas como las que existieron en la Cámara” durante los siguientes cinco días. Los republicanos aplaudían frenéticamente, todos los demócratas “gritaban, chillaban y golpeaban sus escritorios” mientras la voz de su futuro presidente, Crisp de Georgia, retumbaba: “¡Apelo! ¡Apelo la decisión del Presidente!” La explosión fue “tan violenta como jamás se haya presenciado en ningún parlamento”, recordó más tarde un miembro. Serena, inexpresiva, el Portavoz continuó contando: “Sr. Blanchard, el señor Bland, el señor Blount, el señor Breckinridge de Arkansas, el señor Breckinridge de Kentucky…”

Saltó el kentuckiano, “famoso por su cabello plateado y su lengua plateada”. “¡Niego el poder del Portavoz y lo denuncio como revolucionario!” él llamó.

El sonido resonante de la silla continuó sin tener en cuenta: “Sr. Bullock, el señor Bynum, el señor Carlisle, el señor Chipman, el señor Clement, el señor Covert, el señor Crisp, el señor Cummings”, a través de silbidos, abucheos y gritos de “¡Apelación!” irresistiblemente deslizando el alfabeto: “Mr. Lawler, el señor Lee, el señor McAdoo, el señor McCreary…”

“¡Niego su derecho, señor presidente, a contarme como presente!” bramó McCreary.

Por primera vez, el Portavoz se detuvo, mantuvo la sala en silencio durante una pausa como un actor sostiene a una audiencia, luego

habló suavemente: “El Presidente está haciendo una declaración de hecho de que el caballero está presente. ¿Lo niega?

Continuó con su conteo, impasible ante las protestas, negaciones, gritos de “¡Orden!” que se convirtió en un caos, a través de las S y las T hasta el final. Entonces, de repente, pareciendo reunir todo el poder de su enorme cuerpo, proyectando toda la fuerza de su imponente personalidad y alzando la voz que podría llenar cualquier salón cuando quisiera, anunció: “El Presidente dictamina entonces que hay quórum presente dentro el significado de la Constitución”.

Siguió un tumulto aún peor que el anterior. Breckinridge, de Kentucky, exigió una cuestión de orden basándose en que el Presidente no tenía derecho a dictar tal decisión. “El Presidente anula la cuestión de orden”, declaró Reed con frialdad.

“¡Apelo la decisión del presidente!” gritó Breckinridge.

“Propongo poner la apelación sobre la mesa”, intervino rápidamente un republicano alerta, Payson de Illinois. Como esta moción, de ser aprobada, habría cerrado el debate, los demócratas echaron espuma por la ira. Un centenar de ellos “estaban de pie gritando pidiendo reconocimiento”, escribió un periodista. “Fighting Joe” Wheeler, el diminuto ex general de caballería confederado, incapaz de llegar al frente debido a los pasillos abarrotados, bajó desde atrás “saltando de escritorio en escritorio como un íbice salta de risco en risco”. A medida que el entusiasmo crecía, el único demócrata que no estaba de pie era un enorme representante de Texas que estaba sentado en su asiento afilando significativamente un cuchillo de monte en su bota. Cuando un miembro republicano dijo que creía que “deberíamos debatir” un asunto tan importante, Reed lo permitió. El debate iba a durar cuatro días con los demócratas peleando cada centímetro del camino, insistiendo en la lectura de cada palabra del Journal, en apelaciones y cuestiones de orden y pases de lista, cada una de las cuales fueron recibidas por Reed imperturbablemente contando a los miembros silenciosos. como presente y evocando cada vez más desafío enfurecido. Una vez, el representante McKinley, esforzándose por complacer como de costumbre, sin darse cuenta cedió la palabra y Reed tuvo que pedirle: "El caballero de Ohio se niega a ser interrumpido".

“Me niego a que me interrumpan”, repitió McKinley cerrando valientemente la brecha.

A medida que Reed contaba implacablemente en cada coyuntura y repetía su fórmula: “Existe un quórum constitucional para hacer negocios”, la furia y la frustración de los demócratas aumentaron. Un

grupo que respiraba maldiciones avanzó por el pasillo amenazando con tirarlo de la silla y por un momento le pareció a un espectador "como si tuvieran la intención de acosar al Portavoz". Reed permaneció impasible. Infectados por la pasión en el suelo, visitantes y corresponsales en las galerías se inclinaron sobre las barandillas para agitar los puños hacia el Portavoz y unirse al abuso y la blasfemia. “El decoro”, se lamentó un periodista, “fue completamente olvidado. Los miembros corrían frenéticamente por la sala, con el ceño fruncido de la batalla en sus frentes... gritando en un loco torrente de elocuentes invectivas”. Llamaron a Reed tirano, déspota y dictador, lanzando epítetos como piedras. Entre todas las variantes de la palabra “tirano”, “zar” surgió como la favorita, encarnando para su época la imagen de una autocracia desenfrenada, y como “zar” Reed, el Portavoz fue conocido a partir de entonces. Cuanto más enojados estaban los demócratas, más tranquilo se mostraba Reed, abultado enormemente en la silla, “sereno como una mañana de verano”. Aunque su secretaria lo vio en su habitación privada, durante un intervalo, agarrado al escritorio y temblando de rabia reprimida, nunca dio una señal en el pasillo para demostrar que el cruel abuso lo había tocado. Mantuvo un control férreo, “tranquilo y decidido como un bandolero”, dijo el New York Times.

El secreto de su dominio de sí mismo, como le dijo a un amigo mucho después, era que tenía absolutamente decidido lo que haría si la Cámara no lo sostenía. “Simplemente habría dejado la presidencia y habría renunciado a la presidencia y a mi escaño en el Congreso”. Tenía un lugar esperándolo para ejercer la abogacía de forma privada en la firma de Elihu Root en Nueva York, y “había decidido que si la vida política consistía en sentarme impotente en la silla del Portavoz y ver a la mayoría impotente para aprobar leyes, yo Ya había tenido suficiente y estaba listo para renunciar y salir”. Al tomar tal decisión, dijo, “te has hecho igual a lo peor” y estás preparado para ello. Esto tiene un efecto muy "calmante" en el espíritu.

Hizo más que calmarlo: le dio una fuerza incrustada que los hombres que temen lo peor, o que ceden principios para evitar lo peor, nunca podrán poseer. Le dotaba de una superioridad moral sobre la Cámara que los miembros, sin saber por qué, podían sentir en la atmósfera.

Ahora los demócratas, cambiando de estrategia, decidieron ausentarse, contando con la incapacidad de los republicanos de reunir un quórum solo entre ellos. Mientras los demócratas salían uno por uno, Reed, adivinando sus intenciones, ordenó cerrar las puertas. Inmediatamente se produjo una loca lucha por salir antes de la

siguiente votación. Al perder “todo sentido de dignidad personal u oficial”, los demócratas se escondieron debajo de los escritorios y detrás de las mamparas. El representante Kilgore de Texas, abriendo una puerta cerrada de una patada para escapar, hizo que “Kilgore's Kick” fuera el deleite de los caricaturistas.

Al quinto día, los demócratas se ausentaron por completo y cuando se convocó una votación, los republicanos todavía no alcanzaban el quórum. Dos de ellos fueron traídos en catres desde sus lechos de enfermos. Todavía quedaba uno muy pocos. Se sabía que un miembro estaba de camino a Washington. De repente se abrió una puerta y, como contó un periodista, “hubo un destello de bigotes rojos y una voz que decía: 'Una más, señor presidente'. Se contó a Sweney de Iowa, se completó el quórum y la votación se registró con 166-0. La batalla había terminado. Los demócratas regresaron hoscamente a sus escaños. El Comité de Reglamento informó sobre un nuevo reglamento, compuesto, por supuesto, e impuesto por el Presidente. Conocidas en adelante como “Reglas de Reed” y adoptadas el 14 de febrero, establecían, entre otras cosas, que (1) todos los miembros debían votar; (2) cien constituirán quórum; (3) se contarán todos los presentes; y (4) no se admitirá ninguna moción dilatoria y la definición de lo que es dilatorio quedará a criterio del Portavoz.

Cinco años más tarde, Theodore Roosevelt escribió que, al destruir el obstruccionismo silencioso, la reforma de Reed tenía “una importancia permanente mucho mayor” que cualquier pieza de legislación que promulgara en ese momento. Reed lo supo tan pronto como ganó. En su discurso de clausura del 51º Congreso, dijo que "el veredicto de la historia" era el único que merecía la pena recordar y confiaba en su resultado "porque hemos dado aquí un largo paso en dirección a un gobierno responsable".

Más inmediato que un veredicto de la historia y, de hecho, entonces ampliamente considerado su equivalente, fue un retrato de Sargent. Encargado como homenaje al presidente por sus colegas republicanos, fue un fracaso memorable. “Se supone que está en el acto de contar el quórum”, observó un crítico, “pero en realidad lo acaban de engañar para que muerda un caqui verde”.

La muerte del quórum silencioso fue discutida en órganos parlamentarios de todo el mundo. En casa, convirtió a Reed en una figura política destacada y candidato obvio a la nominación presidencial en 1892. Pero su momento aún no había llegado, como juzgó correctamente, porque cuando se le preguntó si creía que su partido lo nominaría, respondió: “Quizás lo harán peor y creo que lo harán”.

Lo hicieron. El "zarismo" de Reed todavía generaba resentimiento y su sarcasmo no había hecho amigos. Su disgusto por los acuerdos y su negativa a cortejar al público con sonrisas y apretones de manos, o a los políticos con promesas, tampoco ampliaron su círculo de seguidores. Los habituales del partido prefirieron nominar al actual Harrison, incorruptible pero amargo, conocido como el "Iceberg de la Casa Blanca", a quien Reed detestaba sin disimulo alguno. Cuando Harrison nombró recaudador de Portland, la ciudad natal de Reed, un hombre que Reed despreciaba, posteriormente se negó a entrar a la Casa Blanca o reunirse con Harrison hasta el día de su muerte.

Cuando, en 1892, los demócratas obtuvieron el control de la Cámara por una mayoría tan amplia que siempre podían reunir un quórum entre ellos, rechazaron triunfalmente la reforma de Reed. Esperó la historia, no sin cierta fe, como solía decir, en que “la Cámara tiene más sentido que nadie en ella”. La historia no le hizo esperar mucho. En el siguiente Congreso, con la mayoría demócrata reducida a la mitad y dividida por la moneda y otros temas candentes, Reed disfrutó de una deliciosa venganza. Una y otra vez exigió pasar lista y cuando Bland, de Missouri, arremetió contra este “franco obstruccionismo”, respondió al instante: “¿Francamente? Quieres decir recto”. Su control sobre su partido, tanto como líder de la minoría como como portavoz, siguió siendo total. “Los caballeros de ese lado lo siguen ciegamente”, dijo el portavoz Crisp con nostalgia. "Los escucharás decir en privado: 'Reed no debería hacer eso' o 'Esto está mal', pero cuando Reed dice 'Hazlo', todos dan un paso adelante y lo hacen". Cuando por fin los demócratas tuvieron que ceder y, por el bien de su propio programa, volver a adoptar su norma de recuento de quórum, Reed se abstuvo de alardear. “Esta escena aquí hoy es un discurso más eficaz que cualquier otro que pueda hacer”, dijo. “Felicito al Quincuagésimo Tercer Congreso”.

En 1890, cuando tuvo lugar el último conflicto armado entre indios y blancos en los Estados Unidos en Wounded Knee Creek y la Oficina del Censo declaró que ya no existía una frontera terrestre, se perfilaba una nueva prueba para Reed. Ese año, el capitán AT Mahan, presidente de la Escuela de Guerra Naval, anunció en el Atlantic Monthly: “Lo quieran o no, los estadounidenses ahora deben empezar a mirar hacia afuera”.

Alfred Thayer Mahan, un oficial naval tranquilo y de labios

apretados con una de las mentes más enérgicas de su tiempo, se había elegido a sí mismo para satisfacer la necesidad del país de “una voz que hablara constantemente de nuestros intereses externos”. Pocos estadounidenses eran conscientes de que Estados Unidos tenía intereses externos y un gran número creía que no debería tenerlos. La cuestión inmediata fue la anexión de Hawaii. En 1887 se había adquirido una base naval de carbón en Pearl Harbor, pero el principal impulso para la anexión de las islas provino de los intereses inmobiliarios estadounidenses allí, dominados por el juez Dole y el consorcio azucarero. Con el apoyo de los marines de los Estados Unidos, organizaron una revuelta contra el gobierno nativo hawaiano en enero de 1893; El juez Dole se convirtió en presidente Dole y rápidamente negoció un tratado de anexión con el ministro estadounidense que el presidente Harrison envió apresuradamente al Senado en febrero. Habiendo sido derrotado en la reelección por el ex Presidente Cleveland, que debía tomar posesión el 4 de marzo, Harrison pidió una acción inmediata por parte del Senado con la esperanza de obtener la ratificación antes de que el nuevo Presidente pudiera asumir el cargo. El procedimiento era demasiado crudo y el Senado se resistió.

Opuesto a la expansión en cualquier forma, Cleveland era un hombre íntegro, así como de forma, similar a la de Reed. Una vez, cuando lo confundieron con Cleveland en una habitación mal iluminada, Reed dijo: “¡Misericordia! No se lo digas a Grover. Ya está demasiado orgulloso de su buena apariencia”. Antes de una semana de haber asumido el cargo, Cleveland recordó el tratado de anexión del Senado, para gran angustia del joven amigo de Reed, Roosevelt, quien estaba "muy convencido" de "arrriar la bandera", como él la llamó.

El motivo de los anexionistas había sido el interés económico propio. Fue necesario que Mahan transformara el tema en uno de importancia nacional y fatídica. En el mismo marzo en que Cleveland retiró el tratado, Mahan publicó un artículo en el Foro titulado “Hawái y nuestro futuro poder marítimo”, en el que declaraba que el dominio de los mares era el elemento principal del poder y la prosperidad de las naciones y que era por lo tanto, “es imperativo tomar posesión, cuando sea posible hacerlo correctamente, de aquellas posiciones marítimas que contribuyan a asegurar el mando”. Hawaii “fija la atención del estratega”; ocupa una posición de “importancia única… que influye poderosamente en el control comercial y militar del Pacífico”. En otro artículo publicado por el Atlantic Monthly ese mismo mes, Mahan argumentó la necesidad imperativa, para el futuro del poder marítimo estadounidense, del propuesto Canal del Istmo.

Los pronunciamientos del capitán Mahan estaban de algún modo expresados en un tono de tal autoridad, producto tanto del carácter como del estilo, que hacía que todo lo que escribiera pareciera indiscutible. Ya era autor de The Influence of Sea Power on History, dictado originalmente como conferencias en la Escuela de Guerra Naval en 1887 y publicado como libro en 1890. Su efecto en la profesión naval en el extranjero, si no en el país, fue inmediato y tremendo. , e incluso en casa, aunque había tardado tres años en encontrar un editor, despertó la atención de varias personas reflexivas y preocupadas por la política nacional. Theodore Roosevelt, quien a los veinticuatro años autor de un libro sobre la guerra naval de 1812 había sido invitado a hablar en la Escuela de Guerra Naval, escuchó a Mahan y se convirtió en discípulo de él. Cuando se publicó La influencia del poder marítimo en la historia, lo leyó "de principio a fin" y le escribió a Mahan que estaba convencido de que se convertiría en "un clásico naval". Walter Hines Page del Forum y Horace E. Scudder del Atlantic Monthly, editores en la época en que las revistas eran espacios vitales de opinión, regularmente le daban espacio a Mahan. Harvard y Yale otorgaron títulos de LL.D. Tampoco todos sus colegas profesionales eran tradicionalistas opuestos a las cosas nuevas. Su predecesor en la Escuela de Guerra Naval, el almirante Stephen Luce, que había seleccionado a Mahan para sucederlo cuando el propio Luce fue nombrado comandante del Escuadrón del Atlántico Norte, llevó su escuadrón a Newport para que sus oficiales pudieran escuchar las conferencias de este nuevo hombre que, Luce, haría por la ciencia naval lo que Jomini en tiempos de Napoleón había hecho por la ciencia militar. Después de la primera conferencia, Luce se puso de pie y proclamó: "¡Él está aquí y se llama Mahan!"

Lo que Mahan había descubierto era el factor controlador del poder marítimo; que quien es dueño de los mares es dueño de la situación. Como el señor Jourdain, que habló en prosa toda su vida sin saberlo, era una verdad que había estado operativa durante mucho tiempo sin que ninguno de sus operadores fuera consciente de ello, y la formulación de Mahan era sorprendente. Su primer libro fue seguido y confirmado por un segundo, La influencia del poder marítimo en la Revolución Francesa, publicado en 1892. La idea original le había llegado "desde dentro" cuando, al leer la Historia de Roma de Mommsen, "me sorprendió cómo diferentes cosas podrían haber sido si Aníbal hubiera invadido Italia por mar... o podría, después de su llegada, haber estado en libre comunicación con Cartago por agua". De repente Mahan se dio cuenta de que "el control del mar era un factor histórico que nunca había sido apreciado y expuesto sistemáticamente". Era "una de esas percepciones que convierten la oscuridad interior en luz". Durante meses, mientras estaba de permiso

en 1885, antes de asumir sus funciones en el War College, leyó en la sucursal de Astor Place de la Biblioteca Pública de Nueva York, siguiendo su pista a través de la historia con creciente entusiasmo y con todos los profesores “vivos y saltando”. "

En Estados Unidos, la construcción de armadas con más capacidad que la de defensa costera se consideraba tradicionalmente un sacrilegio contra la idea original de Estados Unidos como una nación que podía vivir sin agresión y demostrar un nuevo futuro al mundo. En Europa, las naciones que habían ejercido poder en los mares durante siglos, de repente Mahan hizo que se dieran cuenta de lo que tenían. Un comentarista firmado por "Nauticus" comentó que el poder marítimo, como el oxígeno, había influido en el mundo a través de los siglos, pero así como la naturaleza y el poder del oxígeno no se descubrieron hasta Priestley, "lo mismo podría hacer el poder marítimo de no ser por Mahan".

Con la orden de comandar el buque insignia de la Estación Europea en 1893 (muy en contra de su voluntad, ya que habría preferido quedarse en casa y seguir escribiendo), Mahan fue recibido en Inglaterra con honores sin precedentes. Fue invitado por la Reina a una cena de estado en Osborne, cenó con el Príncipe de Gales y fue el primer extranjero agasajado por el Royal Yacht Club, que ofreció una cena en su honor con un centenar de invitados, todos almirantes y capitanes. . En Londres, John Hay, que estaba de visita allí, le escribió que “todas las personas de inteligencia están esperando para darle la bienvenida”. Lord Rosebery, entonces primer ministro, lo invitó a una cena privada solo con él y John Morley en la que hablaron hasta medianoche. Conoció a Balfour y Asquith, visitó a Lord Salisbury en Hatfield y volvió a cenar con la Reina en el Palacio de Buckingham. Con una túnica académica roja sobre su uniforme de gala y espada, recibió un DCL de Oxford y un LL.D. de Cambridge, se dice que es el único hombre en recibir títulos de ambas universidades en la misma semana.

Tras una fuga temporal al continente, donde, equipado con guía, paraguas y prismáticos, siguió las marchas de Aníbal, fue acogido por su discípulo más entusiasta, Guillermo II, que le invitó a cenar a bordo de su yate, el Hohenzollern, durante Cowes. Semana. Con un efecto que marcaría época en la historia mundial, La influencia del poder marítimo en la historia había sembrado en el Kaiser la idea de que el futuro de Alemania estaba en el mar. Por orden suya, se colocó una copia del libro de Mahan en cada barco del. Las copias personales de la Marina alemana y del Kaiser en inglés y alemán estaban fuertemente subrayadas y repletas de comentarios marginales y signos

de exclamación. “Ahora no estoy leyendo sino devorando el libro del Capitán Mahan y estoy tratando de aprenderlo de memoria”, le informó a un amigo por telegrama en 1894, cuando Mahan estaba en Europa. “Es un libro de primera y clásico en todos los puntos. Está a bordo de todos mis barcos y mis capitanes y oficiales lo citan constantemente”. Los japoneses no estaban menos interesados. La influencia del poder marítimo en la historia se adoptó como texto en las universidades militares y navales japonesas y todos los libros posteriores de Mahan se tradujeron al japonés.

El corolario obvio de la tesis de Mahan fue la necesidad perentoria de desarrollar la Armada estadounidense, en ese momento moribunda por el abandono. Como dijo en 1887 el Secretario de Marina de Cleveland, William C. White, no tenía fuerzas para luchar ni velocidad para huir, y a juicio de Mahan no era rival para la Armada de Chile y mucho menos para la española. En 1880, cuando se inició una seria discusión sobre un canal ístmico, que en ausencia de un poder naval adecuado constituiría más un peligro que una ventaja, escribió: "Debemos comenzar sin demora a construir una marina que al menos iguale esa de Inglaterra cuando el Canal se haya convertido en un hecho. No espero ni por un momento que esto se haga, pero a menos que así sea, más vale que nos callemos de la Doctrina Monroe de inmediato”.

A partir de entonces, acosó continuamente a amigos, colegas y corresponsales sobre este tema. Su pasión era el poder naval, no los barcos como tales, ya que no le gustaba el servicio marítimo y no se parecía en nada a un marinero. Tenía más de seis pies de altura, nervudo, delgado y erguido, tenía un rostro largo y estrecho con ojos azul pálido muy juntos, una nariz larga, recta, como un cuchillo, un bigote color arena que se mezclaba con una barba muy recortada sobre un mentón insignificante. Todo el poder del rostro estaba en la parte superior, en los ojos y el cráneo abombado y los bultos intelectuales sobre las cejas. Nacido un año después de Reed, tenía cincuenta años en 1890 y, aunque excepcionalmente reservado y retraído, era capaz, según su esposa, de rugir repentinos con "su voz en el cuarto de cubierta". Su hermano lo llamó Alf. Tenía poco sentido del humor, un alto tono moral y compartía el horror del hombre respetable hacia las novelas de Zola, que prohibía leer a sus hijas. Sus escrúpulos eran tan precisos que cuando vivía en una propiedad naval en la Escuela de Guerra no permitía que sus hijos usaran los lápices del gobierno.

Sus amigos y conocidos eran pocos y su vida social, excepto con motivo de su período de servicio en el extranjero, prácticamente

inexistente. La expresión externa de su personalidad era limitada; su vida era interior. Era como una tetera de vapor en la que se hierve dentro de un espacio cerrado y el vapor sale por un solo pico. Al igual que Reed, tenía un pensamiento intensamente claro y definitivo en sus conclusiones. A propósito de un viaje a tierra en Adén, donde visitó una colonia de judíos, escribió: “No tengo ningún sentimiento antisemita. Que Jesucristo fuera judío me cubre su carrera”. En un total de dieciséis palabras resolvió a su propia satisfacción un problema que había acosado a la humanidad durante diecinueve siglos y que se había reabierto en sus días lleno de nuevos problemas y malignidades. Samuel Ashe, su amigo de toda la vida desde que fueron compañeros de clase en Annapolis, dijo: "Era el hombre más intelectual que he conocido".

En 1890, por fin comenzó a construirse la Armada. Por recomendación de la Junta Política nombrada por el Secretario de Marina de Harrison, Benjamin Tracy, el Congreso, a regañadientes y no sin fuertes objeciones internas y externas, autorizó tres acorazados, el Oregon, el Indiana y el Massachusetts, y un cuarto, el Iowa, dos años después. . Fueron los primeros frutos de la larga campaña de Mahan. La política que expresaban estos barcos, aunque lejos de ser generalmente aceptada de inmediato, representaba un cambio fundamental en la dirección que Mahan señalaba: hacia afuera. Significaban reconocer que Estados Unidos debe crear una flota capaz de enfrentarse con éxito a lo mejor que un enemigo potencial pudiera enviar contra ella. Canadá fue considerado un rehén para frenar a Gran Bretaña, y se consideró probable que el equilibrio político en Europa impidiera que cualquier enemigo europeo potencial enviara toda su flota a aguas estadounidenses. Por lo tanto, el objetivo era ser supremo en estas aguas y esto significaba una flota capaz de proteger las costas americanas tomando acciones ofensivas contra bases enemigas en cualquier lugar desde Terranova hasta el Caribe. Ésa iba a ser la función de los nuevos acorazados. Eran de la clase de 10.000 toneladas, con una velocidad media de quince nudos, una capacidad de carbón suficiente para un radio de crucero de 5.000 millas a velocidad moderada, cuatro cañones de 13 pulgadas y ocho cañones de 8 pulgadas. En combinación de blindaje y potencia de fuego representaban lo mejor en diseño y construcción de la época. En sus juicios, el Indiana en 1895, seguido por el Iowa en 1896, impresionaron sobriamente a los británicos como rivales de los barcos británicos de primera línea, de los cuales el último de la clase "Majestic" pesaba 15.000 toneladas, con cuatro de 12 pulgadas y doce de 6 pulgadas. pistolas de pulgadas.

Los barcos animaron a los discípulos de Mahan. Roosevelt, todavía

en la Comisión de Servicio Civil, todavía no era ampliamente escuchado, pero su amigo y mentor político, el senador Henry Cabot Lodge de Massachusetts, era la principal voz política en Washington de las opiniones de Mahan. Hijo de una familia cuya fortuna se había hecho con los clíperes y el comercio con China, autor de varias biografías e historias del período colonial, Lodge ingresó a la vida política gracias a su profundo interés por la historia estadounidense. Su abuelo y tocayo, Henry Cabot, podía recordar cuando era niño escondido debajo del aparador para observar al presidente George Washington desayunar en la casa de su padre. Elegido miembro de la Cámara en 1886, Lodge causó una impresión inmediata por sus frecuentes y capaces discursos y demostró ser un hábil maestro de estrategia y táctica políticas. Era astuto, mundano, contundente y poseía tanto energía como inteligencia. Junto con Roosevelt, fue un defensor de la reforma del servicio civil y un miembro interno del grupo selecto que se reunió en torno a los dos no participantes, John Hay y Henry Adams, que observaban al gobierno medio con nostalgia y medio cínicamente desde el ring. En representación del partido de oposición, Lodge y Roosevelt no tuvieron influencia en Cleveland; pero ellos creyeron y predicaron con fervor.

"Es el poder marítimo lo que es esencial para todo pueblo espléndido", declamó Lodge en el Senado el 2 de marzo de 1895. Tenía un mapa del Pacífico con las bases británicas marcadas con cruces rojas muy visibles y usaba un puntero para señalar. habló para exponer el punto de vista de Mahan sobre la posición vital de Hawaii. El efecto fue dramático y se vio reforzado por el hecho de que el orador se mostraba, como le escribió a su madre, "con una seriedad desesperada". Es necesario adquirir Hawaii y construir el Canal. "Somos un gran pueblo; controlamos este continente; somos dominantes en este hemisferio; tenemos una herencia demasiado grande como para jugar con ella o separarnos de ella. Nos corresponde a nosotros proteger y extender". Mientras hablaba, los senadores salieron de los guardarropas, aparecieron miembros de la otra Cámara, y también mensajeros y periodistas, hasta que pronto la cámara se llenó y los hombres estaban de pie junto a las paredes. Lodge podía sentir que tenía su "absoluta atención… Cuando me senté, todos se apiñaron alrededor para estrecharme la mano… lo que casi nunca sucede en el Senado". En un artículo adjunto ese mes en el Foro, Lodge afirmó rotundamente que una vez que se construyera el Canal, "la isla de Cuba se convertirá en una necesidad" para Estados Unidos. No dijo cómo se debía solucionar la necesidad; si Estados Unidos compraría la isla a España o simplemente se la quitaría. Sin embargo, expresó la opinión de que los estados pequeños pertenecían al pasado y que la expansión era un movimiento que contribuía a "la

civilización y el avance de la raza”.

En esta coyuntura la Historia echó una mano. El 24 de febrero de 1895, el pueblo cubano se rebeló contra el dominio español y el 8 de marzo una cañonera española persiguió y disparó contra un buque mercante estadounidense, el Alliance, que suponía estaba empeñado en una misión filibustera. Este “insulto a nuestra bandera”, como se le llamó, provocó una ráfaga de comentarios de miembros destacados del Comité de Relaciones Exteriores del Senado que demostraban que Lodge no había estado hablando sólo por sí mismo. El apetito estadounidense por nuevos territorios se hacía sentir. El senador Morgan de Alabama, presidente demócrata del Comité, dijo que la solución era clara: “Cuba debería convertirse en una colonia estadounidense”. El colega de Reed, pero no su amigo, el senador Frye de Maine, estuvo de acuerdo en que “ciertamente deberíamos tener la isla para completar nuestras posesiones” y añadió con sencilla franqueza: “Si no podemos comprarla, a mí, por mi parte, me gustaría una oportunidad de adquirirlo mediante la conquista”. Otro republicano, el senador Cullom de Illinois, expresó aún más claramente lo que se movía dentro del pueblo estadounidense. "Es hora de que alguien despierte", dijo, "y se dé cuenta de la necesidad de anexar algunas propiedades; queremos todo este hemisferio norte". En 1895 no era necesario disfrazar la agresividad como algo más. Hasta el momento, los senadores no hablaban en términos de apoyo a los cubanos que luchaban con razón por ser libres, porque los insurrectos, que quemaban propiedades estadounidenses con tanto entusiasmo como las españolas, aún no habían sido presentados bajo esa luz.

Con el presidente Cleveland oponiéndose firmemente a la expansión, la exuberante codicia de ciertos senadores tuvo poco efecto en la política. Fue un acto del propio Cleveland, a finales de año, lo que provocó una abierta explosión del nuevo estado de ánimo estadounidense. Su enfática afirmación de la Doctrina Monroe sobre Venezuela, desafiando a Gran Bretaña, marcó el comienzo de un nuevo período en la vida estadounidense tan vívidamente como si se hubiera izado una bandera de señales hasta lo alto del mástil estadounidense. En Venezuela no había ninguna cuestión de ganancia, territorial o de otro tipo; se trataba simplemente de hacer valer un derecho estadounidense, como le pareció a Cleveland y especialmente a su extremadamente asertivo Secretario de Estado, Richard Olney. El estallido de chovinismo, patrioterismo y belicosidad general que desató sorprendió a todos, aunque provino menos del hombre común que de los ricos, poderosos y ruidosos. El Union League Club tenía 1.600 miembros, proclamó uno de ellos, y “somos 1.600 por hombre detrás del Sr. Cleveland en este asunto... No hay absolutamente

ninguna voz disidente”. Las felicitaciones de otros republicanos, llenas de admiración, llegaron a la Casa Blanca, incluida una de Theodore Roosevelt. El New York Times exageró las cosas en titulares que no tenían relación con los informes que contenían. LOS PREPARATIVOS PARA LA GUERRA y EL PAÍS SE DESPIERTAN, corrieron, o QUIEREN LUCHAR INGLATERRA: Los hombres del ejército y la marina profesan gran entusiasmo por ir a la guerra. Hablamos de invasión de Canadá. El jefe de la oficina del ejército citado, lejos de hablar de invadir Canadá, hizo una exposición cuidadosa y sobria de las deficiencias navales y militares estadounidenses y manifestó su creencia de que Estados Unidos “proporcionaría un lamentable espectáculo en guerra con Inglaterra”.

El aumento de la militancia evocado por el Mensaje de Venezuela conmocionó a la gente que todavía pensaba en Estados Unidos en los términos de sus fundadores, como una nación opuesta al militarismo, la conquista, los ejércitos permanentes y todos los demás malos hábitos asociados con las monarquías del viejo mundo. . Esta tradición fue más fuerte en Nueva Inglaterra y más fuerte entre la generación anterior (aproximadamente aquellos que tenían más de cincuenta años en 1890) que entre la nueva. Estaban más cerca de Jefferson, quien había dicho: "Si hay un principio más profundamente arraigado en la mente de todo estadounidense, es que no debemos tener nada que ver con la conquista". Tomaron en serio la Declaración de Independencia y su principio de poder justo derivado del consentimiento de los gobernados. Consideraban la extensión del dominio estadounidense sobre territorios y pueblos extranjeros como una violación de este principio y una profanación del propósito estadounidense. La democracia estadounidense original era para ellos una antorcha, un ideal, un ejemplo de un mundo feliz que se había enfrentado al viejo. No querían tener nada que ver con títulos de rango y nobleza, calzones hasta la rodilla, órdenes o cualquier otro símbolo insidioso de la monarquía, y cuando en la Armada se propuso por primera vez el título de Almirante, un oficial enfureció: “¿Llamarlos almirantes? ¡Nunca! Ellos querrán ser los próximos Duques”.

Los inmigrantes de primera generación que habían llegado a Estados Unidos atraídos por el sueño americano estaban tan profundamente devotos de los principios fundacionales como aquellos en quienes habían sido criados durante generaciones. Algunos salieron de la frustrada revolución de 1848, buscando la libertad, como el padre de Altgeld y como Carl Schurz, ahora de sesenta y seis años, quien como periodista, editor, ministro del gabinete y senador había sido una potencia y un reformador desde la administración de Lincoln. Algunos llegaron para escapar de la opresión o la pobreza y buscar

oportunidades, como el tejedor escocés que llegó en 1848 con su hijo de doce años, Andrew Carnegie, o como el tabaquero judío holandés que llegó de un barrio pobre de Londres en 1863 con sus trece hijos. Hijo de años, Samuel Gompers. Algunos llegaron, como EL Godkin, editor del Nation y del New York Evening Post, no como refugiados de la opresión, sino como un exiliado voluntario del viejo mundo, atraído por Estados Unidos como una demostración viviente del ideal democrático. Para ellos, como para los hombres cuyos antepasados habían llegado en la década de 1630, Estados Unidos era un nuevo principio y veían la nueva militancia como su traición.

Godkin, lleno de "ansiedad por el país", decidió oponerse al Mensaje de Venezuela incluso si ponía en peligro su periódico ante el "público medio loco". Hijo de una familia inglesa afincada desde el siglo XII en Irlanda, donde había nacido y crecido, había trabajado como corresponsal de periódicos ingleses durante la Guerra de Crimea y la Guerra Civil Americana. Se convirtió en editor de Nation cuando fue fundado en 1865 por un grupo de cuarenta accionistas que aportaron 100.000 dólares con el propósito declarado de defender a la clase trabajadora, a los negros, la causa de la educación popular y los "verdaderos principios democráticos en la sociedad y el gobierno". En 1883, mientras permanecía en el Nation, sucedió a Carl Schurz como editor del Evening Post y, a través de estos dos órganos, se convirtió, como dijo William James, en "una influencia imponente en todo el pensamiento relacionado con los asuntos públicos".

Era un celta apuesto, barbudo y de temperamento irascible, que disfrutaba en el combate, melancólico, vivaz, belicoso y un descubridor de escándalos antes de que Roosevelt inventara el nombre. Tan implacable fue su búsqueda de prácticas corruptas por parte de los políticos de Tammany que en una ocasión lo arrestaron por difamación criminal tres veces en un día. James Russell Lowell estuvo de acuerdo con la opinión de un periodista inglés de que Godkin había hecho del Nation "el mejor periódico del mundo", y James Bryce, ya famoso como autor de The American Commonwealth, declaró que el Evening Post era "el mejor periódico". impreso en el idioma inglés". Más cerca de casa, la opinión era más cálida. El gobernador Hill de Nueva York dijo que no le importaban "el puñado de matones" que leían el Evening Post en la ciudad de Nueva York. "El problema con la maldita hoja es que todos los editores del estado de Nueva York la leen". Esto fue lo que explicó la omnipresente influencia de Godkin; que otros formadores de opinión tomaron sus opiniones de él, aunque no todas, desde luego. "Qué espantosa degeneración mental resulta de leerlo o leer a la Nación como algo estable", escribió Theodore Roosevelt al Capitán Mahan en 1893.

En 1895, Godkin tenía sesenta y cuatro años y temía el futuro. Estados Unidos, le escribió a un amigo, “se encuentra en posesión de un poder enorme y está ansioso por usarlo de manera brutal contra cualquiera que se presente sin saber cómo hacerlo y, por lo tanto, esté constantemente al borde de alguna catástrofe espantosa. " De hecho, como Estados Unidos tenía en ese momento exactamente un acorazado en servicio, Godkin no estaba injustificado al pensar que los Jingoes estaban "absolutamente locos". Creía que el nuevo espíritu de “optimismo feroz”, como lo describió sorprendentemente, conduciría eventualmente al desastre.

William James, profesor de Filosofía en Harvard, estaba igualmente inquieto. “Es instructivo descubrir”, escribió a propósito de Venezuela, “cuán cerca de la superficie yace en todos nosotros el viejo espíritu de lucha y cuán leve un llamado lo despertará. Una vez realmente despierto, no hay retirada”. Su colega de Harvard, Charles Eliot Norton, profesor de Bellas Artes, considerado el exponente y árbitro de la cultura en la vida estadounidense, protestó contra el espíritu de guerra en una reunión en la Shepard Memorial Church de Cambridge. “El grito de aplauso brutal, que ha subido desde todas partes de esta nación”, dijo, hace que todo amante racional de su país sienta la “mayor aprensión” por el futuro.

La figura de pelo blanco, esbelta y de hombros encorvados, la voz ronca pero musical que hablaba con su acento brahmán de Boston, el encanto de esa “presencia sumamente urbana y gentil” nunca estuvo tan a gusto como cuando estaba contra la manada. Nacido en 1827, sólo un año después de la muerte de Jefferson y John Adams, Norton representaba la conciencia puritana y militantemente liberal de una generación anterior. Era hijo de Andrews Norton, "Papa unitario" de Nueva Inglaterra y profesor de Literatura Sagrada en Harvard, que se había casado con Catherine Eliot, hija de un rico comerciante de Boston, y descendía él mismo de una larga línea de ministros de John Norton, un teólogo puritano que había emigrado a América en 1635.

Al igual que Lord Salisbury, Norton creía en el dominio de una clase aristocrática, lo que para él significaba una clase fundada, no en la propiedad de la tierra, sino en un trasfondo común de cultura, refinamiento, aprendizaje y modales. Lo vio desaparecer y protestó regularmente contra la invasión de la vulgaridad en sus conferencias. Parodiando su actitud, un estudiante dijo: “Propongo esta tarde hacer algunas observaciones sobre la hor-ri-ble vulgaridad de TODO”. Otra de sus estudiantes en Radcliffe, en su diario de 1895, lo describió luciendo "tan ligeramente feliz y benigno... mientras él nos dice gentilmente que sería mejor para nosotros si nunca hubiéramos nacido

en esta época degenerada e infeliz". Norton se convirtió en uno de los primeros contribuyentes del Atlantic Monthly cuando fue fundado por James Russell Lowell en 1857, más tarde coeditor con Lowell de la North American Review, y fue uno de los cuarenta accionistas que fundaron la Nation.

Al escribirle a Godkin sobre el Mensaje de Venezuela, Norton pensó que representaba "un final miserable para este siglo" y había hecho mucho para aumentar el "peor espíritu de nuestra democracia… un espíritu bárbaro de arrogancia y autoafirmación irracional". Lo que le inquietó más amargamente fue la "consideración más profunda" de que el surgimiento de la democracia no estaba demostrando, después de todo, "una salvaguardia de la paz y la civilización", porque traía consigo "el surgimiento de los incivilizados a quienes ninguna educación escolar puede bastar". dotar de inteligencia y razón". Podría haber sido Lord Salisbury quien hablaba. Norton sintió la amargura de un hombre que descubre que su amada no es tan hermosa ni tan pura como él había creído. "Me temo que Estados Unidos", le escribió a un amigo inglés, "está iniciando un largo camino de errores y equivocaciones y es probable que se convierta cada vez más en una potencia perturbadora y barbarie... Parece como si el mundo estuviera entrando en una nueva etapa de experiencia en la que debe haber una nueva disciplina del sufrimiento para preparar a los hombres para las nuevas condiciones".

Sin embargo, el suyo no era el pesimismo reseco y decepcionado de Henry Adams, que entraba y salía de Washington y iba y venía entre Europa y América graznando sus interminables quejas como un cuervo negro marchito; encontrando el siglo "podrido y en bancarrota", la sociedad hundida en la vulgaridad, la vulgaridad, la imbecilidad y la atrofia moral, estando él mismo al borde de la "extinción mental" y "muriendo de aburrimiento"; encontrar a Estados Unidos insoportable y partir hacia Europa, encontrar a Europa insoportable y regresar a Estados Unidos, encontrar que "el declive está en todas partes" y en todas partes "el agua muerta del fin de siècle… donde ni un soplo agitaba el aire ocioso de la educación ni irritaba el letargo mental de la educación". autocontento". La crisis venezolana simplemente confirmó su creencia de que "la sociedad hoy está más podrida que en cualquier otro momento que yo sepa. Todo esto es una vasta estructura de deuda y fraude". Esto fue menos un juicio sobre el estado de ánimo actual que un reflejo de la brusca sacudida que habían sufrido sus nervios durante el pánico financiero de 1893. Adams, como la mayoría de las personas, veía la sociedad a su propia imagen y atribuía su propia impotencia y parálisis a la sociedad en general. . "Aunque estoy podrido por la decadencia", dijo de sí mismo

en 1895, “no me queda suficiente vitalidad para ser sensual”. El viejo y podrido siglo, sin embargo, estaba lleno de vitalidad y bastaba con mirar a los íntimos de su propio círculo, en las personas de Lodge y Roosevelt, para encontrar el “optimismo feroz” que Godkin notaba en todos lados.

Aunque era una década mayor que Adams, Norton se permitía momentos ocasionales de optimismo cuando sospechaba que la pérdida de los valores que amaba podría ser el costo de una ganancia compensatoria en bienestar humano. “Hoy hay muchos más seres humanos materialmente acomodados que nunca antes en la historia del mundo”, escribió en 1896, y no pudo resistir el pensamiento: “¡Qué interesantes han sido y siguen siendo nuestros tiempos!”

De hecho, los últimos años habían estado llenos de incidentes. Cleveland, a pesar de toda su buena voluntad, atravesó tiempos difíciles. El malestar industrial se apoderó de la nación. La depresión siguió al pánico de 1893. En 1894, el ejército de desempleados de Coxey marchó sobre Washington, y la sangrienta huelga de Pullman enfureció y asustó a ambos bandos en la guerra cada vez más profunda entre el trabajo y el capital. En las elecciones al Congreso de noviembre, los republicanos recuperaron la Cámara con una enorme mayoría de 140 votos (244-104), y cuando en diciembre de 1895 se reunió el nuevo 54º Congreso, la familiar gran figura negra con el gran rostro blanco fue nuevamente entronizado en la silla del Portavoz.

Reed estaba ahora en el cenit de su poder. La peligrosa batalla de su primer mandato había quedado atrás y la guerra de guerrillas de dos mandatos como líder de la minoría había terminado, dejándolo con un control ilimitado. "Él lo controla todo mediante la brutalidad de su intelecto", dijo un miembro. Sus bien entrenadas filas, aunque ocasionalmente y a medida que pasaba el tiempo se volvían cada vez más inquietas, no pudieron romper el hábito de la obediencia. Cuando el Portavoz agitaba sus manos hacia arriba, los miembros se levantaban como un solo hombre, y si por casualidad se levantaban para reclamar la palabra cuando él deseaba que guardaran silencio, un movimiento hacia abajo los hacía hundirse en sus asientos. “Tenía un control más perfecto sobre la Cámara que cualquier otro presidente”, escribió el senador Cullom de Illinois.

Severo con la dignidad y el decoro, no permitía fumar ni estar en mangas de camisa e incluso desafió el preciado privilegio de tener los pies sobre el escritorio. Un miembro con calcetines blancos particularmente visibles que se olvidó hasta el momento de retomar esa postura cómoda, recibió un mensaje del Presidente: "El zar os

ordena que arrien esas banderas de tregua".

Sin favoritos ni rivales cercanos, gobernó solo. Con cuidado de no provocar celos, evitaba incluso caminar en público con un miembro. Solitaria, la estupenda figura deambulaba cada mañana desde el antiguo hotel Shoreham (entonces en las calles 15 y H), donde vivía, hasta Hill, apenas saludando con la cabeza y sin darse cuenta de los extraños que se giraban para mirarlo en la calle.

Tenía una especie de “grandeza tranquila”, dijo un colega, que evolucionó a partir de una filosofía propia y lo dejó “imperturbable por las preocupaciones y ansiedades ordinarias de la vida”. Reed dio una pista al respecto una noche cuando un amigo vino a hablar de política y lo encontró leyendo Kasidah de Sir Richard Burton, del cual leyó en voz alta las líneas:

> Haz lo que tu virilidad te ordene, de nadie más que de ti mismo esperes el aplauso. El más noble vive y muere el más noble que hace y guarda las leyes que él mismo ha hecho.

Seguro de las leyes que él mismo había creado, Reed no podía ponerse nervioso. Una vez, un miembro demócrata, desestimado por Reed por una cuestión de orden, recordó que el Portavoz había adoptado una posición diferente en su manual, Las Reglas de Reed. A toda prisa, mandó buscar el libro, hojeó sus páginas, se abalanzó sobre el pasaje correspondiente y se dirigió a la tribuna con aire de triunfo anticipado para presentárselo al Portavoz. Reed lo leyó con atención, miró al hombre con sus brillantes ojos color avellana y dijo con firmeza: "Oh, el libro está equivocado".

Durante la crisis de Venezuela habló poco en público, mantuvo a los republicanos en la Cámara bajo firme control y confió en la antipatía básica de Cleveland por las aventuras extranjeras, que compartía, para resistir el afán de los patrioteros por anexar esto y aquello. Reed se opuso inalterablemente a la expansión y todo lo que ésta implicaba. Creía que la grandeza estadounidense estaba en casa y debía lograrse mejorando las condiciones de vida y aumentando la inteligencia política entre los estadounidenses en lugar de extender el dominio estadounidense sobre pueblos medio civilizados difíciles de asimilar.

Para él, el Partido Republicano era el guardián de este principio y la expansión era “una política que ningún republicano debería excusar y mucho menos adoptar”.

El año 1896 fue presidencial y Reed quería la nominación. Con los demócratas divididos por sus discordias, las posibilidades de una victoria republicana parecían favorables y la nominación era un premio por el que valía la pena luchar. "Goza de excelente salud y ánimo", informó Roosevelt, y "cree que la deriva es su camino". Apareciendo con el bigote afeitado, a Reed le pareció a un periodista sentir la “necesidad de tomarse a sí mismo en serio”, lo que tendía a amortiguar su ingenio. Como candidato a la nominación, su posición se complicaba por el hecho de que los defensores más vigorosos en su favor eran Lodge y Roosevelt, cuyas opiniones sobre la expansión eran fundamentalmente opuestas a las suyas, aunque esto aún no se había convertido en una piedra de toque. “Todo mi corazón está en el escrutinio de Reed”, dijo Roosevelt.

Reed no se esforzaría por conseguir apoyo mediante los métodos habituales. Cuando los miembros exigieron proyectos de ley de asignaciones privadas para sus distritos, sin los cuales temían no poder cultivar el sentimiento a favor de su nominación, él no se conmovió. “No se permitirá que su factura aparezca ni siquiera con ese botón Reed en su abrigo”, le dijo a un miembro. Cuando el magnate ferroviario, Collis P. Huntington, del Southern Pacific, pidió tres veces ver al director de campaña de Reed, el representante FJ Aldrich, Reed dijo que sí, que Aldrich podría visitarlo: "Pero recuerde, ni un dólar del Sr. Huntington por ¡Mi fondo de campaña! Aldrich, que fue a verlo de todos modos, le confió que Reed no permitiría más que unas pocas donaciones de amigos personales y que había recaudado un total de 12.000 dólares. Disgustado, Huntington reveló que los rivales de Reed no eran tan exigentes con el dinero. “Los demás lo han aceptado”, dijo, revelando que había hecho sus apuestas en todos los ámbitos.

Otro hombre estaba gastando dinero generosamente en nombre de un candidato rival. Mark Hanna, el jefe de Ohio, había echado un ojo a Reed durante la campaña anterior, pero lo había encontrado demasiado sardónico, su oratoria demasiado oriental y su personalidad difícilmente dócil. Como dijo Henry Adams, Reed era “demasiado inteligente, demasiado tenaz y demasiado cínico” para complacer a los jefes del partido. Desde entonces, Hanna había encontrado su afinidad en un hombre que era la antítesis de Reed: el amable, suave y apuesto McKinley, de quien se decía que su convicción más fuerte era agradar. Era un hombre hecho para ser gobernado. Nunca se había ganado un enemigo y sus opiniones sobre

la crucial cuestión monetaria, como lo expresó con tacto un biógrafo, “nunca habían sido tan pronunciadas como para hacerlo impopular” ni entre el ala plateada ni entre el grupo del patrón oro. Reed ahora tenía motivos para lamentar que, al nombrar a McKinley presidente del Comité de Medios y Arbitrios, hubiera abierto su camino a la prominencia como patrocinador del proyecto de ley McKinley sobre los aranceles. Desde el 51º Congreso, cuando McKinley había aventurado algunas objeciones a los métodos del Portavoz en materia de quórum, Reed había sentido poco uso de él. Lo consideraba un cobarde, opinión a la que dio forma inmortal en la frase: "McKinley no tiene más columna vertebral que un eclair de chocolate".*

Hanna vio en McKinley menos un eclair que una especie de Lohengrin y estaba seguro de que podría asegurar su nominación siempre y cuando los rivales de McKinley permanecieran divididos y no se unieran detrás de ninguno de ellos, especialmente detrás de Reed, el único que tenía la estatura para la presidencia. Sin embargo, Hanna juzgó astutamente que Reed era demasiado inflexible para estar dispuesto a ceder con tal de ganarse el apoyo de los demás. Él estaba en lo correcto. Los líderes del Este, al encontrar que el campo de Reed estaba seco de incentivos, prometieron sus votos en otros lugares. Reed no se lo estaba poniendo fácil a los posibles partidarios. Cuando un líder político de California pidió la promesa de un lugar en la Corte Suprema para un hombre de su estado, Reed se negó, diciendo que no valía la pena considerar la nominación a menos que estuviera libre de cualquier acuerdo. Pronto se vio al cacique de California disfrutando del séquito de Hanna. Cuando el gobernador Pingree de Michigan, que controlaba a los delegados de su estado, vino a Washington para ver a Reed, Aldrich tuvo grandes dificultades para persuadirlo de que dejara la presidencia y bajara a su oficina donde lo esperaba el gobernador. Cuando finalmente lo hizo, Pingree expresó sus puntos de vista sobre la plata gratis, lo que resultó desagradable para Reed, quien inmediatamente lo dijo. "Pingree quería estar para Reed", informó Aldrich impotente. "Se fue y abrazó la causa de McKinley".

Reed pudo ver la tendencia pero no podría haber cambiado por sí mismo. “A algunos hombres les gusta estar erguidos”, dijo una vez, “y a algunos hombres, incluso después de ser ricos y de alta posición, les gusta gatear”.

Cuando en un discurso magistral desgarró, pisoteó y demolió la plata libre, que era menos una cuestión de moneda que de lucha de clases, Roosevelt, lleno de entusiasmo, le escribió: “¡Oh, Señor! ¿Qué no daría si fueras nuestro abanderado? En ocasiones, sin embargo,

Roosevelt confesó estar “bastante impaciente” con Reed, quien no satisfacía su insistencia de apoyar una gran marina. “Le doy mi palabra”, se quejó a Lodge, “creo que Reed debería prestar cierta atención a sus deseos y a los míos”. Era una esperanza vana la que expresaba un hombre que no era dado a “atender” los deseos de nadie. Para disgusto de Lodge, Reed también se negó a “prometer cargos desde el Gabinete hacia abajo o gastar dinero para asegurar delegados del Sur”. Hanna, bien provista de fondos, estaba ocupada en el Sur recogiendo delegados republicanos blancos y negros que estaban en venta. "Eran para mí hasta que comenzaron las compras", dijo Reed.

No era optimista y, en una carta a Roosevelt antes de que se reuniera la Convención, hablaba de retirarse al ejercicio privado de la abogacía. “En una palabra, querido muchacho, estoy cansado de esto y quiero estar seguro de que mis deudas no tendrán que ser pagadas por un sindicato [una referencia a McKinley's]… Además, las uvas que retroceden parecen rezumar ácido. y todo esto es una farsa”.

En junio, en St. Louis, Lodge pronunció su discurso de nominación. Reed recibió 84 votos en la primera votación en comparación con 661 de McKinley y las uvas quedaron fuera de su alcance.

El presidente Cleveland también fue rechazado por la Convención Demócrata en favor de un ambicioso congresista de Nebraska, de treinta y seis años, conocido por su oratoria que atraía a la multitud, quien trató a la Convención con la retórica más memorable desde que Patrick Henry exigió libertad o muerte. “Revestidos con la armadura de una causa justa... una causa tan santa como la causa de la libertad... No presionarás sobre la frente del trabajo esta corona de espinas. ¡No crucificarás a la humanidad en una cruz de oro! Cuando terminó la histeria, el gobernador Altgeld dirigió una “cara cansada y una sonrisa burlona” a Clarence Darrow y dijo: “He estado pensando en el discurso de Bryan. ¿Qué dijo, de todos modos?

La campaña llevó al país a extremos de emoción y odio recíproco. Era la Plata contra el Oro, el Pueblo contra los Intereses, el granjero contra el operador ferroviario que desviaba sus ganancias en elevados fletes, el hombrecito contra el banquero, el especulador y el titular de hipotecas. Entre los republicanos había un temor real de que una victoria demócrata, tras la violencia de Homestead y Pullman, significaría el derrocamiento del sistema capitalista. Los dueños de las fábricas les dijeron a los hombres que si Bryan era elegido “el silbato no sonaría el miércoles por la mañana”. Incluso la Nación apoyó a McKinley. Cuando ganó, las empresas volvieron a su asiento, reforzadas en su rechazo a la protesta social. “La era de Mark Hanna”, escribió un contemporáneo mirando hacia atrás, “marcó el clímax de

este desafío fácil por parte de los fuertes. Recuerdo bien la encantadora manera de bulldog con la que Hanna defendió el monopolio privado ilimitado... Fue una nota que nunca más podrá sonar con tanta valentía".

La arena estaba ahora despejada para una batalla diferente, en la que se decidiría el destino de Reed y el de su país. Cleveland se había negado a ceder cuando el Congreso aprobó una resolución que, al reconocer a los rebeldes cubanos como beligerantes, les habría permitido la venta de armas. La resolución era "sólo una expresión de opinión de los eminentes señores que la votaron", dijo, y como el poder de reconocer recaía exclusivamente en el Ejecutivo, la consideraría "sólo como un consejo", que dejaba "inalterada la actitud de este Gobierno". Ahora fue reemplazado por McKinley, quien, aunque personalmente se oponía a la guerra con España, carecía de práctica en el arte de estar a la altura de sus convicciones. En España, el primer ministro Cánovas estaba muerto, dejando el control a manos más débiles. En Nueva York, William Randolph Hearst, después de haber comprado el Journal, se estaba adaptando a la máxima del editor del primer periódico de medio penique de Inglaterra, el Daily Mail, quien cuando se le preguntó qué vende un periódico, respondió: "La guerra". Hearst estaba ayudando a fabricar una guerra con horrendas historias sobre las crueldades españolas, el heroísmo cubano, el destino y el deber americanos, ensombrecidos por las exigencias de una batalla de circulación con el New York World de Joseph Pulitzer.

Un nuevo factor en el mundo fue la victoria de Japón sobre China en su guerra local de 1895, que provocó un repentino reconocimiento de Japón como una potencia en ascenso en el Este y sorprendió al Kaiser Wilhelm II, que acuñó una frase, die Gelbe Gefahr: "el Peligro amarillo". El ascenso de Japón dio urgencia y contundencia a la demanda del Canal del Istmo y a la afirmación del Capitán Mahan de que Cuba en el Caribe, así como Hawai en el Pacífico, eran necesarias para la defensa estratégica del Canal. En varios artículos aparecidos en 1897, Mahan demostró que el Caribe era una encrucijada militar vital que podía controlarse desde Jamaica o desde Cuba, y se dedicó a demostrar de manera profesional e incontestable que Cuba, desde el punto de vista de la situación, la fuerza y los recursos, era "infinitamente superior".

Su voz resonó en el Senado a través de Lodge, quien repitió el argumento de que el Canal haría de Cuba una "necesidad". Como incentivo adicional para los senadores con una mentalidad más material que estratégica, explicó cómo esa "espléndida isla... todavía

escasamente poblada y de fertilidad casi ilimitada” ofrecía grandes oportunidades para la inversión de capital estadounidense y como mercado para productos estadounidenses. Roosevelt, aunque no tenía ese foro, defendía seriamente la misma causa dondequiera que tuviera una audiencia. La ruidosa campaña que él y Lodge estaban llevando a cabo llegó a un oyente augusto que no estaba satisfecho.

El presidente Charles William Eliot de Harvard, el “roble más alto” de Nueva Inglaterra, hablando en Washington sobre la muy debatida cuestión del arbitraje internacional, denunció la doctrina del patrioterismo como “ofensiva”. Asociado con países donde siempre había habido una clase militar, era, dijo, “absolutamente ajeno a la sociedad estadounidense... sin embargo, algunos de mis amigos se esfuerzan por hacerlo pasar como americanismo patriótico”. Luego estableció firmemente los principios que, en su opinión, diferenciaban a Estados Unidos de las viejas naciones. “La construcción de una marina y la presencia de un gran ejército permanente significan... el abandono de lo que es característicamente estadounidense... La construcción de una marina y particularmente de acorazados es política inglesa y francesa. Nunca debería ser nuestro”. La política estadounidense dependía de la fuerza en la paz, mientras que los Jingoes eran una creación “de la combatividad que hay en el hombre”. Identificó específicamente a Lodge y a Roosevelt como Jingoes y, en privado, se supo, los llamó “hijos degenerados de Harvard”.

Eliot habló con una autoridad inigualable. Descendiente de Eliots y Lymans que se habían asentado en Nueva Inglaterra desde el siglo XVII, pertenecía a un grupo que se sentía el mejor. “Eliza”, protestó la señora Eliot cuando un amigo se unió a la iglesia episcopal, “¿te arrodillas en la iglesia y te llamas una miserable pecadora? ¡Ni yo ni nadie de mi familia haremos eso jamás! Su padre, alcalde de Boston y congresista, era también, como tesorero de Harvard, miembro de la Corporación de siete hombres, el órgano rector de Harvard, que un observador inglés llamó "gobierno de siete primos". Su propio cuarto de siglo como presidente de Harvard había sido una batalla incesante contra los tradicionalistas para transformar la facultad de un remanso del siglo XVIII en una universidad moderna. Durante ese tiempo, como dijo el presidente Hyde de Bowdoin, había sido “incomprendido, difamado, tergiversado, odiado”, y el propio Eliot confesó que en todas sus apariciones públicas durante esos años, “tenía una vívida sensación de que me estaba dirigiendo a un público hostil”. audiencia." Siendo un luchador, esto no lo detuvo. No era un hombre congraciador por naturaleza. Con más de seis pies de altura, “la espalda de un remero, una cabeza grave y esculpida”, era una “presencia noble” nacida para mandar. Una marca de nacimiento

color fresa que le cubría un lado de la cara y le tiraba de la comisura del labio con aparente altanería lo había diferenciado de la niñez y le había dado una cualidad de soledad. Con esto que superar y la desventaja adicional de ser, como profesor de química, un científico, fue nombrado presidente de Harvard a los treinta y cinco años. Su ideal de comportamiento, según sus propias palabras, era el de “un caballero que además es demócrata”. Era inflexible sobre lo que pensaba que era correcto. Cuando un jugador estrella de béisbol fue excluido del equipo de Harvard debido a sus bajas calificaciones, se escuchó a Eliot comentar que no era una pérdida porque era un jugador que recurrió al engaño. “¿Por qué”, explicó, “se jactaban de que hacía una finta para lanzar una pelota en una dirección y luego la lanzaba en OTRA!”

Contra el extenuante letargo de los intransigentes, logró abrir el plan de estudios a los estudios modernos, introduciendo el sistema electivo, reuniendo un cuerpo docente que dio a Harvard su edad de oro, elevando el prestigio y la prominencia de la Facultad de Derecho y la Facultad de Medicina y, a través de su influencia, modernizó el conjunto. Sistema americano de educación superior. Cuando en 1894, a la edad de sesenta años, celebró su vigésimo quinto aniversario como presidente, la oposición había dado paso al respeto y la admiración. De repente fue reconocido como el mejor presidente de Harvard y el "primer ciudadano privado del país". Se decía que la Sinfónica de Boston no podría abrir sin él y la marca de nacimiento sanguínea ya no aparecía como una mancha sino como "un emblema de triunfo sobre las desventajas de la vida".

Para Roosevelt, que entonces tenía treinta y ocho años, el propio Eliot parecía uno de los intransigentes que se negaban a comprender que el destino manifiesto de Estados Unidos estaba en el exterior. Habiendo bebido profundamente de Mahan, Roosevelt sintió con urgencia la necesidad de que su país se preparara para el papel de grandeza que los tiempos estaban configurando. El disgusto por ese papel de muchos de los hombres influyentes de su tiempo hizo que su voz chillara de frustración. “Si alguna vez llegamos a la nada como nación”, escribió a Lodge después de enterarse de que los habían llamado “hijos degenerados de Harvard”, “será porque las enseñanzas de Carl Schurz, el presidente Eliot, el Evening Post y las inútiles Los sentimentalistas del tipo del arbitraje internacional” producirán “un tipo de carácter tímido y flácido que devora los grandes rasgos combativos de nuestra raza”.

Le resultaba exasperante que ahora, cuando se vislumbraba la guerra con España, un personaje tan fofo y tímido estuviera en la Casa

Blanca. Roosevelt estaba decidido a que dentro de la Administración debería haber alguien alerta y capaz de prepararse para grandes acontecimientos. Había puesto su corazón en unir al hombre que entendía el nuevo destino (él mismo) con el instrumento del que todos dependían: la Marina. El Secretario de Marina de McKinley era un caballero amigable y tranquilo y ex gobernador de Massachusetts, John D. Long. Roosevelt creía que si él mismo fuera nombrado subsecretario podría, mediante una fuerza superior de energía e ideas, asumir el mando real de esa oficina.

Todos los demás también. Long dijo con cierta aprensión: “Roosevelt tiene el carácter, la posición, la capacidad y la reputación que le dan derecho a ser ministro del gabinete. ¿No es esto demasiado pequeño para él?” Lo único en su contra, le escribió Lodge a su amigo después de ver a McKinley en su nombre, era "el miedo a querer pelear con alguien de inmediato". Sin embargo, McKinley, persuadido como de costumbre por personajes más enérgicos, nombró a Roosevelt el 5 de abril de 1897, y fue confirmado el 8 de abril. SS McClure, el expositivo y perspicaz editor de McClure's Magazine, intuyó de dónde procedía el nombramiento y hacia dónde conduciría. “Hay que ver a Mahan y hablar con él de inmediato”, le escribió a su coeditor. "Es el mayor biógrafo y estudiante naval de este siglo y su campo será cada vez más popular". McClure, un gemelo idéntico de su época, sabía lo que haría su gemelo. "Roosevelt parece grande desde aquí", continuó. “Escríbele y trata de conseguir sus cosas navales. Mahan y Roosevelt son de nuestro tamaño”. De hecho, esto fue así. McClure compartió su sentimiento de poder, fuerza y amplitud de oportunidades. Cuando en el último año del siglo quiso que Walter Hines Page fuera editor, le telegrafió: “Debería verte inmediatamente. Tener lo más grande del mundo”. Cuando Page accedió a venir, McClure se alegró y respondió que formarían la combinación editorial más sólida del mundo. “¡Oh, querido muchacho, somos las personas que tenemos años por delante!”

Ahora se revivió la anexión de Hawai, frustrada durante mucho tiempo. Roosevelt, en un esfuerzo por galvanizar a McKinley, le informó el 22 de abril que los japoneses habían enviado un crucero a Honolulu. Le escribió a Mahan preguntándole cómo resolver el problema político de adquirir las islas. “No hagas nada injusto”, fue la respuesta clásica, “pero toma las islas primero y resuelve después”. Si pudiera salirse con la suya, respondió Roosevelt, serían anexados “mañana”, y España salió de las Indias Occidentales y se construyeron una docena de nuevos acorazados a la vez, la mitad de ellos en la costa del Pacífico. parte del Congreso para detener la construcción naval hasta que las finanzas estuvieran más firmes. "Tom Reed, para

mi asombro e indignación, adopta esta opinión".

Aún firme al mando de los miembros republicanos, Reed podía dominar cualquier deseo malsano de anexión entre ellos, pero como presidente estaba obligado a dirigir la política de la Administración a través de la Cámara. La pregunta era: ¿cuál era la política de la administración: la suave desgana de McKinley o el impulso "hacia afuera" de Lodge y Roosevelt impulsado por las ideas de Mahan y las persuasiones del consorcio azucarero? La respuesta llegó en junio, cuando se concluyó un nuevo tratado de anexión con el gobierno hawaiano, firmado por McKinley y enviado al Senado para su ratificación. Aunque era poco probable que dos tercios del Senado lo apoyaran, los antiexpansionistas estaban preocupados. Carl Schurz, a quien McKinley, siempre ansioso por complacer, le había asegurado antes su desinterés en Hawai, le planteó la cuestión después de cenar en la Casa Blanca, mientras fumaban puros. Muy incómodo, McKinley alegó que había enviado el tratado al Senado sólo para obtener una expresión de opinión. Sin embargo, Schurz se fue con el corazón "pesado por malos presentimientos". En Inglaterra, el Spectator dijo, algo nervioso, que el tratado marcaba "el fin de la política histórica de la República desde su fundación... y significará su evolución gradual hacia una potencia menos pacífica y posiblemente militante".

Con respecto a Cuba, el país estaba cada vez más entusiasmado. Reed consideró con desprecio el furor fabricado por Hearst por la opresión de España y el apoyo republicano a la causa de Cuba como hipocresía. Vio a su partido perder su integridad moral y convertirse en un partido de conveniencia política en respuesta al clamor ignorante de la multitud. Sin escrúpulos suprimió la resolución reconociendo la beligerancia de la "República" de Cuba. Él también acudió a las revistas para argumentar en contra de la expansión, en un artículo cuyo título, "El imperio puede esperar", se convirtió en un grito de guerra para los opositores a la anexión de Hawái. Pronunció el horrible nombre; hasta el momento, las palabras directas "imperio" e "imperialismo", que connotaban la lucha por África entonces en su apogeo entre las potencias europeas, no se habían utilizado en Estados Unidos. James Bryce, quizás el único inglés al que se le hubiera permitido dar consejos, instó a los estadounidenses a no tener nada que ver con una política de anexión. La posición remota y el inmenso poder de Estados Unidos, escribió en el Foro, los liberaron de la carga de los armamentos que aplastaban a las potencias europeas. Su misión en el mundo era "mostrar a los pueblos y estados más antiguos un ejemplo de abstención de las disputas, guerras y conquistas que constituyen una parte tan grande y lamentable de los anales de Europa". Ceder ante el "hambre de tierra" que ahora arrasa entre los

estados europeos sería “un alejamiento total de las máximas de los ilustres fundadores de la república”. Detrás de sus sobrias palabras se podía sentir el amor que siente un hombre por el objeto del trabajo de su vida y una súplica a Estados Unidos para que no contradiga la promesa que pendía de su nacimiento.

La mente de Mahan, planeando la estrategia de una guerra con España, ya había saltado más allá de Hawaii hasta la lejana posesión española de Filipinas. Lo que lo motivó no fue el hambre de tierra sino el poder marítimo, la idea controladora que le había arrancado las grandes palabras orquestales sobre la Armada británica en las guerras napoleónicas: “Esos barcos lejanos, azotados por las tormentas, que el Gran Ejército nunca miró, se interponía entre ella y el dominio del mundo”. A finales de 1897 entró en el creciente debate con un libro, The Interest of America in Sea Power, en el que se recogían sus principales artículos de los últimos siete años. También aconsejó a Roosevelt sobre el nombramiento de un nuevo comandante del Escuadrón Asiático en quien se podía confiar para actuar con vigor cuando llegara la prueba. El oficial elegido fue el comodoro George Dewey y su tarea estaba prevista. "Nuestro escuadrón asiático debería bloquear y, si es posible, tomar Manila", escribió Roosevelt a Lodge el 21 de septiembre de 1897, y se encargó de obtener el carbón necesario para preparar al escuadrón asiático para la acción.

El 15 de febrero de 1898, el crucero blindado estadounidense Maine explotó y se hundió en el puerto de La Habana con la pérdida de 260 vidas. Aunque nunca se determinó la causa de la explosión, era imposible, en el estado de ánimo de la época, suponer que no fuera un cobarde complot español. Los partidarios de la guerra estallaron en histeria; los pacíficos fueron superados en gritos. McKinley se quedó atrás, pero temiendo una división en su partido, pronto dio paso al clamor. El portavoz Reed no lo hizo. Durante los dos meses en que se llevaron a cabo negociaciones destinadas a obligar a España a entrar en guerra, hizo todo lo posible para contener la ola, limitando el tiempo para el debate y anulando resoluciones que reconocían la independencia de Cuba. Cuando el senador Proctor, propietario de canteras de mármol en Vermont, pronunció un fuerte discurso a favor de la guerra, Reed comentó: “La posición de Proctor podría haberse esperado. Una guerra creará un gran mercado para las lápidas”. Fue atacado por la prensa pro guerra y sus fallos despertaron resentimiento en la Cámara, que, en general, como el país, quería la guerra. "La ambición, el interés, el hambre de tierra, el orgullo, la mera alegría de luchar, sea lo que sea", reconoció el Washington Post, "nos anima una nueva sensación... El sabor del Imperio está en la boca del pueblo, incluso cuando el sabor de la sangre en la jungla”.

Era demasiado fuerte para que Reed pudiera controlarlo. Una mañana, durante el desayuno en el Shoreham, los periodistas le preguntaron sobre la estampida por la guerra y mostró una carta que acababa de abrir del Gobernador Morton de Nueva York instándolo a bajar de la silla al piso de la Cámara y disuadir a los miembros. de la intervención. “¡Disuadirlos! ¡El Gobernador también podría pedirme que salga en medio de un desierto de Kansas y disuada a un ciclón! No pudo evitar que el ultimátum a España llegara a la Asamblea, y el voto a favor en la Cámara de 311 a 6 fue una medida del ciclón. A uno de los seis, Reed le dijo: “Te envidio el lujo de tu voto. Estaba donde no podía hacerlo”.

La guerra fue declarada el 25 de abril de 1898. Mahan, que entonces se encontraba en Roma, cuando los periodistas le preguntaron cuánto pensaba que duraría la guerra, respondió con lo que resultó ser un cálculo aproximado: “Unos tres meses”. Al regresar inmediatamente fue nombrado uno de los tres miembros de la Junta de Guerra Naval. Roosevelt le envió un plan de campaña para la acción en Filipinas y al recibir sus comentarios escribió: “No hay duda de que usted está muy por encima del resto de nosotros. Nos has dado exactamente las sugerencias que queremos”.

El 30 de abril, el escuadrón del comodoro Dewey entró en la bahía de Manila y con un día de bombardeo, desatado con la clásica orden: "Puedes disparar cuando estés listo, Gridley", destruyó o puso fuera de combate al escuadrón español y las baterías costeras. Nunca el país había sentido tal sentimiento de orgullo. EL MAYOR COMPROMISO NAVAL DE LOS TIEMPOS MODERNOS fue uno de los titulares. De repente, enfrentó al país con un nuevo problema en el que sólo unos pocos habían pensado: ¿Qué hacer a continuación? El pueblo estadounidense en general, como dijo el señor Dooley, no sabía si Filipinas eran islas o productos enlatados, e incluso McKinley confesó que “no podría haber dicho dónde estaban esas malditas islas en un radio de 2.000 millas”. Los discípulos de Mahan sabían muy bien dónde estaban y qué sería de ellos. Cuatro días después de la victoria de Dewey, Lodge escribió: "De ningún modo debemos dejar ir las islas... La bandera estadounidense está izada y debe permanecer". Dado que durante treinta años había existido un movimiento independentista filipino, por el cual muchos habían luchado y sufrido prisión, exilio y muerte, la sencilla solución del senador Lodge tuvo poco en cuenta el consentimiento de los gobernados. Su líder era Emilio Aguinaldo, un joven de veintiocho años que había estado exiliado en Hong Kong. Tras la victoria de Dewey, regresó inmediatamente a Filipinas.

En Estados Unidos, el estallido de una guerra dirigida al enemigo y que no planteaba ningún peligro para la patria no silenció a sus oponentes, sino que los galvanizó. De repente se convirtieron en una entidad con un nombre: los antiimperialistas. El profesor Norton, que ahora tiene más de setenta años, se provocó torrentes de abusos y amenazas de violencia contra su casa y su persona al instar a sus alumnos a no alistarse en una guerra en la que "nos deshacemos de todo lo más preciado de nuestra carga nacional". Aunque un político irlandés de Boston propuso enviarle un grupo de linchamiento y la prensa lo llamó "traidor" e incluso el senador Hoar de Massachusetts lo denunció, el dolor de Norton por el rumbo de su país era demasiado grande para contenerlo. En una reunión de la Iglesia Congregacional en Cambridge habló de lo amargo que era que ahora, al final de un siglo que había visto el mayor avance en el conocimiento y la esperanza de paz, Estados Unidos se volviera contra sus ideales y "se hundiera en una guerra injusta".

Otros en Boston hablaron. Moorfield Storey, presidente del Massachusetts Reform Club y de la Civil Service Reform League, y ex presidente de la American Bar Association, fue uno de ellos; Gamaliel Bradford, un crítico rampante del gobierno conocido por sus cruzadas unipersonales a través de una serie de cartas a los periódicos, fue otro. La primera Story (menos la e) se había establecido en Massachusetts en 1635 y Bradford descendía del primer gobernador de la colonia de Plymouth. Juntos organizaron una reunión de protesta en Faneuil Hall, y aquí, el 15 de junio de 1898, tres días después de que Aguinaldo en Filipinas emitiera una declaración de independencia, se fundó la Liga Antiimperialista. Su presidente era el republicano George S. Boutwell, de ochenta años, exsenador de Massachusetts y exsecretario del Tesoro durante la presidencia de Grant. Su propósito declarado no era oponerse a la guerra como tal, sino insistir en que, habiendo sido emprendida como una guerra de liberación, no debía convertirse en una guerra para el imperio. La búsqueda de poder, dinero y gloria en el extranjero, sostenía la Liga, distraería la atención de las reformas internas y traería consigo un gobierno central fuerte y destructivo de los derechos de los estados tradicionales y las libertades locales. Los estadounidenses tenían bastante que hacer para resolver los problemas de corrupción municipal, guerra entre capital y trabajo, moneda desordenada, impuestos injustos, el uso de cargos públicos para obtener botín, los derechos de la gente de color en el Sur y de los indios en el Oeste, antes de tomar a pueblos extraños bajo su dominio.

Éstos fueron los problemas que absorbieron a los reformadores, muchos de los cuales, junto con independientes y disidentes de diversos tipos y distinguidos demócratas que se habían convertido

forzosamente en el partido antiexpansión, ahora se unieron bajo la bandera de la Liga. Entre sus cuarenta y un vicepresidentes pronto se encontraban el ex presidente Cleveland; su exsecretario de Guerra, William Endicott; el exsecretario del Tesoro, el portavoz Carlisle; el senador "Pitchfork Ben" Tillman; el presidente David Starr Jordan, de Stanford; el presidente James B. Angell, de la Universidad de Michigan; Jane Addams; Andrew Carnegie; William James; Samuel Gompers, presidente de la Federación Estadounidense del Trabajo, y muchos otros congresistas, clérigos, profesores, abogados y escritores. El novelista William Dean Howells pensaba que la guerra era "un asunto abominable". Cuando su amigo Mark Twain regresó a casa después de un largo viaje al extranjero, él también se convirtió en miembro de la Liga. Además del Evening Post de Godkin, sus principales voces fueron el Boston Herald, el Baltimore Sun y el Springfield Republican, mientras que otros dos periódicos republicanos, el Boston Evening Transcript y el Philadelphia Ledger, también le dieron su apoyo.

Del lado de los antiimperialistas había un fuerte sentimiento, surgido de los problemas con los negros después de la Guerra Civil, de renuencia a enfrentarse a nuevas poblaciones de color. Sólo surgirían más problemas, dijo Godkin con dureza en The Nation, de "dependencias habitadas por razas ignorantes e inferiores" con quienes los estadounidenses no tenían ninguna unión "aparte de la necesaria para fines de corrupción y expoliación". Carl Schurz utilizó el mismo argumento contra el Canal, diciendo que "una vez que hayan comenzado una carrera de engrandecimiento", los imperialistas insistirían en que el Canal estuviera bordeado por territorio estadounidense a ambos lados y querrían anexarse países "con una población de 13.000.000 de españoles". -Americanos mezclados con sangre india" que inundarían el Congreso con veinte senadores y cincuenta o sesenta representantes. Hawaii, donde los orientales superaban en número a los blancos, planteaba la misma amenaza.

Los antiimperialistas no arrastraron consigo a los populistas y seguidores de Bryan ni a los que pronto serían conocidos como progresistas. Si bien estos grupos se oponían a los ejércitos permanentes, las grandes armadas y los enredos extranjeros y eran en teoría antiimperialistas, antimilitaristas y antieuropeos, simultáneamente estaban imbuidos de una fiebre de luchar contra España como un cruel tirano europeo que acababa con la libertad a las puertas de Estados Unidos. Bryan llamó a la guerra tan fuerte como Theodore Roosevelt y, en sincero halago, aunque con menos prontitud, se hizo nombrar coronel del Tercer Voluntario de Nebraska, demasiado tarde para entrar en acción en Cuba. El más vociferante de

todos fue un joven abogado de Indianápolis, ya famoso a los treinta y seis años como orador político y que pronto se convertiría en líder de los progresistas. El sabor del imperio, la creciente sangre del nacionalismo expresado en términos de amplio dominio, encontró en Albert Beveridge su trompeta más emocionante. Al igual que Bryan, poseía ese peligroso talento para la oratoria que puede simular la acción e incluso el pensamiento. La guerra hizo que Beveridge se sintiera entusiasmado.

“Somos una raza conquistadora”, proclamó en Boston en abril, incluso antes de la victoria de la Bahía de Manila. "Debemos obedecer a nuestra sangre y ocupar nuevos mercados y, si es necesario, nuevas tierras... En el plan infinito del Todopoderoso... las civilizaciones degradadas y las razas en decadencia" iban a desaparecer "ante la civilización superior de los tipos de hombres más nobles y viriles". Los panalemanes en Berlín y Joseph Chamberlain en Inglaterra también hablaron de la misión de la raza superior, ya sea teutónica o anglosajona, pero Beveridge no tenía nada que aprender de ellos; era todo suyo. Vio en los acontecimientos actuales “el progreso de un pueblo poderoso y sus instituciones libres” y el cumplimiento del sueño “que Dios había puesto en el cerebro” de Jefferson, Hamilton, John Bright, Emerson, Ulysses S. Grant y otros “imperiales”. intelectos”; el sueño “de la expansión estadounidense hasta que todos los mares florezcan con esa flor de la libertad, la bandera de la gran República”. No era tanto la libertad como el comercio lo que Beveridge veía tras la bandera. Las fábricas y el suelo estadounidenses, afirmó, estaban produciendo más de lo que el pueblo estadounidense podía consumir. “El destino ha escrito nuestra política para nosotros; el comercio del mundo debe y será nuestro... Cubriremos el océano con nuestra marina mercante. Construiremos una armada a la medida de nuestra grandeza... La ley estadounidense, el orden estadounidense, la civilización estadounidense se plantarán en esas costas hasta ahora sangrientas y ignorantes, pero que de ahora en adelante serán bellas y brillantes gracias a los instrumentos de Dios”.

Beveridge estaba tan entusiasmado con las oportunidades de grandeza que la espada que blandía destelló casi demasiado desnuda. Habló del Pacífico como “el verdadero campo de nuestras operaciones. Allí España tiene un imperio insular en Filipinas... Allí Estados Unidos tiene una poderosa escuadra. Filipinas es lógicamente nuestro primer objetivo”.

Durante el verano, mientras otros se ofrecieron como voluntarios y lucharon en Cuba y enfermaron de fiebre amarilla y más de cinco mil murieron de enfermedades, la obediencia personal de Beveridge al

llamado de la sangre siguió siendo retórica. Despreció los argumentos antiimperialistas. “¿Cuba no es contigua? ¿Puerto Rico no es contiguo? ¿Las Filipinas no son contiguas?... ¡Dewey, Sampson y Schley las harán contiguas y la velocidad estadounidense, las armas estadounidenses, el corazón, el cerebro y los nervios estadounidenses los mantendrán contiguos para siempre!... ¿Quién se atreve a detenerlo ahora, ahora que por fin somos un solo pueblo? ¿Lo suficientemente fuerte para cualquier tarea, lo suficientemente grande para cualquier gloria que el destino pueda otorgar? Al año siguiente, Beveridge fue elegido senador. “Somos un gran pueblo”, comentó el Sr. Dooley. "Y lo mejor que es, sabemos que lo somos".

Theodore Roosevelt en estos meses estuvo al frente. Aunque ocupaba un cargo alto y crucial, había decidido de antemano abandonarlo, si estallaba la guerra, para prestar servicio activo. Hombres como él, como le escribió en privado a un amigo, después de haber sido objeto de burlas llamándolos “patrioteros de salón y de salón… mi poder para el bien, cualquiera que sea, se habría esfumado si no tratara de vivir de acuerdo con las doctrinas que He tratado de predicar”. Renunció como Subsecretario de Marina inmediatamente después de Manila, declinó el mando de un regimiento de caballería voluntaria que le ofreció el Secretario de Guerra Alger, pero pidió servir como teniente coronel con la condición de que el mando fuera entregado a su amigo el coronel Leonard Wood. del ejército regular. Esto se hizo. El 24 de junio, dos meses después, estaba en acción en el Cerro San Juan. El 3 de julio, la lucha por la tierra había terminado, el entusiasta Rough Rider era un héroe y fue elegido triunfalmente Gobernador de Nueva York en noviembre.

Mientras tanto, en un Congreso azotado por la guerra, los defensores de la anexión de Hawaii vieron una nueva oportunidad. Aún incapaces de reunir dos tercios del Senado, habían decidido recurrir a la anexión mediante una Resolución Conjunta, que sólo requería una mayoría simple. La resolución se había presentado en el Senado el 16 de marzo, pero Reed había podido evitar que llegara al pleno de la Cámara durante todo el revuelo de abril. Su comando despiadado, comentó el Washington Post el 15 de abril, lo convirtió en “el antagonista más peligroso de la vida pública”. De hecho, era el único hombre a quien el intrépido Beveridge no quería enfrentarse. Cuando se le instó a escribir a Reed para persuadirlo de que no se opusiera a la expansión, Beveridge respondió: "Siento que cualquier esfuerzo mío sobre la mente y la voluntad del Portavoz, similar a la de Gibraltar, sería absolutamente ineficaz".

Sin embargo, después de que la guerra llegó al Pacífico, incluso a

Reed le resultó difícil mantener su férreo control. Exasperado, le dijo a Champ Clark, de Missouri, que deseaba que Dewey “navegara inmediatamente de ese lugar. Si no lo hace, nos causará problemas para siempre. Los anexionistas argumentaron que si Estados Unidos no tomaba Hawaii, lo haría Gran Bretaña o, alternativamente, Japón, que ya estaba conspirando para hacerse con el control fomentando la afluencia de súbditos japoneses subsidiados por su gobierno. Además, ahora se encontraba claramente en el camino estadounidense. “Necesitamos Hawaii tanto y mucho más que California”, dijo McKinley a su secretario, George Cortelyou, el 4 de mayo. “Es el Destino Manifiesto”.

El 4 de mayo se presentó la resolución en la Cámara. Reed lo reprimió durante tres semanas ante una presión cada vez mayor. La excusa de que el control de Hawai era necesario para la derrota de España en el Pacífico la consideraba un puro pretexto concebido por los intereses azucareros y los imperialistas. En esto estaba en desacuerdo con el Presidente, con casi todo su partido en el Congreso y con amigos fuera del Congreso. “La oposición ahora proviene exclusivamente de Reed, quien está poniendo a prueba todos sus nervios para vencer a Hawaii”, escribió Lodge a Roosevelt. Reed incluso llegó al extremo de conseguir la ayuda de los demócratas. Cuando el futuro presidente, Champ Clark, un buen amigo aunque demócrata, le pidió a Reed que lo nombrara en el Comité de Medios y Arbitrios, Reed le rogó que fuera al Comité de Asuntos Exteriores, donde necesitaba la ayuda de Clark como "un hombre que cree como yo y que es un luchador”.

"Si lo pones de esa manera", respondió Clark, muy afectado, "te apoyaré". Aceptó sacrificar el lugar que había codiciado durante mucho tiempo para ayudar al oponente más intransigente de su partido.

La inquietud en el propio partido de Reed iba en aumento. El 24 de mayo, los miembros republicanos de la Cámara dieron el paso inusual de firmar una petición para que un grupo considerara la resolución. Presentó a Reed un desafío frontal a todo por lo que había luchado en su batalla contra el quórum silencioso. La premisa fundamental de esa batalla y de las Reglas de Reed fue que debe prevalecer la voluntad de la Cámara expresada por la mayoría. Reed sabía que desde su inexpugnable altura sobre el suelo y con su dominio de las técnicas procesales podría, con la colaboración de Clark, evitar una votación sobre la Resolución de Hawaii, pero no podía cambiar el sentimiento. Sabía que su propio partido, el mayoritario, quería la anexión y que la Cámara en su conjunto estaba a favor de ella. Al hacer uso de toda su

autoridad podría frustrar la resolución, pero si lo hiciera, su éxito anularía lo que había logrado anteriormente: la reforma que aseguraba que la Cámara realmente se controlara a sí misma, que ningún truco de procedimiento, ninguna regla arbitraria de un Portavoz podría obstaculizar la voluntad de la mayoría. El propósito de la batalla del quórum se había puesto a prueba, y con trágica ironía, contra él mismo. Tendría que elegir entre su odio a la conquista extranjera y su deber como Portavoz; entre, por un lado, sus creencias más profundas y, por el otro, las Reglas de Reed.

Sólo había una opción que podía tomar. Conociendo demasiado bien el valor de lo que había logrado en el 51º Congreso, se inclinó ante la mayoría. El debate se abrió el 11 de junio y el 15 de junio la resolución fue aprobada por 209 a 91 con un apoyo republicano prácticamente unánime. Reed no estaba en la presidencia. El representante Dalzell, en su lugar, anunció antes de la votación: “El presidente de la Cámara está ausente por enfermedad. Me pidió que dijera que si estuviera presente votaría No”. Reed había adoptado una postura, dijo The Nation, “absolutamente solo” entre su partido. “El valor para oponerse a una manía popular, sobre todo para ir en contra de un partido, no es una virtud política tan común como para que podamos darnos el lujo de no rendir homenaje al hombre que la exhibe”.

La anexión de Hawái fue ratificada formalmente el 7 de julio, cuatro días después de que la guerra en Cuba llegara a su fin mediante una batalla naval frente a Santiago. Allí la flota española, que intentaba superar el bloqueo americano, fue destruida por el fuego superior de los cinco acorazados de reciente construcción: Indiana, Oregon, Massachusetts, Iowa y Texas. Con la rendición de Santiago dos semanas después, el dominio español llegó a su fin, derrotado no por los insurgentes cubanos sino por Estados Unidos. Cuando se trataba de negociar términos de paz, toda la pasión derramada durante los últimos tres años por la causa de la libertad cubana, todas las resoluciones del Congreso que favorecían el reconocimiento de una República Cubana independiente y negaban la intención de anexarla resultaron un serio obstáculo para la decisión del Senador Lodge. necesidad." Considerar a Cuba como fruto de la conquista era imposible, por muy atractivas que fueran sus ventajas estratégicas y comerciales, pero al menos estaba disponible una isla más pequeña, Puerto Rico. España, obligada a renunciar a Cuba y ceder al vecino más pequeño, fue eliminada del hemisferio occidental. El grado de independencia de Cuba y la naturaleza de sus relaciones con Estados Unidos se dejaron resolver en presencia de una fuerza de ocupación estadounidense. El resultado fue la Enmienda Platt de 1901, que

estableció un virtual protectorado estadounidense.

Mientras tanto, el 12 de agosto se firmaron en Washington los términos de paz preliminares, dejando la cuestión aún más problemática de Filipinas en manos de los comisionados de paz que se reunirían en París para concluir un acuerdo final. Al hacer un balance de la guerra, Lodge podría decir con cierta satisfacción: "Hemos llegado a ser una de las grandes potencias mundiales y creo que hemos dejado en Europa una impresión que será duradera". Mahan escribió sobre el mismo tema a la señora Roosevelt fue bastante más pomposo: “La jovial juventud de nuestro pueblo ahora fallece para nunca regresar; las preocupaciones y ansiedades de los años de la virilidad en adelante serán nuestras”.

En casa, los antiimperialistas (mediante reuniones, protestas, discursos, artículos, peticiones y conferencias públicas) intentaban impedir que su país arrancara el archipiélago del Pacífico que parecía brillar con el mal fatal de la manzana del jardín. del Edén. Carl Schurz instó a McKinley a entregar Filipinas como mandato a una potencia pequeña, como Bélgica u Holanda, para que Estados Unidos pudiera seguir siendo “la gran potencia neutral del mundo”. En Francia era el “verano Dreyfus”, y también los estadounidenses en esos meses sintieron que su país había llegado a un momento crítico para su carácter y su futuro. En público y en privado se desarrolló el debate sobre si conservar Filipinas o entregarlas al autogobierno de los filipinos. Incluso el normalmente testarudo Mahan contrajo la fiebre de la rectitud y le escribió a un amigo inglés sobre el deber de Estados Unidos de conservar Filipinas: “¡Deus Vult! Fue el grito de los cruzados y los puritanos y dudo que el hombre alguna vez pronuncie uno más noble”.

En agosto, líderes de la vida pública tanto a favor como en contra de la expansión convocaron en Saratoga una conferencia de tres días de duración para considerar “algunos de los problemas más trascendentales de la historia de la República”. El tema favorito de los expansionistas, que suscitó sus argumentos más enérgicos, fue una visión de los vastos mercados sin explotar de Oriente con sus ilimitadas oportunidades para las empresas estadounidenses. Hablando en nombre de los antiimperialistas, Henry Wade Rogers, presidente de la Universidad Northwestern y presidente de la Conferencia el día inaugural, señaló enérgicamente que no era necesario anexar territorio para comerciar con él. Pero no pudo reunir una pasión igual a la del juez Grosscup, famoso por ser el hombre que había emitido la orden judicial en la huelga de Pullman, quien pronunció un exuberante elogio a “la nueva carrera de actividad

comercial en la que confío que estamos a punto de iniciar. " Con Filipinas y Hawaii en sus manos, Estados Unidos controlaría el camino hacia Asia, todo un continente con “puertas que se abren hacia adentro y que nos conducirán a la mitad del territorio deseable y a un tercio de la población de la Tierra”.

Samuel Gompers habló en contra de la conquista de tierras extranjeras no sólo como una traición a los principios estadounidenses sino como un peligro para los estándares de los asalariados estadounidenses. Se forjaron extrañas combinaciones en favor de la causa del antiimperialismo. Cuando, en una reunión posterior en Chicago, Gompers declaró que la retención de Filipinas demostraría que “nuestra guerra fue sin causa justa”, Andrew Carnegie le envió un telegrama de felicitación diciendo: “Unámonos para salvar la República”.

El presidente McKinley, después de un examen de conciencia y oración, había llegado a la decisión deseada por sus asesores y popular entre su partido: Filipinas debía conservarse. En París, se dio a entender a los comisarios españoles que se había acabado el tiempo de regateos; posesión habló. Tendrían que ceder o afrontar la reanudación de la guerra. Se ofreció un pago simbólico de 20.000.000 de dólares para facilitar la aceptación de lo inevitable. El 10 de diciembre se firmó el Tratado de París, transfiriendo la soberanía de Filipinas a los Estados Unidos, y los 20.000.000 de dólares se entregarían tras su ratificación. "Hemos comprado diez millones de malayos a 2 dólares la cabeza sin cortar", comentó Reed con acidez, y en el comentario más profético hecho por nadie en ese momento, añadió, "y nadie sabe cuánto costará recogerlos".

Aunque ya era medio esperado, Aguinaldo y sus fuerzas se enteraron del acuerdo con amargura y angustia, muchos de ellos apenas podían creer que sus libertadores y aliados se hubieran convertido en un nuevo grupo de conquistadores. Sin un ejército organizado ni armas modernas, se prepararon para luchar de nuevo, mientras esperaban un incumplimiento aún posible. Conocían la fuerte corriente antiimperialista en Estados Unidos y tenían la esperanza de que el Senado no ratificara el tratado.

La sesión de invierno del Congreso, que se reabrió el 5 de diciembre de 1898, estuvo dominada por la lucha por el tratado, más intensa que la de Hawai. Cada voto contaba. Para reunir sus dos tercios, los republicanos liderados por Lodge como líder tuvieron que utilizar todos los artificios, todos los argumentos, todas las vías de presión sobre sus propios miembros y sobre los demócratas que pudieran estar dispuestos a aceptarlos, mientras que los antiexpansionistas luchaban

por mantenerse firmes lo suficiente. Los senadores formarán un tercero más uno. En ese momento, en la Cámara, ciertos miembros propusieron a Reed una coalición de demócratas y republicanos antiimperialistas para aprobar una resolución de la Cámara contra el tratado que conduciría a su derrota en el Senado. Aunque ya no era ningún secreto en los círculos internos de Washington que "despreciaba" a la Administración, Reed se negó. Si bien siguió siendo su piloto, no estaba preparado para liderar una revuelta contra él. Su tarea como portavoz estuvo llena de descaro. "Reed es terriblemente amargado", escribió Lodge a Roosevelt, "dice todo tipo de cosas feas sobre la Administración y su política en conversaciones privadas, de modo que yo me mantengo fuera de su camino porque le tengo cariño y confieso que su actitud es dolorosa y decepcionante para mí más allá de las palabras".

El público no estaba contento con la aventura filipina y confuso en cuanto a su deber. Especialmente los demócratas y populistas habían considerado que la guerra en Cuba estaba en favor de la causa de la libertad. Ahora, por alguna brujería del destino, la guerra se había convertido en una cuestión de imponer soberanía sobre un pueblo que no lo deseaba mediante el derecho de conquista. América se había convertido en la nueva España. En este momento infeliz, se ofrecieron consejos impresionantes gracias al esfuerzo combinado de dos hombres con la misma extraordinaria sensibilidad hacia la historia en proceso. El 1 de febrero de 1899, SS McClure publicó en dos páginas de su revista una exhortación en verso de Rudyard Kipling dirigida a los americanos en su perplejidad.

> Asumid la carga del Hombre Blanco Enviad a los mejores de vuestra raza, Id a atar a vuestros hijos al exilio Para satisfacer las necesidades de vuestros cautivos; A esperar con pesados arneses A gente agitada y salvaje, Tus pueblos hoscos recién capturados, Mitad diablo y mitad niño....
>
> Toma la carga del Hombre Blanco, las salvajes guerras de paz, llena la boca del hambre y ordena que cese la enfermedad....
>
> No os atreváis a rebajaros a menos...

Se restableció la nota de justicia; Kipling había

logrado la combinación perfecta de destino noble y misión altruista. Ampliamente reimpreso y citado, el poema se difundió por todo el país en una semana, contribuyendo en gran medida a reconciliar a los vacilantes con la tarea imperial.

En Washington parecía que los opositores al tratado podrían tener éxito, ya que a los republicanos les faltaba un voto para completar los dos tercios necesarios para la ratificación. De repente, William Jennings Bryan llegó a Washington y ante el asombro de sus seguidores los instó a votar a favor del tratado. Como líder del Partido Demócrata, tenía toda la intención de ser él mismo el abanderado en 1900, pero reconoció la necesidad de un nuevo estándar. Calculando que no podría ganar con una repetición de la emisión de plata, estaba perfectamente dispuesto a renunciar a ella en favor del imperialismo, una nueva corona de espinas. Estaba seguro de que la retención de Filipinas generaría tantos problemas que constituiría un tema candente de campaña, pero primero debía consumarse. En consecuencia, dijo a su partido, no sería conveniente derrotar el tratado. Este extraordinario razonamiento asombró e incluso escandalizó a aquellos legisladores que habían pensado que se trataba de un principio. El senador Pettigrew, el senador “plata” de Dakota del Sur, estaba “tan indignado que finalmente le dije que no tenía nada que hacer en Washington con semejante encargo”. En el delicado equilibrio que prevalecía, la cuestión más importante desde la Secesión dependía de los votos de uno o dos senadores vacilantes. Algunos se sintieron afectados cuando Bryan argumentó que ratificar el tratado pondría fin a la guerra.

En este punto, con la votación programada para el 6 de febrero, con el resultado incierto, con cada lado sondeando ansiosamente y contando cada posible sí y no, los filipinos se levantaron en su propia guerra de independencia. Sus fuerzas atacaron las líneas estadounidenses en las afueras de Manila la noche del 4 de febrero. En Washington, aunque la noticia intensificó la frenética especulación, nadie podía estar seguro del efecto que tendría. Una petición de último momento firmada por el ex presidente Cleveland, el presidente Eliot de Harvard y otros veintidós hombres de prominencia nacional fue dirigida al Senado, protestando contra el tratado a menos que incluyera una disposición contra la anexión de Filipinas y Puerto Rico. "De acuerdo con los principios sobre los cuales se fundó nuestra República, tenemos el deber de reconocer los derechos de los habitantes... a la independencia y al autogobierno", decía, y señalaba

que si, como había declarado McKinley una vez, la fuerza La anexión de Cuba sería una “agresión criminal según nuestro código moral”, y la anexión de Filipinas no lo sería menos. Su texto no tenía respuesta, pero no ofrecía cargos judiciales, futuros políticos u otras monedas con las que Lodge y Bryan estuvieran negociando.

Cuando el Senado votó el 6 de febrero, el tratado ganó por 57 a 27, con un margen de un voto. Fue “la pelea más reñida y dura que jamás haya conocido”, dijo Lodge. Posteriormente, una cosa en la que todos estuvieron de acuerdo fue en que Bryan había influido en los votos decisivos. Cuando se contó la votación, 59 estadounidenses habían muerto y 278 habían resultado heridos y unos 500 filipinos habían resultado víctimas en Filipinas. El costo de seleccionar malayos apenas comenzaba a pagarse.

“La forma en que el país vomitó sus antiguos principios al primer toque de tentación fue repugnante”, escribió William James en una carta privada. Públicamente, en el Boston Evening Transcript, escribió: “Ahora estamos abiertamente comprometidos en aplastar lo más sagrado de este gran mundo humano: el intento de un pueblo esclavizado durante mucho tiempo” de alcanzar la libertad y forjar su propio destino. Lo más triste para hombres como James fue la ruptura del sueño americano. Estados Unidos, escribió Norton, “ha perdido su posición única como líder en el progreso de la civilización y ha ocupado su lugar simplemente como una de las naciones codiciosas y egoístas de la actualidad”.

Para muchos otros fue doloroso saber que las armas estadounidenses disparaban contra los filipinos. La ira de los antiimperialistas se profundizó y su membresía aumentó a medio millón, con ramas de la Liga en Boston y Springfield, en Nueva York, Filadelfia, Baltimore, Washington, Cincinnati, Cleveland, Detroit, St. Louis, Los Ángeles, y Portland, Oregón. "Estamos equivocados respecto de todo en lo que hemos creído", escribió Moorfield Storey. “Esta gran tierra libre que durante más de un siglo ha ofrecido refugio a los oprimidos de todos los países, ahora se ha convertido en opresión”. Todavía reacio a darse por vencido, esperaba el liderazgo de Reed, a quien Roosevelt había llamado "el hombre más influyente del Congreso". Al escribirle al senador Hoar, Storey le rogó que “persuadiera al señor Reed para que hablara como debía. Es muy lento y carece de agresividad en los grandes asuntos. Si saliera, creo que realmente podría ser el próximo presidente”.

Fue muy tarde. La lentitud de Reed era la de un hombre para quien la lucha se ha vuelto amarga. Otros cuyo principal interés radicaba en campos no políticos podían sentir lo mismo sin sentirse destrozados.

Toda su vida de Reed transcurrió en el Congreso, en la política, en el ejercicio del gobierno representativo, con la salvedad de que para él tenía que ejercerse hacia un fin en el que creía. Su partido y su país estaban ahora empeñados en un rumbo que él mismo había perseguido. Sentí una profunda desconfianza y disgusto. Mencionarle expansión, dijo un periodista, era como “tocar una cerilla” y le provocaba “un lenguaje sulfuroso”. La marea se había vuelto en su contra; no podía darle marcha atrás y no quería seguirlo.

Al igual que su país, había llegado el momento de tomar decisiones. Podría continuar con otro mandato como presidente, pero ya podía ver signos de un sentimiento creciente en la Cámara de que era demasiado hostil a la Administración para continuar como su principal lugarteniente. Joe Cannon y otros de sus antiguos asociados estaban enfadados por su actitud y sus comentarios sobre el presidente, pero ninguno se atrevió a intentar una contienda para derrocarlo. El presidente no tuvo el valor de apoyar abiertamente a nadie más. Reed sabía que podía mantener el mando, pero sería un período a raya contra una manada gruñendo a sus pies. En estos días se volvió “malhumorado y feo” y brusco con viejos colegas a quienes vio que lo abandonaban.

Conservar el cargo de Portavoz sería llevar a cabo una política en Filipinas que le resultaría abominable. Sería continuar como portavoz del partido de Lincoln, que había sido su hogar durante tanto tiempo y que ahora había elegido, de una manera diferente a la que Lincoln pretendía, "perder vilmente la última y mejor esperanza de la tierra". A su viejo amigo y secretario, Asher Hinds, le dijo: “He intentado, quizá no siempre con éxito, hacer que los actos de mi vida pública estén de acuerdo con mi conciencia y ahora no puedo hacerlo”. Para él, el propósito y el sabor de la vida en la arena política habían desaparecido. Había descubierto la tragedia de la humanidad: que puede trazar los planos del bien pero no puede estar a la altura de ellos.

En febrero de 1899, después de la votación del tratado, tomó su decisión. Aunque no dijo nada públicamente en ese momento, comenzaron a aparecer en la prensa rumores de que tenía intención de retirarse de la política. Cuando los periodistas vinieron a preguntarle sobre su hostilidad hacia la política de Filipinas y el proyecto de ley del Canal de Nicaragua, hizo a un lado sus preguntas con una expresión de “fatiga y disgusto”. En abril, tras la clausura del 55º Congreso, autorizó un anuncio. Lo increíble resultó ser cierto. El presidente Reed se retiraría del Congreso y, después de unas vacaciones en Europa, comenzaría a ejercer la abogacía de forma

privada en Nueva York como socio principal de la firma Simpson, Thacher and Barnum.

“¡Congreso sin Tom Reed! ¡Quién puede imaginarlo! exclamó un editorial del New York Tribune. Por todas partes se percibía una sensación medio asustada, como si se hubiera eliminado algún gran hito, dejando un enorme agujero a los pies de los observadores. El Times, que nunca fue uno de sus admiradores, se vio obligado a publicar un editorial a toda columna sobre la “pérdida nacional”. Consideró que "debe haber algo mal en la condición política" que hizo que un hombre así abandonara la vida pública para dedicarse a la práctica privada del derecho. Su corresponsal en Washington calificó el evento como una “calamidad” para el Congreso en la medida en que reduciría el nivel de capacidad después de la partida del Portavoz. Godkin en el Evening Post lamentó la desaparición de la vida política de ese raro fenómeno, “un hombre maduro y racional”.

El propio Reed no ofreció ninguna explicación pública de su marcha excepto decir, en una carta de despedida a sus electores en Maine: "El cargo como una cinta para pegar en el abrigo no merece la consideración de nadie". Acorralado en el Hotel Manhattan de Nueva York por periodistas que insistían en que el público querría saber de él, respondió: “¡El público! No tengo ningún interés en el público”, giró sobre sus talones y se alejó.

Las operaciones militares en Filipinas aumentaron en tamaño y salvajismo. Contra la obstinada guerra de guerrillas de los filipinos, el ejército estadounidense desplegó regimientos, brigadas y divisiones, hasta que hasta 75.000 soldados (más de cuatro veces más que los que participaron en acción en Cuba) participaron en las islas al mismo tiempo. Los filipinos quemaron, tendieron emboscadas, asaltaron, mutilaron; en ocasiones enterraban vivos a los prisioneros. Los estadounidenses respondieron con sus propias atrocidades, quemando una aldea entera y matando a todos sus habitantes si encontraban a un soldado estadounidense degollado, aplicándole la “cura del agua” y otras torturas para obtener información. Estaban a cinco mil kilómetros de casa, exasperados

por el calor, la malaria, las lluvias tropicales, el barro y los mosquitos. Cantaban: “Maldito, maldito, maldito el filipino, civilízalo con un Krag…” y en ocasiones los oficiales daban órdenes de no tomar más prisioneros. Ganaron todas las escaramuzas contra un enemigo que se renovaba constantemente. Un grupo de asalto que no alcanzó a Aguinaldo pero capturó a su pequeño hijo fue noticia. Reed, al llegar a su oficina esa mañana, le dijo con fingida sorpresa a su socio legal: “¿Qué? ¿Estás trabajando hoy? Supongo que estarías celebrando. Veo por los documentos que el ejército estadounidense ha capturado al pequeño hijo de Aguinaldo y, por fin, estaba persiguiendo a la madre”.

Aguinaldo luchó para ganar tiempo con la esperanza de que el sentimiento antiimperialista en Estados Unidos obligara a la retirada de las fuerzas que ya estaban hartas de su tarea. Cuanto más duraba la guerra, más fuertes y furiosas crecían las protestas antiimperialistas. Su programa adoptado en Chicago en octubre de 1899 exigía "un cese inmediato de la guerra contra la libertad". Recopilaron e informaron de los peores casos de conducta estadounidense en Filipinas y de todos los discursos más atroces de la avaricia imperialista y los compararon con las expresiones más empalagosas de la misión del hombre blanco. Distribuyeron panfletos pagados por Andrew Carnegie, y cuando el jefe ejecutivo de la Liga, Edward Atkinson, solicitó permiso al Departamento de Guerra para enviar los panfletos a Filipinas y se lo negaron, los envió de todos modos.

Ansiosa por poner fin a la guerra y aplacar a los “pueblos hoscos recién capturados” y gobernar de manera creíble, la Administración envió varios comités para investigar las atrocidades, para descubrir qué querían realmente los filipinos (aparte del autogobierno, que decían que querían). e informar sobre qué forma de gobierno civil darles. En abril de 1900, el tímido y amable juez William Howard Taft, de ciento treinta kilos, fue enviado a establecer un gobierno civil, armado con una carta redactada por el nuevo Secretario de Guerra, Elihu Root, que concedía a los filipinos una Grado liberal de autonomía interna. Como ni ellos ni los estadounidenses estaban dispuestos a dejar de luchar, el intento fue prematuro, pero Taft permaneció, decidido a gobernar en interés del “pequeño hermano moreno” tan pronto como se le diera la oportunidad. Cuando unos

amigos de su casa, preocupados por su bienestar, le enviaron preguntas ansiosas sobre su salud, le telegrafió a Elihu Root diciéndole que había salido a montar a caballo y que se sentía bien. “¿Cómo se siente el caballo?” Raíz cableada hacia atrás.

A pesar de las dificultades, los republicanos dominantes no repensaron ni dudaron sobre la nueva carrera que inició Estados Unidos. El proyecto de ley para la construcción del Canal de Nicaragua estaba en el Senado y también lo estaba Albert Beveridge, más aliado que nunca del Todopoderoso. “No renunciaremos a nuestra parte en la misión de nuestra raza, depositarios bajo Dios, de la civilización del mundo”, dijo el 8 de enero de 1900. Informó a los senadores que Dios había estado preparando “a los pueblos teutónicos y de habla inglesa”. ” para esta misión desde hace mil años.

Algunos miembros de la generación de Beveridge encontraron repugnante la nueva imagen de Estados Unidos. Al escuchar el sonido de una “innoble batalla” que se acercaba “hurramente sobre los mares del Pacífico”, William Vaughn Moody escribió su “Oda en tiempos de vacilación”, que apareció en el Atlantic Monthly en mayo de 1900. ¿Seguimos siendo la “nación águila”? preguntó, o:

> ¿Será apartado algún ave menos señorial? ¿Algún ave limícola de pico grueso donde los pantanos son abundantes? ¿Algún atiborrador al sol? ¿Algún merodeador con el bate?

Esta era la conciencia de unos pocos, también sentida por Godkin, quien, en su desilusión, dijo algo extraño y clarividente en ese momento. "El espíritu militar", escribió a Moorfield Storey en enero de 1900, "se ha apoderado de las masas a quienes ha pasado el poder".

Mientras la guerra cumplía su primer aniversario con las fuerzas estadounidenses profundamente extendidas, se avecinaba un acontecimiento que aún podría ponerle fin: las próximas elecciones presidenciales. En esto pusieron sus esperanzas los antiimperialistas y Aguinaldo. Su primera rareza fue un auge para el almirante Dewey, inspirado en parte por la desesperación de algunos demócratas por encontrar otro candidato que no fuera Bryan. Habiendo llegado a la conclusión, después de algunos estudios sobre el tema, de que "el cargo de Presidente no es tan difícil de ocupar", el Almirante anunció que estaba disponible, pero como su redacción no inspiraba confianza y parecía vago en cuanto a su partido, su candidatura se derrumbó. . Bryan apareció.

Los antiimperialistas se vieron atrapados en un angustioso dilema.

McKinley representó al partido del imperialismo; Bryan, en palabras de Carl Schurz, era “el genio malvado de la causa antiimperialista”, detestado por su traición en la cuestión del tratado y temido por su radicalismo. Schurz se reunió con Carnegie, Gamaliel Bradford y el senador Pettigrew en el Hotel Plaza de Nueva York en enero de 1900, en un esfuerzo por organizar un tercer partido para que el pueblo estadounidense no “se viera obligado por los dos viejos cadáveres podridos del partido a elegir entre dos males”. Carnegie suscribió 25.000 dólares en el acto, mientras que los demás aportaron una suma equivalente. Poco después, los miembros del consorcio siderúrgico con el que Carnegie estaba entonces negociando la venta de su empresa le dijeron que si se oponía a McKinley, el acuerdo no se concretaría. Al preferir United States Steel a un tercero, Carnegie retiró su apoyo, recibió sus acciones y se retiró del negocio. Schurz y los demás, sin embargo, celebraron un Congreso de la Libertad en Indianápolis, en el que pidieron a Reed que fuera su candidato, pero ni Reed ni nadie más quería la vana tarea de liderar un partido de matones. En Kansas City, en julio, sucedió lo inevitable: Bryan fue elegido.

Haciendo campaña contra el imperialismo como lo había planeado, Bryan recorrió el país tan enérgicamente como antes. Estaba empañado, pero su magnetismo, su pasión y su sinceridad del momento todavía llegaban a la gente e incluso a través del Pacífico. En Bryan, si no hubiera sido por quien el Tratado de París habría sido derrotado, los filipinos depositaron su fe. “El gran partido demócrata de Estados Unidos ganará las próximas elecciones de otoño”, prometió Aguinaldo en una proclama. “El imperialismo fracasará en su loco intento de subyugarnos por la fuerza de las armas”. Sus soldados lanzaron el grito de guerra: "¡Aguinaldo-Bryan!"

En su plataforma de Chicago, anticipándose a las elecciones, los antiimperialistas habían dicho: "Nos proponemos contribuir a la derrota de cualquier persona o partido que defienda la subyugación de cualquier pueblo". No había nada que hacer, como le escribió un amigo al ex presidente Cleveland, sino “taparse la nariz y votar” por Bryan. El entusiasmo modificado de esas personas por el candidato demócrata les valió el nombre de grupo de “tápate la nariz y vota”. Ambos candidatos eran tan desagradables para la Nación que se negó a apoyar a ninguno de ellos, prefiriendo, como se quejó un lector insatisfecho, "sentarse en una valla y regañar a ambos".

Los republicanos no tuvieron tales dificultades. Aunque preferían que los llamaran expansionistas antes que imperialistas, estaban orgullosos de la condición, cualquiera que fuera su nombre, y creían en sus objetivos. Directo como siempre, Lodge dijo: “Manila, con su

magnífica bahía, es el premio y la perla de Oriente;... nos mantendrá abiertos a los mercados de China... ¿Deberíamos dudar y hacer, de manera cobarde, lo que Dante llama el '? ¿Gran negativa?" Habiendo pronunciado el Secretario Hay la política de Puertas Abiertas, los mercados de China estaban muy presentes en la mente de los hombres. Durante el verano de la campaña, el asedio de las legaciones de Pekín por parte de los bóxers y la participación estadounidense en la expedición de socorro pusieron de relieve el papel de gran alcance que desempeñaba ahora el país. Su defensor más convencido y vocal fue el nuevo candidato a vicepresidente de McKinley, Theodore Roosevelt, quien ocupó el lugar del presidente como jefe de campaña. Inseguro de la victoria, ya que "el cubo lleno de la cena" era más un eslogan que un hecho, hizo campaña tan vigorosamente e infatigablemente que para el público y los caricaturistas, el Rough Rider con dientes, quevedos y entusiasmo insaciable parecía ser el verdadero candidato. . Se burló del espectro del militarismo calificándolo de "fantasma sombrío", insistió en que la expansión "de ninguna manera afecta nuestras instituciones o nuestras políticas tradicionales" y dijo que la pregunta no era "si nos expandiremos - porque ya nos hemos expandido- sino si contratará".

El país escuchó miles de discursos y leyó miles de columnas periodísticas que analizaban todos los argumentos a favor y en contra del imperialismo y todos los aspectos de la guerra en Filipinas. Gracias a los esfuerzos de los antiimperialistas, aprendió más sobre la conducta de sus propias tropas de lo que el público suele saber en tiempos de guerra. Se descubrió que algunas tropas estadounidenses habían recibido balas Dumdum, tan completamente desaprobadas (excepto por los británicos) en la Conferencia de Paz de La Haya el año anterior. Al final, el pueblo estadounidense, al igual que los británicos en su elección caqui del mismo año, aprobó a los titulares. Lo que un pueblo piensa en un momento dado se puede medir mejor por lo que hace. McKinley y Roosevelt fueron elegidos con el 53 por ciento de los votos emitidos y con un margen mayor sobre Bryan que el obtenido en 1896. Se aceptaron la expansión y la conquista y se confirmó la ruptura con el pasado estadounidense. Aún en guerra en Filipinas, Estados Unidos entró en el siglo XX.

Para Aguinaldo, después de las elecciones ya no había nada más que esperar. Retirándose a las montañas, todavía luchando, fue capturado mediante engaños en marzo de 1901, y en cautiverio en abril firmó un juramento de lealtad a los Estados Unidos junto con una proclamación dirigida a su pueblo pidiendo el fin de la resistencia: "Ha habido Basta de sangre, basta de lágrimas, basta de desolación".

El profesor Norton expresó la elegía de los antiimperialistas. “Llego a la conclusión”, le escribió a un amigo el mes de la captura de Aguinaldo, “que he sido demasiado idealista acerca de Estados Unidos, había puesto mis esperanzas demasiado altas, me había formado una imagen demasiado justa de lo que ella podría llegar a ser”. . Nunca una nación tuvo tal oportunidad; ella era la esperanza del mundo. Nunca más una nación tendrá la oportunidad de elevar el nivel de la civilización”.

Seis meses después llegó el disparo de Czolgosz y el lugar de McKinley lo ocupó Roosevelt, “ese maldito vaquero”, como dijo Mark Hanna al enterarse de la noticia. El comentario no fue astuto. Fue un arquitecto de la nueva era quien se convirtió en su presidente a los cuarenta y tres años.

Reed le escribió una carta de buenos deseos, pero el intercambio fue formal y el abismo permaneció. Al vivir en Nueva York, Reed formó una agradable compañía con Mark Twain, cuyo ingenio, mentalidad y actitud sardónica coincidían con las suyas. Fueron invitados juntos a bordo del yate del capitalista de múltiples fideicomisos Henry H. Rogers para un largo crucero del que sobrevive la leyenda épica de que Reed ganó veintitrés manos de póquer seguidas. Visitó Washington de vez en cuando, una vez defendió un caso ante la Corte Suprema y entretuvo a los jueces con su estilo bastante notable de presentación. No volvió a visitar el pleno de la Cámara, sino que compareció ante la corte y vio a viejos amigos en la oficina del Comité de Medios y Arbitrios. Por orden del médico logró perder cuarenta libras pero su salud era preocupante. En el verano de 1902 fue la figura central de la celebración del centenario de Bowdoin, donde disfrutó de “un buen momento” como, dijo, “podemos volver a tenerlo pero no podemos buscarlo con sensatez”. En diciembre regresó a Washington y, mientras se encontraba en la Sala del Comité del Capitolio, de repente enfermó. Resultó estar en la etapa terminal de una nefritis crónica. Cinco días después, el 6 de diciembre de 1902, falleció a los sesenta y dos años. Joe Cannon, su sucesor como portavoz, dijo de él: "El suyo era el intelecto más fuerte cruzado con el mejor coraje de cualquier hombre en la vida pública que jamás haya conocido". Con esas dos cualidades y sus “leyes hechas por él mismo”, Reed se había mantenido firme en el suelo pantanoso de la política, intransigente hasta el final, un espécimen solitario de un tipo poco común, el Hombre Independiente.

*Esto también se le ha atribuido a Roosevelt. No se sabe con certeza a quién pertenece el crédito.

4 “¡Quiero lucha!”

FRANCIA : 1894–99

4 “¡Quiero lucha!”

“T

EL PERMANENTE"El glamour de Francia", fue una frase utilizada por un inglés de los años noventa, Sir Almeric Fitzroy, secretario del duque de Devonshire. Sintió que cada hijo de la civilización occidental tenía una deuda con el país del que “provino el impulso que disolvió el viejo mundo en agonía y dio vida y pasión al presente”. Durante dos años, desde el verano de 1897 hasta el verano de 1899, volvió la agonía de aquella antigua disolución. Desgarrada por una pasión moral que reabrió heridas del pasado, desintegró la sociedad y consumió el pensamiento, la energía y el honor, Francia se sumergió en una de las grandes conmociones de la historia.

Durante esos “dos años interminables” de lucha para asegurar el nuevo juicio de un solo individuo condenado injustamente, “la vida quedó como suspendida”, escribió Léon Blum, un futuro primer ministro que entonces tenía veintitantos años. Era como si, en aquellos “años de tumulto, de verdadera guerra civil… todo convergiera en una sola cuestión y en los sentimientos más íntimos y en las relaciones personales todo fuera interrumpido, trastornado, reclasificado… El caso Dreyfus fue una crisis humana , menos extendida y menos prolongada en el tiempo pero no menos violenta que la Revolución Francesa”.

"Habría dividido a los propios ángeles", escribió el conde de Vogüé, en el lado opuesto de Blum. “Por encima de los motivos viles y las pasiones animales, las almas más finas de Francia se lanzaron unas contra otras con igual nobleza de sentimientos exasperados por su terrible conflicto”.

Los protagonistas sintieron una grandeza en la tormenta que los azotó. La decadencia fue exorcizada en la violencia de sus sentimientos y volvieron a sentirse conscientes de “altos principios y energías inagotables”. El odio, la maldad y el miedo los rodearon, así

como el coraje y el sacrificio. Su combate fue épico y su resultado fue la vida de la República. Cada bando luchó por una idea, su idea de Francia: uno, la Francia de la Contrarrevolución, el otro, la Francia de 1789; uno por su última oportunidad de detener las tendencias sociales progresistas y restaurar los viejos valores; el otro para limpiar el honor de la República y preservarla de las garras de la reacción. Los revisionistas, que lucharon por un nuevo juicio, veían a Francia como la fuente de la libertad, el país de la luz, la maestra de la razón, la codificadora del derecho y, para ellos, el conocimiento de que podría haber perpetrado un error y haber sido connivente con un error judicial. era insoportable. Lucharon por la Justicia. Los del otro lado afirmaban luchar en nombre de Patrie por la preservación del Ejército como escudo y protector de la nación y de la Iglesia como guía e instructora de su alma. Se reunieron bajo el nombre de nacionalistas y en sus filas hombres sinceros eran socios de demagogos y sucumbieron a métodos imprudentes y brutales y a condiciones repugnantes, de modo que el mundo observó con asombro y desprecio y el nombre de Francia sufrió. Encerrados en una ferocidad mutua y un compromiso final, los contendientes no pudieron retirarse, aunque su lucha estaba dividiendo al país y fomentando oportunidades para el enemigo en sus fronteras, que cada día el enemigo medía.

"Éramos héroes", proclamó Charles Péguy, quien transmutó y exaltó los movimientos políticos de su época en términos místicos heredados de Juana de Arco. En 1910 escribió: "El caso Dreyfus sólo puede explicarse por la necesidad de heroísmo que periódicamente se apodera de este pueblo, de esta raza, de toda una generación de nosotros. Lo mismo se aplica a esas otras grandes pruebas: las guerras... Cuando estalla una gran guerra o una gran revolución es porque un gran pueblo, una gran raza necesita estallar, porque ya ha tenido suficiente, especialmente suficiente de paz. Significa siempre que una gran masa siente y experimenta una necesidad violenta, una necesidad misteriosa de un gran movimiento… una necesidad repentina de gloria, de guerra, de historia, que provoca una explosión, una erupción…" Si los valores y las fuerzas de Péguy Los que vimos en el Asunto fueron grandes, fue porque fueron los de esa época y esa experiencia. El asunto hacía que los hombres se sintieran más grandes que la vida.

El casus belli fue la condena de un oficial del ejército judío por traición en nombre de Alemania; El objeto de la batalla era, por un lado, impedir y, por otro, obtener la reapertura del caso. Debido a su debilidad, el Gobierno empleó todo su peso del lado de sus posibles destructores para apuntalar y apoyar el veredicto original. No era el gobierno estable, respetado y sólidamente arraigado del que

disfrutaban los ingleses, sino inseguro, escasamente arraigado en la confianza pública, despreciado y a la defensiva. Dos veces desde 1789 la República había caído bajo el resurgimiento de una monarquía. Al surgir como Tercera República después de 1871, Francia había revivido, prosperado y adquirido un Imperio. Fomentó las artes, se glorificó en la capital más culta y levantó, en el centenario de la Revolución, la estructura más alta del mundo, la audaz e increíble Torre que se elevaba sobre el Sena, bandera de su vitalidad y de su genio.

Sin embargo, en la vida política la nación siempre estuvo en desacuerdo consigo misma, irritada desde dentro por los partidarios no reconciliados e indómitos del Antiguo Régimen y del Segundo Imperio, oprimida desde fuera por la fuerza superior de Alemania y la sensación de guerra inconclusa entre ellos. anhelando una revancha sin los medios para lograrla. En 1889, el descontento con la República llegó a su punto crítico con el intento de golpe de Estado del general Boulanger, apoyado por todos los elementos de la Contrarrevolución que constituían la derecha colectiva: la Iglesia, las doscientas familias de empresarios y financieros, los desplazados. aristocracia, los realistas y los seguidores y simpatizantes de estos grupos. El intento de Boulanger terminó en un fiasco memorable por el comentario del Primer Ministro, Charles Floquet: "A su edad, general, Napoleón estaba muerto". Sin embargo, su intento sacudió a la República y avivó tanto las expectativas como las frustraciones de la derecha.

El arresto, juicio, condena y sentencia del capitán Alfred Dreyfus, un oficial de artillería asignado al Estado Mayor, que tuvo lugar entre octubre y diciembre de 1894, no fue un complot deliberado para incriminar a un hombre inocente. Fue el resultado de una sospecha razonable impulsada por la aversión, alguna evidencia circunstancial y un prejuicio instintivo. Las pruebas indicaban que algún oficial de artillería del Estado Mayor había traicionado secretos militares a Alemania. Dreyfus, además de cumplir los requisitos, era judío, el eterno extranjero: un sospechoso natural para absorber la mancha de la traición. Como persona no agradaba a sus hermanos oficiales. Rígido,

silencioso, frío y casi anormalmente correcto, carecía de amigos, opiniones y sentimientos visibles, y su oficiosidad en el servicio ya había atraído atención desfavorable. Estas características parecieron siniestras tan pronto como estuvo bajo sospecha. Su apariencia, todo lo contrario a la extravagante, parecía la tapadera perfecta para un espía. De estatura y peso medios, pelo castaño medio y edad media, treinta y seis años, tenía una voz apagada y unos rasgos corrientes que sólo se distinguían por unos quevedos sin montura, la forma de gafas de moda en su entorno. Su culpabilidad fue inmediatamente presumida. Cuando no se pudo encontrar el motivo ni las pruebas materiales, los oficiales encargados de la investigación, especialmente el mayor Henry y el coronel du Paty de Clam, lo compensaron con útiles construcciones e invenciones. Seguros de que estaban tratando con un vil traidor que había vendido secretos de defensa militar al enemigo tradicional, se sintieron justificados a proporcionarle todo lo necesario para condenarlo. El expediente que reunieron, que más tarde sería conocido como el “Expediente Secreto”, era lo suficientemente persuasivo como para hacer que los jefes del Estado Mayor creyeran sinceramente que Dreyfus era culpable, pero carecía de pruebas legales. Sabiendo esto, y tratándose de un caso especialmente delicado por la implicación de Alemania, y temiendo el chantaje de la prensa, el entonces Ministro de la Guerra, el general Mercier, ordenó, y el Gobierno del que era miembro permitió, que el Capitán Dreyfus El consejo de guerra se celebrará a puerta cerrada. Cuando las

preguntas de los cinco jueces militares indicaron sus dudas, se les entregó el expediente secreto y se lo ocultó a la defensa. Convencidos por estos documentos, los jueces llegaron a un veredicto unánime de culpabilidad. La pena de muerte por delitos políticos fue abolida en 1848 y la sentencia era cadena perpetua. Ante la negativa del prisionero a confesar y su persistencia en mantener su inocencia, se ordenó su confinamiento en la Isla del Diablo, una de las tres islas prisión frente a la costa de América del Sur utilizadas para criminales desesperados. Era una roca árida de dos millas de largo y quinientas yardas de ancho, que fue limpiada de todo menos guardias para alojar a Dreyfus solo, en una cabaña de piedra bajo vigilancia perpetua. La unanimidad del tribunal militar pareció confirmada por un rumor publicado según el cual Dreyfus había confesado y que, al pasar de diario en diario,

Los siguientes tres años estuvieron marcados por intensos esfuerzos tanto para descubrir como para ocultar la verdad. La larga y dolorosa lucha por la revisión judicial, o "Revisión", como se la conocía, se originó en las dudas de unos pocos individuos dispersos, incómodos por el juicio a puerta cerrada, que sospechaban de un error judicial. Descubrieron la ilegalidad del juicio (sobre la base de material que no se había mostrado a la defensa) y acumularon pruebas que apuntaban al probable verdadero culpable, un oficial travieso y exótico, el mayor Ferdinand Walsin-Esterhazy. Sus presiones y entrometidos hicieron que los oficiales originalmente responsables de construir el caso contra Dreyfus intentaran fortalecer sus debilidades. El mayor Henry de la Oficina de Contraespionaje, que por naturaleza se ocupaba de la falsificación y de procedimientos extralegales, falsificó una carta, supuestamente del agregado militar italiano, el mayor Panizzardi, a su colega alemán, incriminando a Dreyfus después del suceso, y en esta carta , a partir de entonces, el caso del ejército quedó suspendido. Cada movimiento en la campaña de Revisión desencadenó renovados esfuerzos dentro del Estado Mayor para apuntalar el caso y cubrir las mentiras pasadas en el Archivo Secreto con otras nuevas. Los oficiales

sucumbieron al estado de ánimo de los conspiradores. Hubo reuniones secretas, advertencias y chantajes, relaciones clandestinas entre Paty de Clam y Esterhazy, disfraces con barbas postizas y gafas oscuras, y diversas empresas melodramáticas que enredaron tan profundamente al Ejército en actos que nunca podría explicar y que ya no podía permitirse el lujo de afrontar. para afrontar una reapertura del caso. Cualquiera que hiciera campaña a favor de la revisión o planteara una cuestión sobre la condena legal de Dreyfus se convertía ipso facto en enemigo del ejército y, por extensión, en enemigo de Francia.

El ejército no era político, ni particularmente clerical, ni exclusivamente aristocrático o realista, ni necesariamente antisemita. Aunque muchos de sus oficiales eran todas esas cosas, el ejército como organismo era parte de la República y no, como la Iglesia, su antagonista. A pesar de los sentimientos antirrepublicanos de algunos funcionarios, aceptó su papel como instrumento del Estado. La República, que necesitaba el ejército, estaba trabajando para convertirlo en un cuerpo más serio y con formación profesional que el cuerpo de ópera del Segundo Imperio, que desde Crimea hasta Sedan se lanzaba a la batalla con más rapidez que trabajo de estado mayor. En conjunto, el cuerpo de oficiales todavía estaba dominado por los graduados de St-Cyr, que procedían en gran medida de familias del condado que todavía estaban mentalmente atrincheradas contra las ideas de la Revolución. Su culto era el de una clase distinta de los civiles, poco preocupada o consciente de lo que estaba sucediendo en el resto de la nación. Era un club leal a sus miembros y que cultivaba su carácter distintivo cuya marca visible era el uniforme. A diferencia de los oficiales británicos, que nunca llevaban uniforme fuera de servicio, los oficiales franceses antes de 1900 nunca llevaban nada más. Mal pagados, lentamente ascendidos, tristemente guarnecidos durante largos períodos en alguna ciudad de provincia, su recompensa era el prestigio: los honores, las inmunidades y el prestigio de su casta; en resumen, la estima que se les tenía.

La estima fue grande. A los ojos del pueblo, el ejército estaba por encima de la política; era la nación, era Francia, era la grandeza de Francia. Era el Ejército de la Revolución como del Imperio, el Ejército de Valmy en 1992 cuando Goethe, observando, dijo: "A partir de este día comienza una nueva era en la historia del mundo". Fue el Ejército de Marengo, Austerlitz y Wagram, la Grande Armée que Lavisse llamó con orgullo “uno de los instrumentos de guerra más perfectos que jamás haya visto la historia”; el ejército de la coraza y del sable, del képi y de los pantalones rojos, de Sebastopol y de los Malakoff, de Magenta y de Solferino, el ejército que había hecho de Francia la mayor potencia militar de Europa hasta el ascenso de Prusia, el

ejército de la tragedia a partir de gloria, el Ejército de los Últimos Cartuchos en Sedan, de la salvaje carga de caballería que evocó el grito del Emperador alemán: "¡Oh, les braves gens!" Veinticinco años después, bajo la sombra nunca ausente de Alemania, el ejército era a la vez defensor de la nación e instrumento de revancha. Era el medio para restaurar, algún día, la gloria nacional. Los hombres se levantaban el sombrero cuando pasaba el coronel y los colores al frente de un regimiento. En palabras de un personaje a quien Anatole France satirizaba, aunque no tergiversaba, el ejército “es todo lo que queda de nuestro glorioso pasado. Nos consuela el presente y nos da esperanza para el futuro”. El ejército era les braves gens.

En el curso del asunto se convirtió en prisionero de sus amigos: clericales, realistas, antisemitas, nacionalistas y todos los grupos antirrepublicanos que hicieron de su honor el grito de guerra de sus propias causas, para sus propios fines. Atrapado en la trampa de su temprano compromiso con la culpabilidad de Dreyfus, y de las falsificaciones y maquinaciones de sus oficiales para establecer esa culpabilidad, el honor del ejército se convirtió en sinónimo de mantenimiento del veredicto original. Era un fuerte que había que defender contra la Revisión.

La resistencia a la revisión se basó en la creencia de que reabrir el juicio significaba desacreditar al ejército y que un ejército desacreditado no podía luchar contra Alemania. “Revisión significa Guerra”, proclamó la realista Gazette de France, y una guerra librada con un ejército desorganizado es “la Débâcle”, el nombre dado a la derrota de 1870. ¿Cómo podían los soldados ir a la batalla bajo el mando de oficiales a los que les habían enseñado a despreciar? preguntó el conde realista de Haussonville. Aunque pensaba que la idea de un hombre inocente en prisión era “intolerable” y la campaña contra los judíos “repugnante”, la campaña de Dreyfusard contra el ejército fue peor porque destruyó la confianza en el cuerpo de oficiales. Fue este miedo a lo que sucedería si el ejército se veía debilitado por la desconfianza lo que intimidó a la Cámara y puso a la población en contra de la Revisión. El ejército era su garantía de paz. "Francia ama la paz y prefiere la gloria", se decía, y este sentimiento también fue mutilado por la Revisión. Poner en duda la infalibilidad de la Revisión del Estado Mayor equivalía a un sacrilegio contra la gloire militaire y cualquiera que la favoreciera era proalemán, si no un traidor.

Desconcertados por las complejidades de los documentos, los facsímiles, los juicios y el Archivo Secreto, el pueblo no podía conciliar la idea de las falsificaciones preparadas deliberadamente

para condenar a un hombre inocente con su idea del Ejército, que significaba desfiles, uniformes, botas, charreteras, armas y banderas. . ¿Cómo podría imaginarse a los oficiales que pasaban orgullosos a caballo, espada en mano, al son de música y tambores, inclinados sobre mesas en oficinas sofocantes, falsificando cuidadosamente escritura y uniendo letras con tijeras y pegamento? No había nada de valiente o militar en esto, por lo tanto sólo podía ser calumnia. La gente era patriótica y republicana, creía lo que leía en los periódicos, amaba al ejército y odiaba y temía a los “otros” (sans-patrie, incendiarios, incendiadores de iglesias, dreyfusards) que, según les dijeron, habían jurado destruirlo. . Gritaron “¡Vive l'Armée!” y “¡Vive la República!” “¡Abajo los Dreyfusards!” “¡Abajo los judíos!” “¡Muerte a los traidores!” ¡Viva Mercier! y cualquier otra forma de encantamiento que sirviera para desterrar el mal y reafirmar su fe.

El Ejército fue personificado en términos del Asunto por el General Auguste Mercier, quien como Ministro de Guerra en 1894 había ordenado originalmente el arresto de Dreyfus y, a través de ese acto, se convirtió en el ídolo de los partidarios del Ejército y el símbolo de su causa. En las fiestas del alto mundo, las damas se ponían de pie cuando el general Mercier entraba en la sala. De sesenta y un años, alto, delgado, recto y bien arreglado, tenía rasgos fuertemente marcados, una nariz curva enmarcada por las puntas afiladas y respingadas de un bigote "Kaiser" y ojos inexpresivos, generalmente medio cerrados excepto cuando se abrían para un resfriado. , mirada directa. Veterano de las campañas de México y de Metz en 1870, fue recibido por el Estado Mayor, en su nombramiento como Ministro de Guerra en 1893, como un verdadero soldado que no era un político. Cuando el anarquista Vaillant arrojó su bomba en la Cámara, Mercier se quedó sentado entre el humo y el alboroto sin mover un solo músculo excepto para recoger un fragmento que había rebotado en el asiento detrás de él y entregárselo al diputado sentado allí, diciendo sin expresión: "Puedes recuperarlo". De carácter firme, decidido y reflexivo, de modales cortés y reservado, era invariablemente educado y nunca abandonado, a medida que el combate se volvía cruel, el uso Monsieur donde otros usaban “sale bête” o “ce salaud” como prefijo al nombre de un oponente despreciado.

En 1894, ante la existencia de traición a su Estado Mayor y al darse cuenta de la debilidad jurídica de las pruebas reunidas contra Dreyfus, ordenó su arresto con la esperanza de obtener una confesión. Cuando esto no sucedió y mientras los investigadores buscaban desesperadamente pruebas para fortalecer el caso, el arresto se filtró al periódico antisemita La Libre Parole, que afirmó que Dreyfus no sería juzgado porque Mercier estaba a sueldo del Judíos. Incitado por éste y

otros periódicos, Mercier había convocado al editor militar de Figaro y le había dicho lo que creía sinceramente: que había tenido desde el principio “pruebas que gritaban en voz alta la traición de Dreyfus” y que su “culpabilidad era absolutamente segura”. .” De este modo, antes del juicio, vinculó al ejército con la culpabilidad de Dreyfus y encerró los términos del asunto en una posición que nunca podría romperse. El problema fue inmediatamente reconocido en ese momento. “Hoy hay que estar a favor de Mercier o de Dreyfus; Estoy a favor de Mercier”, dijo a los periodistas su asistente parlamentario, el general Riu. "Si Dreyfus es absuelto, Mercier irá", escribió el editor realista Cassagnac en l'Autorité, añadiendo, dado que Mercier era miembro del Gobierno, "si Dreyfus no es culpable, entonces el Gobierno lo es". A partir de entonces, cada repetición de la elección sólo endureció la cuestión.

En el juicio, fue el general Mercier quien autorizó la presentación del expediente secreto y su ocultación a la defensa, acto que hizo que el juicio fuera ilegal. Mercier reconoció plenamente la naturaleza decisiva de lo que había hecho y estuvo a la altura durante los dos años siguientes, a pesar de todas las crecientes pruebas de falsificaciones y falsas convicciones, con afirmaciones cada vez más arrogantes y positivas de la culpabilidad de Dreyfus. Una vez que Dreyfus hubiera sido condenado por pruebas falsas, cualquier reapertura del caso revelaría que el Ministerio de Guerra, el Estado Mayor y él mismo estaban deshonrados; en resumen, como dijo un colega, si en un nuevo juicio “el capitán Dreyfus es absuelto, es el general Mercier quien se convierte en traidor”. A través de cada nueva investigación y toma de testimonio, el proceso de Esterhazy, el proceso de Zola, la investigación del Tribunal de Apelaciones, el juicio final en Rennes, hizo retroceder a las fuerzas de la Revisión y mantuvo la ciudadela del veredicto falso. Angular, altivo, de rostro helado, sin vacilar nunca en su autocontrol, incluso cuando toda la estructura que había construido se tambaleaba, le recordaba al observador el personaje del Infierno de Dante que miraba a su alrededor con desdén, “como si tuviera el Infierno en gran poder”. desprecio."

Toda la fuerza, excepto la verdad, estaba de su lado. Cada vez que los dreyfusistas presentaban nuevas pruebas que, estaban seguros, esta vez obligarían a un nuevo juicio, el ejército, apoyado por el gobierno, por todos los bien-pensants o derechistas, las anulaba, suprimía, descartaba o combinaba con nuevas invenciones. comunicantes pensantes de la Iglesia, y por los gritos y truenos de las cuatro quintas partes de la prensa. Fue la prensa la que creó el asunto e hizo imposible la tregua.

Variados, virulentos, turbulentos, literarios, inventivos, personales, sin conciencia y a menudo viciosos, los diarios de París eran el elemento más animado e importante de la vida pública. Los diarios sumaban entre veinticinco y treinta y cinco en un momento dado. Representaban todos los matices de opinión imaginables, llamándose a sí mismos Republicano, Conservador, Católico, Socialista, Nacionalista, Bonapartista, Legitimista, Independiente, Absolutamente Independiente, Conservador-Católico, Conservador-Monárquico, Republicano-Liberal, Republicano-Socialista, Republicano-Independiente, Republicano. -Progresista, Republicano-Radical-Socialista. Algunos eran matutinos, otros vespertinos, algunos tenían suplementos ilustrados. De cuatro a seis páginas, cubrían, además de los habituales asuntos políticos y exteriores, noticias del alto mundo, de le turf, de modas, de teatro y ópera, conciertos y arte, los salones y la Academia. Todos los escritores más admirados, entre ellos Anatole France, Jules Lemaître, Maurice Barrès, Marcel Prévost, contribuyeron con columnas y críticas y sus novelas aparecieron por entregas en la parte inferior de la primera página. Los editores de temas importantes contribuyeron con editoriales firmadas de apasionadas invectivas. La prensa traía diariamente vino, carne y pan a París. En el periodismo se hicieron carreras importantes y mil menores. Todos, desde académicos hasta anarquistas hambrientos, se ganaban la vida con ello. Los políticos destacados, cuando estaban fuera de sus cargos, recurrieron al periodismo en busca de plataforma e ingresos.

Cualquiera que tenga energía, apoyo financiero y un conjunto de opiniones que defender podría fundar periódicos de la noche a la mañana. El talento para escribir no era un requisito especial, porque todos en el mundo político-literario de París podían escribir... y lo hacían de manera instantánea, rápida y voluminosa. Columnas de opinión, críticas, polémicas, se derramaron como agua. Le Temps, olímpico y responsable, dirigió a todos los demás. Sus enormes páginas fueron leídas por todos los miembros de la vida pública, sus reseñas decidían el destino de una obra de teatro, sus editoriales sobre asuntos exteriores escritos por André Tardieu tuvieron tal influencia que el Ministro de Asuntos Exteriores alemán, Von Bülow, comentó: “Hay tres grandes potencias en Europa... y el señor Tardieu. Sólo Le Temps en su eminencia permaneció por encima de la batalla, aunque inclinándose gradualmente hacia la Revisión. Fígaro, siguiéndole en importancia, resultó vulnerable. Su editor, Fernand de Rodays, después de escuchar a Dreyfus clamar su inocencia con motivo de su degradación militar, le creyó. Tres años más tarde publicó las primeras pruebas contra Esterhazy así como los primeros artículos de Zola. Aunque era padre y suegro de oficiales, sus enfurecidos colegas de la prensa nacionalista lo denunciaron como calumniador del

ejército y organizaron una campaña para cancelar las suscripciones a Figaro. La dirección sucumbió y De Rodays fue destituido, un asunto de tal importancia que las malas lenguas parisinas decían que le habían pagado 400.000 francos para apoyar a Dreyfus y a la dirección 500.000 para deshacerse de él.

El chantaje de la prensa nacionalista, escribió Zola, que sufrió sus extremos, afligía a Francia como una "enfermedad vergonzosa que nadie tiene el coraje de curar". Los que hacían travesuras eran órganos de intereses especiales apoyados privadamente o de editores individuales que probablemente eran hombres de principios rabiosos o ninguno en absoluto. Estaba Ernest Judet de Le Petit Journal, quien dirigió la campaña para manchar a Clemenceau con el barro de Panamá y quien, cuando Clemenceau se convirtió en primer ministro en 1906, levantó barricadas en su villa de Neuilly como para defenderla contra un asedio. Devorado por un perpetuo terror a los masones, Judet llevaba un revólver cargado y un bastón plomado que pesaba doce libras. Estaba el viejo monárquico Paul de Cassagnac, que inició en el periodismo la moda del abuso y el insulto, y atacaba a todos y a todo por costumbre, sin importar la coherencia. Estaba Arthur Meyer, un judío converso, hijo de un sastre, nieto de un rabino, un ardiente boulangista y realista que era editor de LeGaulois, que se especializaba en las actividades del alto mundo. Era el periódico leído por el mundo de los "Guermantes". La adopción incondicional por parte de Meyer de las opiniones y prejuicios de ese mundo requirió cierto coraje o una piel dura, porque él no era un Charles Swann que se fundía con su entorno, sino que en apariencia se parecía a las caricaturas antisemitas de los judíos. Sin embargo, se había casado con una mujer del Faubourg (una hija sin dote del conde de Turenne), fue aceptado en el círculo de la duquesa de Uzès, se convirtió en amigo, consejero y confidente del difunto pretendiente, el conde de París, y marcó un estilo masculino en el corte de su chaqué y el pliegue de sus corbatas.

Henri, conde de Rochefort, de L'Intransigeant, era el tipo de periodista cuya capacidad de travesura no está limitada por la doctrina: cuanto más inestables son sus convicciones, más brillante y mordaz es su pluma. Un "anti" constitucional descrito por un amigo como "un reaccionario sin saberlo", un cínico de ojos brillantes y un "aristo" de barba blanca puntiaguda y risa exuberante, Rochefort combinaba en su persona casi todas las tendencias, por opuestas que fueran. , de la Tercera República. Sus Aventuras de mi vida llenaron cinco volúmenes. Había sido de todo, desde un antagonista de Napoleón III hasta un asociado del general Boulanger y su columna diaria era el deleite de la parte más impresionable y excitable del

público.

Rochefort, abordado por los primeros dreyfusistas con la teoría de que le encantaría probar la inocencia de un condenado a quien todos creían culpable, se había mostrado cordial, pero su representante, Ernest Vaughan, lo disuadió de la aventura basándose en que la opinión pública No toleramos la falta de respeto al ejército. Rochefort encontró que el otro lado era igual de emocionante y cuando Vaughan, mientras tanto, cambió de opinión, se pelearon, con el resultado histórico de que Vaughan partió para fundar su propio periódico, l'Aurore, y proporcionar un órgano para los dreyfusards del que hasta entonces habían carecido. Rochefort tomó represalias con la historia más traviesa del asunto. Informó a sus lectores que existía una carta del Kaiser a Dreyfus que el presidente de la República se había visto obligado, bajo amenaza de guerra, a devolver al embajador alemán, el conde Münster, no sin antes haber sido fotografiada. L'Intransigeant podía decir con "absoluta certeza", basándose en la autoridad de un alto personaje militar, que éste era el "documento secreto" por el que Dreyfus había sido condenado.

La mente del público estaba tan confusa por los vapores de mistificación e intriga que surgían del asunto que la historia fue ampliamente creída. Persiguió los esfuerzos de revisión en todo momento. Añadió más leña al argumento de que la Revisión significaba guerra. Lo que afectó a la opinión pública en el caso nunca fue lo que ocurrió, sino lo que la prensa nacionalista y los rumores susurrados dijeron que sucedió. En efecto, la intervención del conde Münster se había producido con el fin de negar oficialmente cualquier contacto con Dreyfus, pero la opinión que el público tuvo de este incidente fue la de un virtual ultimátum. Los generales, cuyo pensamiento por buenas razones estaba dominado por el problema de Alemania, utilizaron esto como excusa para no reabrir el veredicto y lo argumentaron de manera tan convincente que se convencieron a sí mismos. El general Mercier testificó que se había sentado hasta medianoche con el presidente y el primer ministro después de la entrevista con el conde Münster esperando "saber si el problema sería la guerra o la paz". El general Boisdeffre, jefe del Estado Mayor, dijo enojado a la princesa Mathilde Bonaparte, cuando ésta argumentó la inocencia de Dreyfus: "¿Cómo puedes decirme tal cosa a mí, que he visto y tenido en sus manos las cartas del propio Dreyfus al emperador alemán? " Furiosa, la reconocida anfitriona gritó: "Si has visto cartas así, sólo pueden ser apócrifas. No puedes hacerme creer en tal cosa". Entonces Boisdeffre salió furioso de la habitación y la princesa, dejando escapar un suspiro de alivio, exclamó: "¡Quel animal, ce général!"

Lo que era verdad y lo que la gente se persuadía a sí misma de que era verdad se volvió irremediablemente borroso. Las varias negaciones del gobierno alemán de cualquier conocimiento sobre Dreyfus fueron ignoradas con el argumento de que Berlín no sabría los nombres de los espías con los que trataban sus agentes. Por otra parte, los periódicos nacionalistas describieron a Alemania ofendida hasta el punto de amenazar con la guerra por la condena de Francia a Dreyfus frente a sus negaciones. Cualquier disposición a considerar la revisión fue denunciada como sumisión cobarde a la presión alemana y prueba del poder del "Sindicato".

Una creación de la prensa antisemita, el “Sindicato” representaba la idea del mal de la derecha. Se suponía que era una comunidad subterránea de judíos, una conspiración negra y siniestra cuyas fuerzas fueron movilizadas para revertir la condena de Dreyfus y sustituir a un cristiano como traidor. Cualquier avance del caso desfavorable para los nacionalistas podría atribuirse al "Sindicato". Cualquier persona destacada o respetada que se proclamara a favor de la Revisión estaba a sueldo del "Sindicato". Las pruebas de las falsificaciones del ejército fueron falsificadas por el "Sindicato". Los nacionalistas dijeron que habían gastado diez millones de francos desde 1895 para corromper a jueces y calígrafos, sobornar a periodistas y ministros. Dijeron que sus fondos proporcionados por los grandes banqueros judíos fueron depositados en la bóveda de un banco internacional en Berlín. Dijeron que su asesor alemán era el pastor Günther, el capellán personal del Kaiser. Su objetivo era quebrar la fe de la nación en el ejército, revelar sus secretos militares y, cuando estuviera indefenso, abrir sus puertas al enemigo. Los caricaturistas lo personificaron como una figura gorda de rasgos judíos, con anillos y cadenas de reloj, con una expresión de malevolencia triunfante, de pie con un pie sobre el cuello de una postrada Marianne. A medida que crecía la animadversión por el asunto, el "Sindicato" creció a los ojos de los nacionalistas hasta convertirse en una liga monstruosa no sólo de judíos sino también de masones, socialistas, extranjeros y todas las demás personas de mala disposición. Se decía que estaba obteniendo fondos de todos los enemigos de Francia, que utilizaban a Dreyfus como excusa para desacreditar al ejército y dividir a la nación. Se consideró que la humillación sufrida en Fashoda a manos de Inglaterra fue diseñada por el "Sindicato". El "Sindicato" estaba en todas partes; encarnaba los odios y temores de la derecha. Era el enemigo.

El repentino y maligno florecimiento del antisemitismo en Francia fue parte de un brote más amplio. Como fuerza social y política, el

antisemitismo surgió a finales del siglo XIX a partir de otras fuerzas en expansión que estaban generando tensiones entre clases y entre naciones. La industrialización, el imperialismo, el crecimiento de las ciudades, el declive del campo, el poder del dinero y el poder de las máquinas, el puño cerrado de la clase trabajadora, la bandera roja del socialismo, la decadencia de la aristocracia, todas estas fuerzas y factores se agitaban como las entrañas de un volcán a punto de hacer erupción. “Algo muy grande: la Europa antigua, cosmopolita, feudal y agraria”, como dijo un contemporáneo, estaba muriendo y en el proceso creando conflictos, miedos y nuevas fortalezas que necesitaban salida.

Una salida clásica fue el antisemitismo. Como chivo expiatorio para sacar el descontento de la clase gobernante, apareció en Alemania bajo Bismarck en los años setenta y en Rusia en los años ochenta. Los pogromos de 1881 y las posteriores Leyes de Mayo incapacitantes despertaron en los judíos el reconocimiento de la máxima de Mazzini: "Sin un país sois los bastardos de la humanidad". El antisemitismo sirvió igualmente de chivo expiatorio para la clase propietaria, y su virulencia en esa época reflejaba un profundo malestar ante una sensación de inminente ruptura del antiguo orden. Los viejos valores estaban cediendo. Los ataques anarquistas, la agitación socialista, la creciente autoconciencia de los trabajadores amenazaban la posición y la propiedad, y nada genera tanta hostilidad como una amenaza a las posesiones. En Occidente, la nueva antipatía afligía a hombres cultos como el secretario de Balfour, George Wyndham, y el amigo particular de Theodore Roosevelt, el diplomático inglés Cecil Spring-Rice. Henry Adams lo expresó rabiosa e incesantemente: vivía sólo con el deseo de ver el fin de los “judíos infernales” y de todos los “bichos del oro”; “estamos en manos de judíos que hacen lo que quieren con nuestros valores”; “Leí con interés France juive, Libre Parole y todo”; "Me paso el día leyendo los desvaríos antisemitas de Drumont".

En los hombres de esta clase, el sentimiento nacía del odio hacia el nuevo poder del dinero (aunque nada preocupaba más al propio Adams que el dinero), es decir, hacia el nuevo dinero "gold-bug" derivado de acciones y operaciones financieras, en lugar de la forma

aceptable derivada de tierras y alquileres. El problema judío, explicó el duque de Orleans durante el asunto, era un problema de guerra económica. Se acercaba el día en que todas las personas apegadas a la tierra y, por tanto, a su patria tendrían que defenderse de las fortunas "anónimas y vagabundas" de los judíos, que se habían atiborrado de la ruina de la Union Générale con el Gobierno como su principal aliado. cómplice. La Union Générale era un banco católico fundado con la bendición del Papa León XIII con el expreso propósito de atraer inversiones de los fieles. Siguiendo el consejo de sus sacerdotes, la aristocracia invirtió en él su capital y las familias católicas modestas sus ahorros. Cuando, debido a la superioridad de recursos y a las astutas maniobras de sus rivales, incluidos los Rothschild, la Union Générale colapsó en 1882, tanto los católicos ricos como los pobres perdieron sus fondos. Se culpó a los judíos. La "cuestión" judía empezó a ser discutida en los periódicos clericales y realistas. Se les atribuían complots secretos y poderes malignos. Se revivieron todos los argumentos que había inspirado el judío como perenne extranjero que persistía en conservar su propia identidad. Los judíos no eran franceses; eran extraños dentro del organismo francés, probablemente conspirando contra Francia, ciertamente contra la Iglesia; eran promotores del movimiento anticlerical y enemigos de los bien-pensants católicos.

El antisemitismo francés, como sus virulentas apariciones en otras partes de la historia, requirió la unión de un instigador con las circunstancias. El instigador en este caso fue el hasta entonces desconocido Edouard Drumont, quien tras el colapso de la Union Générale escribió un libro en dos volúmenes, La France Juive, publicado en 1886 con éxito instantáneo. Era una polémica compuesta de Rothschild y asesinato ritual, no un tratado filosófico como el anterior Ensayo sobre la desigualdad racial de Gobineau, que tuvo su mayor atractivo al otro lado del Rin, donde los habitantes estaban comprometidos en la construcción de una teoría de una raza superior. El tema central de Dumont fue el poder maligno de las finanzas judías. El libro fue ampliamente leído y reimpreso y su autor, un hombre corpulento, de rostro colorado, corpulento y barba negra poblada, prosperó. En 1889, en asociación con el marqués de Morès, fundó la Liga Nacional Antisemita para luchar contra "la conspiración clandestina y despiadada" de las finanzas judías que "pone en peligro diariamente el bienestar, el honor y la seguridad de Francia". En su primera gran reunión pública, el duque de Uzès, el duque de Luynes, el príncipe Poniatowski, el conde de Breteuil y otros miembros de la aristocracia se sintieron satisfechos de encontrarse sentados junto a auténticos trabajadores de las carnicerías y de los mataderos, que a su vez eran encantados de encontrarse compartiendo sus opiniones con

los nobles.

Tras el éxito del libro y de la Liga, el siguiente paso de Dumont fue inevitablemente un periódico. En 1892 fundó La Libre Parole, justo en el momento en que la ira de los inversores estafados por el préstamo de Panamá recayó sobre sus dos principales promotores, Cornelius Herz y el barón de Reinach, ambos judíos. El periódico de Drumont, entre espumantes filípicas y furiosa persecución de los malhechores, se convirtió en una potencia. Al mismo tiempo, emprendió una campaña para expulsar a los oficiales judíos del ejército, a raíz de la cual dos de ellos se batieron en duelo con Drumont y el marqués de Morès. El marqués llegó al extremo inusual de matar a su oponente y fue acusado de juego sucio, pero absuelto en el tribunal.

Cuando Dreyfus fue condenado, La Libre Parole explicó su motivo al público: la venganza por los desaires recibidos y el deseo de su raza de arruinar a Francia. “¡Un muerto! ¡A mort les juifs! la multitud aulló fuera de las rejas del patio de armas donde tuvo lugar la ceremonia de su degradación.

El grito lo escuchó el corresponsal en París de la Neue Freie Presse de Viena, Theodor Herzl, que se encontraba entre la multitud. "¿Dónde?" escribió más tarde. "En Francia. En la Francia republicana, moderna y civilizada, cien años después de la Declaración de los Derechos del Hombre”. La conmoción aclaró viejos problemas en su mente. Regresó a casa y escribió Der Judenstaat, cuya primera frase establecía su objetivo, “la restauración del Estado judío”, y en dieciocho meses organizó, en la comunidad más desorganizada y fraccionada del mundo, el primer Congreso Sionista de doscientos delegados. de quince países. Dreyfus dio el impulso a un nuevo factor en los asuntos mundiales que había esperado durante mil ochocientos años.

El primer Dreyfusard fue Bernard Lazare, un intelectual y periodista de izquierda que editó una pequeña revista llamada Conversaciones políticas y literarias mientras se ganaba la vida en el personal del católico y conservador Eco de París. Anarquista en política, simbolista en literatura y judío, llevaba gafas bifocales sobre unos ojos miopes cuya mirada, decía su amigo Péguy, “estaba encendida por una llama de cincuenta siglos de antigüedad”. Sospechando desde el principio del veredicto, supo

por el comandante de la prisión que Dreyfus, lejos de haber confesado, nunca había dejado de declarar su inocencia. Con la ayuda de Mathieu Dreyfus, convencido de la inocencia de su hermano, y tras una prolongada búsqueda de pruebas, obstaculizada por el silencio, la ofuscación y las puertas cerradas, Lazare finalmente publicó un folleto titulado Un error judicial; La verdad sobre el caso Dreyfus. Aunque se distribuyeron tres mil ejemplares a ministros, diputados, editores, periodistas y otros formadores de opinión, se hizo caso omiso. Las visitas de Lazare y Mathieu Dreyfus a hombres de influencia no tuvieron mejor éxito. “Nos aburren con su judío”, dijo Clemenceau. El conde Albert de Mun, el eminente reformador social católico, se negó a verlos y el líder socialista, Jean Jaurès, se mostró frío. El periódico socialista La Petite République, revisando el panfleto de Lazare, llegó a la necesaria conclusión marxista de que "los huelguistas son condenados injustamente todos los días sin haber cometido traición y merecen nuestras simpatías más que Dreyfus". Los socialistas no ven ningún motivo de preocupación en el asunto. En las condiciones de la guerra de clases, las desgracias de un burgués les eran indiferentes. Sus tradiciones eran antimilitaristas y Dreyfus, además de burgués, era oficial del ejército. El error judicial aplicado a un miembro de la clase dominante era un giro que probablemente apreciarían más que deplorarían.

Pero las dudas iniciadas por Lazare se extendieron y se lanzó el movimiento Dreyfusard. Atrapó a Lucien Herr, bibliotecario de la Escuela Normal Superior, corazón del mundo académico. Aquí los estudiantes más entusiastas del país fueron preparados por los

profesores más eruditos para carreras como los futuros profesores de Francia. Herr era un creyente en el socialismo, un amigo y preceptor del mundo estudiantil. Durante las vacaciones de verano de 1897, solía ir todas las tardes a discutir ideas con su joven amigo Léon Blum. Un día me dijo sin rodeos: “¿Sabes que Dreyfus es inocente?” A Blum le tomó un momento ubicar el nombre; luego recordó al oficial condenado por traición. Se quedó estupefacto al haber aceptado, como la mayoría del público, la versión oficial de la confesión de Dreyfus. La influencia de Herr fue omnipresente. “Él dirigió nuestra conciencia y nuestro pensamiento”, escribió Blum. "Percibió la verdad tan completamente que podía comunicarla sin esfuerzo".

En otros lugares, hombres que habían sido colaboradores de Gambetta en la fundación de la Tercera República, y para quienes los principios que ésta representaba eran sagrados, se agitaron y se sintieron incómodos. Dos de ellos se volvieron especialmente activos: el senador Ranc, un destacado radical y miembro del primer gobierno de la República, y el joven Joseph Reinach, que cuando tenía veintitantos años había sido secretario jefe de Gambetta. Como sobrino y yerno del venal barón de Reinach de la mala fama de Panamá, tenía motivos para una mayor sensibilidad, aunque lo que lo conmovía eran menos las simpatías judías que la preocupación por la justicia francesa. Encontraron su defensor en un hombre universalmente respetado, el senador Scheurer-Kestner, vicepresidente del Senado, fundador de la República y ex editor del periódico de Gambetta, La République Française.

Como nativo de Alsacia que después de 1871 había elegido vivir en Francia, fue nombrado senador vitalicio y se le consideraba la encarnación de la provincia perdida. Un caballero digno, de sustancia, de antigua familia y tranquila elegancia, representaba la aristocracia de la República. Cuando un periodista de La Libre Parole fue a entrevistarlo y se sentó en un sillón, “el propio duque de Saint-Simon”, se dijo, “no podría haberse escandalizado más” que Scheurer-Kestner, indignado por cualquiera de un periódico así entrando en su casa. Cuando se enteró de que el ejército había suprimido pruebas que demostraban que el hombre de la Isla del Diablo era inocente y que Esterhazy era el verdadero autor del documento utilizado para condenarlo, se horrorizó.

Esta evidencia había sido descubierta por un oficial del ejército, el coronel Picquart, que había sido nombrado nuevo jefe de la Oficina de Contraespionaje algunos meses después de la condena de Dreyfus. Cuando presentó sus conclusiones al jefe y al subjefe del Estado Mayor, los generales Boisdeffre y Gonse, se topó con un muro de

negativa a procesar a Esterhazy o liberar a Dreyfus. Cuando Picquart insistió, Gonse le preguntó por qué se propuso traer a Dreyfus de regreso de la Isla del Diablo.

"¡Pero, general, él es inocente!" -respondió Picquart. Le dijeron que esto “no tenía importancia”, que el caso no podía reabrirse, que el general Mercier estaba involucrado y que las pruebas contra Esterhazy no eran definitivas. Cuando Picquart sugirió que las cosas serían peores si la familia Dreyfus, que se sabía que estaba investigando, descubriera la verdad, Gonse respondió: "Si no dices nada, nadie lo sabrá".

Picquart lo miró fijamente. “Eso es abominable, general. No llevaré este secreto a la tumba”, dijo y salió de la habitación. Entrenado como soldado, tan leal y obediente al servicio como cualquier otro oficial, sin intereses que afilar, sin motivos personales, sin nada que ganar notoriedad pública como lo harían los actores posteriores del asunto, Picquart actuó entonces y después, en cierto riesgo para su carrera, por un respeto puramente abstracto a la justicia. Era, en todo caso, antisemita, y en una ocasión, cuando le pidieron que incluyera a Reinach, que era un oficial de reserva, en su estado mayor durante las maniobras, se opuso, diciendo: "No soporto al judío". Dreyfus no le importaba más que Reinach. Fue el hecho de que el ejército podía tolerar conscientemente el castigo de un hombre inocente que él no podía soportar. Al no cejar en su presión, fue trasladado a un regimiento de infantería en Túnez. Sujeto a la disciplina del ejército, no podía hacer revelaciones públicas, pero ideó un breve regreso a París de permiso durante el cual reveló los hechos a un amigo que era abogado, y dejó un informe sellado que se entregaría en caso de su muerte a el Presidente de Francia. Posteriormente, cuando se conoció su revelación, fue llamado nuevamente, arrestado, juzgado y condenado por mala conducta, dado de baja del ejército, posteriormente arrestado nuevamente y encarcelado durante un año.

Mientras tanto, su abogado había dado su información a Scheurer-Kestner, un amigo personal, quien inmediatamente habló, afirmando la inocencia de Dreyfus ante sus compañeros senadores y exigiendo una revisión judicial. Se abalanzó sobre el Gobierno, acosó a los Ministros de Guerra y de Justicia, entrevistó repetidamente al Primer Ministro y al Presidente. Lo demoraron, lo desanimaron y le prometieron “investigaciones”. Las elecciones nacionales estaban previstas para mayo de 1898, sólo ocho meses antes. Un nuevo juicio provocaría un aullido de la prensa traviesa e implicaría una investigación pública sobre los asuntos del ejército que, una vez iniciados, podrían llevar a cualquier parte, con efectos indeseables

tanto para Rusia, con quien Francia había concluido recientemente una alianza militar, como para Alemania. Estos asuntos de Estado, internos y externos, pesaban más que una cuestión de justicia para un hombre solitario en una roca distante; además, para los hombres que quieren permanecer en el cargo, la naturaleza de la justicia no es tan clara como para los que están fuera. Los ministros se dejaron persuadir por el Estado Mayor, basándose en la carta falsificada del mayor Henry, de la que no tenían motivos para sospechar, de que Dreyfus debía ser culpable después de todo y Esterhazy probablemente cómplice, o algún otro tipo de complicación desafortunada no justificando la terrible perturbación de un nuevo juicio.

Scheurer-Kestner martilleó en vano. Acto seguido publicó una carta en Le Temps informando al público que existían documentos “que demuestran que el culpable no es el capitán Dreyfus” y exigiendo una investigación formal por parte del Ministro de Guerra para “establecer la culpabilidad de otro”.

Al mismo tiempo, Fígaro publicó cartas de Esterhazy a una amante abandonada, una de ellas en facsímil, escritas durante la era boulangista, en las que expresaba su disgusto por su propio país en términos sorprendentes. "Si me dijeran que moriré mañana como capitán de los ulanos atacando a los franceses, sería perfectamente feliz", había escrito, y añadió el deseo de ver París "bajo un sol rojo de batalla tomado por asalto y entregado a ser saqueada por 100.000 soldados borrachos”. Estas extraordinarias efusiones de veneno y odio hacia Francia en la letra del bordereau*del que dependía la culpa de Dreyfus les pareció a los dreyfusistas un milagro. Pensaron que su batalla había ganado. Pero aprendieron, como escribió Reinach, que “la justicia no desciende del cielo; hay que conquistarlo”. Los periódicos de derecha denunciaron inmediatamente las cartas como falsificaciones fabricadas por el "Sindicato". El propio Esterhazy, un jugador endeudado, un especulador en la Bolsa, un sinvergüenza ingenioso y elegante, casado con la hija de un marqués, un hombre de rostro cetrino y cadavérico, con la nariz torcida, un amplio bigote negro magiar, las “manos de un bandido” y el aire, escribió un observador, “de un gitano elegante y traicionero o de una gran bestia salvaje, alerta y dueña de sí misma”, fue ahora transformado por la prensa nacionalista en un héroe y su inocencia convertida en artículo de fe.

En la misma medida, Scheurer-Kestner fue vilipendiado y se animó al público a manifestarse el día que debía hacer una declaración en el Senado. Alto, erguido, pálido, de frente alta, barba blanca y el aire austero de un hugonote del siglo XVI, caminaba hasta la tribuna con

paso mesurado, como si subiera a un patíbulo. Afuera, en la brumosa tarde de invierno, las multitudes llenaron los Jardines de Luxemburgo aullando contra un hombre del que no sabían nada. Leyó su llamamiento a la razón con voz lenta y pesada ante senadores antagónicos que puntuaron su discurso con abucheos y risas insultantes. Su recordatorio de que era el último diputado de la Alsacia francesa, algo que en cualquier otro momento los habría conmovido, fue recibido con un frío silencio y, cuando terminó, miradas hostiles siguieron su regreso a la sala. Un mes después, en la reelección anual de los funcionarios del Senado, fue derrotado para la vicepresidencia, cargo que había ocupado durante casi toda la vida de la República.

Su batalla suscitó el formidable apoyo de Clemenceau, el rompedor del gobierno, el hombre sinistre, como lo llamaban los conservadores, temible en el debate, en la oposición, en el periodismo, en la conversación y en los duelos con pistola o espada. Se batió en duelo con Paul Déroulède por Panamá y con Drumont por el asunto. Era médico de formación, crítico dramático que promovió a Ibsen, un viejo e íntimo amigo de Claude Monet, cuya obra, escribió en 1895, guiaba el sentido visual del hombre “hacia una visión más sutil y penetrante del mundo”. Encargó a Toulouse-Lautrec que ilustrara uno de sus libros y a Gabriel Fauré que escribiera la música para una de sus obras de teatro. “Sólo los artistas están en el camino correcto”, afirmó al final de su vida. "Puede ser que puedan darle a este mundo algo de belleza, pero darle razón es imposible".

Fuera del cargo y del Parlamento desde Panamá, Clemenceau, cuando Scheurer-Kestner lo convenció de los hechos sobre Dreyfus, vio la forma de una gran causa y se aprovechó de ella, aunque no sólo como vehículo de ambición política. Para Clemenceau, la amenaza de Alemania era el hecho dominante de la vida política. “¿Quién”, preguntó, enfurecido por la visión de Esterhazy de los ulanos prusianos atacando a los franceses, “quién entre nuestros líderes ha estado asociado con este hombre? ¿Quién protege a Esterhazy?... ¿A quién se han entregado las vidas de los soldados franceses y la defensa de Francia? Después de Alemania vino el anticlericalismo. “El ejército francés está en manos de los jesuitas… Aquí está la raíz de todo el caso Dreyfus”. Todos los días en l'Aurore abordó los temas del Affair, escribiendo 102 artículos sobre él en los siguientes 109 días, y en total casi quinientos durante los siguientes tres años, suficientes, una vez recopilados, para llenar cinco volúmenes. Por todos lados sonó la campana de la justicia. “No puede haber patriotismo sin justicia... Tan pronto como se viola el derecho de un individuo, se pone en peligro el derecho de todos... Los verdaderos patriotas somos nosotros, que

luchamos por obtener justicia y liberar a Francia del yugo de las fronteras trenzadas de oro. infalibilidad."

La causa Dreyfusard también tuvo sus oportunistas. Urbain Gohier, un ex monárquico que ahora profesaba ser socialista, arremetió contra el ejército en l'Aurore. Sus oficiales eran "generales de la debacle", "Kaiserlicks" que no sabían nada más que "huir y rendirse" y no obtuvieron victorias excepto sobre los franceses; eran “la caballería de Sodoma” con séquitos de mujeres mantenidas. “La mitad de Francia está lanzando invectivas a la otra”, escribió preocupada la princesa Radziwill, nacida en Francia y de soltera de Castellane, desde Berlín. Casada con el príncipe Anton Radziwill, el prusiano miembro de una familia internacional de origen polaco al que “le encanta hablar inglés mientras su hermano, un ruso, habla francés”, se había dedicado a un objetivo de acercamiento franco-alemán. “Nadie puede ver cómo terminará”, continuaba su carta, “pero no puede continuar así sin un verdadero peligro moral”.

El peligro era más que moral. Alemania observó atentamente el conflicto interno que absorbió toda la atención de Francia. Sus periódicas negaciones de tratos con Dreyfus estaban diseñadas menos en interés de la justicia que para agravar la disensión francesa. Feliz con la conciencia de su inocencia, el Káiser no dudó en informar a los visitantes y parientes reales que Francia había condenado a un hombre inocente. A través de la familia internacional de la realeza europea se corrió la voz. En San Petersburgo, en agosto de 1897, cuando el caso aún no se había convertido en el Asunto en Francia, el Conde Witte, el principal ministro ruso, le dijo a un miembro de una misión francesa visitante: “Sólo veo una cosa que podría causar gran Problemas en tu país. Es este asunto de un capitán condenado hace tres años que es inocente”

La suposición que tan descuidadamente se daba por sentada en San Petersburgo fue rechazada apasionadamente en la Cámara francesa en diciembre por un hombre sincero y honorable de elevados ideales. Para el conde Albert de Mun, la inocencia o culpabilidad de Dreyfus tenía otro significado; transformado, no menos que el pan y el vino del sacramento, en otra naturaleza. Creer en la culpa de Dreyfus era creer en Dios.

La fusión de estas ideas se produjo en la situación de guerra crónica entre la Iglesia y la República. Desde la Revolución, la Iglesia había estado a la defensiva contra el propósito de la República, en palabras de Jules Ferry, "organizar la humanidad sin Dios ni Rey". Las órdenes religiosas, resistiendo furiosamente el esfuerzo de la República por desalojarlas del control de la educación, vieron su esperanza de

supervivencia en la restauración de la monarquía católica. Esto fue lo que colocó a la Iglesia en Francia en posición en el asunto. Fue el aliado del Ejército tanto en su propia opinión como en la propaganda republicana, que siempre vinculó “la espada y el incensario”. La República vio en los jesuitas al estado mayor militante y agresivo del clericalismo que movía los hilos que movían el complot de Dreyfus. El líder jesuita era el padre du Lac, confesor tanto del general Boisdeffre como del conde de Mun, a quienes se consideraba sus portavoces.

Para el Papa León XIII, un realista que miraba desde fuera, parecía posible que la República llegara para quedarse. Después del fracaso del golpe de Boulanger, ya no podía creer que la restauración de la monarquía fuera una posibilidad seria. Además, necesitaba el apoyo francés en su lucha contra el Estado italiano. En la encíclica de 1892 instó a los católicos franceses a reconciliarse con la República, a apoyarla, infiltrarse y, en última instancia, capturarla, en una política llamada Ralliement. Los progresistas católicos se manifestaron, otros no y la izquierda no confiaba en la política. “Se acepta la República”, dijo Léon Bourgeois, líder de los radicales en una reunión de Ralliés. "Muy bien. ¿Aceptas la Revolución? De Mun nunca lo había hecho.

Cuando, en medio del asunto, de Mun llegó a la cima de su carrera francesa (la elección a la Academia Francesa), eligió la Contrarrevolución como tema de su discurso. La Revolución, proclamó, fue “la causa y origen de todos los males del siglo”; fue "la rebelión del hombre contra Dios". Creía que los ideales e ideas antiguos estaban a punto de “reaparecer en nuestro tiempo con una evolución irresistible” y revivir “los conceptos sociales del siglo XIII”. Curar las heridas de la injusticia social que sufrió la clase trabajadora y recristianizar a las masas alienadas por la Revolución había sido el objetivo de su carrera política.

Como joven oficial de caballería de St-Cyr, de Mun conoció por primera vez las vidas y los problemas de los pobres a través del trabajo caritativo de la Sociedad de St-Vincent de Paul en su ciudad guarnición. Durante la Comuna, siendo ayudante del general Galliffet, que comandaba el batallón que disparaba contra los comuneros insurgentes, vio traer a un moribundo en una camilla. El guardia dijo que era un “insurgente”, ante lo cual el hombre, levantándose, gritó con sus últimas fuerzas: “¡No, ustedes son los insurgentes!” y murió. En la fuerza de ese grito dirigido a él mismo, su uniforme, su familia, su Iglesia, De Mun había reconocido el motivo de la guerra civil y se había comprometido a sanar la división. Culpó de la Comuna a “la apatía de la clase burguesa y el odio feroz de la clase trabajadora hacia la sociedad”. Los responsables, le había dicho uno de los

hermanos San Vicente, eran “ustedes, los ricos, los grandes, los felices de la vida que pasan junto a la gente sin verlos”. Para verlos y descubrirlos, De Mun había trabajado entre los pobres. "No basta con percibir el mal y conocer su causa", afirmó. "Debemos admitirnos responsables y confesar que la sociedad ha fallado en su deber hacia la clase trabajadora". Decidió dedicarse a la política pero su candidatura a la Cámara y sus actividades habían causado resentimientos en el Ejército. Obligado a elegir, renunció a su cargo y rompió su espada.

Sin embargo, en la Cámara su amor por el Ejército permaneció y formó el tema de sus discursos más conmovedores. Entregado con la adoración de un discípulo y el fuego de un campeón, lo hicieron conocido como le coracero místico. Fue el mejor orador de su bando, "el Jaurès de la derecha", que llevó a la perfección el arte de la palabra hablada, cuidadosamente enseñado. Una figura alta, de porte digno, gestos controlados y modales exquisitos, era incomparable en autoridad cuando se ponía de pie. Hablaba con fuerza de convicción y arquitectura consciente de la frase, usando su voz como un violín, sonora y vibrante o apagada y temblorosa, en largos ritmos armoniosos, pausas repentinas y elocuentes. Sus duelos de oratoria contra dos oponentes importantes, Clemenceau y Jaurès, fueron espectáculos de estilo y dramatismo a los que el público asistió como lo haría con Sarah Bernhardt interpretando a l'Aiglon.

Aunque los intransigentes lo acusaron de ser socialista y de alentar ideas subversivas y perturbar el orden establecido, sus lealtades esenciales eran las de su clase. Había sido partidario de Boulanger y hasta 1892 un realista de suficiente estatura como para tener al conde de Chambord.*como padrino de uno de sus hijos. Sin embargo, cuando León XIII convocó el Ralliement, aunque la mayoría de los realistas franceses estaban atónitos y rebeldes, De Mun renunció a la política realista (si no a sus simpatías) para convertirse en líder de los Ralliés. Aunque su objetivo era la justicia social, rechazó el socialismo como la “negación de la autoridad de Dios, mientras que nosotros somos su afirmación... El socialismo afirma la independencia del hombre y nosotros la negamos... El socialismo es una revolución lógica y nosotros somos una contrarrevolución. No hay nada en común entre nosotros y entre nosotros no hay lugar para el liberalismo”.

Sus palabras definieron el abismo, y su posición a un lado del mismo era inevitable. En el asunto le llevó a abrazar a los bandidos y luchar en los términos establecidos por Drumont. Fue él quien introdujo al “Sindicato” en el primer debate sobre el asunto en la Cámara. “¿Qué es este misterioso poder oculto”, preguntó, mirando directamente a Reinach, “que es lo suficientemente fuerte como para

perturbar a todo el país como lo ha hecho durante las últimas dos semanas y arrojar dudas y sospechas sobre los líderes de nuestro ejército que”... Aquí se detuvo, como ahogado por la fuerza de sus sentimientos: “quien algún día tendrá que liderar el país contra el enemigo. Esta no es una cuestión de política. Aquí no somos ni amigos ni opositores del Gobierno; aquí sólo hay franceses deseosos de preservar su posesión más preciada... ¡el honor del ejército!

Sus modales orgullosos y su voz emocionante hicieron que los diputados se pusieran de pie en aplausos. Reinach sintió que toda la Cámara estaba invadida por una emoción abrumadora e incapaz de reflexionar individualmente. “Sentí en mi cabeza el odio de trescientos oyentes hipnotizados. Me crucé de brazos; una palabra, un movimiento habría transformado este frenesí en furia. ¿Cómo luchar contra un torbellino? Jaurès guardó silencio y muchos miembros de la izquierda aplaudieron “por el entusiasmo nacido del miedo”. De Mun exigió imperiosamente al gobierno una declaración inequívoca que confirmara la culpabilidad de Dreyfus. El ministro de Guerra, general Billot, obedeció y declaró “solemne y sinceramente, como soldado y líder del ejército, creo que Dreyfus es culpable”. El Primer Ministro siguió con un llamamiento a todos los buenos franceses, en interés del país y del ejército, para que apoyaran al Gobierno "que lucha con tales dificultades y acosado por pasiones tan furiosas". Las pasiones se expresaron inmediatamente en un duelo entre Reinach y Alexandre Millerand, un socialista, quien, en un apoyo sin precedentes al gobierno por parte de un miembro de su partido, denunció las acusaciones de Dreyfusard contra el ejército como "desleales".

Otros miembros de la nobleza además de De Mun también sirvieron como diputados, pero siempre como realistas en la oposición. Ninguno tomó parte alguna en el negocio real de gobernar bajo la República. Entre ellos se encontraba el duque de la Rochefoucauld, que representaba a la antigua nobleza anterior al Imperio, cuyo dinero procedía del champán Pommeroy y de las máquinas de coser Singer y que, como presidente del Jockey Club, era el líder reconocido del gratinado o “corteza”. ”, de la Sociedad Francesa. Otros eran el marqués de Breteuil, en representación de un distrito de los Altos Pirineos, y su amigo el conde de Greffulhe, cuya barba amarilla y aire de rabia y majestad combinadas le hacían parecerse al rey de una baraja de cartas. Poseedor de una de las mayores fortunas de Francia y una esposa que era la mujer más bella de la sociedad, él y ella sirvieron como modelos de Marcel Proust para el duque y la duquesa de Guermantes. Otro diputado fue el conde Boni de Castellane, dandy y árbitro del gusto de su círculo. Alto y delgado, de piel rosada, ojos azules y pequeño bigote dorado, se había casado con la severa

heredera estadounidense Anna Gould, y con su dote construyó una mansión de mármol amueblada con preciosas antigüedades para exhibir la perfección que el gusto dotado de dinero podía alcanzar. En la fiesta de inauguración, un lacayo con una capa escarlata estaba apostado en la curva de la escalera, y cuando el gran duque Vladimir preguntó: "¿Quién es ese cardenal de ahí?" El anfitrión respondió: "Oh, él sólo está allí para crear un agradable efecto de color contra el mármol". La evaluación del Conde Boni sobre el asunto fue que los judíos “en su insensato deseo de salvar a un correligionario” estaban interfiriendo arrogantemente en el proceso judicial y simultáneamente, o alternativamente, estaban haciendo de Dreyfus “el pretexto para una campaña contra el ejército que sin duda se originó en Berlina." En cualquier caso, eran "insoportables para mí". En general, esto representaba la opinión de los gratinados, quienes, en palabras de un notable apóstata entre ellos, el marqués de Galliffet, “continúan sin entender nada”.

Algunos de ellos tenían distinciones literarias o de otro tipo. El conde Robert de Montesquiou, esteta extraordinario, se prodigó sedas de lavanda y oro, escribió elaborados poemas simbolistas y personificó la decadencia tanto para Proust como para Huysmans en sus personajes, el barón de Charlus y des Esseintes. Montesquiou era lo que a Oscar Wilde le hubiera gustado ser si hubiera tenido más dinero, menos talento y nada de humor. El príncipe de Sagan, otro famoso pederasta que llevaba una boutonniere perpetuamente fresca y un bigote perfectamente encerado, rivalizaba con su sobrino, el conde Boni, como sumo sacerdote de la elegancia y se batía en duelo con Abel Hermant, en cuyas novelas satíricas sobre la vida de los ricos y libertinos se consideraban difamados. La condesa Anna de Noailles escribía poesía y se deslizaba por sus hermosas habitaciones con largas prendas blancas flotantes como "el fantasma de algo demasiado hermoso para ser real". En sus fiestas se requería todo para centrarse en ella. No se preocupaba mucho por sus invitados, “simplemente les sonreía cuando llegaban y suspiraba suavemente cuando los veía irse”. El conde de Vogüé, novelista y académico, influyó en el curso de la literatura francesa con sus estudios sobre Turgenev, Tolstoi y Dostoievski, que atrajeron la atención francesa sobre los grandes rusos.

Estos fueron los miembros destacados. La mayor parte de los otros mil que componían el gratinado se distinguían principalmente, como dijo uno de ellos, por "la certeza de una superioridad que existía a pesar de las apariencias en contrario". El conde Aimery de La Rochefoucauld se destacó por "la rigidez casi fósil de sus prejuicios aristocráticos". Disgustado por el protocolo inadecuado en cierta casa,

le dijo a un amigo de su mismo nivel: “Caminemos juntos a casa y hablemos de rango”. Del duque de Luynes comentó que su familia eran "simples don nadies en el año 1000". De la misma raza era el duque de Uzès, cuyo antepasado, cuando el rey expresó sorpresa porque ninguno de su familia había sido mariscal de Francia, respondió: "Señor, siempre nos mataban en batalla demasiado pronto".

Los gratinados no fueron hospitalarios; algunas familias, por ricas que fueran, “nunca ofrecieron ni siquiera un vaso de limonada a sus amigos”. Los hombres se consideraban los únicos de su sexo que sabían vestir o hacer el amor e intercambiaban homenajes de las famosas cortesanas. Recibían órdenes de los miembros de mayor rango de su clase y eran ardientemente anglófilos en sus modales y costumbres. Los Greffulhe y los Breteuil eran íntimos del Príncipe de Gales, las apuestas eran costumbre en Longchamps, el Derby se celebraba en Chantilly, la carrera de obstáculos en Auteuil y un miembro no deseado practicaba la petanca negra en el Jockey Club. Charles Haas, el original de Swann, tenía grabado "Mr" en sus tarjetas de visita.

En el castillo del duque de Luynes en Dampierre, un visitante inglés encontró un barniz de modernidad en los automóviles, la sala de billar, la ropa londinense de los hombres y la charla de las mujeres, “pero bajo este fino vidriado se percibe la muerte de los Muertos”. Mar. Todos los libros están seguros bajo llave en la biblioteca fuera de la casa. En la casa no hay libros, ni periódicos, ni papel para escribir y sólo un bolígrafo”. Dos hermanas, las duquesas de Luynes y de Brissac, y su amiga, la condesa de Vogüé, todas a punto de ser madres, eran “criaturas espléndidas”, con las que era muy fácil llevarse bien si no se hablaba más que de deporte. El anfitrión fue Lord Chamberlain del actual Pretendiente. Los de su clase “son niños detenidos en inteligencia, que odian a los judíos, a los estadounidenses, al presente, a los dos siglos pasados, al gobierno, al futuro y a las bellas artes”.

Según la ley de la República, todos los pretendientes al trono vivían en el exilio. Las esperanzas bonapartistas estaban depositadas en el príncipe Víctor Napoleón, nieto de Jerónimo Bonaparte, mientras que la lealtad legitimista recayó en un nieto de Luis Felipe, el conde de París, de quien Thiers dijo: “De lejos parece un prusiano, de cerca parece un prusiano”. un imbécil”. A su muerte en 1894, le sucedió su hijo, el duque de Orleans, un joven descabellado que en 1890 había aparecido gallardamente en Francia con la intención declarada de “compartir la gamelle [lío] del soldado francés”, es decir, para hacer su servicio militar. Igualmente célebre por su romance con la prima donna, Nellie Melba, a partir de entonces fue conocido

irreverentemente como "Gamelba", un nombre acuñado por Rochefort. Antes del asunto, su causa parecía moribunda; pero en el asunto los realistas encontraron un nuevo punto de unión, nuevas esperanzas y entusiasmo, y en los antisemitas, nuevos socios y energía. El antisemitismo se puso de moda, aunque con ciertos efectos no deseados en la sociedad, ya que los advenedizos pudieron abrirse camino en virtud del grado de calidez con el que abrazaron la nueva causa. "Todo este asunto de Dreyfus está destruyendo la sociedad", se quejó el barón de Charlus, y la duquesa de Guermantes encontró "completamente intolerable" que todas las personas que uno había intentado evitar durante toda su vida ahora tuvieran que ser aceptadas sólo porque boicoteaban a los comerciantes judíos. y tenían impreso "Abajo los judíos" en sus sombrillas.

Ni en el gobierno ni en la cultura eran importantes, los gratinados sólo lo eran porque proporcionaban el trasfondo, el motivo, el estímulo y el respaldo financiero a la reacción. En el asunto, el único líder serio que surgió de su clase fue De Mun. Fue él quien obligó al Gobierno a procesar a Zola por difamación del ejército en su carta pública, J'Accuse, y así inició el juicio que convirtió el caso en una cuestión nacional que ya no se puede contener. Si el Gobierno se hubiera salido con la suya, no habría tomado ninguna medida, ya que debían evitarse las discusiones, los testimonios y, sobre todo, los contrainterrogatorios. Pero liderada por De Mun, la derecha en su ira exigió venganza y su autoridad ejerció un hechizo. Cuando nadie del Ministerio de Guerra estuvo presente en la Cámara para responder al ataque de Zola, de Mun exigió que se suspendiera la sesión hasta que se pudiera convocar al Ministro de Guerra para que nada tuviera prioridad sobre la defensa del honor del ejército. Un diputado sugirió que el asunto podría esperar mientras continuaban otros asuntos. “¡El ejército no puede esperar!” De Mun declaró con altivez. Obedientemente, los diputados salieron en fila hasta que llegó el ministro y después, envueltos en un apasionado discurso de De Mun, votaron a favor de proceder contra Zola.

“Un coloso con los pies sucios, pero un coloso a pesar de todo”, había llamado Flaubert a Zola. Aunque fue probablemente el autor francés más leído y mejor pagado de la época, el realismo brutal de sus novelas había despertado el disgusto y el resentimiento de muchos. Excavó sin piedad en los elementos viles, sórdidos y corruptos de todas las clases de la sociedad, desde los barrios marginales hasta el Senado. Campesinos, prostitutas, mineros, empresarios burgueses, alcohólicos, médicos, oficiales, eclesiásticos y políticos fueron expuestos con gigantesco detalle. Peor aún, el supuestamente benéfico siglo XIX quedó expuesto en su descripción

del terrible empobrecimiento que acarreó a las masas la industrialización. Las puertas de la Academia nunca se le abrieron. Su relato de 1870 en La Débâcle enfureció al ejército y después de Germinal fue catalogado como un defensor de los trabajadores contra el orden establecido. Era un agnóstico que creía en la ciencia como único instrumento de progreso social. Sin embargo, ya se estaba produciendo una reacción literaria contra el realismo y la “bancarrota de la ciencia”.

El año anterior al arresto de Dreyfus, la fama de Zola había alcanzado su punto máximo con la publicación de la última novela de su inmenso panorama de veinte volúmenes de la vida francesa. A una fiesta organizada por su editor para celebrar la ocasión en el Grand Lac del Bois de Boulogne, asistieron escritores, estadistas, embajadores, actrices y bellezas, celebridades de todo tipo, desde Poincaré hasta Yvette Guilbert. ¿Adónde iba a ir desde aquí? El caso Dreyfus abrió un nuevo camino hacia la grandeza, pero sólo para un hombre capaz de recorrerlo. Se requirió coraje para desafiar al Estado, la formación y el genio de un gran escritor para componer J'Accuse y la simpatía por el sufrimiento para inspirarlo a actuar. Zola había conocido el sufrimiento: en su juventud había pasado dos años desempleado en la buhardilla de una pensión destartalada, a menudo tan hambriento que colocaba trampas para gorriones en el tejado y los asaba en el extremo de una barra de cortina sobre una vela.

Su primer artículo sobre el caso, después de resumir las pruebas contra Esterhazy (la escritura a mano, el petit bleu, las cartas de Uhlan), afirmó: “La verdad está en marcha y nada la detendrá”. Cuando un mes más tarde el ejército ordenó el consejo de guerra de Esterhazy, los dreyfusistas, creyendo que se trataba de una forma indirecta de sucumbir a la Revisión, se mostraron eufóricos. De hecho, era un mecanismo para abordar el problema de Esterhazy mediante un juicio cuyo veredicto podía controlar el ejército. Esterhazy fue absuelto y aclamado por la mafia como el “mártir de los judíos”. El veredicto “nos cayó como un garrote”, escribió Blum. Fue como si Dreyfus hubiera sido condenado por segunda vez. Después de todo, la marcha de la verdad había sido detenida.

La única manera de forzar la constancia de las pruebas en el expediente era provocar un juicio civil. Éste era el objetivo de la carta abierta de Zola dirigida al presidente de Francia. Lo concibió el día de la absolución de Esterhazy con la intención deliberada de ser juzgado. No se lo contó a nadie más que a su esposa y no dudó. Encerrado en su estudio, trabajó sin parar durante veinticuatro horas, dominó las complejidades y misterios de lo que ya se había convertido en uno de

los enigmas más complejos de la historia y escribió su acusación en cuatro mil palabras. Lo llevó a l'Aurore la tarde del 12 de enero y apareció a la mañana siguiente con el título sugerido por Ernest Vaughan (o, según otra versión, por Clemenceau): J'ACCUSE! Se vendieron trescientos mil ejemplares, muchos de ellos a nacionalistas que los quemaron en las calles.

En párrafos separados, cada uno de los cuales comienza con “Yo acuso”, Zola nombró específicamente a dos ministros de la Guerra, los generales Mercier y Billot, uno “como cómplice de una de las mayores iniquidades del siglo” y el otro por “poseer pruebas positivas de la inocencia”. de Dreyfus y reprimirlos”. Acusó a los jefes del Estado Mayor, los generales Boisdeffre y Gonse, de cómplices del mismo crimen, y al coronel du Paty de Clam (no sabía nada del mayor Henry) de su “autor diabólico”. Acusó al Ministerio de Guerra de llevar a cabo una “campaña abominable” en la prensa para engañar al público y ocultar sus propias fechorías. Acusó al primer consejo de guerra de llevar a cabo un proceso ilegal y al consejo de guerra de Esterhazy de encubrir ese veredicto ilegal “por orden”, así como del delito judicial de absolver a sabiendas a un culpable. Las acusaciones se hicieron con pleno conocimiento de la ley de difamación “para acelerar la explosión de la verdad y la justicia. Que me lleven a los tribunales. Que la investigación sea a plena luz del día. Yo espero."

El público quedó horrorizado; tales acusaciones lanzadas contra los líderes militares de la nación parecían equivalentes a un acto de revuelta. Muchos revisionistas sintieron que Zola había ido demasiado lejos. Había inflamado una situación ya acalorada de manera casi insoportable al asustar y enojar a las clases medias y aumentar su apoyo al ejército y su antipatía hacia los dreyfusistas. Tras la resolución de De Mun al día siguiente, el Gobierno anunció que Zola sería procesado. La prensa y las canciones vendidas en las calles arrojaron sobre él odio, inmundicia e insultos. Fue brutalmente caricaturizado. “Cerdo pornográfico” fue cortés entre los apodos que le dieron. Le enviaron por correo paquetes de excrementos. Fue quemado en efigie. Se distribuyeron carteles que decían: “La respuesta de todos los buenos franceses a Emile Zola: ¡Merde!”. Evocando una de las mayores emociones del asunto, los ataques lo denunciaron como “extranjero”, en referencia a su padre italiano. De hecho, Zola había nacido en París de madre francesa y se había criado en la casa de sus padres en Aix-en-Provence.

La demanda del Gobierno, presentada en nombre del general Billot como Ministro de Guerra, ignoró todas las acusaciones relevantes contra Dreyfus y se limitó al único cargo de que el consejo de guerra

de Esterhazy lo había absuelto "por orden". Mediante este dispositivo, el juez que preside podría excluir cualquier testimonio que no se refiera precisamente a ese punto. En una feroz protesta contra este procedimiento, Jaurès gritó en la Cámara al Gobierno: "¡Estáis entregando la República a los generales jesuitas!". en el que un diputado nacionalista, el conde de Bernis, lo agredió físicamente, provocando tal alboroto que se pidió a la guardia militar que restableciera el orden.

*J'accusar*atrajo la atención mundial sobre el asunto y le dio las proporciones de un drama heroico. Que el ejército francés pudiera ser acusado de tales crímenes y que el autor francés más conocido por el público extranjero fuera atacado en tales términos era igualmente sorprendente. El mundo observó con “estupor y angustia”, escribió Björnstjerne Björnson desde Noruega. Cuando comenzó el juicio, los Dreyfusard eran conscientes de esa audiencia. “El escenario es Francia; el teatro es el mundo”, dijeron. El juicio transformó el asunto de lo local a lo universal.

El escritor de su época que más verdaderamente tocó lo universal, Chéjov, quedó profundamente conmovido por la intervención de Zola. Mientras se encontraba en Niza en ese momento, siguió el juicio con creciente entusiasmo, leyó todos los testimonios palabra por palabra y escribió a su casa: “Aquí no hablamos más que de Zola y Dreyfus”. Encontró las diatribas antisemitas y anti-Dreyfus del New Times de San Petersburgo, el principal diario que había publicado la mayoría de sus propios artículos, “simplemente repulsivas” y se peleó con su editor, su viejo e íntimo amigo.

La opinión extranjera, salvo condicionada por sus sentimientos hacia los judíos, veía la cuestión principalmente como una cuestión de justicia y no podía comprender la obstinada negativa de los franceses a permitir la revisión. La propia hostilidad extranjera se convirtió en un factor de negativa. "Los periódicos franceses preguntan por qué los países extranjeros se interesan tanto por el asunto", escribió la princesa Radziwill, "como si una cuestión de justicia no interesara al mundo entero". Así fue, pero en Francia el asunto no fue sólo eso. No fue una lucha de la derecha contra la izquierda, porque hombres como Scheurer-Kestner y Reinach, Clemenceau y Anatole France no eran hombres de izquierda. Se libró en términos de justicia y patriotismo, pero fundamentalmente fue la lucha de la derecha contra la razón.

El juicio de Zola comenzó el 7 de febrero de 1898 y duró dieciséis días. El ambiente en el Palacio de Justicia de la isla de la Cité “olía a matanza reprimida”, afirmó un testigo. “¡Qué pasión en los rostros de la gente! ¡Qué miradas de odio cuando ciertas miradas se encontraron!

La sala del tribunal estaba abarrotada hasta el alféizar de las ventanas de periodistas, abogados, oficiales uniformados y damas vestidas de pieles. Marcel Proust subía todos los días a la tribuna pública, trayendo café y bocadillos para no perderse ni un momento. Al otro lado de las ventanas, la claque de Drumont, pagada a cuarenta sueldos por cabeza, abucheaba y abucheaba. Todos los oficiales del ejército involucrados en los juicios e investigaciones de Dreyfus, Esterhazy y Picquart se pusieron de pie y juraron sobre la autenticidad de los documentos, incluida específicamente la carta de Panizzardi que fue declarada como "prueba positiva de la culpabilidad de Dreyfus". (El Ministro de Asuntos Exteriores, advertido ya por los italianos de que se trataba de una falsificación, había querido suspender el juicio, pero el Gobierno no se había atrevido por temor a una revuelta del ejército.) El general Mercier, íntegro, altivo, impasible, "atrincherado en su propia infalibilidad", afirmó sobre su honor de soldado que Dreyfus había sido justa y legalmente condenado. Los intentos de la defensa de contrainterrogar fueron respondidos una y otra vez por el juez presidente con la tajante orden: "No se formulará la pregunta". Las declaraciones de Zola o de su abogado, Maître Labori, o de Clemenceau, que, aunque no era abogado, comparecía para l'Aurore, fueron recibidas con rugidos inarticulados del abarrotado público. Zola, que parecía nervioso y hosco, mantuvo su temperamento hasta que, atormentado más allá de lo soportable, escupió "¡Caníbales!", la palabra utilizada por Voltaire en el asunto Calas. Esterhazy, llamado a declarar, fue recibido por la multitud con gritos de "¡Gloire au victime du Syndicat!" En las escaleras de la corte, el príncipe Enrique de Orleans, primo del Pretendiente, estrechó la mano del autor de las cartas de Uhlan y saludó con él el "uniforme francés".

"París palpitó", escribió un visitante inglés, y sintió sed de sangre en el aire. Las turbas rompieron las ventanas de la casa de Zola y de las oficinas de l'Aurore. Las tiendas cerraron, los extranjeros se marcharon. Una ola de disturbios antisemitas organizada por el lugarteniente de Drumont, Jules Guérin, estalló en Le Havre, Orleans, Nancy, Lyon, Burdeos, Toulouse, Marsella y ciudades más pequeñas, y alcanzó su punto máximo en Argel, donde se produjeron saqueos y saqueos del barrio judío. Duró cuatro días y muchos fueron golpeados y, en algunos casos, asesinados. En París se abrió una oficina de empleo donde se contrataba a matones por cinco francos por día o dos francos por una noche para gritar: "¡Abajo los judíos! ¡Viva el Ejército! ¡Escupe a Zola! Cuando Zola abandonó la corte en compañía de Reinach, la multitud se abalanzó sobre ellos gritando: "¡Ahoguen a los traidores! ¡Muerte a los judíos! y tuvieron que ser rescatados por la policía. A partir de entonces, la policía montada escoltó el carruaje de Zola hacia y desde el tribunal todos los días, y en ocasiones se vio

obligada a cargar contra la multitud que gritaba y amenazaba con asaltarlo. El amigo de Zola, Desmoulins, que actuaba como guardaespaldas, llevaba un revólver.

En la Corte, a pesar de las obstrucciones y las burlas, la verdad avanzaba. Ni Labori, joven y vehemente, de quien se decía: "No es un intelecto, es un temperamento", ni Clemenceau, duro, despiadado, invencible en el debate, pudieron ser intimidados o silenciados. Se rumoreaba que el jurado se inclinaba por la absolución. El general Boisdeffre, subiendo al estrado, advirtió: “Si la nación no tiene confianza en los jefes de su ejército... entonces están dispuestos a transferir a otros su pesada tarea. Sólo tienes que decir la palabra”. Se trataba de una amenaza de dimisión colectiva por parte del Estado Mayor si el jurado lo absolvía. Boisdeffre lo dejó claro: Zola o nosotros. Ésa era la cuestión, no la culpabilidad o la inocencia de Dreyfus, lo que el jurado tenía que decidir. Sus miembros procedían en su mayoría de la pequeña burguesía: un curtidor, un horticultor, un comerciante de vino, un empleado, un terrateniente y dos trabajadores. Con amenaza implícita, La Libre Parole publicó sus nombres y direcciones comerciales y cartas de lectores advirtiendo de venganza si el “italiano” era absuelto.

En su discurso de clausura, Zola, constantemente interrumpido por abucheos y silbidos, juró por sus cuarenta años de trabajo y cuarenta volúmenes de literatura francesa que Dreyfus era inocente. Había actuado para salvar a su país de “las garras de la mentira y la injusticia” y, aunque fue condenado, “Francia algún día me agradecerá haber ayudado a salvar su honor”. Clemenceau concluyó: “Su tarea, señores del jurado, es pronunciar un veredicto menos sobre nosotros que sobre ustedes mismos. Nos presentamos ante ti. Aparecerás ante la historia”.

Zola fue condenado por 7 a 5 votos y lo sorprendente fue que cinco miembros del jurado tuvieron el coraje de votar a favor de la absolución. Afuera, la Place Dauphine estaba negra y la gente gritaba triunfalmente. “¡Escúchenlos, escúchenlos!” dijo Zola mientras se preparaba para irse. "Suenan como si estuvieran esperando que alguien les tirara carne". Clemenceau le dijo a un amigo que en caso de absolución estaba “bastante seguro de que ni un solo Dreyfusard en el tribunal o en los pasillos habría escapado con vida”. Zola recibió la pena máxima, un año de prisión y una multa de tres mil francos y, al rechazar una apelación, la insistencia de sus amigos lo convenció de escapar a Inglaterra. Debería haber sido enviado “a reunirse con su amigo Dreyfus en la Isla del Diablo”, fue el comentario de Henry Adams, “con toda la podredumbre francesa que cabía en la isla,

incluida la mayor parte de la prensa, la mayor parte del teatro, todos los corredores de bolsa". y uno o dos Rothschild, por ejemplo". Los sentimientos eran suyos, no pagados como los de la mafia de París, que reflejaban con tanta precisión.

> El juicio fue un tornado que arrastró a todos los elementos vocales de la sociedad a su vórtice. "Toda conciencia está preocupada", escribió Le Petit Parisien. "Ya nadie razona; no es posible ninguna discusión; todos han tomado una posición fija". Familias divididas e incluso sirvientes. En el más famoso de los dibujos animados de Caran d'Ache, el padre de una familia numerosa durante una cena ordena: "¡Nadie debe hablar de eso!". El siguiente panel muestra un tumulto salvaje de mesa volcada, cuchillos y tenedores volando y sillas utilizadas como armas, bajo el título "¡Hablaron de eso!"

Al organizar sus esfuerzos, los dreyfusards formaron la Liga por los Derechos del Hombre, que patrocinó reuniones de protesta y envió conferenciantes por todo el país. Redactaron una petición de revisión que hizo visible e ineludible el cisma en la sociedad. Llamada "Protesta de los intelectuales", empezó a aparecer día a día en l'Aurore con sucesivas firmas. Cortó divisiones marcadas entre quienes firmaron y quienes se negaron. Los organizadores fueron Marcel Proust y su hermano Robert (cuyo padre se negó a hablar con ellos durante una semana), Elie Halévy y su hermano Daniel y su primo Jacques Bizet, hijo del compositor, todos ellos de veintitantos años. Casi la primera firma que obtuvieron fue su mayor golpe: la de "la última flor del genio latino" y líder de los Académicos, Anatole France. "Se levantó de la cama para vernos, en pantuflas y resfriado", escribió Halévy. "'Muéstramelo', dijo, 'firmaré, firmaré cualquier cosa'. Estoy asqueado.' Era un racionalista al que le repugnaba la sinrazón. Cínico y satírico de la locura humana, no sentía simpatía ni por las cruzadas ni por Dreyfus como individuo que, según sugirió perspicazmente, era "del mismo tipo que los oficiales que lo condenaron; en su lugar se habría condenado a sí mismo". Pero odiaba a la multitud y, por espíritu contradictorio, solía oponerse al gobierno.

Escribió una prosa clara como un arroyo. Había vivido en la casa y adornado el salón de su amante, la señora Arman de Caillavet, desde

1889, cuando, después de una última pelea con su esposa, salió en bata y pantuflas, llevando en una bandeja, una pluma y un tintero. y MS actual, y siguió calle abajo hasta un hotel, mandó a buscar su ropa y nunca regresó a casa. La señora Arman ejerció sobre él la tiranía de la devoción y cuando tenía pereza lo encerraba para obligarlo a escribir. Su serie de novelas sobre la actualidad centradas en M. Bergeret habían aparecido en serie en el violentamente derechista Echo de Paris desde 1895 y continuaron apareciendo allí a través del Affair, en un comentario irónico sobre la impresión que las rodeaba. La firma de Francia encantó a los revisionistas y asombró a ambas partes. Él era "completamente uno de nosotros"; nunca debería haberse puesto del lado de "ellos", lamentó Léon Daudet.

En su primera aparición, la Protesta de los intelectuales tenía 104 firmantes y en un mes 3.000, entre ellos André Gide, Charles Péguy, Elisée Reclus, Gabriel Monod, eruditos, poetas, filósofos, médicos, profesores y un pintor, Claude Monet, por simpatía. con Clemenceau. La única acción política de la vida de Monet, su firma, provocó un altercado con Degas y no volvieron a hablarse durante años. Ahora casi ciego, Degas solía hacer que le leyeran La Libre Parole todas las mañanas y miraba con desprecio a los arribistas de la era republicana. "En mi época", dijo con desdén, "no llegaba uno".

Los artistas y músicos, aunque en general políticamente indiferentes, tendían en todo caso hacia el campo nacionalista. Debussy se sentó con el círculo de Léon Daudet en el Café Weber de la Rue Royale. Puvis de Chavannes fue otro simpatizante nacionalista.

Firmaron profesores y docentes de la Sorbona, de la Escuela Normal, de la Facultad de Medicina, de las escuelas secundarias y de las universidades provinciales; muchos se opusieron, muchos se abstuvieron por temor a represalias. "Si firmo", le dijo el director de una escuela a Clemenceau, "ese idiota de Rambaud [el Ministro de Educación] me enviará a pudrirme en las profundidades de Bretaña". El distinguido científico Emile Duclaux, sucesor de Pasteur, firmó inmediatamente, diciendo que si temían la revisión en el laboratorio, nunca se alcanzaría la verdad excepto por accidente. Siguiendo su ejemplo, los científicos entraron en el asunto y algunos sufrieron por ello. El profesor Grimaux del Politécnico, que firmó y testificó en el juicio de Zola, fue destituido de la cátedra de química. Surgieron acaloradas discusiones sobre si grandes maestros como Hugo, Renan, Taine o Pasteur habrían firmado o no. Alumnos y profesores estaban enfrentados, los estudiantes divididos, se formaron comités a favor y en contra, especialmente en las provincias donde las facultades estaban bajo influencia católica.

Como un témpano de hielo que se resquebraja, el mundo intelectual se dividió a causa de la protesta y, a medida que avanzaba el asunto, las dos mitades se separaron cada vez más. Los antiguos amigos se cruzaron en silencio y cualquier palabra que hubieran dicho "nunca habría trascendido los mundos que había entre ellos". Cuando Pierre Louÿs, autor de Afrodita, tomó el lado opuesto de su amigo Léon Blum, sin más comunicación nunca más se volvieron a ver. Mientras circulaba la protesta, tres periodistas amigos de Léon Daudet intentaron persuadirlo, apelando durante tres horas durante el almuerzo a “mi patriotismo, mi inteligencia, mi corazón”. Antes del asunto había cenado en casa de los Laboris, donde Madame cantaba las canciones de Schumann y ninguna velada podría haber sido más deliciosa; “él robusto y elocuente, ella llena de talento, encanto y buena voluntad”. También fue bienvenido en la encantadora casa en el Pont-de-l'Arche de Octave Mirbeau, propietario del “Campo de Iris” de Van Gogh y donde Madame recibía con “hospitalidad afectuosa y suntuosa” y la cocina era incomparable “de la mantequilla al vino, del aceite de cocina a la sopa”. Después del asunto, la palabra "nacionalista" fue para Mirbeau sinónimo de "asesino", y la democracia fue para Daudet "el terreno envenenado". Poco después del juicio de Zola, Daudet escribía diatribas semanales de ferocidad sin igual para La Libre Parole y Le Gaulois.

Maurice Barrès, el brillante novelista que combinó la literatura con una carrera política, era otro de quien sus amigos esperaban que fuera un revisionista. Léon Blum pidió su firma sintiéndose completamente seguro de él, pero Barrès dijo que quería pensarlo bien y cuando escribió se negó. Aunque profesaba amistad y respeto por Zola, dijo que tenía dudas y en su duda eligió “el instinto del patriotismo”. Al cabo de unos meses encontraría la respuesta mística en términos de sangre y tierra; explicar a Zola como un “veneciano desnaturalizado” y a los judíos según el mismo principio: que “no tienen patria tal como la entendemos”. Para nosotros nuestro país es la tierra de nuestros antepasados, la tierra de nuestros muertos. Para ellos es el lugar que más les conviene”. Al convertirse en el líder intelectual de los nacionalistas, Barrès les proporcionó palabras para adelantarse al patriotismo de la derecha.

Forain y Caran d'Ache, que lo compusieron sentados juntos en una mesa del Café Weber, publicaron un nuevo recluta, pequeño pero perversamente eficaz, en forma de un semanario de caricaturas de cuatro páginas llamado Psst!. Caran d'Ache dibujó historietas de inspirada simplificación. Forain fue un artista cuyas agudas opiniones de la sociedad parisina eran incisivas y brillantes en blanco y negro, aunque sus óleos evocaban el comentario mortal de Degas: "Pinta con

las manos en los bolsillos". Su diseño de portada, de un oficial prusiano parado detrás de una figura oscura y cínica que representa al Sindicato y manipulando frente a su rostro la máscara de Zola, comprimió en una imagen todos los elementos del Asunto tal como lo veían los nacionalistas. Reinach, el objetivo favorito del Psst!, solía ser representado como un orangután con un sombrero de copa y rasgos marcadamente judíos que iba repetidamente a Berlín para conferenciar con prusianos con cascos de púas. Scheurer-Kestner y otros revisionistas aparecen como judíos de nariz aguileña con abrigos de banqueros con cuello de piel, pagando fondos alemanes, usando el képi del ejército como balón de fútbol o recogiendo malas hierbas de la tumba de Ravachol como un “ramo para Zola”. En todo momento aparece un incondicional soldado de madera, erguido y valiente, sin pestañear entre los villanos, siempre valiente: el Ejército. El Intelectual es una figura larguirucha, con una cabeza enorme, la estrella de David en la frente y una pluma más grande que el cuerpo, que deja constancia de su “disgusto por todo lo francés”. La única variación de tema es la aparición ocasional del “Oncle Sam” como el “Nuevo Gargantúa” comiendo España, Hawaii, Puerto Rico y Filipinas.

El asunto impregnaba la vida a todas horas y lugares. Al ir a ver a un nuevo dentista, Léon Blum encontró a un joven con la actitud y el porte de un oficial de caballería que, de repente, mientras su paciente se sentaba, dijo: “¡De todos modos, no se atreverán a tocar a Picquart!”. Gaston Paris, el erudito medievalista y académico, concluyó un erudito artículo sobre Felipe el Bueno con una conmovedora invocación a la justicia que inmediatamente lo categorizó. Paul Stapfer, decano de la Facultad de Letras de Burdeos, fue suspendido porque en un discurso fúnebre por un colega hizo una discreta alusión a las opiniones revisionistas del difunto. Una tempestad estalló en la Legión de Honor cuando “suspendió” a Zola y logró enfurecer tanto a los militares que habían exigido su derrocamiento como a los miembros que eran sus partidarios. Anatole France y otros se quitaron la cinta roja de sus abrigos. En los cafés. Nacionalistas y revisionistas se sentaron en mesas diferentes en lados opuestos de las terrazas. Pueblos enteros tomaron partido. Un residente de Samois, a catorce millas de París, decía que en su pueblo todos eran dreyfusistas, mientras que en Francoville, a tres o cuatro millas de distancia, casi todos, sin excepción, eran antidreyfusistas.

En febrero de 1898, en el Dîner Bixio, un club gastronómico de los elegidos que se reunían para disfrutar de la conversación, el asunto encontró a todos "preocupados y afligidos"; en marzo, el marqués de Galliffet dijo que no saldría ni visitaría a causa de ello; En mayo, la conversación giró por un momento hacia la pregunta: “¿Los

estadounidenses volaron el Maine ellos mismos?” por lo demás, sólo se hablaba del asunto; en noviembre todo el mundo estaba deprimido: “No recuerdo una cena tan negra”, escribió un miembro en su diario.

La noche del estreno de la obra Les Loups de Romain Rolland fue un campo de batalla. Lo había escrito en seis días para mostrar al mundo que Francia estaba desgarrada por “uno de los problemas más temibles que pueden afectar a la conciencia humana, un dilema digno de Corneille: si sacrificar la patria o la justicia”. La presencia del coronel Picquart en un palco y del coronel du Paty de Clam en la orquesta llevó al público al máximo de emoción. Picquart, después de su primera detención, acababa de ser dado de baja del ejército y acudió al teatro como invitado de Edmond Rostand, cuyo Cyrano de Bergerac, estrenado unos meses antes, lo había elevado a la cima de la celebridad. Durante una década, los espectadores franceses habían languidecido bajo el escepticismo, el simbolismo y el ibsenismo del Théâtre Libre. “Necesitábamos tranquilidad, ideales, garbo”, escribió un crítico, “¡y luego vino Cyrano! Nuestra sed fue saciada”. El espíritu de Cyrano estuvo allí esa noche.

Cuando el personaje que representaba a Picquart en la obra se enfrentó a su oponente, el público explotó antes de que pudiera ser escuchado. "Todo el teatro tembló desde el suelo hasta el techo". Los habituales Vive! y A bas! alcanzaron un furor que hizo que alguien gritara: “¡A bas la patrie!” y un anarquista de trece años en el balcón gritó: "¡Abajo el cristianismo!" Rolland pensó para sí: “Mis ideas están perdidas, pero no importa, la obra no cuenta. El verdadero espectáculo está ahí, en el público. ¡Esta es la historia que se está representando!

La matanza continuó al día siguiente. Echo de Paris y La Presse despidieron a sus críticos dramáticos, el Collège Stanislas canceló una recepción para Mme Rostand y dos periódicos iniciaron una campaña para boicotear a Cyrano, cuya popularidad, sin embargo, resultó más fuerte que la asociación de su autor con Picquart. En su diario, Rolland escribió: “Preferiría esta vida de combate que la calma mortal y el estupor lúgubre de estos últimos años. Dios, dame lucha, enemigos, multitudes aulladoras, todo el combate de que soy capaz”.

Era el mismo sentimiento que expresaba Péguy: aburrimiento de la paz. Otros lo compartieron. Ese verano, recordó el senador Ranc, uno esperaba constantemente algún ataque sorpresa. “Un día nos advertían que no durmiéramos en casa por miedo a ser atacados por bandas antisemitas, y al siguiente por miedo a ser arrestados por la policía. Fue emocionante; uno se sentía vivo; nada es tan bueno como un tiempo de acción y de combate en la conciencia de una causa”.

Desde el día en que Joseph Reinach anunció a los invitados al salón de Madame Emile Straus que Dreyfus había sido condenado injustamente, comenzó la polarización de los salones. Hasta entonces habían vinculado los mundos de la moda y el intelecto, salvando las marcadas divisiones políticas entre clases y círculos. Eran para Francia lo que el partido de las casas de campo era para Inglaterra. Eran el mercado de las ideas, la bolsa de favores sociales y políticos unidos por una preocupación absorbente: quién obtendría el siguiente asiento en la Academia, quién vestiría el uniforme verde oscuro y, vigilado por la élite de París, ¿Pronunciar su elogio del difunto Inmortal cuyo lugar estaba tomando? Ahora comenzaron a separarse en unidades separadas, frustrando el proceso de unificación y mezcla que había sido su mayor contribución.

Por regla general, cada salón tenía su gran hombre. La señora Aubernon, decana de las azafatas, comenzó con Dumas hijo y terminó con D'Annunzio. Madame Emile Straus, en cambio, la bella Geneviève de ojos negros líquidos y mirada ardiente, atraía a demasiados para concentrarse en uno solo. Hija del compositor Halévy y viuda de Georges Bizet antes de casarse con Straus, dejando desconsolados a un séquito de adoradores, había reunido en su salón el alma y la sal de París antes de los estragos del asunto. El filósofo Henri Bergson, la actriz Réjane, Lord Lytton cuando era embajador británico, el cirujano profesor Pozzi, el libretista de las óperas de Offenbach Henri Meilhac, Jules Lemaître, Marcel Prévost, Forain, Proust y la princesa Mathilde, que se mantuvo firme salón de los miércoles, todos acudían a ella los sábados por la tarde en el bulevar Haussmann, trayendo aún calientes los acontecimientos de la Cámara, del Quai d'Orsay, de los teatros y de las redacciones. Tras el anuncio de Reinach, Lemaître se marchó, permitiéndose a partir de entonces adornar únicamente el salón de derechas de la condesa de Loynes. Siguieron otras separaciones.

El salón dominical de la señora Arman de Caillavet en la Avenue Hoche, donde Anatole France era la estrella permanente, era el centro revisionista. Clemenceau, Briand, Reinach, Jaurès y Lucien Herr eran habituales. Madame Arman sólo quería escritores y políticos y despreciaba a la nobleza, excepto a Madame de Noailles, que era dreyfusista y aparecía “como una princesa oriental que descendía de su palanquín... para encender el torrente de sus palabras con el fuego de su mirada”. Los libros de Anatole France estaban sobre todas las mesas y el Maestro mismo estaba en medio de una multitud que iba y venía y se reunía a su alrededor mientras hablaba sobre un tema elegido, interrumpiéndose para saludar a los invitados que llegaban, inclinándose a izquierda y derecha, presentando a uno a otro, inclinándose para besar la mano de una pálida figura felina envuelta

en una chinchilla, y manteniendo el ritmo de su charla sobre la poesía de Racine, la paradoja de Robespierre o los epigramas de Rabelais.

El asunto reemplazó a Rabelais. En casa de la señora Aubernon, donde todavía estaban invitados invitados de ambos bandos, las discusiones que trataban de este tema se apasionaron inmediatamente. "Esta petición de los llamados 'intelectuales' es absurda e impertinente", declaró Ferdinand Brunetière, redactor de la magistral Revue des Deux Mondes. “Han acuñado el nombre para exaltarse por encima de los demás como si los escritores, científicos y profesores fueran mejores que nadie... ¿Qué derecho tienen a inmiscuirse en un asunto de justicia militar?” Victor Brochard, profesor de Filosofía Antigua en la Sorbona, respondió acaloradamente: “La justicia no se basa en los tribunales sino en la ley... Condenar a un hombre basándose en pruebas que no se le han mostrado no sólo es ilegal; es un asesinato judicial... Hoy no son los generales ni Rochefort ni los camorristas de La Libre Parole ni Esterhazy ni su duque de Orleans quienes representan la conciencia francesa. Somos nosotros, los intelectuales”.

La sede de la derecha era el salón de la señora de Loynes en la avenida de los Campos Elíseos, donde reinaba Jules Lemaître. Después de una carrera inicial como dama de honor, se había casado con el anciano conde de Loynes, se había convertido en una potencia reconocida en la formación de académicos y, con el paso del tiempo, institutriz, madre, hermana y presumiblemente amante de Lemaître, aunque algunos chismes desagradables Dijo que su amistad era platónica. Sus invitados se reunían los viernes para cenar en una habitación amueblada con lujo, con una Minerva de mármol desnudo sobre la repisa de la chimenea y lo que Boni de Castellane describió como un Meissonier “de mala calidad” en la pared. Lemaître, el célebre crítico dramático del Journal des Débats, fue un escritor inmensamente prolijo que podía dedicarse a obras de teatro, poesía, cuentos, ensayos críticos, biografías y discursos variados, artículos políticos,

opiniones y polémicas. Sus obras, cuando finalmente se recopilaron, ocuparon cincuenta volúmenes. Aunque esencialmente diletante de espíritu, había salvado al teatro francés con un famoso grito de alarma en la Revue des Deux Mondes de ser inundado por las fuertes olas que llegaban desde el norte (Ibsen, Hauptmann, Sudermann y Strindberg) y había entrado debidamente en el Portales de la Academia. Los frutos de la democracia y el sufragio masculino le decepcionaron. “La República me curó de la República”, escribió; “La vida ya me había curado del romanticismo”. Desencantado también con los “juegos literarios”, ansiaba el papel de un hombre de acción, el restaurador de una causa que no sólo agitaba las páginas de las revistas sino que conmovía a hombres vivos hasta la pasión. Con ceremonia y vítores en el comedor de la señora de Loynes fue nombrado presidente de la Liga de la Patrie Francesa, organizada por los nacionalistas para unir a los intelectuales de derecha contra los "enemigos de la patria". Su comité incluía, entre otros, a De Vogüé, Barrès, Forain, Mistral el poeta del renacimiento provenzal, Vincent d'Indy el compositor y Carolus Duran el pintor. La Ligue de la Patrie atrajo a 15.000 personas a su primera reunión y ganó 30.000 miembros en el primer mes. Lemaître fue elegido presidente para tener un académico igual a Anatole France, pero, dado a las burlas y a las quejas, carecía de espíritu de líder y después de cinco minutos de discusión, si no lograba imponer sus puntos de vista, se retiraba de la presidencia. discusión.

Como vicepresidente, el amable poeta François Coppée no fue más

eficaz. Más o menos obligado por sus amigos a aceptar el cargo, se sintió envuelto en la nostalgia del pasado y escribió romances en verso sobre los humildes de tiempos pasados. Cuando un amigo inglés le preguntó: “¿Que faites vous, Maître, dans cette galère?” (“¿Qué estás haciendo con ese grupo?”), respondió, “A decir verdad, no estoy muy seguro”. Pudo explicar, sin embargo, una vaga sensación de que la religión y el patriotismo que habían hecho grande a Francia estaban desapareciendo y, a menos que se revivieran, desaparecerían en la creciente marea del materialismo.

La verdadera energía y liderazgo de la Liga provino de Barrès, Drumont, Rochefort y Déroulède, líder de la antigua Ligue des Patriotes. En las sesiones de política, Drumont se reía a carcajadas y decía: "Esos tipos serán mi muerte". Rochefort, que sólo se escuchaba a sí mismo, decía con impaciencia después de una larga discusión: "Sí, sí, es repugnante... ¡qué canaille!". y luego contar alguna anécdota que haya encantado a Coppée. “Cada uno de nosotros es serio individualmente”, confesó Lemaître a la señora de Loynes, “pero juntos nos volvemos frívolos”.

Sin embargo, sentían que la causa era tremendamente grave. Detrás de todas las disputas sobre el bordereau y el petit bleu, escribió Léon Daudet, “se oía el paso de las legiones bárbaras”. El dreyfusismo era el extranjero a las puertas. Fue una revolución. Fueron judíos, masones, librepensadores, protestantes, anarquistas, internacionalistas. Todos vieron en ello a su propio enemigo. Barrès veía todo lo que era “no francés”; Arthur Meyer vio “una alianza entre el anarquismo y el dreyfusismo” cuyo “culto dos veces monstruoso” los dos sacerdotes eran Anatole France y Octave Mirbeau. Brunetière vio “el individualismo... la gran enfermedad de nuestro tiempo... el superhombre de Nietzsche, el anarquista, el culte de moi”.

El hombre fuerte del gobierno radical que tomó posesión del poder después de las elecciones de mayo de 1898 fue su ministro de la Guerra, Godefroy Cavaignac, un civil. Era un hombre de rígida rectitud republicana, un “incorruptible verde mar”, que se consideraba el castigador de la corrupción parlamentaria. Había iniciado la investigación de Panamá y detestaba a Clemenceau. Como Ministro de Guerra durante un mandato de seis meses en 1895, había aceptado la

honestidad del Archivo Secreto y creía firmemente que Dreyfus era culpable. El Primer Ministro saliente, Méline, había intentado abordar el caso negando que existiera ningún caso después de que se emitiera un veredicto, pero Cavaignac decidió afrontar la cuestión de frente. Volvió a investigar los documentos y se convenció de que, aunque Esterhazy estaba involucrado, el veredicto de Dreyfus había sido justo. Acto seguido ordenó el arresto de Esterhazy y Picquart y se dirigió a la Cámara decidido a enterrar a Revision para siempre. Sombrío y autoritario, dijo a los miembros que Esterhazy había sido absuelto injustamente y sería tratado como cómplice, pero que "estoy completamente seguro de la culpabilidad de Dreyfus". Repasó toda la historia del caso, reconstruyó la estructura que los Dreyfusards habían ido demostrando poco a poco falsa y citó como prueba final la supuesta confesión de Dreyfus y la carta de Panizzardi que Méline, que había sido Primer Ministro hasta hacía dos semanas y ocupaba el cargo entre el público supo por los italianos que era una falsificación. Cuando Cavaignac terminó, la Cámara estaba de pie vitoreando. Se había liberado de la terrible carga y votaron 545 a 0 (con diecinueve abstenciones, incluida la silenciosa Méline) a favor de un cartel nacional, o “publicación”, de su discurso frente a todos los ayuntamientos de Francia. “Ahora el odioso caso está enterrado”, dijo de Vogüé esa noche en su club. “¡Ahora Dreyfus está clavado a su roca hasta que muera!”

Para los Dreyfusard fue un golpe increíble, un “momento atroz”. Un periodista salió apresuradamente de la Cámara para comunicar la noticia a Lucien Herr, que se encontraba en su estudio con Léon Blum.

Se quedaron mudos; las lágrimas estaban cerca de la superficie; Se quedaron inmovilizados por la consternación y la desesperación. De repente sonó el timbre y Jaurès irrumpió, hizo caso omiso del gesto de sus amigos que le invitaban a llorar y los reprendió en tono triunfal. “¿Qué, tú también?… ¿No entiendes que ahora, ahora por primera vez estamos seguros de la victoria? Méline era invulnerable porque no decía nada. Cavaignac habla, entonces será golpeado... Ahora Cavaignac ha nombrado los documentos y yo, sí, les digo que son falsos, se sienten falsos, huelen a falso. Son falsificaciones... Estoy seguro de ello y lo demostraré. Los falsificadores han salido de sus agujeros; Los tendremos agarrados por el cuello. Olvídate de tus caras fúnebres. Hazlo cómo yo lo hago; alegrarse."

Jaurès salió y escribió Les Preuves (Las pruebas), una serie de artículos que comenzaron esa semana en el periódico socialista La Petite République, que sorprendieron a sus lectores y marcaron la primera colaboración del socialismo con una causa del mundo burgués. Gracias al asunto se cruzó el puente de la enemistad de clases.

El propio Jaurès había sido un dreyfusista declarado desde antes del juicio de Zola. Bajo, fornido, fuerte, de rostro sonrojado y jovial, irradiaba la alegría de la batalla. Con su gran cabeza, su barba áspera y su ropa descuidada rematada por calcetines blancos caídos, parecía la imagen aceptada de un líder sindical. Sin embargo, no era de origen obrero, sino que provenía de la rama más pobre de una familia burguesa respetable y había sido estudiante en la Ecole Normale, donde destacó en griego, latín y humanidades, y era amigo y compañero de clase de Henri Bergson y su rival por los máximos honores. Mientras esperaba para testificar en el juicio de Zola, había paseado de un lado a otro de los pasillos con Anatole France recitando poesía del siglo XVII. En la Cámara, cuando subió con pasos pesados y decididos a la tribuna y bebió una copa de vino tinto antes de hablar, los auditores se tensaron con expectación, ya fuera de adoración u hostilidad. Habló con una “amplitud espléndida”, en una voz casi demasiado alta que fácilmente podría haber bajado y seguir siendo escuchada en las últimas filas de cualquier sala pero que, como dijo Rolland, fue para él un placer sensual cuando la dejó salir. al máximo. Podía hablar en este tono durante una hora y media o dos horas seguidas. Sin tomar notas, no podía dejarse perturbar por interrupciones que sólo servían para proporcionarle nuevas inspiraciones. Cuando lo abucheaban jugaba con su oponente “como un gato enorme con un ratón, acariciándolo, haciéndolo saltar de un lado a otro,… y luego con un golpe fuerte, lo aplastaba con una última palabra”.

Nunca fue un sectario que antepusiera una ortodoxia particular al objetivo final, un hábito que afligía al movimiento socialista. Para Jaurès, quien dirigió personalmente la huelga de Carmaux, el objetivo último del poder de la clase trabajadora no era una teoría sino una meta realizable y la unidad socialista una necesidad para su logro. Una vez persuadido por Lucien Herr y otros de la inocencia de Dreyfus, creyó que el socialismo, al abstenerse de combatir la injusticia, se disminuiría a sí mismo. Al hacer suya la causa de la justicia, dejaría su huella en la victoria final, se abriría un nuevo camino hacia el poder y se cubriría de gloria moral. El asunto, en su opinión, podría convertirse en el catalizador de un frente único de la izquierda que los socialistas deberían liderar.

Sus colegas del Partido Socialista no compartían en absoluto su entusiasmo. Moderados como Millerand y Viviani no querían verse involucrados en este asunto “oscuro y peligroso”; los extremistas liderados por Jules Guesde, aunque personalmente eran dreyfusistas, se opusieron a la acción del partido como un esfuerzo por desviar la fuerza de la clase trabajadora de una causa que no era la suya. En una reunión del partido después de J'Accuse, para decidir qué medidas tomar si la derecha exigía el procesamiento de Zola, los moderados se retorcieron, prefiriendo la discreción al valor en vísperas de las elecciones. “¿Por qué arriesgar nuestra reelección por Zola?” ellos dijeron. "Él no es un socialista;... después de todo, no es más que un burgués". Mientras las facciones discutían, Guesde, impaciente y disgustado, abrió la ventana con un gesto ostentoso pidiendo aire fresco y gritó: "¡La carta de Zola es el mayor acto revolucionario del siglo!". Pero no fue más que un gesto y firmó el manifiesto que declaraba: “Dejen que la burguesía se desgarre por la patria, la ley, la justicia y otras palabras que permanecerán vacías de significado mientras dure la sociedad capitalista”. La iniquidad del asunto debería usarse como un arma para vencer a la burguesía, no como una causa para “movilizar e inmovilizar al proletariado detrás de una facción del mundo burgués”. El caso Dreyfus no fue más que una lucha de poder entre dos facciones burguesas: por un lado los clericales y por el otro los capitalistas judíos y sus amigos. Los socialistas no podían apoyar a un lado contra el otro sin violar la lucha de clases. “Entre De Mun y Reinach”, proclamó Guesde, “mantén tu completa libertad”.

Pero como había dicho De Mun, entre ambos bandos no había lugar para la libertad. “¡Difícilmente puedes imaginar lo atormentado que estoy!” - dijo Jaurès a Péguy. “¡Nuestros enemigos no son más que nuestros amigos! Me devoran porque todos tienen miedo de no ser elegidos. Me tiran de la parte de atrás del abrigo para impedirme subir a la tribuna. Jaurès se negó a guardar silencio y, de hecho, perdió su

escaño en las elecciones de mayo de 1898, aunque más a causa de la oposición industrial en su distrito que a causa del asunto. En cambio, recurrió a La Petite République en busca de plataforma, como Clemenceau había hecho con l'Aurore, y escribió una columna política diaria. Cuando empezó Les Preuves, el odio de clases estaba tan arraigado en la tradición socialista que para unir a la izquierda en la lucha por la justicia era necesario desclasar a Dreyfus. "Ya no es un oficial ni un burgués", escribió Jaurès. “En su miseria, ha sido despojado de todo carácter de clase… Él es simplemente un testigo vivo de los crímenes de la Autoridad… Él es nada menos que la humanidad misma”. Desmenuzó las pruebas, retomó cada uno de los argumentos y documentos de Cavaignac, separó rumor y chantaje, localizó las falsificaciones. El impacto de su lógica y su enérgica seriedad revivieron a los dreyfusistas. Cavaignac estaba furioso. En una cena del Gabinete propuso arrestar a todos los principales revisionistas bajo el cargo de conspiración contra el Estado y nombró a Mathieu Dreyfus, Bernard Lazare, Ranc, Reinach, Scheurer-Kestner, Picquart, Clemenceau; Zola y otros. Cuando uno de sus colegas preguntó sarcásticamente por qué no los abogados también, Cavaignac respondió: "Por supuesto", y añadió el abogado de Labori y Dreyfus, Demange.

Sin embargo, Les Preuves lo había sacudido. Para responder a algunas de las acusaciones de Jaurès, ordenó otro examen de los documentos, esta vez por parte de un agente que no había participado anteriormente en el caso. Trabajando de noche a la luz de una lámpara, este oficial notó que el papel de escribir de la crucial carta de Panizzardi estaba engomado con dos mitades de la misma marca de papel rayadas en líneas de colores ligeramente diferentes. Coronel*Henry había utilizado las partes en blanco de dos cartas reales de Panizzardi para construir su documento. La carta crucial era una falsificación. Alertado por este hallazgo, el oficial investigador buscó más allá, fue conducido a oscuros laberintos de discrepancias e informó obedientemente de sus descubrimientos, dejando la ruina en el regazo del Ministro de Guerra.

Cavaignac, vencedor del asunto, vio todo el caso que había presentado ante la Cámara y el país hecho añicos como un cristal. Su quid fue un fraude; la declaración por la que había ganado el reconocimiento nacional era un fraude. Para un hombre de sus principios, silenciar el descubrimiento era imposible; tuvo que afrontar la tragedia de estar equivocado. No pertenecer al ejército lo hizo más fácil. Ordenó el arresto del coronel Henry, que fue llevado a Cherche Midi, donde había estado alojado Dreyfus. Esa noche del 31 de agosto de 1898, el coronel Henry se suicidó con la navaja que le

habían dejado.

Los oficiales del ejército, cuando escucharon la noticia, quedaron horrorizados; algunos lloraron. Fue una mancha en el honor del ejército “peor que Sedan”, dijo uno. Léon Blum, de vacaciones en Zúrich, abrió la puerta de su habitación de hotel a las diez de la noche al portero que le trajo la noticia. “No creo que en toda mi vida haya sentido una emoción igual... La inmensa e infinita alegría que me invadió tuvo su origen en el triunfo de la razón. De hecho, la verdad había ganado”. Esta vez, por fin y con seguridad, les pareció a los dreyfusistas que habían cumplido su tarea. En cierto sentido, así fue, porque ahora se había revelado la verdad. Imponerlo era otra cuestión.

Cavaignac dimitió y dos semanas después su sucesor, el sexto ministro de Guerra desde el arresto de Dreyfus, también dimitió. El Gobierno, cediendo a lo que ahora era inevitable, remitió el caso a la Cour de Cassation (literalmente, “Tribunal de Incumplimiento”), cuya tarea era decidir si un veredicto determinado debía confirmarse o revocarse. La acción, tomada como desconfianza hacia los generales, provocó la dimisión de otro ministro de Guerra. A la espera de la decisión del Tribunal sobre si aceptar o no el caso, París hervía de emoción. Si el Tribunal acepta el caso, el expediente secreto deberá pasar a revisión civil, algo que el Ejército se comprometió a impedir. En Inglaterra, el sobrio Spectator pensó que la lógica de la situación debía conducir a un golpe de Estado del ejército. En París, los realistas y los hombres salvajes de las ligas derechistas, con la esperanza de provocar exactamente eso, difundieron rumores de un complot, convocaron reuniones y enviaron sus bandas contratadas a gritar en las calles. Era la hora ansiada por Déroulède.

Agitador incontenible, poeta y diputado, de piernas largas y nariz larga como Don Quijote, Déroulède vio molinos de viento que cargar en todos los aspectos de la República. Veterano de 1870, había fundado su Liga de Patriotas en 1882 para mantener vivo el espíritu de revancha. Llevaba la leyenda “1870–18——” con la segunda fecha significativamente en blanco y un lema de noble falta de significado, France Quand Même. Déroulède escribía versos patrióticos, detestaba a los realistas tanto como a la República y tenía "la visión política de un niño". Para fomentar una crisis, ahora unió fuerzas con Jules Guérin, jefe activo de la Liga Antisemita, que recibía un subsidio del duque de Orleans, que esperaba aprovechar la crisis. La tensión aumentó cuando una huelga de 20.000 trabajadores de la construcción en el lugar de la Exposición de 1900 hizo que el gobierno enviara tropas para ocupar las estaciones de ferrocarril y patrullar los

bulevares. Se corrió la voz de un golpe de estado planeado para la reapertura de la Cámara el 25 de octubre. Déroulède y Guérin convocaron una gran reunión de protesta frente al Palacio Borbón para demostrar “confianza en el ejército y aborrecimiento de los traidores”.

Los socialistas, o una parte de ellos, descubrieron de repente que valía la pena salvar la República. Por más dedicados que estuvieran a derrocar el sistema existente, no querían que lo derrocara la derecha. Además, estaban descubriendo por sus comités locales que su neutralidad en el asunto los estaba comprometiendo ante algunos de sus electores. “Como parece que nos oponemos a todas las formas de republicanismo burgués”, escribió un militante del partido desde las provincias, “muchas personas nos toman por aliados de los reaccionarios monárquicos”.

Los líderes socialistas, enviando avisos por pneumatique, convocaron una reunión de emergencia de sus diversos grupos para organizar un frente único frente al peligro, y la urgencia del momento parecía tal que lograron formar un Comité conjunto, aunque temporal, de Vigilancia. Siguiendo el debido procedimiento revolucionario, decidió celebrar reuniones todas las noches y convocar al pueblo a manifestaciones masivas. Se avecinaban enfrentamientos con las ligas de derecha, disturbios e incluso una guerra civil. Con terrible ansiedad, la Liga Dreyfusard por los Derechos del Hombre llamó a todos los republicanos a desdeñar los altercados en las calles, pero Jaurès vio una oportunidad socialista: “París tiembla de determinación... el proletariado se está organizando”. Sin embargo, advertido por Guesde de que provocar un estallido sería seguir el juego de los generales, que se creía que estaban esperando una revuelta para tomar el poder, el Comité de Vigilancia lo pensó mejor. Los socialistas no provocarían nada, anunció. "Los grupos revolucionarios están dispuestos a actuar o abstenerse, según las circunstancias".

Tan seguros estaban los realistas de “la época” que André Buffet, jefe de gabinete del Duque de Orleans, telegrafió al Pretendiente que su presencia en la cercana Bruselas el 24 de octubre era “indispensable”. El duque, que estaba cazando en Bohemia, respondió: “¿Debo venir ahora mismo o puedo esperar aquí? Negocio urgente." Inflexible, Buffet respondió: “Es necesario acercarse a la frontera”, pero el Duque, mejor asesorado, se mantuvo alejado.

Llegó el día, la multitud rodeó la Cámara, llenó la plaza de la Concordia y las calles cercanas, se gritaron consignas y ondearon banderas rojas. “Parecía la víspera de una nueva Comuna o de un

golpe de estado de un dictador". El ambiente era amenazador: tropas y policías estaban por todas partes. Sin embargo, el día pasó y la República seguía en pie, porque la derecha carecía de la sustancia química necesaria para un golpe: un líder. Tenía sus pequeños, aunque ruidosos, fanáticos; pero para derribar al gobierno establecido en un país democrático se requiere ayuda extranjera o el material de un dictador. Como había dicho duramente Clemenceau cuando Boulanger se pegó un tiro en la tumba de su amante, dentro del "Hombre a caballo" sólo se encontraba "el alma de un segundo teniente".

Los acontecimientos se precipitaron. El 29 de octubre, la Cour de Cassation anunció que aceptaría el caso y comenzaría su investigación, ¡VICTOIRE! proclamó l'Aurore en el mismo tipo que J'ACCUSE! Los revisionistas aclamaron la decisión como un restablecimiento del poder civil sobre el militar. Entonces el Juzgado exigió el Expediente Secreto. El Ministro de Guerra se negó y dimitió. El Gobierno cayó. Durante los siguientes siete meses, la Corte se convirtió en el centro de la batalla. A partir de ese momento, la derecha se puso a la defensiva y el asunto entró en su período de mayor frenesí. La Corte fue vituperada por la prensa nacionalista como el "santuario de la traición", una "rama de la sinagoga", la "guarida de Judas", una "combinación de bolsa y burdel". Los jueces eran "asalariados de Alemania", "valets de la sinagoga" y "pícaros de armiño". Se ejercieron presiones de todo tipo, ambas partes fueron acusadas de corromper a los jueces y los nacionalistas lograron sacar el caso de la Sala Penal, que se consideraba demasiado favorable, al Tribunal único de tres salas, que se consideraba más susceptible a presión.

Al mismo tiempo, una tempestad dreyfusardiana azotaba a Picquart. Para impedirle declarar ante la Corte de Casación, el ejército lo había trasladado a Cherche Midi antes de ser sometido a un consejo de guerra. La Liga por los Derechos del Hombre organizó reuniones públicas de protesta todas las noches, tanto en las ciudades de provincia como en París. El nombre y el prestigio de Jaurès atrajeron a 30.000 personas a una reunión en Marsella. Él, el científico Duclaux, Anatole France, Octave Mirbeau y Sebastian Faure fueron los oradores favoritos. Trabajadores y burgueses, estudiantes y profesores, mujeres trabajadoras y mujeres de sociedad llenaron los pasillos y desbordaron las aceras, aplaudieron a los famosos oradores y marcharon juntas gritando "¡Vive Picquart!" bajo los muros de la prisión de Cherche Midi. Las firmas para una protesta en Picquart llegaron esta vez no por cientos sino por miles, incluidos treinta y cuatro miembros del Instituto de Francia, una medida, como dijo Reinach, de la distancia recorrida por la verdad en la marcha. Entre los nuevos nombres estaban Sarah Bernhardt y Hervé de Kerohant, editor de Soleil,

anteriormente contrario a Revision, quienes firmaron la protesta como “Patriota, Realista, Cristiana”. El historiador y académico Ernest Lavisse se sintió lo suficientemente fuerte como para actuar y, como gesto de protesta personal, renunció a su cátedra en St-Cyr.

Incluso los anarquistas, hasta entonces resueltamente desdeñosos e indiferentes, se unieron a la causa. Anteriormente habían denunciado el “desfile” de Dreyfus, según palabras de su periódico, Le Père Peinard, como un “grupo de tipos sucios” encabezados por Clemenceau y por “el viejo explotador Scheurer-Kestner, el sapo Yves Guyot [editor de Le Siècle], el horrible Reinach, tres malhechores que ayudaron a inventar las lois scélérates”. Ahora, sin embargo, cuando sus enemigos burgueses gritaron los sufrimientos de los dos prisioneros mártires de la Isla del Diablo y Cherche Midi, los anarquistas hicieron lo mismo con sus propios mártires enviados a trabajos forzados en la Guayana Francesa. Con un nuevo interés en estos casos, la Liga por los Derechos del Hombre logró obtener el indulto para cinco de ellos.

Algunos en la derecha ya no podían apartar la cabeza de la verdad. La señora de Greffulhe, diosa del gratinado, convencida secretamente de la inocencia de Dreyfus, escribió al káiser pidiéndole visitarlo para determinar si los alemanes realmente habían empleado a Dreyfus como espía. La única respuesta que recibió fue una gran canasta de orquídeas. Proust narra el cambio de su personaje, el Príncipe de Guermantes, quien le confiesa a Swann que después del suicidio del coronel Henry ha comenzado a leer Le Siècle y l'Aurore en secreto todos los días. Él y su esposa, sin que se conocieran, pidieron al abate que dijera una misa por Dreyfus y su familia, y descubrieron, con sorpresa mutua, que el abate también lo cree inocente. Al encontrarse con la doncella en la escalera que lleva el desayuno a la princesa y esconde algo debajo de la servilleta, el príncipe descubre que es l'Aurore.

Por debajo de la obstinación atrapada de los generales, algunos en el ejército estaban profundamente preocupados. “Solo entre nosotros, sin extraños presentes”, le dijo un oficial a Galliffet mientras viajaba en un tren, “no somos tan antirevisionistas como la gente piensa. Por el contrario, a nosotros también nos gustaría ver la luz y que los culpables sean castigados para que, si se han cometido errores, el ejército no asuma la responsabilidad”. Consideró que si Picquart fuera juzgado y condenado, la opinión pública se volvería contra el ejército.

La copa de amargura del ejército se llenó cuando, la misma semana en que la Corte de Casación inició su investigación, se dio la orden de retirar al coronel Marchand de Fashoda. Jaurès criticó la aventura

imperialista como un crimen del capitalismo que había puesto frívolamente en peligro la paz sin prepararse para las consecuencias de desafiar a Inglaterra. Como si sus ya fuertes percepciones intuitivas hubieran sido agudizadas por el asunto, escribió con un presentimiento: “La paz ha quedado al capricho del azar. Pero si estalla la guerra será enorme y terrible. Por primera vez será universal y absorberá a todos los continentes. El capitalismo ha ampliado el campo de batalla y el planeta entero se tiñerá de rojo con la sangre de innumerables hombres. No se puede hacer una acusación más terrible contra este sistema social”. En su época todavía era posible suponer que la culpa residía en el sistema, no en la humanidad.

El asunto continuó en su frenesí. Cuando Reinach escribió una serie de artículos en Le Siècle acusando al coronel Henry de haber tenido un “interés personal” en arruinar a Dreyfus, Drumont convenció a la señora Henry para que lo demandara por difamación y abrió una suscripción pública en su nombre que se convirtió en el punto de reunión de los nacionalistas de cada grado. Una pancarta que decía “Por la viuda y el huérfano del coronel Henry contra el judío Reinach” estaba extendida sobre las ventanas de las oficinas de La Libre Parole en el Boulevard Montmartre y se iluminaba por la noche. En un mes, quince mil personas habían aportado 130.000 francos. Sus nombres y comentarios proporcionaron una historia de la derecha, de ese momento o de cualquier otro. Quinientos francos, la suma máxima, fueron suscritos por la condesa Odon de Montesquiou, de soltera Bibesco, y treinta sueldos por un teniente "pobre de dinero pero rico en odio". Había todo tipo de odio, principalmente hacia los judíos, expresado en sugerencias de desollar, marcar, hervir en aceite, quemar con vitriolo, castrar y otras formas de castigo físico o repugnante. Había odio hacia los extranjeros y los intelectuales e incluso un “odio de 500 años hacia Inglaterra”, pero hubo muchos que dieron sus francos por amor o lástima por la viuda y el niño. Un abate contribuyó para “la defensa de la ley eterna contra el engaño judeocristiano”, un profesor de música para “Los franceses contra los extranjeros”, un funcionario “que quiere a Dios en las escuelas”, un donante anónimo “arruinado por un judío después de seis meses de matrimonio”, un trabajador como “la víctima de los capitalistas anarquistas Jaurès y Reinach”. Había innumerables “verdaderos patriotas” y un “francés enfermo de corazón”. Hubo Vive! para Drumont, Rochefort, Déroulède, Guérin, Esterhazy, el Duque de Orleans, l'Empereur, le Roi, los Héroes de Austerlitz y Juana de Arco. Reinach era el principal objetivo; Dreyfus apenas recibió ninguna mención. El general Mercier suscribió cien francos sin comentarios; el poeta Paul Valéry tres francos “no sin reflexión”.

De repente y de forma extraña, encima de toda la emoción, murió el presidente de Francia, Félix Faure. El público sintió algo inexplicable y, de hecho, la verdad era demasiado embarazosa para contarla. Orgulloso de su destreza amatoria, el presidente Faure murió mientras la realizaba en una sala de la planta baja del Elíseo. Un aura de algo silenciado se añadió a la atmósfera ya cargada de agresión y sospecha.

En la elección de un nuevo presidente, celebrada en medio de una batalla histérica por la competencia de la Corte, Emile Loubet, presidente del Senado, un republicano firme y sencillo y producto de ascendencia campesina, se ganó al conservador Méline. Como primer ministro en el momento del escándalo de Panamá, los nacionalistas despreciaban a Loubet. Calificaron su elección como un “insulto a Francia”, un “desafío al ejército”, una “victoria de la traición judía”. Las turbas contratadas y enviadas para festejar su avance desde la estación St-Lazare hasta el Elíseo levantaron tal clamor que ni siquiera se pudo oír a la banda que tocaba la “Marsellesa”. "La República no se hundirá en mis manos", dijo tranquilamente Loubet. "Ellos lo saben y les enloquece".

La derecha, en un estado de excitación ingobernable, estaba dispuesta a hacerla naufragar. “En una semana habremos expulsado a Loubet de la Presidencia”, alardeó Jules Lemaître. El funeral de Estado de Faure fue considerado como ocasión para un golpe de Estado. Hay que persuadir al ejército para que salve al país. Los “Ligadores” pensaron que podían lograrlo con un grito, un gesto, una ocasión, y no se preocuparon de una organización seria. Su plan era interceptar la escolta militar del cortejo cuando regresaba del cementerio a su cuartel en la plaza de la Nación, y conducirla a tomar el Elíseo. Déroulède, acompañado de Guérin, salió a la calle con un grupo de doscientos patriotas, agarró las riendas del general Roget, comandante de la escolta, y gritó: “¡Al Elíseo, general! ¡Síganos, General, síganos! ¡A la plaza de la Bastilla! ¡Al Hotel de Ville! ¡Al Elíseo! Nos esperan amigos. ¡Le ruego, general, que salve a Francia, establezca una República del pueblo, expulse a los parlamentarios! El general mantuvo la cabeza y siguió moviéndose, la multitud, ignorante pero dispuesta, gritaba: “¡Salven a Francia! Vive l'Armée!”, las tropas arrastrando consigo a Déroulède y sus seguidores, marcharon hacia el cuartel y entraron. Déroulède, que se abrió el abrigo para dejar ver el pañuelo de su diputado, emblema de la inmunidad parlamentaria, fue sin embargo conducido a la comisaría para ser acusado de insurrección y dar en el proceso un motivo más de pasiones combativas. El fiasco no hizo nada para amedrentar las expectativas de la derecha. El mes siguiente, la Liga Antisemita recibió 56.000 francos del duque de Orleans y 100.000 de Boni de Castellane.

Apenas se había quedado sin aliento cuando la Corte de Casación anunció el veredicto que toda Francia estaba esperando. Cuarenta y seis jueces vestidos de escarlata y armiño se declararon a favor de la revisión. Se envió un crucero para traer a Dreyfus de regreso de la Isla del Diablo para un nuevo juicio. Zola regresó de Inglaterra con un artículo que L'Aurore tituló en el ya conocido tipo: ¡JUSTICIA! Vio todas las líneas partidistas y facciones ahora disipadas en una gran división que separaba a Francia en dos campos: las fuerzas de la reacción y el pasado contra las fuerzas de la justicia y el futuro. Éste era el orden lógico de batalla para completar la tarea de 1789. Con el optimismo insaciable de su época, los dreyfusistas aclamaron la decisión de la Corte como el heraldo de la justicia social para el siglo que estaba a punto de nacer. Una gran carga de vergüenza pareció aliviada y reemplazada por el orgullo en Francia. "¿Qué otro país", escribió un corresponsal de Le Temps en La Haya, donde se reunió la Conferencia de Paz, "ha tenido el privilegio de hacer que el corazón del mundo lata más rápido como lo hemos hecho durante los últimos tres años?" La revisión significó no sólo el triunfo de la justicia sino también de “la libertad de la humanidad”. Otros, además de los franceses, sintieron esta universalidad. William James, mientras viajaba por Europa, escribió al ver la luz del día irrumpir en el asunto: “Puede ser una de esas crisis morales que se convierten en puntos de partida y hitos y dejan atrás tradiciones, gritos de guerra y caras nuevas”.

Los nacionalistas cayeron en paroxismos de ira. Caran d'Ache dibujó una caricatura que mostraba a Dreyfus con una sonrisa y a Reinach con un látigo ordenando: "Ven aquí, Marianne". En la página opuesta, dibujó a Zola emergiendo de la taza del inodoro sosteniendo un Dreyfus de juguete, con la leyenda "La verdad brota de su pozo".

La furia por la decisión del Tribunal se descargó al día siguiente sobre la cabeza del Presidente Loubet, cuando asistió a las carreras de Auteuil. Era el domingo de le Grand Steeple, el evento más de moda de la temporada. Cuando el carruaje del presidente se acercaba a la tribuna, grupos de caballeros bien vestidos, que llevaban en los ojales el clavel blanco de los realistas y el aciano azul de los antisemitas, y blandiendo sus bastones, gritaban con ritmo estridente: “Dé-mis -sion! [dimitir] ¡Pa-na-ma! ¡Dimisión! ¡Panamá!" Entre aullidos y amenazas, Loubet tomó asiento. De repente, un hombre alto, con bigote rubio, que llevaba un clavel blanco y una corbata blanca, más tarde identificado como el barón Fernand de Christiani, se separó del grupo, subió corriendo los escalones de dos en dos y golpeó al presidente en la cabeza con un fuerte golpe. caña. Las señoras gritaron. Siguió un repentino silencio de estupor general, luego un alboroto cuando los

compañeros del agresor se apresuraron a rescatarlo de los guardias. Mientras algunos eran arrestados, otros se acercaban a la policía en grupos que gritaban y golpeaban con sus bastones. La escena era "un charivari infernal". El general Zurlinden, gobernador de París, llamó por teléfono para pedir refuerzos de tres destacamentos de caballería. Loubet, aunque conmocionado, se disculpó por el disturbio ante la condesa Tornielli, la embajadora italiana, sentada a su lado. "Era un lugar de honor", respondió.

Con el sombrero de copa de Loubet, la propia República había sido atacada y el público estaba sorprendido e indignado. Llovieron telegramas de comités y consejos municipales de toda Francia expresando una lealtad más profunda de lo que podría haberse supuesto por la experiencia de los últimos años. Loubet anunció que, como invitado, tenía intención de aparecer en las carreras del próximo domingo en Longchamps. Advertidos, las ligas y los periódicos de ambos bandos convocaron manifestaciones y reunieron sus batallones. El Gobierno tomó precauciones extraordinarias. Treinta escuadrones de caballería y una brigada de infantería en traje de batalla estaban alineados a lo largo de la ruta del Elíseo a Longchamps, mientras que en el propio hipódromo se apostaban dragones de la Guardia Republicana armados con rifles cada diez metros alrededor del recorrido y en cada lugar de apuestas. ventana. La policía montada custodiaba el césped. Más de 100.000 personas asistieron a lo largo de la ruta y en el hipódromo, muchas de ellas luciendo la rosa roja en el ojal de la izquierda. Una vez más, la amenaza de la derecha sacó a la luz a los trabajadores, quizás menos para defender el Estado burgués que para desafiar a los representantes de la clase dominante. La presencia de más de seis mil guardianes de la ley evitó un estallido importante, pero a lo largo del día los manifestantes se enfrentaron, estallaron disturbios y tumultos privados, resonaron gritos y contragritos, cientos fueron arrestados, periodistas y policías, así como manifestantes, resultaron heridos. Por la tarde, cuando la multitud regresaba a París, la turbulencia se extendía por los cafés; "¡Viva la República!" conoció "Vive l'Armée!" Se arrojaron botellas y vasos, garrafas y bandejas, las mesas y sillas se convirtieron en armas, la policía cargó; La ira, las cabezas rotas y las animosidades nacionales aumentaron. Incluso fuera de París, en una pensión de Brest donde se hospedaban oficiales y profesores, "estos jóvenes igualmente animados por el amor a Francia" ya no podían hablar ni entenderse sin llegar al punto de un duelo. Ya era hora, instó Le Temps, de una "tregua de Dios".

Pero no se pudo conseguir. Cuando el gobierno volvió a caer la semana siguiente a Longchamp, los temores y las dificultades que

había que afrontar en el cargo eran ahora tan grandes que durante ocho días nadie pudo formar gobierno. En el vacío, el hombre que se presentó con la intención de “liquidar” el asunto pudo imponer condiciones que de otro modo habrían sido inaceptables. Se trataba de René Waldeck-Rousseau, de cincuenta y tres años, el principal abogado de París y un refinado orador, conocido como el "Pericles de la República". Católico bretón, rico y de buena cuna, tenía modales impresionantes y aspecto británico, con el pelo y el bigote muy cortos, gusto por la caza y la pesca, talento para las acuarelas y ropa impecable. Rochefort lo llamó Waldeck le pommadé porque estaba muy bien arreglado. Admirado por los radicales y aprobado por el Centro, representó el justo medio.

Con el nuevo juicio de Dreyfus por delante, el asunto se acercaba al clímax. Para conservar el cargo bajo los terribles golpes que podía esperar, Waldeck eligió deliberadamente formar un gobierno que, al ser igualmente desagradable para ambas partes, anularía los golpes de cualquiera de ellas. Seleccionó a un socialista, Millerand, como Ministro de Comercio y a un héroe militar, el Marqués de Galliffet, “carnicero” de la Comuna, como Ministro de Guerra. El tumulto en la prensa y el parlamento que acogió este notable expediente fue inigualable. “Pura locura… locura absoluta… monstruosa… ¡infame!” vino de ambos lados. El nombramiento de Millerand no sólo enfureció a la derecha; su aceptación creó un escándalo y un cisma en su propio partido y en la Internacional Socialista de mayores proporciones y significado histórico. La aceptación de un cargo en un gobierno capitalista fue una traición comparable a la de Judas. Profundamente entristecido, Jaurès le rogó a Millerand que rechazara la oferta, pero Waldeck había seleccionado conscientemente a un hombre para quien el atractivo del cargo era fuerte. Los socialistas ahora tenían que afrontar la elección de apoyar o no al Gobierno de Waldeck cuando llegó a la Cámara para un voto de confianza. Si el Gobierno perdía, la perspectiva era el caos. Jaurès se dejó convencer por el argumento de Lucien Herr: “¡Qué triunfo para el socialismo que la República no pueda salvarse sin recurrir al partido del proletariado!” La facción de Guesde, sin embargo, se aferró a la lucha de clases. Los socialistas, afirmó Guesde, “entran en el Parlamento como si estuviéramos en un Estado enemigo sólo para luchar contra la clase enemiga”. Jaurès advirtió que si el socialismo persistía en esta actitud se hundiría hasta el nivel de “anarquismo estéril e intransigente”, pero no prevaleció. La Unión Socialista se rompió; veinticinco de los parlamentarios aceptaron apoyar al Gobierno; diecisiete se negaron. Guesde cautivó a su grupo con la excitante sugerencia de que saludaran la aparición del nuevo Gobierno en la Cámara con gritos de "¡Vive la Comuna!". pero, para no encontrarse aliados con la derecha, se abstuvieron en la

votación.

Al día siguiente, durante diez minutos gritaron “¡Vive la Commune! ¡A bas les fusilleurs! ¡Un bas l'assassin! a los nuevos ministros. El objeto de todo esto, el general marqués de Galliffet, príncipe de Martigues, de casi setenta años, de rostro bronceado y ojos brillantes, miraba burlonamente la escena, medio satisfecho, medio disgustado. Había luchado en Crimea, Italia, México, Argelia y en Sedan, donde había conducido a su regimiento a la última carga de caballería con la respuesta a su oficial al mando: “Tantas veces como quiera, señor, mientras uno de nosotros es izquierda." Impresionado por el patriotismo y el espíritu de lucha del gran Gambetta, Galliffet se convirtió y siguió siendo un republicano leal y despreciaba abiertamente a Boulanger. Los ojos de su rostro muy coloreado estaban hundidos a ambos lados de una nariz como el pico de un ave de rapiña, pero su figura era vigorosa y joven y todavía mostraba "el mismo aire que había hecho su fortuna, como el de un jefe bandido". que no temía a nada o a un gran señor al que no le importaba nada”. A pesar de tener el estómago plateado y cojear por viejas heridas, jugaba al tenis en los jardines de las Tullerías y sus amores, contados con chispa y obscenidad, eran el deleite del Bixio. Contó que la señora de Castiglione le mostró su retrato desnudo de Baudry, y cuando él le preguntó si realmente era tan hermosa, se desnudó y posó en el sofá. “El panorama era mejor”, concluyó Galliffet. Lo llamaban el sabreur de la parole porque contaba historias “como si cargara al frente de su escuadrón”. Dedicado a la eficacia combativa del ejército y a Picquart, que había servido bajo su mando, se había convertido en revisionista. Por este pecado fue degollado en el Jockey y, después de convertirse en ministro, dimitió del Círculo de la Unión, menos por sus propias opiniones que por los miembros "imbéciles" que se hicieron arrestar en Auteuil; como él dijo: “No es posible pertenecer a un club si hay que arrestar a los miembros; no es sociable”. Cáustico y excéntrico, orgulloso de no tener nada con qué vivir salvo su pensión después de haber sido rico, poseía “coraje, descaro, inteligencia, desprecio por la muerte y sed de vida”.

Necesitaba todo esto para convertirse en Ministro de Guerra en el momento álgido del asunto. Ante las burlas de los extremistas de Guesde en la Cámara, de repente se levantó y gritó: “¡L'assassin, présent!” El estrépito se hizo general. Nacionalistas, radicales y centro gritaban insultos y agitaban los puños. Millerand, un abogado como Waldeck, con el pelo gris en brosse, un lorgnon, un pulcro bigote negro y modales precisos y agresivos, estaba decayendo. Le temblaba el bigote y parecía “un gato enorme atrapado bajo un aguacero”. Se observó a Galliffet anotando nombres y explicó más tarde: "Pensé que

sería mejor invitar a esos tipos a cenar". Waldeck, intentando hablar, permaneció en la tribuna durante una hora sin ser oído durante más de diez minutos. Luchó desesperadamente y logró establecer el gobierno por una mayoría de veintiséis personas.

Galliffet se unió “sin ilusiones”, le escribió a la princesa Radziwill, debido a su promesa de pacificar Francia, “si eso todavía es posible. Los periódicos de derecha me ruegan que haga otro Boulanger y los de izquierda quieren que corte las cabezas a todos los generales que les desagradan. El público es un idiota. Si toco a un general culpable me acusan de masacrar al Ejército; si me abstengo me acusan de traición. ¡Qué dilema! Ten piedad de mi." En realidad, aunque Loubet le parecía “demasiado burgués”, estaba contento de ser ministro y se mostró muy “alegre y divertido” en la siguiente reunión del Bixio. Contó una animada historia de una señora bastante grande pero encantadora de cuarenta y cinco años que lo visitó en su oficina para proponerle un pequeño negocio que implicaba la compra de 20.000 caballos para el ejército. Habría un millón para él. “Un millón”, le dijo. “Eso no es mucho considerando los veinticinco millones que obtuve del Sindicato, como todo el mundo sabe. Ve a ver a Waldeck. Está celoso de mí porque sólo recibió diecisiete millones”.

Seis semanas más tarde, el 8 de agosto de 1899, estaba previsto que se iniciara el nuevo juicio de Dreyfus ante un nuevo consejo de guerra en la ciudad guarnición de Rennes, un rincón católico y aristocrático de la Bretaña tradicionalmente contrarrevolucionaria. Francia tembló de expectación; A medida que pasaban las semanas acercándose al momento, la tensión crecía. Los ojos del mundo estaban puestos en Rennes. Todos los periódicos extranjeros importantes enviaron a sus corresponsales estrella. Lord Russell de Killowen, presidente del Tribunal Supremo de Inglaterra, acudió como observador. Todos los protagonistas del asunto, centenares de periodistas franceses e importantes personalidades políticas, sociales y literarias llenaron la ciudad. El Archivo Secreto fue traído desde París en una caja de hierro sobre un cajón de artillería. Nadie en

ninguna parte habló de otra cosa que del veredicto venidero. La absolución significaría por fin para los Dreyfusards una reivindicación; para los nacionalistas sería letal; Un golpe inimaginable que no se puede permitir. Como por orden volvieron al tema del primer chantaje: Dreyfus o el ejército. “Hay que tomar una decisión”, escribió Barrès en el Journal; Rennes, decía, era el Rubicón. "Si Dreyfus es inocente, entonces siete ministros de la Guerra son culpables y el último más que el primero", repitió Meyer en Le Gaulois. El general Mercier, al partir hacia Rennes para comparecer como testigo, emitió su orden del día: “Dreyfus será condenado una vez más. Porque en este asunto alguien es ciertamente culpable y el culpable somos él o yo. Como ciertamente no soy yo, soy Dreyfus... Dreyfus es un traidor y lo demostraré”.

A las seis de la mañana del 8 de agosto, el Tribunal se reunió con una audiencia de seiscientas personas en el salón del liceo, la única sala en Rennes lo suficientemente grande para acogerlas. En la primera fila, junto al ex presidente Casimir-Périer, estaba sentado Mercier, con su rostro arrugado de amarillo tan inexpresivo como siempre, y cerca, la viuda del coronel Henry con su largo velo negro de luto. Dignatarios, oficiales uniformados, damas con vestidos ligeros de verano y más de cuatrocientos periodistas llenaron las filas de atrás. El coronel Jouaust, presidente de los siete jueces militares, gritó con voz ronca por la presión del momento: "Traigan al acusado".

Al instante todas las voces se callaron, todas las bocas se cerraron, la gente pareció contener la respiración y con un solo movimiento todas las cabezas del público se volvieron hacia una pequeña puerta en la pared de la derecha. Cada mirada se fijaba en él con una especie de temor reverente, como si tuviera miedo de contemplar un fantasma. Porque el acusado era un fantasma, al que nadie en la sala había visto durante casi cinco años, a quien nadie allí, aparte de su familia, sus abogados y los acusadores originales, había visto jamás. Durante cinco años había estado presente en todas sus mentes, no como un hombre sino como una idea; ahora él iba a cruzar la puerta y

mirarían a Lázaro. Pasó un minuto, luego otro, mientras la gente que esperaba estaba sumida en el silencio, un silencio agonizante, “un silencio como nunca antes podría haberse apoderado de una multitud”.

Se abrió la puerta y se vieron dos guardias; entre ellos se adelantó una figura delgada, desgastada y disecada, un extraño jirón de humanidad, que no parecía ni joven ni viejo, con el rostro encogido y la piel seca, y un cuerpo que parecía casi vaciado pero que se mantenía erguido como para no vacilar. en los últimos metros entre la puerta y el estrado de los testigos. Sólo los quevedos que aparecen en las fotografías no sufrieron ningún daño. Un movimiento de “horror y lástima” recorrió a los espectadores, y la mirada que le dirigió Picquart, cuya vida había cambiado irremediablemente, fue tan intensa que las personas que estaban en el medio pudieron sentirla. Otros presentes cuyas carreras había cambiado o roto (Clemenceau, Cavaignac) lo vieron por primera vez.

Durante cuatro años y medio, Dreyfus apenas había hablado ni oído una sola palabra. Las enfermedades, la fiebre, el sol tropical, los períodos de cadenas y brutalidad en los que sus carceleros reflejaban el frenesí de Francia, lo habían debilitado. Apenas podía hablar y poco a poco entendía lo que le decían. Al subir los tres escalones que conducían a la tribuna, se tambaleó un momento, se enderezó, saludó con rostro impenetrable, levantó la mano enguantada para prestar juramento, se quitó el sombrero y dejó al descubierto sus cabellos prematuramente blancos. Siguió siendo una estatua. No sabía nada del asunto, de la batalla de la prensa, de los duelos y peticiones, de los disturbios, de las turbas callejeras, de las ligas, de los juicios, de las demandas por difamación, de las apelaciones, de los golpes de Estado; nada de Scheurer-Kestner, Reinach, el arresto de Picquart, el proceso de Zola, el consejo de guerra de Esterhazy, el suicidio del coronel Henry, el ataque a la persona del presidente de Francia. Durante el juicio, la impresión que causó en muchos fue desfavorable. Rígidamente decidido a no permitir que se mostrara nada que pudiera inspirar lástima, se enfrentó a muchos que acudieron dispuestos a sentir lástima. GA Henty, que vino como la mayoría de los ingleses, creyendo que le habían tendido una trampa, se fue expresando dudas. "El hombre parecía y hablaba como un espía... y si no es un espía, que me condenen si no debería serlo". Henty habló en nombre de los últimos románticos que esperaban que conceptos abstractos como Justicia fueran inequívocos y que las personas que se comportaban de manera extraña fueran espías.

Al final, no fue la impresión que causó Dreyfus la que determinó el

resultado, como tampoco fue él quien planteó el asunto: fue el dilema que Mercier había formulado hacía mucho tiempo y fue el general Mercier uno de los cientos de testigos que dominaron el juicio. Frío en su autoridad, altivo en su seguridad en sí mismo, asumió toda la responsabilidad por la orden original que ocultaba el expediente secreto a la defensa, lo que, según dijo, era una decisión “moral”. Cuando estuvo en el estrado de los testigos se negó a responder preguntas que no le gustaban; cuando no estaba en el estrado intervino sin que se lo pidieran. Cuando se examinaba el Expediente Secreto ordenó excluir al público y el Tribunal le obedeció. Cuando se le preguntó sobre la supresión de pruebas por parte del ejército, el cinismo de sus respuestas, Reinach confesó, "era casi admirable... como si el crimen pudiera ser la fuente de una especie de belleza". Mercier “ha tenido alucinaciones”, escribió Galliffet. "Él piensa que Francia está encarnada en su persona... pero de todos modos es un hombre honorable".

A medida que las semanas de interrogatorios y testimonios se prolongaban con la sucesión de testigos involucrados personal y apasionadamente, las disputas de los abogados, las disputas de periodistas y observadores, los acalorados sentimientos de la ciudad y el suspenso en cuanto al veredicto se volvieron casi insoportables. En París, los rumores de otro golpe de Estado planeado para el día en que Mercier iba a declarar hicieron que el Gobierno allanara las casas de un centenar de sospechosos y detuviera a sesenta y cinco en sus camas, entre ellos Déroulède pero desaparecido Guérin, que escapó, se atrincheró en una casa en la Rue Chabrol con un alijo de municiones y catorce compañeros, donde resistió un asedio policial algo deslucido durante seis semanas. “No me muevo de mi oficina de 7 am a 7 pm los siete días de la semana para estar preparado para cualquier cosa”, escribió Galliffet.

El 14 de agosto, el demasiado elocuente y agresivo Maître Labori, que “parecía Hércules y suplicaba como un boxeador”, fue baleado fuera del tribunal, pero no asesinado, por un joven pelirrojo que huyó gritando: “Acabo de ¡Mató a los Dreyfus! ¡Acabo de matar a los Dreyfus! El nombre nuevamente se había convertido en una abstracción. El ataque elevó la temperatura al nivel de la locura. Como el agresor se había escapado con el maletín de Labori y no había sido atrapado, a los dreyfusistas les pareció un complot deliberado y una prueba más de que los nacionalistas no se detendrían ante nada. Denunciaron a sus oponentes como “asesinos”, un “Estado Mayor de criminales” y juraron que “por cada uno de los nuestros mataremos a uno de los suyos: Mercier, Cavaignac, Boisdeffre, Barrès”. La princesa Radziwill le escribió a Galliffet: “¡Dios mío, qué

fin de siglo!”

El final del juicio llegó el 9 de septiembre y todo el mundo quedó boquiabierto ante el increíble veredicto. Por 5 votos a 2, Dreyfus fue condenado nuevamente con “circunstancias atenuantes” que permitían una sentencia de cinco años, ya cumplida, en lugar de una cadena perpetua obligatoria. Como obviamente no podía haber nada atenuante en la traición, el jinete era provocativo para ambas partes. Había sido ideado por la fiscalía, que comprendió que sería más fácil obtener un veredicto de culpabilidad si los jueces no tuvieran sobre sus conciencias la perspectiva de enviar a Dreyfus de regreso a la Isla del Diablo.

El efecto del veredicto fue como el de un terrible desastre. La gente quedó atónita. La reina Victoria telegrafió a Lord Russell: "La reina se ha enterado con estupefacción del espantoso veredicto y espera que el pobre mártir lo apele ante los jueces más altos". “Inicuos, cínicos, odiosos, bárbaros”, escribió el corresponsal del Times, desprovisto de estructura de frase. Como un Isaías enojado, Clemenceau preguntó: “¿Qué queda de la tradición histórica que una vez nos convirtió en campeones de la justicia para toda la tierra? Un grito resonará en todo el mundo: ¿Dónde está Francia? ¿Qué fue de Francia? De repente, la opinión mundial se convirtió en un problema, más grave debido a la inminente Exposición Internacional de 1900. En Evian, a orillas del lago Lemán, donde muchos de los gratinados pasaban sus vacaciones de verano, Proust encontró a la condesa de Noailles llorando y gritando: "¿Cómo pudieron hacerlo?". ? ¿Qué pensarán ahora los extranjeros de nosotros? En el campo nacionalista la misma idea fue motivo de alegría. "Desde 1870, es nuestra primera victoria sobre el extranjero", exultó Le Gaulois.

La fuerza de los sentimientos se hizo evidente en todas partes; al mundo entero le importaba. El entusiasmo en Odessa fue “simplemente extraordinario”; Hubo intensa indignación en Berlín, “disgusto y horror” en la lejana Melbourne, reuniones de protesta en Chicago y sugerencias de todas partes para boicotear la Exposición. En Liverpool, los ejemplares del Times se agotaron en cuestión de minutos y pronto se vendieron con un precio superior. Desde Noruega, el compositor Grieg escribió rechazando una invitación para dirigir su música en el Théâtre Chatelet debido a su “indignación por el desprecio de la justicia mostrado en su país”. Los ingleses, que en ese momento estaban soportando una ola de sentimiento antifrancés debido a Fashoda, fueron los más indignados. Hyde Park repleto de mítines de protesta, los periódicos denunciaron el “insulto a la civilización”, las empresas industriales y las sociedades culturales

instaron a boicotear la Exposición como medio de ejercer presión sobre el gobierno francés, se instó a los viajeros a cancelar las visitas propuestas, un hotelero en el Distrito de los Lagos desalojó a una pareja francesa en luna de miel y un escritor afirmó al editor que incluso la cuestión del Transvaal "palidece ante las cuestiones más amplias de la verdad y la justicia". El Times, sin embargo, recordó a los lectores que muchos franceses habían arriesgado "más que la vida misma" para evitar la derrota de la justicia y no se podía esperar que abandonaran la lucha para reparar el error cometido en Rennes.

De hecho, la lucha continuó, pero la opinión pública estaba agotada. El Asunto fue una de esas situaciones para las que no había una buena solución. Waldeck-Rousseau ofreció a Dreyfus un perdón que, a pesar de las feroces objeciones de Clemenceau, fue aceptado por motivos de humanidad (ya que Dreyfus no podía soportar más) y con la condición de que no pondría fin al esfuerzo por limpiar su nombre. Galliffet emitió al Ejército una Orden del Día: "El incidente está cerrado... Olviden el pasado para poder pensar sólo en el futuro". Waldeck presentó un proyecto de ley de amnistía que anulaba todas las acciones legales pendientes relacionadas con el caso y enfurecía a ambas partes: la derecha porque Déroulède fue excluido; los Dreyfusard porque Picquart, Reinach y otros que habían sufrido injusticias o habían sido demandados no pudieron exculparse. Waldeck se mostró inflexible. "La amnistía no juzga, no acusa, no absuelve; lo ignora". Sin embargo, el debate continuó furioso y duró un año antes de que el proyecto de ley se convirtiera en ley. Las animosidades no terminaron. Las posiciones adoptadas durante el asunto se endurecieron y cristalizaron. Lemaître, que había entrado más por sensación que por convicción, se convirtió en un realista rabioso; Anatole France se movió hacia la izquierda.

La batalla pasó de lo moral a lo político; De Dreyfus a la Revolución Dreyfusiana. Seguía siendo la misma batalla pero los términos cambiaron. La cuestión ya no era Justicia y Revisión sino el esfuerzo del gobierno de Waldeck y su sucesor, Combes, para frenar el clericalismo y republicanizar la educación y el ejército. La lucha se libró más ferozmente que nunca por la Ley de Asociaciones de Waldeck dirigida contra las Órdenes Religiosas y por el asunto del General André y las fichas cuando se reveló que el demasiado celoso Ministro de Guerra en 1904 estaba utilizando informes de oficiales masónicos sobre los hermanos católicos. oficiales para guiarlo en asuntos de ascenso. Los esfuerzos persistentes e incansables de Mathieu Dreyfus, Reinach y Jaurès lograron, a pesar de todos los obstáculos, lograr una revisión final y una "rotura" de la sentencia de Rennes por parte de la Corte de Casación. El 13 de julio de 1906, la

víspera del Día de la Bastilla, casi doce años después del arresto de Dreyfus y siete años después de Rennes, un proyecto de ley que devolvía a Dreyfus y Picquart al ejército fue aprobado en la Cámara por 442-32, con De Mun todavía entre los negativos. Dreyfus, condecorado con la Legión de Honor, fue ascendido a Mayor y Picquart a General, rangos que habrían alcanzado en el curso normal de los acontecimientos. En 1902, Drumont no logró la reelección a la Cámara; La Libre Parole decayó y en 1907 se puso a la venta sin que nadie la aceptara. Zola murió en 1902 y en su funeral Anatole France pronunció el justo y noble epitafio del hombre que “por un momento… fue la conciencia de la humanidad”. En 1908 las cenizas de Zola fueron trasladadas al Panteón. Durante la ceremonia, un hombre llamado Gregori disparó contra Dreyfus, hiriéndolo en el brazo, y posteriormente fue absuelto en el Tribunal de lo Penal. En 1906, Clemenceau se convirtió en primer ministro y nombró a Picquart ministro de Guerra. Picquart en el asiento de Mercier: "¡Eso es algo digno de ver!" dijo Galliffet. "Hay algunas cosas que pueden consolar a uno por no poder decidir morir".

Rennes fue el colofón. Después de Rennes no terminó ni la lucha por la Justicia ni la lucha de la derecha contra la República, pero sí el asunto. Mientras duró, Francia exhibió, como en la Revolución, al hombre político en su forma más combativa. Fue una época de excesos. Los hombres se sumergieron hasta el fondo de sus capacidades y creencias. No retuvieron nada. En vísperas del nuevo siglo, el asunto reveló cuántas energías y ferocidad estaban disponibles para recibirlo.

*El documento recuperado de la papelera del agregado militar alemán que era la prueba original de traición. Era una lista de la información proporcionada.

*El último pretendiente borbón, nieto de Carlos X, que se autodenominó Enrique V y murió en 1883.

*Lo habían ascendido.

5 El continuo redoble del tambor

LA HAYA : 1899 Y 1907

5 El continuo redoble del tambor

ESPERANZA, SOSPECHA —sobre todo, asombro— fueron las emociones predominantes en el mundo cuando supo, el 29 de agosto de 1898, que el joven zar de Rusia, Nicolás II, había hecho un llamado a las naciones para unirse a una conferencia para la limitación de armamento. Todas las capitales fueron sorprendidas por lo que Le Temps llamó "este relámpago del Norte". Que el llamado viniera de la potencia poderosa y en constante expansión a quien las otras naciones temían y que todavía era considerada, a pesar de sus doscientos años de barniz europeo, como semibárbara, era motivo de asombro aturdido y generosamente mezclado con desconfianza. La presión de la expansión rusa se había sentido desde Alaska hasta la India, desde Turquía hasta Polonia. "El zar con una rama de olivo", se decía en Viena, "es algo nuevo en la historia". Pero su invitación tocó una fibra sensible que ansiaba responder.

El temor al crecimiento de la industria armamentística era generalizado. Krupp, el coloso de Essen, era la empresa individual más grande de Europa. Skoda, Schneider-Creusot, Vickers-Maxim, los conglomerados dilatados de muchas fusiones, con nombres duros que irritaban los oídos, tenían intereses en todos los campos, vendían sus productos a clientes de todos los continentes y a ambos lados de cada conflicto, se beneficiaban de cada disputa. Cada año, uno u otro de ellos producía una nueva arma más eficaz en términos de letalidad que, cuando era adoptada por las fuerzas armadas de una potencia, requería inmediatamente un esfuerzo equivalente por parte de su rival. Cada año el costo aumentaba y las enormes pilas de armas crecían hasta que parecía que iban a estallar en una explosión final y letal.

El manifiesto del zar pedía detener este proceso. Dirigido a todos los

gobiernos representados en San Petersburgo, afirmaba que si bien el anhelo de paz había sido especialmente pronunciado en los últimos veinte años, "la fuerza intelectual y física de las naciones, tanto del trabajo como del capital, se ha consumido improductivamente en la construcción de terribles motores de destrucción". Hoy eran la última palabra de la ciencia, mañana estaban obsoletas y debían ser reemplazadas. El sistema de "armaments à l'outrance" está transformando la paz armada en una carga aplastante que pesa sobre todas las naciones y, si se prolonga, conducirá inevitablemente al cataclismo que se desea evitar. Detener esta competencia exorbitante ahora incumbía a todos.

La convocatoria de tal fuente superó los sueños más locos de los amigos de la paz. "Sonará como una hermosa música en toda la tierra", dijo un periódico vienés. En la prensa de todos los países aparecieron frases como "una nueva época de la civilización", "el amanecer de una nueva era", "presagio del nuevo siglo". En Bélgica la convocatoria fue calificada de "verdadera liberación", un acto de "cololosal importancia" cuyo autor pasaría a la historia como "Nicolás el Pacífico". En Nueva York parecía un posible comienzo "del movimiento más trascendental y benéfico de la historia moderna; de hecho, de toda la historia". Roma elogió "uno de los grandes documentos que honra su siglo", y Berlín saludó "al nuevo evangelista a orillas del Neva", cuyo objetivo era noble y hermoso en teoría, pero irrealizable en la práctica. Humanitario pero utópico fue el consenso en Londres, excepto Kipling, que lanzó una terrible advertencia. Gran Bretaña y Rusia estaban entonces al borde de un conflicto a lo largo de la frontera noroeste de la India, y el poema de Kipling "El oso que camina como un hombre", compuesto en respuesta al manifiesto del zar, contaba una sombría alegoría de un hombre mutilado y ciego cuando el oso que cazaba se paró. se levantó como en señal de súplica y el cazador "conmovido por la lástima y el asombro" detuvo el fuego sólo para que la "zarpa calzada de acero" le arrancara la cara:

Cuando se levanta suplicante, en forma vacilante y de hombre bruto,

Cuando vela el odio y la astucia de sus ojitos de cerdo;

Cuando se muestra buscando cuartel, con zarpas como manos en oración,

*Eso*Es el tiempo del peligro, ¡el tiempo de la Tregua del Oso!...

Las sospechas sobre los motivos de Rusia y las especulaciones

cínicas eran amplias. La pregunta principal era: ¿se había consultado previamente a Francia, aliada de Rusia? Dado que el desarme presuponía la satisfacción con el status quo y que Francia no estaba reconciliada a gritos con la pérdida de Alsacia-Lorena, la acción de su aliado planteó, como dijo The Times, un "enigma sumamente sorprendente". Por la reacción francesa quedó claro que no había sido consultada. "¿Y l'Alsacia-Lorena?" fue el resumen de una sola línea de l'Intransigeant. Sin embargo, muchos sintieron que, en un momento en que "las pretensiones intolerables y las ambiciones inconmensurables" del imperialismo anglosajón agitaban los nervios de todos y cuando el mantenimiento de la paz se estaba convirtiendo cada vez más en un "milagro del equilibrio", la conferencia propuesta era bienvenida. .

Cada grupo vio reflejado en el manifiesto del zar, como en un espejo mágico, el rostro de su oponente particular. Para Alemania era obvio que si Inglaterra no consentía el desarme naval, el gesto del zar equivaldría a "un golpe de espada en el agua" y unos días después el Kaiser pronunció su máxima decisiva: "Nuestro futuro está en el océano". Los británicos vieron el principal problema en las ambiciones navales de Alemania. Los socialistas de todas partes estaban seguros de que cualquiera que hubiera sido el motivo ruso, considerando las crueldades de la opresión zarista, no era amor a la humanidad. El socialista alemán Wilhelm Liebknecht lo calificó de "fraude". Muchos defensores de la paz lo consideraron una respuesta a la guerra hispanoamericana, que les parecía el preludio del desastre mundial. La toma de Filipinas convenció a muchos europeos de la necesidad de frenar la expansión estadounidense. Los propios americanos no eran reacios a la idea de que el zar había sido impulsado por su victoria sobre España. Hablando en nombre de los antiimperialistas, Godkin señaló con tristeza que la "espléndida convocatoria" llegó en un momento en que Estados Unidos estaba más profundamente comprometido con "el espíritu militar y la idea de la conquista por la fuerza" que nunca antes en su historia.

El enigma del motivo persistía. Una explicación ampliamente favorecida fue que Nicolás había actuado menos por la humanidad que por un deseo humano de anticiparse al Káiser, quien se creía que estaba planeando una proclamación similar, urbi et orbi, en su próxima visita a Jerusalén.

El suicidio del coronel Henry en el caso Dreyfus pronto absorbió la atención del público y diez días después el mundo volvió a quedarse sin aliento cuando la emperatriz Isabel fue asesinada por un anarquista. Los estadounidenses estaban preocupados por dar la bienvenida a los regimientos de Cuba y los británicos por la marcha de

Kitchener a Jartum. A partir de septiembre, el aire se ensombreció con la perspectiva de una guerra entre Inglaterra y Francia; Fashoda, como comentó alegremente el embajador alemán, parecía haber borrado la memoria de Alsacia-Lorena. La paz fue desplazada como sensación.

No, sin embargo, para los dedicados discípulos del movimiento por la paz en Europa y América, a quienes la convocatoria del zar había electrizado. Entre las más conocidas se encontraba la baronesa Bertha von Suttner, autora de la novela pacifista Die Waffen Nieder ("Dejad las armas"), que Tolstoi llamó la cabaña del tío Tom de su causa. Cuando el marido de la baronesa llegó a casa agitando el periódico, como Emma Goldman trayendo noticias de Homestead, ella se sintió transportada de alegría. Pronto llegaron cartas de felicitación de compañeros de trabajo de la Oficina Internacional para la Paz, la Unión Interparlamentaria y la Asociación Paz y Arbitraje. "Pase lo que pase", escribió Björnstjerne Björnson, "a partir de ahora el aire vibra con pensamientos de paz". El fervor del movimiento fue personificado por la baronesa, nacida condesa Kinsky en 1843 en una familia aristocrática austriaca de fortuna menguante. Demasiado tenaz y enérgica para hundirse en una decadencia refinada, a la edad de treinta años había aceptado el puesto de tutora-compañera de las hijas de la familia Von Suttner y había encendido una pasión brillante y recíproca en el hijo y heredero, siete años después. su menor. Pero ella no tenía dote y se separaron con angustia germánica. "Se arrodilló ante mí y besó humildemente el borde de mi vestido: 'Mujer incomparable, de corazón real y generoso, tu amor me ha enseñado a conocer una felicidad que consagrará mi vida. ¡Despedida!' En ese momento, un anuncio en el periódico de un "caballero anciano muy rico y culto que vivía en París" que buscaba a una señora madura y educada como secretaria y administradora de su casa ofrecía una salida, y la condesa se encontró empleada del descubridor de la dinamita, Alfred Nobel.

Nobel, un extraño idealista satírico y pesimista, tímido, melancólico, casi un recluso, aunque apenas anciano a sus cuarenta y tres años, había ganado millones con la fabricación de explosivos y estaba profundamente perturbado por sus implicaciones. Parecía necesitar menos una secretaria que alguien que le escuchara. "Ojalá", le dijo a su nuevo empleado, "pudiera producir una sustancia o una máquina de tan espantosa eficacia para una devastación total que las guerras se volvieran completamente imposibles". A pesar de una simpatía inmediata y "el intenso disfrute intelectual" de su compañía y un indicio tentativo de algo más, la dama sucumbió al dolor, se fue después de una semana, voló de regreso a los brazos de su adorador y se fugó con él. Después de doce años de matrimonio y una carrera

como escritora, descubrió, con una sensación de revelación, la Asociación Internacional de Arbitraje y Paz de Londres. Su declaración de propósitos declaraba que ahora, a finales del siglo XIX, había llegado el momento de que todos los hombres consultaran y acordaran un medio para la solución pacífica de las disputas y la abolición de la guerra. Convertida instantánea y apasionadamente, Bertha von Suttner se lanzó al esfuerzo de organizar ramas de la sociedad en Viena y Berlín. En 1891, sus esfuerzos, publicitados por la Neue Freie Presse, tuvieron éxito en Viena y el manifiesto publicado en la ocasión expresaba los ideales de los defensores de la paz en todas partes. Creían que una nueva guerra era moralmente imposible porque "los hombres han perdido parte de su antiguo salvajismo y desprecio por la vida", y físicamente imposible porque las nuevas armas eran demasiado destructivas. Creían que las masas, aunque todavía mudas, anhelaban la paz. Si bien todos los gobiernos insistieron en que se debía evitar la guerra, todos estaban reuniendo armamentos para prepararse para ella y esta "monstruosa contradicción" debía terminar.

La Unión Interparlamentaria, formada en París en 1888 para reunir a los miembros de los distintos parlamentos nacionales en la causa de la paz, ahora celebraba congresos cada año en diferentes capitales. En Estados Unidos, la Unión por la Paz Universal nombró como sus principales objetivos el desarme gradual y una Corte Permanente de Arbitraje. A raíz del acuerdo de Ginebra sobre la disputa de Alabama entre Estados Unidos y Gran Bretaña, el movimiento de arbitraje fue especialmente fuerte en estos dos países. Su objetivo era sustituir la guerra por un acuerdo judicial. Sus defensores creían que si se pudiera organizar un proceso viable, al principio mediante un tratado entre naciones individuales, más tarde mediante un tratado general, y al mismo tiempo se demostrara que la guerra era tan destructiva que era "imposible", el hombre en última instancia preferiría arbitrar que hacerlo. luchar. Era una visión basada en la premisa de que el hombre era razonable y que las guerras surgían de disputas susceptibles de solución por otros medios. Era una época de creencia en el progreso moral y material y no incluía la visión de la guerra como un choque de fuerzas como los vientos que soplan.

Nobel era un ferviente defensor del arbitraje, aunque no del desarme, que consideraba una exigencia tonta en el momento actual. Instó al establecimiento de un tribunal y a un acuerdo entre las naciones para un período de tregua obligatoria de un año en cualquier disputa. Se presentó en persona, aunque de incógnito, en un Congreso de la Paz celebrado en Berna en 1892 y le dijo a Bertha von Suttner que si podía "informarme, convencerme, haré algo grandioso por la causa". La chispa de la amistad entre ellos se había mantenido viva

gracias a la correspondencia y a una visita ocasional a lo largo de los años, y ahora él le escribía que parecía estar abriéndose paso en una nueva era de violencia; “Ya se oye a lo lejos su ruido sordo”. Dos meses más tarde volvió a escribir: "Me gustaría disponer de mi fortuna para fundar un premio que se concedería cada cinco años" a la persona que hubiera contribuido más eficazmente a la paz de Europa. Pensó que debería terminar después de seis premios, "porque si en treinta años no se puede reformar la sociedad, inevitablemente caeremos en la barbarie". Nobel caviló sobre el plan, lo plasmó en un testamento redactado en 1895 que concedió al hombre un plazo un poco más largo, y murió al año siguiente.

La causa del arbitraje casi obtuvo un triunfo en enero de 1897, cuando Gran Bretaña y Estados Unidos firmaron un tratado, negociado por el Secretario Olney y el Embajador británico, Sir Julian Pauncefote, para la solución de todas las disputas excepto las territoriales, siendo la memoria de Venezuela aún tibio. El Senado, molesto por la invasión de su control de los asuntos exteriores, se negó a ratificarlo por tres votos. La derrota pareció una calamidad, en palabras de Olney, "no sólo de proporciones nacionales sino mundiales". Sacudió la creencia general en el progreso moral del hombre.

En esta creencia, fomentada en los últimos diez o quince años por signos de mejora de la sociedad en todos lados, tuvo sus orígenes el movimiento por la paz. Los maravillosos avances de la ciencia habían llevado a la raza humana a una etapa de bienestar material lista para demostrar la fe del siglo XIX en que cuanto mejor se volviera el hombre, menos agresivo sería. La sociedad disponía ahora de agua corriente y calles iluminadas, servicios sanitarios, alimentos en conserva y refrigerados, máquinas de coser, lavadoras, máquinas de escribir, cortadoras de césped, fonógrafo, telégrafo y teléfono y, últimamente, a partir de los años noventa, el extraordinario don de la movilidad individual motorizada en el carruaje sin caballos. Parecía imposible que tanto beneficio físico no hubiera producido un cambio espiritual, que el nuevo siglo no iniciara una nueva era en el comportamiento humano; En resumen, ese hombre no se había vuelto demasiado civilizado para la guerra. La ciencia hizo que todos los fenómenos parecieran sujetos a certezas y leyes, y si el mundo físico del hombre podía entenderse y controlarse, ¿por qué no también sus relaciones sociales? “Las condiciones sociales están destinadas a ser diferentes”, escribió con convicción la baronesa von Suttner. La generación más joven estuvo de acuerdo. “En 1898 estábamos sinceramente convencidos de que la era de las guerras había terminado”, escribió Julien Benda, un intelectual francés que ese año

tenía treinta y un años. “Durante quince años, entre 1890 y 1905, los hombres de mi generación creyeron realmente en la paz mundial”.

El miedo y la fe impulsaron el movimiento por la paz, el miedo a la energía desencadenada de la era de las máquinas. El gran aumento de la energía mecánica, las sorprendentes nuevas técnicas, herramientas y nuevos inventos que se sucedieron uno tras otro, las fantásticas capacidades de la electricidad, crearon una incómoda sensación de que el hombre había reunido en sus manos más poder del que podía controlar; poder que podría escapar, volverse loco y destruirlo a menos que fuera puesto bajo límites. En 1820, el mundo disponía de 778 toneladas métricas de energía mecánica (expresada en el equivalente de carbón de los combustibles minerales y la energía hidráulica), en comparación con 15.000.000 de toneladas métricas en 1898. La productividad por hombre había aumentado proporcionalmente. Los países estaban aumentando en tamaño y fuerza. La tasa de mortalidad disminuyó notablemente debido a los avances en materia de saneamiento y medicina, con el resultado de que desde 1870 la población de Europa había aumentado en 100.000.000, tanto como su población total en 1650. En el mismo período, Gran Bretaña había adquirido 4.700.000 millas cuadradas de territorio, Francia 3.600.000, Alemania 1.000.000 y Bélgica 900.000, o setenta y siete veces su propio tamaño. En los Estados Unidos, durante el mismo período, la población se había más que duplicado y la producción manufacturera per cápita se había multiplicado por cuatro. Las ganancias de Carnegie Steel aumentaron de 6.000.000 de dólares en 1896 a 40.000.000 de dólares en 1900. Un nuevo motor primario, el motor de combustión interna, sucedió a la máquina de vapor y dio origen a la industria petrolera. La turbina de vapor y el motor diesel agregaron nueva potencia al motor; la energía hidroeléctrica palpitaba en miles de dinamos. Los barcos de vapor aumentaron en tonelaje, velocidad y espacio de carga. El acero, el producto clave de la época, se multiplicó en productos y usos gracias a la invención del convertidor Bessemer. La tasa relativa de invención alcanzó el punto más alto de la historia en los años noventa. Se desarrollaron el aluminio y otras aleaciones de metales ligeros. La industria química creó nuevos materiales y procesos. El método de producción en masa, utilizando piezas intercambiables, conocido como “sistema americano”, se empezó a utilizar en todos los países industrializados. La dinamita como agente explosivo hizo posibles excavaciones masivas para canteras y pozos de minas y construcciones gigantescas como el túnel ferroviario del Simplon y el Canal de Panamá. La fabricación de dinamita aumentó de 11 toneladas en 1867, el año en que Nobel la puso en el mercado por primera vez, a 66.500 toneladas en 1897. Las grandes empresas necesarias para

financiar la industria pesada formaron cárteles y fideicomisos con vastos recursos financieros.

En ninguna parte las fortalezas añadidas fueron mayores que en las armas y otras fuerzas de guerra. El aumento de la población puso mano de obra disponible para enormes ejércitos permanentes y, siguiendo el ejemplo alemán, todas las potencias continentales adoptaron el servicio militar obligatorio después de 1871. Armar y equipar ejércitos en masa requirió los esfuerzos de la industria de masas y de las compañías de municiones reunidas bajo su control. materiales, minas, fundiciones y transporte. Los mercados y las ganancias eran casi ilimitados y respondieron con feroz vigor al incentivo. En los diez años transcurridos entre mediados de los años ochenta y mediados de los noventa, la guerra terrestre se vio revolucionada por la introducción del rifle de pequeño calibre con cargador, la ametralladora Maxim mejorada y la pólvora sin humo. Juntos, multiplicaron el alcance, la rapidez y la precisión de la potencia de fuego cinco veces o más y cambiaron la naturaleza de la batalla. La infantería que había disparado tres disparos por minuto en Waterloo ahora podía disparar dieciséis disparos por minuto. El pequeño calibre añadió distancia a la trayectoria y precisión al objetivo. El desarrollo del retroceso automático para los cañones de campaña aumentó igualmente la velocidad del fuego de artillería. Sobre todo, la pólvora sin humo, patentada por Nobel entre 1887 y 1891, abrió y amplió el campo de batalla. Despejó el campo de visión, permitió ocultar las armas, aceleró la recarga y aumentó el alcance y la precisión de la artillería de mil a cinco o seis mil yardas. La batalla ahora se extendería a grandes distancias y un ejército sería atacado antes de que pudiera ver al enemigo. Se dieron las condiciones, aunque apenas sospechadas, para la supremacía de la artillería sobre el rifle. El torpedo y la mina ampliaron igualmente el alcance de la guerra naval y los experimentos dieron una terrible promesa al submarino.

Algunos se gloriaban de la energía que corría por las venas del mundo; otros lo temían y sentían, como Ibsen: "Navegamos con un cadáver en el cargamento". El deseo de que las naciones se unieran en algún tipo de esfuerzo mutuo para aplicar un freno se hizo cada vez más evidente y fue lo suficientemente fuerte como para que Lord Salisbury, como Primer Ministro, le prestara atención en 1897. En su discurso en el Guildhall de ese año vio la acumulación de de armas y la mejora anual de los “instrumentos de muerte” que culminan, a menos que se impida, en un “terrible esfuerzo de destrucción mutua que será fatal para la civilización cristiana”. Sin mencionar el desarme, dijo que la única esperanza de prevenir el desastre radicaba

en reunir a las potencias para actuar sobre sus diferencias con un espíritu amistoso y eventualmente "quedarse unidos en alguna constitución internacional". Lord Salisbury, que nunca fue optimista, no llegó tan lejos como para sugerir que esto aboliría la guerra, sino que limitó sus esperanzas a "un largo período de comercio próspero y paz continua".

El zar no era ni más pacífico ni más idealista que Lord Salisbury; tenía treinta años en 1898, era un joven estrecho de miras, más bien tonto, sin visión y con una sola idea: gobernar sin disminución del poder autocrático legado por sus antepasados. Su mezquina visión de las cosas, dijo Pobiedonostsev, procurador jefe del Santo Sínodo, fue el resultado “de la influencia de las muchas camareras que rodean a su madre”. El esfuerzo por mantener a raya una constitución fue la suma de sus esfuerzos y le quedaba poca energía política o interés para cualquier otra cosa. A diferencia del valiente Káiser, que ansiaba jugar una mano cada vez que leía un despacho, el zar encontraba los asuntos mundiales bastante agotadores mentalmente. “De hecho”, como le escribió a su madre durante el entusiasmo por Fashoda y la visita del Kaiser a Jerusalén, “suceden muchas cosas extrañas en el mundo. Uno lee sobre ellos y se encoge de hombros”.

La propuesta de una conferencia de paz no fue idea suya. Se originó por ciertas razones prácticas con los ministros de tres departamentos críticos –Guerra, Finanzas y Asuntos Exteriores– y su génesis residió en la simple condición de que Rusia estaba rezagada en la carrera armamentista y no podía permitirse el lujo de alcanzarla. El general Alexei Kuropatkin, Ministro de Guerra, se había enterado de que Austria, el principal rival de Rusia, estaba planeando adoptar el cañón de campaña mejorado de fuego rápido, que disparaba seis disparos por minuto, que ya poseían Alemania y Francia. Los rusos, cuyo cañón de campaña disparaba una bala por minuto, no podían esperar financiar el rearme de toda su artillería porque, con grandes dificultades financieras, ya estaban comprometidos en el rearme de su infantería. Si se pudiera persuadir a los austriacos para que aceptaran una moratoria de diez años sobre las nuevas armas, pensó Kuropatkin, ambos países se ahorrarían el gasto... ¿y por qué no? Ya sea que ambos se rearmaran o ambos acordaran no rearmarse, “el resultado final, si los dos grupos fueran a la guerra, sería el mismo”.

Kuropatkin llevó su sencilla pero grandiosa idea al zar, que no vio ningún defecto, y luego al Ministro de Asuntos Exteriores, el Conde Muraviev, quien tomó la precaución de consultar al Ministro de Finanzas, el Conde Witte. Capaz, enérgico e inusualmente dotado de sentido común y cabeza dura para un ministro zarista, Witte

intentaba, contra las fuerzas del letargo, la autocracia y la erosión, adaptar a Rusia al mundo industrial moderno. Resentía cada rublo gastado en armas, detestaba la interferencia de la guerra y creía que la carrera armamentista podría llegar a ser “más fastidiosa que la guerra misma”. Sin embargo, como señaló, la filosofía china de Kuropatkin de llegar a un acuerdo con el enemigo de antemano dependía de confiar en los austriacos, lo cual era imposible y, además, sería perjudicial, ya que "simplemente revelaría nuestra debilidad financiera al mundo entero". En lugar de ello, propuso una moratoria internacional, en lugar de bilateral, sobre nuevas armas. Explicó a Muraviev el daño incalculable que el creciente militarismo estaba infligiendo al mundo y el beneficio que podría conferirse a la humanidad limitando los armamentos. Estas “ideas bastante trilladas”, como escribió más tarde, eran nuevas para Muraviev y aparentemente le produjeron una profunda impresión. A los pocos días convocó un consejo de ministros para considerar un llamamiento a los poderes para una conferencia. Se obtuvo la aprobación del zar. Él y sus asesores pensaban que si tan sólo se pudiera frenar el terrible ritmo del mundo y se pudiera hacer algo “para impedir que la gente invente cosas”, Rusia se beneficiaría.

Justo en ese momento se publicó en Rusia una impresionante obra en seis volúmenes llamada El futuro de la guerra. Witte conocía a su autor, Ivan Bloch, y sus ideas, influyeran o no en él. Bloch era un hombre autodidacta y judío converso que, no satisfecho con hacer una fortuna en la contratación ferroviaria, se había ido al extranjero para buscar estudios superiores en economía y ciencias políticas en universidades extranjeras. En Varsovia, a su regreso de Europa occidental, se había convertido en una potencia en el sector bancario y ferroviario, lo que le puso en contacto con Witte, y había publicado varios volúmenes académicos sobre problemas industriales y monetarios antes de embarcarse en la importante obra que Era darle un nicho en la inmortalidad. Sus estudios y su experiencia en los negocios lo llenaron de una creciente aprensión de que la guerra limitada del pasado ya no era posible. Debido a que el servicio militar obligatorio podía convocar a un grupo de toda la nación, vio que las guerras del futuro absorberían la totalidad de las energías y recursos de los estados combatientes, quienes, incapaces de lograr una victoria decisiva en el campo de batalla, lucharían hasta el agotamiento hasta que se hubieran derrotado mutuamente. caído en total ruina. Bloch creía que la interdependencia de las naciones en las finanzas, el comercio exterior, las materias primas y todas las relaciones comerciales significaba que el vencedor no podía separarse de los vencidos. El poder destructivo de las armas modernas significaría un enorme aumento de las matanzas. La batalla de un día se había convertido en cosa del pasado. Ejércitos enteros quedarían

atrincherados durante semanas y meses seguidos; las batallas se convertirían en asedios; las poblaciones no combatientes se verían atraídas. Ningún estado moderno podría lograr la victoria sin la destrucción de sus recursos y la desintegración de la sociedad. La guerra se había vuelto “imposible excepto al precio del suicidio”.

Las conclusiones de Bloch lo llevaron al movimiento por la paz (o el proceso pudo haber sido al revés). Para convencer a la sociedad del peligro, utilizó una persuasión más aterradora que la guerra: la revolución social. Si las condiciones actuales continuaban, argumentaba, las naciones enfrentarían el agotamiento de la carrera armamentista o la catástrofe de la guerra y, en cualquier caso, “la convulsión en el orden social”. El despilfarro de recursos nacionales en un producto estéril fue responsable del creciente antimilitarismo de las masas. Por lo tanto, al prepararse para la guerra, los gobiernos en realidad estaban "preparando el triunfo de la revolución social". Si pudieran estar convencidos de esto, creía Bloch, estarían más dispuestos a encontrar otros medios además de la guerra para resolver sus disputas. Sus seis volúmenes fueron una acumulación masiva de datos sobre potencia de fuego, bloqueo, transporte y capacidades de carga, tasas de bajas y todos los factores militares y económicos para demostrar la vulnerabilidad del Estado moderno. Al igual que Marx, Bloch extrajo de un conjunto dado de circunstancias el dogma de una conclusión histórica inevitable. Creía que el gasto en armamento necesariamente “agotaba” a una nación, del mismo modo que Marx creía que el capitalismo empobrecía progresivamente al proletariado. Ni Bloch ni ninguno de los propagandistas de la paz consideraron el grado en que el armamento y las industrias asociadas creaban empleo.

Por temor a que la revolución social fuera un argumento eficaz en Rusia, Bloch consiguió una audiencia con el zar y su argumento encontró eco en el manifiesto escrito por Muraviev. El Ministro de Asuntos Exteriores evidentemente sintió su capacidad de persuasión. Al transmitirlo al embajador británico, le pidió en particular que enfatizara en su informe que la iniciativa rusa para la paz mostraría a "las clases descontentas y perturbadoras" que los gobiernos poderosos simpatizaban con su deseo de ver la riqueza nacional utilizada productivamente en lugar de en una "competencia ruinosa". " El embajador respondió suavemente que "sería difícil permanecer insensible a los nobles sentimientos que habían inspirado este notable documento".

"Es la mayor tontería y tontería que jamás haya oído", escribió el Príncipe de Gales con menos suavidad a Lady Warwick. Cuando se indignaba adoptaba algo parecido al tono de su madre. “Es

simplemente imposible. Francia nunca podría consentirlo… ni Nosotros”. Decidió que se trataba de "una nueva artimaña de ese perro astuto" y del "intrigante sutil" Muraviev, que se lo había "metido en la cabeza al zar". En general esto expresaba la opinión de los gobiernos. Considerando la propuesta con frío disgusto, aceptaron la invitación -porque ninguno quería ser quien la rechazara- esperando que de ello no saliera más que problemas. Como dijo el Ministro de Asuntos Exteriores de Austria, en el futuro sería más difícil para los gobiernos presentar nuevas demandas militares a sus parlamentos.

Deprimido pero decidido, Muraviev envió una segunda carta circular en enero de 1899, con una agenda de ocho temas. El primero proponía un acuerdo para no aumentar las fuerzas armadas ni los presupuestos militares durante un período determinado. La última propuesta de acuerdo sobre el principio de arbitraje y la elaboración de procedimientos. Los temas 2, 3 y 4 trataban de la prohibición o restricción de nuevos tipos de armas y de medios de guerra previstos, como los submarinos, los gases asfixiantes y el “lanzamiento de proyectiles desde globos” para los que no existía un verbo específico. Los temas 5, 6 y 7 se referían a las leyes y costumbres de la guerra terrestre y la extensión de las reglas de Ginebra de 1864 a la guerra naval. Los temas 2 a 7 causaron resentimiento a los propagandistas de la paz, que deseaban abolir la guerra, no aliviarla. Sospechaban que estos temas habían sido incluidos para despertar el interés y requerir la participación de los gobiernos y sus representantes militares, como efectivamente fue el caso.

Las cancillerías zumbaban, las valijas diplomáticas estaban repletas de despachos, los embajadores visitaban a los ministros de Asuntos Exteriores y se esforzaban en el minué conversacional prescrito por descubrir las intenciones del gobierno ante el cual estaban acreditados. Lord Salisbury apareció en un informe alemán como “muy escéptico” y el emperador Francisco José tenía una opinión “desfavorable” y consideraba “inaceptable” cualquier límite al desarrollo militar. En Roma, el marqués Visconti-Venosta se negó a ser delegado de una conferencia “en la que no era probable que se obtuvieran resultados muy útiles”. Washington enviaría delegados pero no haría nada para limitar las armas. Bélgica esperaba la conferencia con “arrepentimiento y ansiedad”, temiendo que cualquier alteración en las leyes de la guerra confirmaría los poderes de un ejército invasor o restringiría los derechos de legítima defensa contra la invasión. La reacción de Berlín pareció expresarse en la incorporación de tres cuerpos de ejército a sus fuerzas. De una capital a otra, las reacciones variaron poco: la limitación de armas era “poco práctica”; restricción de nuevos desarrollos no deseados; el arbitraje

en asuntos que involucran “honor nacional o interés vital” es inaceptable, aunque quizás factible en asuntos menores. La conducta de la guerra, sin embargo, dejó espacio para el debate.

Temiendo que toda la excitación de los defensores de la paz sobre el desarme hubiera causado una mala interpretación de su propuesta, Muraviev visitó las capitales para explicar en entrevistas personales que lo que Rusia realmente quería era simplemente un techo al status quo. Parecía muy sensato. Las potencias podrían incluso ponerse de acuerdo, sugirió, sobre un porcentaje fijo de su población que sería llamado a las armas, lo que les permitiría reducir en gran medida sus ejércitos y al mismo tiempo “conservar las mismas oportunidades que antes”. “Idiota”, señaló el Káiser al margen de este memorando.

Nadie se sintió más agitado por la propuesta del zar que Guillermo II, para quien la función militar equivalía tanto al Estado como a él mismo, que personificaba al Estado. La capa blanca y el casco brillante con los que le gustaba posar, el brillo y el color de los uniformes, el galope de la caballería, la panoplia de colores de los regimientos, el complicado ruido de las municiones, toda la parafernalia del cuerpo de oficiales y del ejército, y últimamente, el brillante visión del poder sobre el mar, eran todas facetas de la misma joya: la fuerza armada. Todo lo demás, el Reichstag, los partidos políticos, los presupuestos, los votos, eran molestias más o menos extrañas, excepto la diplomacia, que sólo era bien entendida por los monarcas e invariablemente fallida en los niveles inferiores.

El káiser había subido al trono a los veintinueve años, en 1888, después del triste y breve reinado de noventa días de su padre, cuando el gobierno liberal había vacilado por un momento en Alemania y había desaparecido. Su primera proclama tras su ascenso al poder estaba dirigida, no como la de su padre, a “A mi pueblo”, sino a “A mi ejército”. Anunciaba: “Nos pertenecemos el uno al otro, yo y el Ejército; nacimos el uno para el otro”. La relación que tenía en mente se explicó en un consejo a una compañía de jóvenes reclutas: "Si tu Emperador te ordena que lo hagas, debes disparar contra tu padre y tu madre". Su sentido de responsabilidad personal por los asuntos de Alemania y de Europa se expresaba en los frecuentes "yoes" y "míos" que adornaban su charla. “Sólo hay un amo en el Reich y ese soy yo; No toleraré ningún otro”. O, algunos años después, “No hay equilibrio de poder en Europa excepto yo, yo y mis veinticinco cuerpos de ejército”. Estaba dispuesto, sin embargo, a dejar espacio para el Todopoderoso que figuraba como el “antiguo Aliado de mi Casa”. Comentarios como estos hicieron que las cabezas sacudieran y que la gente reflexionara, como el Príncipe de Gales, “cuán diferente habría

sido todo” si el padre del Kaiser hubiera vivido. Aun así, explicó el Príncipe, los discursos de su sobrino no sonaban tan absurdos en alemán como cuando se traducían al inglés.

El Kaiserin comentó que hacía mucho tiempo que no veía a su marido tan molesto como por la repentina intrusión –en un dominio que él consideraba suyo– de “Nicky”, el zar, a quien solía tratar con condescendencia y aconsejar en volubles cartas en Inglés firmado "Willy". Independientemente de si había planeado o no alguna declaración similar desde Jerusalén, el verdadero problema fue, como dijo su amigo el Conde Eulenburg, que “simplemente no soporta que alguien más suba al frente del escenario”.

Suponiendo de un vistazo que la propuesta era de “desarme general”, y viendo inmediatamente los resultados en términos personales, el Kaiser envió un telegrama a Nicky. Imagínese, reprochaba, “un Monarca ostentando el mando personal de su Ejército, disolviendo sus regimientos sagrados con cien años de historia… y entregando sus pueblos a los Anarquistas y a la Democracia”. Sin embargo, estaba seguro de que el zar sería elogiado por su propuesta humanitaria, “¡la más interesante y sorprendente de este siglo! De ahora en adelante el mundo entero os colmará de honores; incluso si la parte práctica fallara por dificultades de detalle”. Llenó los márgenes de la correspondencia subsiguiente con comentarios de ¡¡Ajá! y !! y observaciones que variaban desde las astutas hasta las vulgares, siendo la primera el pensamiento nada intuitivo: “Ha puesto un arma brillante en manos de nuestros demócratas y de la oposición”. .” En un momento comparó la propuesta con el mensaje de los espartanos exigiendo que los atenienses aceptaran no reconstruir sus murallas; en otra garabateó de repente la pregunta bastante acertada: "¿Con qué pagará Krupp a sus trabajadores?"

Alemania no tenía el motivo ni la señal para la paz que tenía Rusia: circunstancias difíciles. La industria subdesarrollada no era un problema alemán. Cuando Muraviev en Berlín le dijo al Conde Eulenburg que la idea rectora detrás de la propuesta rusa era que los aumentos anuales finalmente llevarían a las naciones al punto de non possumus, no podría haber elegido un argumento peor. Non possumus no estaba en el vocabulario alemán. Alemania rebosaba de vigor y rebosaba de éxito material. Después de la unificación de 1871, ganada a espada en la década anterior de guerras, la prosperidad llegó con rapidez, como ocurrió en Estados Unidos después de la Guerra Civil. Se liberaron energías en el desarrollo de los recursos físicos. En los años noventa, Alemania disfrutaba de la primera mitad de un período

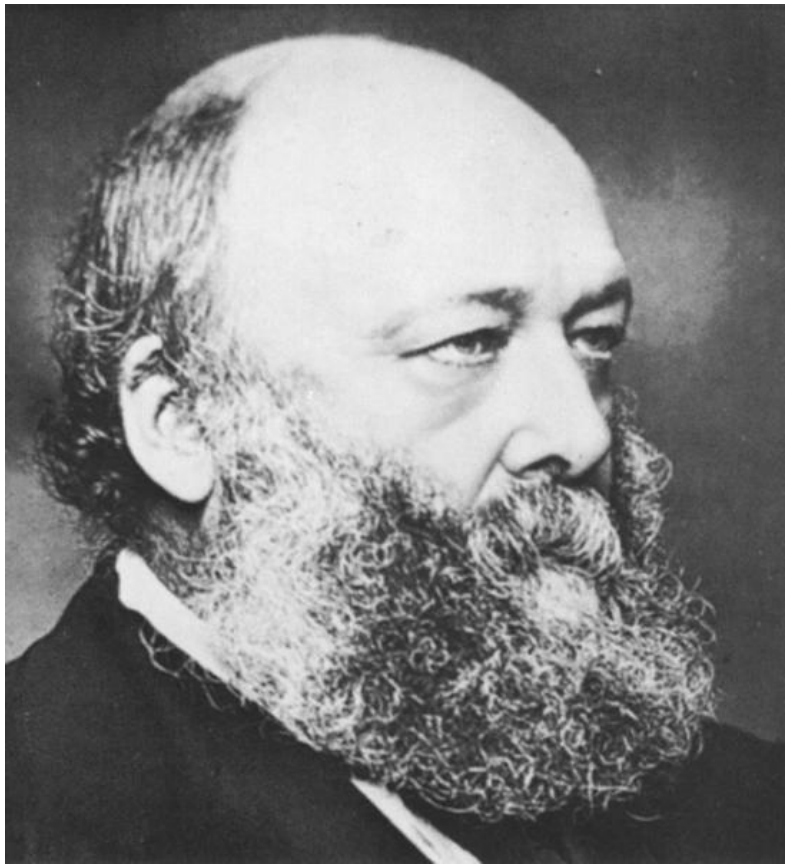
de veinticinco años en el que su ingreso nacional se duplicó, la población aumentó en un 50 por ciento, el kilometraje de las vías del ferrocarril en un 50 por ciento, surgieron ciudades, se adquirieron colonias, se crearon industrias gigantescas. tomaron forma, la riqueza acumulada gracias a sus empresas y el aumento del empleo siguieron el mismo ritmo. El imperio naval de Albert Ballin multiplicó por siete su tonelaje y por diez su capital en este período. Emil Rathenau desarrolló la industria eléctrica que cuadruplicó el número de trabajadores en diez años. IG Farben creó tintes de anilina; Fritz Thyssen gobernó un reino del carbón, el hierro y el acero en el Ruhr. Como resultado de un nuevo proceso de fundición que hizo posible la utilización del mineral de hierro fosfórico de Lorena, la producción alemana de carbón y acero en 1898 se había cuadruplicado desde 1871 y ahora superaba a la de Gran Bretaña. El ingreso nacional de Alemania en ese período se había duplicado, aunque todavía estaba por detrás del de Gran Bretaña, y medido per cápita era sólo dos tercios del de Gran Bretaña. Los bancos alemanes abrieron sucursales en todo el mundo, los vendedores alemanes vendieron productos alemanes desde México a Bagdad.

Las universidades y escuelas técnicas alemanas eran las más admiradas, los métodos alemanes los más completos y los filósofos alemanes dominantes. El Instituto Kaiser Wilhelm era el laboratorio de investigación química líder en el mundo. La ciencia alemana se enorgullecía de Koch, Ehrlich y Roentgen, cuyo descubrimiento de los rayos X en 1895 fue, sin embargo, producto tanto de su época como de su país, ya que en 1897-1899 en Inglaterra, JJ Thomson había descubierto el electrón, y en Francia los Curie la liberación de energía por la radiactividad. Los profesores alemanes expusieron los ideales alemanes y la cultura alemana, entre ellos Kuno Francke en Harvard, quien imaginó a Alemania palpitando con “vida ardiente e intensa actividad en todos los campos de las aspiraciones nacionales”. Apenas podía contener su adoración por el noble espectáculo:

"La salud, el poder y el orden se encuentran en cada kilómetro cuadrado de suelo alemán". Ningún visitante podría dejar de quedar impresionado por “estas granjas y propiedades florecientes y bien mantenidas, estos pueblos prósperos, estos bosques cuidadosamente renovados... estas ciudades repletas de una población bien alimentada y de buen comportamiento... con ayuntamientos orgullosos y majestuosos palacios de justicia, con teatros y museos surgiendo por todas partes, admirables medios de comunicación, arreglos modelo para la recreación y la diversión saludables, serias universidades y escuelas técnicas”. La población bien educada se caracterizaba por su “gestión ordenada de las reuniones políticas, su sobria determinación

y organización efectiva de las clases trabajadoras en su lucha por el mejoramiento social” y su “actitud respetuosa y atenta hacia todas las formas de arte”. Sobre todo reinaba "el magnífico Ejército con su disciplina varonil y sus altos estándares de conducta profesional", y todos estos componentes juntos daban prueba de "la voluntad colectiva maravillosamente organizada hacia las formas más elevadas de existencia nacional". Era evidente que el ambiente no era propicio a propuestas de autolimitación.

La espada, como demostraron los historiadores alemanes en sus explicaciones sobre el ascenso, fue responsable de la grandeza de Alemania. En su Historia de Alemania en el siglo XIX, publicada en cinco volúmenes y varios miles de páginas durante un período de quince años en las décadas de 1980 y 1990, Treitschke predicaba la supremacía del Estado cuyo instrumento de política es la guerra y cuyo derecho a hacer la guerra por No se puede vulnerar el honor o el interés nacional. El ejército alemán fue la encarnación visible del evangelio de Treitschke. Su autoridad y prestigio crecían cada año, sus oficiales eran criaturas de inefable arrogancia, por encima de la ley, que inspiraban un culto casi supersticioso en el público. Cualquier persona acusada de insulto a un oficial podría ser juzgada por el delito de lesa majestad indirecta. Las señoras alemanas se bajaron de la acera para dejar pasar a un oficial.



Biblioteca de imágenes de Radio Times Hulton
Lord Salisbury (Crédito de la foto 5.1)

Por cortesía de los administradores de la Tate Gallery, Londres Lord Ribblesdale (retrato de Sargent, 1902) (Crédito de la foto 5.2)

Con permiso del Museo Metropolitano de Arte, Fondo Wolfe, 1927

Las hermanas Wyndham: Lady Elcho, Sra. Tennant y Sra. Adeane

(retrato de Sargent, 1899) (Crédito de la foto 5.3)

Por Country Life de HA Tipping, English Homes

Chatsworth (Crédito de la foto 5.4)

Hermanos Brown, Príncipe Pedro Kropotkin
(Crédito de la foto 5.5)

Redacción de La Révolte (Crédito de la foto 5.6)

Cortesía del Museo de la Ciudad de Nueva York

"Dormí en ese sótano cuatro años" (fotografía de Jacob A. Riis, alrededor de 1890) (Crédito de la foto

5.7)

“Lockout” (dibujo de Théophile Steinlen; firmado “Petit Pierre”) (*Crédito de la foto 5.8*)

*Thomas B. Reed (*Crédito de la foto 5.9)

Hermanos Brown

Capitán (más tarde Almirante) Alfred Thayer Mahan (Crédito de la foto 5.10)

Hermanos Brown. Carlos Guillermo Eliot (Crédito de la foto 5.11)

Samuel Gompers (Crédito de la foto 5.12)

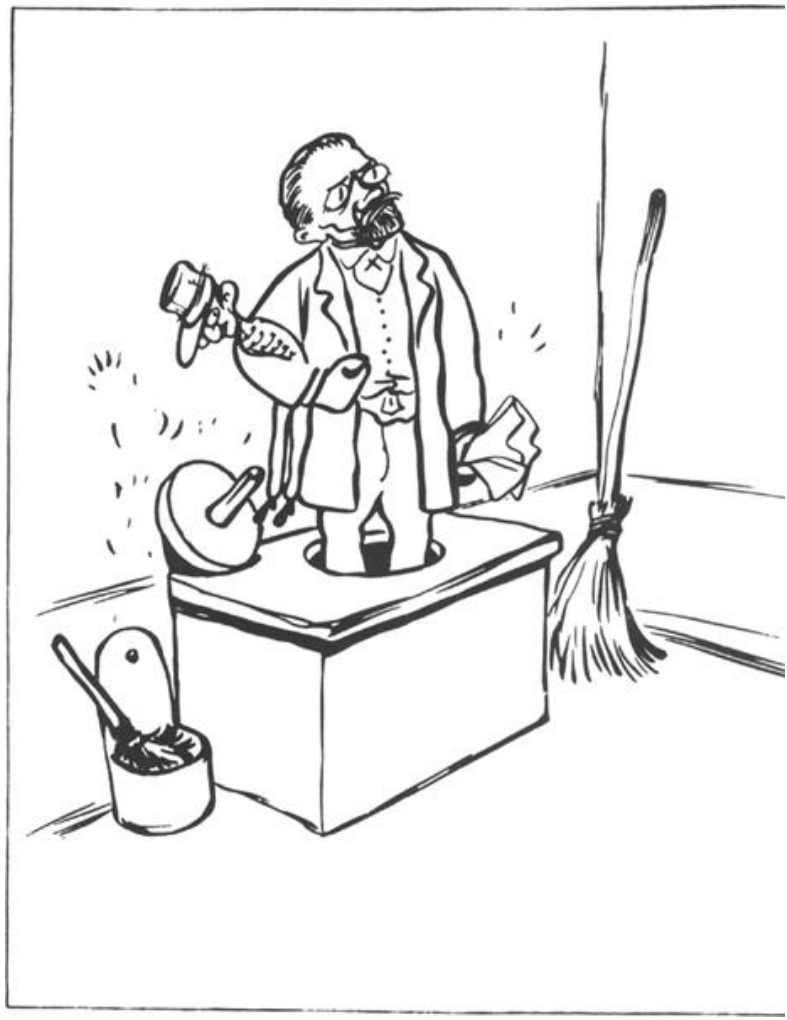
La turba durante el juicio de Zola (dibujo de Théophile Steinlen) (Crédito de la foto 5.13)

El “Sindicato” (dibujo de Forain) (*Crédito de la foto 5.14*)

El asunto Dreyfus.

“Alegoría” (dibujo de Forain) (Crédito de la foto 5.15)

Coucou, ¡voilá!



La Vérité sort de son puits.

“La verdad brotando de su pozo” (dibujo de Caran d'Ache) (Crédito de la foto 5.16)

En 1891 se fundó la Alldeutsche Verband (Liga Panalemana), cuyo programa era la unión de todos los miembros de la raza alemana, dondequiera que residieran, en un estado panalemán. Su núcleo sería una Gran Alemania que incorporaría a Bélgica, Luxemburgo, Suiza, Austria-Hungría, Polonia, Rumania y Serbia que, una vez cumplida esta primera etapa, extendería su dominio por todo el mundo. La Liga distribuyó carteles para exhibir en los escaparates que decían: “Dem

Deutschen gehört die Welt” (“El mundo pertenece a los alemanes”). En una simple declaración de propósito, Ernst Hasse, fundador de la Liga, declaró: “Queremos territorio incluso si pertenece a extranjeros, para que podamos moldear el futuro de acuerdo con nuestras necesidades”. Era una tarea para la que sus compatriotas se sentían a la altura.

Cualquier estallido de lucha entre las naciones, como en la guerra chino-japonesa de 1895 o la guerra hispanoamericana, despertaba en los alemanes un poderoso deseo de mezclarse. El almirante von Diederichs, al mando del escuadrón alemán del Pacífico en la bahía de Manila, Estaba a punto de tomar rápidamente Filipinas, y sólo el rugido enrojecido del almirante Dewey: "¡Si su almirante quiere pelea, puede pelear ahora!" (silenciosamente aunque visiblemente apoyado por los movimientos del escuadrón británico) lo hizo retroceder. "Para los alemanes", comentó el secretario Hay, "hay algo monstruoso en la idea de que una guerra debería tener lugar en cualquier lugar y no sacar provecho de ella". Dewey, comprensiblemente, pensó que tenían “malos modales”. "Son demasiado exigentes y ambiciosos", dijo, "algún día se extralimitarán".

En la cúspide del Estado alemán había un gobierno esencialmente caprichoso. Los ministros eran independientes del Parlamento y ocupaban sus cargos a voluntad de un soberano que se refería a los miembros del Reichstag como “cabezas de oveja”. Dado que los cargos gubernamentales estaban restringidos a miembros de la aristocracia y la premisa de una carrera política era la aceptación incondicional de los principios del partido conservador, las puertas estaban cerradas a los nuevos talentos. "Ni siquiera el liberal más manso", lamentó el editor del Berliner Tageblatt, "tenía posibilidades de alcanzar un puesto de la más mínima distinción". Después de la destitución de Bismarck por el Kaiser en 1890, nadie con inteligencia creativa activa ocupó un puesto importante. El canciller, elegido porque representaba un gran alivio de Bismarck, fue el príncipe Chlodwig zu Hohenlohe-Schillingsfürst, un bávaro paternal y de modales amables cuyo lema, se decía, era: "Usa siempre un buen abrigo negro y cállate". El ministro de Asuntos Exteriores era el conde Bernhard von Bülow, un elegante caballero de extrema suavidad y importancia personal y de modales tan bien engrasados que en las conversaciones y correspondencia parecía estar siempre frotándose las manos como un comerciante de alfombras. Solía garabatear notas en los puños de su camisa por miedo a olvidar el menor de los deseos de Su Majestad. En un esfuerzo por captar el estilo parlamentario natural de Balfour, practicó agarrándose las solapas de su abrigo frente al espejo del baño, guiado por un agregado del Ministerio de Asuntos Exteriores. “Miren”, murmuró un

observador conocedor en el Reichstag cuando Bülow se levantó para hablar, “aquí viene el asunto de las solapas”.

Detrás de Bülow, al mando de la política exterior estaba el invisible Holstein, que a la manera de las cortes bizantinas ejercía el poder sin cargo nominal. Consideraba toda la diplomacia como una conspiración, todas las propuestas de gobiernos extranjeros como una trampa oculta y dirigía las relaciones exteriores basándose en la animosidad de todos hacia Alemania. Los intereses de una gran potencia, le explicó a Bülow, no eran necesariamente idénticos al mantenimiento de la paz, “sino más bien a la subyugación de sus enemigos y rivales”. Por lo tanto, "debemos albergar la sospecha" de que el objetivo ruso era "más bien un medio para alcanzar el poder que para lograr la paz". Bülow estuvo de acuerdo. Sus instrucciones a los enviados en el extranjero respiraban trampas y complots y trataban la agenda de Muraviev como si fuera una canasta de serpientes. Sería deseable, escribió a su embajador en Londres, "que esta idea de paz y desarme... naufragara por las objeciones de Inglaterra sin que nosotros tuviéramos que aparecer en primer plano", y confiaba en que el embajador guiaría el intercambio de opiniones con el Sr. Balfour hacia ese fin.

Balfour, el Ministro de Asuntos Exteriores en funciones de Lord Salisbury, no era una víctima totalmente adecuada para las manipulaciones de Bülow. Por muy escéptico que fuera los resultados, el gobierno británico, a diferencia del alemán, no se sintió amenazado por una conferencia internacional y no tenía intención de soportar la peor parte de arruinarla. Además, en Inglaterra no se podía burlar el entusiasmo público. En los cuatro meses posteriores al manifiesto del zar, llegaron al Ministerio de Asuntos Exteriores más de 750 resoluciones de grupos públicos que acogían con satisfacción la idea de una conferencia internacional y expresaban la “seria esperanza”, en palabras de uno de ellos, de que el Gobierno de Su Majestad ejercería su influencia. para asegurar su éxito “para que pueda resultar algo práctico”. Las resoluciones provinieron no sólo de sociedades de paz establecidas y congregaciones religiosas, sino también de reuniones de ciudades y condados, comités de distritos rurales y consejos de condado, fueron firmadas por el alcalde, estampadas con el sello del condado y enviadas por el Lord Teniente. Algunos sin el beneficio de organismos oficiales procedían simplemente de la “Gente de Bedford”, los “Residentes de Rotherhead” o la “Reunión Pública en Bath”. Muchos procedían de comités locales del Partido Liberal, aunque los grupos conservadores estaban notoriamente ausentes, al igual que las congregaciones de la Iglesia de Inglaterra. Todas las sectas inconformistas estuvieron representadas: bautistas, metodistas,

congregacionalistas, Christian Endeavor, inconformistas galeses, evangélicos irlandeses. La Sociedad de Amigos recogió peticiones con un total de 16.000 firmas. Asociaciones bíblicas, escuelas de adultos, escuelas de mujeres, la Asociación Nacional de Mujeres Británicas sobre la Templanza, la Cámara de Comercio de Manchester, la Asociación de Paz y Arbitraje del Oeste de Escocia, la Liga Humanitaria, la Asociación Liberal de Mujeres de Oxford, la Junta General de Disidentes Protestantes, el Alcalde de Leicester, el alcalde de Sheffield y el secretario municipal de Poole se encontraban entre los firmantes.

Tomos encuadernados de las resoluciones firmadas con una “S” temblorosa. indicó que Lord Salisbury estaba siguiendo la opinión pública. Una delegación en representación de la Cruzada Internacional por la Paz encabezada por el conde de Aberdeen y el obispo de Londres visitó al señor Balfour, quien los recibió con un elegante discurso adoptando “una visión optimista de la disminución, no diré la extinción, sino la disminución”. de guerra en el futuro” y espera que la próxima conferencia sea un “gran hito en el progreso de la humanidad”, independientemente de que produzca o no resultados prácticos, añadió. Esto no era exactamente lo que Bülow esperaba.

El epítome del movimiento por la paz fue el periodista más entusiasta y prolífico de una época rica en su especie, William T. Stead, fundador y editor de Review of Reviews. Stead era un torrente humano de entusiasmo por las buenas causas. Su energía era ilimitada, su optimismo interminable, su egoísmo gigantesco. Como autoproclamado Papa del periodismo, su dirección telegráfica registrada era “Vaticano, Londres”. Durante los años ochenta había editado el diario liberal Pall Mall Gazette, en una serie de explosiones que hicieron que su lectura fuera obligatoria en la vida pública. "Es usted demasiado extenuante, demasiado extenuante", afirmó el Príncipe de Gales, que lo leía con regularidad. Stead se embarcó imprudentemente en cruzadas que iban desde la protección de las prostitutas hasta un "imperialismo cuerdo". Incluían campañas contra las atrocidades búlgaras, la vida de los presos siberianos, la deserción del general Gordon en Jartum, la esclavitud en el Congo, las víctimas laborales del "Domingo Sangriento" en Trafalgar Square y a favor de la adopción de bebés, bibliotecas de aldea, esperanto, correspondencia de académicos internacionales y vivienda para los pobres. Su obra más notoria, publicada bajo el título “El tributo a la doncella de la Babilonia moderna”, describía su compra personal de una niña de trece años por cinco libras esterlinas como medio de dramatizar la adquisición de niñas vírgenes para la prostitución. Los artículos causaron sensación en todo el mundo y, además de provocar el juicio

y el encarcelamiento de Stead por secuestro, lograron forzar una enmienda que elevaba la edad de consentimiento de trece a dieciséis años.

Stead visitó Rusia en 1889, donde entrevistó a Alejandro III y se convirtió en un defensor de la alianza anglo-rusa y, por tanto, de todo lo ruso. Hizo campaña a favor de una gran armada a instancias de su amigo el almirante Fisher; colaboró con el general Booth en un libro, In Darkest England; se unió a Cecil Rhodes en la causa de la Federación Imperial y la unión del mundo de habla inglesa. Decidió reformar Chicago después de una visita allí en 1893, expuso sus males y expuso un plan de regeneración en un libro llamado Si Cristo viniera a Chicago y organizó una Federación Cívica que incluía a líderes sindicales y a la Sra. Potter Palmer para poner en práctica el plan. acción. Durante la visita habló con el gobernador Altgeld e invitó a Fielden, uno de los anarquistas indultados, a compartir su plataforma de orador.

El principio conector que atravesaba sus causas era la creencia en el deber del hombre de modificar la sociedad y ampliar el dominio británico. Le gustaba utilizar la frase "el inglés de Dios" y concebía a esta figura como alguien que corrige los errores; cualquier cosa que aumentara su poder era una influencia benévola. Apareció tan a menudo en lados opuestos de la misma cuestión, como en el caso de la limitación de armamentos y de una gran marina, que se le acusó de falta de sinceridad, aunque de hecho, como en cualquier momento concreto, su sinceridad era genuina, aunque ágil.

En 1890 fundó su propia revista, la Review of Reviews mensual, con el objetivo expreso de hacerla leída en todo el mundo de habla inglesa “como los hombres solían leer sus Biblias... para descubrir la voluntad de Dios y su deber para con sus semejantes”. .” Al encontrar un mes menos satisfactorio como órgano político, anheló que un millonario lo respaldara en un diario propio y una vez en París le dijo a un amigo: "Fui a Notre Dame para hablar con Dios sobre esto".

Detestado por algunos, era amigo de los grandes, entre ellos, además de Rhodes y Fisher, James Bryce, el cardenal Manning, Lord Esher, Lord Milner, la señora Annie Besant y Lady Warwick, quienes le organizaron un almuerzo tête-à-tête. con el Príncipe de Gales. Entrevistó a soberanos, ministros del gabinete, arzobispos y ayudó a todas “las razas oprimidas, los animales maltratados, los mecanógrafos mal pagados, las mujeres incomprendidas, los párrocos perseguidos, los hombres públicos vilipendiados, los aspirantes a suicidas, los evangelistas de todo tipo y los padres sin hijos”. Su charla era un río y, como conferenciante, "saltó sobre la faz del mundo como si estuviera

en un saltador". Además de escribir, editar, viajar, entrevistar y dar conferencias, escribió o dictó unas 80.000 cartas en sus veintidós años en Review of Reviews, un promedio de diez por día. Abrazó el espiritismo y se consideraba una reencarnación de Carlos II, quien a través de él estaba reparando su vida anterior en la tierra.

Era de baja estatura, de color intenso, ojos azules brillantes y barba rojiza, y desafiando el paño negro vestía trajes de tweed toscos y un sombrero de fieltro suave. Fuerte en buena voluntad, era débil en juicio. Si hubiera poseído esa cualidad en proporción a sus cualidades mentales y de carácter, dijo Lord Milner, habría sido "simplemente irresistible". Al ver en él, de forma exagerada, todos los atributos de los ingleses de su generación, un periodista estadounidense lo resumió como “el tipo perfecto de hombre del siglo XIX”. Milner lo vio como un cruce entre Don Quijote y PT Barnum, que pudo haber sido lo mismo.

Naturalmente, un apasionado defensor del arbitraje, Stead vio que conduciría al establecimiento de una corte internacional de justicia y, finalmente, a los Estados Unidos de Europa. Anticipándose al zar, había sugerido en 1894 un compromiso internacional por parte de las potencias de no aumentar sus presupuestos militares hasta finales de siglo. Cuando la propuesta rusa irrumpió en el mundo, Stead vio la mayor oportunidad de su carrera. Decidió inmediatamente realizar una gira personal por las capitales como parte de una gran campaña para convencer a la gente de todas partes de que el zar era sincero y suscitar un grito colectivo de apoyo a la Conferencia. La gira culminaría con una entrevista con el zar, en la que no lo disuadió la opinión del Príncipe de Gales, transmitida a través de Lady Warwick, de que el joven gobernante, sobrino de su esposa, era "débil como el agua... no tiene carácter y No te será de la más mínima utilidad. En el camino, Stead tenía previsto entrevistar al Papa, al káiser y al presidente de Francia, así como al rey Leopoldo de Bélgica, a quien convencería para que se convirtiera en portavoz de una liga de pequeñas potencias. Para protegerse de una posible interferencia oficial, llamó al señor Balfour del Ministerio de Asuntos Exteriores, a quien al principio encontró “indiferente e irónico”, pero que rápidamente se endureció en respuesta a las rapsodias de Stead. Balfour no entendía, dijo, cómo Stead podía contemplar tan alegremente “el creciente crecimiento y poder de Rusia”. Para su época no importaba, "¿pero qué pasa con nuestros hijos?... ¿Qué clase de mundo será cuando Rusia ejerza una influencia dominante sobre todo el sudeste de Europa?" Sin embargo, no se ofreció a poner ningún obstáculo en el camino de Stead.

Un mes después de las primeras noticias, Stead estaba en camino. En París no pudo ver al presidente Félix Faure, aunque sí a Clemenceau, quien dijo que “no saldría nada de la Conferencia” y se negó a cambiar de opinión. El rey Leopoldo, el káiser y el papa León XIII también lo evitaron, pero Nicolás II, cumpliendo una promesa que su padre había hecho a Stead hace diez años, le concedió no sólo una audiencia sino tres. La amabilidad imperial deslumbró a Stead, quien, no acostumbrado a las cortes, la tomó por el carácter del hombre y no se dio cuenta de que era el oficio del monarca. En cualquier caso, estaba decidido a producir un héroe. El zar, dijo a sus lectores, era encantador, comprensivo, alerta, lúcido, con un agudo sentido del humor, sincera franqueza, admirable modestia, noble gravedad, gran resolución, notable memoria, "excepcional rapidez de percepción y amplia comprensión de una inmensa variedad de hechos”, y todos ellos estaban al servicio de la causa de la paz. Los elogios de Stead a las intenciones de Rusia superaron hasta tal punto sus objetivos reales que los ministros rusos se quejaron ante el gobierno británico de estar "muy avergonzados". Sus artículos, sin embargo, fueron un maná para el movimiento por la paz. De regreso a Londres publicó un nuevo semanario, Guerra contra la Guerra, organizó la Cruzada Internacional por la Paz e hizo todo lo que pudo para fortalecer la demanda pública de una Conferencia que no podía ni debía fracasar.

La opinión pública no era toda de una sola pieza. Si los liberales (y no todos) compartían el entusiasmo de Stead, los conservadores no. En todos los pueblos había mucho de lo que William Ernest Henley cantó como “el espíritu de batalla gritando en mi sangre”. Fue lo que hizo que Romain Rolland, que un día se haría famoso como pacifista, gritara alegremente en 1898: "¡Dadme el combate!". El materialismo de la época, la creciente comodidad, el poder del dinero para sustituir el músculo, produjeron en muchos un sentimiento de disgusto o incluso una búsqueda de lo extenuante, como cuando el joven Theodore Roosevelt se dirigió a las Montañas Rocosas. La gente sentía la necesidad de algo más noble y lo veía brillar en la perspectiva del peligro y el combate físico, en el sacrificio, incluso la muerte, en el campo de batalla. El periodista Henry Nevinson sintió un ardor marcial cuando ejerció como oficial de los Voluntarios y ofendió a sus amigos socialistas al declarar que “no le gustaría vivir en un mundo en el que no hubiera guerra”. En años posteriores le pareció que el ardor se debía en parte a la ignorancia de la guerra y en parte a la influencia de Kipling y Henley.

Dentro de límites estrechos, Henley era el Stead de los conservadores, aunque carecía de la fuerza elemental y la conciencia social de Stead. Ningún homenaje teutónico a la raza superior podría

eclipsar su celebración de “Inglaterra, mi Inglaterra”, cuya “mano envuelta en malla” guía destinos repletos de gente, cuya “raza de hombres poderosos” es incomparable, cuyos barcos son “el deleite del viejo y feroz mar”, que es:

> Hija elegida del Señor Esposa en Jefe de la antigua Espada.
>
> ¡Ahí está la amenaza de la Palabra en la canción que tocan tus cornetas, Inglaterra! ¡Fuera del cielo con tus cornetas tocadas!

Esto era un patriotismo enloquecido y representaba un estado de ánimo, no un pueblo. En el mismo estado de ánimo, los estadounidenses escucharon a Albert Beveridge despotricar: "Somos una raza conquistadora... debemos obedecer a nuestra sangre".

Tales sentimientos estuvieron entre los resultados indirectos del viaje más fatídico desde Colón: el de Charles Darwin a bordo del Beagle. Los hallazgos de Darwin en El origen de las especies, cuando se aplicaron a la sociedad humana, proporcionaron la base filosófica para la teoría de que la guerra era a la vez inherente a la naturaleza y ennoblecedora. La guerra era un conflicto en el que sobrevivía la raza más fuerte y superior, avanzando así la civilización. Los pensadores, historiadores, científicos políticos y militares de Alemania, trabajando en la teoría con la industria de los topos y la tenacidad de los bulldogs, la elevaron al nivel de dogma nacional. Houston Stewart Chamberlain, yerno de Wagner, proporcionó una justificación racial en su obra Los fundamentos del siglo XIX, publicada en alemán, que demostraba que los arios, siendo superiores en cuerpo y alma a otros hombres, tenían derecho a ser dueños del mundo. tierra. Treitschke explicó que la guerra, al purificar y unificar a un gran pueblo, era la fuente del patriotismo. Al vigorizarlos, fue una fuente de fortaleza. La paz estaba estancada y decadente y la esperanza de una paz perpetua no sólo era “imposible sino también inmoral”. La guerra como ennoblecimiento se convirtió por extensión, en palabras de los generales von der Goltz y Bernhardi, en una necesidad. Era derecho y deber de la raza más noble, más fuerte y superior extender su dominio sobre los pueblos inferiores, lo que, desde el punto de vista alemán, significaba sobre el mundo. Para otras naciones significó más colonias. El darwinismo se convirtió en la carga del hombre blanco. El

imperialismo adquirió un imperativo moral.

Los efectos indirectos de Darwin alcanzaron su apoteosis en el Capitán Mahan. La “colisión honesta” entre naciones era “evidentemente una ley del progreso”, escribió en una serie de artículos de 1897 a 1899 en los que intentó instruir a los estadounidenses sobre su destino. Éste se llamó "El aspecto moral de la guerra". En otro, “A Twentieth Century Outlook”, escribió que nada era “más siniestro para el futuro de nuestra raza” que la vociferante tendencia actual “que se niega a reconocer en la profesión de las armas, en la guerra”, la fuente del “ideal heroico”. .” En una carta privada escribió: “No podría ocurrir mayor desgracia que que las naciones civilizadas abandonaran sus preparativos para la guerra y recurrieran al arbitraje”. Su tesis era que el poder, la fuerza y, en última instancia, la guerra eran los factores que decidían las grandes cuestiones del destino de una nación y que depender de cualquier otra cosa, como el arbitraje, era una ilusión. Si el arbitraje sustituyera a los ejércitos y las armadas, la civilización europea “podría no sobrevivir, habiendo perdido su energía de combate”. Sin embargo, Mahan creía que el siglo XX revelaría que la conciencia del hombre estaba mejorando. No podría haber predicado el poder de manera tan positiva si no hubiera creído igualmente en el progreso. Su rectitud moral brilla en una fotografía tomada con su esposa y sus dos hijas adultas. Cuatro pares de ojos francos miran directamente a la cámara. Cuatro narices rectas como quillas, cuatro bocas firmes, las blusas de cuello alto de las señoras sujetas con pasadores en el cuello, los sombreros rígidos sobre el pelo recogido, todo expresa a la persona "segura de ciertas certezas", una especie que pronto estar tan extinto como Ribblesdale.

La necesidad de la lucha fue expresada por muchos portavoces de muchas formas: en el élan vital de Henri Bergson, en Life Force de Shaw, en la extraña mezcla mágica de Nietzsche que entonces extendía su fascinación por Europa. Nietzsche reconoció la decadencia de la religión como fuerza primaria en la vida de las personas y lanzó su desafío en tres palabras: "Dios ha muerto". Habría sustituido a Superman, pero la gente corriente lo sustituyó por patriotismo. A medida que la fe en Dios retrocedía ante el avance de la ciencia, el amor a la patria empezó a llenar los espacios vacíos del corazón. El nacionalismo absorbió la fuerza que alguna vez perteneció a la religión. Donde antes la gente luchaba por la religión, ahora presumiblemente no harían menos por su sucesora. Una sensación de conflicto creciente llenó el aire. Yeats, que vivía en París en 1895, se despertó una mañana de una visión apocalíptica:

… Lanzas desconocidas

De repente me lanzo ante mis ojos despertados en sueños, y luego el choque de los jinetes caídos y los gritos de ejércitos desconocidos que perecen golpean en mis oídos.

De manera bastante desconectada, ese mismo año, en el aislamiento de las habitaciones de AE Housman sonó el repiqueteo de tambores lejanos:

En la colina ociosa del verano, somnoliento con el fluir de los arroyos,

A lo lejos oigo al tamborilero tamborilear como un ruido en sueños.

Lejos y cerca y bajo y más fuerte. Por los caminos de la tierra pasan,

Queridos amigos y comida para la pólvora, soldados marchando, todos a morir...

Lejos suenan las cornetas, alto el pífano que grita responde,

Gay siguen las limas escarlatas: Mujer me aburre, me levantaré.

La Haya, como capital de un pequeño país neutral, fue elegida como sede de la Conferencia y se fijó el 18 de mayo de 1899 como día de apertura. Los acuerdos previos despertaron una serie de viejas animosidades y disputas actuales. China y Japón, Turquía y Grecia, España y Estados Unidos acababan de terminar guerras; Gran Bretaña y el Transvaal se estaban preparando para una guerra que amenazaba con estallar en cualquier momento. Como nación anfitriona y fervientes partidarios de los bóers, los holandeses casi estrangularon la Conferencia antes de que pudiera nacer exigiendo invitaciones para Transvaal y el Estado Libre de Orange. Turquía se opuso a la inclusión de Bulgaria e Italia amenazó con retirarse si la inclusión del Vaticano implicaba su reconocimiento como potencia temporal. Al ver "un significado muy siniestro" en esto, Alemania inmediatamente sospechó

que Italia planeaba separarse de la Triple Alianza y ella misma amenazó con retirarse de la Conferencia si alguna otra potencia importante lo hacía. Superadas estas cuestiones, las naciones procedieron al nombramiento de delegados.

Las elecciones reflejaron la ambivalencia de la agenda, preocupada por un lado por la paz mediante el arbitraje y por el otro por la conducción de la guerra. Aunque el arbitraje no se había mencionado en el manifiesto del zar, sí se había incluido en la agenda de Muraviev y desde entonces, en la mente del público, se había convertido en el objetivo principal. La Cruzada por la Paz de Boston celebró reuniones todas las semanas durante marzo y abril exigiendo que Estados Unidos se comprometiera con el objetivo de “un tribunal permanente para el siglo XX”. Con el Congreso en crisis por la votación del Tratado de Paz con España, se instó a McKinley a nombrar presidente a Eliot de Harvard con la esperanza de calmar el sentimiento antiimperialista. Como era poco probable que Eliot resultara ser un delegado manejable, McKinley prefirió una selección más segura en Andrew White, ex presidente de Cornell, ahora embajador en Berlín. White, que pasó de profesor de Historia a eminencia cívica, fue un hombre trabajador y de mentalidad noble que creía en todo lo correcto. En La Haya pronto trabó amistad con el duque de Tetuán, delegado del difunto enemigo España, quien compartía con él “la pasión por la arquitectura catedralicia y la música de órgano”. Junto a White se nombró a un delegado que actuaría como guardián de los intereses estadounidenses y adoptaría una visión objetiva de los procedimientos con la que nadie podría simpatizar: el capitán Mahan. La aparición de su nombre en la lista profundizó las sospechas de Alemania sobre la Conferencia. “Nuestro mayor y más peligroso enemigo”, señaló sombríamente el Káiser.

Las instrucciones americanas a los delegados comenzaron por rechazar el propósito original de la Conferencia. La limitación de armamentos “no podía discutirse de manera rentable” porque de todos modos las armas estadounidenses estaban por debajo del nivel de las potencias europeas y la iniciativa en este asunto podía dejarse en sus manos. En cuanto a las restricciones al desarrollo de nuevas armas, se consideró "dudoso que un acuerdo internacional con este fin pudiera resultar eficaz". Los delegados debían apoyar los esfuerzos para hacer más humanas las leyes de la guerra y ellos mismos debían proponer un plan específico para un tribunal de arbitraje. También se les ordenó proponer la inmunidad de la propiedad privada frente a la captura en el mar, una sugerencia aparentemente insulsa que contenía profundidades de problemas insondables.

Francia nombró como su principal delegado a un ex primer ministro y amigo del arbitraje, Léon Bourgeois, cuyo mandato en 1895-1896 había sido asumido en un esfuerzo tenaz por promulgar el impuesto gradual sobre la renta contra la violenta oposición del Senado. Había sido derrotado por poco. Con el asunto Dreyfus amenazando con una crisis gubernamental en cualquier momento que podría devolver a Bourgeois al poder, La Haya ofreció una feliz oportunidad para sacarlo de escena. “Amable, elegante y elocuente”, según un colega político, si no amigo, Bourgeois “cultivaba una fina barba de ébano y expresaba pensamientos comunes con voz suave”.

Francia, que ya había sido despertada por el asunto en un estado de ánimo de superpatriotismo, insultada por el hecho de que Rusia no la consultara con antelación, decidida a no aceptar ningún arreglo del statu quo, Francia acogió la Conferencia no más que cualquier otra nación. “Renunciar a la guerra es en cierto sentido renunciar a la propia patria”, fue el comentario de un oficial francés sobre el manifiesto del zar. Madame Adam, amiga de Gambetta y sacerdotisa de la revancha, cuando fue invitada a escuchar una conferencia de Bertha von Suttner, respondió: “¿Yo? ¿A una conferencia sobre la paz? Ciertamente no. Estoy a favor de la guerra”. Sin embargo, Francia envió a La Haya, como segundo de Bourgeois, a un dedicado apóstol de la paz, el barón d'Estournelles de Constant. Diplomático profesional hasta los cuarenta y tres años, estaba cada vez más preocupado por la tendencia de los asuntos internacionales hasta que un día de 1895, conmocionado por una frívola amenaza de guerra en una disputa menor, renunció a la diplomacia para dedicarse a la política y a la Cámara. en la causa de la paz. Un hombre apuesto y de modales refinados, trajo a la Conferencia como delegado oficial el fervor y la voz del movimiento por la paz.

Como iniciadores, los rusos proporcionaron al presidente de la Conferencia en la persona de su embajador en Londres, el barón de Staal, un agradable anciano con largas patillas blancas y un sombrero de copa cuadrada. El Príncipe de Gales lo describió como "uno de los mejores hombres que jamás haya existido... que nunca dijo nada que no fuera cierto", lo que fue un equipo útil, si no adecuado, para su tarea. El verdadero jefe de la delegación rusa fue Feodor de Martens, profesor emérito de Derecho Internacional de la Universidad de San Petersburgo, quien no permitió que nadie olvidara que gozaba de reputación como el principal jurista europeo en su campo. Era "un hombre de gran conocimiento", dijo Witte, "pero de ninguna manera de mente abierta". El futuro jefe de Estado Mayor, el coronel Jilinsky, era el delegado militar.

El conde Münster, embajador de Alemania en París, en el cesto de basura de cuya embajada comenzó el asunto Dreyfus, esperaba con poco placer ser el principal delegado de su país. "Golpear el aire vacío es siempre un trabajo tedioso", le escribió a un amigo. La limitación de armas era ausgeschlossen ("fuera de cuestión"), la palabra alemana favorita. El arbitraje era importante, pero el acuerdo probablemente era imposible. Para salvar la cara de Rusia, no se puede permitir que la Conferencia termine en un fiasco y su trabajo debe cubrirse con un "manto de paz". Münster, un caballero cortesano de pelo blanco a quien Andrew White consideraba un "espléndido espécimen" de un noble alemán a la antigua usanza, había estado destinado en Inglaterra, se había casado con una esposa inglesa y nada le complacía tanto como ser tomado por un inglés. hidalgo. Además de los delegados militares y navales, tenía dos asociados jurídicos, el profesor Zorn de la Universidad de Königsberg y el profesor Barón von Stengel de la Universidad de Munich, cuya principal cualificación era un panfleto que acababa de publicar titulado Paz eterna, en el que ridiculizaba la próxima Conferencia y Exaltó las virtudes de la guerra. Aunque Stengel no dijo nada anormalmente diferente de lo que muchos en otros países creían, lo dijo a la manera alemana de manera grosera y ruidosa, y el rápido gesto del Kaiser al nombrarlo delegado no necesitó un pulgar en la nariz para dejar claro el punto. Stead, entonces en Berlín, protestó, Bülow derramó explicaciones y los periódicos cómicos alemanes caricaturizaron a Stengel como un toro introducido en un lecho de tulipanes.

Una especie de magia en la Conferencia la había hecho realidad a pesar del desprecio general y obtuvo de Gran Bretaña el elogio de una fuerte delegación. Su jefe, Sir Julian Pauncefote, embajador en Washington, fue, como negociador del primer tratado de arbitraje del mundo, el destacado defensor de la idea en la vida oficial. Un dignatario tranquilo, corpulento y sereno que recordaba a un oso polar, logró maravillas de la diplomacia al actuar según el principio: "Nunca cedas y nunca ofendas". "Nunca dudé en abrirle todo mi corazón", dijo el secretario Hay, "porque él era el alma del honor y la franqueza". Lo acompañaba el recientemente retirado Portavoz de la Cámara, Sir Arthur Peel, cuya impresionante presencia en la Presidencia había sofocado a los miembros más problemáticos. "Cuando Peel perdía los estribos era como una tormenta en el mar", dijo uno de ellos. "Podía soportar a un aburrido, pero odiaba a un canalla, ya fuera bien o mal vestido".

Como delegados militares y navales, el gobierno de Lord Salisbury seleccionó a dos hombres excepcionales de los rangos superiores de sus respectivos servicios. El general de división Sir John Ardagh,

después de obtener honores en hebreo y matemáticas en el Trinity College de Dublín, había pasado de la carrera clerical a la militar. Posteriormente había sido observador en las guerras franco-prusiana y ruso-turca, prestó servicio activo en Egipto y Sudán y ahora era Director de Inteligencia Militar.

Su colega naval fue el individualista más indómito de su tiempo, poseedor de un vigor y un ímpetu notables en cualquier época. El almirante Sir John Fisher fue una fuerza de la naturaleza enteramente dirigida al renacimiento del poder marítimo británico mediante la modernización de la Armada. Su única otra manía era el baile, que practicaba desde la gaita hasta el vals en cada oportunidad, con otros oficiales si era necesario cuando no había damas presentes. Cualquier cosa por la que luchó fue una lucha contra el peso y el letargo de "la forma en que siempre ha sido" y su carrera fue la de una escoba feroz que barre la obsolescencia tanto en los hombres como en los barcos. Exigió petróleo en lugar de carbón veinte años antes de su tiempo, sustituyó el entrenamiento en artillería por alfanjes, entrenamiento en motores e ingeniería para aparejos y el manejo de velas, introdujo destructores, fue pionero en artillería, blindaje y diseño de acorazados. Durante el bombardeo de Alejandría, cuando se necesitaba un tren blindado para transportar una fuerza de desembarco, inventó uno. Había sido Comandante de la Escuela de Torpedos, Director de Artillería Naval, Superintendente de Astilleros, Tercer Señor del Mar, Contralor de la Armada y actualmente era Comandante en Jefe de la Estación Atlántica.

Nacido en Malaya, Fisher tenía un extraño rostro plano y bien afeitado que inspiró a sus enemigos, que eran innumerables, a insinuar ampliamente su ascendencia oriental. En su buque insignia, cuando "merodeaba con el paso rítmico y constante de una pantera, el alcázar temblaba y todas las manos temblaban con él. Cuando se corrió la voz: '¡Cuidado, aquí viene Jack!' todos se pusieron terriblemente firmes mientras el grande fallecía y se alejaba". Sobre los ortodoxos, su flujo de ideas tuvo un efecto paralizante o enloquecedor. Cuando hablaba de algún proyecto o programa nuevo, mantenía a su compañero fijo con una mirada brillante y enfatizaba cada frase con un puñetazo en la palma. Cuando escribía cartas, su énfasis tomaba la forma de dos, tres o cuatro líneas debajo de una palabra y las cerraba, no "con prisa", sino "¡con violenta prisa!". o con la advertencia: "¡Quema esto!" Le gustaba citar la máxima de Napoleón, J'ordonne ou je me tais ("Yo mando o me quedo callado"), pero fue incapaz de practicar la segunda parte.

Por el momento, en caso de guerra con Francia por Fashoda, había

concebido un plan para ejecutar una incursión naval en la Isla del Diablo y secuestrar a Dreyfus para desembarcarlo en la costa de Francia para avergonzar al ejército y sembrar disensión. Como lema de uno de sus destructores eligió Ut Veniant Omnes (Que vengan todos). Sus pretendidos principios de batalla eran "No dar cuartel, no tomar prisioneros, hundirlo todo, no hay tiempo para la misericordia, Frappez vite et frappez fort, l'Audace, l'audace, toujours l'audace", pero esto estaba destinado más a fines morales. efecto que como tácticas serias. Cuando Lord Salisbury lo nombró delegado naval en La Haya, comentó que no había duda de que Jacky Fisher lucharía en la Conferencia de Paz. “Así lo hice”, escribió Fisher después, “aunque no fue por la paz”.

La Haya resultó una elección inspirada. El encanto de la Huis ten Bosch (Casa en el bosque), palacio de verano de la Casa de Orange, donde se reunió la Conferencia, el agradable viaje de media hora desde la orilla del mar en Scheveningen, donde se alojaron muchos de los delegados, la hospitalidad de los El Gobierno de los Países Bajos y la sonriente bienvenida de su pueblo, el clima estival y el paisaje florido no podían dejar de refrescar los espíritus más cínicos. Las vacas blancas y negras pastaban tranquilamente a lo largo de la carretera, los canales reflejaban el cielo radiante, las dóciles alas de los molinos de viento giraban y los veleros se movían aparentemente sobre prados, sobre cursos de agua ocultos por la hierba alta. La alguna vez tranquila ciudad, un “elegante anacronismo” de casas de ladrillo y calles adoquinadas, estaba llena de bienvenida. Banderas de todas las naciones adornaban los serios hoteles, se pulían las ventanas, se limpiaban las puertas y se pulían y restauraban los edificios públicos. La Haya, animada por sus visitantes, pareció despertar como una Bella Durmiente de su letargo del siglo XVII.

El Huis ten Bosch era un castillo real de ladrillo rojo con marcos de ventanas blancos ubicado en un parque en las afueras de la ciudad. Sus ventanas se abrían a prados y jardines de rosas, fuentes y ninfas de mármol. En el bosque que dio nombre al lugar, los delegados pudieron caminar y conversar entre sesiones a lo largo de avenidas de magníficas hayas donde los pájaros cantaban y el sol brillaba entre las hojas.

Las sesiones plenarias se llevaron a cabo en la sala central de tres pisos de altura, adornada con damasco dorado y decorada con frescos con los triunfos de los antiguos príncipes Stadtholders en trono y a caballo. Desde el techo, cupidos pintados, Venus desnudas y la Muerte como un esqueleto lascivo miraban las filas recién instaladas de escritorios de tapete verde con capacidad para 108 delegados de 26

países. Predominaban los abrigos negros, variados por los uniformes militares, los fezzes rojos de los turcos y la toga de seda azul del delegado chino. El verdadero trabajo de la Conferencia tuvo lugar en los subcomités que se reunieron en los numerosos pequeños salones ricos en Delft y Meissen, papel tapiz chino y pálidas alfombras persas. Todos los días, los anfitriones holandeses servían un abundante almuerzo con buen vino y puros bajo los candelabros de cristal del Comedor Blanco, donde los delegados podían reunirse y conversar informalmente. El gusto y la dignidad de todos los arreglos, los licores selectos, la belleza del entorno, los bailes nocturnos y las recepciones comenzaron gradualmente a suavizar el ambiente de desdén con el que comenzó la Conferencia.

Ningún organismo semejante se había reunido jamás “con un espíritu de escepticismo más desesperado en cuanto a un buen resultado”, creía Andrew White cuando llegó. El gran profesor Mommsen de Alemania, el historiador más admirado de su tiempo, predijo que la Conferencia sería recordada como “un error de imprenta en la historia del mundo”. Incluso algunos de los amigos de la baronesa von Suttner no tenían muchas esperanzas. El príncipe Escipión Borghese, a quien invitó a estar presente como observador, respondió que nada sería más encantador que pasar tiempo con "un grupo de la alta vida pacífica", pero lamentablemente en mayo tendría que asistir a la boda de su hermana en el profundidades de Hungría. Durante el discurso de apertura de De Staal, pronunciado con voz alternativamente temblorosa y firme, el presidente dejó caer su mazo de madera, que inmediatamente, casi con entusiasmo, fue tomado como un mal augurio. La "deplorable" ignorancia rusa de De Staal sobre el procedimiento parlamentario y su manera despreocupada de adoptar reglas y mociones le parecieron a White presagiar un "caos sin esperanza".

La Conferencia se dividió en tres Comisiones: de Armamento, de Derecho de la Guerra y de Arbitraje, que a su vez se dividieron en subcomisiones. El presidente de la Primera Comisión era Auguste Beernaert, ex primer ministro y delegado jefe de Bélgica, a quien una vez el rey Leopoldo II había llamado “el mayor cínico del reino”. Político mundano en los inicios de su carrera, había sido la mano derecha del rey en la vasta empresa del Congo, así como en los esfuerzos de Leopoldo por fortificar la frontera belga contra la invasión. Sin embargo, al final de su vida, Beernaert sufrió un cambio de personalidad y se volvió pacifista y asistía habitualmente a congresos por la paz. Como presidente de la Cámara belga todavía ejercía el poder político. El profesor de Martens de Rusia fue presidente de la Segunda Comisión y Léon Bourgeois de la Tercera.

Los delegados se sentían incómodamente conscientes de que la conciencia del mundo estaba sobre sus hombros en la persona de un gran “groupe du high-life pacifique” que había llegado a La Haya como observadores. Como no esperaba más que el fracaso, la Conferencia decidió celebrar sesiones a puerta cerrada de las que la prensa estaba estrictamente excluida. Resultó ser una maniobra desesperada, ya que la prensa estaba dirigida personalmente por WT Stead, en calidad de corresponsal del Manchester Guardian. Gracias a entrevistas importunas y a sus innumerables conexiones personales, pudo publicar una crónica diaria de la Conferencia en una página especial que le puso a su disposición el Dagblad, principal periódico de La Haya. Los delegados lo devoraron, todos los demás corresponsales dependieron de él y los propagandistas de la paz difundieron sus noticias en el extranjero a sus sociedades de origen. Sucumbiendo a lo inevitable, la Conferencia abrió sus reuniones a la prensa.

Al frente de los observadores estaba la baronesa von Suttner, en calidad de corresponsal de la Neue Freie Presse de Viena. Convencida de que el 18 de mayo era una “fecha que hizo época en la historia del mundo”, sirvió té y habló con seriedad a los delegados y conversó sobre estrategia con D'Estournelles, Beernaert y sus otros amigos. Ivan Bloch llegó de Rusia con baúles llenos de ejemplares de su libro para distribuir. Dio conferencias con diapositivas de linterna para el público y recepciones para los delegados combinando excelentes cenas con fotografías y gráficos sobre el desarrollo de las armas de fuego. El Dr. Benjamin Trueblood, secretario cuáquero de la Sociedad Estadounidense por la Paz, vino de Boston, y Charles Richet, editor de La Revue Scientifique y director de la Sociedad Francesa por la Paz, de París. La Reina de Rumania bajo su seudónimo, Carmen Sylva, envió un poema. La señora Selenka de Munich presentó una petición pacifista firmada por mujeres de dieciocho países; Se presentaron una petición belga con 100.000 y una petición holandesa con 200.000 firmas. Andrew White se vio inundado de gente con “planes, esquemas, panaceas, nociones y fantasías de todo tipo” y por inundaciones de folletos y libros, cartas, sermones y telegramas, peticiones, resoluciones, oraciones y bendiciones. Sin embargo, detrás de los chiflados percibió evidencia de un sentimiento “más serio y generalizado que cualquier cosa que hubiera soñado”.

El conde Münster, en cambio, estaba disgustado. "La Conferencia ha traído aquí a la gentuza política del mundo entero", le escribió a Bülow, "periodistas del peor tipo como Stead, judíos bautizados como Bloch y mujeres fanáticas de la paz como la señora de Suttner... Toda esta chusma, apoyada activamente por Jóvenes Turcos, Armenios y

Socialistas además, están trabajando abiertamente bajo la égida de Rusia". Veía a Stead como "un agente probado a sueldo de Rusia" y el procedimiento en general como un complot ruso para anular la ventaja militar de Alemania. Sin embargo, incluso en su tierra natal, la "chusma" encontró eco cuando un comité de diputados, profesores y escritores del Reichstag instó a apoyar los objetivos de la Conferencia. Aunque se oponía a cualquier acuerdo que pudiera "rebajar incluso en un grado infinitesimal la posición de Alemania entre las naciones", esperaba algún resultado que aliviara a Europa de la carga de los impuestos sobre armamentos y evitara el estallido de guerras.

Sintiéndose el centro de atención de la esperanza del mundo, los delegados comenzaron a sentir el deseo de no defraudarla. Después de las dos primeras semanas de trabajo, informó Pauncefote, "se interesaron a pesar de sí mismos". Algunos, al menos, empezaron a querer tener éxito, a partir de un "amour-propre", como dijo van Karnebeek, el delegado de los Países Bajos, aunque sólo fuera por otra cosa. Algunos, afectados por la unión de tantas naciones, comenzaron a mirar hacia "una federación de las naciones de Europa... Ese es el sueño que comienza a surgir en La Haya. Europa debe elegir entre perseguir el sueño o la anarquía".

En cuanto al arbitraje surgió alguna esperanza, pero en cuanto a la limitación de armamentos, ya sea de las fuerzas actuales, de los presupuestos o de las nuevas armas, no hubo ninguna. A pesar de los esfuerzos desesperados de los rusos y el cálido apoyo de los estados pequeños y de muchos delegados civiles, los delegados militares de las principales potencias demostraron que cada propuesta de restricción o moratoria era "poco práctica". La cuestión llegó a un punto crítico cuando el coronel Jilinsky de Rusia instó a una moratoria de cinco años en una perorata en la que pedía a las naciones que se liberaran de la carga que estaba acabando con la vida en Europa. Apoyándolo elocuentemente, el general den Beer Portugael, de los Países Bajos, imaginó a los gobiernos "unidos como escaladores alpinos por la cuerda de sus organizaciones militares" y tambaleándose hacia el borde del abismo a menos que pudieran detenerlos mediante un "esfuerzo supremo". Poniéndose de pie, el delegado militar alemán, coronel Gross von Schwartzkopf, cortó la elocuencia como con un golpe de frío acero. El pueblo alemán, dijo, "no fue aplastado bajo el peso de los gastos en armamento... No se apresura hacia el agotamiento y la ruina". Por el contrario, su prosperidad, bienestar y nivel de vida estaban aumentando. Llevado por su tema, el coronel Schwartzkopf no dudó en asumir para Alemania el deber de oponerse a la moratoria, ahorrándole a cualquier otra gran potencia esa difícil tarea. Cuando quedó claro que Alemania no sería parte en ninguna

moratoria de ningún tipo y, en consecuencia, que no había la menor posibilidad de que fuera aprobada, las demás naciones votaron felices a favor de someterla a un subcomité para su consideración adicional. De esta manera, escribió Sir John Fisher, explicando su voto a su gobierno, los sentimientos rusos se salvarían y el público no sentiría que Inglaterra estaba bloqueando el debate completo de la propuesta.

En el comité de La Haya, Fisher se comportó con sorprendente prudencia; Extraoficialmente seguía siendo normal. “¡La humanización de la guerra!” explotó. “¡Se podría hablar también de humanizar el infierno!” Su respuesta a un “tonto” que hablaba de “las comodidades de la guerra civilizada y de poner los pies de los prisioneros en agua caliente y darles gachas”, se consideró no apta para publicación. En el libro de autógrafos de Stead escribió: "La supremacía de la Armada británica es la mejor seguridad para la paz del mundo". Se alojó en el hotel Kurhaus de Scheveningen, que, según su descripción, le convenía admirablemente: “Siempre hay tanta prisa. ¡¡¡La banda toca en el desayuno, en el almuerzo y en la cena!!! Continuamente llegan cajas enormes y el portero corre como un animal salvaje. ¡Ferrocarriles, telégrafos y oficinas de correos en el hotel!” Entre los delegados navales, Fisher fue tratado con respeto y adoración, y su ascenso en medio de la Conferencia a Comandante en Jefe de la Estación del Mediterráneo "atrajo mucho a todos los extranjeros", incluida incluso la baronesa von Suttner, quien lamentó su ausencia de un baile regalado por De Staal ya que era uno de los “bailarines más alegres”. Lo llamaban el "Almirante del baile" y, como personalmente era muy cortés y no se daba aires de grandeza, "ningún hombre en La Haya", informó Stead, "era más popular". Su contacto con los delegados alemanes convenció a Fisher de que Alemania, y no Francia, iba a ser el oponente de Gran Bretaña. Se enteró por el delegado naval alemán de que todos los barcos británicos serían inútiles en la guerra, ya que los alemanes esperaban hundirlos con hordas de torpederos.

Gran Bretaña estaba favorablemente dispuesta a la limitación naval, ya que habría frenado el programa naval alemán y preservado el status quo. Su apoyo dependía, sin embargo, de encontrar una fórmula para la inspección y el control que, según Fisher, era "absolutamente irrealizable". No veía muy bien la sugerencia rusa de que se podía confiar en la buena fe de los gobiernos. Rusia debería haber dicho claramente, comentó el delegado francés con bastante despiadada, que su verdadero objetivo era simplemente garantizar la paz durante tres años. Los alemanes volverían a oír hablar de ninguna limitación y Japón, según un informe británico, “sólo escuchará cuando haya alcanzado el nivel de las grandes potencias navales, es decir, nunca”.

La posición de Estados Unidos fue expresada inequívocamente por su duro realista, el Capitán Mahan, en privado, si no en reuniones públicas. Su gobierno, dijo a los británicos, de ningún modo discutiría siquiera la limitación naval; por el contrario, la próxima lucha por los mercados de China requeriría un aumento “muy considerable” del escuadrón estadounidense en el Pacífico, lo que afectaría los intereses de al menos cinco potencias. En cada comisión y discusión, Mahan hacía sentir su presencia como una voz de la conciencia que decía “No”; era, sin embargo, una conciencia que operaba no en nombre de la paz sino en nombre del ejercicio irrestricto del poder beligerante. Tenía “la seriedad más profunda de todas”, escribió un observador.

Le llevó a oponerse a la posición tradicional de su propio gobierno a favor de la inmunidad de la propiedad privada en el mar. Mahan creía que lo que había sido bueno para Estados Unidos como país neutral débil ya no sería bueno para ella como gran potencia. El derecho de captura era la esencia del poder marítimo, especialmente del poder marítimo británico, con el que creía que ahora estaban unidos los intereses de Estados Unidos. Miró hacia adelante, hacia los derechos de los beligerantes, en lugar de volver a los derechos de los neutrales.

Cuando White, según instrucciones, intentó incluir el asunto en la agenda, Fisher apoyó a Mahan. Tomemos el caso del carbón neutro, sugirió: “Dime que no debo apoderarme de estos mineros. Te digo que nada de lo que tú o cualquier poder en la tierra pueda decir me impedirá capturarlos o enviarlos al fondo, si no puedo de otra manera mantener su carbón fuera de las manos del enemigo. Por la razón opuesta, Alemania, por supuesto, apoyó la propuesta estadounidense de inmunidad frente a la captura. Por una vez a favor de algo, el conde Münster aprovechó la oportunidad de poner "nuestra poderosa influencia detrás de este principio" y Bülow se alegró de aprobar una medida tan obviamente "en interés de la humanidad en general". Ambos fueron frenados en seco por su propio delegado naval, el capitán Siegel, cuyo razonamiento sugería la mente de un jugador de ajedrez entrenado por un jesuita. El propósito de una marina, señaló a su gobierno, era proteger el comercio marítimo de su país. Si se aceptara la inmunidad de la propiedad privada, la ocupación de la Marina desaparecería. La opinión pública exigiría una reducción del número de buques de guerra y se negaría a apoyar los créditos navales en el Reichstag. En resumen, el capitán Siegel dejó claro que para que la Armada alemana tuviera una razón de ser, la propiedad debía quedar abierta a la incautación, incluso en interés del enemigo.

Discusiones de este tipo estimularon y absorbieron a los participantes. La conducción de la guerra era mucho más interesante

que su prevención. Cuando se discutió la restricción de nuevas armas o la prohibición de las aún no desarrolladas, los militares y los marinos, tan alerta como el capitán Siegel, defendieron vivamente su libertad de empresa. Se permitió que la propuesta rusa de que las potencias acordaran "no transformar radicalmente sus armas ni aumentar sus calibres durante un período determinado" fracasara debido al problema de la inspección y el control. Sir John Ardagh señaló que nada impediría que un estado construyera rifles con un nuevo modelo y los almacenara en arsenales hasta que los necesitara. Esto provocó que un delegado ruso, el señor Raffalovitch, respondiera acaloradamente que "la opinión pública y las instituciones parlamentarias" deberían ser una salvaguardia adecuada. Considerando la fuente, esto no fue impresionante. Mahan planteó la misma objeción a las propuestas para limitar el calibre de los cañones navales, el espesor de las placas de blindaje y la velocidad de los proyectiles. Cualquier forma de control internacional, dijo, sería una invasión de la soberanía, algo que todos los delegados aceptaron de inmediato.

En el debate sobre la extensión de las normas del Convenio de la Cruz Roja de Ginebra de 1868 a la guerra naval, se planteó la cuestión de rescatar a los marineros del agua después de la batalla. Esta fue la ocasión que provocó la explosión de Fisher sobre alimentar a los prisioneros con gachas. Cuando terminó el debate, su jefe pudo informar: "Gracias a la actitud enérgica y los esfuerzos persistentes de Sir John Fisher, todas las disposiciones de los artículos originales que de alguna manera pudieran obstaculizar o obstaculizar la libre acción de los beligerantes han sido cuidadosamente eliminado."

Se desarrolló una cuestión siniestra sobre los derechos de defensa de una población desarmada contra una invasión armada. Ardagh propuso una enmienda que cambiaba la "libertad" de una población para oponerse al invasor a su "deber" de hacerlo, añadiendo, "por todos los medios legítimos de la resistencia más enérgica y patriótica", lo que le valió la respuesta entusiasta de la pequeña población. potestades. El coronel Schwartzkopf "se opuso con uñas y dientes", apoyado por una vez por los rusos. "Si se necesitaba algo para demostrar la necesidad de algún artículo de este tipo", informó Ardagh, fue la "amarga resistencia" de alemanes y rusos lo que logró la derrota de la enmienda. Luego, este comité centró su atención con mayor éxito en cuestiones tales como el trato dado a los espías y prisioneros de guerra; la prohibición del veneno; traición y artimañas; el bombardeo de localidades indefensas; y reglas que rigen las banderas de tregua, rendición, armisticio y ocupación de territorio hostil.

En el comité sobre limitación de nuevas armas la tendencia negativa se ha vuelto algo embarazosa. Por lo tanto, todos estuvieron encantados de abordar la cuestión de las balas dumdum o expansivas, que ofrecían la oportunidad tanto de prohibir algo como de desahogar el sentimiento antibritánico general de la época. Desarrolladas por los británicos para detener la avalancha de miembros de tribus fanáticos, las balas fueron defendidas vigorosamente por Sir John Ardagh contra el acalorado ataque de todos excepto el delegado militar estadounidense, el Capitán Crozier, cuyo país estaba a punto de utilizarlas en Filipinas. En la guerra contra los salvajes, explicó Ardagh a una audiencia absorta, “los hombres, atravesados varias veces por nuestro último modelo de proyectiles de pequeño calibre, que hacen un pequeño agujero limpio”, pudieron sin embargo avanzar y acercarse. Había que encontrar algún medio para detenerlos. “El soldado civilizado, cuando recibe un disparo, reconoce que está herido y sabe que cuanto antes lo atiendan, antes se recuperará. Se tumba en su camilla y lo trasladan fuera del campo a su ambulancia, donde su médico o su Sociedad de la Cruz Roja lo visten o vendan según las reglas del juego prescritas por la Convención de Ginebra.

“Tu fanático bárbaro, igualmente herido, continúa corriendo, lanza o espada en mano; y antes de que hayas tenido tiempo de demostrarle que su conducta viola flagrantemente el entendimiento relativo al proceder apropiado que debe seguir el herido, es posible que te haya cortado la cabeza. Detrás de las frívolas palabras, Ardagh estaba señalando que la guerra era un asunto amargo y, más cortésmente que Fisher, ridiculizaba la idea de que pudiera ser civilizada. Poco impresionados, los delegados votaron 22 a 2, contra la inquebrantable oposición de Gran Bretaña apoyada por Estados Unidos, a favor de prohibir el uso de la bala dumdum.

Por fin se logró la unanimidad, hasta ahora difícil de alcanzar, en un tema: el lanzamiento de proyectiles o explosivos desde globos. Aquí había algo, casi no probado, que casi todo el mundo estaba dispuesto a prohibir, especialmente los rusos, para quienes la perspectiva de añadir una nueva dimensión a la guerra era demasiado. Como lo expresó casi lastimeramente el coronel Jilinsky: "En opinión del gobierno ruso, los diversos medios que se utilizan actualmente para herir al enemigo son suficientes". En cuanto a la guerra aérea, la mayoría de los delegados estuvieron dispuestos a estar de acuerdo y se votó una prohibición permanente. El comité se felicitó. Entonces, de repente, en la siguiente reunión, el capitán Crozier, después de haberlo pensado seriamente después de consultar con el capitán Mahan, planteó una objeción. Proponían prohibir para siempre, dijo, un arma con la que no tenían experiencia. Nuevos desarrollos e

invenciones pronto podrían hacer que los dirigibles sean dirigibles, permitiéndoles ser guiados por motores sobre el área de batalla y participar en un momento crítico con un efecto posiblemente decisivo, salvando así vidas y acortando el conflicto a largo plazo. ¿Sería de interés humanitario impedir tal acontecimiento? En lugar de una prohibición permanente, el Capitán Crozier propuso una prohibición de cinco años, al final del cual tendrían una mejor idea de las capacidades de los dirigibles. Esta vez impresionados, los delegados estuvieron de acuerdo.

Una propuesta de prohibición del uso de gas asfixiante no logró la unanimidad por un voto: el del capitán Mahan. Se negó obstinadamente a retirar su negativa basándose en que Estados Unidos era reacio a restringir "el genio inventivo de sus ciudadanos a la hora de proporcionar armas de guerra". Todavía no se había hecho nada para inventarlo y, si lo fuera, Mahan creía que el gas sería menos inhumano y cruel que un ataque submarino, que la Conferencia no había prohibido. Sin embargo, contra su única negativa, los delegados aprobaron la prohibición del gas asfixiante.

En el mundo fuera de La Haya, los nacionalistas chinos bajo el nombre de “Puños Justos”, o Boxeadores, atacaban a los extranjeros en Pekín, los bóers y los británicos habían llegado al borde de la guerra en Sudáfrica, los estadounidenses habían lanzado la guerra a los filipinos, había disturbios laborales. en Italia, la policía disparó y mató a manifestantes en España, en Bélgica estalló una crisis parlamentaria sobre el sufragio masculino y todo el mundo hablaba del ataque al presidente francés en las elecciones. “Qué aburrida estaría Europa si no fuera por Francia”, reflexionó patrióticamente el corresponsal de Le Temps. El señor Bourgeois corrió a casa para probar suerte en la crisis, pero decidió, después de todo, no asumir la carga del gobierno y, como comentó Jaurès con bastante amargura, “el ángel del arbitraje vuelve una vez más a La Haya, para regresar cuando el peligro se acabó."

En medio de los encantos del Huis ten Bosch, la perspectiva de un resultado en gran medida negativo, tan ligeramente asumida al principio, comenzó a causar ansiedad por la reacción del público, especialmente la de los socialistas, la “horrible conciencia” de la sociedad. Se temía que si la Conferencia terminara en una mera ceremonia piadosa pero vacía, los socialistas denunciarían triunfalmente el fracaso como una prueba más de la impotencia de los gobiernos y se declararían verdaderos representantes de la humanidad frente a sus amos. Los delegados se citaron la historia del barón d'Estournelles de que cuando salió de París, Jaurès le había dicho:

“Continúa, haz todo lo que puedas en La Haya, pero trabajarás en vano. Allí no podrás lograr nada, tus planes fracasarán y nosotros triunfaremos”. Durante el verano, como dijo un delegado, los socialistas rondaron por La Haya como un gato alrededor de una jaula de pájaros. En Amsterdam organizaron una reunión masiva de tres mil personas que denunciaron los pretendidos esfuerzos de los gobiernos y declararon que la paz nunca podría lograrse excepto mediante la organización de las masas contra los capitalistas.

“¿Por qué nadie escribe sobre la puerta de la Conferencia, Mene, Tekel, Upharsin?” preguntó el corresponsal anónimo de Le Temps que dejó un registro tan vívido de aquel verano. Observando a los hijos de los pescadores holandeses jugando en las calles y a parejas de niñas sonrientes que paseaban coquetamente, escribió: “Si esta gran asamblea no logra su propósito, las estúpidas rivalidades entre estados algún día derribarán a estos jóvenes y depositarán sus cadáveres junto a ellos”. millones en los campos de batalla”.

La esperanza para la Conferencia residía ahora en la Comisión de Arbitraje. Los principales delegados de las grandes potencias, Pauncefote, White, Bourgeois, Munster, De Staal, formaban parte de esta comisión; sus labores fueron el centro de atención; sus miembros, atraídos por la influencia de la opinión pública, realmente trabajaron; Las discusiones fueron animadas y se generaron fuertes sentimientos. Los británicos, los rusos y los estadounidenses habían presentado cada uno un proyecto de propuesta para un tribunal permanente; El plan de Pauncefote, que no requería la presentación obligatoria de disputas, fue aceptado como base para la discusión. El conde Münster, flanqueado por sus dos profesores, declaró desde el principio que Alemania se oponía rotundamente a cualquier tipo de arbitraje. Toda la idea no era más que una “tontería”, le dijo a White, y “perjudicial” para Alemania porque su país, como no tuvo reparos en explicar, “está preparado para la guerra como ningún otro país lo está o puede estarlo” y podría movilizarse en diez días, más rápido que Francia o Rusia o cualquier otra potencia. Someter a arbitraje una disputa que podría conducir finalmente a la guerra simplemente daría tiempo a las potencias rivales para alcanzar y cancelar la ventaja de Alemania de una rápida movilización. "Exactamente", señaló el Kaiser al margen del informe de Münster, "ese es el objeto de todo este engaño".

El Káiser invariablemente se ponía frenético ante la mera mención del arbitraje, que consideraba una incursión en su soberanía personal y un complot para privar a Alemania de los logros alcanzados por su incomparable organización militar. Sin embargo, con Pauncefote, White y Bourgeois decididos a lograr algo, la Comisión persistió en el

esfuerzo de elaborar alguna forma de tribunal. Los delegados civiles trabajaron contra la fuerte resistencia de sus propios gobiernos y colegas militares, quienes estaban profundamente perturbados ante el menor indicio del principio obligatorio. Nadie quería ceder ni un centímetro de soberanía ni una hora de ventaja militar y por momentos el panorama parecía desesperado. Un día en que soplaba viento del mar, la baronesa von Suttner escribió en su diario: “Fríos, fríos son todos los corazones, fríos como la corriente de aire que penetra las ventanas que traquetean. Siento escalofríos hasta los huesos”.

Pero la necesidad de presentar algún resultado al público era imperiosa, y tentativamente, poco a poco, empezó a tomar forma un tribunal, aunque endeble. Cualquier sugerencia de darle autoridad sobre disputas que involucraran “honor o interés vital” hizo que se tambaleara hacia el colapso. El delegado austriaco no vio ninguna objeción a un tribunal que pudiera decidir sobre cuestiones menores en disputa "como, por ejemplo, la interpretación de una comisión postal o sanitaria", pero rechazó resueltamente cualquier cosa más. Los delegados de los Balcanes en un grupo (Rumania, Bulgaria, Serbia y Grecia) crearon una crisis cuando amenazaron con retirarse si se mantenía una disposición para “comisiones de investigación”. Con suma dificultad, acuerdo a acuerdo, se definieron los poderes y procedimientos del tribunal, pero no de manera unánime.

Alemania no aceptaría nada. Los demás países a los que igualmente les desagradaba la idea sin querer decirlo podían confiar en el voto negativo diario de Münster para hacer su trabajo por ellos. Un tribunal sin la adhesión de Alemania, escribió White con desesperación, le parecería al mundo “un fracaso y tal vez una farsa”. Discutió seria y diariamente con los delegados alemanes para convencerlos de que su obstrucción sólo daría como resultado que el zar se convirtiera en el ídolo de la gente sencilla del mundo y el káiser en el objeto de su odio. No tenían derecho a permitir que su “noble y talentoso” soberano fuera puesto en esta posición. Repitió la historia de D'Estournelles sobre lo que Jaurès había dicho, y cuando esto pareció causar una buena impresión, lo repitió en una carta a Bülow y buscó a Stead y le dijo que lo usara "en todos los sentidos". Stead cumplió con tal entusiasmo que el profesor Zorn se quejó del “terrorismo de la prensa Stead-Suttner” y advirtió a su gobierno que abstenerse de toda colaboración elevaba el peligro de que Alemania fuera denunciada como el “único perturbador de la paz”. Desde San Petersburgo, el embajador alemán advirtió a Bülow que si la Conferencia no daba resultados, el zar se sentiría personalmente insultado y el mundo nos atribuiría “la responsabilidad y el odio del fracaso”.

La presión empezó a notarse. Münster estaba vacilante cuando llegó un despacho de Berlín en el que se decía que el Káiser se había declarado "enérgica y definitivamente" en contra del arbitraje. Desesperado, White convenció a Münster para que enviara a Zorn a Berlín y él mismo envió a Frederick Holls, secretario de la delegación estadounidense, para presentar la cuestión en persona al Kaiser y sus ministros. La reunión prevista para el viernes de la Comisión de Arbitraje se pospuso hasta que pudieran informar el lunes. Al regresar a su hotel, White encontró a un visitante, “entre todos los hombres del mundo”, Thomas B. Reed, cuya “grandeza, cordialidad, astucia” y fascinante conversación lo ayudaron a pasar el ansioso fin de semana.

En Berlín, el Kaiser eludió a los entrevistadores, pero no un informe de Bülow que, lamentablemente, alertaba de que la idea "muy popular" del arbitraje se había apoderado de la Conferencia, había obtenido el apoyo de ingleses, italianos, americanos e incluso rusos, dejando a Alemania en oposición aislada. El margen se volvió escabroso con el disgusto del Kaiser. "Acepté todas estas tonterías sólo para que el zar no perdiera prestigio ante Europa", garabateó. “¡Sin embargo, en la práctica confiaré en Dios y en mi espada afilada! Y me cago en todas sus decisiones”.

Al ser evidentemente reconocido esto como el amable consentimiento de Su Majestad, dos días después se recibió en La Haya la noticia de que Alemania firmaría el acuerdo de arbitraje. Por fin algo saldría de la Conferencia y el terrible espectro de la nulidad y del triunfo socialista se desvanecería. Los delegados trabajaron intensamente para redactar una convención de sesenta y un artículos, mientras aplicaban “un celo casi macabro” para eliminar cualquier rastro de carácter obligatorio. Estaban listos para una votación final en la última semana de la Conferencia cuando de repente fue frustrada, precisamente, por los estadounidenses. Los delegados quedaron atónitos. Profundamente avergonzado, White anunció que su delegación no podía firmar el Artículo 27, la contribución particular de los franceses, que exigía que los firmantes consideraran su “deber” recordar a las partes en una disputa la existencia del tribunal.

La dolorosa situación de White fue obra del Capitán Mahan, quien a su vez estaba reaccionando indirectamente a Stead. Bajo la influencia de los informes demasiado entusiastas de Stead, el Manchester Guardian había aclamado el proyecto de la Convención de Arbitraje como un gran instrumento pacífico que, si hubiera estado operativo en 1898, habría requerido que las potencias europeas llevaran a España y a los Estados Unidos al arbitraje y habría evitado la guerra entre ellos.

Al leer el artículo, Mahan quedó consternado. Es posible que se haya pasado por alto la “colisión honesta”. Para el futuro, vio una red de enredos extendiéndose ante los pies incautos de Estados Unidos. Al convocar a sus compañeros delegados, insistió en que el Artículo 27 obligaría a Estados Unidos a interferir en los asuntos europeos y viceversa, y si se firmaba, llevaría al Senado a negarse a ratificar el tribunal. Hipnotizados y convencidos por su lógica implacable, White y los demás miembros de la delegación se sometieron, aunque se arriesgó todo su cuidadoso trabajo. Si los estadounidenses se negaran a firmar una parte del acuerdo, otras naciones podrían echarse atrás y toda la estructura delicadamente ensamblada se desmoronaría. White intentó con urgencia persuadir a los franceses para que abandonaran el artículo 27 o al menos calificaran la palabra "deber". Bourgeois y D'Estournelles se negaron a cambiar ni una coma. Se avecinaba un fiasco. Las ceremonias de clausura estaban programadas para el día siguiente, el 29 de julio. En maniobras desesperadas, White buscó un compromiso. En el último minuto, los estadounidenses acordaron firmar bajo una frase calificativa que renunciaba a cualquier obligación de “inmiscuirse, mezclarse o enredarse” en la política europea. Con fórceps y apenas respirando, Arbitration fue sacado al mundo.

Los resultados totales de la Conferencia de La Haya fueron tres Convenios: sobre Arbitraje; Leyes y Costumbres de la Guerra Terrestre; y Extensión de las Reglas de Ginebra a la guerra marítima; tres Declaraciones: sobre proyectiles provenientes de globos, gases asfixiantes y balas expansivas; seis “Deseos” para logros futuros; y una Resolución. Este último expresó la opinión de la Conferencia de que la limitación de los gastos militares y de nuevos tipos de armas era "muy deseable para el beneficio moral y material de la humanidad" y debería ser objeto de "estudios más profundos" por parte de los Estados. Fue un canto fúnebre piadoso por todo lo que quedaba del propósito ruso original, pero los delegados no parecían dispuestos a enterrar la idea de La Haya. Por muy cínicamente que hubieran llegado y por muy atrofiado que fuera su producto, la mayoría de ellos no podían dejar de tener la sensación de haber participado en algo importante y el deseo de que los cimientos que habían sentado no se perdieran. Registraron el sentimiento en un “Deseo” de una Segunda Conferencia en alguna fecha futura, aunque la idea no agradó a todos. El conde Münster se marchó con mal humor diciendo que no tenía ningún deseo de que las conferencias internacionales se perpetuaran como “malas malas hierbas”.

Tres meses después de la Conferencia de Paz, Gran Bretaña entró en guerra en Sudáfrica. El asunto Dreyfus había distraído la atención de

la Conferencia, comentó con tristeza un ex delegado, y ahora la Guerra de los Bóers parecía contradecirlo. Su epitafio inconsciente quedó en manos de Andrew White en forma de un homenaje renuente a su difícil colega, el capitán Mahan: “Cuando él habla, el milenio se desvanece”.

Cuando se reunió la Segunda Conferencia en 1907, nuevamente en La Haya, ya habían intervenido la guerra, la revolución, nuevas alianzas, nuevos gobiernos, nuevos líderes y, más notablemente, un nuevo siglo. El Vigésimo era ya inequívocamente moderno, es decir, estaba absorto en la búsqueda de lo material con máximo vigor y menor seguridad en sí mismo; había olvidado la decadencia y adquirido la duda. La energía mecánica y los bienes materiales se estaban duplicando y dominando, pero si de algún modo eran benéficos se había convertido en una cuestión. El progreso, la gran certeza del XIX, ya no parecía tan seguro.

La gente sentía asombro ante el cambio de siglo, como si la mano de Dios estuviera pasando una página en el destino humano. A medianoche se dispararon cañones en Berlín para conmemorar el momento y un oyente escuchó el sonido “con una especie de escalofrío: uno sabía todo lo que el siglo XIX se había llevado; uno no sabía lo que traería el Vigésimo”.

Para empezar, trajo violencia. El nuevo siglo nació peleando, en la Rebelión de los Bóxers, en Filipinas, en Sudáfrica, aunque las peleas todavía estaban en la periferia. En 1900, Francia estaba inquieta y tan llena de ira frustrada que Punch predijo que su primer acto al día siguiente de la clausura de la Exposición Internacional sería declarar la guerra a Inglaterra, "dado que han estado retenidas durante tanto tiempo, será necesario hacer algo". desesperado al mismo tiempo”. En 1900, el Káiser exhortó a las tropas alemanas que se embarcaban en la expedición punitiva a Pekín a emular a los hunos en su crueldad. En el curso de la Rebelión de los Bóxers experimentó el inconveniente de tener demasiado celo en el negocio de las municiones. Al enterarse de que una cañonera alemana había sufrido diecisiete impactos en un duelo con fuertes chinos equipados con el último cañón Krupp, envió a Fritz Krupp un telegrama furioso: “No es momento de enviar a mis soldados a luchar contra las bestias amarillas para tratar de ganar

dinero con una situación tan grave”.

El dinero y la grandeza gobernaban. En 1900, Morgan compró Carnegie para formar, junto con Rockefeller y otras cien empresas, el coloso empresarial US Steel, el primer holding mundial de mil millones de dólares. El rey Leopoldo de Bélgica, el Morgan de Europa, un constructor demasiado grande para su país, creó un imperio lucrativo a partir del Congo, mientras británicos y estadounidenses, ocupados matando bóers y filipinos, deploraban en voz alta sus métodos. Se decía que trescientos hombres “todos conocidos entre sí controlaban el destino económico del continente”.

En 1900, Oscar Wilde, una ruina hinchada a los cuarenta y cuatro años, murió en París, y Nietzsche, de cincuenta y cinco años y loco, murió en Weimar. “Luego, en 1900”, escribió WB Yeats, “todo el mundo se bajó de los zancos; de ahora en adelante nadie se volvió loco; nadie se suicidó; Nadie se unió a la Iglesia Católica o si lo hicieron lo he olvidado. El victorianismo había sido derrotado”. Algunos acogieron con satisfacción, otros lamentaron la derrota, pero el hecho estaba claro. Como para marcar el evento, la propia Reina increíblemente ya no existía.

El año 1900 transmitía una sensación de fuerzas y energías que se apoderaban del mundo. Henry Adams se sintió impulsado a desarrollar una “Ley de Aceleración” en la historia. Tenía la sensación de que nunca podría conducir por los Campos Elíseos sin esperar un accidente o permanecer cerca de un funcionario sin esperar una bomba. “Mientras se mantuviera el ritmo de progreso, estas bombas duplicarían su fuerza y número cada diez años... El poder saltaba de cada átomo... El hombre ya no podía contenerlo. Las fuerzas lo agarraron por las muñecas y lo arrojaron como si estuviera agarrado a un cable con corriente o a un automóvil fuera de control”.

La elección del símil de Adams fue acertada, ya que el automóvil fue uno de los dos factores más potentes del cambio social futuro del siglo; el otro era el inconsciente del hombre. Aunque su potencial no se reconoce, también fue formulado en 1900, en un libro, La interpretación de los sueños, por un médico vienés, Sigmund Freud. Aunque el libro atrajo poca atención y se necesitaron ocho años para agotar la edición de seiscientos ejemplares, su aparición fue la señal de que, efectivamente, el victorianismo estaba muerto.

La Exposición Internacional de 1900, que cubrió 277 acres en el corazón de París, mostró las energías del nuevo siglo a cincuenta millones de visitantes de abril a noviembre. Si esta Exposición no pudo igualar a la Torre Eiffel de la anterior, los franceses construyeron

con el mismo entusiasmo un nuevo milagro de ingeniería y belleza en el Puente Alejandro III, cuyo arco bajo y elegante cruzaba el Sena de un solo salto. Se consideró "incomparable en el mundo" y los dos nuevos edificios de exposición permanente en la margen derecha, el Grand y el Petit Palais, fueron reconocidos unánimemente como "adecuados y grandiosos". No así la Porte Monumentale, o puerta principal, en la Place de la Concorde, construida con lo que a un observador le pareció listones, yeso, vidrios rotos, masilla, viejas cortinas de encaje y pegamento. En lo alto, en lugar de una diosa tradicional del Progreso o la Ilustración, una parisina de yeso vestida de noche dio la bienvenida al mundo con los brazos abiertos. Aunque algunos la consideraban alegre y elegante, en general la puerta era deplorada como el epítome de la nueva vulgaridad del nuevo siglo. Por la noche, luces eléctricas multicolores jugaban en imponentes fuentes eléctricas; el nuevo Metro fue inaugurado a tiempo; Se construyó una pista para pruebas y carreras de automóviles en el anexo de la Expo en Vincennes. De todas las maravillas, la favorita del público era el trottoir roulant, una doble acera móvil que rodeaba el recinto, una mitad de la cual se movía dos veces más rápido que la otra. En los edificios temporales, los arquitectos, esforzándose por generar sensación, habían logrado lo que a algunos les pareció una originalidad emocionante y a otros “una libertinaje de estuco”. Las exposiciones industriales en los Palacios de la Maquinaria, la Electricidad, la Ingeniería Civil y el Transporte, la Minería y Metalurgia, las Industrias Químicas y Textiles, mostraron todos los extraordinarios avances de la última década.

De los pabellones nacionales, el más popular era el ruso, un exótico palacio bizantino con una exposición del ferrocarril Transiberiano en el que el visitante podía sentarse en un suntuoso vagón de ferrocarril y disfrutar de un panorama conmovedor del paisaje. El vienés era una fantasía del Art Nouveau con balcones calados en forma de enredaderas rizadas y las líneas sinuosas del nuevo estilo que se curvaban a través de la cerámica y los muebles. Estados Unidos tuvo el mayor número de exhibiciones, pero la exposición de Alemania fue la más imponente, claramente superior en calidad y disposición. Afirmó una intensa voluntad de superar a todos los demás expositores. Las dinamos de Alemania eran las más grandes, la aguja de su pabellón la más alta, su reflector el más brillante, su restaurante el más caro. Se rumoreaba que el propio Káiser había encargado la porcelana y la plata más finas, la cristalería más delicada y el servicio más lujoso, de modo que uno se sentía en presencia, como dijo un visitante, de un auténtico estilo "Guillermo II".

En toda la Exposición, las dos piezas más importantes fueron el

cañón de largo alcance de Schneider-Creusot y la colección de feroces ametralladoras de disparo rápido de Vickers-Maxim. Los espectadores los contemplaban con pensamientos solemnes. Un corresponsal inglés en particular se sintió impulsado a filosofar sobre el verdadero significado de la Exposición para la nueva era que introducía. Le parecía que el gran arma de Schneider mantenía bajo su amenaza al mundo reunido en París y marcaba el paso de la guerra del ámbito del deporte al ámbito de la ciencia en el que la fabricación de armas absorbía el ingenio de la humanidad. Si alguna vez llegara una pausa, escribió, las artes de la paz podrían revivir, "pero mientras tanto, la Exposición de París nos ha enseñado que el triunfo del mundo moderno es puramente mecánico".

Los triunfos continuaron. En 1900 Max Planck rompió las cadenas de la física clásica newtoniana para formular la teoría cuántica de la energía. En Suiza, en 1905, Albert Einstein obtuvo su doctorado en la Universidad de Zurich con una disertación sobre una nueva teoría de la relatividad. En 1901, la telegrafía inalámbrica se extendió por el Atlántico y Daimler sustituyó el carruaje sin caballos por un vehículo claramente automóvil. En 1903, un dirigible motorizado voló hacia Kitty Hawk. Pero ninguna época es entera. Para algunos, los nuevos milagros casi diarios realizados por la ciencia y la mecánica todavía representaban, no una amenaza como para Henry Adams, sino una promesa de progreso en la justicia social. "Parecía simplemente una cuestión de décadas", pensó Stefan Zweig, un joven intelectual de Viena, "antes de que finalmente se conquistaran los últimos vestigios del mal y la violencia".

En 1900, la Ley Naval alemana precipitó el abandono del aislamiento por parte de Inglaterra. Al prever diecinueve nuevos acorazados y veintitrés cruceros en los siguientes veinte años, hizo explícito el desafío de Alemania a la supremacía británica en el mar, el punto de apoyo de la existencia británica. Convenció a Gran Bretaña de que necesitaba amigos. En 1901, el Tratado Hay-Pauncefote puso fin a las buenas relaciones con Estados Unidos. En 1902, el aislamiento de una fuerza autosuficiente, alguna vez tan espléndida y segura, terminó para siempre mediante una alianza formal con Japón. En 1903, el nuevo rey de Inglaterra, Eduardo VII, preparó el terreno para la reconciliación con Francia mediante una visita ceremonial a París realizada con tacto y aplomo. En 1904, la nueva política culminó en una Entente anglo-francesa, que puso fin a viejas disputas, estableció una nueva amistad y definió fundamentalmente el equilibrio de Europa.

Al mismo tiempo, Inglaterra se dedicó a reacondicionar sus fuerzas

físicas para afrontar un mundo lleno de nuevos desafíos. Habiendo revelado que su ejército en acción no estaba en sintonía con los tiempos modernos, Balfour, ahora Primer Ministro, creó un Comité de Defensa Imperial para formular estrategias y reorganizar y modernizar las fuerzas armadas. Nombró a Sir John Fisher como uno de sus tres miembros y habría designado al Capitán Mahan para suceder a Lord Acton como Profesor Regius de Historia Moderna en Cambridge, pero el rey Eduardo se opuso basándose en que había historiadores ingleses disponibles. A pesar de su pose enrarecida, el aprecio de Balfour por los dos testarudos veteranos de La Haya reveló un paralelo torcido al de ellos. En 1904 nombró a Fisher First Sea Lord. El nuevo jefe de la Armada tenía planes trascendentales en mente.

Ese mismo año, Rusia entró en guerra con Japón, y pronto quedó sumida en una serie de campañas perdedoras marcadas por la rendición de Port Arthur en enero de 1905 y una derrota humillante, aunque no decisiva, en la batalla de Mukden en marzo. . Tres semanas después sonó la alarma para Europa en Marruecos.

Para intenso resentimiento de Alemania, la Entente anglo-francesa había reconocido una esfera de influencia francesa en Marruecos. Ahora que Rusia no podía acudir en ayuda de Francia, Bülow y Holstein decidieron realizar una prueba de fuerza que expondría la debilidad, como creían, de la Entente. El 31 de marzo de 1905, el Káiser de manera sorprendente, aunque nerviosa, descendió sobre Tánger en un desafío que todas las naciones reconocieron. Europa se estremeció bajo el impacto y el gesto tuvo demasiado éxito. Completó el trabajo del telegrama Kruger, convenciendo a los vecinos de Alemania de su intención beligerante final y de la necesidad de preparativos más específicos que una mera Entente. “Enrollen el mapa de Europa”, había dicho Pitt, desesperado, noventa y nueve años antes, cuando Napoleón ganó en Austerlitz. Con un espíritu diferente, Inglaterra lo desarrolló ahora. Entabló conversaciones militares con Francia, apuntalando su asociación con las armas e imaginando, por primera vez desde Waterloo, una fuerza expedicionaria al continente en ayuda de un aliado específico contra un enemigo específico.

En mayo de 1905, la flota rusa del Báltico tuvo su encuentro fatal en el estrecho de Tsushima en el primer choque frontal del mundo entre buques capitales modernos en alta mar. Aunque la flota rusa fue aniquilada, su derrota no puso fin a la guerra, lo que demuestra la tesis de Bloch, aunque pocos se dieron cuenta, de que frente a los recursos totales de una nación, las victorias en el campo de batalla ya no eran decisivas. La victoria de Japón sobresaltó al Viejo Mundo y advirtió al Nuevo. Tres meses después de Tsushima, en julio de 1905,

el presidente de los Estados Unidos se ofreció a mediar entre Rusia y Japón, menos para salvar a los rusos que para detener a los japoneses, que le parecían haber ido demasiado lejos. Al aceptar la oferta, las partes viajaron a Portsmouth, New Hampshire, en agosto para negociar un tratado de paz bajo los auspicios del Presidente de los Estados Unidos. Fue un momento significativo en la historia occidental. Que McKinley, Cleveland o Harrison hubieran desempeñado semejante papel habría sido inimaginable, pero ahora estaban en acción una nueva fuerza y un nuevo hombre.

"¡Teodoro! con todos tus defectos..." era el editorial de una sola línea en el que el New York Sun había expresado su preferencia presidencial en las elecciones del año anterior. Su candidato, ahora presidente por derecho propio, estaba exuberantemente a cargo de un país rebosante de prosperidad. Con la industria estimulada por la guerra hispanoamericana, la depresión, el desempleo y los salvajes problemas laborales de los años noventa habían disminuido y el amargo sentimiento de clase de la campaña McKinley-Bryan de 1896 se vio atenuado por el cubo de la cena lleno. Los progresistas, que eran la nueva izquierda, eran expansionistas y creían que la dirección de Estados Unidos era "hacia adelante y hacia arriba". El presidente Roosevelt, al frente de la marcha, resolvió la huelga del carbón, "tomó" Panamá, comenzó la construcción del Canal, cuestionó los consorcios, calificó a los periodistas de las cruzadas con el nombre de "rakers", obligó al Kaiser a salir de Venezuela y, cuando un presunto estadounidense ciudadano fue secuestrado por bandidos en Marruecos, envió a la flota estadounidense al rescate con la rotunda exigencia (fraseada por John Hay): "¡Queremos a Perdicaris vivo o a Raisuli muerto!"

"El presidente está de su mejor humor", dijo su amigo Jules Jusserand, el embajador de Francia, "siempre está de su mejor humor". Tenía la energía mental de un géiser y los defectos de Everyman. Su

Fiscal General, Philander Knox, admiró bastante la forma en que el presidente ignoró su consejo y una vez comentó: "Ah, señor presidente, ¿por qué una acción tan hermosa se ve empañada por cualquier mancha de legalidad?". El presidente Eliot todavía no lo admiraba, aunque cuando Roosevelt llegó a Cambridge en 1905 para su vigésima quinta reunión, Eliot se sintió obligado a invitarlo a quedarse en su casa. A su llegada, transpirando y necesitando un lavado, Roosevelt se quitó el abrigo, lo enrolló y lo arrojó por el dormitorio con tanta violencia que tiró una almohada al suelo, sacó una pistola grande de su bolsillo y la arrojó contra la cómoda. . Después de lavarse, “bajó corriendo las escaleras como si su vida dependiera de ello”, y cuando Eliot preguntó: “Ahora, ¿vas a desayunar conmigo?” respondió: “¡Oh, no, le prometí al obispo Lawrence que desayunaría con él, y Dios mío!”, y se llevó la mano derecha al costado, “¡He olvidado mi arma!” Al recuperarlo, el presidente de los Estados Unidos corrió a ver al obispo, mientras el presidente de Harvard, horrorizado por la violación de una ley de Massachusetts que prohibía portar pistolas, murmuraba: “Muy ilegal; una mente muy anárquica”.

La pistola representaba, tal vez, menos una mente anárquica que el credo de la época de que la vida era una pelea. Nadie lo sintió más profundamente que Roosevelt. Despreciaba la “tonta teoría de Tolstoi de que los hombres nunca deberían hacer la guerra”, porque creía que “el país que pierde su capacidad de defenderse en una guerra real acabará demostrando que lo ha perdido todo”. Se enfureció cuando los defensores de la paz equipararon el progreso de la civilización con “un debilitamiento del espíritu de lucha”; tal debilitamiento, según él lo veía, invitaba a la destrucción de los más avanzados por los menos avanzados. Confundió el deseo de paz con la cobardía física e insistió con curiosidad en este tema: “Aborrezco a hombres como [Edward Everett] Hale y periódicos como el Evening Post y el Nation, en todos los cuales existe un absoluto temor físico al peligro y las dificultades y que Por lo tanto, tienden a la denuncia histérica y al miedo a la guerra”. Deploró lo que le parecía, mientras miraba a su alrededor, un “ablandamiento general de la fibra, un egoísmo y un lujo, una relajación de los estándares” y especialmente “un espíritu como el de los antiimperialistas”. "¡Ese es mi hombre!" solía decir el Kaiser cada vez que se mencionaba el nombre de Roosevelt.

Ningún presidente tenía un sentido más agudo de sus propias relaciones públicas. Cuando el barón d'Estournelles llegó en 1902 para rogarle que hiciera algo para insuflar vida al Tribunal de Arbitraje, Roosevelt escuchó. "Ustedes son un peligro y una esperanza para el mundo dependiendo de si apoyan la agresión o el arbitraje", dijo

d'Estournelles. “El mundo cree que os inclinais por el lado de la violencia. Demuestre lo contrario”.

"¿Cómo?" preguntó el presidente.

“Dando vida al Tribunal de La Haya”. Roosevelt rápidamente dio instrucciones al Secretario Hay para que encontrara algo que someter a arbitraje y Hay amablemente descubrió una vieja disputa entre Estados Unidos y México sobre propiedades de la iglesia, la primera disputa que activó el Tribunal. Habiendo sido Secretario de Estado durante la Conferencia de La Haya y simpatizante del arbitraje, Hay quería fortalecer el prestigio del Tribunal y ahora dispuso desviar hacia él la disputa sobre las deudas de Venezuela. Temiendo que el presidente pudiera aceptar una propuesta alemana para actuar como mediador individual en este asunto, caminó de un lado a otro de la sala exclamando: “Lo tengo todo arreglado, lo tengo todo arreglado. ¡Ojalá Teddy mantuviera la boca cerrada hasta mañana al mediodía! Felizmente cumplido ese objetivo, el Tribunal recibió otro caso importante.

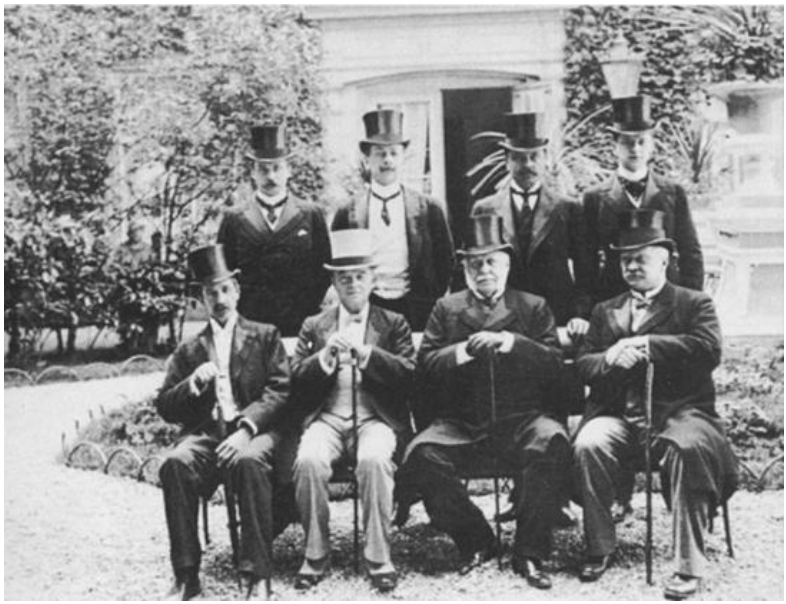
Los tratados de arbitraje entre países individuales avanzaron lentamente. Inglaterra y Francia acordaron uno cuando se unieron a la Entente de 1904 y Noruega y Suecia concluyeron otro cuando Noruega, sin disparar un solo tiro, se convirtió en un estado independiente en 1905, un acontecimiento aclamado en sí mismo como prueba de que el hombre estaba progresando. Otras dos disputas internacionales de la época, el asunto del Banco Dogger entre Rusia e Inglaterra y el asunto de las deudas de Venezuela, fueron remitidas al Tribunal de Arbitraje, cuya existencia resultó ser un medio invaluable para salvar las apariencias y satisfacer a la opinión pública. La idea de La Haya parecía estar cobrando cuerpo.

En el verano de 1904, la Unión Interparlamentaria, reunida en la Feria de St. Louis, adoptó una resolución pidiendo al Presidente de los Estados Unidos que convocara una Segunda Conferencia de Paz para abordar los temas pospuestos en La Haya y llevar el arbitraje hacia la meta. de un tribunal permanente de derecho internacional. En la Casa Blanca, Roosevelt aceptó personalmente la resolución, así como la visita de la baronesa von Suttner, quien mantuvo una conversación privada con él sobre “el tema que tanto me importa”. Ella lo encontró amigable, sincero y “totalmente impresionado por la seriedad del asunto discutido”. Según su diario, él le dijo: “La paz universal está llegando; ciertamente está llegando, paso a paso”. Como comentario más improbable de la época, ilustra la capacidad de los verdaderos creyentes de oír lo que quieren oír.

Roosevelt sintió el glamour de un papel mundial y, como convocante de la Conferencia de Paz, se consideró no menos apto que el zar. En consecuencia, el 21 de octubre de 1904, Hay ordenó a los enviados estadounidenses que propusieran que las naciones volvieran a reunirse en La Haya. Que la Segunda Conferencia, como la Primera, se convocara mientras había una guerra en marcha, no debe considerarse un mal presagio, sugirió.

Las naciones aceptaron con la condición de que la Conferencia no se convocara hasta que terminara la guerra ruso-japonesa. Sin embargo, apenas terminó, estalló la crisis marroquí. Nuevamente el presidente Roosevelt jugó un papel decisivo y pudo ejercer su influencia, esta vez en privado, para persuadir al Kaiser de que aceptara una conferencia internacional sobre Marruecos. Celebrada en Algeciras en enero de 1906, con la participación de Estados Unidos, resultó ser un desconcierto para Alemania, dejándola más belicosa que antes. Las tensiones internacionales no disminuyeron.

Tres meses antes de Algeciras, en octubre de 1905, se colocó la quilla del HMS Dreadnought, primero de su clase. Con armas y placas de blindaje fabricadas por empresas de artillería independientes, estaba listo para los juicios en un estallido de velocidad y secreto sin precedentes, un año y un día después, logrando la mayor de las ventajas militares: la sorpresa. Diseñado por Fisher, el Dreadnought era más grande, más rápido y con más armas que cualquier acorazado que el mundo hubiera visto jamás. Con un desplazamiento de 18.000 toneladas, portando diez cañones de 12 pulgadas y propulsado por las nuevas turbinas de vapor, dejó obsoletas todas las flotas existentes, incluida la alemana, además de demostrar la confianza y la capacidad de Gran Bretaña para reconstruir su propia flota. Alemania ahora no sólo tendría que igualar el barco sino también dragar sus puertos y ampliar el canal de Kiel.



Cortesía de los Archivos Reales, La Haya.

Delegación británica en La Haya, 1899. Primera fila, de izquierda a derecha: Ardagh; Pescador; Pauncefote; Sir Henry Howard, ministro en La Haya. Arthur Peel es el primero a la izquierda en la última fila. (Crédito de la foto 5.17)

Hermanos marrones

EXPOSICIÓN DE PARÍS, 1900 Porte Monumentale

Palacio de la Electricidad (Crédito de la foto 5.18)

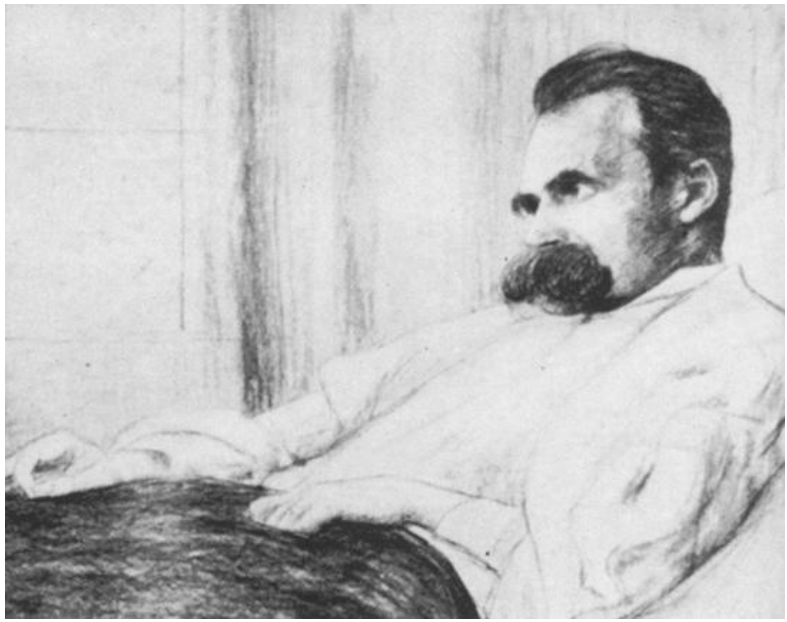
Alfred Nobel (retrato de E. Osterman) (Crédito de la foto 5.20)

Bertha von Suttner (Crédito de la foto 5.21)

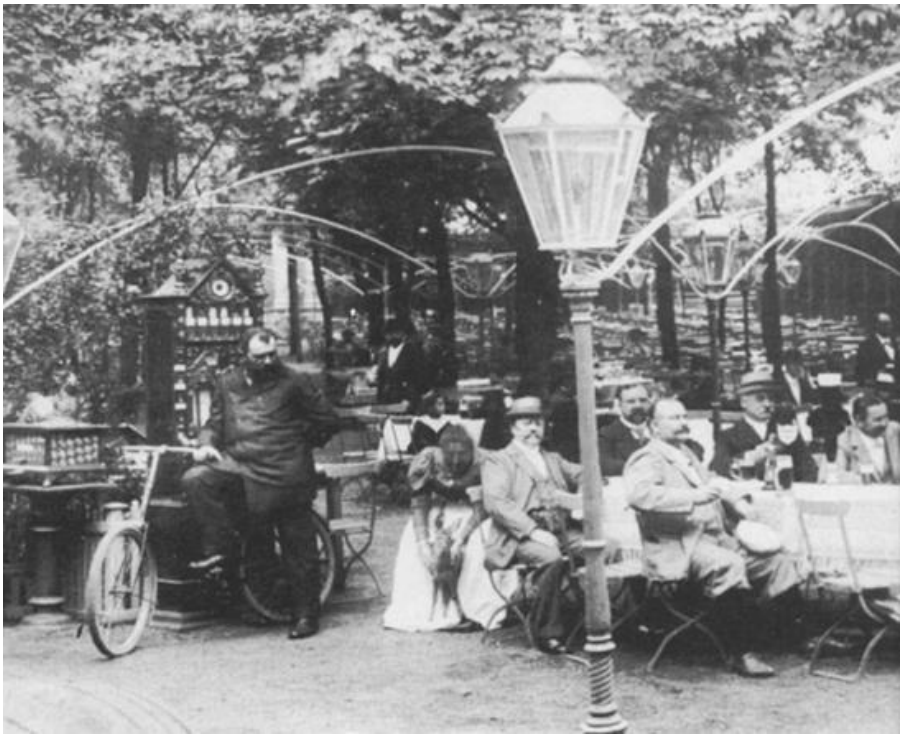
Hermanos Brown. Las obras Krupp en Essen, 1912 (Crédito de la foto 5.22)

Cortesía del Dr. Franz y Alice Strauss

Richard Strauss, 1905 (Crédito de la foto 5.23)

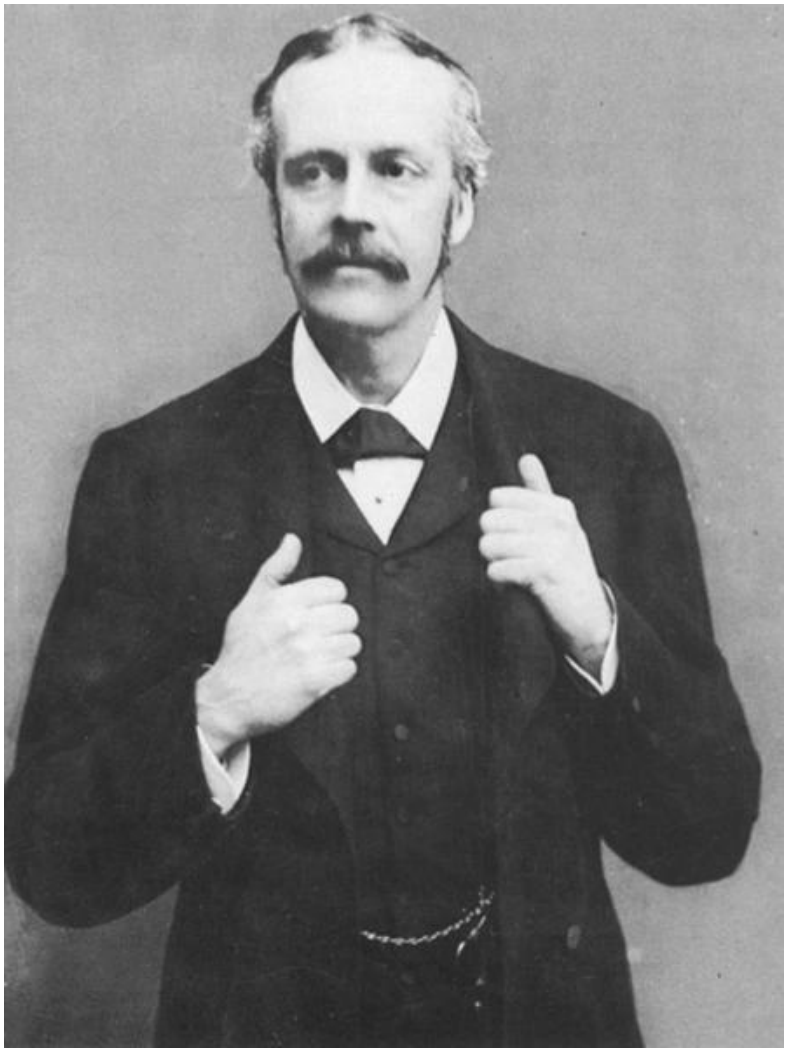


Friedrich Nietzsche, Weimar, 1900 (dibujo de Hans Olde) (*Crédito de la foto 5.24*)



Una taberna al aire libre en Berlín (Crédito de la foto 5.25)

Nijinsky como el Fauno (diseño de Léon Bakst)
(Crédito de la foto 5.26)



Biblioteca de imágenes de Radio Times Hulton

Arthur James Balfour, alrededor de 1895 (Crédito de la foto 5.27)

Hermanos marrones

Huelga del carbón, 1910 (Crédito de la foto 5.28)

Hermanos marrones

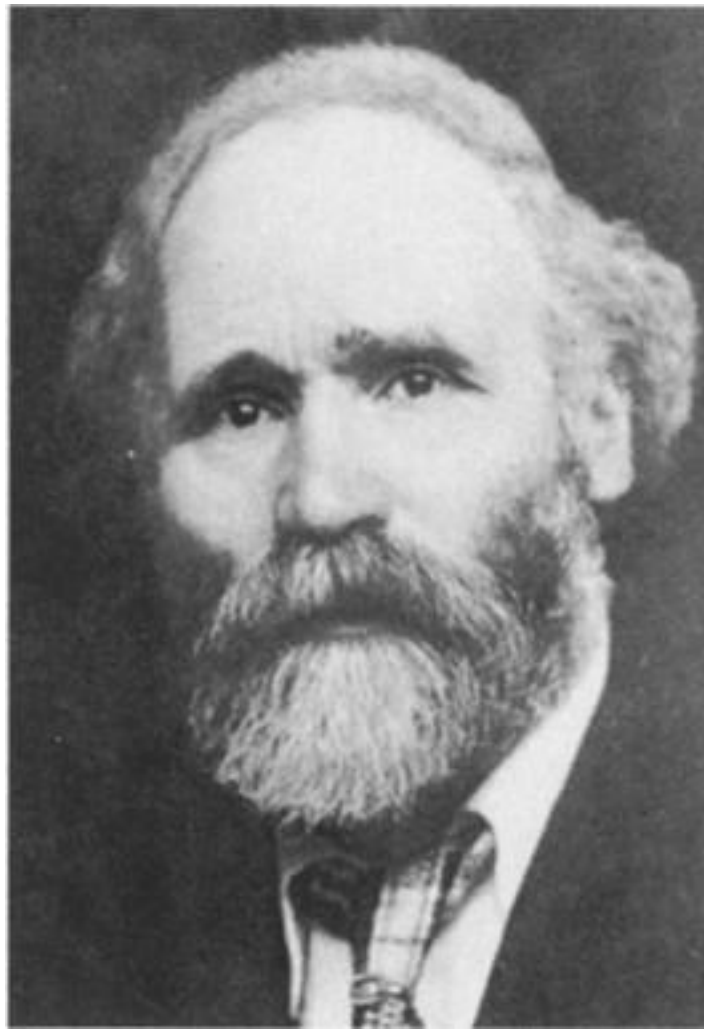
Huelga de marineros, 1911 (Crédito de la foto 5.29)

CAPITAL Y TRABAJO

Colección Mansell, Londres

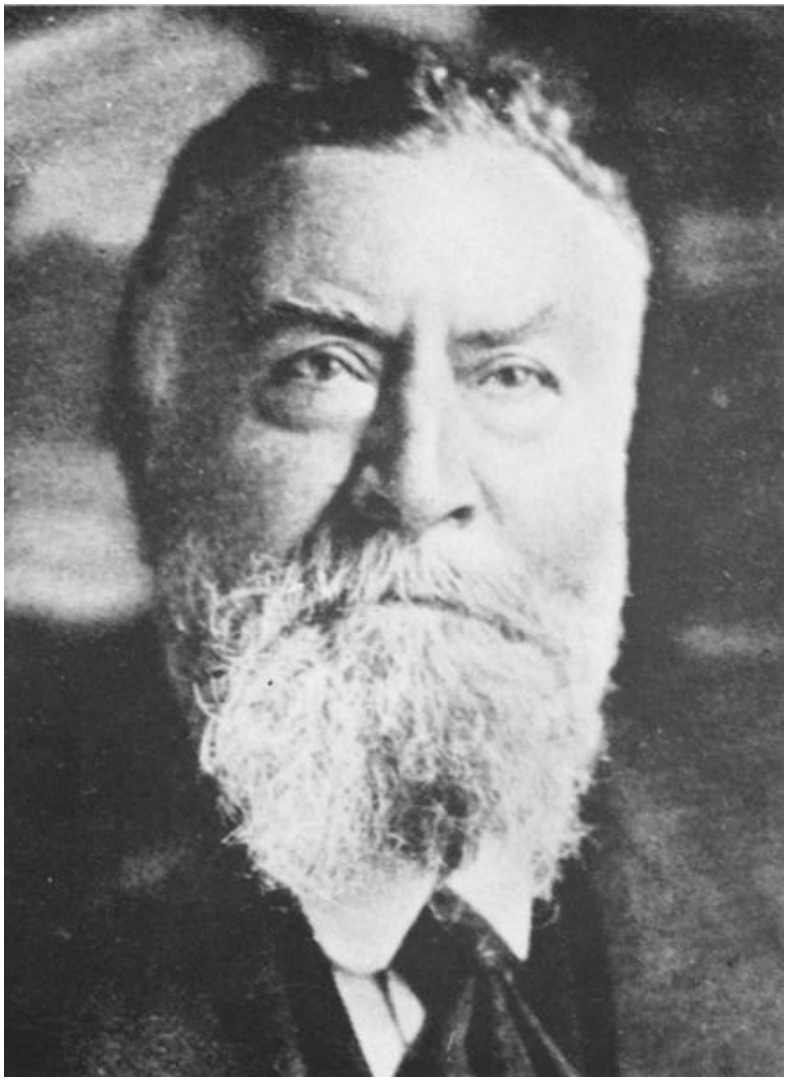
David Lloyd George, alrededor de 1908 (Crédito de la foto 5.30)

agosto bebel (Crédito de la foto 5.31)



Keir Hardie (Crédito de la foto 5.32)

“Huelga” (pintura al óleo de Théophile Steinlen)
(Crédito de la foto 5.33)



Jean Jaurès (Crédito de la foto 5.34)

En la mente de Fisher, como en la de Clemenceau, sólo había un adversario. En 1904, medio en broma, sorprendió al rey Eduardo al sugerir que la creciente flota alemana debería ser "Copenhague", es decir, aniquilada por un bombardeo sorpresa, evocando la sorprendida respuesta del rey: "¡Dios mío, Fisher, debes estar loco!". Ese mismo año, en Kiel, el káiser molestó a Bülow al atribuir públicamente la génesis de su Armada a su admiración infantil por la flota británica, que había visitado en compañía de "tías amables y almirantes amistosos". Dar razones tan sentimentales para un desarrollo nacional por el que se pide al pueblo que pague millones, reprendió Bülow, no animaría al Reichstag a votar créditos. "¡Ach, ese maldito Reichstag!" fue la respuesta del Káiser.

Mientras tanto, las invitaciones a La Haya no habían sido reenviadas por Roosevelt sino por el zar, que sentía la necesidad de recuperar su prestigio. La advenediza república estadounidense ya había intervenido lo suficiente. En septiembre de 1905, tan pronto como terminó su guerra, se transmitió a Washington la insinuación de que deseaba tener derecho a convocar él mismo la Conferencia. Roosevelt amablemente lo abandonó. El Tratado de Portsmouth, que en pocos meses le reportaría el Premio Nobel de la Paz, había sido, en su opinión, algo bastante bueno. "En particular, no quiero aparecer como un defensor profesional de la paz... del tipo Godkin o Schurz", le escribió a su nuevo Secretario de Estado, Elihu Root.*Su retirada no agradó a los defensores de la paz. Rusia, como dijo uno de ellos, “no estaba a la vanguardia de la civilización”. Esto se hizo sorprendentemente evidente al estallar la revolución rusa de 1905. Obligado por la crisis a otorgar una constitución y un parlamento, el zar repudió la acción tan pronto como su régimen recuperó el control y disolvió la Duma para horror de la opinión liberal extranjera. .

En general, el momento no parecía propicio para una Conferencia de Paz, pero un acontecimiento alentador fue un cambio de gobierno en Inglaterra que llevó al poder a los liberales, el tradicional partido de la paz. El nuevo Primer Ministro, Sir Henry Campbell-Bannerman, conocido por todos como C.-B., era un escocés sólido y de cabeza redonda, perteneciente a una rica familia mercantil, que se había hecho impopular en la Corte y en la sociedad al denunciar los campos de concentración británicos en el La guerra de los bóers como “métodos de barbarie”. Sin embargo, el rey Eduardo, obligado a conocerlo, descubrió que era, en efecto, como había prometido un amigo común, "tan directo, de tan buen carácter, tan inteligente y tan lleno de humor" que era imposible no agradarle. C.-B. Tenía el ingenio, el tacto y la sabiduría mundana que el Rey apreciaba y los dos caballeros, que tenían varios gustos en común, pronto se sintieron agradables. Ambos iban anualmente a Marienbad para curarse, ambos amaban Francia y compartían una amistad especial con el marqués de Galliffet. Aunque liberal, C.-B. fue, para sorpresa real, "bastante sensato en política exterior". Hablaba el francés con mayor fluidez que cualquier inglés y estaba encantado de ir de compras a París, comer comida francesa y leer literatura francesa, siendo Anatole France uno de sus favoritos.

Como liberal anticuado automáticamente dispuesto al desarme,*C.-B. en su primer discurso público como Primer Ministro prometió un tanto precipitadamente a su partido a trabajar para él en la próxima Conferencia, aunque en la invitación del Zar, a diferencia de 1898, se había omitido notoriamente mencionar el tema. Sin embargo, C.-B. lo

asumió con valentía, así como el compromiso de trabajar para un tribunal de arbitraje permanente. “¿Qué papel más noble”, preguntó, “podría asumir este gran país que ponerse a la cabeza de una Liga de Paz?” Esto puede haber sobrepasado en cierto modo la visión de un bloque duro dentro de su propio gabinete compuesto por Asquith, Haldane y Grey, quienes, como imperialistas liberales, no tenían una mentalidad tan pacífica como él. Con una dureza inesperada a sus setenta años, C.-B. había resistido su intento de introducirlo a codazos en la Cámara de los Lores para obtener el liderazgo de los Comunes para Asquith. Los detestaba a todos y disfrutaba de su triunfo.

Pronto, el implacable dilema que conlleva el cargo alcanzó a su gobierno. Después de años de vilipendiar a los conservadores llamándolos belicistas, los liberales de repente se vieron responsables de la seguridad del país. Aunque comprometidos con las promesas electorales de reducir los gastos militares y navales, una vez que las elecciones generales los confirmaron en el cargo no estaban ansiosos por repudiar el trabajo de modernización de las fuerzas armadas que habían comenzado los conservadores. C.-B. se refirió a los miembros del Comité de Defensa Imperial, Fisher, Lord Esher y Sir George Clark, presumiblemente en ese orden, como Condenables, Dominantes y Dictatoriales; pero los había heredado, por no hablar del programa de acorazados. Haldane, como Secretario de Guerra, se comprometió a recortar £ 3.000.000 de las estimaciones del Ejército y, al mismo tiempo, mediante reformas radicales, lograr un brazo de combate más eficiente, como lo había hecho Fisher en la Marina. Creó un Estado Mayor y una fuerza de reserva llamada Territoriales. Se formaron cuerpos de entrenamiento de oficiales en las escuelas y universidades públicas y el gobierno les proporcionó armas, municiones e instructores. Los jóvenes respondieron con entusiasmo. El sonido de la corneta y el pífano hicieron su magia, aunque principalmente entre la clase de oficiales. El reclutamiento de soldados rasos para los Territoriales disminuyó después de los primeros años.

*HMS Acorazado*se encargó en 1906, un extraño triunfo para los liberales, y Fisher exigía la construcción de tres acorazados más para 1907. Amenazó, si se negaba, con dimitir y llevarse consigo a otros tres miembros de la Junta del Almirantazgo. El dilema liberal era doloroso, pero no irresoluble. Al insistir en que la Marina estaba a la defensiva (lo cual, considerando la naturaleza del bloqueo, era discutible), el Gobierno logró darle a Fisher sus acorazados y absolver la conciencia liberal al mismo tiempo.

Una vez más las naciones se vieron comprometidas a ir a La Haya y sintiendo un intenso disgusto por la

perspectiva. Durante todo 1906 y la mitad de 1907 pospusieron ese día incómodo mientras proseguían discusiones inconexas sobre la agenda. El programa ruso, que circuló en abril de 1906, proponía el arbitraje y las leyes de la guerra como temas de discusión, mientras continuaba ignorando el desarme. Rusia, que salía de derrotas externas y de una revolución interna, estaba preocupada por reponer armamentos, no por reducirlos, y había convocado la Conferencia sólo para recuperar la iniciativa de Estados Unidos. En lo que respecta a Izvolsky, el actual Ministro de Asuntos Exteriores ruso, el desarme era "una locura de judíos, socialistas y mujeres histéricas". Sin embargo, desde la llegada de los liberales a Inglaterra, la cuestión del desarme no podía escaparse. Incluirlo en la agenda después del entierro de 1899 fue como apuntalar a un muerto; no ponérselo era admitir la desesperanza e invitar a la condena pública. En una reunión de la Unión Interparlamentaria celebrada en Londres en abril de 1906, C.-B. instó a los delegados a insistir en casa "en nombre de la humanidad" en que sus gobiernos fueran a La Haya con la seria intención de reducir los presupuestos militares y navales. La reunión no fue nada feliz, porque el día de la inauguración, mientras los delegados se agolpaban para felicitar a los orgullosos miembros del parlamento más joven, llegó la noticia de que el zar había disuelto la Duma. C.-B., que iba a pronunciar el discurso de bienvenida, quedó tan sorprendido que cuestionó la decisión imperial con las palabras: "De una forma u otra, la Duma revivirá. Con toda sinceridad podemos decir: 'La Duma está muerta; ¡Viva la Duma! Su franqueza provocó una protesta oficial rusa.

En cuanto al desarme, el Káiser hizo saber que si se planteara un debate de cualquier tipo, sus delegados abandonarían la Conferencia que, en cualquier caso, "esperaba devotamente que no se celebrara". Los militantes pangermanistas y el partido del Príncipe Heredero ya lo culpaban en casa por ceder en Algeciras en lugar de luchar, y los diplomáticos alemanes insinuaron a otros embajadores que incluso podría ser depuesto si Alemania se veía obligada a aceptar cualquier forma de limitación de armas. que surjan de la Conferencia. Durante una de las visitas periódicas del rey Eduardo requeridas por las relaciones reales, con resultados generalmente desastrosos, tío y sobrino discutieron la próxima Conferencia manteniendo por una vez razonablemente amable, tal vez porque en este tema no estaban muy separados. El Rey “desaprobaba totalmente” la Conferencia, escribió el Kaiser a Roosevelt, “y él mismo tomó la iniciativa de decirme que la consideraba una 'farsa'. Según su informe, el rey Eduardo dijo que no sólo era inútil, ya que en caso de necesidad nadie se sentiría obligado por sus decisiones, sino incluso peligroso, ya que probablemente produciría más fricciones que armonía.

Para Roosevelt era evidente que la Alemania moderna, "alerta, agresiva, militar e industrial,... desprecia la Conferencia de La Haya y toda la idea de La Haya". Su preocupación en ese momento era que el gobierno liberal británico “llegara a un extremo sensiblero en la Conferencia de La Haya”. Le dijo al nuevo agregado militar británico, el conde Gleichen, primo del rey, que esperaba que Haldane y Gray no se dejaran "llevar por ideas sentimentales". Temía que su partido pudiera “influirlos en esa dirección... pero no les dejemos hacerlo”. Habló ampliamente con Gleichen sobre su idea actual de limitar el tamaño de los acorazados en lugar de los presupuestos navales. Sin saber que su límite máximo propuesto de 15.000 toneladas ya estaba obsoleto debido al monstruoso casco que entonces yacía en el astillero de Portsmouth, Roosevelt explicó que quería que la Armada británica permaneciera en la misma posición relativa frente a las armadas de Europa y Japón que Actualmente. Al transmitir el mensaje al rey, Gleichen añadió que había encontrado el almuerzo en la casa de Roosevelt en Oyster Bay "extremadamente escaso", y con sólo dos sirvientes negros presentes y nadie para recibirlo en la estación, arreglos bastante primitivos en conjunto.

Una vez que el Dreadnought fue encargado, la Marina de los Estados Unidos no pudo quedarse atrás y dos de la nueva clase fueron autorizados por el Congreso a petición de Roosevelt en enero de 1907. La Marina, le escribió al Presidente Eliot, era un “factor infinitamente más potente para la paz”. que todas las sociedades de paz” y el Canal de Panamá mucho más importante que La Haya. Con respecto a la

Conferencia, añadió: "Mi principal problema vendrá de los fantásticos visionarios que están locos por hacer lo imposible".

Uno de ellos fue Andrew Carnegie, cuya empresa, cuando la vendió en 1900 a Morgan por 250.000.000 de dólares en bonos, producía una cuarta parte de todo el acero de los Estados Unidos y tanto como toda Inglaterra. Menos tímido que Nobel, Carnegie dedicaba ahora sus beneficios, en vida, al bienestar de la humanidad. Además de proporcionar bibliotecas que presumiblemente podrían hacer a los hombres más sabios, esperaba también hacerlos más pacíficos, y había aceptado la petición de Andrew White de donar un edificio para el Tribunal de Arbitraje de La Haya.

Ahora estaba ocupado entre la Casa Blanca y Whitehall en un esfuerzo por promover la causa de la Conferencia, pero Roosevelt había perdido interés después de que los británicos se negaron a considerar su propuesta de limitar el tamaño de los acorazados. Sin embargo, Roosevelt logró evitar compromisos diciéndoles a corresponsales de alto rango lo que querían escuchar. Mantuvo correspondencia con los soberanos de Alemania e Inglaterra, a quienes se dirigía fácilmente como "Mi querido emperador Guillermo" y "Mi querido rey Eduardo".

Actualmente, casi ningún funcionario público excepto C.-B. y el Secretario Root quería el desarme en la agenda. Root pensó que debería discutirse incluso si no se logra nada, porque, dijo, los resultados nunca se logran sin una serie de fracasos: “los fracasos son pasos necesarios hacia el éxito”. C.-B. También sentí que el mundo debía seguir intentándolo. Aunque era un hombre sin hijos cuya esposa, su compañera más cercana, acababa de morir y que a él mismo le faltaba un año para su muerte, continuó con sus propios esfuerzos. En marzo de 1907, tomó la decisión inusual para un Primer Ministro de publicar un artículo sobre una cuestión política de actualidad. Bajo el título “La Conferencia de La Haya y la limitación de armamentos”, apareció en el primer número de un nuevo semanario liberal, The Nation (de Londres). Aunque los armamentos y las máquinas de guerra habían aumentado desde la Primera Conferencia, escribió, también lo había hecho el movimiento por la paz, que ahora era “incomparablemente más fuerte y más constante”. Pensó que al desarme se le debería dar la oportunidad de lograr el mismo progreso que el arbitraje, que ahora había adquirido una “autoridad moral inimaginable en 1898”. Gran Bretaña, señaló, ya había reducido los gastos militares y navales (lo cual era cierto si no se tenía en cuenta el programa de los nuevos acorazados) y estaría dispuesta a ir más lejos si otras naciones hicieran lo mismo. Es cierto

que esto no afectaría la supremacía naval británica, ya que congelaría el status quo, pero el Primer Ministro insistió en la tesis de que la Armada británica no era un desafío para ningún estado o grupo de estados. El argumento giraba estrechamente entre las rocas de la conciencia y los bajíos de la realidad política y no agradó a nadie. Los alemanes lo tomaron como prueba de un complot británico en concierto con Francia y Rusia para forzar el asunto en La Haya antes de que Alemania pudiera aprovechar la ventaja del HMS Dreadnought. Bülow anunció públicamente en el Reichstag que Alemania se negaría a discutir el desarme en la Conferencia. El rey Eduardo estaba igualmente irritado por la adhesión del primer ministro al desarme, así como por su apoyo al sufragio femenino. "¡Supongo que apoyará el proyecto de ley del Eurotúnel la próxima semana!" dijo con disgusto, pero desde ese horror particular C.-B. se abstuvo.

Como Ministro de Asuntos Exteriores, Sir Edward Gray se declaró dispuesto en todo momento a hablar de limitación presupuestaria en La Haya. Haldane habló seriamente con el diplomático estadounidense Henry White sobre la necesidad de reducir los armamentos y había viajado a Alemania en 1906 para sondear un posible terreno para un acuerdo. Pero la dura realidad detrás de las conversaciones fue que ni el gobierno británico ni ningún otro tenía intención alguna de limitar su libertad de armarse a su antojo. La única persona que mencionó el papel de los fabricantes de municiones fue el rey de Italia, quien sugirió que el desarme provocaría "un estallido de oposición" entre ellos y estaba seguro de que el Kaiser nunca consentiría en "cortarle las alas a Krupp". Cuando, en nombre de Rusia, el profesor De Martens recorrió las capitales para recabar opiniones, como había hecho antes Muraviev, ya muerto, el embajador estadounidense en Berlín resumió rotundamente la cuestión: "De Martens no cree y nadie cree... existe la más mínima probabilidad de que en la próxima Conferencia de La Haya se adopten medidas encaminadas a una reducción práctica de los armamentos".

Se trataba de intercambios privados de diplomáticos, pero la paz no podía tratarse con tanta rudeza ante el público, al menos no en Inglaterra y Estados Unidos. No se trataba de la gran masa pasiva, muda y desconocida. ¿Quién sabía qué opinión había allí? Una vez formada la opinión de las masas, soplaría con los vientos de las circunstancias y más probablemente con las ruidosas circunstancias de la guerra que con las de la paz. Sin embargo, la opinión pública del público pensante –especialmente del movimiento por la paz– estaría indignada por la exclusión del desarme de la agenda de La Haya. Los Congresos de Paz que se reunían anualmente (en Glasgow en 1901, Mónaco en 1902, Rouen y Le Havre en 1903, Boston en 1904, Lucerna

en 1905, Milán en 1906) aprobaron resoluciones exigiendo que los gobiernos hicieran esfuerzos serios para alcanzar una tregua en materia de armamentos. La baronesa von Suttner, que había recibido el Premio Nobel de la Paz en 1905, y sus colegas en las sociedades de paz y en las conferencias anuales del lago Mohonk en Estados Unidos, se agitaron con tanta energía como siempre. En 1907, Jane Addams publicó un libro, Newer Ideals of Peace, provocando el disgusto de Roosevelt pero añadiendo una voz respetada al coro.

Carnegie, aprovechando la idea de C.-B. de una Liga de la Paz o Liga de Naciones, como él la llamó, decidió que el Kaiser era el hombre para establecerla porque "creo que es el hombre responsable de la guerra en la Tierra". ." Después de haber sido invitado varias veces a visitarlo por el Káiser, a quien le gustaban los millonarios, ahora se dispuso a convencerlo de su deber. Por carta anticipada explicó cómo el Káiser pudo ganarse en la historia el título de "Pacificador" y añadió en una carta adjunta al Embajador estadounidense: "Él y nuestro Presidente podrían formar un equipo si tan solo estuvieran unidos en la causa. de paz." A su llegada a Kiel en junio de 1907, cenó dos veces con el Kaiser y fue invitado a una tercera audiencia con resultados que recordaban inquietantemente las entrevistas de Stead con el zar y de la baronesa von Suttner con Roosevelt. Carnegie encontró a su monarca "un hombre maravilloso, muy brillante, divertido y con una dulce sonrisa. Creo que se puede confiar en él y se declara a favor de la paz... Muy atractivo, muy; No puedo dejar de gustarme". Una vez fuera del alcance de la dulce sonrisa, Carnegie recordó su misión y le respondió instando a un gran gesto del Káiser en La Haya para convencer al mundo de que él era en realidad el "apóstol de la paz".

Palabras y gestos de este tipo eran una debilidad habitual de los defensores de la paz, con efectos en el público, si los había, que sólo podían ser engañosos. Al mismo tiempo, los líderes políticos dijeron al público sólo lo que parecía virtuoso y benigno, reservando las duras realidades unos para otros. Sólo un hombre intentó instruir al público a mirar honestamente la guerra. Mahan, ahora almirante, continuó publicando artículos sobre la necesidad del libre ejercicio de la fuerza de combate y especialmente, en anticipación de la Conferencia, sobre el peligro de una renovada demanda de inmunidad de la propiedad privada en el mar. Le parecía que la función militar necesitaba protección contra la mirada incomprensible del profano. "La predisposición de la opinión pública en la mayoría de los países", le escribió preocupado a Roosevelt después de una gira por el extranjero, era tal que la cuestión de la guerra estaba "en peligro de ser mal juzgada y 'apresurada'. "

Fue esta predisposición la que obligó a los gobiernos británico y estadounidense a apoyar la inclusión del desarme en la agenda. Ni Gray ni Roosevelt creían que la discusión conduciría a ningún resultado práctico y en conversaciones con embajadores extranjeros ambos explicaron que estaban obligados a insistir en ello por "el bien de la opinión pública". Alemania, Austria y Rusia estaban decididas a excluirlo por temor a que la discusión pudiera de alguna manera atraparlos en una posición no deseada. Después de meses de intrincadas negociaciones diplomáticas, la Conferencia finalmente se anunció sin el desarme en la agenda y con tantas reservas incluidas en las diversas aceptaciones que parecía probable que la Conferencia se disolviera tan pronto como se reuniera. Gran Bretaña, Estados Unidos y España se reservaron el derecho de plantear el debate sobre el desarme; Alemania, Austria y Rusia se reservaron el derecho de abstenerse o retirarse si se mencionara, y otras naciones se reservaron una variedad de derechos en el medio.

Agobiadas por esta carga, las naciones se reunieron el 15 de junio de 1907. La primera década del nuevo siglo, que ya llevaba tres cuartas partes, ya estaba marcada por tres características: una economía en pleno apogeo, un estallido de vigor creativo en las artes y el sonido de un crecimiento constante. "tamborileando como un ruido en sueños". De todos los que no lo oyeron, hubo muchos que sí lo oyeron, no todos con temor. En la Armada alemana los oficiales tenían la costumbre de brindar por "El Día". En un balneario cerca de Bayreuth, un grupo de estudiantes alemanes y jóvenes oficiales navales se hicieron amigos de un inglés visitante y "de la manera más amigable y afable discutieron conmigo la lucha venidera entre nuestros dos países". Argumentaron que cada imperio tuvo su época. La decadencia de Inglaterra debe producirse como la de España, Holanda y Francia. ¿Quién debería ocupar el trono sino la nación fuerte, sabia, noble y talentosa cuyo desarrollo había sido el factor destacado del siglo XIX y que ahora estaba "preparada para una empresa heroica"? Alemania no parecía la única que estaba tan preparada. Las nuevas potencias agresivas exhibidas por Japón y Estados Unidos convencieron a Europa de que estas naciones se acercaban a un choque. Tras el furor causado en Japón por la Ley de Exclusión de California, ambas naciones lo creyeron. "La tendencia es hacia la guerra", escribió el secretario Root, "no ahora, sino dentro de unos años".

Muchos miembros de la clase dominante vieron la perspectiva con más naturalidad que trágica. Lord Lansdowne, oponiéndose al proyecto de ley de pensiones de vejez en la Cámara de los Lores, dijo que costaría tanto como una gran guerra y que los gastos de la guerra

de Sudáfrica eran una mejor inversión. "Una guerra, por terribles que sean sus consecuencias, tiene en cualquier caso el efecto de elevar la fibra moral del país", mientras que la medida en debate la debilitaría. Y si la perspectiva de una guerra horrorizó a los portavoces de la clase trabajadora, la violencia como tal no lo hizo. Georges Sorel en sus Reflexiones sobre la violencia en 1908 afirmó que la violencia proletaria ejercida en interés de la guerra de clases era una “algo heroico excelente”, un agente civilizador que podía salvar al mundo de la barbarie.

La Segunda Conferencia fue mayor en tamaño, más larga en duración y más voluminosa en resultados que la Primera, pero por lo demás no fue muy diferente. Duró hasta octubre (cuatro meses en lugar de dos) y produjo trece convenciones, en comparación con las tres anteriores. Debido a que Estados Unidos había insistido en la presencia de los estados latinoamericanos, para disgusto de las potencias europeas, 44 naciones y 256 delegados estuvieron presentes en comparación con 26 y 108 en la Primera Conferencia. El mayor número hizo necesario reunirse en el Ridderzaal, sede del Parlamento holandés en el centro de La Haya, en lugar de en la Huis ten Bosch, en su hermoso parque. Muchos de los delegados eran los mismos que antes; muchos de los más notables de 1899 faltaban. Los burgueses de Francia y Beernaert de Bélgica volvieron a encabezar sus respectivas delegaciones, pero Münster, Pauncefote y De Staal estaban muertos; Andrew White no había regresado; Mahan y Fisher estaban ausentes en cuerpo, aunque no en espíritu. El nuevo presidente volvió a ser un ruso, el señor Nelidov, un diplomático anciano como su predecesor, cuya voz y modales revelaban su falta de simpatía por la Conferencia y que, estando mal de salud la mayor parte del tiempo, dejó el mando de la delegación rusa a la El pomposo profesor De Martens,

que padecía gota y a menudo estaba confinado en su habitación. La delegación rusa parecía dividida entre sí y sus miembros estaban alojados en hoteles separados.

El barón d'Estournelles, que dos años después compartiría el Premio Nobel de la Paz con Beernaert, estuvo nuevamente presente por Francia, y el profesor Zorn, amarillo y demacrado, de Alemania. Entre los recién llegados se encontraba el conde Tornielli, en representación de Italia, cuya esposa había estado sentada junto al presidente Loubet en el terrible día de Auteuil, y el famoso marqués de Soveral, que representaba a Portugal. Amigo íntimo del rey Eduardo, era conocido como el "Mono Azul" en la sociedad londinense, donde se decía que "hacía el amor con todas las mujeres más bellas y todos los hombres más agradables eran sus amigos". Todo un bloque de recién llegados lo proporcionaron los "dandis impecables" de América Latina.

Se extrañó la firme presencia de Pauncefote. Cuando murió en 1902, Roosevelt envió su cuerpo a Inglaterra en un crucero, diciendo: "No lo hice porque fuera embajador, sino porque era un buen tipo". Su lugar fue ocupado, si no ocupado, por un juez, Sir Edward Fry, un cuáquero diminuto y poco mundano de ochenta y dos años, pero no tan poco mundano como para querer ceder el control de la delegación británica a su socio, Sir Ernest Satow, un diplomático experimentado, ex ministro en Pekín, que hablaba francés con fluidez, algo que Fry no.

Dominaban la conferencia los principales delegados de Estados Unidos y Alemania: el señor Joseph Hodges Choate, que a sus setenta y cinco años y sus patillas blancas parecían personificar el siglo XIX, y el barón Marschall von Bieberstein, afable y moderno, que aunque sólo diez años más joven era claramente un hombre de la nueva era. Choate era genial y astuto, famoso como narrador, embajador en Inglaterra de 1899 a 1905 y abogado de profesión cuya brillante defensa de los derechos de propiedad ante la Corte Suprema en 1895 mantuvo a raya el impuesto sobre la renta durante otros dieciocho años. Era dueño de una casa de verano en Stockbridge diseñada por Stanford White. Su cabello blanco, que brillaba bajo un sombrero de seda brillante, se convirtió en un hito de la Conferencia.

El barón Marschall, embajador en Constantinopla, un hombre enorme y apuesto con dos cicatrices de duelo de Alt-Heidelberg en la mejilla, llevaba “una máscara de inteligencia altiva que parecía despreciar el conjunto de la locura humana”. Jugaba al ajedrez y al piano, cultivaba rosas y fumaba cigarrillos diminutos sin cesar,

sacudiendo de vez en cuando la ceniza caída de la solapa de seda de su abrigo con un gesto que parecía decir que trataba los problemas humanos sin más escrúpulos. Despreciaba la opinión pública y, según él, era lo que los periódicos eligieran para crearla. Un gobierno que no podía controlar a la prensa no valía la pena. La mejor manera de controlar un periódico, aconsejó, era “golpeándole la puerta en la cara”. Igualmente firmes fueron sus opiniones sobre sus compañeros delegados: De Martens era un “charlatán... con una explosiva falta de tacto”; Barbarosa de Brasil fue la “más aburrida”; Fry era “un buen anciano que carecía por completo de experiencia en la vida moderna”; Tornielli se mostró “gentil y pacífico”; Tsudzuki de Japón era una persona “superior” que había estudiado en Alemania, hablaba alemán y “sentía la máxima veneración por Su Majestad”; El delegado militar ruso, coronel Michelson, que pronunció un discurso diciendo que la guerra era terrible y que se debía hacer todo lo posible mediante la mediación para evitarla, fue culpable de un discurso que podría haber sido comprensible viniendo de la baronesa von Suttner, pero viniendo de un coronel era un “ escándalo"; Choate fue “la personalidad más llamativa” entre los delegados con “extraordinaria inteligencia, profundo conocimiento jurídico y gran capacidad política”.

El propio barón Marschall sacudió a la Conferencia cuando, en el curso de la discusión sobre una propuesta para restringir la colocación de minas, advirtió contra la locura de dictar leyes para la conducción de la guerra que podrían resultar inútiles por "la ley de los hechos". Las implicaciones que se pueden extraer de este entusiasmado comentario de la prensa, incluida una carta del Poeta Laureado al Times. Demasiado indignado para la poesía, Alfred Austin escribió que las palabras de Marschall eran una clara advertencia de una futura agresión alemana de la que todos sus vecinos (Holanda, Bélgica, Francia y Austria) deberían tomar nota. Gran Bretaña, “debidamente advertida”, debería adoptar el servicio militar obligatorio y el Laureado cerró con una frase tomada de su predecesor, Lord Tennyson: “¡Forma! ¡Forma! ¡Fusileros, formaos!

Como antes, los defensores de la paz convergieron en La Haya de todas partes, incluidos Bertha von Suttner y Stead, quien una vez más se había nombrado relator independiente. Nuevamente publicó una crónica de los procesos, personalidades, disputas y negocios privados, esta vez en forma de un diario de cuatro páginas, el Courrier de la Conférence. Bloch estaba muerto, pero Andrew Carnegie tomó su lugar y colocó la primera piedra del nuevo Palacio de la Paz, al que había donado 1.250.000 dólares. Se acordó que todos los países miembros deberían contribuir con materiales que representaran sus mejores productos para el edificio que expresaría “buena voluntad y

esperanza universales”. Como antes, los socialistas, y esta vez también los anarquistas y los sionistas, celebraron sus congresos internacionales en Ámsterdam durante la Conferencia para captar parte de la atención mundial para sus causas. El pastor y pacifista holandés Domela Nieuwenhuis, que logró combinar el anarquismo con la religión y ser sincero, denunció imparcialmente a Carnegie ante los delegados como un mercader de la muerte que construyó un Templo de la Paz, mientras aceptaba pedidos de municiones "incluso de los japoneses", un acusación precisa en espíritu, aunque no en tiempo. “¡Que todos los trabajadores, independientemente de su nacionalidad, hagan huelga ante la declaración de guerra y no habrá guerra!” Nieuwenhuis gritó.

El trabajo de la Conferencia se organizó como antes en Comisiones (de Arbitraje, Normas de Guerra Terrestre y Normas de Guerra Marítima) con una Cuarta Comisión adicional (de Derecho Marítimo). Bourgeois y Beernaert fueron, como antes, presidentes de la Primera y Segunda Comisiones, Tornielli de la Tercera y De Martens de la Cuarta. En la sesión inaugural, el discurso de bienvenida de Nelidov no suscitó ningún entusiasmo; Los primeros días fueron sombríos, los arreglos y las asignaciones confusos y la acústica en la sesión plenaria fue tan pobre que en una ocasión los delegados discutieron enérgicamente si el último orador se había dirigido a ellos en inglés o francés.

Cumpliendo con su insistencia en que se debe discutir el desarme aunque sólo sea para demostrarle al público su impracticabilidad y sus propias intenciones honestas, los británicos llevaron la cuestión al pleno. Ninguna de las naciones se retiró, porque las explicaciones previas de Sir Edward Grey, por confusas que fueran, habían transmitido una impresión suficientemente clara de que el asunto no sería incómodo; ni lo fue. Sir Edward Fry hizo una presentación grave y conmovedora del caso, describiendo el espantoso aumento de los artefactos mortales y presentó una resolución pidiendo "un estudio más serio" en la misma frase de aplazamiento que se había utilizado en 1899. Nelidov estuvo de acuerdo en que si las armas La limitación no estaba madura en 1899 y tampoco lo estaba más en 1907, y los delegados adoptaron la resolución de Fry sin votación. El asunto fue resuelto en un total de veinticinco minutos. Stead se enfureció ante la “miserable y escandalosa debacle” e incluso el secretario Root concluyó que el apoyo de Grey había sido simplemente un gesto para “satisfacer a la opinión pública inglesa”.

Aunque el mundo se aburrió después del “discurso fúnebre” de Fry, como lo llamó Marschall, e incluso los periodistas perdieron el interés,

la Conferencia se dispuso a trabajar seriamente sobre las leyes y técnicas de la guerra. Cuando estaban ocupados en redactar y discutir los problemas de su oficio (los derechos y deberes de los neutrales, el cobro de deudas internacionales por la fuerza, las reglas para la apertura de hostilidades), todos asuntos que daban por sentado la guerra como un hecho de la vida humana, los delegados se volvieron absorbido. De hecho, trabajaron más duro que en la Primera Conferencia, como si la guerra no fuera sólo una realidad sino un hecho inminente. Las reuniones del comité se celebraban dos veces al día, había que leer extensos documentos, examinar opiniones de expertos, preparar nuevos borradores y mantener interminables conversaciones confidenciales para llegar a compromisos. “Nunca desde mi examen para el colegio de abogados he trabajado tan duro como en las últimas seis semanas”, informó Marschall a Bülow.

Se reconsideró el lanzamiento de proyectiles o explosivos desde globos, y evitando nuevamente cualquier extremo de abnegación, los delegados renovaron la prohibición por otro período limitado de cinco años. Se acordó que el territorio neutral, un asunto en el que los belgas eran particularmente sensibles, era inviolable y se elaboró una convención de veinticinco artículos que establecía reglas de procedimiento en caso de que fuera violado. Como resultado de la traicionera apertura de las hostilidades contra Rusia mediante un ataque sorpresa en 1904, se mantuvieron nuevas e interesantes discusiones sobre este tema. Culminaron en una convención cuyos firmantes acordaron no abrir hostilidades sin previo aviso inequívoco en forma de declaración de guerra o ultimátum acompañado de una declaración de guerra condicional. Se adoptó otra convención de cincuenta y seis artículos que redefinió las leyes y costumbres de la guerra terrestre. Como resultado del asunto Venezuela de 1902, se acordó una convención contra el uso de la fuerza para cobrar deudas internacionales excepto si el deudor había rechazado el arbitraje. Esto representó un avance definitivo en el derecho internacional.

La guerra naval fue objeto de la lucha más feroz, siendo la cuestión central el derecho a capturar el comercio marítimo. Como arma básica del bloqueo, Gran Bretaña estaba decidida a preservar el derecho de captura libre de restricciones. Alemania estaba igualmente decidida a restringirlo mediante un tribunal de premios internacional y otras interferencias. Alemania estaba decidida a defender el uso de submarinos y minas de contacto submarinas como armas contra el bloqueo y Gran Bretaña a restringirlo. En cuanto a la inmunidad de la propiedad privada, Grey, al menos, había aprendido la lección de Mahan si la delegación estadounidense no lo había hecho. Instruyó a sus delegados que Gran Bretaña no podía aceptar un principio que "si

se lleva a su conclusión lógica implicaría la abolición del bloqueo comercial". Añadió una razón, a su manera torturada, que ciertamente no se le habría ocurrido a Mahan. Gran Bretaña no podía aceptar nada, escribió, que pudiera “limitar de tal manera la posibilidad de una guerra como para eliminar algunas de las consideraciones que ahora impiden al público contemplarla”. Traducido a un lenguaje más simple, esto significaba que Gran Bretaña no podía aceptar nada que pudiera, al limitar los daños de la guerra, hacer que la gente la abordara más a la ligera. Para los liberales británicos era obligatorio encontrar una razón moral para fortalecer una política natural de interés propio, una práctica que nadie llevó a mayor perfección ni a una expresión más oscura que Sir Edward Grey.

Finalmente se alcanzaron ocho convenciones sobre guerra naval que establecían reglas, derechos y restricciones para todos los medios posibles de dañar al enemigo. Fueron necesarios trece artículos para prohibir el uso de minas de contacto submarinas a menos que fueran inofensivas una hora después de haber sido colocadas; otros trece artículos para regular el bombardeo naval de establecimientos costeros; cincuenta y siete artículos para regir un tribunal de premios internacional. Otras convenciones trataban del derecho de captura, la naturaleza del contrabando, los derechos y deberes de los neutrales en el mar, pero de manera tan insatisfactoria que todas estas cuestiones se retomaron en una conferencia de potencias navales celebrada en Londres al año siguiente.

En materia de arbitraje, la fuerza motriz, ahora que Pauncefote se había ido, era principalmente estadounidense, y el secretario Root, abogado de profesión, aportaba la energía detrás de Choate. El objetivo de Root era transformar el tribunal establecido en 1899 de un tribunal opcional para litigantes que aceptaban el arbitraje en una Corte Permanente de Justicia Internacional con jueces permanentes que decidieran cuestiones de derecho internacional mediante "métodos judiciales bajo un sentido de responsabilidad judicial". El presidente Roosevelt apoyó el objetivo sin una gran convicción y confesó a Root a mitad de la Conferencia que “no he seguido las cosas en La Haya”. Con su amigo Speck von Sternberg, el embajador alemán, se expresó con más fuerza que, por alguna razón, lo hacía habitualmente con los alemanes. No podía interesarse adecuadamente en los procedimientos de La Haya, le dijo a Speck, porque estaba “absolutamente disgustado” con las tonterías que decían los defensores profesionales de la paz.

La propuesta estadounidense de crear una Corte Permanente tropezó con una fuerte oposición, uno de los obstáculos fue la

insistencia de Brasil en que las cuarenta y cuatro naciones estuvieran representadas en ella. La idea de que las decisiones fueran tomadas por ellos “por estados orientales decadentes como Turquía o Persia... o por un abogado mestizo de América Central o del Sur”, en palabras de un comentarista, disgustaba a las principales potencias europeas. Sin embargo, el quid de la cuestión fue una vez más el arbitraje obligatorio. De esto, informó Marschall a Berlín, dependería la respuesta final: "¿Fue una conferencia de paz o una conferencia de guerra la que tuvo lugar en 1907?" Dado que su propio país rechazaba rotundamente el principio obligatorio, presumiblemente se enfrentaba a la respuesta. Sin embargo, no cayó en el error cometido por sus predecesores de aislamiento extenuante. En cambio, como dijo Choate, se dedicó al principio de arbitraje y se opuso a toda aplicación práctica del mismo. La Conferencia intentó elaborar una lista de temas inocuos para la presentación obligatoria sobre la cual todos pudieran estar de acuerdo, pero no logró ser adoptada cuando ocho naciones votaron en contra. Al final se adoptó una Convención sobre el Arreglo Pacífico de Controversias Internacionales que contenía noventa y seis artículos de los cuales el principio obligatorio no era uno. En consecuencia, no se pudo crear ningún Tribunal de Justicia.

Quedaba un último punto de discordia: una Tercera Conferencia. Los partidarios de la idea de La Haya deseaban que el principio de interdependencia de las naciones se estableciera en forma de una organización permanente y de reuniones periódicas. Los días de las naciones como unidades soberanas separadas habían pasado y antes de separarse querían comprometerse a reunirse nuevamente. Los no creyentes, principalmente las principales potencias europeas, no querían más limitaciones a su libertad de acción ni más invasiones de la soberanía insistiendo en un acuerdo pacífico obligatorio. Se resistieron al compromiso con una Tercera Conferencia, más particularmente porque la presión para ello procedía de los estadounidenses. El Secretario Root, fiel a su precepto de que los fracasos sucesivos eran necesarios para el éxito, y creyendo que cada una de las Conferencias había logrado algo para hacer posible la siguiente, había ordenado a Choate que obtuviera una resolución para una Tercera Conferencia. Al comprometer ahora a las naciones, pretendía también arrebatarle a Rusia la iniciativa y el control. Choate luchó duramente contra la desgana de los demás delegados, que se mantuvieron inflexibles hasta amenazar a Nelidov con que, si no se llegaba a un acuerdo, presentaría la resolución públicamente en la sesión plenaria. La oposición cedió. Los delegados adoptaron una resolución recomendando que la próxima Conferencia se celebrara “dentro de un período análogo al transcurrido desde la Conferencia anterior”, es decir, ocho años.

Haber logrado tanto, escribió Root a Roosevelt, fue al menos un progreso “hacia que las prácticas de las naciones se ajusten a su declarado deseo de paz”. El deseo era bastante real. Dos veces había llevado a la nación a La Haya. El deseo inherente del hombre de controlarse a sí mismo había luchado dos veces contra tendencias opuestas. Aún estaba por delante el objetivo de un nuevo orden internacional en el que las naciones estuvieran dispuestas a renunciar a su libertad de luchar a cambio de la seguridad del derecho. El avance realizado en La Haya, como dijo Choate más tarde, fue necesariamente “gradual, tentativo y delicado”.

Esperaba mayores avances en la próxima Conferencia de 1915.

*Hay había muerto en julio de 1905.

*La cuestión en cuestión era la limitación de los armamentos en lugar del desarme, pero la palabra única, por ser menos incómoda, se utilizó generalmente en ese momento y el uso se ha seguido aquí.

6 “El heroísmo está en el aire”

ALEMANIA : 1890–1914

6 “El heroísmo está en el aire”

t

EL ATREVIDOEl mal hombre de la música de principios de siglo, innovador en la forma, moderno y audaz en el concepto, brillante en la ejecución, no inmune a la vulgaridad y un barómetro del clima de su tierra natal, fue Richard Strauss. Cada una de sus nuevas obras, normalmente dirigidas por él mismo en su estreno, llenaban las salas de conciertos con un público ansioso por emocionarse y críticos musicales deseosos de azotar con sus estoques el aire caliente de su profesión. En los diez años transcurridos entre 1889 y 1899, cuando tenía entre veinticinco y treinta y cinco años, Strauss produjo seis obras, Don Juan, Tod und Verklärung, Till Eulenspiegel, Also Sprach Zarathustra, Don Quijote y Ein Heldenleben, que crearon una nueva forma o, como decían los críticos, “falta de forma”. Llamadas poemas sinfónicos, las composiciones eran óperas más bien condensadas sin palabras. En el estreno de Don Juan, el público llamó al compositor cinco veces para que volviera a tocar la pieza. En el estreno de Heldenleben, el pasaje que representa la batalla enfureció a algunos oyentes hasta el punto de abandonar la sala y provocó que otros “temblaran mientras escuchaban, mientras que algunos se levantaban de repente e hacían gestos violentos de forma bastante inconsciente”. Si para algunos Strauss era un sensacionalista y corruptor del puro arte de la música y para otros el profeta de una nueva era musical, incluso el “inventor de un nuevo

arte”, una cosa estaba clara: conservaba para Alemania la supremacía de la música que había culminado en Wagner. Él era "Ricardo II".

En cierto sentido, esto lo convirtió en el hombre más importante de la vida cultural alemana, ya que la música era la única esfera en la que los extranjeros reconocían voluntariamente la superioridad que los alemanes consideraban evidente. La Kultur alemana, a los ojos de los alemanes, era la heredera de Grecia y Roma y ellos mismos eran los pueblos modernos mejor educados y más cultivados; sin embargo, los extranjeros, en su apreciación de este hecho, curiosamente no llegaban a una comprensión perfecta. Aparte de los profesores y filósofos alemanes, sólo Wagner suscitó su homenaje, sólo Bayreuth, sede del Wagner Festspielhaus, atrajo sus visitas. París siguió siendo el centro europeo de las artes, el placer y la moda, Londres de la sociedad, Roma de la antigüedad e Italia el atractivo de los viajeros que buscaban el sol y la belleza. Los nuevos movimientos e impulsos en la literatura: naturalismo, simbolismo, crítica social; las figuras imponentes: Tolstoi, Ibsen y Zola; las grandes novelas, desde Dostoievski hasta Hardy: todas ellas se originaron fuera de Alemania. Inglaterra, después de su gran época victoriana, volvió a palpitar en los años noventa con nuevos talentos: Stevenson, Wilde y Shaw, Conrad, Wells, Kipling y Yeats. Rusia volvió a producir en Chéjov un intérprete incomparable del hombre. Los pintores florecieron en Francia. En la pintura, Alemania tenía poco más que Max Liebermann, líder de los secesionistas, cuya secesión, sin embargo, no lo llevó más allá de la presidencia de la Academia Prusiana de Bellas Artes. En literatura, sus figuras más destacadas fueron el dramaturgo Gerhart Hauptmann, vástago de Ibsen, y el poeta Stefan George, vástago de Baudelaire y Mallarmé.

En música, sin embargo, Alemania había producido a los maestros del mundo y había visto la procesión coronada por Wagner, cuyo dogma de fusión de las artes se convirtió en un culto al que los extranjeros se unieron con entusiasmo. Las Sociedades Wagner desde San Petersburgo hasta Chicago contribuyeron con fondos para proporcionar a los dramas musicales del Maestro un hogar adecuado, y la “Idea Bayreuth” creó un fermento intelectual más allá de las fronteras de Alemania. Los alemanes creían que su soberanía sobre la música continuaría para siempre sin desafíos serios por parte de ningún otro país. Si bien muchos de ellos, como el Kaiser, detestaban la modernidad de Strauss, su preeminencia les parecía una feliz prueba de que se mantenía la supremacía musical alemana.

No sólo las grandes ciudades, sino también todas las ciudades o

pueblos alemanes de tamaño considerable tenían su teatro de ópera, su sala de conciertos, su academia de música, su sociedad orquestal y su Verein musical de un tipo u otro. Casi ningún alemán no perteneciera a un coro o a un conjunto instrumental y pasara las tardes practicando cantatas de Bach frente a varias jarras de cerveza. Frankfurt-am-Main, una ciudad de menos de 200.000 habitantes en los años noventa, aproximadamente del tamaño de La Haya, Nottingham o Minneapolis, contaba con dos escuelas de música, con distinguidos profesores y alumnos de muchos países, una nueva ópera, "una de el más guapo de Europa", que ofrecía actuaciones seis noches a la semana, una orquesta de la Sociedad del Museo de 120 músicos que ofrecía conciertos de música sinfónica y de cámara, dos grandes sociedades corales también prolíficas en conciertos y, además, acogió numerosos recitales de artistas visitantes . Además de actividades de tipo similar en Berlín, Múnich, Colonia, Dresde, Leipzig, Stuttgart y otras ciudades, se celebraban amplia y frecuentemente festivales de música que duraban hasta una semana en honor de algún compositor o de una ocasión especial.

La temporada en Bayreuth desde la muerte de Wagner había adquirido una atmósfera opresiva de reverencia obligatoria. El taxi que llevaba a un visitante al Festspielhaus llevaba una tarjeta pegada al asiento con la leyenda "¡Histórico!" indicando que el Maestro se había sentado allí. Las actuaciones comenzaron con un toque de trompetas como si ordenaran al público que se preparara para los devocionales. En el intermedio se consumieron salchichas y cerveza, seguido de otro toque de trompeta; después del segundo acto más salchichas y cerveza y más trompetas y el mismo procedimiento después del tercer acto. Los fieles absorbieron las obras del Maestro "como si estuvieran recibiendo la Sagrada Comunión", informó el joven Sibelius, que llegó en 1894 ansioso por una gran experiencia y no podía irse lo suficientemente pronto. En 1899, cuando llegó Thomas Beecham, de veinte años, descubrió que había una grieta en el culto. Los descontentos proclamaban la decadencia del Festival, criticaban el reinado de la viuda Frau Cosima y clamaban por la destitución de su hijo, Siegfried, como director. Dijeron que su gestión era débil y carente de inspiración, que los cantantes eran pobres y las actuaciones de mala calidad, mientras que el grupo leal a "Wahnfried", la casa de los Wagner, respondía con acusaciones de intriga y celos.

A esas alturas Strauss era el nuevo héroe, como así se reconoce en su autorretrato musical, A Hero's Life. Criado y acostumbrado a la comodidad, vestido con la ropa adecuada de un diplomático, esbelto y de seis pies y tres pulgadas de alto, con hombros anchos y manos bien cuidadas, un rostro suave y sin arrugas, una boca con forma de niño

bajo un bigote rubio. Y con un gorro de pelo rubio y rizado que ya caía sobre una frente alta, Strauss no parecía prometeico como Beethoven, ni poético como Schumann, sino simplemente lo que era: un artista próspero y exitoso. Sus obras se representaban desde los doce años; Como director de orquesta trabajó en todas las orquestas más importantes. Era dueño de sí mismo, consciente de su superioridad y cómodamente más que ofensivamente arrogante, consecuencia de ser bávaro más que prusiano.

El último rey de Baviera, Luis II, que adoraba a Wagner y murió loco, se había puesto del lado de Austria contra Prusia en 1866, y la cultura de Múnich estaba más orientada hacia Viena que hacia Berlín. Munich fomentó las artes y se consideró la Atenas moderna, a diferencia de la Esparta de Prusia, cuyos junkers, como sus antiguos prototipos, despreciaban tanto la cultura como la comodidad. Los bávaros, como sureños de Alemania (y en gran parte católicos), disfrutaban de los placeres de la vida, tanto físicos como estéticos. En Munich, Stefan George era sumo sacerdote del culto de l'art pour l'art y, a partir de 1892, editó para sus adorados discípulos la revista literaria Blätter für die Kunst, que buscaba la respuesta alemana a cuestiones de arte, alma y estilo. El humor encontró un rincón en Munich, donde se publicaron la revista satírica Simplicissimus, fundada en 1896, y la revista cómica Lustige Blätter. En Múnich floreció el Überbrettl, una forma de entretenimiento satírico en los cafés, que se burló de Berlín.

Como nativo de Munich, Strauss pertenecía a una cultura antipática hacia Prusia, pero como alemán de siete años en 1871, creció en paralelo con el nuevo nacionalismo del Imperio Alemán. Nacido en 1864, cinco años menor que el Káiser, Dreyfus y Theodore Roosevelt, provenía de una familia que combinaba la cerveza y la música, las principales ocupaciones de su ciudad natal, por ese orden. Su abuelo era un cervecero adinerado cuya hija con inclinaciones musicales se casó con Franz Strauss, primer trompista de la Orquesta de la Corte de Múnich y profesor de la Real Academia de Música. Se decía que era el único hombre al que Wagner temía. Aunque tocaba la música de Wagner “deliciosamente”, la odiaba y sus enfáticas objeciones a las exigencias que exigía su instrumento lograron en una ocasión la hazaña única de dejar al Maestro sin palabras. Antes de un ensayo de Die Meistersinger, Wagner le rogó al director Hans Richter que tocara él mismo el solo de trompeta por temor a que Franz Strauss lo declarara injugable. Aunque Franz Strauss nunca se reconcilió con las disonancias y desviaciones de la forma clásica de su hijo, Richard Strauss no utilizó ningún instrumento con una capacidad más maravillosa que la trompa, como si rindiera homenaje al hombre que,

cuando se le preguntó cómo podía demostrar la jactancia de ser el mejor trompetista del mundo, respondió: “No lo pruebo, lo admito”.

Los padres de Strauss comenzaron su educación musical en el piano cuando él tenía cuatro años y comenzó a componer a los seis. Podía leer y escribir notación musical antes de conocer el alfabeto. Mientras estaba en la escuela estudió violín, piano, armonía y contrapunto con el director de la Orquesta de la Corte. Con la “vitalidad superflua” que seguiría siendo una de sus características más notables, produjo al mismo tiempo un flujo de canciones, solos instrumentales y sonatas. Cuando tenía doce años, su escuela representó su Marcha del Festival (Op. 1) y luego se publicó. La interpretación de sus composiciones en conciertos públicos comenzó con tres de sus canciones cuando tenía dieciséis años, un Cuarteto de cuerda en La (Op. 2) cuando tenía diecisiete años y una Sinfonía en re menor (Op. 3) interpretada por la Academia de Música de Munich para un público entusiasta ese mismo año. A los dieciocho años, escribió una suite para vientos que recibió el galardón de un encargo para otra obra de este tipo por parte de Hans von Bülow, líder de la orquesta ducal de Meiningen y destacado director de orquesta de la época. Formada por Bülow, la Meiningen fue la joya de las orquestas alemanas, cuyos miembros se aprendían sus partes de memoria y tocaban de pie como solistas. Strauss escribió una Serenata para trece vientos que Bülow le invitó a dirigir en un concierto matinal sin ensayo. El compositor de veinte años dirigió la actuación "en un estado de coma leve", sin haber dirigido nunca antes en público. Convertido en protegido de Bülow, actuó con él como pianista solista en un concierto de Mozart y a la edad de veintiún años fue nombrado director musical de Meiningen, donde estudió dirección con su reconocido maestro. En composición, su modelo adorado en ese momento era Mozart, y los primeros cuartetos y piezas orquestales de Strauss compuestos antes de los veintiún años eran obras de gran encanto y estilo en la tradición clásica.

El mundo musical de los años ochenta estaba inmerso en la política partidaria de lo clásico versus lo romántico. Las nuevas obras se escucharon menos por sí mismas que como defensoras de una o seguidoras de la otra. Compositores, críticos y público giraban en una perpetua danza de guerra en torno a los tótems rivales de Brahms y Wagner. Para sus partidarios, Brahms, que murió en 1897, era el último de los grandes clasicistas, Wagner era el anticristo y Liszt un Satán secundario. Lisztisch fue su última palabra de desprecio. Los wagnerianos, por el contrario, consideraban a Brahms sofocante y tradicionalista y a su propio hombre una combinación de profeta, Mesías y Napoleón de la música. Strauss, como hijo de su padre y discípulo de Mozart, era anti-Wagner, pero bajo Bülow se convirtió. Ni

siquiera la seducción de Wagner hacia su esposa pudo atenuar la admiración de Bülow por las óperas del seductor. Strauss también se vio afectado por la predicación de Alexander Ritter, primer violinista de Meiningen, que gozó de un prestigio extra como marido de la sobrina de Wagner y convenció a Strauss de que Zukunftsmusik (Música del futuro) pertenecía a los sucesores de Berlioz, Liszt y Wagner. "Debemos estudiar a Brahms", afirmó, "el tiempo suficiente para descubrir que no hay nada en él".

Strauss sintió la influencia de Ritter "como un viento de tormenta". Se combinó con la experiencia de un viaje a Italia, cuyo sol y calidez actuaron sobre él como lo habían hecho sobre Ibsen y otros norteños, para inspirar Aus Italien, su primera obra en una nueva forma. Se la llamó “Fantasía Sinfónica” de cuatro movimientos que llevaban títulos descriptivos: “En la Campaña”; “Entre las ruinas de Roma”; “Por la playa de Sorrento”; "Escenas de la vida popular en Nápoles". El segundo movimiento se tituló “Imágenes fantásticas de esplendor desaparecido; sentimientos de melancolía y esplendor en medio del presente soleado”: y estaba marcado como allegro molto con brio, una forma extraña de expresar melancolía, pero molto con brio iba a ser característico de Strauss.

*italiano*continuó donde lo dejaron Liszt y Berlioz. También habían experimentado con música narrativa y descriptiva, aunque dentro de patrones tradicionales de tema y desarrollo. Estas exigencias a veces estiraban la música del programa hasta darle formas extrañas, como en el caso del compositor alemán JJ Raff, en cuya Sinfonía del bosque, según un crítico, las sombras del atardecer en el final cayeron tres veces. Strauss evitó este problema descartando los patrones tradicionales. Describió sin desarrollar, tentando al oyente con una serie de destellos deslumbrantes pero sin resolución. El resultado, en la primera representación de Aus Italien, dirigida por el compositor en Munich, fueron silbidos y abucheos, “asombro e ira generalizados”.

Negándose a desviarse del camino que había elegido, Strauss produjo a continuación una obra orquestal sobre el tema de Macbeth, como lo había hecho Berlioz con El rey Lear y Liszt con Hamlet. Su tema no fueron los acontecimientos del drama sino el conflicto dentro del alma de Macbeth, expresado en la rica polifonía y la fertilidad de la idea musical que iban a crear su renombre. Mientras tanto, tras la dimisión de Billow, había sucedido como director de la orquesta de Meiningen y en 1889 se trasladó a Weimar como director en el puesto que Liszt había ocupado treinta años antes. Combinando clásicos con obras “locamente modernas”, incluidos los poemas sinfónicos aún poco apreciados de Liszt, presentó programas frescos y emocionantes

que atrajeron a grandes audiencias. En una discusión con un amigo que declaró su preferencia por Schumann y Brahms, Strauss respondió: “Oh, son sólo imitadores y no sobrevivirán. Aparte de Wagner, en realidad sólo hay un gran maestro y ese es Liszt”.

En Weimar, el 11 de noviembre de 1889, dirigió el estreno de su propio Don Juan. Su tema, como lo afirma Nicholas Lenau, autor del poema en el que se basa, no era el de un "hombre apasionado que persigue eternamente a las mujeres", sino el "anhelo de un hombre de encontrar una mujer que sea para él la encarnación de la feminidad". y disfrutar en uno de todas las mujeres de la tierra, que él, como individuos, no puede poseer. Como no la encuentra, aunque vacilante de una a otra, el asco finalmente se apodera de él y este asco es el diablo que lo trae.

Al adoptar este tema, Strauss se comprometió plenamente con la tarea de hacer que la música cumpliera una función no musical: hacer que describiera personajes, emociones, acontecimientos y filosofías, que es esencialmente la función de la literatura. Estaba obligando a la música instrumental por sí sola, sin cantantes ni palabras, a hacer el trabajo de la ópera o lo que Wagner llamó “drama musical”. Dada la tarea, nadie estaba mejor equipado para llevarla a cabo. Con su conocimiento, adquirido mediante la dirección, de las capacidades de cada instrumento, su talento desbordante y su desbordamiento de ideas, su dominio de las técnicas de composición, Strauss, como un entrenador de circo, podía hacer que la música, como una foca amaestrada, realizara milagros deslumbrantes. contra la naturaleza. Don Juan resultó ser una música fascinante de diecisiete minutos con sus fragmentos de melodía amorosa, su pasión precipitada, su maravilloso canto melancólico del oboe, su clímax frenético y su extraño final con una nota disonante de desencanto de trompeta. Sus temas no desarrollados, sin embargo, eran desconcertantes y su forma episódica sacrificó la secuencia musical a la narrativa. Sin embargo, Bülow lo calificó como un “éxito inaudito”. Eduard Hanslick, el gran panjandrum de la crítica musical que escribía para la Neue Freie Presse y otros periódicos de Viena y detestaba todo lo que no fuera Brahms o Schumann, lo denunció como “feo”, con sólo fragmentos de melodía y ningún desarrollo de idea musical.

Las enemistades de la música estaban personificadas por Hanslick, que había desgastado el mundo “feo” de Wagner a través de mil repeticiones hasta que Wagner le confirió la inmortalidad como el desagradable Beckmesser en Die Meistersinger. Hanslick persiguió a Bruckner, un seguidor sinfónico de Wagner, con tal virulencia que cuando el emperador Francisco José le concedió audiencia a Bruckner

y le preguntó si había algo que pudiera hacer por él, Bruckner sólo pudo murmurar: "Detén a Hanslick". Strauss emergió ahora como otro miembro de la nueva generación que debía ser escocés y, a medida que aparecía cada nuevo trabajo suyo, Hanslick y su escuela se entusiasmaban con nuevos grados de invectiva.

Pero Strauss estaba en camino. Bülow lo apodó "Ricardo II" y al año siguiente produjo una obra más ambiciosa, Tod und Verklärung (Muerte y Transfiguración). En esto, un moribundo en su fiebre final revive su vida desde la inocencia de la infancia, pasando por las luchas y frustraciones de la madurez hasta la agonía de la muerte. Al final llega “el sonido de los espacios celestiales abriéndose para recibirlo con lo que ansiosamente había buscado en la tierra”. Basado en una idea más que en un texto literario (aunque su mentor, Alexander Ritter, escribió un poema ex post facto adaptado a la música), escapó de las trampas de lo demasiado específico y se elevó sobre grandes melodías arrolladoras apoyadas por esplendores orquestales. Strauss tenía veinticinco años y había hecho que Liszt pareciera un aficionado.

Continuó dirigiendo, animando e interpretando obras de sus contemporáneos y componiendo su primera ópera, Guntram, que fue rechazada como una imitación de Wagner por un público ya saturado de la obra real. Strauss, que no era un partidario rígido, dirigió a Hänsel und Gretel con tanto entusiasmo como Tristán e Isolda. Cuando Humperdinck, entonces un oscuro profesor de la Academia de Frankfurt, le envió la partitura, Strauss quedó encantado con ella y le escribió al compositor: “Mi querido amigo, eres un gran maestro que ha otorgado a nuestros queridos alemanes una obra que difícilmente pueden imaginar. merecer." Su introducción de la ópera en Weimar hizo a Humperdinck famoso de la noche a la mañana y rico poco después.

En 1894, Strauss se trasladó a Múnich como director de la Ópera de la Corte y, tras la muerte de Bülow, dirigió los conciertos de la Filarmónica de Berlín durante la temporada de invierno de 1894-1895. Ese mismo año fue director invitado en Bayreuth. “Tan joven, tan moderno, pero qué bien dirige a Tannhaüser”, suspiró Cosima Wagner. Los veranos que Strauss dedicó a sus propias composiciones, trabajando mejor, según decía, cuando brillaba el sol. Durante la temporada de conciertos actuó como director invitado en diferentes ciudades alemanas y realizó giras con la Filarmónica de Berlín por toda Europa. En los años 1895-1899 dirigió en Madrid y Barcelona, Milán, París, Zurich, Budapest, Bruselas y Lieja, Amsterdam, Londres y Moscú. Sin límites en energía, una vez dirigió

treinta y un conciertos en treinta y un días. En el podio, sin mostrar gestos extravagantes ni contorsiones musculares, utilizó un ritmo simple, decidido y firme, algunos movimientos angulares duros y señaló el crescendo con una flexión apresurada de las articulaciones de las rodillas. “Él dirige con las rodillas”, dijo Grieg. Tiránico en sus exigencias a los intérpretes, era generoso al elogiar un solo bien interpretado por breve que fuera, y bajaba del podio para estrechar la mano del intérprete cuando terminaba la pieza. Ya no era el “joven tímido con una gran cabellera” a quien Sibelius, entonces un joven estudiante de música en Berlín, había visto levantarse de un asiento entre el público para agradecer los aplausos en una de las primeras actuaciones de Don Juan. Su cabello ya estaba cayendo y es dudoso que alguna vez haya sido tímido. Ahora, con poco más de treinta años y sin Bülow, era el director de orquesta más renombrado y el compositor más apasionante de Alemania.

Entre 1895 y 1898 publicó tres obras nuevas más que llevaron el poema sinfónico a proezas de descripción más atrevidas y a temas más audazmente originales que los que hasta entonces se habían intentado en la música. Las maravillas de la complejidad polifónica eran más sorprendentes, las discordias no resueltas más inquietantes y los usos de la música en algunos lugares parecían deliberadamente provocativos.

Nunca se había oído nada tan ingenioso, tan cómico, tan llamativo y sorprendente como Las alegres bromas de Till Eulenspiegel. El motivo del parpadeo enérgico del cuerno acompaña al héroe popular medieval, el alemán Peer Gynt, en su progreso picaresco, con todo tipo de dispositivos instrumentales que retratan sus aventuras mientras galopa por el mercado esparciendo ollas y sartenes, se disfraza de sacerdote, hace el amor. , y termina mal en el tribunal con un largo redoble de tambores anunciando la sentencia de muerte. Un descarado gorjeo del clarinete expresa su desafío final en la horca y un débil trino se lleva su último aliento mientras sus pies se balancean en el aire. Las notas del programa de Strauss esta vez fueron más específicas: “Ese era un duende horrible”, anotó en un pasaje, o “¡Salta! a caballo en medio de las vendedoras” o “Liebegluhend” (Ardiendo de amor). El motivo Till, que se hizo familiar a medida que aparecía y desaparecía con diferentes disfraces, cautivó al público. Era música llena de trucos encantadores, como la actuación de un mago superlativamente ingenioso y ágil. Le encantaba que no se moviera. Expresaba una imaginación desbordante y una habilidad insuperable, aunque no para Hanslick, por supuesto, quien, utilizando la censura favorita de la ortodoxia ultrajada, lo pronunció como “el producto de la decadencia”.

En el siguiente tema, Strauss se dirigió al centro de su tiempo. En 1896, el mundo había descubierto a Friedrich Nietzsche. Viviendo en soledad, desilusión y una batalla crónica y confusa contra el insomnio, este otro alemán había producido un conjunto de trabajos en torno a la idea central del Superhombre, que reverberaría en los pasillos de la vida de su país. Respondiendo pronto a su influencia, Strauss decidió hacer de Also Sprach Zarathustra el tema de un poema sinfónico.

El seductor concepto de Nietzsche de "gobierno de los mejores", de una nueva aristocracia que llevaría a la humanidad a un plano superior, del hombre ascendiendo a una realización superior para convertirse en Übermensch, sedujo la imaginación de Europa. Agitó tanto la anhelante esperanza de progreso humano como la incipiente desilusión con la democracia. Nietzsche rechazó la idea democrática de igualdad de derechos para todos los hombres por considerarla un obstáculo para que los líderes naturales realicen sus plenas capacidades. Mientras que Lord Salisbury había temido que la democracia condujera a la degradación política, y Charles Eliot Norton a la degradación cultural, Nietzsche la veía como una bola y una cadena que impedía al hombre alcanzar su máximo logro. Vio el peso dominante de los gustos, opiniones y prejuicios morales de las masas como una "moral esclava". Los líderes de la humanidad deberían vivir según una "moralidad suprema" por encima de los conceptos comunes del bien y del mal. El objetivo de la evolución humana era el Übermensch, el hombre superior, el "artista-genio" que sería para el hombre común lo que el hombre común era para el mono.

A través de También Sprach Zarathustra y sus secuelas, Más allá del bien y del mal, La voluntad de poder y el Ecce Homo final, Nietzsche vagaba salvajemente. Sus ideas rodaban y se hinchaban como nubes de tormenta, hermosa y peligrosamente. Predicó Sí a los impulsos de la energía como buenos per se, independientemente del conflicto con la moralidad convencional. La ley y la religión que desalentaban tales impulsos frustraron el progreso del hombre. El cristianismo era una concesión para los débiles, los mansos y los pobres. El Superhombre no tenía necesidad de Dios sino que era una ley en sí mismo; su tarea era la realización personal, no la abnegación; se sacudió las cadenas de la tradición y la historia como la carga intolerable del pasado. Nietzsche expresó su credo, no en un lenguaje lógico declarativo, sino en una especie de poesía en prosa como los Salmos, serpenteante y oscura, llena de cimas de montañas y amaneceres, cantos de pájaros y danzas de muchachas, peroraciones a la Voluntad, la Alegría y la Eternidad y mil metáforas y símbolos coloreados que llevan a Zaratustra en la búsqueda de su alma hacia los objetivos de la

humanidad.

Cuando publicó en los años ochenta nadie lo escuchó. Despreciando a los alemanes por no apreciar su trabajo, Nietzsche viajó a Francia, Italia y Suiza, provocando, como dijo Georg Brandes, “un horror positivo hacia sus compatriotas”. Fue un extranjero, Brandes, danés y judío, quien lo descubrió y cuyos artículos sobre él, traducidos y publicados en el Deutsche Rundschau en 1890, lo introdujeron en Alemania y comenzaron a difundir su fama. En ese momento Nietzsche estaba loco y Max Nordau, el autor de Degeneración, al descubrirlo, naturalmente lo tomó como un excelente ejemplo de su caso y le prodigó algunas de sus páginas más vituperantes. Dado que el libro de Nordau fue traducido y leído en toda Europa y Estados Unidos, ayudó a dar a conocer a Nietzsche. Fue alabado como vidente, denunciado como anarquista, examinado y discutido por las revistas, inglesas, francesas y alemanas. Sus aforismos fueron citados como títulos de versos y títulos de capítulos, se convirtió en objeto de tesis doctorales, en modelo de una serie de imitadores, en el centro de toda una literatura de adulación y ataque. Debido a su abuso de los alemanes como vulgares, materialistas y filisteos, fue particularmente bienvenido en Francia, pero esto no impidió que se convirtiera en un culto en su tierra natal. La savia estaba aumentando en Alemania y los alemanes respondieron con entusiasmo a la teoría de Nietzsche sobre los derechos de los fuertes sobre los débiles. En sus escritos, estos estaban rodeados de un vasto cuerpo de sugerencias y exploraciones poéticas, pero tomados crudamente como preceptos positivos, se convirtieron para sus compatriotas a la vez en directiva y justificación. En 1897, el “culto a Nietzsche” era una frase aceptada. En un dormitorio de Weimar, un hombre apoyado en una almohada, contemplando un mundo extraño con ojos tristes y perdidos, había hechizado a su época.

Para los “artistas-genios” de la vida real, Zaratustra era irresistible. En París, cuando un amigo le leyó pasajes al escultor Rodin, de origen campesino, uno de los grandes impulsores de las formas artísticas de su tiempo, se interesó tanto que regresaba todas las noches hasta que se leyó el libro completo en voz alta. Al final, después de un largo silencio, dijo: "¡Qué tema para plasmar en bronce!". Bajo la misma esclavitud, Strauss vio el tema en la música y, de hecho, el propio Nietzsche había escrito que todo Zaratustra "podría considerarse música". La intención de Strauss no era poner música al texto de Nietzsche sino, modestamente, “transmitir musicalmente una idea del desarrollo de la raza humana desde su origen a través de las diversas fases de la evolución, tanto religiosa como científica, hasta la idea de Nietzsche de la Supermensch.” El conjunto iba a ser su “homenaje al

genio de Nietzsche”.

Cuando se supo que el compositor más avanzado de Alemania estaba trabajando en un poema sinfónico inspirado en el filósofo más avanzado de Alemania, los admiradores se pusieron nerviosos y los enemigos afilaron sus plumas. La pieza terminada, compuesta durante un período de siete meses en 1896 y compuesta para treinta y un instrumentos de viento y metal, timbales, bombo, platillos, triángulo, glockenspiel, dos arpas y órgano además de las cuerdas habituales, tomó treinta y tres minutos de ejecución. tiempo, casi el doble que Till, y se interpretó bajo la dirección del compositor a los tres meses de su finalización. Las trompetas sonaron en la apertura, creciendo hasta convertirse en un inmenso himno orquestal de todo el conjunto que parecía representar menos el amanecer indicado en las notas del programa que la creación del mundo. Su magnificencia fue impresionante. El final llegó con doce golpes de una campana baja que gradualmente se desvaneció hasta convertirse en un pianissimo temblor de cuerdas y vientos y terminó en el famoso “enigma” de un acorde de si mayor en el registro de agudos contra un oscuro y misterioso do en el bajo. En el medio volvió a aparecer la magia de Strauss en el efecto polifónico y suficientes ideas musicales para una docena de piezas: “Ciencia” se expresó mediante una fuga que contenía los doce tonos de la escala cromática y el tema de la Danza de las muchachas en un prado, introducido por flautas altas. a ritmo de vals entrecortado, parecía captar toda la alegría y la frescura de un mundo verde. Sin embargo, era más vienés que báquico y de algún modo abaratado por campanas y triángulos. Tres días después del estreno, Zaratustra se representó de nuevo en Berlín y al cabo de un año en las principales ciudades alemanas, así como en París, Chicago y Nueva York, provocando en la crítica nuevos excesos tanto de salvajismo como de elogio. Para Hanslick fue “torturado y repulsivo”, para el estadounidense James Huneker “peligrosamente sublime”, para el eminente musicólogo Richard Batka “un hito en la historia musical moderna” y Strauss “eminentemente el compositor de nuestro tiempo”.

En Alemania, debido a la gran cantidad de actuaciones, con un festival cada semana y continuas óperas, conciertos, sociedades corales y música de cámara, el éxito fue casi demasiado fácil; las orquestas estaban listas para captar una composición en el instante en que estaba terminada. "Hay demasiada música en Alemania", escribió Romain Rolland en cursiva. Como observador profundamente interesado tanto en la música como en Alemania, explicó: “Esto no es una paradoja. No hay peor desgracia para el arte que su sobreabundancia”. Alemania, pensó Rollańd (no sin parcialidad

francesa), “ha desatado un torrente de música y se está ahogando en él”, una situación que no dejó indiferente a Strauss. La temprana prominencia y ahora la preeminencia en su campo y el confiado dominio de su medio lo afligieron con un deseo de deslumbrar, y en su siguiente composición, Don Quijote, dejó correr desenfrenada su afinidad por el realismo.

El realismo era una pasión alemana. Brünhilde en Bayreuth siempre estuvo acompañada por un caballo vivo que, afectado por el miedo escénico equino o la música al galope de la Valquiria, invariablemente se portaba mal en medio del escenario para el deleite del público alemán, si no de los extranjeros visitantes. El pintor Philip Ernst, padre de Max Ernst, al pintar un cuadro de su jardín omitió un árbol que estropeó la composición y luego, abrumado por el remordimiento por esta ofensa al realismo, cortó el árbol. Cuando Strauss utilizó una máquina de viento en Don Quijote para representar las aspas giratorias de los molinos de viento, no se podía culpar a la gente por preguntarse si esto no llevaría el literalismo a un exceso poco artístico. Sus sordos metales que representaban el balido de las ovejas despertaron el desprecio de los críticos, aunque no se podía negar que transmitía con extraordinaria habilidad no sólo el sonido del balido sino también una sensación, casi una visión, de la masa apiñada de animales moviéndose y empujándose contra ellos. entre sí.

Los ataques de la crítica sólo aumentaron la notoriedad de Strauss y atrajeron a mayores multitudes a sus conciertos. A los treinta y cuatro años, admitió el crítico inglés Ernest Newman, era “el músico más comentado del mundo”. Aunque el Kaiser desaprobaba su música, la capital alemana no podía permitirse el lujo de prescindir de él. Seis meses después del estreno de Don Quijote le ofrecieron y aceptó la dirección de la Ópera Real de Berlín.

> Berlín significaba Prusia, el enemigo natural de Munich y Baviera. Los alemanes del norte consideraban al alemán del sur una persona tranquila y autoindulgente, un sentimental que tendía a ser deplorablemente democrático, incluso liberal. A su vez, el alemán del sur consideraba al alemán del norte como un matón arrogante, de malos modales y mirada insolente, políticamente reaccionario y agresivamente preocupado por los negocios.

Arquitectónicamente, Berlín, la tercera ciudad más grande de Europa, era nueva y no hermosa. Pertenecía en estilo a lo que en América se llamó la Edad Dorada. Sus principales edificios públicos, calles y plazas, construidos o reconstruidos desde 1870 para albergar adecuadamente la nueva grandeza nacional, eran muy pretenciosos y floridos con dorados. Unter den Linden, de un kilómetro de largo con una doble avenida de árboles, fue diseñado con la evidente intención de ser el bulevar más grande y hermoso de Europa. Terminó naturalmente en un Arco de Triunfo en la Puerta de Brandeburgo. La puerta conducía a su vez a la famosa Sieges Allee en el Tiergarten, con sus relucientes filas de mármol de Hohenzollern con casco en actitudes triunfantes. Cuando se levantaron las estatuas por orden del Kaiser, Max Liebermann, que tenía un estudio con vistas al Tiergarten, se lamentó: "Lo único que puedo hacer es usar gafas azules, pero es una sentencia de por vida". El imponente edificio del Reichstag tenía el tamaño máximo para compensar sus poderes mínimos. A lo largo de las calles Leipzigerstrasse y Friedrichstrasse, los grandes almacenes y las oficinas centrales de bancos y casas comerciales rebosaban del rico entusiasmo de los negocios que crecían día a día. La ciudad estaba impecablemente limpia y la población era tan ordenada que la factura de una casera berlinesa incluía tres pfennings por coser un botón de pantalón y veinte por quitar una mancha de tinta. La policía fue eficiente, aunque un visitante inglés la encontró “extremadamente dura e incluso brutal”. Se hacía alarde agresivo del atractivo del vicio, la comida carecía de interés y las damas pasaban de moda. El ahorro prusiano sofocaba la elegancia. Las mujeres berlinesas de clase media vestían ropa casera con blusas a cuadros, faldas de color marrón barro, abrigos tipo saco como alfombras de viaje, botas de punta cuadrada y sombreros anodinos que combinaban con todo y no combinaban con nada. Tenían figuras robustas, tez cruda y llevaban el pelo recogido y recogido en un moño trenzado.

La sociedad, debido a la falta de interacción entre sus categorías rígidamente mantenidas, era rígida y aburrida. A menos que fueran ennoblecidos por un von, los empresarios, comerciantes, profesionales, literatos y artistas no eran hoffähig, es decir, no eran recibidos en la corte ni se mezclaban socialmente con la nobleza. Tampoco se mezclaron entre sí. Cada alemán pertenecía a un Kreis, o círculo de su propia especie, cuyos bordes no podían superponerse a los del siguiente. La esposa de un Herr Geheimrat o Herr Doktor no hablaba con la esposa de un comerciante, ni ella con la esposa de un artesano. Reunirse, entretenerse o casarse fuera de las fronteras del Kreis invitaba al desorden, lo que más temían los alemanes. Tal vez para compensar la monotonía social, algunos alemanes, según un informe, comían siete comidas al día.

Dado que la unificación de Alemania se había logrado bajo el liderazgo de Prusia, la casta gobernante procedía de los junkers terratenientes, o nobleza prusiana, que eran numerosos, pobres y atrasados. Considerados por la nobleza católica de Württemberg y Baviera como toscos, de mal gusto e inadecuados para el liderazgo social, los junkers compensaron con asertividad lo que les faltaba en educación. Dominaron el ejército, que en Alemania dominaba el Estado, y, siguiendo a Bismarck, su máximo exponente, ocuparon la mayoría de las oficinas gubernamentales, aunque no la vida empresarial de la capital, que era codiciosa e intensa. Aunque eran una clase anticomercial, eran sus agentes voluntariosos y su gobierno era el más francamente comercial de Europa. El Kaiser, que admiraba el dinero, incluía en su círculo a la nobleza no prusiana más rica y cosmopolita. La vida de la corte se caracterizaba por minuciosas reglas de conducta e inmensas cenas de estado acompañadas de música a muy alto volumen. Los judíos, a menos que se convirtieran, no eran recibidos, con la excepción ocasional de algún judío de la corte, como el amigo del Kaiser, Albert Ballin. Aunque los judíos constituían aproximadamente el uno por ciento de la población, el antisemitismo estaba de moda, estimulado por su rápido progreso en las ciencias, las artes, los negocios y las profesiones después de que se confirmara la emancipación legal del Imperio en 1871. Sin embargo, a pesar de la emancipación, Los judíos profesantes fueron excluidos de los puestos políticos, militares y académicos y de las filas de los von, exclusión que, afortunadamente para Alemania, no los hizo sentir menos devotamente alemanes. Bleichroder, el banquero que dio a Bismarck el crédito necesario para la guerra franco-prusiana; Ballin, el promotor del comercio marítimo; Emil Rathenau, fundador de Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft, que electrificó a Alemania; Fritz Haber, descubridor del proceso de fijación del nitrógeno del aire, que hizo a Alemania independiente de las fuentes importadas de nitrógeno para explosivos, todos eran judíos de nacimiento y entre ellos eran responsables de una proporción importante del auge energético de Alemania. La clase dominante alemana también contaba con el apoyo de una clase media y baja intensamente trabajadora que se aplicaba con seriedad y trabajaba sin cesar y se tomaba pocas vacaciones. En general, estaban mejor educados que los de otros países. Prusia había impuesto la asistencia escolar a tiempo completo a los niños de siete a catorce años desde la década de 1820 y en la década de 1890 tenía dos veces y media más estudiantes universitarios en proporción a su población que Inglaterra.

El soberano que gobernaba a este próspero pueblo estaba ocupado y dinámico como ellos, pero más inquieto que minucioso. Estaba metido en todo y alerta a todo, a veces con resultados útiles. Cuando el circo

Barnum and Bailey actuó en Alemania en 1901, el Kaiser, al enterarse de la notable velocidad con la que se cargaban los trenes, envió oficiales para observar el método. Se enteraron de que en lugar de cargar equipos pesados por separado en cada vagón desde un lado, los empleados del circo colocaron a lo largo de todo el tren escalones de hierro de conexión, sobre los cuales se podía hacer rodar todo el equipo, cargado desde un extremo. De esta manera se podrían cargar tres trenes, de veintidós vagones cada uno, en una hora. La técnica del circo rápidamente sirvió para alimentar el insaciable apetito de velocidad del sistema de movilización alemán. Los observadores del Kaiser también notaron las ventajas de los grandes carros de cocina del circo sobre las cocinas de campaña estacionarias, y los adoptaron para el ejército para que las comidas pudieran cocinarse en movimiento.

El Kaiser tuvo mucho cuidado en llevar siempre el uniforme adecuado para cada ocasión. Cuando el Teatro de Arte de Moscú actuó en Berlín, asistió a la función con uniforme ruso. Le gustaba organizar espectáculos y festivales militares, especialmente los desfiles anuales de primavera y otoño de la guarnición de Berlín en el enorme campo de Tempelhof, donde podían maniobrar formaciones de 50.000 soldados, equivalentes a varias divisiones. Se sentía no menos una autoridad en las artes, sobre las cuales tenía opiniones decididas, si no avanzadas. Cuando Gerhart Hauptmann, autor de Los tejedores, un lúgubre drama obrero, fue designado por el jurado para recibir el Premio Schiller en 1896, el Kaiser se lo concedió a Ernst von Wildenbruch, uno de sus favoritos que producía dramas históricos en el estilo de Guillermo Tell. Cuando se crearon las becas Rhodes, el Kaiser nominó a los candidatos alemanes, "gente rica y vulgar", según un miembro de Balliol, "que no tiene ningún efecto bueno". Uno de ellos disparó contra un ciervo en el parque Magdalen College y tuvo que ser retirado por orden del avergonzado monarca. Al Káiser le gustaba pensar en sí mismo, como explicó en el discurso que dedicó la Sieges Allee en 1901, como un “príncipe amante del arte... en torno al cual los artistas podían reunirse” y en cuyo reinado las artes podían florecer como en la época clásica “en la época clásica”. relación directa del empleador con el artista”. Como empresario en este caso, había encomendado a los escultores de las estatuas “tareas claras e inteligibles” y “ordenado y definido” su trabajo, pero después les dejó libertad para llevar a cabo sus ideas. Ahora podía enorgullecerse de los resultados, que “no estaban contaminados por las llamadas tendencias modernas”.

El arte, anunció, debería representar el Ideal. “Para nosotros, los alemanes, los grandes ideales, perdidos para otros pueblos, se han

convertido en posesiones permanentes” que “sólo el pueblo alemán” puede preservar. Citó el efecto educativo del arte sobre las clases bajas, quienes después de un duro día de trabajo podían salir de sí mismos mediante la contemplación de la belleza y el Ideal. Pero, advirtió severamente, “cuando el arte desciende a la cloaca como tantas veces hoy en día, eligiendo representar la miseria como aún más desagradable de lo que ya es”, entonces el arte “peca contra el pueblo alemán”. Como gobernante del país, se sintió profundamente herido cuando los maestros del arte “no se oponen con suficiente energía a tales tendencias”.

También el teatro, explicó en 1898, debería contribuir a la cultura del alma, elevar la moral e “inculcar el respeto por las más altas tradiciones de nuestra patria alemana”. Para que el Teatro Real, al que invariablemente se refería como “mi teatro”, cumpliera esta función, organizó una serie de sus dramas históricos favoritos para el público de la clase trabajadora a precios adecuados. Era un riguroso con la precisión de los detalles en la escenografía y el vestuario y, para un ballet-pantomima sobre Sardanápalo, saqueó los museos del mundo en busca de información sobre los carros asirios.

Le gustaba asistir e incluso dirigir personalmente los ensayos en la Royal Opera y el Royal Theatre. Conduciendo su automóvil Imperial negro y amarillo, se sentaba en el auditorio ante una gran mesa de estilo profesional, amueblada con un montón de papeles y una serie de lápices. Un ayudante uniformado estaba al lado y levantaba la mano cada vez que el Káiser le hacía señas, tras lo cual se detenía la actuación, el Káiser explicaba con gestos qué mejoras quería y los actores lo intentaban de nuevo. Se refería a los actores como “meine Schauspieler”, y una vez, cuando uno de ellos, Max Pohl, se enfermó repentinamente, le dijo a un conocido: “Mira, mi Pohl tuvo un ataque ayer”. El conocido, pensando que se refería a un perro que había tenido un ataque, se compadeció: "Ach, el pobre bruto".

En música, los gustos del Kaiser eran naturalmente conservadores. Le gustaba Bach, el más grande de todos, y Handel. En cuanto a la ópera, a la que era devoto si era alemana, decía: “Gluck es el hombre para mí; Wagner es demasiado ruidoso”. En las representaciones se quedaba hasta el final y frecuentemente dirigía conciertos en Palacio, cuyos programas él mismo preparaba y a cuyos ensayos asistía, esperando que estuvieran ensayados previamente y que todo transcurriera sin problemas. En un viaje a Noruega convocó a Grieg a una audiencia en la legación alemana y, habiendo reunido una orquesta de cuarenta músicos, colocó dos sillas delante para él y el compositor, a quien se le pidió que dirigiera la suite de Peer Gynt.

Durante la música, el Kaiser corrigió continuamente los tiempos y la expresión del compositor y balanceó su cuerpo en "movimientos orientales" al compás de la danza de Anitra que "lo electrizó bastante". Al día siguiente, toda la actuación fue repetida por una orquesta completa a bordo del yate imperial Hohenzollern.

La admiración por el Káiser durante la primera parte de su reinado era un culto nacional. Después del prolongado gobierno de su abuelo, Guillermo I, seguido del doloroso reinado de tres meses de un moribundo, el advenimiento de un monarca joven y vigoroso que obviamente disfrutaba de su papel y desempeñaba el glamour de un rey fue bien recibido por el nación. Sus ojos centelleantes y sus actitudes marciales, sus poses heroicas realzadas por todo lo que su vestimenta brillante y su música conmovedora podían agregar, emocionaban a sus súbditos. Los jóvenes acudían a la peluquería de la corte para que les arreglaran el bigote en puntas con un dispositivo especial para rizar; los oficiales y burócratas practicaron hacer brillar sus ojos; Los empresarios se dirigían a sus trabajadores con el estilo más dinámico del Kaiser, al igual que Diederich, personaje principal de la dura sátira de Heinrich Mann sobre la Alemania guillermina, Der Unterthan (El súbdito leal): "He tomado el timón en mis propias manos", dice al heredar la fábrica familiar. “Mi rumbo está enderezado y os estoy guiando a tiempos gloriosos. Quienes deseen ayudarme son bienvenidos de todo corazón; A quien se me oponga, lo aplastaré. Aquí sólo hay un maestro y yo soy él. Soy responsable sólo ante Dios y mi propia conciencia. Siempre podréis contar con mi benevolencia paternal, pero los sentimientos revolucionarios quedarán destrozados contra mi voluntad inflexible”. Los trabajadores lo miran mudos de asombro y a su familia reunida con asombro y respeto.

La primera mitad del reinado del Kaiser, que comenzó en 1888, coincidió con el primer auge del culto nietzscheano. La incesante actividad del monarca en todo tipo de empresas le hacía parecer el hombre universal, como si, con razón en Alemania, coronando el siglo de su mayor desarrollo, hubiera aparecido Übermensch, donde más que a la cabeza de la nación. El culto a los héroes fue la consecuencia natural. En la novela, Diederich ve al Káiser por primera vez al frente de un escuadrón montado mientras cabalga con cara de “pétrea seriedad” hacia una manifestación de trabajadores en la Puerta de Brandenburgo. Transportados por la lealtad, los trabajadores, que vienen gritando “¡Pan! ¡Trabajar!" ahora agitan sus sombreros y gritan: “¡Síganlo! ¡Sigue al Emperador! Diederich corre a su lado, tropieza y se sienta violentamente en un charco, con las piernas en el aire, salpicadas de agua fangosa. El káiser, al verlo, le da una palmada en el muslo y le dice riendo a su ayudante: “Hay un monárquico para

ti; ¡Hay un súbdito leal! Diederich lo mira fijamente “desde lo más profundo de su charco, con la boca abierta”.

En Diederich, que siempre está brutalizando a alguien que está debajo de él mientras le hace la pelota a alguien que está por encima de él, Mann retrató salvajemente un aspecto de sus compatriotas: el servilismo que era el otro lado del matón. El banquero Edgar Speyer, al regresar a su lugar de nacimiento en Frankfurt-am-Main en 1886 después de veintisiete años en Inglaterra, descubrió que tres guerras victoriosas y el establecimiento del Imperio habían creado una atmósfera cambiada en Alemania que le resultaba “intolerable”. El nacionalismo alemán había reemplazado al liberalismo alemán. Le parecía que la gran prosperidad y la autosatisfacción actuaban como un narcótico sobre el pueblo, dejándolo contento con renunciar a su libertad bajo un militarismo desenfrenado y un servilismo hacia el ejército y el káiser que eran “increíbles”. Los profesores universitarios que en su juventud habían sido líderes del liberalismo “ahora se inclinaban ante las autoridades de la manera más servil”. Oprimida, Speyer se rindió después de cinco años y regresó a Inglaterra.

Lo que Speyer observó, Mommsen intentó explicarlo. “Bismarck ha roto la columna vertebral de la nación”, escribió en 1886. “El daño causado por la era Bismarck es infinitamente mayor que sus beneficios... La subyugación de la personalidad alemana, de la mente alemana, fue una desgracia que no se puede deshacer. " Lo que Mommsen no dijo fue que Bismarck no habría podido triunfar contra la corriente alemana.

En los años noventa, como creyente convencido del Übermensch, Strauss compartía la admiración general por el Kaiser. La experiencia personal como director de la Ópera Real de Berlín lo modificó. Después de dirigir una interpretación de la melodiosa Der Freischütz de Weber, una de las favoritas del Kaiser, fue convocado a la presencia imperial. “Entonces usted es otro de esos compositores modernos”, afirmó el Káiser. Strauss hizo una reverencia. Al mencionar a un contemporáneo, Schillings, cuya obra había oído, el Kaiser dijo: “Era detestable; no hay ni una pizca de melodía”. Strauss hizo una reverencia y sugirió

que había melodía, pero que a menudo estaba escondida detrás de la polifonía. El Kaiser frunció el ceño y pronunció: "Eres uno de los peores". Esta vez Strauss se limitó a hacer una reverencia. "Toda la música moderna no vale nada", repitió el crítico real, "no hay en ella ni una pizca de melodía". Strauss hizo una reverencia. “Prefiero Freischütz”, afirmó firmemente el káiser. Strauss aplazó la respuesta. “Su Majestad, yo también prefiero Freischütz”, respondió.

Si el Káiser no era el héroe que había supuesto, Strauss no tardó en encontrar uno mejor: él mismo. Este parecía un tema natural para su siguiente obra importante, descaradamente titulada Ein Heldenleben (La vida de un héroe). Desde Aus Italien sus temas nunca habían sido estados de ánimo o cuadros, catedrales hundidas o escenas pastorales, sino siempre el Hombre: el Hombre en lucha y búsqueda, buscando el significado de la existencia, luchando contra sus enemigos y contra sus propias pasiones, comprometido en las tres grandes aventuras. : batalla, amor y muerte. Macbeth, Don Juan, el héroe anónimo de Tod und Verklärung. Hasta que Zaratustra y Don Quijote fueron todos viajeros en el viaje del alma. Un retrato del artista se unió ahora a su compañía.

La experiencia personal de Strauss en las dos primeras de las tres grandes aventuras había sido adecuada, si no épica. Tuvo batallas con críticos que le dejaron heridas y en 1894 se casó. Pauline de Ahna, a quien conoció cuando tenía veintitrés años, era hija de un general retirado y barítono aficionado que daba recitales locales de extractos wagnerianos. Siguiendo su ejemplo, la hija había estudiado canto en la Academia de Munich, pero había progresado poco profesionalmente hasta que Strauss se enamoró de ella y combinó la instrucción con el cortejo con tanta eficacia que en dos años la presentó a la Ópera de Weimar en papeles principales de soprano. Cantó a Elsa en Lohengrin, Pamina en La flauta mágica, Fidelio de Beethoven y la heroína de la ópera Guntram de Strauss. Una vez, mientras ensayaba Elisabeth en Tannhäuser, ella discutió con él por el tempo y, gritando "insultos espantosos", le arrojó la partitura a la cabeza y se fue corriendo a su camerino. Strauss lo siguió y los miembros de la orquesta escucharon con asombro los sonidos de ira femenina audibles a través de la puerta cerrada, seguidos de un silencio prolongado. Preguntándose cuál de los dos, director de orquesta o prima donna, podría haber matado al

otro, una delegación de intérpretes temblorosos llamó a la puerta y cuando Strauss la abrió, el portavoz balbuceó que él y sus colegas, sorprendidos por el comportamiento de la soprano, sentían que se lo debían. al honorable Herr Kapellmeister que se niegue en el futuro a actuar en cualquier ópera en la que ella haya tenido un papel. "Eso me angustia", respondió Strauss, sonriendo, "ya que acabo de comprometerme con Fräulein de Anna".

El patrón de esta ocasión se mantuvo en el matrimonio. La esposa chilló, el marido sonrió y evidentemente disfrutaba que lo acosaran. En las fiestas, Frau Strauss no le permitía bailar con otras damas. En casa, ella practicaba el ama de casa con “fanatismo despiadado”, exigiendo que su marido se limpiara los pies en tres felpudos diferentes antes de entrar a su propia casa. Todos los invitados, sin importar la edad o el rango, fueron recibidos con la orden: "Límpiate los pies". Los suelos estaban tan limpios como las mesas y los sirvientes que no dejaban el contenido de los armarios de ropa blanca en filas matemáticamente perfectas eran perseguidos por los inevitables gritos de ira. Sometiéndose con entusiasmo al castigo e infligiéndolo, Frau Strauss contrató los servicios diarios de una masajista de la escuela violenta, durante cuyas visitas Strauss se vio obligado a salir a caminar para evitar escuchar los gritos torturados de su esposa. Ella le dio un hijo, Franz, nacido en 1897, quien inmediatamente expresó la tradición familiar de molto con brio “gritando como el infierno”, según un orgulloso informe a los abuelos del niño.

Cuando, acompañada por su marido, Frau Strauss cantaba sus canciones, que normalmente terminaban con una larga coda al piano, ella hacía gala de un gran pañuelo de gasa que arrojaba hacia abajo con un gesto al final para mantener la mirada del público en ella en lugar de en el suelo. pianista. A los invitados les explicaba detalladamente, mientras Strauss escuchaba con una sonrisa indulgente, cómo y por qué su matrimonio era una mezcla sorprendente. Debería haberse casado con aquel joven y apuesto húsar; ahora estaba atada a un hombre cuya música ni siquiera era comparable a la de Massenet. Durante una visita a Londres en la que Strauss dirigía Heldenleben y se hacía un brindis en su honor en una cena en casa de los Speyer, su esposa interrumpió entusiasmada: “¡No, no!”, señalándose a sí misma, “¡no, no! a Strauss de Ahna”. Strauss simplemente se rió y, a ojos de un observador, pareció disfrutar del derecho de precedencia de su esposa.

Ella era responsable de sus hábitos ordenados. Su mesa de trabajo era un modelo de pulcritud, con bocetos y cuadernos ordenados,

archivados e indexados tan escrupulosamente como los registros de un bufete de abogados. Su letra era exquisitamente clara y sus partituras eran “milagros de caligrafía”, sin apenas tachaduras ni correcciones. Sus canciones podían ser interpretadas en momentos extraños, a veces durante los intervalos de conciertos u óperas mientras dirigía, pero sus piezas más largas fueron compuestas sólo en su casa de verano, primero en Marquardstein en la Alta Baviera, luego en su segunda casa cerca de Garmisch. Aquí, en su estudio, trabajaba regularmente desde el desayuno hasta el almuerzo y, a menudo, según le dijo a un entrevistador, durante la tarde y la noche hasta la una o las dos de la madrugada. Le gustaba escribir sus increíblemente intrincadas partituras, a menudo tan complicadas en su excesiva subdivisión de grupos y entrelazamiento de melodías que el tema estaba fuera del alcance del oído del oyente. Perceptible para el ojo de un lector de partituras experto que se maravillaría ante el ingenio matemático del esquema, los alemanes llamaron a esta música Augenmusik (música ocular). Cuando Strauss lo elogió por su habilidad, dijo que no era nada comparado con la de un joven recién llegado a Viena, Arnold Schönberg, que necesitaba sesenta y cinco pentagramas para sus partituras y tenía que imprimir su papel musical especialmente. Las propias facilidades de Strauss eran tales que le dijo a un visitante: "Continúa y habla porque puedo escribir esta partitura y hablar al mismo tiempo". Un poema sinfónico le llevó tres o cuatro meses, y la partitura normalmente la completaba en Berlín entre los ensayos y los compromisos de dirección.

Los visitantes de la casa de verano fueron recibidos con arreglos que demostraban un talento para la organización por parte de Frau Strauss no inferior al del difunto mariscal de campo von Moltke. Se fijó un tubo parlante en la puerta debajo de un letrero que pedía al visitante que tocara una campana y luego acercara la oreja al tubo. Una voz por el tubo preguntó su nombre y, si lo consideraba aceptable, le informó que la puerta ya estaba abierta. Otro cartel le indicaba cómo abrirla y asegurarse de cerrarla detrás de él.

Frau Strauss no se permitió perder el tiempo. Si de vez en cuando encontraban a su marido vagando sin rumbo por la casa, ella le ordenaba: “¡Richard, jetzt gehst componieren!” (¡Adelante, compone!), y él obedecía. Si él trabajaba demasiado, ella le decía: "¡Richard, deja ese lápiz!". y él lo dejaría. Cuando dirigió la primera representación en Viena de su segunda ópera, Feuersnot, Frau Strauss asistió en el palco del director y compositor austriaco Gustav Mahler y se enfureció todo el tiempo, como recuerda Frau Mahler: “A nadie le podría gustar esta basura; éramos mentirosos al fingir, sabiendo tan bien como ella que no había una nota original en él. A Wagner y a una docena de

personas mejores que su marido le robaron todo”. Los Mahler se sentaron en silencio, avergonzados, sin atreverse a estar de acuerdo, porque "esta musaraña era muy capaz de torcer las palabras en nuestras bocas y de repente gritar que habíamos hecho todos esos comentarios". Después de un aplauso entusiasta y muchos llamados al telón, Strauss, radiante, se acercó al palco y preguntó: "Bueno, Pauksel, ¿qué opinas de mi éxito?".

"¡Tú ladrón!" ella gritó. “¿Tienes el descaro de mostrarte? No voy contigo. Estás podrido”. Empujada apresuradamente a la oficina de Mahler, continuó reprendiéndola a puerta cerrada hasta que Strauss salió a trompicones seguido por su compañero, quien anunció en tono horrible que ella regresaba al hotel y "duermo sola esta noche".

“¿No puedo al menos caminar contigo?” Strauss suplicó humildemente.

"Está bien, ¡diez pasos detrás de mí!" Y ella se alejó, seguida por el héroe de la velada a una distancia respetuosa. Más tarde, con aspecto apagado y exhausto, se reunió con los Mahler para cenar tarde y pasó el resto de la velada con lápiz y papel calculando las regalías en caso de un éxito mayor o menor. Ganar dinero le interesaba tanto como cualquier aspecto de su profesión.

Strauss compuso Ein Hėldenleben en el verano de 1898, y lo describió como “un poema sinfónico más bien extenso... con muchos trompetas, siempre expresivo de lo heroico”. Cuando terminó, duró cuarenta minutos, más que cualquiera de sus trabajos anteriores. Los artistas se habían retratado a sí mismos a menudo antes, pero Strauss, reflejando el estado de ánimo nacional, fue probablemente el primero en nombrar a su autorretrato Héroe. Él mismo dirigió el estreno el 3 de marzo de 1899, que, teniendo en cuenta el provocativo título, la naturaleza de la música y las notas del programa, demostró una considerable bravuconería. Heldenleben se dividió en seis secciones, que trataban de "El héroe", sus "Adversarios", su "Consorte", su "Batalla", sus "Obras de paz" y, finalmente, su "Escape del mundo y realización de la vida". En forma, era una sonata ampliada a gran escala con declaraciones reconocibles de tema, desarrollo y recapitulación. Después de que los cuernos proclaman al Héroe en un tema orgulloso que llega al fortissimo, los instrumentos de viento presentan a los Adversarios en una música ocupada y risueña que dice "críticos" con tanta claridad como los metales que balaban en Don Quijote decían "ovejas". The Consort es interpretada por un violín solista en una serie de cadencias, alternativamente seductoras y maliciosas, con francas, por no decir dolorosamente francas, marcas de expresión en la partitura, entre ellas, “Heuchlerisch schmachtend”

(hipócritamente efusivo), además de “frívolamente”, “ con altivez”, “con cariño” y, al final, en un dúo de amor apasionado y conmovedor, “con ternura y amor”. Mientras tanto, tres trompetistas abandonaron el escenario de puntillas y de repente, desde lejos, hacen sonar la llamada a las armas. Con cuerdas que se mueven ferozmente, tambores resonantes, fanfarrias de metales y truenos de bombos, la batalla se desarrolla en un confuso crescendo de ruido que, a diferencia de la guerra real, suena como si todos los generales hubieran cometido un error. A oídos de 1899 sonó “espantoso”. A través de la agitación, el tema del Héroe regresa triunfalmente. Sus Obras de paz, que hacen inconfundible el punto autobiográfico, son temas de obras anteriores del compositor. La apoteosis final del Héroe se logra con una música silenciosa y solemne que en notas posteriores del programa Strauss designó como "ritos funerarios con banderas y coronas de laurel bajadas sobre la tumba de un héroe".

Al escuchar la segunda actuación en Colonia unas semanas más tarde, Romain Rolland, recién salido de su emocionante batalla en el estreno de Les Loups, quedó transportado por la emoción. Aunque algunos auditores silbaban y algunos miembros de la orquesta incluso se reían de la música, “apreté los dientes y temblé y mi corazón saludó al joven Sigfrido resucitado”. En el "tremendo estruendo y alboroto" de la música de batalla, Rolland escuchó "el asalto a las ciudades, la terrible carga de la caballería que hace temblar la tierra y latir nuestros corazones". Pensó que era "la batalla más espléndida que jamás se haya representado en la música". Hubo abismos en los que la idea musical desapareció por un tiempo pero resurgió, a veces mediocre en sentimiento melódico pero grandiosa en “invención armónica y rítmica y brillantez orquestal”. A Rolland le pareció que Strauss expresaba una voluntad “heroica, dominante, ansiosa y poderosa en un grado sublime”. Conmovido también por el espíritu nietzscheano, Rolland encontró que esta es la razón por la que Strauss es noble y, en la actualidad, bastante único. Se siente en él la fuerza que domina a los hombres”. Sin embargo, en medio de la admiración, Rolland también se sentía francés y no pudo resistirse a aprender lecciones políticas. Ahora que Strauss, decidió, al igual que Alemania, había “demostrado su poder con la victoria, su orgullo no conoce límites”. En él, como hombre “de energía vital, morbosamente sobreexcitado, desequilibrado pero controlado por un esfuerzo de voluntad”, el francés vio reflejado el rostro de Alemania. Sin embargo, Rolland se convirtió en su amigo y celebrante.

Había conocido a Strauss por primera vez ocho años antes en Bayreuth y nuevamente en enero de 1899, cuando Strauss dirigió Zaratustra en París. Fue el Dioniso de Nietzsche liberado. “¡Ajá!”

Rolland escribió entonces: “Alemania, como Todopoderosa, no mantendrá el equilibrio por mucho tiempo. Nietzsche, Strauss, el Kaiser... el vértigo le recorre el cerebro. ¡El neroísmo está en el aire! Rolland pensó que podía detectar en el tema reiterado del Asco en los poemas sinfónicos y en las muertes que los concluyeban, una “enfermedad alemana escondida bajo la fuerza y la tensión militar”. Lo volvió a oír en Heldenleben.

Cuando en esta ocasión visitó a Strauss en su apartamento de Charlottenburg, el suburbio de moda de Berlín, lo encontró más bávaro que nietzscheano, con "cierta bufonería humorística, paradójica y satírica como la de Till Eulenspiegel". Como Till, le encantaba escandalizar a los filisteos. Alternó entre energía y ataques de “pereza, suavidad e indiferencia irónica”. Aunque cordial y de buen comportamiento con Rolland, podía ser breve con los demás, apenas escuchaba lo que le decían y de vez en cuando murmuraba: “¿Lo era? Ah, más o menos. Se portaba mal en la mesa, sentado con las piernas cruzadas a un lado, sosteniendo el plato bajo la barbilla para comer y atiborrándose de dulces. En el salón podía tumbarse en un sofá, golpear los cojines con los puños y, “insolentemente indiferente a quienes lo rodeaban”, quedarse dormido con los ojos abiertos.

Era difícil decidir si era Till o Superman. En un artículo para la Revue de Paris, Rolland lo presentó como “el tipo de artista de esta nueva Alemania, el reflejo de un orgullo heroico cercano al delirio, de un egoísmo nietzscheano que predica el culto a la fuerza y el desprecio por la debilidad”. Pero tuvo que admitir que el panorama estaba sobregirado. Rolland sufrió las mismas dificultades que la sobrina de Matthew Arnold en la caricatura de Max Beerbohm, quien se vio obligada a preguntar: "¿Por qué, tío Matthew, oh por qué, no hablarás siempre completamente en serio?". Strauss tampoco estaba a la altura de su imagen y estaba dispuesto a admitirlo. “Tienes razón”, le escribió a Rolland. “No soy ningún héroe; No tengo la fuerza necesaria; No estoy hecho para la batalla... No quiero hacer el esfuerzo. Por el momento lo único que quiero es hacer música dulce y alegre. No más actos heroicos”. El hecho era que, en el ambiente nietzscheano que lo rodeaba, Heldenleben había parecido lo que había que hacer; reflejaba el estado de ánimo nacional más que el suyo propio.

Strauss era una cuerda tocada por el Zeitgeist. Aunque nunca había conocido más que las más cómodas circunstancias burguesas, sintió y expresó el estruendo revolucionario de la clase trabajadora en dos de sus mejores canciones con tanta eficacia que una, "Der Arbeitsmann" (El trabajador) se convirtió en un himno del partido socialista. . Otra,

“Das Lied des Steinklopfers” (Canción del picapedrero), era su favorita entre sus canciones. Cuando fueron cantadas por el principal barítono concertista de Alemania, Ludwig Wüllner, con el compositor al piano, tenían tal poder dramático que “escuchar estos sonidos sombríos y desafiantes”, escribió un crítico, “fue como escuchar la Marsellesa del mañana”. De otra de sus canciones para voz masculina, la “Nächtlicher Gesang” (Canción nocturna), se decía que podía “hacer estremecer a uno en plena luz del día”.

En Heldenleben, sin embargo, los admiradores convencidos comenzaron a detectar evidencia de un defecto profundamente arraigado en el compositor. Ernest Newman creía que Strauss había enriquecido la música con más ideas nuevas que nadie desde Wagner y había "puesto en la música una mayor energía, una mayor tensión de sentimiento y un mayor peso de pensamiento que cualquier otro compositor de la época". Sin embargo, no parecía capaz de contener un deseo indigno de “asombrar a la humanidad”. Su facilidad técnica y dominio de las ideas era tal que podía hacer lo que quisiera y su inventiva no tenía límites, pero no podía mantenerla dentro de límites. Newman habría abandonado de buena gana la sala durante las “risas, gruñidos y gruñidos” de los Adversarios en Heldenleben, que consideraba música “freak” como las ovejas de Don Quijote. Sintió una falta de gusto, una veta de vulgaridad en un hombre dispuesto a estropear “dos de las mejores partituras del siglo XIX” con “monstruosidades” como éstas. Tales reacciones simplemente estimularon a Strauss a cometer más fenómenos como señal de su desprecio por lo que se decía que eran las leyes "eternas" de la belleza en la música. El hecho de que insistiera en hacer pagar a los críticos por sus asientos, provocando “gritos de agonía” en todo el continente, no ayudó en nada.

Para los críticos más jóvenes, las discordias y disonancias de Strauss no eran tan angustiosas como sus monstruos. Lawrence Gilman, un estadounidense, pensaba que la disonancia de la música de Battle, como la que describe la confusión mental de Don Quijote, era “elocuente y significativa” y bastante diferente de la otra clase lograda, como dijo Whistler, “por el simple expediente de sentarse”. en el teclado”. Aparte de los fenómenos, había suficientes maravillas musicales en la obra de Strauss como para ponerlo por encima de las burlas y las críticas; Fue el aspecto no musical de su trabajo, es decir, el realismo didáctico de las notas de su programa, lo que lo mantuvo en el centro del furor crítico. Con el mismo espíritu con el que Philip Ernst, después de haber omitido el árbol de su cuadro, decidió que debía ser talado, Strauss insistió en pintar el árbol y luego colgarle un cartel que dijera: "Esto es un árbol". Como resultado, los críticos se

lanzaron a discrepar, como cuando Newman dijo de un pasaje para trombón de Zaratustra titulado “Asque”, que seguía a “Delicias y pasiones”, que “no sugiere más asco que el dolor de muelas”. No fue ninguna defensa por parte de sus amigos insistir en que Strauss quería que su música fuera escuchada como música y que añadió las notas del programa sólo bajo la presión urgente de colegas y editores. Un artista seguro de sus estándares no habría hecho la concesión y en cualquier caso las etiquetas literarias estaban en su mente y garabateadas en sus partituras cuando componía.

En Francia, Claude Debussy también escribía música descriptiva. Más que literal y narrativo, como el de Strauss, era esquivo y resplandeciente, a la manera de los impresionistas en pintura y los simbolistas en poesía. El credo simbolista era sugerir, no nombrar, un objeto. Donde Strauss afirmaba, Debussy sugería. "Si la gente insiste en querer entender lo que sucede en un poema sinfónico, también podemos dejar de escribirlo", dijo. El significado literal era una cuestión de igual importancia para Sibelius. Cuando un amigo le preguntó después de escuchar una grabación de su Cuarta Sinfonía qué significaba realmente, dijo después de una breve pausa: “Pon el disco otra vez”.

Debussy, sin embargo, admiraba a Strauss, que era dos años menor que él, y reconocía que la Verklärung (Transfiguración) en Tod und Verklärung “tiene lugar ante nuestros propios ojos”. Cuando escuchó a Till Eulenspiegel en 1903, pensó que su desacato de las leyes musicales equivalía casi “a una hora de música en un manicomio... No sabes si rugir de risa o gemir de dolor y te llenas de asombro cuando lo encuentras. cualquier cosa en su lugar habitual”. Sin embargo, la consideró una obra de “genio” y quedó impresionado por su “sorprendente seguridad orquestal” y el “ritmo loco que nos arrastra de principio a fin y nos obliga a compartir las travesuras del héroe”. Lo que más le impresionó de Heldenleben, que también escuchó en 1903, fue su “energía ciclónica”. El oyente ya no es dueño de sus emociones: “Repito que es imposible resistir su irresistible dominio”. El propio preludio orquestal de Debussy, L'Après-midi d'un Faune, basado en el poema de Mallarmé, y sus Nocturnos para orquesta, que aparecieron en los años noventa, llevaron a Strauss a devolverle el cumplido. Debussy era "un genio notable y totalmente único", dijo, "dentro de su propio dominio limitado".

Strauss siempre se sorprendía bastante cuando alguien más hacía un trabajo de alta calidad. “No tenía idea de que alguien excepto yo fuera capaz de escribir música tan buena como ésta”, comentó a Beecham de manera “encantadora y característica” al escuchar una obra de

Delius. Nunca escuchó a Puccini y no conoció a Manon de Tosca ni a Butterfly de Bohème, aunque las obras de Puccini eran exactamente contemporáneas a las suyas. La ópera italiana no gozaba de gran prestigio en Alemania. Sin embargo, fue generoso al interpretar las obras de otros contemporáneos. Incapaz de dirigir música moderna en la Ópera Real de Berlín mientras dominaba el gusto del Kaiser, fundó su propia orquesta, la Tonkünstler, para fomentar los "principios progresistas" en la música. Subvencionado por mecenas privados, el Tonkünstler interpretó todos los poemas sinfónicos de Liszt en orden cronológico, así como las obras del propio Strauss, y presentó en Berlín actuaciones de Tchaikovsky, Bruckner, Hugo Wolf, Elgar y, si no Debussy, al menos sus predecesores, Charpentier y d' India. Una vez en Londres, durante una visita a la Galería Nacional en compañía de Edgar Speyer y Edward Elgar, el grupo se detuvo frente a la "St. George y el Dragón", mientras que Speyer comentó: "Aquí tenemos a un revolucionario que abrió camino al final del glorioso período veneciano. ¿Diremos que Tintoretto fue en la pintura lo que nuestro amigo Richard Strauss es hoy en la música? Muy impresionado por este comentario, Strauss volvió al cuadro mientras recorrían las habitaciones, lo estudió de nuevo y exclamó: "Speyer tiene razón. ¡Soy el Tintoretto de la música!

Desde esta altura podía permitirse el lujo de alentar a colegas menos renombrados, y no escatimaba en ello. Al escuchar en Düsseldorf en 1902 una representación del Sueño de Geroncio de Elgar, basada en un poema del cardenal Newman, Strauss propuso un brindis "por el bienestar y el éxito del primer progresista inglés, Meister Edward Elgar, y de la joven escuela progresista de inglés". compositores". Semejante homenaje de Strauss conmocionó al mundo musical y despertó el habitual revuelo de la crítica, que a él le divertía provocar. Aunque no le agradaron los términos del cumplido, toda Inglaterra quedó impresionada y halagada. Strauss no apreciaba menos al ultramoderno Schönberg, cuyos experimentos en atonalidad lo impresionaron tanto que arregló que el joven compositor recibiera la beca Liszt y el nombramiento como profesor de composición en la Academia Stern de Berlín. Con motivo del estreno de la Tercera Sinfonía de Mahler en Colonia en 1902, Strauss decidió su éxito subiendo al estrado y aplaudiendo ostentosamente. A partir de 1900, como presidente del Allgemeiner Deutscher Musikverein, fundado por Liszt, invitó a compositores extranjeros a dirigir sus nuevas obras en los festivales de la Sociedad. Sibelius, a quien invitó a presentar su Cisne de Tuonela en 1900, lo encontró "extraordinariamente amable". Cuando el propio Strauss subió al podio en estos conciertos, fue recibido por la orquesta con una triple fanfarria y el público se puso de pie.

En Inglaterra y Estados Unidos su renombre era grande y sus apariciones eran enaltecidas. En 1903 se celebró en Londres un Festival Strauss que duró tres días y en el que se representaron todas sus obras, desde Aus Italien hasta Heldenleben. A Strauss le gustaban "mucho" los ingleses, como le dijo una vez a Rolland. Por un lado, hicieron que viajar fuera cómodo en lugares como Egipto, de modo que "siempre puedes estar seguro de encontrar habitaciones limpias y comodidades modernas". Para Strauss esto demostraba que eran un pueblo superior y, según la fórmula nietzscheana, ellos y no los bóers deberían haber tenido la simpatía de Alemania durante la guerra de Sudáfrica. "Los bóers son un pueblo bárbaro, atrasado, que todavía vive en el siglo XVII. Los ingleses son muy civilizados y muy fuertes. Es algo absolutamente bueno que los fuertes triunfen".

En Londres pudo disfrutar de la hospitalidad de Edgar Speyer, jefe del sindicato propietario del Queen's Hall y director de su orquesta, quien junto a su esposa, violinista profesional antes de casarse, hicieron de su casa de Grosvenor Square un centro de sociedad musical y artística. . Aquí podría conocer a Henry James o Debussy, escuchar a Madame Grieg cantar las canciones de su marido y disfrutar de una suntuosa cena en compañía de John Sargent, para quien la pintura era una profesión pero la música y la comida una cuestión de amor. Al ver una banda gitana que había estado deambulando por Londres tocando música española, Strauss propuso esconderla en el jardín para tocar durante una de las fiestas de Speyer, con resultados que atormentaron a Sargent, quien se debatía entre su cena y la necesidad de correr a la ventana para descubrir la fuente de la música.

En Estados Unidos, las composiciones de Strauss eran conocidas y tocadas desde que Theodore Thomas, director de la Sinfónica de Chicago, interpretó su Sinfonía en fa menor en 1884 y el alemán Emil Paur de la Sinfónica de Boston interpretó Aus Italien en 1888. Thomas y Paur, que más tarde se trasladó a la Filarmónica de Nueva York, continuó interpretando las obras de Strauss a medida que fueron apareciendo, y en 1904 se organizó un estreno en Estados Unidos para su obra más reciente, Sinfonia Domestica, como característica de un Festival de Strauss que se celebraría en Nueva York. . El compositor fue invitado a dirigir la nueva pieza así como un concierto posterior de sus obras en Chicago. Thomas, un ferviente admirador durante más de veinte años, lo consideraba en este momento de su carrera "el músico más grande que vive actualmente y uno de los mayores pioneros musicales de todos los tiempos".

Con la nueva riqueza de los magnates empresariales

estadounidenses desbordando sus arcas, Estados Unidos estaba desarrollando una audiencia completamente nueva y una fuente de apoyo para la música y las artes. Fue una época de gastos exuberantes y grandes ideas. Cuando el rector de la Trinity Church de Nueva York quiso un nuevo púlpito, le pidió al socio principal del importante estudio de arquitectura, McKim, Mead and White, que le diseñara algo “grande, amplio, espacioso y simple, pero rico en los lugares correctos. " Cuando el mismo McKim construyó la Biblioteca Pública de Boston se colocó una placa en honor a la “espléndida amplitud” de su genio. Una amplitud espléndida flotaba en el aire. Louis Tiffany se diseñó una casa con un tramo palaciego de escaleras que conducían, entre paredes con cabañas enteras de negros sudaneses construidas en ellas, a un vestíbulo tan vasto que el techo era invisible en la penumbra. En el centro de la sala, una chimenea negra se elevaba hasta el infinito, ardían cuatro inmensas chimeneas, cada una con llamas de diferentes colores, una luz misteriosa brillaba a través de lámparas de cristal Tiffany colgantes y un organista invisible tocaba el preludio de Parsifal.

Las principales orquestas estadounidenses subvencionadas por los reyes del cobre, los barones del ferrocarril y otros de su especie proporcionaron una importante fuente adicional de honorarios y regalías por conciertos. Strauss estuvo encantado de asistir y el público estadounidense que asistía al concierto esperó sin aliento al "más eminente de los compositores vivos", quienes, según les dijo Harper's Weekly, expresaron "imaginaciones de significado abrumador" y tocaron "el margen de lo sublime".

Sinfonía Doméstica, como se vio en la primera representación, rozaba el ridículo. Aunque fue interpretada por deseo del compositor sin notas de programa para poder escucharse “puramente como música”, Strauss ya había dicho a un entrevistador que ilustraba “un día de mi vida familiar” en forma de una figura triple que representa “ Papá, mamá y bebé”. En el estreno se presentó sólo como Introducción y Scherzo, Adagio, Doble fuga y Final, pero, como de costumbre, el compositor pronto se vio obligado a realizar un análisis oficial para las representaciones posteriores que hablaba del bebé en el baño, la felicidad de los padres, las peleas. de tías y tíos por parecidos familiares: "¡Igual que su papá!" “¡Igual que su mamá!”, y cosas similares. Aunque había una tierna melodía de lo mejor de Strauss en la canción de cuna y el dúo de amor, la impresión dominante es de golpes, gritos y una confusión estridente que sugiere un circo enloquecido. Si ésta es la vida hogareña alemana, la historia alemana se vuelve comprensible. Incluso más larga que Heldenleben, la obra asombró y ofendió a la mayoría de los oyentes. “Si todos los elefantes

sagrados de la India hubieran sido conducidos al Ganges al mismo tiempo”, dijo a Beecham un renombrado pero anónimo director de orquesta cuando la pieza se interpretó en Londres unos meses después, “no habrían hecho ni la mitad de ruido que ese”. un pequeño bebé bávaro en el baño”. El borboteo del agua del baño y el sonido del despertador no eran lo que Wagner había querido decir con "la materia de la música". La vulgaridad del nuevo siglo pareció repentinamente confirmada por su compositor más eminente. Strauss no entendió el punto. "No veo por qué no debería componer una sinfonía sobre mí", le dijo a Rolland. "Me encuentro tan interesante como Napoleón o Alejandro".

Su elección de dos conquistadores del mundo fue indicativa. En la música, la suposición alemana de superioridad comenzaba a molestar a otros pueblos. “Los músicos alemanes siempre colocan a un alemán llegado en un pedestal para poder idolatrarlo”, escribió Grieg a Delius en 1903. “Wagner está muerto, pero deben tener algo para satisfacer su patriotismo y preferirían tener un sustituto que nada en absoluto. " En 1905, en un festival de música en Estrasburgo, capital de la antigua Alsacia francesa y ahora alemana, el propósito declarado era unir a franceses y alemanes a través del arte. Sin embargo, en un programa de tres días sólo se representaron dos obras francesas, mientras que el primer día de conciertos comenzó con Weber y terminó con Wagner, el segundo día estuvo dedicado a Brahms, Mahler y Strauss y el último día íntegramente a Beethoven. La selección de Wagner de la última escena de Die Meistersinger, en la que Hans Sachs denuncia la insinceridad y la trivialidad extranjeras, sugirió a un auditor una cierta “falta de cortesía”.

La creciente irritación del mundo contra Alemania se manifestó en el entusiasmo con el que los críticos extranjeros aprovecharon las pruebas de una decadencia de la inspiración de Strauss. Todo el mundo saltó sobre Sinfonia Domestica. Newman se sorprendió de que “un compositor genial hubiera caído tan bajo” y Gilman reveló hasta qué punto Alemania estaba poniendo de los nervios a otras naciones. Citando a Matthew Arnold en el sentido de que el teutonismo tiende insistentemente hacia lo "feo e innoble", escribió que "sólo un teutón con la falta de tacto de un teutón" podría haber ideado Domestica.

> El Zeitgeist no llamó a papá, mamá y bebé. Una inquietud que fermentaba bajo el materialismo sobreabundante producía en los artistas un deseo de escandalizar; para rasgar y cortar la espesa colcha del confort burgués. En sintonía como

siempre, Strauss respondió. Sinfonia Domestica lo había sorprendido por la banalidad, pero ahora sentía la necesidad de inquietar y horrorizar y pasó directamente de la vida familiar bávara a un tema de pasión depravada y lasciva: Salomé, en la versión de Oscar Wilde.

Un drama tan exuberante y espantoso como Wilde pudo lograrlo esforzándose, Salomé fue una búsqueda de sensación por sí misma, un esfuerzo por producir lo que Baudelaire llamó "la fosforescencia de la putrescencia". La obra original, escrita en francés en 1891, entró en ensayo en Londres un año después con Sarah Bernhardt en el papel principal, pero Lord Chamberlain prohibió su representación alegando que su presentación de San Juan Bautista era un sacrilegio. Tras su publicación (con copias para los amigos del autor encuadernadas en "púrpura de Tiro y plata cansada"), la obra fue denunciada por The Times como "un arreglo lleno de sangre y ferocidad, mórbido, extraño, repulsivo y muy ofensivo". En 1894 apareció una traducción al inglés de Lord Alfred Douglas, ilustrada con deliciosa maldad por el más auténtico decadente de todos, Aubrey Beardsley. Tres de sus dibujos, considerados indecentes por los editores, tuvieron que ser retirados. En 1896, cuando Wilde estaba en Reading Gaol, Salomé fue producida en París por el actor y director Lugné-Poë en su Théâtre de l'Oeuvre, él mismo como Herodes pero sin Bernhardt. La quintaesencia de la decadencia estaba demasiado madura y no fue un éxito. En Alemania, sin embargo, Salomé satisfizo el ansia de lo horrendo y encontró su lugar. Producida por primera vez en Breslau en 1901, su verdadero éxito llegó en 1902 con una producción de Max Reinhardt en su Teatro Kleines de Berlín, donde Strauss la vio.

Más un poema que una obra de teatro, Salomé de Wilde fue un ejercicio de púrpura, una orgía de palabras, que triunfó sobre el papel pero fracasó en el escenario. Ofrecía el espectáculo de Salomé derramando sus ardientes súplicas eróticas sobre los ojos, los cabellos, los miembros, el cuerpo y el amor de Iokanaan, del rey Herodes ávido de su hijastra, de su voluptuosa danza para excitar su lujuria y conquistarla espantosamente. deseo, del enorme brazo del Verdugo negro que se eleva desde el foso sosteniendo la cabeza barbuda y ensangrentada del Profeta que la había despreciado, de sus éxtasis necrófilos dirigidos a la cabeza en la bandeja y su conquista final de sus labios muertos, de la culminante orden de Herodes de horror y remordimiento: "¡Maten a esa mujer!" y de su muerte aplastada bajo los escudos de sus soldados. Interpretada en carne y hueso, deleitó al público berlinés. La fantasía a la luz de la luna de Wilde, en Alemania,

cobró fuerza y disfrutó de una fenomenal serie de doscientas representaciones.

La corriente subyacente de morbilidad en Alemania, que Rolland ya había advertido, se hizo más evidente en la primera década del nuevo siglo. Aumentó en proporción a la riqueza, la fuerza y la arrogancia de Alemania, como si la presión de tanto éxito industrial y poder militar estuviera creando una reacción interna en la forma de una necesidad de negar, de exponer los gusanos y las pasiones que se retorcían dentro de ese maestro, gente próspera, de buen comportamiento y ordenada. Era como si Bismarck hubiera producido forzosamente a Krafft-Ebing. De hecho, Psychopathia Sexualis de Krafft-Ebing, que apareció en 1886, proporcionó un recurso espeluznante al que podía recurrir el drama alemán, entonces la forma más vigorosa de la literatura nacional.

El teatro, junto con la música y la ópera, era un placer alemán y, a partir de los años noventa, estalló con una oleada de obras problemáticas derivadas de Ibsen y con nuevos estilos de interpretación y experimentos en el arte escénico. Proclamando la doctrina del realismo y el naturalismo, el Freie Bühne (Teatro Independiente) de Berlín, copiado del Théâtre Libre de París, abrió sus puertas en 1889 con Los fantasmas de Ibsen, seguida de la primera obra de Hauptmann, Antes del amanecer. Los teatros brotaron y se multiplicaron. Se arrancaron las máscaras de la sociedad y la “bestia en el hombre”, el objetivo de Zola, quedó expuesta con entusiasmo. Además de Ibsen, la cruel Miss Julie de Strindberg, Los poderes de las tinieblas de Tolstoi, Therèse Raquin de Zola, los dramas simbolistas y neorrománticos de Maeterlinck, D'Annunzio y von Hofmannsthal, las obras sociales del discípulo de Ibsen, Shaw, las sátiras mundanas de Arthur Schnitzler de Viena y se representaron una proliferación de tragedias alemanas. Las sociedades escénicas estudiantiles revivieron a Edipo Rey y Eurípides, la Modern Touring Company llevó el nuevo drama a provincias y un teatro popular, el Freie Volksbühne, seguido por el Neue Freie Volksbühne, lo alió al socialismo. En Munich, el Teatro Intimes fue fundado en 1895 por Ernst von Wolzogen, libretista de la ópera Feuersnot de Strauss. Para lograr la misma atmósfera íntima para las obras experimentales, Reinhardt fundó el Teatro Kleines en 1902, donde, además de Salomé, produjo la terrible mirada de Maxim Gorky sobre la escoria de la sociedad, The Lower Depths.

La tragedia era el elemento básico del teatro alemán. Las comedias sociales con final feliz no eran un género alemán. La diversión alemana se limitaba a la bufonería, ya fuera dolorosa o grosera. Sus tragedias no eran tanto curativas, como las de Ibsen, ni compasivas,

como las de Chéjov, sino que se centraban obsesivamente en la crueldad de la humanidad hacia el hombre, en su inclinación hacia la autodestrucción y la muerte. La muerte por asesinato, suicidio o alguna forma más esotérica resolvió casi todos los dramas alemanes de los años noventa y principios del siglo XX. En Hannele, de Hauptmann, la heroína infantil muere víctima de negligencia y abuso en un asilo, en La campana hundida la esposa de Heinrich se ahoga en un lago y él bebe una copa envenenada, en Rose Bernd el personaje principal, seducido y abandonado, estrangula a su hijo recién nacido, en Henschel, el personaje principal, se ahorca después de traicionar a su difunta esposa al casarse con una puta que deja que su hijo muera por negligencia; en Michael Kramer, un hijo sensible es llevado al suicidio por un padre autoritario, un tema popular en Alemania, rica en padres así. En Magda de Sudermann, sólo el fatal derrame cerebral del padre le impide dispararse a sí mismo y a su hija, que por supuesto está embarazada ilegítimamente, el destino invariable de la heroína alemana. Una sucesión interminable de ellos se vio arrastrado por esta circunstancia a la histeria, la locura, el crimen, la prisión, el infanticidio y el suicidio. En Sodoms Ende de Sudermann, que varía el patrón, si no el final, un joven artista disoluto, corrompido por la esposa de un banquero, lleva a su hermana adoptiva al suicidio y él mismo muere de una hemorragia. En Frühlings Erwachen (El despertar de la primavera) de Wedekind, primer esfuerzo de un dramaturgo que iba a superar a todos los demás, el descubrimiento del sexo por parte de los adolescentes en conflicto con la lascivia de los adultos produce una catástrofe total: la heroína de catorce años, estando embarazada, muere, aparentemente a causa de un aborto mal gestionado; el niño es expulsado de la escuela y enviado a un reformatorio por sus padres; su amigo, incapaz de soportar la vida, se suicida y reaparece en un cementerio con la cabeza bajo el brazo en una escena final de opaco simbolismo. En el transcurso de la acción, un tercer chico, en una escena de autoerotismo explícito, dirige una apasionada declaración de amor a la imagen de una Venus desnuda que luego arroja al inodoro. Producida por primera vez en 1891, la obra fue un éxito sensacional y en forma de libro tuvo veintiséis ediciones.

Nacido el mismo año que Strauss, Wedekind era un escritor de talento satánico que había sido actor, periodista, agente de publicidad de circo, cantante de espeluznantes baladas para Überbrettl y mientras estaba en el personal de Simplicissimus cumplió una pena de prisión por lesa majestad. “Tengo imaginación para el desastre y veo la vida como algo feroz y siniestro”, lo describió exactamente, aunque fue Henry James quien lo dijo de sí mismo. Frühlings Erwachen, si se toma como un alegato a favor de la educación sexual, al menos tenía

un mensaje social y una cualidad de lástima, pero a partir de entonces Wedekind no vio más que lo feroz y siniestro. En los mismos años en que Freud estaba llegando cuidadosamente a su descubrimiento del subconsciente, Wedekind tuvo una visión terrible de éste y lo despojó de toda cubierta para mostrarlo como puramente maligno. A partir de 1895, sus obras se sumergieron en un desenfreno de lo vicioso y perverso que parecía no tener otro argumento que el de que la humanidad era vil. Erdgeist (Earth Spirit) y su secuela, Die Büchse der Pandora (La caja de Pandora), se desarrollan en un mundo de proxenetas, delincuentes, rameras, chantajistas, asesinos y verdugos que rodean a la heroína Lulu, que representa la sensualidad encarnada tanto heterosexual como lesbiana. Sus aventuras transcurren a través de burdeles y antros, seducción, aborto, sadismo, necrofilia y ninfomanía en lo que un crítico contemporáneo llamó “un torrente de sexo espumando sobre rocas irregulares de locura y crimen”. Era sexo, no creativo en su función primordial, sino destructivo, que no producía vida sino muerte. El primer marido de Lulú muere de un derrame cerebral, el segundo, atormentado por su perfidia, se degüella, el tercero, al descubrir la infidelidad cometida con su hijo, es asesinado por ella. Tras prisión, degradación y prostitución, acaba, lógicamente, asesinada a cuchilladas por un Jack el Destripador en una última explosión letal de ese poder erótico que Shaw, un dramaturgo muy diferente, celebraba al mismo tiempo que la Fuerza Vital.

La influencia omnipresente de Nietzsche estaba en juego. El hombre y Superman de Shaw destilaron de él una idea filosófica, pero los alemanes tomaron a Nietzsche literalmente. Su rechazo de la moralidad convencional, que él entendía como un trampolín hacia un terreno más elevado, lo aceptaron como una orden para vagar por la cuneta. Sudermann citó las palabras de Nietzsche: "Sólo en el bosque salvaje del vicio se pueden conquistar nuevos dominios del conocimiento". Como dominio del arte, si no del conocimiento, el mismo bosque había atraído a los decadentes franceses y a los estetas de Inglaterra en el movimiento que terminó abruptamente con el juicio de Wilde. En Alemania, el movimiento, que se prolongó hasta el nuevo siglo, fue empujado hasta nuevos límites por Wedekind con una especie de ferocidad frustrada. Era una forma de rebelión contra el abrumador éxito material del país, una sensación de que algo andaba mal detrás de las cenas de doce platos, la pompa de los desfiles militares, las alardes de “sangre y hierro”. Wedekind y los de su especie eran Schwarzseher, videntes del negro, del negro en el hombre. Eran una tendencia débil en comparación con el estado de ánimo dominante de poder confiado en sí mismos y pugnacidad, pero que sin embargo sentían indicios de desastre, de una ciudad lista para

ser quemada, de neroísmo en el aire.

Las antenas de Strauss captaron todo lo que había en el aire y fijó infaliblemente en Salomé, como tema de una ópera, no de un poema sinfónico. Utilizando más instrumentos que nunca, compuso una partitura de tremenda dificultad y exagerada disonancia con la orquesta a veces dividida contra sí misma, tocando en dos tonalidades violentamente antagónicas como para expresar el horror del tema horrorizando al oído. Los instrumentos se adaptaron a nuevas exigencias, los violonchelos se hicieron para alcanzar el reino de los violines, los trombones retozaron como flautas, los timbales se convirtieron en figuras de una complejidad sin precedentes. El tejido musical era deslumbrante. Strauss podía escribir para voz con no menos virtuosismo que para orquesta y las partes de los cantantes parecían volverse más elocuentes a medida que el drama se profundizaba en la depravación. La última canción de Salomé a la cabeza cortada emocionó a los oyentes con una belleza siniestra que hacía justicia a las palabras de Wilde:

"¡Ah! ¿Por qué no me miraste, Iokanaan? Si me hubieras visto, me habrías amado. Tengo sed de tu belleza; Tengo hambre de tu cuerpo y ni las inundaciones ni las grandes aguas pueden apagar mi pasión… ¡Ah! He besado tu boca, Iokanaan, he besado tu boca".

Cuando Berlín y Viena rechazaron la representación, al igual que Londres, por sacrilegio, el gran admirador de Strauss, Ernst von Schuch, director de la Ópera Real de Dresde, la

presentó allí el 9 de diciembre de 1905. La producción, en un solo acto que duró una hora y cuarenta minutos ininterrumpidos, no ahorraron nada a la sensibilidad del público. La cabeza de Iokanaan, maquillada con la palidez realista de la muerte y con sangre apropiada, se mantuvo a la vista; Los siete velos de Salomé fueron descartados ritualmente uno por uno mientras Herodes miraba lascivamente. La muerte bajo los escudos de los soldados supuso una catarsis de castigo. El público respondió con un entusiasmo ilimitado que se extendió a treinta y ocho llamadas de telón para el elenco y el compositor. En representaciones posteriores en otras ciudades alemanas, Salomé obtuvo un gran éxito y, para Strauss, una gran recompensa económica que no se vio afectada negativamente por las prohibiciones y los problemas de censura. En Viena, debido a las objeciones del arzobispo, se mantuvo la prohibición, pero en Berlín, a pesar de las enérgicas objeciones del Kaiserin, se llegó a un compromiso del tipo aplicado por la Iglesia al Cantar de los Cantares. Se permitió la representación con la condición de que la estrella de Belén apareciera en el cielo cuando murió Salomé, lo que presumiblemente indica el triunfo póstumo del Bautista sobre la pasión antinatural.

Sin embargo, el káiser Guillermo seguía descontento. A pesar de su afinidad por las groseras bromas físicas practicadas a sus cortesanos para su intensa vergüenza, sus opiniones morales eran más victorianas que eduardianas y estaba casado con un modelo de respetabilidad burguesa alemana. La Kaiserin Augusta, conocida como Dona, era una mujer sencilla y amable que proporcionó a su marido seis hijos y una hija, no tenía intereses fuera de su familia y usaba grandes sombreros de plumas en cada ocasión, incluso cuando navegaba. Fueron elegidos por su marido, ya que su regalo anual de cumpleaños para ella

consistía invariablemente en doce sombreros seleccionados por él mismo que ella estaba obligada a usar. Su única marca en la historia fue su insistencia en una cama doble en la que tantas veces mantenía despierto a su marido con discusiones familiares que lo irritaban al día siguiente, que el canciller Billow sugirió dormitorios separados por el bien del Estado. Pero contra su convicción de que un buen marido y mujer alemanes deberían dormir juntos, su propuesta fue en vano. Ya ofendido por la ópera anterior Feuersnot de Strauss, cuyo tema, expresado obscenamente, era la necesidad de que una doncella renunciara a su virginidad para restaurar el fuego en un pueblo, el Kaiserin había provocado su cancelación, ante lo cual el intendente de la Ópera Real había dimitido en protesta. El propio Káiser había quitado el escudo de armas imperial del Deutsches Theatre cuando representó Die Weber de Hauptmann ante una animada manifestación socialista a mediados de los años noventa. Había pasado una década desde entonces y suprimir por motivos morales una ópera del principal compositor alemán habría sometido al Káiser al ingenio mordaz de Kladderadatsch y otras revistas irreverentes. Al aceptar el compromiso, el Kaiser dijo: “Lamento que Strauss haya compuesto esta Salomé. Le hará mucho daño”, a lo que Strauss dijo que le había permitido construir su nueva villa en Garmisch.

Fuera de Alemania, donde el gusto era más mojigato, Salomé se convirtió en “el centro tormentoso del mundo musical”. En Nueva York, un tenso público en la Metropolitan Opera el 22 de enero de 1907 esperaba que se levantara el telón con un “ presentimiento ”, que pronto se cumplió ampliamente. La música, cuando los críticos podían desviar su atención de la descripción de "una condición psicopática literalmente indescriptible por su horror y anormalidad", fue reconocida como maravillosa pero pervertida hasta convertirla en algo que "enferma la mente y destruye los nervios". El tema de la ópera, no humanamente representativo como debería ser el material de la música, fue considerado de diversas maneras "monstruoso", "pestilente", "intolerable y aborrecible", "mefítico, venenoso, siniestro y obsesivo en extremo". Su “patología erótica” no era apta para la “conversación entre hombres que se respetaban a sí mismos”, y la Danza por sí sola “debería hacer imposible que una mujer occidental la mirara”. La prensa, enardecida en “justa furia”, coincidió en que la popularidad en Alemania no solucionaba nada para Estados Unidos y el Metropolitan, cediendo a la tormenta, retiró la producción.

Londres ni siquiera lo intentó hasta tres años después. Al principio se rechazó la licencia, pero esto se superó con la ayuda de la Sra. Asquith, quien invitó a Beecham, director de orquesta de Covent Garden, a una visita al país para conseguir la ayuda del Primer

Ministro. Tocándole la marcha de Tannhäuser en el piano, la única pieza musical que el señor Asquith conocía, y asegurándole que que le gustara no era un signo de filisteísmo, y explicándole que Strauss era “el personaje más famoso y de opinión común”. el más grande de los compositores vivos”, Beecham obtuvo su apoyo. En consulta con Lord Chamberlain, se elaboraron cambios en el texto transformando todas las expresiones de deseo físico de Salomé en súplicas de guía espiritual y, como precaución adicional contra el sacrilegio, requiriendo que su canción final se cantara en un plato vacío.

Strauss había encontrado en Salomé su filón, pero ¿dónde había otro Wilde? Apareció uno, y con un tema que prometía superar a Salomé. Hugo von Hofmannsthal, joven poeta y prodigio de Viena, ya era famoso a los veintiséis años cuando conoció a Strauss, diez años mayor que él, en 1900. Nieto de una dama italiana y de un judío converso ennoblecido como barón, encarnaba Las cepas cosmopolitas de Viena. Cuando, a los dieciséis años y todavía estudiante en el gimnasio, leyó su primera obra en verso a Arthur Schnitzler, el oyente sintió que se había "encontrado con un genio nato por primera vez en mi vida". Dos años más tarde, en 1892, bajo el seudónimo de “Loris”, cautivó a Jung Wien, la vanguardia literaria de Viena, con dos obras en verso, Gestern (Ayer) y Der Tod des Tizian (La muerte de Tiziano), cuyo conocimiento mundano y El cansancio sofisticado llevó a Hermann Bahr, líder de los jóvenes literatos, a suponer que el autor debía ser un diplomático titulado de cincuenta años. Se mostró incrédulo al encontrar en él un muchacho de dieciocho años, “un joven extraño… entusiasmado por el más mínimo estímulo, pero sólo con su intelecto, porque su corazón permanecía frío”. Autocomplaciente, ya un hombre de mundo, “pero terriblemente triste en su precoz mundanalidad”, Hofmannsthal era una combinación del eduardiano Werther y el vienés Dorian Gray. Como Wilde, un artista del lenguaje, tocaba el alemán como un arpa y en 1893, su siguiente drama, Tod und der Tor (La muerte y el loco), confirmó en él a un poeta capaz de elevar su lengua materna a la armonía del italiano. . Cuando las palabras se usan por sí mismas, el resultado puede ser musical pero el pensamiento turbio. En 1905, Hofmannsthal concluyó un ensayo sobre Wilde, en una emulación perfecta aunque inconsciente de su tema: “Quien conoce el poder de la danza de la vida no teme a la muerte. Porque él sabe que el amor mata”. A sus contemporáneos les pareció “la perfección poética absoluta hecha realidad”. Como acólito, durante un tiempo, del círculo que se arrodilló ante Stefan George en Munich, von Hofmannsthal estuvo absorto en los problemas del símbolo y las paradojas de "la verdad de las máscaras". Como vienés no escapó al pesimismo que infundía a la capital del imperio más antiguo de Europa.

En Viena, el Kaiserstadt, sede del Congreso que unió a Europa después de Napoleón, el tiempo era crepuscular. Como centro de una mezcla centenaria de razas y pueblos y de lealtades involuntarias de nacionalidades inquietas, la capital de Austria-Hungría tenía demasiados problemas de vida política demasiado difíciles de afrontar, por lo que centró su atención en otros asuntos: cultura y conocimiento, coqueteo si no amor, refinamiento de modales por encima de todo y seriedad en nada más que la música. El ritmo era tranquilo, el temperamento frívolo, el humor hedonista y un fatalismo indiferente. Era la tierra de los devoradores de loto, la "Capua de la Mente". Su emperador tenía setenta y cinco años en 1905 y había mantenido unidos sus difíciles dominios durante un reinado de cincuenta y siete años. Su triste emperatriz errante fue muerta por el cuchillo de un anarquista. Su corte se había retirado a la pureza aristocrática de dieciséis alojamientos para cada miembro. Era un lugar donde visiblemente algo estaba llegando a su fin; Todo el mundo lo sabía y nadie hablaba de ello.

Viena consideraba a Berlín como un advenedizo y tosco y expresó su sentimiento en una canción popular:

> Es gibt nur eine KaiserstadtEs gibt nur ein Wien,Es gibt nur ein RäubernestUnd das heisst Berlin.*

En la ciudad de Beethoven reinaban la música y la ópera y el hombre de la calle discutía sobre los méritos rivales de las bandas que tocaban en el Prater. El arte y el artista eran estimados. En política, en gobierno, en moral, Viena era “afablemente tolerante con todo lo que era descuidado... en cuestiones artísticas no había perdón; aquí estaba en juego el honor de la ciudad”. Ese honor lo mantuvieron la burguesía y los judíos cultos, que eran los nuevos mecenas del arte. Francisco José nunca había leído un libro y sentía antipatía por la música. La nobleza no sólo se mantuvo alejada de la vida artística e intelectual, sino que la temía y despreciaba. Sin embargo, tenían los modales sociales más logrados de Europa, y cuando se le preguntó a Theodore Roosevelt qué tipo de persona había encontrado más comprensivo en sus viajes por Europa, respondió: "el caballero austríaco".

En asuntos internos, el sentimiento político más fuerte fue el antisemitismo, que era franco pero más rutinario que acalorado. Karl Luger, el apuesto alcalde de Viena, de barba rubia y jefe del Partido Socialista Cristiano, era el principal antisemita, aunque más oficialmente que personalmente. “Yo mismo decido quién es judío”, solía decir. Conocido como der schöne Karl, era el hombre más

popular de la ciudad y su funeral en 1910 fue un acontecimiento importante. A pesar de su desventaja, los judíos, que representaban el 10 por ciento de la población de Viena, fueron fertilizantes de su cultura. Desempeñaron un papel destacado en la prensa, el teatro, la música, la literatura, las finanzas, la medicina y el derecho. Ellos proporcionaron al director de la Ópera de la Corte de Viena y al compositor más importante del país, Gustav Mahler, así como al verdadero espejo de Viena, Arthur Schnitzler.

Médico como Chéjov, Schnitzler estaba marcado por la misma melancolía subyacente a un tono de ironía y burla. Excepto en su tragedia del profesor Bernhardi, el médico judío que fue asimilado pero nunca lo suficiente, los héroes de Schnitzler eran mujeriegos, buscadores de significado en el amor, el arte y la vida, pero siempre, como sucedió en Viena, un poco apáticos. Eran encantadores, bondadosos, inteligentes y sofisticados; voces del ingenio, la inconstancia, la cortesía y la falta de escrúpulos del alma vienesa... y de su lasitud. El héroe de Der Weg ins Freie (El camino hacia lo abierto), seis meses después de regresar de una gira "melancólica y bastante aburrida" por Sicilia con su amante antes de su despedida definitiva, recuerda que desde entonces no ha hecho ningún trabajo real. ni siquiera escribió "el adagio lastimero que había oído en las olas rompiendo en la playa una mañana ventosa en Palermo". Está obsesionado por el sentimiento del "carácter onírico y sin propósito de la existencia". Hablando de un acalorado debate en el Landtag, responde a la pregunta: "¿Acalorado? Bueno, sí, lo que en Austria llamamos calefacción. La gente era exteriormente ofensiva e interiormente indiferente".

Hofmannsthal, después de su primer encuentro con Strauss, le envió una obra de teatro en verso para un ballet que había escrito sobre el descubrimiento de la "belleza dionisíaca" en el gesto mudo de la danza. No tan dedicado al arte puro como para no valorar una asociación con Strauss, esperaba que el Maestro pusiera música a su libreto. Strauss, sin embargo, estaba en ese momento demasiado ocupado con Feuersnot y otros proyectos. Siguiendo la pista dionisíaca, Hofmannsthal comenzó a tomar notas sobre temas griegos, sobre la relación de lo sobrenatural con lo

bestial, sobre la "exuberancia fálica" y la "patología y psicología criminal" de las tragedias que entonces disfrutaban de un renacimiento en el escenario. Aquí encontró, no la pureza marmórea de la Grecia clásica convencional conocida en el siglo XIX, sino la visión de Nietzsche de una Grecia demoníaca en cuyos pecados, odios y pasiones prohibidas manchadas de sangre estaba el nacimiento de la tragedia, la primera manifestación del impulso compulsivo del hombre hacia la ruina. . La tragedia central, que Esquilo, Sófocles y Eurípides habían dramatizado, fue la cadena de culpa en la casa de Atrida desde el sacrificio de Ifigenia hasta el asesinato de Agamenón y la venganza de Electra y Orestes en su último acto de matricidio. Hofmannsthal le siguió, pero su Elektra resultó estar más cerca de Poe que de Eurípides, una pesadilla de horror gótico más que un drama sobre el destino del hombre.

Sus acotaciones describen el patio de un palacio al atardecer, donde "manchas de luz roja que brillan a través de la higuera caen como manchas de sangre en el suelo y las paredes". Sus personajes superan a Salomé en declaraciones extravagantes de tormento y deseo, en un anhelo espantoso por el doble asesinato de Clitemnestra y Egisto, en recuerdos de las heridas abiertas de Agamenón, en imágenes sexuales de odio que aparecen como un novio, "con los ojos hundidos, respirando un aliento viperino". ", a quien Electra lleva a su cama para que le enseñe "todo lo que se hace entre marido y mujer". Enloquecidas por el odio mutuo, madre e hija se rodean como perros rabiosos. Electra es una furia maníaca, que alimenta al buitre de la venganza en su cuerpo, arrastrándose en el polvo de la tumba de Agamenón al atardecer, la hora en que "aulla por su padre" y husmea entre los perros en busca del cadáver enterrado. Clitemnestra está casi putrefacta, con "un rostro pálido e hinchado" y párpados pesados que sólo puede mantener abiertos mediante un "esfuerzo terrible". Vestida de púrpura, cubierta de joyas y talismanes, se apoya en un bastón de marfil, y su cola la lleva "una figura amarilla con rostro de egipcio y postura de serpiente". Enferma de terror, sueños malvados y una vieja

lujuria, está obsesionada por la necesidad de derramar sangre y conduce manadas de animales al sacrificio con la esperanza de que, si fluye la sangre adecuada, será liberada del horror sin nombre de sus pesadillas. No es ninguna palabra, ningún dolor lo que la ahoga; no es nada, pero es tan aterrador que su alma "tiene hambre de ahorcarse y cada nervio llora por la muerte".

> ¿Puede uno descomponerse vivo como un cadáver podrido? ¿Puede uno desmoronarse si ni siquiera está enfermo? ¿Desmoronarse completamente despierto como un vestido comido por las polillas?

Parece una alegoría de Europa y la obra un clímax del Schwarzseher, una visión apocalíptica del desastre. Cuando, desesperada por poner fin a sus sueños, Clitemnestra exige saber de Electra quién debe sangrar y morir para poder dormir por fin, Electra grita exaltada: "¿Qué debe sangrar? ¡Tu propia garganta!… y las sombras y las antorchas te envolverán en su red negra y escarlata".

La obra fue producida por Max Reinhardt en Berlín en 1903, un año después de Salomé. Hofmannsthal estaba atento a sus posibilidades. Entonces se consideró que servir como libreto para una ópera de Strauss "alcanzaría la cima de la fama contemporánea", y en repetidas ocasiones instó a Elektra a Strauss como su próximo proyecto. Aunque atraído, Strauss vaciló debido a su similitud con Salomé y buscó algún otro tema de la naturaleza humana llevada a extremos espantosos. "Algo como un César Borgia o Savonarola realmente salvaje sería justo lo que anhelo", le escribió a Hofmannsthal en marzo de 1906. Después de una visita a La Haya, donde lo persiguió "Saúl y David" de Rembrandt, sugirió un "Saúl delirante" como posible tema. Diez días después, de repente propuso: "¿Qué tal un tema de la Revolución Francesa para variar?" Hofmannsthal, con su drama ya escrito, seguía volviendo a Elektra y, aunque las huellas de Wilde en ella eran evidentes, insistía en que en realidad era muy diferente. Ansioso de colaborar, fue persuasivo y Strauss sucumbió. Mientras tanto, con un pie en el campo dominante, compuso cinco marchas militares muy coloridas para el Káiser que le valieron la Orden de la Corona de Tercera Clase.

Mientras Strauss trabajaba en Elektra, se hizo público un gran escándalo que revelaba podredumbre en las altas esferas. El asunto

Eulenburg afectó a los homosexuales del círculo inmediato del Káiser, pero fueron menos sus hábitos que las capas reveladas de malicia, intriga y vendetta privada las que arrojaron un brillo espeluznante sobre Alemania. Tres años antes, Fritz Krupp, director de la empresa, al ser acusado por el periódico socialista Vorwärts de actos homosexuales con camareros y ayuda de cámara, se suicidó. Esta vez la figura central fue el príncipe Felipe Eulenburg, ex embajador en Viena de 1894 a 1902, un aristócrata afable y culto que era el amigo más antiguo y más cercano del Kaiser, le cantaba bellamente canciones al piano y le daba consejos inteligentes. Como único cortesano que ejercía en general una influencia benéfica sobre el soberano, fue naturalmente objeto de los celos de Bülow y Holstein, quienes sospechaban que el Kaiser tenía la intención de nombrarlo canciller. El iniciador del escándalo fue Maximilian Harden, el temido e intrépido editor del semanario Die Zukunft, del que se decía que en sus páginas aparecía todo lo malo y todo lo bueno en Alemania. La causa y el motivo tuvieron que ver con la derrota diplomática de Alemania en la Conferencia de Algeciras, que desató oleadas de recriminaciones entre los ministros, que culminaron con la destitución de la araña Holstein. Culpó a Eulenburg, aunque en realidad su destitución había sido orquestada en secreto por Bülow. Feroz de venganza, Holstein, que durante años había mantenido archivos policiales secretos sobre los hábitos privados de sus asociados, ahora unió fuerzas con Harden para arruinar a Eulenburg, cuya influencia sobre el Kaiser, creía Harden, era pacífica y, por tanto, maligna. Con los archivos de Holstein a su disposición, Harden inició una campaña de insinuaciones nombrando a tres condes ancianos, todos ADC del Kaiser, como homosexuales y acercándose gradualmente a la amistad de Eulenburg con el conde Kuno Moltke, apodado Tutu, "el más delicado de los generales". ” comandante de una brigada de caballería y comandante de la ciudad de Berlín. El Káiser abandonó a sus amigos al instante y obligó a Moltke a demandar a Harden por difamación, que era justo lo que Harden quería para arruinar a Eulenburg. A través de cuatro juicios que duraron un período de dos años, desde octubre de 1907 hasta julio de 1909, se difundieron pruebas de perversión, chantaje y veneno personal ante un público desconcertado. Testigos, entre ellos ladrones, proxenetas e imbéciles, hablaron de "orgías repugnantes" en el regimiento de la Garde du Corps y testificaron sobre actos anormales de Eulenburg y Moltke veinte años atrás. Un célebre especialista en patologías disertó sobre detalles médicos, la esposa divorciada y vengativa de Moltke fue llamada a declarar, se le agregaron cargos de soborno y perjurio, el propio Canciller Büllow fue acusado de perversión por un cruzado medio loco por los derechos legales de los homosexuales y forzado para demandar, el veredicto del

primer juicio a favor de Harden fue revocado en un segundo juicio y revocado nuevamente en un tercero en el que Eulenburg, ahora enfermo, deshonrado y detenido, fue llevado ante el tribunal en una cama de hospital. El público sintió con inquietud que se estaba manipulando la justicia, los lectores de Die Zukunjt tuvieron por todas partes una impresión de perversión y el prestigio del Kaiser y de la corte se hundió. Al mismo tiempo, en Viena, el hermano del emperador, el archiduque Ludwig-Viktor, conocido como Luzi-Wuzi, se vio envuelto en un escándalo con un masajista.

En Inglaterra, los tres juicios contra Oscar Wilde habían estallado y fueron apagados en dos meses; el establishment le dio la espalda y lo destruyó. En Alemania, el propio establishment estaba siendo juzgado. En medio de todo esto, en octubre de 1908, se produjo la tremenda metedura de pata de la entrevista del Kaiser Wilhelm sobre asuntos exteriores en el Daily Telegraph, en la que sus opiniones más que habitualmente indiscretas, descuidadamente ignoradas por Billow, despertaron la furia y la hilaridad de las naciones. y preguntas sobre su cordura en casa. Algunos incluso exigieron su abdicación. Billow, maniobrando con pulcritud mientras pensaba, prácticamente se disculpó en el Reichstag por su soberano, que nunca lo perdonó. Dolido e indignado, el káiser se retiró a la finca de su amigo el príncipe Fürstenberg, donde, durante una velada festiva, apareció el conde Hülsen-Haeseler, jefe del gabinete militar, con una falda de ballet rosa y una corona de rosas y “bailó maravillosamente ”, brindando a todos mucho entretenimiento. Al terminar cayó muerto de un paro cardíaco. Habiendo llegado el rigor mortis cuando llegaron los médicos, el cuerpo del general sólo pudo con la mayor dificultad ser despojado de su traje de ballet y devuelto a la propiedad del uniforme militar. No había sido un año feliz para el Káiser, aunque seis meses después al menos tuvo la satisfacción de forzar la dimisión de Bülow.

El daño a la imagen de la casta gobernante hizo que sus miembros se jactaran más que nunca. A medida que el prestigio del káiser decayó, la tendencia de los militantes extremistas creció a favor del Príncipe Heredero, una criatura pavoneada cuyos aduladores le decían que se parecía a Federico el Grande, como de hecho, facialmente así era. En el eterno duelo entre el monarca reinante y su hijo mayor, Guillermo II y el “pequeño Willy” sintieron la necesidad de superarse mutuamente en grandilocuencia. “Estoy en una armadura brillante” y pronunciamientos similares del Kaiser eran de este período. El estado de ánimo de poder consciente de la nación podría absorber una grandilocuencia ilimitada. Los alemanes sabían que eran la potencia militar más fuerte del mundo, los comerciantes más eficientes, los

banqueros más activos, que penetraban en todos los continentes, financiaban a los turcos, lanzaban un ferrocarril de Berlín a Bagdad, se hacían con el comercio de América Latina, desafiaban el poder marítimo de Gran Bretaña, y en el ámbito del intelecto organizando sistemáticamente, bajo el concepto Wissenschaft, todas las ramas del conocimiento humano. Eran merecedores y capaces de dominar el mundo. Debe cumplirse el gobierno de los mejores. Para entonces, Nietzsche, como escribió Brandes en 1909, ejercía un “dominio indiscutible” sobre las mentes de sus compatriotas. Lo que les faltaba y ansiaban era el reconocimiento de su dominio por parte del mundo. Mientras se negaba, crecía la frustración y con ella el deseo de obligar a reconocerlo con la espada. Hablar de guerra se convirtió en un lugar común. Cuando los problemáticos eruditos de Rhodes del Kaiser se emborracharon, amenazaron a sus colegas de Oxford "con una invasión y un castigo a manos del ejército alemán". En 1912, el general Bernhardi, el principal teórico militar de su época, proclamó la necesidad venidera en un libro de indiscutible autoridad y convicción cuyo título era Alemania y la próxima guerra.

La otra Alemania, la Alemania del intelecto y el sentimiento, la Alemania liberal que perdió en 1848 y nunca volvió a intentarlo, se había retirado de la arena, contenta con despreciar el militarismo y el materialismo y enfurruñada en una tienda de valores espirituales superiores. Sus representantes eran una casta de profesores, clérigos, médicos y abogados que se consideraban la Geistaristokratie (aristocracia de la mente) superior a los ricos vulgares, la nobleza vulgar y las masas vulgares. Despreocupados por los problemas sociales, ajenos a la política, se contentaban con un liberalismo interior que no libraba batallas y se expresaba en una oposición abstracta al régimen, en el desprecio por el Kaiser y en las caricaturas antimilitaristas de Simplicissimus. Estaban personificados por un profesor de filosofía, Georg Simmel, cuyas conferencias en una sala con vistas a Unter den Linden coincidieron con la hora del cambio de guardia. Al primer sonido de la banda militar, el profesor Simmel dejaba abruptamente de hablar y permanecía inmóvil en “una actitud de disgusto arrogante y sufrimiento estoico hasta que el ruido bárbaro se desvanecía”. Sólo entonces reanudaría su conferencia.

En la celebración del centenario de la Universidad de Berlín en 1910, las dos Alemanias se encontraron cuando la comunidad académica se vio invadida por su feroz monarca bigotudo con la coraza dorada y el casco con el águila dorada de la Garde du Corps, con un séquito en un magnífico uniforme, anunciado por los fantásticos toques de un coro de trombón. Satisfecho de que el Káiser “tenía aún peor aspecto que sus caricaturas”, el público se consolaba

con la idea de que semejante intrusión no podría volver a perturbar sus salas hasta dentro de cien años.

Strauss completó la partitura de Elektra en septiembre de 1908, y sus editores la tomaron página por página. Anticipando la perspectiva de otro éxito de escándalo, pagaron 27.000 dólares por él, casi el doble de los 15.000 dólares pagados por Salomé, lo que hizo que los ingresos de Strauss procedentes de la música en 1908 fueran de 60.000 dólares. El apetito del público alemán por las sensaciones se había convertido en un hábito y cuatro ciudades compitieron por el honor del estreno. Agradecido a Schuch, Strauss se lo regaló a Dresde, que en honor a la ocasión programó un festival de Strauss que incluía Salomé, Feuersnot, Sinfonia Domestica y dos representaciones de Elektra: cinco noches de Strauss seguidas.

Los ensayos de la nueva ópera se desarrollaron en un ambiente de alboroto; todo era más grande, más ruidoso, más violento que la vida. La partitura requería la orquesta más grande hasta el momento: sesenta y dos cuerdas, incluidos ocho violonchelos bajos, cuarenta y cinco instrumentos de viento, incluidas seis trompetas bajas y una tuba contrabajo, de seis a ocho timbales y un bombo, en total un total de aproximadamente ciento veinte. La ópera se representó en un solo acto que duró dos horas sin intermedio y con Electra en el escenario todo el tiempo. Su papel fue más largo que el de Brünhilde en todo The Ring junto y sus intervalos vocales se consideraron "incantables". El papel de Clitemnestra fue creado por la señora Schumann-Heink, quien, al considerarlo “tan desesperado que casi me mata”, nunca volvió a cantarlo. En los lugares donde se le pedía que cantara sobre la orquesta en fortissimo, Strauss, escuchando desde la platea, gritaba por encima del estruendo y estallaba: “¡Más fuerte, más fuerte, digo! ¡Todavía puedo oír la voz de Heink!

Para un drama legendario ambientado en el año 1500 a. C. quería que todo fuera "exacto y realista", insistiendo en ovejas y toros reales para el sacrificio de Clitemnestra. “¡Me metí en Himmel! Strauss, ¿estás enojado? -aulló aterrorizado el director de escena. “¡Imagínese el costo! ¡Y el peligro! ¿Qué harán cuando empiece tu música

violenta? Se lanzarían en estampida, chocarían contra la orquesta, matarían a los músicos e incluso destrozarían instrumentos valiosos. Strauss se mostró inflexible. Von Schuch fue llamado para que sumara su protesta. Sólo después de terribles argumentos se convenció a Strauss de ceder ante los toros y contentarse con las ovejas. Igualmente realista en su música, prácticamente le quitó el papel de la letra a von Hofmannsthal. En la percusión se escucha el tintineo de los brazaletes de Clitemnestra; cuando Crisótemis habla de una noche de tormenta, la tormenta arrecia en la orquesta; cuando las bestias son impulsadas a sacrificar el ruido de sus cascos hace que el oyente quiera apartarse del camino; cuando se describe el resbaladizo charco de sangre, la orquesta da una imagen del mismo. El dominio del compositor sobre sus recursos técnicos parecía sobrehumano y su ruptura de las leyes musicales más imprudente que nunca. Como él mismo lo expresó, “llegué a los límites más extremos de la armonía y la polifonía psíquica y de la capacidad receptiva de los oídos actuales”.

Cuando llegó la noche del estreno, el 25 de enero de 1909, se reunió un público internacional que incluía directores de ópera de todos los países del continente y, según un periodista posiblemente abrumado, “200 críticos distinguidos”. “Toda Europa está aquí”, dijo orgulloso el portero del hotel a Hermann Bahr, que venía de Viena.

Sin obertura ni preludio, se levantó el telón mientras la orquesta entonaba el tema de Agamenón como el martillo del destino golpeando la gran puerta de los leones de Micenas. Nunca antes una ópera se había estrenado de forma tan espectacular. Cuando cayó el telón después de dos horas de intensidad demoníaca, el público se sentó durante unos segundos en estupefacto silencio hasta que el “Straussianer” se recuperó y comenzó a aplaudir. Un grupo de oposición siseó, pero la mayoría de la audiencia estaba demasiado intimidada para hacer algo hasta que la claque ganó la partida y arrancó el telón y finalmente aplaudió al compositor. La brutalidad del libreto y los atropellos a la forma musical provocaron la habitual controversia. Para algunos, la música de Elektra ya no parecía música. "De hecho, muchas personas serias consideran que Richard Strauss está loco", escribió un oyente aturdido. Pero en la segunda audiencia y en posteriores representaciones que siguieron en Berlín, Munich y Frankfurt dentro de las cuatro semanas posteriores al estreno, la maestría de la partitura de Strauss para transmitir el temor y el horror inminente que conduciría al asesinato final era innegable.

Al escuchar la música, Hermann Bahr sintió que expresaba algo siniestro sobre el momento presente, un orgullo nacido del poder

ilimitado, un desafío al orden "atraído de regreso al caos" y un anhelo en Crisotemis de algún sentimiento simple y tranquilo. Aunque profundamente perturbado, sintió que había sido una “velada maravillosa” y regresó a Viena emocionado y animado. Esto era lo que había prescrito Nietzsche.

Cuando llegó a Londres un año después, en febrero de 1910, la notoriedad lo precedió y la guerra musical se desató antes de que se hubiera escuchado una sola nota. Strauss vino él mismo a dirigir dos representaciones a un precio de 200 libras esterlinas cada una. El crítico del Daily Mail quedó impresionado por la sobriedad de sus gestos. “Un hombre alto y pálido con frente suave” cuyos ojos azul acero brillaban de vez en cuando hacia cantantes o músicos, dirigía con la cabeza inmóvil y los codos como si estuvieran clavados al cuerpo. “Parecía un matemático escribiendo una fórmula en una pizarra con cuidado y conocimiento supremo”. Después de la representación, The Times consideró que la ópera era “insuperable por su pura horroridad en toda la literatura operística”, mientras que el Daily Telegraph informó que “Covent Garden nunca antes había sido testigo de una escena de entusiasmo tan desenfrenado”. La creciente controversia creó una demanda pública que requirió que Beecham extendiera su temporada. Desde su punto de vista, fue, con excepción de la muerte del rey Eduardo VII algunos meses después, “el acontecimiento más comentado del año”. La verdad es que en aquel momento ya no se podía escuchar fuera de Alemania sin connotaciones políticas. George Bernard Shaw, creyendo que la histeria antialemana era responsable de los ataques a Elektra, se inclinó hacia el extremo opuesto: en un artículo en el Nation escribió que si alguna vez hubiera podido decir que “el caso contra los tontos y el dinero Los cambios que están tratando de llevarnos a la guerra con Alemania consiste en una sola palabra, Beethoven, hoy debería decir con igual confianza, Strauss”. Llamó a Elektra “el mayor logro del arte más elevado” y su representación “un momento histórico en la historia del arte en Inglaterra como tal vez no vuelva a ocurrir en nuestra vida”.

Strauss reconoció que al estilo de Salomé y Elektra había llegado tan lejos como podía. De repente, como después de Heldenleben, cansado de los modales grandilocuentes, decidió ofrecer al público una ópera cómica para variar, al estilo de Las bodas de Fígaro de Mozart, para demostrar que Strauss podía hacer cualquier cosa. Como lo

aprobó el libretista Hofmannsthal, a principios de 1909 estaba trabajando en la redacción de un escenario "completamente original" ambientado en la Viena del siglo XVIII, "lleno de situaciones y personajes burlescos" con oportunidad para melodías líricas y humor. Al recibir la escena inicial, Strauss la encontró encantadora y respondió: "Se pondrá música como aceite y mantequilla derretida". Colaborando por correspondencia durante 1909 y la primera mitad de 1910, libretista y compositor construyeron una nueva ópera que se llamaría Der Rosenkavalier.

El protagonista juvenil iba a ser cantado por una mujer vestida de hombre. Los mangueras (partes de pantalones) para mujeres eran una convención que el propio Mozart había utilizado para Cherubino, pero el concepto de Octavio de Hofmannsthal-Strauss era un asunto bastante diferente, no exento de un deseo de excitar. Cuando el preludio de la ópera de Strauss describe con el realismo característico los placeres del acto sexual y se levanta el telón y el Marschallin y su joven amante todavía están en la cama, el descubrimiento de que ambos son mujeres probablemente produciría en el público una sensación peculiar, cuya Los autores ciertamente estaban conscientes. La idea fue originalmente de Hofmannsthal. Strauss afirmó más tarde que el dispositivo era necesario porque ningún hombre lo suficientemente joven para cantar Octavio habría tenido la experiencia necesaria para ser un actor consumado. “Además”, añadió con más franqueza, “escribir para tres sopranos fue un desafío”. Lo encontró, especialmente cuando los tres cantan juntos en el último acto, con una canción exquisita. En Elektra los papeles masculinos habían sido de poca importancia y en Rosenkavalier el único papel masculino era el de un tosco lascivo que parece desagradable o ridículo. El barón Ochs representó la idea alemana del cómic. Como Strauss le escribió a Hofmannsthal durante la composición, se perdió “una situación genuinamente cómica: todo es meramente divertido pero no cómico”. Quería que el público se riera; "¡Reír! no sólo sonreír o sonreír”.

Los inevitables animales hicieron su aparición en forma de perro, mono y loro. Cuando Strauss exigió a Hofmannsthal una escena de amor entre Sophie y Octavio para la cual pudiera escribir un dueto “mucho más apasionado… tal como se lee ahora es demasiado manso,

demasiado educado y tímido”, Hofmannsthal respondió con mal humor que estas dos jóvenes criaturas “tienen nada de Valquiria ni de Tristán e Isolda en ellos” y deseaba evitar a toda costa que “estallaran en una especie de grito erótico wagneriano”. Esto no fue una muestra de tacto y las incompatibilidades de temperamento entre compositor y libretista se estaban haciendo evidentes. De hecho, apareció un toque de Tristán, sin mencionar algunos préstamos de Mozart e incluso de Johann Strauss. Con suave anacronismo, el tema principal fue un vals vienés, desconocido en el siglo XVIII.

En abril de 1910, la partitura completa del Acto II ya estaba en la imprenta antes de que Strauss recibiera el libreto del Acto III. Las situaciones ideadas para avergonzar al barón resultaron haber sido adaptadas por von Hofmannsthal de Las alegres comadres de Windsor, con la diferencia de que, a diferencia de Falstaff, Ochs seguía siendo tremendamente desagradable. A finales del verano la ópera estuvo terminada y el 26 de enero de 1911, dos años después de Elektra, Rosenkavalier tuvo su estreno en Dresde. A partir de entonces, rara vez volvió a estar fuera del escenario de la ópera. El compositor y libretista le dio todo el brillo de la Viena supercivilizada. Brillaba como la rosa plateada que era su símbolo. Toda la habilidad, el ingenio y la audacia de Strauss (y su dualidad) estaban en la partitura. Su mayor don de expresividad musical podía transmitir el bullicio de un dique del siglo XVIII, el delicioso descubrimiento de un amor joven, el terror cómico del duelo, la dulce tristeza de la renuncia del Marschallin, y al mismo tiempo ser utilizado para bromas groseras y humor desgarrador. Le dio al mundo una rosa plateada, hermosa, reluciente y deslustrada.

En 1911, Strauss estaba en la cima del mundo musical, el compositor vivo más famoso, “uno de esos”, escribió un biógrafo de músicos, Richard Specht, “sin los cuales ya no podemos imaginar nuestra vida espiritual”. Aunque él y Hofmannsthal se pusieron a trabajar inmediatamente en otra ópera, Ariadna en Naxos, Strauss había alcanzado su propia cima y la palma ya estaba pasando.

En 1908, en París, la compañía de ballet ruso de Sergei Diaghilev irrumpió como un magnífico pájaro tropical en el mundo occidental. Su temporada fue un triunfo de salvaje y palpitante esplendor exótico, otro “relámpago del Norte”. En lugar de las cansadas rutinas del ballet clásico, trajo nueva excelencia de la música de

compositores rusos contemporáneos, nuevos libretos, coreografías imaginativas y un brillante diseño escénico moderno, todo ensamblado como un lecho de joyas para desencadenar un resplandor de baile que era viril y soberbio. El bailarín era la estrella, ya no un simple porteador que levantaba a la bailarina, sino un viento que traía vitalidad y entusiasmo al escenario. Por encima de todos los demás estaba uno: Vaslav Nijinsky. Cuando apareció con un sorprendente salto en el aire y pareció casi detenerse allí, la gente sintió la emoción de la perfección y supo que estaban viendo al mejor bailarín de globos que jamás haya existido. Era un ángel, un genio, un Apolo del movimiento. Se apoderó de todos los corazones. Todo el conjunto tomó París por asalto. Los devotos predijeron la caída de la ópera. "Era como si", escribió la condesa de Noailles, "algo nuevo se hubiera añadido a la creación del mundo en su séptimo día".

Nuevos movimientos artísticos estaban surgiendo por todas partes. En el Salón de Otoño de 1905 y 1906, los Fauves (Bestias Salvajes) liderados por Matisse exhibieron con colores desenfrenados y líneas distorsionadas su credo de pintar independiente de la naturaleza. En 1907-1908, Picasso y Braque, al descubrir la realidad esencial en las formas geométricas, crearon el cubismo. En sus términos, Léger celebró la máquina y le siguió una serie de otros artistas. En Alemania, la nueva idea surgió en una escuela de expresionistas que buscaban el impacto emocional mediante la exageración o la distorsión de la naturaleza. Dos estadounidenses rompieron viejos moldes: Frank Lloyd Wright en casa e Isadora Duncan, quien, durante una gira por Europa entre 1904 y 1908, introdujo la emoción en la danza. Rodin, hablando en nombre de su propio oficio pero expresando un nuevo objetivo para todas las artes, ya había dicho: “La escultura clásica buscaba la lógica del cuerpo humano; Busco su psicología”. En busca de ello también, Marcel Proust se encerró en 1906 en una habitación revestida de corcho para embarcarse en Recuerdo de las cosas pasadas. Thomas Mann retomó la búsqueda en Muerte en Venecia. En

Bloomsbury, Lytton Strachey preparó un nuevo tipo de biografía. El Teatro de Arte de Moscú demostró un nuevo tipo de actuación. El Renacimiento irlandés floreció en Yeats y en JM Synge, quien en Jinetes al mar y El Playboy del mundo occidental demostró ser el único escritor desde Shakespeare que produjo una tragedia y una comedia igualmente excelentes. El tiempo vibró con una búsqueda de nuevas formas y nuevos reinos. Cuando el 25 de julio de 1909 Blériot sobrevoló el Canal de la Mancha, confirmando lo que los Wright habían comenzado, pareció marcar una desaparición de fronteras, y todos en Europa sintieron en su triunfo "una oleada de sentimientos no menos maravillosos que el de los aviones". ."

Toda la fiebre y fecundidad del momento parecían capturadas por el Ballet Ruso. Que procediera de la Rusia imperial, considerada al mismo tiempo bárbara y decrépita, era tan sorprendente como lo había sido el llamamiento al desarme por parte del zar. El gran interés por las cosas rusas despertado por la Alianza franco-rusa y la Exposición de 1900 había inspirado al emprendedor Diaghilev a traer una exposición de arte ruso a París en 1906. Pinturas y esculturas, iconos, brocados sacerdotales y las maravillas enjoyadas de Fabergé prestaron de las colecciones imperiales y privadas y de los museos llenaron doce salas bajo el patrocinio del gran duque Vladimir, el embajador Izvolsky de Rusia y la señora Greffulhe. Al año siguiente, Diaghilev trajo la música rusa en una serie de conciertos deslumbrantes con Rimsky-Korsakov dirigiendo su propia obra, Rachmaninoff tocando su propio concierto para piano, Josef Hofmann tocando un concierto de Scriabine y el magnífico bajo Chaliapin cantando extractos de El príncipe Igor de Borodin y de Moussorgsky. Borís Godunov. Aprovechando la entusiasta acogida, Diaghilev planeó un triunfo mayor en una temporada de ballet y ópera rusa. El Ballet Imperial Ruso prestó a sus principales artistas, Anna Pavlova, Nijinsky, Adolph Bolm y Tamara Karsavina, con Michel Fokine como coreógrafo. Para la escenografía y el vestuario, Diaghilev obtuvo el magnífico y bárbaro talento de Léon Bakst, complementado por destacados pintores, Soudeikine, Roerich, Alexandre Benois y otros. La sensación de la primera temporada fue Cleopatra, cuya música era una mezcla de al menos cinco compositores rusos. Los temas rusos se mezclaban con los egipcios y los persas, e incluso la hechicera original del Nilo no podría haber igualado la deslumbrante belleza y figura de Ida Rubinstein transportada en un palanquín rodeada por una bacanal giratoria de velos y hojas de rosas dispuestas para ocultar el hecho de que, como bailarina, todavía apenas estaba entrenada. París la encontró casi "demasiado hermosa, como un perfume fuerte".

Cada año, durante los siguientes seis años, el Ballet regresó con

nuevas y exuberantes producciones que revolucionaron la coreografía y la escenografía. La música fue dignificada por una orquesta completa, con Pierre Monteux como director. Se agregaron al repertorio óperas adicionales (Khovantschina de Moussorgsky, Sadko e Iván el Terrible de Rimsky), además del Príncipe Igor y Boris Godunov. Más tarde, Pavlova abandonó la compañía, pero en 1909, en Les Sylphides, parecía bailar "lo que Racine es para la poesía", mientras que Karsavina era "la exquisita unión de la tradición clásica y el arte revolucionario". Para la música de este ballet, dos de las composiciones para piano de Chopin, Nocturne y Valse Brillante, fueron orquestadas por un alumno de Rimsky-Korsakov, Igor Stravinsky, entonces de veintiséis años, a quien Diaghilev había encargado después de escuchar su primera obra orquestal interpretada en San Petersburgo. en 1908. En contraste con la delicadeza clásica de Sílfides, Fokine escenificó las salvajes danzas polovtsianas del Príncipe Igor con temas tártaros-mongoles que resonaban en la música y una salvaje horda asiática de bailarines contra una escena en grises y rojos apagados, de tonos bajos y redondos. tiendas rematadas y columnas de humo que se elevaban hacia el horizonte infinito de la estepa.

La emoción ausente durante mucho tiempo en el ballet fue infundida por los voluptuosos espectáculos físicos y los colores embriagadores de Bakst. Houris del harén del sultán de Las mil y una noches, bacantes de un jarrón griego, boyardos rusos con botas, arlequines y colombinas de la Commedia dell'Arte, criaturas del bosque vestidas de granate, verde y dorado que sugieren "la belleza resplandeciente de las pitones manchadas", tenis -Los jugadores con vestimenta moderna se apoderaron del escenario. Bakst inspiró a Paul Poiret y cinco años de moda femenina. Mientras planeaba con sus asociados la Schéhérazade de Rimsky-Korsakov, el pelirrojo Bakst, con sus ropas elegantes y perfumadas, saltó sobre una silla y explicó, con su acento gutural y gestos explícitos, cómo la guardia personal del sultán debía despedazar a todos: “a todos, a sus ¡Esposas y todos sus amantes negros! Para Schéhérazade diseñó un escenario que sugería “espantosos actos de lujuria y crueldad” que Fokine interpretó con entusiasmo en una danza de esclavos negros a quienes las esposas del sultán persuaden a los eunucos para que los liberen de sus jaulas doradas y que se arrojan sobre el harén dispuesto en un acto orgiástico. danza de “espasmos de deseo”. El tema sexual era uno de los favoritos del Ballet. Para Thamar, la reina caucásica, una Cleopatra a la rusa, Bakst diseñó un castillo medieval sobre un río en cuyas aguas caían los amantes rechazados. En sus diversos papeles de tentadora, la delicada y florida Karsavina transmitía el vicio, como decían los críticos, “con mucha verosimilitud”.

Cuando Rimsky murió en 1908, Stravinsky compuso un Chant Funèbre para un concierto conmemorativo en San Petersburgo. Más impresionado que nunca, Diaghilev le pidió que escribiera la música para un ballet basado en el cuento de hadas ruso del príncipe Iván y el pájaro de fuego. Ambientada en un bosque con un mago malvado y doce princesas hechizadas, evocó en el compositor una partitura imaginativa de ritmos mixtos, una melodía elegante y una extraña danza eléctrica de demonios. Con Bolm como el Príncipe y Karsavina como el Pájaro de Fuego, se representó en junio de 1910, siendo la primera obra de Stravinsky por derecho propio que se escuchó fuera de Rusia. Debussy corrió detrás del escenario para abrazarlo. El público estaba encantado de apreciar la música contemporánea sin resultar incómoda y Diaghilev fue felicitado por todos lados. Inmediatamente encargó otro ballet para la temporada siguiente. Cuando Stravinsky le interpretó una pieza para piano y orquesta que ya había escrito sobre las aventuras de Petrouchka, "el títere inmortal e infeliz, héroe de todas las ferias de todos los países", Diaghilev quedó encantado. Juntos elaboraron las escenas del ballet, el carnaval en la plaza pública, las multitudes y las casetas, el mago con sus trucos, los gitanos y el oso adiestrado, el espectáculo de marionetas cuyos muñecos cobran vida, el vano amor de Petrouchka por el Bailaor y su muerte a manos de su rival, el Moro.

*Petrouchka*Era música de poder y vitalidad, cercana al pueblo ruso, con melodías populares y ecos de zanfona, humor, sátira y dolor conmovedor. Al igual que Strauss, Stravinsky despreciaba el desarrollo de temas, pero siguiendo una tradición que había heredado de los “Cinco” rusos y no de Alemania. Casi contrariamente a la naturaleza de la música, que tradicionalmente dependía del desarrollo y la repetición, Stravinsky era conciso y directo, apuntando, como él dijo, “a la expresión directa en su forma más simple. No me sirve el "ejercicio" en la música dramática. Lo esencial es sentir y transmitir los propios sentimientos”.

En esto Petrouchka tuvo éxito y París reconoció lo que el abrazo de Debussy ya había reconocido: la aparición de un compositor original e importante. Nijinsky como títere rompió el corazón del público. Arrojado por su maestro a una caja negra, corriendo de un lado a otro agitando sus rígidos brazos en el aire, patético en el amor y frenético en los celos, su actuación fue un triunfo justo a tiempo para la temporada de Londres.

Inglaterra saludó al Ballet Ruso con un fervor igual al de Francia. En el brillante verano de la Coronación de 1911 “era emocionante estar vivo”. El calor batía récords, las festividades estaban en su apogeo, los

aviones aterrizaban en los prados del campo, todo el mundo se sentía estimulado por la emoción del vuelo, pero el Ballet Ruso “coronó a todos”. Devolvió la danza a su “nobleza primordial”, escribió Ellen Terry. Fue una revelación en la armonía de las artes. La sociedad, los intelectuales, todos aquellos con alguna pretensión de gusto, acudieron en masa a Covent Garden "noche tras noche, en trance". Nijinsky cautivó a todos los que vinieron: como el títere grosero, como el esclavo negro con pantalones plateados de Schéhérazade, como Pierrot en un jardín iluminado por velas persiguiendo a bailarines vestidos como mariposas con música de Schumann, como el Dios Azul surgiendo de un loto en un chino. piscina con música del amigo de Proust, Reynaldo Hahn, como el fantasma de una rosa disfrazada de pétalos, volando por una ventana en un famoso salto que hizo que la gente dijera que su elemento era el aire. No hablaba inglés y apenas hablaba francés, y se convirtió en el favorito de las cenas, mudo pero sonriente.

Impulsado por el triunfo, como Strauss, a buscar nuevas sensaciones, Diaghilev en la temporada de 1912 logró conmocionar a París. Produjo dos nuevos ballets de compositores franceses. Stravinsky reconoció que Daphnis et Chloé de Maurice Ravel, escrita para la ocasión, era “una de las mejores obras de un compositor francés”. L'Après-midi d'un Faune de Debussy, cuya música ya era conocida, fue un escándalo por motivos no musicales. Nijinsky era el Fauno con medias ajustadas a la piel pintadas con manchas de animales, con una cola diminuta, una peluca de rizos apretados hecha de cordón dorado y dos pequeños cuernos rizados. En un ballet que duró doce minutos, persiguió a ninfas vestidas con trajes griegos y, cuando la última se le escapó, dejando atrás su velo, cayó sobre él en un movimiento de consumación sexual. La coreografía en este caso fue del propio Nijinsky. El telón cayó entre gritos, silbidos e insultos mezclados con gritos de “¡épatant!” y “¡Bis, bis!” Complaciente, la compañía volvió a bailar el ballet en medio de un “caos indescriptible”. A la mañana siguiente, Gaston Calmette, el editor de Figaro, publicó en su portada un editorial firmado bajo el título “Un faux pas” denunciando “la extraordinaria exhibición de bestialidad erótica y gesto desvergonzado” y exigiendo su supresión en representaciones posteriores. Le Gaulois estuvo de acuerdo, aunque con menos entusiasmo, en que el gesto final era “de trop”, mientras que Le Temps, con su acostumbrada dignidad, expresó el “justificado descontento” del pueblo francés ante esta “lamentable aventura”. Rápidamente circuló la noticia de que el prefecto de policía, a petición de Calmette, había emitido una orden judicial contra futuras actuaciones. En los clubes, salones, cafés y vestíbulos de la Cámara nadie hablaba de otra cosa; París volvió a encontrarse

momentáneamente en dos bandos. El excitable embajador ruso, M. Izvolsky, quería saber si Fígaro estaba atacando a la alianza franco-rusa. Al día siguiente, Le Matin publicó una carta de Rodin defendiendo a Nijinsky por restaurar “la libertad de instinto y emoción humana” en la danza. La polémica se trasladó a Rodin, cuyos partidarios publicaron un manifiesto en el que Jules Lemaître y Maurice Barrès estaban ahora del mismo lado que Anatole France y Octave Mirbeau, junto con el ex presidente Loubet, los ex primeros ministros Clemenceau, Léon Bourgeois y Briand, el embajador Izvolsky y Barón de Estournelles. Forain, sin reconstruir, publicó en Figaro una caricatura anti-Rodin. Como todas las entradas para la segunda función se vendieron con un precio superior, el gesto ofensivo fue suprimido, dejando al Fauno simplemente mirando el velo con triste pesar.

En Viena esa temporada, donde debido a la actual guerra de los Balcanes el ambiente era antieslavo, apenas se evitó un fiasco. En los ensayos, la orquesta de la Ópera Real de Viena, que podía tocar cualquier cosa que se le presentara con suma facilidad, tocaba la música rusa con ostentosa desaprobación y errores deliberados. Monteux estaba indefenso y cuando el enfurecido Diaghilev comentó en voz alta sobre el comportamiento de estos "cerdos", los músicos dejaron sus instrumentos y abandonaron el escenario. Sólo consiguiendo una disculpa de Diaghilev al día siguiente se resolvió la crisis. En Berlín, el Kaiser asistió a una representación de Cleopatra y Firebird. Prefiriendo lo primero, llamó a Diaghilev y le dijo que enviaría a sus egiptólogos a verlo, aparentemente bajo la impresión de que la fantástica decoración de Bakst era auténtica y el popurrí ruso una revelación de la verdadera música del Egipto ptolemaico.

Strauss también asistió a la actuación y luego felicitó a Stravinsky y le añadió un consejo característico. Refiriéndose al misterioso comienzo de Firebird, donde el Príncipe cabalga hacia el bosque encantado, dijo: “Cometes un error al comenzar tu pieza pianissimo; el público no escuchará. Deberías sorprenderlos con un choque repentino al principio. Después de eso te seguirán y podrás hacer lo que quieras”.

Captar a Strauss para el Ballet era la siguiente tarea obvia, y el prestigio del Ballet, a su vez, ya había interesado a von Hofmannsthal, quien inició negociaciones. Después de obtener los términos financieros de Diaghilev, sugirió a Strauss un ballet sobre Orestes y las Furias con Nijinsky retratando el "terrible acto y el terrible sufrimiento" del héroe y las Furias "estallando horrible y triunfalmente" en una danza de destrucción al final. No era una idea

nueva, pero Hofmannsthal escribió tentadoramente que brindaría la ocasión para "música maravillosa, sombría y grandiosa... Piénsalo bien y, por favor, no te niegues". Adjuntó una nota con los términos que Diaghilev "se toma la libertad de presentarle". Cuando Strauss rápidamente rechazó la idea, Hofmannsthal se apresuró a ofrecer en su lugar un libreto para un ballet basado en José y la esposa de Potifar que ya había escrito en colaboración con el conde Harry Kessler, un literato alemán, aficionado a la política y mecenas de las artes que, como otros alemanes, de ideas liberales no tenía cabida en la vida oficial. Presionando a Strauss, Hofmannsthal escribió que si se negaba, Diaghilev, a quien le gustaba el libreto, encargaría a un compositor ruso o francés. Esto funcionó. “Joseph es excelente”, respondió Strauss. "Morderé. Ya he empezado a esbozarlo”.

Pronto surgieron problemas. El libreto, tal como lo concibieron sus dos sofisticados autores, era una versión metafísica de la historia del Bautista y Salomé, con José como un buscador de Dios “cuyo secreto es el del crecimiento y la transmutación, cuya santidad es la de crear y engendrar, cuya perfección es el de las cosas que aún no han sido”. Se enfrenta a una mujer sensual que está arruinada "por la percepción de lo divino que no puede conquistar". Estas no eran las ideas más adecuadas para expresar en la música y mucho menos en la danza. Retorciéndose, Strauss se quejó: "El casto Joseph no es de mi agrado y si algo me aburre me resulta difícil ponerle música". Se quejó de que José en el ballet no hizo más que resistir los avances de la Reina; “Este buscador de Dios va a suponer un gran esfuerzo”. Hofmannsthal explicó cuidadosamente que la resistencia de Joseph era “la lucha de la intelectualidad intensificada del hombre” contra el impulso de la mujer de hundirlo, una aclaración que hizo poco para aliviar el aburrimiento de Strauss con su tarea. Sus primeros bocetos, que interpretó para Hofmannsthal en diciembre de 1912, dejaron a su colaborador "perturbado" y consciente de que "hay algo mal entre nosotros dos que al final tendrá que salir a la luz". Por el momento, imploró a Strauss que no se sintiera limitado por las exigencias de la danza, sino que escribiera "Strauss puro y desenfrenado" expresando su propia personalidad "con toda la libertad imaginable en polifonía y modernismo de una manera tan audaz y extraña como se desee". " Sin embargo, Joseph se mantuvo casto y Strauss carecía de inspiración. Mientras tanto, Diaghilev tenía preparado otro estreno para la temporada de 1913.

Fue Le Sacre du Printemps (La consagración de la primavera) de Stravinsky. Su tema era elemental: el rejuvenecimiento de la tierra en primavera. La forma era una celebración de ritos paganos en la que una doncella sacrificada bailaba hasta morir para renovar la vida de la

tierra. En contraste con los cansados sofismas de Joseph, el escenario de Stravinsky era simplemente un marco para los bailarines y la música. No abrió con un golpe, como había aconsejado Strauss, sino con un lento temblor de los instrumentos de viento, como para sugerir el misterio físico del florecimiento. Cuando se levantó el telón de los juegos y danzas tribales, la música se volvió vibrante y frenética con ritmos primitivos, el canto de las trompetas, el ritmo de la maquinaria, metros de jazz y tambores despiadados nunca antes utilizados con tal poder y abandono. Aumentó en intensidad y emoción hasta un clímax deslumbrante y toda la promesa de una nueva era. Era la encarnación del siglo XX. Alcanzó de un solo paso la cima de la música moderna que dominaría a las generaciones posteriores. Fue para el siglo XX lo que la Heroica de Beethoven fue para el XIX y, como ella, nunca superada.

El estreno dirigido por Monteux el 28 de mayo de 1913 provocó casi un revuelo en el teatro. El abandono de la armonía, la melodía y la estructura entendidas parecía una anarquía musical. La gente sintió que estaba escuchando un intento blasfemo de destruir la música como arte y respondió con aullidos, abucheos y risas burlonas. Los contramanifestantes gritaron desafío. Un joven se emocionó tanto que empezó a golpear rítmicamente con los puños la cabeza de un estadounidense del público cuya emoción era tan grande que “no sentí los golpes durante algún tiempo”. Una dama bellamente vestida en un palco se levantó y abofeteó a un hombre que siseaba en un palco contiguo. Saint-Saëns se levantó indignado y abandonó la sala; Ravel gritó: "¡Genio!" Los bailarines no podían oír la música por encima del alboroto y Nijinsky, que había coreografiado el ballet, estaba entre bastidores golpeando el ritmo con los puños y gritando desesperado: “¡Ras, Dwa, Tri!” Monteux lanzó miradas desesperadas a Diaghilev, quien le hizo señas para que siguiera tocando y gritó al público que dejara escuchar la pieza. "¡Escuche primero, silbe después!" gritó furioso Gabriel Astruc, el técnico francés. Cuando terminó, el público salió en masa para continuar su batalla en los cafés y los críticos para llevarla a la prensa, pero como la música apenas se había escuchado, la opinión era en gran medida emoción. No fue hasta un año después, cuando la música se tocó nuevamente en París como concierto en abril de 1914, que fue reconocida por lo que era. Con la representación del Sacro, que ponía fin a una década de innovación en las artes, se habían manifestado todas las principales tendencias del próximo medio siglo.

Ese verano Strauss completó José. Al reunirse con Diaghilev y Bakst en Venecia, Hofmannsthal planeó una producción que iba a ser "la más lujosa y hermosa imaginable". No debía estar ambientada en

Egipto sino en la Venecia de Tintoretto y Veronese porque, como explicó el conde Kessler, "una precisión demasiado escrupulosa no puede sino impedir la libertad de la imaginación".

Ya ocupado con varias obras nuevas, Strauss era noticia. Cuando en julio terminó Ein Deutsches Motette para coro y orquesta, se consideró que valía la pena enviarlo por cable al New York Times. Para la inauguración de una nueva sala de conciertos en Viena en noviembre compuso un preludio de festival para una orquesta más grande que nunca: ciento cincuenta músicos, entre ellos ocho trompas, ocho tambores, seis trompetas adicionales y un órgano. Era apropiado para un año de celebración nacional del centenario de la derrota de Napoleón en Leipzig y del simultáneo vigésimo quinto aniversario del reinado del Kaiser.

Para el Centenario se publicó un libro titulado Alemania en armas con una introducción del Príncipe Heredero, quien escribió: “Es deber sagrado de Alemania, por encima de todos los demás pueblos, mantener un ejército y una flota siempre en el punto más alto de preparación. Sólo entonces, apoyados en nuestra buena espada, podremos conservar el lugar bajo el sol que nos corresponde pero que no nos es concedido voluntariamente. Aunque la “gigantesca conflagración” de naciones, una vez iniciada, no se extinguiría fácilmente, esto no debería disuadir a la mano alemana de recurrir a la espada, “porque la espada seguirá siendo el factor decisivo hasta el fin del mundo”.

Más objetivamente, Karl Helfferich, director del Deutsche Bank, publicó un estudio sobre el progreso económico y la riqueza nacional de Alemania, 1888-1913, que proporcionó cifras abrumadoras del “impetuoso y triunfante movimiento ascendente” de los últimos veinticinco años. Helfferich demostró que la población había aumentado en más de un tercio, que el exceso de nacimientos sobre muertes en Alemania era mayor que el de cualquier otro país excepto Rusia, que las oportunidades económicas y la demanda de mano de obra se habían expandido más rápidamente que la población, que la productividad de los trabajadores alemanes y el porcentaje de la población con empleo remunerado había aumentado, que hacia arriba era la palabra para designar las estadísticas sobre producción, transporte, consumo, agregación de capital, inversiones, depósitos en cajas de ahorro y todos los demás factores de la vida económica. Las páginas de Helfferich gemían bajo frases como “desarrollo enorme”, “vasto progreso”, “expansión prodigiosa”, “aumento gigantesco”.

Ese año, un inglés que viajaba por Alsacia-Lorena preguntó a un camarero en Metz de qué nacionalidad se consideraba. “Muss-

Preussen" (prusiano obligatorio), respondió el hombre, y durante el resto del viaje su compañero de viaje escuchó al inglés murmurar a intervalos: "Muss-Preussen, pronto todos seremos Muss-Preussen". ."

El miedo al mismo antiguo pecado de orgullo que había impulsado a Kipling a escribir "Recessional" en el año del Jubileo británico afligía ahora a algún alemán reflexivo. Walther Rathenau, introspectivo y heredero literario de la Allgemeine Elektrizitäts-Gesellschaft, publicó en Die Zukunft un largo poema titulado "Festal Song" cuyo tono era una protesta contra el entusiasmo organizado generado por el Centenario. Él también tuvo una visión apocalíptica y encabezó su poema con un texto de Ezequiel: "También tú, hijo de hombre, así dice el Señor Dios a la tierra de Israel: 'El fin, el fin ha llegado a los cuatro confines de la tierra. Ahora ha llegado sobre ti el fin; él vela por ti; he aquí que ha llegado.' Rathenau no citó más, pero los lectores que recurrieron a Ezequiel habrían encontrado el juicio sobre Tiro: "Con tu sabiduría y tu entendimiento has adquirido riquezas y has incorporado oro y plata a tu tesoro y con tu tráfico has aumentado tus riquezas y se enaltece tu corazón a causa de tus riquezas y has dicho Yo soy un Dios... Por tanto, traeré sobre ti extraños, los terribles de las naciones, y desenvainarán sus espadas contra la belleza de tu sabiduría... y te haré descender al pozo y morirás como los que mueren en medio de los mares".

Voces como la de Rathenau, que no tuvo el valor de firmar con su propio nombre importante sino que utilizó un seudónimo, no se escucharon. Tal era el sentimiento nacional alemán que cuando Max Reinhardt produjo el Festspiel de Hauptmann en honor del Centenario, fue atacado por los nacionalistas y cerrado a petición del Príncipe Heredero porque enfatizaba la liberación más que la espada que la había logrado. El ambiente culminó en Zabern, una pequeña ciudad alsaciana donde los malos sentimientos entre la guarnición alemana y los nativos provocaron que los oficiales alemanes atacaran y arrestaran a civiles. Al convertirse en una causa célebre, el incidente aumentó la hostilidad extranjera hacia Alemania. Cuando el coronel Reuter, comandante de Zabern, fue sometido a un consejo de guerra y fue absuelto, el poder del ejército sobre los derechos de los ciudadanos se convirtió en una cuestión política importante en Alemania. Si los oficiales del ejército quedaran fuera de la ley, dijo un miembro del partido del Centro en el Reichstag, "entonces finis Germaniae". La mayoría lo aplaudió, pero el coronel Reuter recibió la Orden del Águila Roja, Tercera Clase, y un telegrama de felicitación del Príncipe Heredero que decía: "¡Sigue así!".

La combinación de Richard Strauss y el Ballet

Ruso, esperada como un acontecimiento importante, estaba prevista para mayo de 1914, bajo la dirección del compositor. Al intentar resumir su carrera hasta el momento, Lawrence Gilman encontró en enero la misma dualidad desconcertante en Strauss que tantas veces había preocupado a los historiadores de su país. Su mejor obra, escribió Gilman, como en el inicio de Zaratustra, el final de Don Quijote, el pasaje de amor en Heldenleben, el reconocimiento de Orestes y Electra, era música de "aterradora sublimidad cósmica" y Elektra, su obra maestra, algún día sería reconocido como "entre las cosas supremas de la música". Sin embargo, podría alcanzar "un grado de mal gusto que sobrepasa la credibilidad, ser común con un descaro que pone los dientes de punta" e irritar por su "hábito asombrosamente complaciente" de escribir música sin sentido ni coherencia, razón o lógica. Siempre agitaba las aguas, surgiendo ora con algo precioso, ora con barro, pero la actividad era indiscutible. Gilman, que aún no había escuchado el Sacre, concluyó que Strauss era "inigualable en la música como un despertador... el más dinámico, el más imprudente, el más absurdo de todos los compositores... el creador de música más imponente desde Wagner".

Strauss llegó a París para los ensayos en abril. Nijinsky, para quien se había creado el papel, no iba a interpretarlo, ya que Diaghilev lo había desterrado de la compañía en un ataque de celos a causa de su matrimonio. Lo reemplazó una nueva joven bailarina del Ballet Imperial, Léonide Massine, delgada, de apenas diecisiete años, con grandes ojos castaños. Ida Rubinstein fue la reina y el pintor español José María Sert complementó los diseños de Bakst. En un salón palladiano con fuentes, columnas de oro, pisos de mármol y jarras de cristal llenas de frutas, la esposa de Potifar vestida de brocado

escarlata estaba rodeada de esclavos vestidos de rosa y oro y una guardia personal de gigantescos mulatos con plumas negras que sostenían látigos dorados. La vida animal estaba presente en un par de perros lobo rusos. Una variedad de bailarines exóticos se esfuerzan en vano por aliviar el "cansancio casi apasionado de la vida" de la Reina, hasta que un joven pastor, José, es llevado dormido envuelto en seda amarilla y quien, al despertar, baila en busca de lo divino, despertando instantáneamente. la Reina del cansancio apasionado al deseo apasionado. Sus más denodados esfuerzos de seducción son rechazados, ella denuncia a José, los guardias preparan su tortura y muerte y él es salvado por un Arcángel que se lo lleva al son de una música celestial mientras la esposa de Potifar se estrangula con su collar de perlas.

Aunque el libreto fue ampliamente ridiculizado y la música fue considerada Strauss de segunda categoría, la producción fue tan suntuosa y lasciva que todos disfrutaron y la velada terminó felizmente con una cena de gala en casa de Larue ofrecida por el compositor para sus amigos que habían venido de Alemania. , Austria e Italia para el estreno. Después de deleitarse con fresas tempranas y vinos exquisitos, el camarero entregó a cada invitado su parte de la cuenta.

La empresa viajó a Londres a finales de mayo para una temporada de dos meses de "éxito extraordinario". Chaliapin fue declarado "supremo" mientras Iván el Terrible, la última ópera de Rimsky, Coq d'Or, y la nueva de Stravinsky, El ruiseñor, fueron aclamadas y el "ultramoderno" José se presentará el 23 de junio con el compositor nuevamente dirigiendo. despertó grandes expectativas. En los ensayos con Karsavina, que había reemplazado a Ida Rubinstein, Strauss demostró cómo quería que ella realizara su danza de seducción. Comenzando desde el rincón más alejado de su camerino y cantando la música, "corría, pisoteando pesadamente la habitación, hasta el sofá que representaba el sofá de José".

La noche de la actuación, Drury Lane estaba abarrotado hasta el último asiento por un público brillante y enjoyado "preparado para un concierto para un evento memorable". Para un joven entre ellos, empujado por hombros desnudos y risas alegres, todos parecían conocerse como si estuvieran en "una fiesta enorme pero exclusiva". En presencia del Primer Ministro y la señora Asquith, la compañía rusa y el renombrado compositor, parecía "una ocasión de importancia casi internacional". Mientras los aplausos llenaban la sala, el joven, inclinándose hacia adelante desde su asiento en el círculo de vestimenta, pudo ver al alto compositor alemán "cansado del mundo"

ponerse de pie ante la orquesta, "rosado e imperturbable".

Si bien la música no ganó nuevos laureles, la visita de Strauss fue personalmente satisfactoria. Dirigió la Queen's Hall Orchestra en un programa con música propia y de Mozart, que fue considerado uno de los mejores conciertos de la temporada. El 24 de junio, vistiendo la “más hermosa de todas las túnicas de doctor”, la seda carmesí y el brocado color crema de un Doctor en Música, recibió un título honorífico de Oxford.

Un mes después, el 25 de julio, el Ballet Ruso cerró su temporada con una representación conjunta de Joseph de Strauss y Petrouchka de Stravinsky. Esa misma tarde, a la misma hora, en Belgrado, la respuesta serbia al ultimátum de Austria fue rechazada por el embajador de Austria, que anunció la ruptura de relaciones y se marchó a casa.

*Sólo hay una Ciudad del Rey, su nombre es Viena; sólo hay un Nido de Ladrones, su nombre es Berlín.

7 Transferencia de poder

INGLATERRA: 1902–11

7 Transferencia de poder

1

ORDSALISBURY, que había muerto en 1903, no estuvo presente para ver el funcionamiento de la democracia en las primeras elecciones importantes del nuevo siglo, pero no le habría sorprendido. Estaba surgiendo un nuevo segmento de la sociedad, no todavía para ocupar el lugar de los patricios, pero sí para apartarlos mediante su presión y a través de sus sustitutos. La era del pueblo estaba en marcha.

Se reveló en el grito "¡Pigtail!" que resonó en los distritos electorales en las elecciones generales de 1906 con una virulencia igual a su irrelevancia. Ningún tema resultó más explotable que la “esclavitud china” y los liberales la aprovecharon tan deliberadamente como los conservadores habían usado consignas patrióticas en las elecciones caqui de 1900. Los esclavos en cuestión eran mano de obra china contratada importada con el consentimiento del gobierno unionista para explotar minas. oro en Sudáfrica. Vallas publicitarias ardían con imágenes de chinos encadenados, chinos pateados y azotados. Hombres sándwich vestidos como esclavos chinos desfilaron por las calles. Las caricaturas mostraban los fantasmas de los soldados británicos muertos en la Guerra de los Bóers señalando los recintos cercados donde estaban alojados los chinos y preguntando: "¿Morimos por esto?". Al público de la clase trabajadora se le dijo que los conservadores introducirían mano de obra china en Inglaterra si ganaban, y las fotografías de un coolie con trenzas y un sombrero de paja fueron etiquetadas como "Trabajador británico conservador". Arrojadas en la pantalla de una linterna en reuniones políticas, las imágenes, según informó Graham Wallas, un simpatizante liberal, despertaron “un aullido instantáneo de indignación contra el señor Balfour”. El público no habría podido decir si aullaba por indignación humanitaria o por miedo a la competencia de la mano de obra barata. Detrás de ambos sentimientos, Wallas creyó detectar un miedo al extraterrestre simbolizado por la coleta alienígena. Los horribles rostros amarillos despertaron “un odio inmediato hacia el tipo racial mongoloide y este odio se transfirió al Partido Conservador”. En el aullido del público escuchó la fuerza de lo irracional en los asuntos

públicos.

Hombres nuevos apelaban a un nuevo electorado; fueron convocados, al igual que la prensa amarilla, por la existencia de un nuevo electorado. La gente estaba más alfabetizada y, en esa medida, más accesible y más crédula. El Daily Mail de medio penique tuvo una tirada de más de medio millón, más de diez veces la del Times. Los automóviles permitieron a los candidatos llegar a una audiencia más amplia y el crecimiento de las ciudades hizo que las audiencias fueran mayores. La fuerza de lo irracional no era necesariamente errónea; también podría ser correcto por razones equivocadas. No se limitó necesariamente a lo que Matthew Arnold llamaba la población, pero el efecto fue mayor porque había más.

Cuando Arthur Balfour sucedió sin problemas a Lord Salisbury como Primer Ministro después del final de la Guerra de los Bóers en 1902, las olas del cambio ya estaban lamiendo a sus pies. Los negocios iban bien, pero la competencia extranjera estaba socavando la supremacía británica en el comercio exterior, introduciéndose en sus mercados y tomando la delantera en nuevas industrias. En casa, la vida de la clase alta todavía era deliciosa, pero el desempleo, el hambre y la miseria, todos los males, injusticias e inequidades conocidos colectivamente como el Problema Social, presionaban contra los baluartes del privilegio en una marea de descontento imposible de ignorar o reprimir. Las exigencias de una nueva era exigían del gobierno más acción, más imaginación, más intenciones y medidas positivas que antes. Los liberales, que ahora esperaban con ansias su oportunidad después de diez años fuera del poder, creían que podían satisfacer la necesidad.

No eran un grupo coherente y nunca lo habían sido. Su filosofía dominante, como la del liberalismo en cualquier lugar, favorecía el cambio y la reforma, pero estaba cortada por miles de fisuras de ideas y antecedentes sociales. En persona, los liberales iban desde aristócratas whigs como Lord Rosebery hasta caballeros rurales como Sir Edward Gray, pasando por hombres de negocios ricos como Campbell-Bannerman, intelectuales sin tierras como Asquith y Morley y un advenedizo único y extraño de la franja celta como Lloyd George. Algunos eran pequeños ingleses que consideraban el Imperio, en palabras de John Bright, como “un sistema gigantesco para proporcionar alivio al aire libre a la aristocracia”; algunos eran imperialistas tan fervientes como los conservadores. Algunos eran Iglesia de Inglaterra, algunos inconformistas, algunos gobernantes locales, algunos se oponían inalterablemente al gobierno autónomo. Algunos eran radicales apasionados dedicados a la redistribución de la

riqueza y el poder político, otros eran magnates de la industria absortos en hacer fortunas. Aquellos que eran liberales por convicción más que por tradición familiar o conveniencia política sentían que entre ellos y los conservadores existía “un abismo tan amplio como cualquier otro de épocas anteriores”; el abismo, como dijo Herbert Samuel, entre “el quietista y el reformador”. Lleno del celo del reformador, Samuel creía que los principios del liberalismo “no son más que la aplicación a los asuntos públicos del espíritu religioso mismo”. Algunos liberales eran sinceros, algunos eran oportunistas, algunos eran demagogos, algunos, como Lloyd George, las tres cosas a la vez. Eran los excluidos, ansiosos por ocupar un cargo, listos para responder a las demandas de una nueva época.

Sus oponentes estaban divididos entre ellos, acosados por una serie de disputas internas que se habían reabierto desde la Guerra de los Bóers con una vehemencia peculiar. Todo el odio y los celos del Inconformismo hacia el establishment estalló en una tempestad nacional por la Ley de Educación de 1902. Patrocinada y redactada en gran medida por el propio Balfour, la Ley añadió la educación secundaria a la primaria como una obligación del estado con el objetivo de hacerla disponible para todos y de lograr que todas las escuelas alcancen un nivel uniforme. Al igual que la Ley de Educación Obligatoria de 1870, tenía un motivo económico: el reconocimiento de que, a menos que la nación se comprometiera a elevar el nivel de escolarización, seguiría quedándose atrás en la competencia por los mercados. En cuanto a lograr avances, la ley fue quizás la más importante de la década, pero su método fue partidista. Al favorecer y, de hecho, dar apoyo financiero a las escuelas de la Iglesia establecida (es decir, la Iglesia de Inglaterra) mientras se abolían las escuelas públicas bajo control local, la ley enfureció a los inconformistas, que eran tradicionalmente liberales. Proporcionó una causa para reunir las alas imperialista y radical del Partido Liberal que se habían dividido por la Guerra de los Bóers y el Gobierno Autónomo. El debate en la Cámara de los Comunes adquirió la animadversión peculiar de la guerra de la Alta Iglesia contra la Baja Iglesia, los clérigos metodistas escribieron cartas indignadas a los periódicos, la ley fue llamada "la mayor traición desde la Crucifixión", se formaron reuniones de protesta en aldeas y ligas. se comprometió a no pagar los impuestos escolares con todo el fervor de los Roundheads que niegan el dinero del envío al rey Carlos. Lloyd George, que ya era el campeón del desestablecimiento galés, alentó las ligas con una oratoria histriónica. Al lanzarse a un resurgimiento de la batalla religiosa, la gente parecía estar a la caza de la emoción, como si la Guerra de los Bóers hubiera creado un gusto por ella, al tiempo que proporcionaba su experiencia física a menos del dos por ciento de la población.

El grito “¡Voto por las Mujeres!” prometieron más problemas y quienes los plantearon francamente se llamaron a sí mismos "militantes". Se organizaron bajo el liderazgo de la Sra. Pankhurst en 1903 en oposición al grupo Suffrage liderado por la Sra. Fawcett, que creía en obtener el voto por persuasión. Sus primeros experimentos de militancia, limitados a abucheos y desplegar pancartas en reuniones políticas, aunque todavía no eran serios, fueron una evidencia más, como escribió Lady Frances Balfour, de “nuevos vientos que soplaban con fuerza en la sociedad”.

Al mismo tiempo, los propietarios de minas del Rand exigían licencia para importar mano de obra china cuando no se podía conseguir mano de obra africana, que después de la guerra encontró suficiente trabajo para satisfacer su escaso apetito, para las minas. El trabajo subcontratado tenía connotaciones horribles que el gobierno rehuía, pero los propietarios de las minas insistieron; de lo contrario, no podían reabrir, las inversiones quedaron paralizadas, las acciones de Rand se desplomaron y, como declaró francamente The Economist, era una cuestión de £.sd”. Si el pueblo de Inglaterra y de otros lugares que posee acciones mineras de Transvaal por valor de 200.000.000 de libras esterlinas quiere recuperar su dinero con intereses, entonces tendrá que abordar esta cuestión laboral con el espíritu correcto”.

El gobierno consintió a regañadientes, los chinos fueron traídos y alojados en complejos; Los liberales, que habían introducido el trabajo subcontratado en la Guayana Británica, ahora tronaban con terrible ira. Los complejos chinos no eran peores que los oscuros barrios satánicos de Inglaterra, donde un grifo de agua y un retrete a menudo daban servicio a veinticinco familias, donde se alquilaban camas para tres y el espacio debajo de ellas para dos. Pero los instintos humanitarios se vuelven más feroces en proporción a la distancia con la que se eliminan sus causas y siempre es más fácil construir Jerusalén en África que en casa. Además, la cuestión laboral china tenía el olor a dinero que había rondado la Guerra de los Bóers desde el principio. Devaluó el contenido moral que a los imperialistas les gustaba atribuir a la causa del Imperio.

Además de estas cuestiones, Joseph Chamberlain causó estragos con la reforma arancelaria. Cuando lanzó su campaña por la Protección, despertó contra su partido el sentimiento fundamental británico de laissez-faire, despertó entre el pueblo viejos recuerdos de las odiadas Leyes del Maíz y los temores de un aumento de los precios de los alimentos, entregó a los liberales otra cuestión al grito de “Libre ¡alimento!" y dividió su partido entre los viejos y los nuevos conservadores, entre la tierra y el dinero. Los fabricantes y

empresarios, exponentes de lo que HG Wells llamó “imperialismo comercializado con todo su empuje y energía”, favorecieron la Protección. Como imperialista y hombre de negocios, Chamberlain lo vio como un medio para unir a la madre patria y todas sus dependencias en un vasto sistema arancelario imperial que estimularía el comercio dentro del Imperio y la prosperidad interna, fortalecería los vínculos imperiales y aumentaría los ingresos para la legislación social. y, no menos importante, ofrecer un tema del que él sería el héroe. En el gabinete británico era lo que Alemania era entre las naciones: dinámico, ambicioso, consciente de su poder y capacidad, preparado mentalmente para el puesto más alto y irritado porque lo ocupaba otro. La Reforma Arancelaria fue su usurpación del cargo que había perdido. Destruyó el Gabinete. El propio Chamberlain dimitió para poder llevar mejor su campaña al país. Cinco librecambistas, entre ellos el duque de Devonshire y el Ministro de Hacienda, también dimitieron. En las filas, un nuevo y vigoroso diputado, Winston Churchill, ondeando la bandera del libre comercio, cruzó para unirse a los liberales en medio de gritos de “¡Rata!” de los conservadores. Se produjeron debates interminables sobre derechos preferenciales, recompensas, dumping y otros misterios fiscales. El público, que apenas comprendía, tomó partido, surgieron ligas de comida gratuita junto con las ligas contra los impuestos escolares; El pueblo británico se estaba volviendo rápidamente tan polémico como el francés.

Como Primer Ministro, Balfour, todavía afable, natural y no adicto al dogma político, se negó a adoptar una posición firme, en parte porque no veía un terreno firme sobre el cual adoptarla y en parte porque creía que una estrategia de conducción entre extremos era la mejor opción. la mejor manera de mantener unido a su partido y a su Gobierno en el poder. No veía ninguna virtud en una persistencia doctrinaria en el libre comercio y podía ver ventajas para la industria británica en alguna forma de arancel selectivo, aunque no deseaba tragarse el programa de Chamberlain por completo. Lo único que creía firmemente era que la continua dirección de los asuntos de Inglaterra por parte del Partido Conservador era más importante que el libre comercio o la protección, y estaba decidido a mantenerlo. En medio de colegas en disputa, ministros dimitidos y apostasías partidistas, eludió todas las presiones y dijo fríamente a la Cámara que no cumpliría con su deber “si profesara una convicción establecida donde no existe ninguna convicción establecida”. Infundió a los temas tal duda filosófica e infundió a su duda tal autoridad que casi hipnotizó a los miembros de ambos lados. Cuando se le pidió que explicara sus relaciones con los librecambistas y proteccionistas dentro de su propio partido, “complació a la Cámara con una brillante exhibición de bromas desdeñosas”. Explotando toda su destreza parlamentaria,

maniobró al Gobierno sesión tras sesión durante más de dos años, pareciendo casi divertirse con la dificultad de su tarea. Pero la actuación dejó inquietos a sus seguidores. Querían que el líder de su partido liderara y en cambio, como dijo Harry Cust, “clavó sus colores en la valla”.

El propósito de Balfour, sin embargo, era serio. Quería conservar el cargo el mayor tiempo posible para consolidar la Entente y el trabajo del Comité de Defensa Imperial, especialmente después de la crisis de Tánger de 1905. Había dado la orden de rearmar la artillería con un nuevo cañón de tiro rápido, el cañón de 18 libras, y estaba decidido, como explicó más tarde, “a no abandonar el cargo hasta que estuviéramos tan comprometidos con los gastos que ningún gobierno liberal podría haberse retirado de esa posición”. Implacable, Chamberlain persistió en su campaña. El baile sobre huevos de Balfour se hizo cada vez más difícil a medida que aumentaba la exasperación de su propio partido y la impaciencia por el poder de la Oposición.

Eclipsando todo estaba el problema social. Las investigaciones y los informes que aparecieron simultáneamente después de 1900 hicieron visible con dureza el hecho y las consecuencias de la extrema desigualdad en la posesión de bienes materiales. En Poverty: A Study of Town Life, de BS Rowntree, 1901, en el último volumen de Life and Labor of the People of London, de Charles Booth, 1903, en L. Chiozza Money's Riches and Poverty, 1905, en informes de la Comisión Real sobre Trabajo. y en los estudios de la Sociedad Fabiana sobre los indigentes, los enfermos y los locos, se acumuló evidencia de que el país más rico del mundo se basaba en que un tercio de su población vivía “en pobreza crónica, incapaz de satisfacer las necesidades primarias de la vida animal. " Chiozza Money demostró que la desigualdad económica era particularmente amplia en Inglaterra. En Francia, cuya población era aproximadamente la misma, había el doble de pequeñas propiedades entre £ 500 y £ 10 000 que en Inglaterra, pero en el Reino Unido tres veces más grandes propiedades de más de £ 50 000 y cuatro veces más de £ 250 000. como en Francia.

Los investigadores presentaron los hechos: el sueño, la dieta, el saneamiento, la privacidad e incluso el aire respirable eran inadecuados para las necesidades humanas básicas. El profesor Huxley había calculado que lo ideal era 800 pies cúbicos de espacio aéreo por persona. Incluso la Casa de Pobres proporcionaba 300. En los barrios marginales la gente vivía tres personas en un dormitorio de 700 pies cúbicos o, con niños, ocho y nueve personas en un espacio de 1.200 pies cúbicos. Las alimañas vivían con ellos, un trozo de papel en el

suelo servía de retrete, el pescado los domingos era la proteína semanal para una familia de ocho personas, a razón de dos onzas y media por ración. Los niños estaban raquíticos y pálidos, con los dientes podridos, y si iban a la escuela, se sentaban tristemente en sus pupitres o se quedaban dormidos. Tanto la ignorancia y la apatía como la mala salud eran producto de la pobreza; los barrios marginales eran pantanos de vidas desperdiciadas. El hacinamiento en las aldeas rurales era a menudo igual de malo. En una cabaña de Oxfordshire, una familia de ocho personas dormía en dos camas con un par de finas mantas entre ellas; en una cabaña de Yorkshire, marido, mujer y cinco hijas compartían dos camas y un piso del ático; en Somerset, una madre y tres hijos dormían en una habitación. , cinco hijos de ambos sexos hasta los diecinueve años en otro.

Para la mano de obra no calificada y no organizada, las condiciones laborales coincidían con las de los barrios marginales. En Shawfield Chemical Works en Glasgow en 1897, año del Jubileo de Diamante, los trabajadores recibieron 3 peniques. o 4d. una hora para una jornada de doce horas, siete días a la semana, pasada entre vapores venenosos sin descanso a la hora del almuerzo. Almorzaban de pie junto a los hornos y si se tomaban el domingo libre se les multaba con el salario del día siguiente. Lord Overtoun, propietario de The Works, un filántropo que donaba 10.000 libras esterlinas al año a obras de caridad, era un miembro destacado de las Sociedades de Observancia Dominical y Descanso Dominical. En otras industrias, los trabajadores podrían ser arrestados por tomarse un día libre sin permiso. Si lo solicitaron, la solicitud podría ser rechazada; si lo aceptaban de todos modos, podían ser encarcelados, y a menudo lo eran, a pasar un día en prisión. Los trabajadores calificados organizados en los sindicatos artesanales de Inglaterra, los más antiguos de Europa, estaban en mejor situación. Representaban alrededor de una quinta parte de todos los trabajadores varones adultos, una proporción mayor que en cualquier otro país, tenían sus propios sistemas de seguros y pensiones respaldados por grandes fondos y se beneficiaban de precios más bajos en sus propias cooperativas. Sin embargo, frente al capital, todavía estaban a la defensiva y la oscura y persistente presencia del desempleo a sus espaldas los hacía vulnerables.

La economía de Inglaterra desde 1900 se había recuperado de la depresión de los años noventa y en general era próspera, activa y en expansión. Los transportistas y constructores navales, los banqueros y los propietarios de fábricas estaban ocupados, las minas de carbón funcionaban al máximo de su capacidad y, aunque en las industrias química, eléctrica y otras industrias nuevas los británicos no eran tan emprendedores como algunos competidores extranjeros, a la mayoría

de las empresas, a pesar de los altibajos, les iba bien. Sin embargo, la brecha en la distribución de ganancias no era menor sino mayor. Mientras los ricos vivían en el apogeo del lujo y el ocio, el poder adquisitivo de los salarios caía y el material humano se deterioraba. La altura mínima para los reclutas del ejército británico se redujo de cinco pies y tres pulgadas en 1883 a cinco pies en 1900.

Algo andaba mal con el sistema. De alguna manera, los grandes logros mecánicos y materiales del pasado reciente habían deformado a la sociedad. En los Estados Unidos, donde se aceleró el proceso, Thorstein Veblen se vio impulsado a realizar sus investigaciones sobre empresas comerciales y los Muckrakers a sus búsquedas en los barrios marginales, los corrales de ganado y los archivos de la Standard Oil. En Inglaterra, reformadores, escritores, periodistas en campaña, fabianos, socialistas y liberales radicales estaban impacientes por encontrar el remedio. Los estridentes gritos de HG Wells advirtieron que el progreso material sin planificación conduciría a un futuro, como lo describió en Cuando el durmiente despierta en 1899, de edificios más altos, ciudades más grandes, capitalistas más malvados, trabajadores más oprimidos y desesperados, un futuro en el que “ todo era más grande, más rápido, más poblado”… en definitiva una “exageración de las tendencias contemporáneas”. Como un arrendajo azul que picotea y grazna incesantemente los males de la civilización, en Anticipaciones de 1900 y Una moderna utopía de 1905 exigió la Nueva República de una sociedad planificada y expuso fervientemente las posibilidades de mejora que la ciencia había puesto en manos del hombre.

La paz, la reducción de gastos y la reforma que durante tanto tiempo habían sido el credo liberal ya no eran adecuados. El liberalismo optimista del siglo XIX había quedado atrás. Un “pesimismo indignado” inspiró From the Abyss de Charles Masterman en 1902 y In Peril of Change en 1905. Un joven periodista liberal, editor literario del Daily News, devotamente de la Alta Iglesia en religión, casado con un Lyttelton cuyo tío era miembro del grupo de Balfour. En su gabinete, era uno de los nuevos liberales, desconcertado y perturbado por las tendencias que traicionaban las promesas del siglo XIX. Otro fue el solitario economista JA Hobson, autor de El problema social, 1901. Vio las brillantes esperanzas del primer liberalismo eclipsadas por la doctrina de la supervivencia del más fuerte y la energía para el progreso absorbida en el crecimiento material. Como la Economía Política no logró resolver el problema social, creía que se necesitaba una nueva ciencia social para "proporcionar una base satisfactoria para el arte del progreso social". Hobson se fijó en el desempleo como el quid de la cuestión. Lo veía

como un despilfarro de recursos humanos e incluía en ese despilfarro a los ricos ociosos, de los cuales 250.000 varones de entre veinte y sesenta y cinco años, según un censo de 1891, carecían de oficio o profesión. El subconsumo, corolario del desempleo, era la principal fuente de problemas y veía al imperialismo, no como una carga noblemente soportada por el hombre blanco, sino como el impulso de la economía para compensar la falta de mercados en el país. Las opiniones de Hobson, expresadas en The Psychology of Jingoism de 1901 y en Imperialism de 1902, fueron influyentes pero ofensivas tanto para los imperialistas como para los fabianos, que creían en el imperialismo. Nunca le ofrecieron una cátedra ni en las principales universidades ni en la London School of Economics, fundada por los fabianos en 1894, para establecer esa nueva ciencia social que era su objetivo.

Lo que la Sociedad Fabiana quería era un socialismo sin Marx ni revolución, algo así como Macbeth sin asesinato: un socialismo inglés intelectual, respetable, gradual, fáctico, práctico, de "gas y agua", impulsado por el cerebro, el trabajo duro y la atención infinita a los detalles de la sociedad. Webbs y el brillante sentido común de Shaw. Fundado en los años ochenta, exponiendo planes y argumentos a través de los Tratados Fabianos, era un lobby intelectual empeñado en guiar las instituciones políticas existentes hacia los objetivos finales del socialismo. Los fabianos eran los B en la división de personas de Beatrice Webb en A (aristócratas, artistas y anarquistas) y B (benévolos, burgueses y burócratas). No buscaban una base de clase trabajadora sino que preferían operar, como dijo William Morris, "impregnando gradualmente a la gente culta con nuestras propias aspiraciones" e influyendo gradualmente en el gobierno para que alcanzara sus objetivos. Hicieron progresos espléndidos entre los de su propia especie, pero siguieron siendo un regimiento escolástico de setecientos u ochocientos, apartados de la gente para la que trabajaban. En Inglaterra, las personas de las clases educadas no penetraban ni podían penetrar en los sindicatos. Desacreditando el dogma marxiano de la guerra de clases obligatoria, los fabianos creían que los trabajadores y empleados debían lograr sus fines dentro del sistema capitalista porque era el excedente de capital de los empleadores el que les daba trabajo. En sus conferencias para "refutar" a Marx, Shaw, una figura alta, aflautada, pelirroja, enfática, provocativa y audaz, mantenía hechizados a los oyentes mientras expresaba ideas en frases nítidas y agudas, sin vacilar durante una hora y media. En Major Barbara, que se estrenó en diciembre de 1905, con el señor Balfour entre el público, Shaw habló por boca del magnate de las municiones, Undershaft, sobre "el crimen de la pobreza". "Lo que ustedes llaman crimen no es nada: un asesinato

aquí y un robo allá. ¿Qué importan? Son sólo los accidentes y las enfermedades de la vida: no hay cincuenta auténticos criminales profesionales en Londres. Pero hay millones de personas pobres, abyectas, sucias, mal alimentadas y mal vestidas. Nos envenenan moral y físicamente: matan la felicidad de la sociedad: nos obligan a suprimir nuestras propias libertades y a organizar crueldades antinaturales por temor a que se levanten contra nosotros y nos arrastren a su abismo. Sólo los tontos temen al crimen: todos tememos la pobreza".

Los Webb atacaron el crimen con enormes informes y el lubricante inglés de las relaciones sociales y las conversaciones. Fríamente empeñados en mejorar la sociedad, eran esencialmente autoritarios, impacientes con el proceso democrático. Favorecían a Protection, a Joseph Chamberlain (con quien Beatrice alguna vez había pensado en casarse) y cualquier cosa que fortaleciera al Estado y generara ingresos para más alcantarillas, comedores sociales y seguro de desempleo. No les servían de nada los liberales, que no entendían ni las exigencias imperiales ni socialistas de la nueva era, y tenían poca fe en un Partido Laborista de los incultos que sería incapaz de imponer su voluntad. Lo que se necesitaba era un partido fuerte, sin tonterías y con una comprensión empresarial de las necesidades nacionales, que se apoderara del futuro como una institutriz, lo vistiera con ropa limpia, le lavara la cara, le sonara la nariz, le hiciera sentarse derecho ante mesa y llevar una dieta adecuada. Éste sólo podría ser el Partido Conservador, regenerado por Chamberlain, asesorado por el señor y la señora Webb, otorgando a Inglaterra las férreas bendiciones del socialismo conservador.

El socialismo ortodoxo estaba representado por la Federación Socialista Democrática dirigida por HM Hyndman, un rico producto de Eton y Trinity College de Cambridge, al que había asistido el mismo año que el Príncipe de Gales. Tan devoto del marxismo como alejado de la clase trabajadora, el SDF expresó todas las doctrinas revolucionarias más feroces del socialismo continental, pero, al carecer de seguidores, siguió siendo una voz sin cuerpo. "No podría continuar", dijo Hyndman, "a menos que esperara la revolución a las diez en punto de la mañana del próximo lunes". Presumiblemente iba a caer del cielo, porque en el plan de Hyndman los trabajadores no figuraban como iniciadores. "Una clase esclava no puede ser liberada por los propios esclavos", afirmó. "El liderazgo, la iniciativa, la enseñanza y la organización deben provenir de aquellos que nacen en una posición diferente y están capacitados para utilizar sus facultades en los primeros años de vida". Se quejaba de la técnica peculiarmente británica mediante la cual la clase dominante absorbía a líderes

sindicales en ascenso que se mostraban demasiado dispuestos a venderse a la minoría dominante (es decir, los liberales) después de haber “obtenido su educación de socialistas acomodados que Se han estado sacrificando por ellos”. El tono sugiere cierta justificación para los amigos que decían que Hyndman, un jugador de críquet, había adoptado el socialismo por despecho contra el mundo porque no estaba incluido en el once de Cambridge. Junto con Robert Blatchford, editor del Clarion, y otros espíritus serios, Hyndman, en reuniones, artículos, periodismo y oratoria, persiguió implacablemente esa mañana de lunes a la que no podría haber sobrevivido y la clase trabajadora británica no quería.

En 1901 se produjo un momento decisivo en el cambiante equilibrio del poder político. La sentencia Taff Vale dictada por la Cámara de los Lores, actuando en su calidad de tribunal de apelación, consideró a los sindicatos responsables de los daños causados por las huelgas, poniendo así en peligro sus fondos de pensiones y prestaciones. Resultó ser ese acto de la clase dominante el que convenció a la clase trabajadora inglesa de la necesidad de representación política. Hasta entonces, los trabajadores ingleses creían que debían librar sus batallas contra los empleadores mediante la acción directa a través de los sindicatos y no mediante la acción política a través del Parlamento. Dando su lealtad política a los liberales, los trabajadores ingleses no podían verse arrastrados a apoyar un partido socialista y desaprobar la guerra de clases. "La clase trabajadora inglesa", dijo Clemenceau, "es una clase burguesa". Los camaradas continentales encontraron los Congresos Sindicales Ingleses aburridos y faltos de inspiración porque los miembros no estaban interesados en debatir ideas sino sólo en ganancias inmediatas. Para los franceses, dijo un visitante, tales logros significaban reunir fuerzas para la revolución social; para el trabajador británico eran fines en sí mismos, mientras que “los principios fundamentales y las verdades eternas lo irritan”. No le interesaba un nuevo sistema social, como decía Morley, “sino tener un trato más justo en éste”.

En 1892, las verdades eternas encontraron voz en un organizador minero escocés con el celo de un profeta. Keir Hardie, que entonces tenía treinta y seis años, era un hombre bajo y apuesto, con ardientes ojos marrones y cabello peinado hacia atrás sobre una frente abovedada. Nacido en una cabaña de una sola habitación en un yacimiento de carbón de Lanarkshire y criado con dos adultos y nueve niños en esa habitación, donde de alguna manera su madre le enseñó a leer, comenzó a trabajar como recadero de una panadería a la edad de siete años. En un día de pago semanal, con su padre sin trabajo, su madre en la cama con un niño recién nacido y sin comida en la casa,

el pequeño y único sostén de la familia caminó los dos kilómetros hasta su lugar de trabajo bajo la lluvia, para llegar al Segundo día consecutivo con quince minutos de retraso. "El Maestro te quiere arriba", dijo la chica detrás del mostrador. Al entrar en la habitación donde el empleador y su familia estaban sentados alrededor de una mesa de caoba para desayunar con café humeante y panecillos calientes, le dijeron que lo habían despedido y, como recordatorio contra las tardanzas, perderían su salario semanal. Al salir vacía, la doncella, compadecida y silenciosa, le dio un panecillo.

Hardie creyó en la guerra de clases hasta el final. Para él, los liberales no eran diferentes de los conservadores, sino simplemente otra cara más de la clase patronal. Cuando se presentó por primera vez como candidato laborista independiente de mediados de Lanark en 1888, el candidato liberal, Sir George Trevelyan, le explicó lo desafortunado que era que lucharan entre sí en beneficio de los conservadores y propuso que si Hardie se retiró, los liberales le asegurarían un asiento seguro y gastos electorales en las próximas elecciones generales y le pagarían como diputado un salario anual de 300 libras esterlinas. Hardie, que nunca había ganado nada parecido a esa suma, se negó. Aunque perdió en esta ocasión, recibiendo sólo 617 votos de un total de 7.000, cuatro años más tarde fue elegido independiente de South West Ham. Cuando tomó asiento en la Cámara vistiendo trajes de tweed y una gorra de tela, a diferencia de otros de su clase que vestían un respetable paño negro cuando se mezclaban en el mundo, fue como si se hubiera izado la bandera roja en Westminster. Nunca sucumbió al abrazo capitalista. Durante un debate sobre los desempleados, escuchó con creciente rabia que no se pronunciaba ninguna palabra de simpatía por los hambrientos y finalmente estalló: “¡Bestias bien alimentadas!” En otra ocasión, cuando un miembro denunciaba a los desempleados como vagabundos holgazanes que no querían trabajar, Hardie sugirió que se podía ver un número igual de vagabundos “todos los días en Rotten Row con sombreros de copa y polainas”. Cuando hablaba en las reuniones, de pie como una estatua de granito labrado del trabajador emancipado, con la cabeza echada hacia atrás y el cuerpo erguido, parecía expresar la “igualdad, libertad y autosuficiencia triunfante” que quería infundir en la clase trabajadora. Sin salario ni fondos políticos a los que recurrir, se mantenía a sí mismo, a su esposa y a sus tres hijos con lo que podía ganar del periodismo, siendo el máximo que ganó £ 210 al año.

En 1889, la huelga desesperada de los estibadores por 6 peniques. Una hora comenzó el movimiento para organizar a los no calificados en sindicatos de toda la industria. Continuó durante los años noventa

con organizadores movidos por un sentimiento de “necesidad religiosa” y trabajadores a quienes era difícil persuadir de que el arbitraje les pagaba mejor que “las feroces huelgas en las que buscaban salida sus emociones reprimidas”.

La huelga de los portuarios librada en el corazón de Londres había puesto las realidades de las batallas laborales bajo la mirada del capital y arrastrado a jóvenes como Herbert Samuel a la política. Consternado por las condiciones entre los huelguistas y por los talleres clandestinos y las casas miserables que vio en Whitechapel cuando hacía campaña allí para la candidatura de su hermano al LCC (Consejo del Condado de Londres), decidió “a partir de ese momento” que la Cámara de los Comunes era “mi objetivo y participar en la legislación social es mi objetivo”. La huelga también dio a conocer a un sindicalista desenfrenado, John Burns, del sindicato de maquinistas de locomotoras Amalgamated Engineers, conocido como el "Hombre de la Bandera Roja" por su costumbre de llevar ese artículo consigo cada vez que hablaba en las reuniones. Aunque los portuarios no eran su sindicato, asumió la dirección de la huelga para ayudar a sus líderes, Tom Mann y Ben Tillett. Mantuvo excelentes relaciones con la policía, organizó colas para recibir comida y consiguió el acuerdo que ganó el “curtidor portuario”, para angustia de Kropotkin, que pensaba que se había perdido un momento crítico. “Si Burns, con 80.000 hombres detrás de él, no hace una revolución”, escribió, “es porque tiene miedo de que le corten la cabeza”. Burns, sin embargo, a pesar de un período de socialismo ruidoso, era demasiado inglés para ser revolucionario y nunca compartió la negativa de Hardie a comprometerse con el capitalismo. Prefería luchar por la causa laborista a través de cualquier alianza que se adaptara a la situación y, cuando fue elegido miembro de la LCC, colaboró con los liberales. Su odio hacia Keir Hardie, según Beatrice Webb, “alcanza las dimensiones de la manía”.

En el Congreso de Sindicatos de 1893, Hardie generó suficiente apoyo, contra la oposición de Burns, para formar un Partido Laborista Independiente del que fue nombrado presidente. Su propósito marxista declarado era asegurar la propiedad pública de “todos los medios de producción, distribución e intercambio” y, para que no haya ningún error, “hacerse cargo de la revolución a la que nos están llevando las condiciones económicas”. No es extraño que el apoyo financiero de los sindicatos artesanales fuera tímido. Dos años más tarde, en las elecciones generales de 1895, que dieron origen al gobierno de Lord Salisbury, el ILP no logró elegir a ninguno de sus veintiocho candidatos. Fue “el funeral más costoso desde el de Napoleón”, comentó Burns, no sin satisfacción al estar acompañado por la señora Webb. Que los laboristas actuaran de forma

independiente e insistieran en contiendas a tres bandas, declaró, era un “suicidio”. Sin embargo, el editor conservador JL Garvin sospechaba que, a pesar del fiasco, el ILP bien podría resultar ser “un factor cada vez más poderoso y perturbador en la política inglesa”.

Al mismo tiempo, las asociaciones de empleadores, formadas para resistir las demandas de los trabajadores, aumentaron en número y firmaron acuerdos para emplear mano de obra no sindicalizada. Para crear una “reserva” en caso de huelgas organizaron Registros Laborales Libres, que eran simplemente listas de rompehuelgas con otro nombre. En 1897 consiguieron derrotar a los viejos y poderosos Ingenieros Amalgamados en su huelga por la jornada de ocho horas que duró treinta semanas. Tomando la ofensiva mediante cierres patronales, lograron, frente a otros sindicatos, restablecer el trabajo a destajo y repudiar el pago de horas extras. En ocasiones, el gobierno prestó tropas en su apoyo. Sin dejar nada al azar, las asociaciones formaron en 1898 el Consejo Parlamentario de Empleadores para sofocar cualquier legislación incipiente desfavorable a sus intereses.

En 1900, avanzando a regañadientes hacia la arena política, varios sindicatos, que representaban aproximadamente una cuarta parte del total de afiliados, se unieron al ILP y al grupo de Hyndman para formar un Comité de Representación Laboral para la elección de candidatos políticos. La Sociedad Fabiana también se unió tibia y temporalmente. Como secretario, el Comité eligió a Ramsay MacDonald, un escocés de treinta y cuatro años que surgió de unos orígenes oscuros para convertirse en uno de los fundadores del ILP y era reconocido por su astuto sentido político. Al descubrir que, después de todo, los intelectuales no debían controlar la política, el grupo de Hyndman se retiró y los fabianos, al considerar que la empresa "no estaba en nuestra línea", nunca desempeñaron ningún papel. El carbón y el algodón y los sindicatos artesanales más antiguos siguieron siendo hostiles. De los catorce candidatos del comité presentados para las elecciones generales de 1900, sólo dos, Hardie y John Burns, fueron elegidos.

Luego vino el “golpe asombroso” de Taff Vale. A raíz de la decisión, otros empleadores comenzaron a demandar por daños y perjuicios, los sindicatos perdieron caso tras caso; Al considerar sus fondos responsables, el derecho de huelga largamente reconocido fue anulado y todos los logros de la negociación colectiva, obtenidos con tanto esfuerzo, de pronto quedaron vulnerables. Desanimados y desilusionados con el viejo principio de acción directa, los sindicatos se lanzaron a la política, decididos a revertir a Taff Vale de la única manera posible: a través del Parlamento. La membresía sindical en el

Comité de Representación Laboral se duplicó con creces en dos años y con la apertura de las tesorerías sindicales, el Comité ganó tres elecciones parciales en 1902 y 1903, incluida una contienda tripartita en Durham. Will Crooks, ex tonelero y concejal del distrito, nacido en un asilo, Arthur Henderson, de los Ironfounders, y David Shackleton, un tejedor, ocuparon sus lugares en la Cámara llamada "el mejor club de Londres".

En efecto, aquí soplaban nuevos vientos en la sociedad. Sin embargo, todavía no perturbaron seriamente a la clase representada por los conservadores. El estado de ánimo predominante era en general complaciente. La filosofía conservadora aceptó un excedente de fuerza laboral como punto de apoyo del sistema de ganancias, una ley económica de la naturaleza que no debía ser perturbada por la legislación. La vida de la clase alta continuó siendo tan cómoda y placentera que era difícil sentir alguna urgencia por reformar lo que The Times imperturbablemente llamaba “imperfecciones del orden social”. Cuando Keir Hardie presentó en 1901 la primera resolución socialista jamás presentada ante la Cámara de los Comunes y habló durante veinte minutos sobre cómo la amenaza del sistema de ganancias, responsable de la Guerra de los Bóers, la Rebelión de los Bóxers y los barrios marginales de Londres, podía remediarse mediante políticas comunes. propiedad de la tierra y el capital, “Sr. Balfour, al regresar de cenar, sonrió agradablemente al Portavoz, calculando sin duda que las cosas, tal como estaban, le durarían el tiempo.

En 1905, cuando se avecinaban elecciones generales, eran necesarias concesiones. Para cortejar el voto laborista, los conservadores designaron una Comisión Real de Disputas Comerciales para informar sobre la cuestión del restablecimiento del principio de no responsabilidad. Incluso permitió que un proyecto de ley sobre disputas comerciales, que habría revertido a Taff Vale, pasara por el comité y pasara dos lecturas en la Cámara, aunque no llegó tan lejos como para promulgarlo. Se enfrentó al desempleo con la suficiente, si no con mucha audacia, como para promulgar una Ley sobre Trabajadores Desempleados que establecía Oficinas Laborales para registrar a los desempleados y ayudarlos a encontrar trabajo y pagar compensaciones en ciertos casos. Sin embargo, la ley se aplicaba sólo a Londres y su espíritu era de parcheo limitado. Los conservadores no tenían realmente ningún programa de recuperación que ofrecer porque no querían uno.

Como partido minoritario, los liberales necesitaban el apoyo de los laboristas para ganar, especialmente para ganar por un margen lo

suficientemente amplio como para liberarlos del íncubo irlandés. Para ellos, la aparición de candidatos sindicales independientes en el terreno podría significar un desastre. Ante el peligro de contiendas entre tres bandos que sólo podían quitarles sus votos, los liberales ahora necesitaban no sólo apoyo sino alianza. El Partido Laborista, en la persona de Ramsay MacDonald, estaba dispuesto a escuchar. En 1903, él y Herbert Gladstone, jefe del látigo liberal, elaboraron un pacto secreto por el cual los liberales acordaron no disputar treinta y cinco escaños a cambio de la alianza de votos de los parlamentarios laboristas elegidos. Keir Hardie, que no fue consultado, habría considerado el acuerdo no sólo como una traición sino también como superfluo. En su opinión, los liberales acabarían descubriendo que sin el voto de la clase trabajadora estaban indefensos; en ese momento se unirían al Partido Laborista o "seguirían el camino conservador".

A mediados de enero de 1906, repartidas en un período de dos semanas, como era costumbre entonces, se celebraron las elecciones generales. La esclavitud china, la protección versus el libre comercio, el impuesto escolar, Taff Vale, todos los temas ventilados durante tres años, resonaron nuevamente. ¿Trabajadores chinos en las colinas de Gales? rugió Lloyd George retóricamente: "¡Dios no lo quiera!" La voz del demagogo y la fuerza de lo irracional simplemente reforzaron una sensación general de que los conservadores habían estado en el poder demasiado tiempo y que esta vez el demagogo y lo irracional tenían razón. La gente quería un cambio y lo consiguió.

Los liberales ganaron de forma aplastante. Regresaron al Parlamento con un margen sin precedentes de 513 a 157. No todo esto era suyo. Los laboristas obtuvieron un total de 53 escaños, de los cuales 29 fueron elegidos por el Comité de Representación Laborista, y se organizaron en la Cámara por primera vez como un partido reconocido con sus propios látigos. Los 24 restantes eran representantes sindicales llamados Lib-Labs que aceptaron el Liberal Whip y no se afiliaron al Partido Laborista hasta 1909. Los 53 votaron con los 377 liberales, al igual que 83 irlandeses, dando al partido victorioso un poder absoluto, casi difícil de manejar. mayoría de 356. Incluso sin los irlandeses y los laboristas, su propia mayoría de 220 los liberó de vínculos con cualquier grupo. Por primera vez tuvieron lo que Gladstone siempre quiso: esa "espantosa anormalidad", como la llamó un conservador, una mayoría liberal independiente del voto irlandés.

El logro laborista fue aún más sorprendente y sus implicaciones no pasaron desapercibidas. Un amigo de Sir Almeric Fitzroy, que perdió su escaño en Lancashire, atribuyó su derrota al levantamiento

laborista y no creía que los aranceles y otras cuestiones desempeñaran un papel importante en el resultado, sino más bien “la convicción, por primera vez nacida en el mundo obrero”. clases, que su salvación social está en sus propias manos”.

En reconocimiento a la recién llegada a la escena política, John Burns fue nombrado presidente de la Junta de Gobierno Local, convirtiéndose en el primer trabajador en ocupar un rango de gabinete. “Lo felicito, Sir Henry”, respondió cuando Campbell-Bannerman, el nuevo Primer Ministro, le ofreció el puesto, “será el nombramiento más popular que haya realizado”, como de hecho demostró. Después de disfrutar durante una semana del abrazo de la clase dominante, Burns le dijo a Beatrice Webb: "Soy un hombre diferente de lo que era hace una semana". Su disfrute del cargo de gabinete era tan evidente que le recordó a Sir Edward Gray una frase del naturalista Gilbert White: "En junio, la tortuga se alegra y camina sobre la punta de los dedos de los pies".

Para los conservadores, el resultado fue la derrota electoral más abrumadora de un partido que se recuerde. En la debacle incluso Balfour perdió su escaño, al igual que su hermano Gerald, dos miembros de su gabinete, Alfred Lyttelton y St. John Brodrick, su primo Lord Hugh Cecil y, “el destino más triste de todos”, como se lamentó Punch, Henry Chaplin. , escudero de Inglaterra, después de treinta y nueve años como diputado, todos encontraron escaños en elecciones parciales, pero mientras tanto el “nuevo Demos” reinaba con una gorda y triunfante mayoría.

Durante los agitados días de campaña en Manchester antes de las elecciones, Balfour, con su extraordinaria capacidad de distanciamiento, se tomó un tiempo para buscar una respuesta a una pregunta más antigua, aunque menos inmediata, que la de si regresaría o no como Primer Ministro. En 1903, Theodor Herzl había pedido a Joseph Chamberlain, en nombre de los sionistas, apoyo para obtener una carta de colonización para la península del Sinaí. Incapaz de persuadir a las autoridades británicas en Egipto, Chamberlain, que veía a los judíos como agentes emprendedores de colonización, les ofreció Uganda en África Oriental

como sustituto de Palestina. En la época de agonía de los pogromos rusos, cuando los judíos de Europa del Este buscaban desesperadamente escapar de Europa, el Congreso Sionista rechazó la oferta y Balfour quiso saber por qué. Preocupado durante mucho tiempo por la idea de "que la religión y la civilización cristianas tienen con el judaísmo una deuda inconmensurable", mantuvo la cuestión de Uganda en el fondo de su mente y, en el fragor de la campaña electoral, interrogó al respecto a su agente político, el Sr. Dreyfus. . Dreyfus se ofreció a traer a un amigo y ferviente sionista, nacido en la zona rusa, el doctor Chaim Weizmann, que entonces tenía treinta y dos años y era profesor de química en la Universidad Victoria de Manchester. Balfour, en su sede electoral en un hotel de Manchester, dedicó quince minutos a su visitante y se quedó escuchando durante más de una hora. Weizmann estaba nervioso ante la perspectiva de explicar al renombrado estadista en su inestable inglés toda la historia y las esperanzas, las divisiones y contracorrientes de su pueblo en quince minutos. "Me lancé a una larga arenga sobre el significado del movimiento sionista... que nada más que una profunda convicción religiosa expresada en términos políticos modernos podía mantener vivo el movimiento y que esta convicción tenía que basarse en Palestina y Palestina únicamente. Cualquier desviación de Palestina era... bueno, una forma de idolatría... Estaba sudando sangre y tratando de encontrar una manera menos pesada de expresarme... De repente dije: 'Sr. Balfour, suponiendo que le ofreciera París en lugar de Londres, ¿lo aceptaría?

“Se sentó, me miró y respondió: 'Pero Dr. Weizmann, tenemos Londres'.

“'Eso es cierto', dije, 'pero teníamos Jerusalén cuando Londres era un pantano'. Se reclinó y continuó mirándome… No lo volví a ver hasta 1914”. De la futura Declaración que llevaría su nombre, Balfour dijo al final de su vida que “en general, había sido lo que él consideraba más digno de hacer”.

La mañana siguiente a su derrota electoral, Balfour visitó a un amigo que por primera vez en su vida lo vio “seriamente molesto”. Sin embargo, se acostó con un libro, al día siguiente bajó a almorzar “bastante descansado y alegre”, jugó al golf por la tarde y al día siguiente, pareció disfrutar muchísimo y no mostró ninguna curiosidad por los resultados electorales. “Ni siquiera mirar un periódico”. Atribuyó la derrota al ascenso del Partido Laborista y al deseo del público de un cambio. Observó que las cuestiones reales habían desempeñado un papel pequeño, ya que el público se había negado a escuchar los argumentos.

Detrás de su golf despreocupado, Balfour había estado pensando. “La elección de 1906 inaugura una nueva era”, escribió al día siguiente al secretario del rey, Francis Knollys, y el repentino surgimiento de un Partido Laborista fue su hecho más destacado. Era la apuesta por el poder de un nuevo pretendiente. En cartas a varios amigos de este día y del siguiente, Balfour abrió su mente: algo más estaba sucediendo que el “cambio de partido ordinario… Lo que ha ocurrido aquí no tiene nada que ver con ninguna de las cosas por las que hemos estado peleando desde hace mucho tiempo”. últimos tres años”. Campbell-Bannerman “es un simple corcho que baila sobre un torrente que no puede controlar” y el significado pleno del drama no podría entenderse a menos que se lo viera en términos “del mismo movimiento que ha producido masacres en San Petersburgo, disturbios en Viena y procesiones socialistas en Berlín”. Con la mente viajando hacia las implicaciones de este nuevo acontecimiento, Balfour escribió, en ese momento de hinchada victoria liberal: “Creo que terminará con la desintegración del Partido Liberal”. Más animado que

deprimido por los nuevos términos de batalla, aseguró a Knollys que no tenía intención de retirarse de la política porque “estoy profundamente interesado en lo que está sucediendo ahora”.

Más claramente que la mayoría, percibió el comienzo de una transferencia de poder, no una mera transferencia política desde el interior del partido hacia los de afuera, sino una más profunda, hacia una nueva clase que, aunque todavía lejos de la posesión del poder, por su La presión sobre los poseedores estaba provocando conmoción en los componentes de la sociedad.

Mientras tanto no tenía asiento. “Ciertamente no voy a andar por el país explicando que soy honesto y trabajador como un segundo lacayo fuera de lugar”, comentó. Una vez que se le encontró un asiento en la City de Londres, regresó a la Cámara como líder de la oposición.

Otros, además de Balfour, vislumbraron en la victoria del liberalismo los presagios de su disolución. Para los socialistas éste era el imperativo marxista. Robert Blatchford predijo que el Partido Liberal intentaría llevar a cabo “una política poco entusiasta con la esperanza de no distanciarse de ninguno de sus seguidores moderados”. Si intentaran una legislación social realmente reparadora, perderían el apoyo de sus patrocinadores capitalistas, quienes desertarían y se pasarían a los conservadores. Si no hicieran nada en materia de reforma social, perderían el apoyo de los radicales que los eligieron. En cualquier caso, este sería su último gobierno. "La ayuda más segura a nuestra causa es la inevitable desintegración del Partido Liberal".

El Parlamento de 1906 convenció a los conservadores del ascenso del socialismo con su amenaza explícita a la existencia del Privilegio. Hasta ahora, la aristocracia terrateniente y la escudería habían creído que podían hablar en nombre del pueblo, que su interés nacional era el mismo, que en ese sentido eran uno. Creían en el funcionamiento benévolo de la democracia conservadora siempre que no interfiriera con el orden existente. Pensaban en la población en términos de la clase rural y sirvienta que conocían. George Wyndham, secretario jefe para Irlanda en el gabinete de Balfour, un conservador ditirámbico de pura cepa que conservó su escaño en 1906, creía que había ganado, como le escribió a su madre, “porque los trabajadores me aman. Gané por sus corazones... Toda mi canción ha sido la hermandad del Imperio para todos nosotros, condiciones justas para el extranjero y la gloria del Imperio para nuestros hijos con un poco de charla directa sobre el cristianismo en nuestras escuelas... He abierto mi corazón a todos sus corazones y simplemente nos amamos. Gané en conservadorismo, imperio y reforma fiscal. ¡Los irlandeses votaron por

mí, los pescadores votaron por mí, los soldados votaron por mí, los artesanos votaron por mí! Simplemente porque nos gustamos y amamos las tradiciones del pasado y la Gloria del futuro”.

La encantadora imagen del siglo XVIII de Wyndham, cualquiera que fuera el caso en su propia circunscripción, estaba para Inglaterra, como para el resto del mundo en 1906, tan muerta como el Príncipe Regente. La clase agrícola iba desapareciendo, infiltrándose en las ciudades, y entre el proletariado industrial que la reemplazaba y los patricios no había amor ni interés común. Wyndham y los de su especie no sabían nada de los mineros, los molineros y las personas que vivían en largas y monótonas hileras de casas urbanas. “Qué lujo”, dijo Winston Churchill, nacido en el Palacio de Blenheim, cuando, haciendo sondeo con un amigo en Manchester, entraron en una calle particularmente monótona, “viviendo en una de esas calles, sin ver nunca nada hermoso, sin comer nada sabroso, sin decir nunca nada inteligente. " Los participantes de ese destino fueron los nuevos votantes.

Entre los 377 parlamentarios liberales, 154, o el 40 por ciento, eran empresarios, 85 eran abogados y procuradores, 69 eran "caballeros", 25 eran escritores y periodistas, 22 eran oficiales y los 22 restantes incluían profesores universitarios, profesores, médicos y defensores. de causas. Entre los conservadores derrotados, la categoría más numerosa seguía siendo la de los caballeros, que representaban el 30 por ciento, seguidas por los empresarios con el 25 por ciento y los oficiales con el 20 por ciento. Casi la mitad de los miembros de la Cámara, 310, eran hombres nuevos que nunca antes habían formado parte del Parlamento. Un noble lord, al visitar el cuerpo recién reunido, se sintió aliviado al descubrir que pocos vestían "vestimentas poco convencionales", pero el veterano corresponsal de Punch, Sir Henry Lucy, encontró que el tono, el carácter y el comportamiento social de la Casa estaban "revolucionados". Los irlandeses eran un grupo rudo que se caracterizaba por sus malos modales que ejercían deliberadamente, sin intimidarse ante las tradiciones de la Casa. Como era inglés, lo odiaban, y como la mayoría liberal no los necesitaba, no tenían valor de negociación y poco podían hacer más que descargar su frustración en ruido y molestia para impedir cualquier legislación que no fuera de autonomía. Su vieja, reñida y siempre frustrada batalla para derrocar el dominio inglés y gobernarse a sí mismos no se vio favorecida, sino ahogada por la magnitud de la victoria liberal.

Cuando Balfour regresó, la mayoría hostil mostró abiertamente su disgusto por él como líder y símbolo del partido derrotado. Los nuevos miembros, según Austen Chamberlain, fueron “intolerantes y groseros

con él... se burlaban de él y lo interrumpían constantemente". Impasible, afable como siempre, siguió siendo el maestro del debate y en un año pudo restablecer su predominio y ganarse el respeto de sus oponentes, quienes "sintieron que había dado distinción a la Cámara". Aunque muchos miembros del nuevo Gobierno eran sus amigos personales, el hombre que ocupaba su antiguo lugar, frente a él al otro lado de la mesa del Portavoz, no lo era. Campbell-Bannerman era inmune, como dijo un colega, al "encanto histórico" de Balfour; "Simplemente no podía verlo". Al principio de la sesión intentó romper su hechizo. Balfour, obligado a exponer la posición de su partido sobre una resolución contra la reforma arancelaria, logró una evasión tan ambigua como antaño, exasperando al Primer Ministro. "¡Basta de tonterías!" C.-B. salir corriendo. Su predecesor era "como los viejos Borbones: no ha aprendido nada. Regresa con las mismas gracias etéreas, la misma dialéctica sutil, la misma manera ligera y frívola de abordar una gran cuestión, pero poco conoce el temperamento de la nueva Cámara de los Comunes si cree que estos métodos prevalecerán aquí. ¡Digo basta de tonterías! Fue un esfuerzo valiente, ampliamente citado, pero no disipó el aura de Balfour.

El verdadero carácter de la nueva Casa estaba representado por un tipo de hombre diferente al de Balfour el patricio o C.-B. el liberal anticuado. Las dos figuras dominantes del nuevo Gobierno, cada una de las cuales ocuparía sucesivamente el cargo de Primer Ministro, eran hombres para quienes el gobierno no era una función heredada sino una carrera profesional. Eran HH Asquith, hijo de un comerciante de lana inconformista de Yorkshire, y David Lloyd George, hijo de un maestro de escuela galés. Por orígenes y temperamentos totalmente diferentes, ambos habían llegado al Parlamento a través del ejercicio de la abogacía.

Lloyd George, el más dinámico de los nuevos ministros, había sido nombrado presidente de la Junta de Comercio, puesto que no era uno de los principales del gabinete, pero que le otorgaba rango de primer ministro. En él, AG Gardiner, editor del Daily News y estudioso particularmente perspicaz del carácter político, vio "el presagio de una nueva era: el hombre del pueblo en el poder". Si aún no estaba en el poder supremo, Lloyd George estaba obviamente en camino de alcanzarlo y su propósito era tan claro como el de un zorro en un gallinero. Tenía cuarenta y dos años, once años más joven que Asquith y once años mayor que Churchill. Enviado al Parlamento en 1890 por un municipio de Gales por la causa del nacionalismo galés, era un inconformista dedicado al desestablecimiento y un radical dedicado a la reforma social. Su biblia política cuando era joven era Los Miserables, que llevaba consigo en una edición en papel de un chelín

cada vez que viajaba. Su postura contra la Guerra de los Bóers, a riesgo de un boicot profesional y un asalto real, requirió valor tanto moral como físico. Tenía fuertes principios políticos pero ningún escrúpulo. Pequeño y apuesto, intrépido, despiadado y de lengua melosa, con brillantes ojos azules, bigote castaño y una intensa vitalidad, constantemente perseguía y atraía mujeres y hábilmente evitaba las ocasionales consecuencias legales. Como orador público, era el Bernhardt de la plataforma política que cautivaba al público con un tono celta y una fuerte emoción. En público, ninguna retórica era para él demasiado teatral, ninguna agitación demasiado extrema; Sin embargo, durante su mandato fue circunspecto y astuto, consciente, como solía decir, de que "Inglaterra se basa en el comercio" y de que ningún partido podía vivir apelando únicamente al Partido Laborista. Su mayor don fue un sentido agudo, intuitivo e infalible de lo que exigía el momento, junto con la convicción de que él era el hombre adecuado para satisfacerlo. Él "se abalanzó sobre las oportunidades como un halcón" y, con ellas en sus manos, era un hombre a quien los líderes del partido no podían elegir sino utilizar, incluso si, como Chamberlain entre los conservadores, era un loco que las usaría.

Delante de él, como ministro de Hacienda, estaba Asquith y, detrás de él, Winston Churchill, a quien se le había asignado un puesto en el subgabinete como subsecretario para las Colonias como recompensa por dejar atrás a los conservadores. Asquith era una máquina intelectual profesional que trabajaba mediante el entrenamiento y el juicio de lo que era conveniente más que mediante una creencia primaria fundamental. Fue implacable en la lógica, irrefutable en el debate. "Ve y trae el mazo", ordenó C.-B. en una ocasión en que Balfour estaba haciendo trizas delicadamente a los liberales, y Asquith fue debidamente enviado a buscar. Un brillante primero en Oxford, para el que había ganado una beca, era el mejor producto, escribió Gardiner, del sistema Balliol, que evita el celo excesivo y "desconfía de los grandes pensamientos incluso si los piensa". Él entendió todo y no originó nada. Firme pero desapasionado, podría haber sido juez y un perfecto presidente de la junta. Después de una exitosa carrera inicial como abogado, tan pronto como se convirtió en ministro del gabinete bajo Gladstone en 1892, fue marcado como el hombre prometedor, a pesar de que estaba tan poco acostumbrado a la sociedad que solía darle el brazo a su propia esposa para que la tomara. a cenar. Esa dificultad se solucionó cuando ella murió y Margot Tennant, con buen ojo para los hombres futuros, decidió casarse con él. Encajó sin problemas en la élite; él "no tiene egoísmo, ni celos, ni vanidad", dijo una amiga. Dominaba por el intelecto pero no provocaba ni provocaba reacciones. El público nunca pudo formarse una imagen de él ni ponerle una etiqueta y sigue siendo para

la historia un hombre sin rostro.

El gobierno incluía a varios pares, ninguno de ellos grandes terratenientes, entre los que se encontraban el anciano marqués de Ripon, que más tarde dimitió, Lord Tweedmouth, que se volvió mentalmente “desquiciado” y finalmente también dimitió, y Lord Crewe, yerno de Rosebery. law, que “horrorizó” al actual Príncipe de Gales (más tarde Rey Jorge V) por su costumbre de llevar chaqueta en lugar de chaqué en la Cámara de los Lores. El único representante de la gran aristocracia fue el conservador renegado Winston Churchill. No sólo el libre comercio lo había llevado a los liberales. En 1904, cuando cambió de partido, sabía que los conservadores estaban a punto de salir. Anhelando un cargo, no quería esperar y además no podía permitírselo. Aunque era nieto de un duque, tenía que ganarse la vida. El periodismo y la autoría pagarían, pero no con el tipo de oportunidad que él deseaba. En Estados Unidos, un hombre de su energía habría elegido los negocios, pero para un inglés de su herencia, el gobierno era la única carrera para ejercer la grandeza.

Reconociendo el desafío del problema social, creía que los liberales podrían afrontarlo y quería desempeñar una parte importante. Aparte de la ambición, lo conmovió su profunda devoción y amor por su antigua enfermera de la infancia, la Sra. Everest. A través de ella sintió personalmente el destino del anciano desempleado, “muchos de los cuales no tienen a nadie que los cuide y nada con qué vivir al final de sus vidas”. En 1904 vio la oportunidad, la aprovechó, tomó la decisión correcta para el momento y ganó su oportunidad. A partir de entonces, en todos sus discursos predicó el liberalismo como la “causa de los millones de excluidos” a la que la clase trabajadora debería unirse en lugar de un socialismo destructivo. Una vez en el cargo, sabía que, a menos que los liberales pudieran ganarle el voto sindical al creciente Partido Laborista, eventualmente colapsarían. Se propuso ganárselo y formó un equipo con Lloyd George para redactar y promulgar legislación sobre salarios y horas de trabajo, pensiones y seguro social. En un discurso pronunciado en Glasgow en octubre de 1906, esbozó un programa que prácticamente adoptaba la idea fabiana de un Estado de bienestar y estaba muy por delante de cualquier intención del gobierno del que era miembro menor. "Queremos trazar una línea por debajo de la cual no permitiremos que las personas vivan y trabajen", anunció con audacia y procedió a proponer al Estado como "empleador de reserva" de mano de obra, el establecimiento de normas mínimas y la propiedad estatal de los ferrocarriles. Beatrice Webb se sintió muy satisfecha: "Winston ha dominado el plan de Webb", anotó en su diario, y una vez hecho esto, se le podría clasificar como "brillantemente capaz".

Los oportunistas más declarados llamados a adaptarse a los nuevos tiempos aparecieron en las filas conservadoras. Se trataba de FE Smith, un nuevo diputado de treinta y tres años que un día se convertiría en Lord Canciller con el nombre de Lord Birkenhead. Su discurso inaugural en 1906 fue el debut parlamentario más sensacional de su tiempo. Al igual que Asquith, abogado y hecho a sí mismo, él también había ganado una beca para Oxford, donde, como estrella de la Unión, aprendió todos los trucos, tácticas y embestidas del debate. Aventurero sin conexiones entre los grandes intereses territoriales, estaba dispuesto a abrirse camino a través de la inteligencia, la audacia, la ambición y el descaro. Cuando se puso de pie para hablar por primera vez en la Cámara de los Comunes en medio de los restos desanimados de la debacle conservadora, los miembros vieron a "un hombre joven, elegantemente vestido, delgado y bien afeitado, con una cara alargada como un hacha, ojos desdeñosos y cabello aceitado. y suave". De pie, con las manos en los bolsillos y una expresión de desprecio en el rostro, comenzó con voz suave y segura de sí mismo un discurso de "brillante insolencia e invectiva". Tenía un tono tan mordaz y una presentación tan práctica que los oyentes apenas notaron la falta de tema. El discurso fue una serie de burlas, sarcasmo y alusiones personales arrojadas al regazo de los liberales como petardos. Los conservadores se incorporaron, sorprendidos y encantados. Cuando el orador citó una versión ligeramente retorcida de la referencia electoralista de Lloyd George a la esclavitud china en las colinas de Gales y Lloyd George interrumpió desde el banco delantero: "Yo no dije eso", Smith no se amilanó. "Anticipando un lapso temporal de memoria", dijo suavemente, "tengo en mis manos el Manchester Guardian del 16 de enero", y después de leer el comentario citado, añadió con emocionante insolencia: "Preferiría aceptar la palabra de su periodista que la del muy honorable caballero".

Toda la actuación fue un triunfo de propósito calculado. Smith vio que lo que se necesitaba en ese momento era atacar para darle ánimo al bando derrotado. A partir de entonces fue una potencia creciente. Al carecer de la quilla de una filosofía de gobierno reflexiva, viajó rápido pero sin dirección. Su cerebro era tan notable como los modales de Lansdowne; Se le subieron a la cabeza, dijo Margot Asquith. No le interesaban las ideas ni los principios, sino sólo el juego de las fuerzas materiales, y estaba sumamente seguro de su capacidad para manipularlos. Más tarde corrió la leyenda de que cuando él estaba en Oxford, él y Sir John Simon se habían enfrentado para decidir a qué partido debía unirse cada uno, ya que ningún partido podía contenerlos a ambos. Aunque probablemente no sea cierto, el hecho de que se haya contado y considerado adecuado es indicativo.

Después de uno de los discursos de Churchill dirigido al voto laborista, Smith dijo públicamente: “Será mejor que los socialistas no aclamen el nombre del señor Churchill porque lo más probable es que les robe la ropa cuando vayan a bañarse, si es que se bañan, lo cual dudo. " Era una mueca de desprecio imperdonable y que significaba que un nuevo tipo de hombre estaba en camino. La respuesta de Churchill: “Sr. Smith es invariablemente vulgar”, no les impidió convertirse en los mejores amigos.

El cambio de gobierno restableció los términos de un viejo conflicto. Cuando los liberales ocuparon la Cámara de los Comunes, los conservadores, si se sentían realmente amenazados, podían recurrir al poder de veto de la Cámara de los Lores, como habían hecho en 1893 para bloquear el proyecto de ley de autonomía de Gladstone. Entre los defensores del Cambio y los defensores de las Cosas-como-son, entre la política de Reforma y la política de Mantenerse firme, estaba destinado a producirse otro choque, como lo había previsto Lord Salisbury. Al exponer su esencia, había dicho: “Tenemos que llevar a cabo nuestra legislación de manera que demos alguna satisfacción tanto a las clases como a las masas. Esto es especialmente difícil para las clases sociales porque toda legislación les resulta bastante desagradable porque tiende a perturbar un estado de cosas con el que están satisfechos”. Cuando los disturbios se volvían demasiado amenazadores, la Cámara de los Lores se resistía, no porque fueran lores sino como defensores de reserva de las cosas como son. El uso repetido del veto para bloquear la voluntad de los Comunes precipitaría una crisis constitucional. «Mientras yo esté allí», había dicho Lord Salisbury, «no sucederá nada; Entiendo perfectamente a mis señores. Pero cuando me

vaya, se cometerán errores: la Cámara de los Lores entrará en conflicto con los Comunes”.

Balfour dio el primer paso incluso antes de que se reuniera el Parlamento. En un discurso en Nottingham la noche de su derrota electoral, dijo que era deber de todos los conservadores garantizar que su partido “todavía controle, ya sea en el poder o en la oposición, los destinos de este gran Imperio”. Posteriormente, Asquith vio en esto una pretensión de reafirmar el poder de los conservadores a través de la Cámara de los Lores. Lo fuera o no, el evento pronto siguió. En abril de 1906, el gobierno liberal presentó un nuevo proyecto de ley de educación propio para cancelar las características objetables de la Ley de 1902. Abolió el apoyo estatal a las escuelas confesionales. Ante esto, el partido de la Alta Iglesia reaccionó tan furiosamente como lo habían hecho los inconformistas en 1902. La cuestión fue inmediatamente reconocida como el comienzo de la batalla entre las dos Cámaras del Parlamento. "Posiblemente los ministros sientan", escribió Lord Esher, "que toda su legislación será anulada por la Cámara de los Lores y cuanto antes tengan que levantarse y luchar, mejor".

Balfour, siguiendo la línea de pensamiento de su tío, temía que los Lores se dejaran provocar y cometieran errores. Inmediatamente sugirió a Lord Lansdowne, líder conservador de la Cámara alta, que la estrategia del Gobierno sería enviar proyectos de ley con disposiciones más extremas de lo necesario, confiando en que los Lores los enmendarían o rechazarían hasta que hubieran construido un caso contra ellos mismos. . Entonces los liberales pedirían al país un mandato para limitar el veto. Nunca antes, advirtió, los Lores habían sido llamados a desempeñar un papel “a la vez tan importante, tan delicado o tan difícil”.

El tono del debate entre los Lores sobre el proyecto de ley de educación no mostró signos de cautela y su temperamento no mejoró cuando recibieron de los Comunes un proyecto de ley de votación plural diseñado para poner fin al antiguo uso según el cual los propietarios de tierras en más de un distrito electoral tenían más de un voto. “Algo sucederá”, dijo Lloyd George, frotándose las manos casi visiblemente. “Pronto habrá un gran partido de fútbol en ese campo, se lo puedo asegurar”. En diciembre, cumpliendo sus expectativas y el presentimiento de Lord Salisbury, los Lores desecharon tanto el proyecto de ley de educación como el de voto plural. Sin embargo, es significativo que no interfirieran con el igualmente desagradable, si no más, desagradable proyecto de ley sobre disputas comerciales, aunque los liberales se habrían sentido muy complacidos si lo hubieran hecho.

Este proyecto de ley, que revocaba la sentencia Taff Vale, había sido presentado a la Cámara de los Comunes y aprobado en contra del verdadero deseo del Gobierno y a pesar de las objeciones de varios ministros debido a la presión de los laboristas a la que se sumaron los miembros radicales. "No pudimos resistirnos a las cifras prometidas", admitió Haldane, el ministro liberal de Guerra. Dirigidos cautelosamente por Lansdowne, los Lores dejaron pasar el proyecto de ley porque no querían enemistarse con la clase trabajadora y cimentar su alianza con los liberales.

Aprovechando el rechazo de los otros dos proyectos de ley, Asquith denunció la situación como “intolerable” y advirtió que se debe encontrar una manera “de hacer prevalecer la voluntad del pueblo expresada a través de sus representantes electos”.

Su desafío fue explícito y la Cámara de los Lores estaba despertando. El hogar de los 544 pares hereditarios de Inglaterra, incluidos veintidós duques, y de los obispos y lores de la ley que se sentaban con ellos era una cámara alta, con paneles de roble oscuro, de noventa pies de largo y llena de dos hileras de bancos de cuero rojo. Las vidrieras mostraban retratos de la realeza desde la Conquista. Las paredes y el techo estaban repletos de molduras góticas elaboradamente talladas y emblemas heráldicos. Entre las ventanas, las estatuas de los barones de la Carta Magna, fundadores involuntarios del sistema parlamentario, contemplaban con cierta gravedad lo que habían logrado. En un extremo de la cámara, bajo un dosel dorado, había tronos gemelos para el Rey y la Reina, flanqueados por altos candelabros que parecían guardias en posición de firmes. Debajo del trono, el Lord Canciller presidía el Woolsack, un banco cuadrado acolchado. Los bancos transversales en el pasillo albergaban a los príncipes de la familia real y a sus pares no afiliados al partido. Soberanos y jueces en escenas de la historia inglesa prestaron su presencia sombría en los murales de las paredes superiores. La luz era tenue y el tono general era de digna somnolencia.

Ahora la perspectiva de un asalto empezaba a llenar los bancos, normalmente escasamente poblados por cuarenta o cincuenta compañeros. Lansdowne animó a sus seguidores a hablar, prestó atención cuando lo hicieron y apoyó sus esfuerzos con la cortesía del gran señor que lo caracterizaba. Lord Curzon adornó el debate con un discurso “tan infinitamente superior al del común de los pares que es bastante difícil creer que alguna vez esté equivocado”. El nuevo Lord Canciller de los liberales, Lord Loreburn, prestó una presencia estimulante y rindió a la Cámara el cumplido de estar siempre bien

despierto cuando estaba en el Woolsack. Era el ex Sir Robert Reid, conocido como "Fighting Bob", un escocés, un famoso jugador de críquet que había jugado a los bolos en Oxford, un radical que se oponía firmemente a los imperialistas liberales y un "feroz orador" en los Comunes que ahora sermoneaba a la oposición ". en tonos que casi hicieron llorar al pecador", y presentó "la proposición más polémica con la plausibilidad más fascinante". Al ritmo de Gibbon y la valentía de Lord Tolloller inclinándose ante Lord Mountararat en Iolanthe, Lord Curzon reconoció a Lord Loreburn como "la cortesía personificada, la persuasión encarnada y la dignidad entronizada".

En los bancos transversales estaba de mal humor el último Primer Ministro de los liberales, Lord Rosebery, que había dimitido de su liderazgo y que, como imperialista y opositor al Gobierno Autónomo, había anunciado, cuando C.-B. se convirtió en líder del partido, que "enfática, explícita y de una vez por todas no puedo servir bajo esa bandera". Reconocido desde los días de Eton por su brillantez, ingenio y encanto, Rosebery, después de haber ganado el Derby y haberse casado con una fortuna de los Rothschild, estaba demasiado acostumbrado al éxito para ser complaciente y siguió siendo, en palabras de Morley, "un caballo oscuro en una caja suelta". " Cuando estaba de mal humor, podía volver "un ojo como un pez" hacia sus amigos y marchitarlos con un sarcasmo mordaz; cuando encantaba, se rodeaba de adoración. Su variabilidad hizo que el público perdiera la confianza en él y le recordó a AG Gardiner la historia de un rústico a quien, cuando se le preguntó si a Wordsworth no le gustaban mucho los niños, respondió: "Sucede que sí, pero ellos no le tenían mucho cariño".

Durante los años de crisis por el Gobierno Autónomo, Rosebery había sido líder del movimiento para la reforma de la Cámara de los Lores mediante alguna modificación del principio hereditario y había presentado tres veces propuestas hacia ese objetivo con la esperanza de que la autorreforma evitaría ataques al poder de veto. El movimiento reformista revivió ahora con Lord Curzon como espíritu dirigente. Incluso el señor Churchill, a quien le gustaba intervenir en todo, contribuyó con su sugerencia en un artículo para el Nation titulado "A Smooth Way With the Peers". Propuso un sistema mediante el cual los pares deberían ser designados para cada sesión para reflejar la misma mayoría que en la Cámara de los Comunes en ese momento, sin exceder los 250. Esto excluiría a los "elementos frívolos, letárgicos, sin instrucción o de mala reputación". La mayoría de las reformas propuestas contemplaban algún sistema por el cual los pares elegirían de entre ellos a aquellos especialmente calificados por capacidad o servicios. Pero muchos prefirieron el simple principio que

una vez había llevado a Lord Melbourne a decir que le gustaba la Liga "porque no tenía ningún maldito mérito". Balfour se compadeció. Aconsejó a Lansdowne “evitar la fatal admisión de que el antiguo fundamento de la calificación hereditaria es insuficiente para calificar para la Cámara alta. Si no es una calificación suficiente, no es ninguna calificación en absoluto... Creo que es un hecho que el accidente del nacimiento se defiende más fácilmente basándose en lo que algunas personas llaman su absoluto absurdo que el nacimiento más los servicios”. El Gobierno no hizo nada para fomentar la reforma de los Lores porque no quería que se reformaran; quería un tema y una excusa para limitar el veto.

Ante estas apasionantes posibilidades, Lloyd George se impacientó bastante con la atención decidida de sus electores al nacionalismo galés y, sin tacto, les dijo: “Les diré esto a mis compatriotas. Si descubren que el Gobierno está colocando su artillería en posición para atacar a los Lores, los galeses que inquieten al Gobierno para que se ocupe de cualquier otra cosa hasta que la ciudadela haya sido asaltada deberían ser empujados a la sala de guardia. El lenguaje militar era curioso y el discurso ofendió tanto que su descuidado autor tuvo que apresurarse a viajar a Gales para declarar con la mano en el corazón: “¿Voy a vender la tierra que amo? ¡Dios sabe lo querido que es mi Gales!

En junio de 1907, Campbell-Bannerman dijo a los Comunes que había llegado el momento de desafiar las pretensiones de los pares, apoyados como estaban por el señor Balfour, “al tocar cuya bocina el rastrillo de la Cámara de los Lores baja rápidamente”. .” La elección de la metáfora por parte de Lloyd George fue igualmente pintoresca. La Cámara de los Lores, dijo, no era el órgano guardián de la Constitución sino “el Sr. El caniche de Balfour. C.-B. propuso una resolución que establece que para hacer efectiva la “voluntad del pueblo, el poder de la otra Cámara para alterar o rechazar proyectos de ley aprobados por esta Cámara debe estar restringido por ley” de modo que, durante la vida de cualquier Parlamento, la decisión final de los Comunes debe prevalecer. El Partido Laborista presentó inmediatamente una enmienda proponiendo abolir por completo la Cámara de los Lores. Al presentar una resolución en lugar de un proyecto de ley, el propósito del Gobierno era claramente propaganda más que acción y después de que se adoptó la resolución—sin la enmienda laborista—no se hizo nada más.

Ese verano se reunió la Segunda Conferencia de La Haya. En abril del año siguiente, 1908, C.-B., esperando la muerte, dimitió y murió al mes. Al asumir el cargo de primer ministro, Asquith remodeló el

gabinete más a su propia imagen. Cuatro de un grupo muy capaz de subsecretarios fueron ascendidos al rango de gabinete, entre ellos Walter Runciman, hijo de un rico armador, Herbert Samuel, hijo de una familia de banqueros judíos y, como Asquith, un primero en Balliol, y Reginald McKenna, hijo de un funcionario londinense que había obtenido una licenciatura superior en matemáticas en Cambridge. Su nombramiento como Primer Lord del Almirantazgo en lugar de Lord Tweedmouth llevó a Morley a recordar que cuando propuso cierto nombre a Gladstone para ese puesto en 1892, Gladstone con gran solemnidad y un gesto de la mano dijo: "Bueno, para el ¡Almirantazgo, creo que necesitamos lo que se llama un caballero! Y "Aquí estamos", suspiró Lord Esher, mirando por encima del nuevo Gabinete, "abrumados por las clases medias".

El cambio más importante en el Gabinete fue el ascenso de Lloyd George para ocupar el puesto de Asquith como Ministro de Hacienda, mientras que su propio puesto vacante como Presidente de la Junta de Comercio lo ocupó Winston Churchill, cuarto de los subsecretarios en ser ascendidos. La carrera de Churchill casi terminó en este punto cuando tuvo que luchar en una elección parcial en Manchester debido a una costumbre entonces vigente que obligaba a un diputado ascendido al rango de gabinete a que el electorado confirmara su escaño. En una dura contienda, acosada por las sufragistas, Churchill perdió, ante el deleite de la prensa conservadora. Su derrota demostró que la balanza ya estaba retrocediendo desde la anormal victoria liberal de 1906 e hizo más urgente la necesidad de los liberales del voto laborista. En Dundee, donde a Churchill se le ofreció inmediatamente otro escaño, insistió en que sólo con el apoyo de los trabajadores podrían los liberales tener la fuerza para aprobar su legislación en la Cámara de los Lores contra las crecientes fuerzas de la reacción conservadora. "Con su apoyo los abrumaremos... Ah, pero debemos tener ese apoyo".

Como resultó, la Cámara de los Lores no bloqueó ninguna de las leyes sociales llevadas a cabo por el enérgico equipo de Lloyd George y Churchill. Se aprobaron una Ley de Minas de Carbón que establece la jornada de ocho horas para los mineros, una Ley de Juntas Comerciales que establece salarios mínimos por trabajo a destajo en los oficios sudorosos, una Ley de Compensación Laboral que establece la responsabilidad de los empleadores por accidentes industriales y la Ley de Pensiones de Vejez y el equipo comenzó trabajar en el proyecto de ley de seguro nacional para el desempleo y el seguro médico que iba a ser la corona de la legislación de bienestar social de los liberales. Ninguna fue obstruida por la Cámara de los Lores por la misma razón que no lo fue la Ley de Disputas Comerciales. Sin embargo, el

inminente conflicto con los Comunes no se desvió.

Todos los desafíos, resistencias y emociones del conflicto fueron metidos como algodón de pólvora en una nueva ley, el Proyecto de Ley de Licencias. El proyecto de ley, el objeto favorito durante veinticinco años de los reformadores liberales de la templanza, en su mayoría inconformistas, que deseaban reducir el consumo de alcohol entre las clases bajas, era la deuda electoral del gobierno con los votantes inconformistas. Estaba diseñado para reducir el número de tabernas en treinta mil en catorce años cancelando sus licencias de acuerdo con una proporción fija de la población. Dado que las tabernas eran propiedad de las empresas cerveceras y destiladoras, los intereses creados, por no mencionar el público bebedor, se opusieron enérgicamente al proyecto de ley. Cada propietario se alió con los destiladores; el proyecto de ley adquirió un aspecto tan siniestro como el gobierno autónomo, tan amenazador como el socialismo. Balfour declaró que se trataba de un ataque directo a los derechos de propiedad y los conservadores respondieron de la misma manera que la clase trabajadora había respondido a la esclavitud china. Se convocó una reunión especial de pares conservadores en Lansdowne House en Berkeley Square. Se convocó a los pares del país, o "hombres de los bosques", como se les conocía, a quienes nunca se les consultaba sobre nada fuera de los asuntos de sus propios condados. Algunos nunca habían hablado en la Cámara, otros ni siquiera habían estado dentro de ella y, confundiendo Lansdowne House con la propia Cámara de los Lores, pensaron que el proyecto de ley se estaba decidiendo en ese mismo momento. "Algunos de nosotros... nos conocimos recién llegados del campo de caza y pudimos comparar notas sobre la temporada pasada y discutir posibles ganadores de los handicaps de primavera". Todos estuvieron de acuerdo en que el proyecto de ley debía ser rechazado y “se suspendió la sesión para disfrutar de un buen almuerzo en el Carlton Club”.

En este caso tenían al país con ellos, como quedó demostrado en las elecciones parciales celebradas en Peckham sobre la cuestión de las licencias. Convirtió lo que había sido una mayoría liberal de dos mil personas en una mayoría conservadora de la misma cantidad. Por el momento no era la popularidad sino el principio lo que preocupaba a los liberales. La prepotente eliminación del proyecto de ley por parte del grupo en Lansdowne House los enfureció. En noviembre de 1908, cuando el proyecto de ley fue rechazado formalmente por la Cámara de los Lores, Churchill, “completamente furioso”, reveló en una conversación privada que la respuesta de los liberales ya había sido decidida. “Les enviaremos en junio un presupuesto así”, dijo, “que los aterrorizará; Han iniciado la guerra de clases y será mejor que tengan

cuidado”. De hecho, el proyecto de ley de licencias no tenía nada que ver con la guerra de clases, ni era sólo la guerra de clases, sino las presiones acumuladas de una nueva era que fueron la causa del desconcierto liberal.

En 1909, el año de la gran batalla por el presupuesto, el liberalismo se había topado con la realidad de un mundo que se había vuelto demasiado difícil para la construcción de Jerusalén. El programa liberal no estaba ganando a la clase trabajadora. Por el contrario, laboristas y liberales se estaban distanciando. Los laboristas, impresionados por el alcance de su propio poder revelado en las elecciones de 1906, se estaban volviendo más agresivos; las huelgas habían comenzado de nuevo tan pronto como los sindicatos recuperaron su libertad de acción gracias a la Ley de Conflictos Laborales. Los liberales de la clase patronal respondieron como empleadores. Ningún pacto funcionó ahora, y en dos elecciones parciales tripartitas celebradas en 1907 ganaron los laboristas. La victoria de Victor Grayson, un socialista entusiasta, en West Riding de Yorkshire planteaba perspectivas aterradoras. Ex estudiante de teología con don para la oratoria y afición por la bebida, predicó el socialismo como la liberación de los pobres con un fervor que arrasó las ciudades industriales como el fuego. Sus locas travesuras en la Cámara provocaron dos veces su suspensión y atrajeron la atención de toda Europa. Se informó que el Kaiser había propuesto invadir Inglaterra con uno o dos cuerpos de ejército, proclamando que no había venido como enemigo sino como nieto de Victoria para liberar a Inglaterra "de la banda socialista que gobierna el país". En cooperación con el rey Eduardo, disolvería el Parlamento y restablecería la monarquía autocrática como feudatorio de Alemania.

Los ingleses eran cada vez más conscientes de la amenaza de Alemania. "El peligro ahora es", escribió Lord Esher a un amigo en 1908, "que en Europa tengamos un competidor, el más formidable en número, intelecto y educación al que jamás nos hayamos enfrentado". La necesidad de afrontar ese peligro fue un golpe más al credo liberal. El liberalismo pacifista tradicional fue violado cuando Asquith y sus compañeros imperialistas en el gabinete, que controlaban la política exterior, acordaron darle a Sir John Fisher cuatro nuevos Dreadnoughts. Los conservadores, descontentos, gritaron el lema: "Queremos ocho y no esperaremos". El Ejército Territorial de Haldane fue igualmente resentido por los pacifistas de su partido, quienes afirmaron que costaría demasiado y consumiría dinero de la reforma social. Con el firme apoyo del Rey, se promulgó a pesar de sus objeciones. “Ciertamente estamos viviendo tiempos difíciles”, se lamentó el rey Eduardo, “pero aun así espero que se pueda mantener

la paz, aunque sólo porque Europa tiene miedo de ir a la guerra”.

El tema de la invasión ocupó tanto la mente oficial como la pública. El Comité de Defensa Imperial nombró una investigación sobre la invasión en 1908 y convocó al ex primer ministro para que diera su opinión sobre las pruebas que había recopilado. Balfour habló durante una hora en una exposición minuciosamente razonada y “luminosa”, “bastante perfecta en forma y lenguaje”, que según Esher, miembro del comité, “dejó estupefactos” a Asquith, Grey, Haldane y Lloyd George de tal manera que ninguno de ellos Se les ocurrió una sola pregunta para hacerle. "La opinión general fue que nunca se había hecho una exposición mejor de esta cuestión".

La conclusión del Comité de que no se podía llevar a cabo una invasión exitosa no fue conocida por el público, que sintió una tremenda fascinación por el tema. Erskine Childers lo había planteado en una absorbente novela El enigma de las arenas, en 1903, y William Le Queux de manera más enfática, aunque menos artística, en una novela llamada La invasión de 1910, que apareció como serie en el Daily Mail en 1906 y fue anunciada en Londres. por hombres sándwich vestidos con uniformes azul de Prusia y cascos con púas. En 1909, la obra de Guy du Maurier An Englishman's Home, que dramatizaba una invasión de las fuerzas del "Emperador del Norte", se estrenó en el Wyndham's Theatre y se presentó ante salas repletas durante dieciocho meses. La idea de invasión se convirtió casi en una psicosis. Al vivir en Rye, en la costa sur de Inglaterra, Henry James se sintió “expuesto”, como le escribió nerviosamente a un amigo en 1909. Le preocupaba que “cuando [no dijo 'si] el emperador alemán lleva la próxima guerra a este país, mis chimeneas , visible a cierta distancia en el mar, puede ser su primer objetivo”.

La perspectiva de la guerra negaba todo lo que representaba el liberalismo ortodoxo, pero el gobierno tuvo que adaptarse a ella. Mientras tanto, la guerra sexual hacía estragos en casa. El movimiento sufragista, que Charles Masterman creía que era una “salida para la energía reprimida”, desató una curiosa oleada de odio sexual, un mutuo “fuego de antagonismo”, como lo llamó HG Wells, que encajaba con las otras disputas extrañamente violentas que afligían a Inglaterra en la primera década del siglo XX. Wells pensaba que el principal impulso de las sufragistas —ese enjambre de “seres humanos tremendamente exasperados”— era “vengativo”, un arrebato contra la larga y arrogante presunción de superioridad del hombre. Su guerra abierta se produjo casi inmediatamente después de la llegada de los liberales, provocada por repetidos aplazamientos y la negativa del gobierno a presentar un proyecto de ley de concesión de derechos.

Incapaces de obtener satisfacción alguna por medios legales, las mujeres recurrieron a tácticas que eran esencialmente “propaganda del hecho” y, como su prototipo, de espíritu anárquico. Aparecieron en todas las reuniones políticas a pesar de todas las precauciones de los porteros y ahogaron a los oradores tocando campanas y gritando pidiendo la votación. Asediaron las Casas del Parlamento y las oficinas de Whitehall, atacaron a los ministros en sus puertas, en un caso derribaron al Sr. Birrell, el Ministro de Educación, y le dieron patadas en las espinillas, rompieron ventanas de grandes almacenes con martillos, prendieron fuego al correo palcos, penetraron en la Cámara e interrumpieron el proceso encadenándose a la reja de la Galería de las Damas y manteniendo el grito incesante: “¡Votos para las mujeres!”

En 1909, bajo el gobierno liberal, se produjo la primera alimentación forzada de sufragistas encarceladas, un proceso particularmente repugnante en el que tanto las víctimas, que la provocaban mediante huelgas de hambre, como los funcionarios que la llevaban a cabo, se retorcían como animales. Se lograba mediante tubos de goma que se pasaban por la boca o, a veces, por las fosas nasales, hasta el estómago. Mientras el prisionero estaba atado a una silla y sostenido por guardias o matronas, bombas estomacales hacían pasar alimentos líquidos por los tubos. Afuera, en las calles, las sufragistas marcharon con pancartas que proclamaban: "¡Basta de alimentación forzada!". y una se arrojó a los pies del Rey en medio de una recepción de la corte gritando: "¡Su Majestad, por favor, haga el favor de dejar de torturar a las mujeres!". Dentro de las cárceles, las sufragistas persistieron en las huelgas de hambre que provocaron el trato. Lo irracional iba ganando terreno.

Desanimadas una y otra vez por las promesas de Asquith de llevar a cabo la Concesión de Derechos, que hizo para asegurar la tranquilidad y que nunca cumplió, las feministas en los años posteriores a 1909 cortaron cuadros en la Galería Nacional y prendieron fuego a pabellones de cricket, tribunas de hipódromos y hoteles turísticos. e incluso iglesias. Interrumpieron los servicios en St. Paul's y Westminster, forzaron peticiones al rey en la corte, se involucraron en luchas “dolorosas y angustiosas” con la policía, forzando su propio arresto y encarcelamiento. Soportaron el hambre y el dolor con loca fortaleza, invitaron a la humillación, la brutalidad y, finalmente, cuando Emily Davidson se arrojó bajo los cascos de los caballos en el Derby de 1913, incluso la muerte. Aunque estos extremos no se alcanzaron hasta el período 1910-14, la práctica y el espíritu ya eran fuertes en 1909.

Los hombres, por lo demás ciudadanos decentes, reaccionaron con

el feo espíritu de un borracho del sábado por la noche que golpea a su esposa. Cuando una reunión dirigida por Lloyd George en el Albert Hall en diciembre de 1908 fue disuelta por militantes que, gritando "¡Hechos, no palabras!" les arrancaron los abrigos para revelarse vestidos con túnicas de prisioneros, los mayordomos, según el Manchester Guardian, “se volvieron locos de furia y se abalanzaron sobre las mujeres, expulsándolas con una brutalidad nauseabunda, golpeándolas contra los asientos, arrojándolas escaleras abajo, arrastrándolas”. por el pelo”. En otros casos de este tipo fueron golpeados deliberadamente en el pecho. Posiblemente la furia fue provocada por el abandono por parte de la mujer de los atractivos femeninos y su sustitución por el ataque como medio para obtener sus deseos, lo que parecía dessexuarla. Tocó los fundamentos. ¡Esas arpías, esas viragoas sin sexo, esos bípedos! - tronó un ministro inconformista, expresando más que todos los editoriales. La extraña furia física generada por la lucha de las mujeres por el voto fue el fenómeno más inquietante de la era liberal.

En 1909, un creciente pesimismo convergió entre los liberales y sus aliados. "Mil acertijos tristes y desconcertantes" habían reemplazado de alguna manera las simples verdades de la política, escribió Masterman, ahora miembro del Gobierno como Subsecretario del Ministerio del Interior. En 1909 publicó La condición de Inglaterra, un libro de profundo desánimo. Vio el mundo dividido verticalmente “entre nación y nación armada hasta los dientes” y horizontalmente entre ricos y pobres. “El futuro del progreso sigue siendo dudoso y precario. La humanidad, en el mejor de los casos, aparece como una tripulación náufraga que se ha refugiado en un estrecho saliente de roca batido por el viento y las olas; No podemos decir cuántos sobrevivirán, si es que alguno, cuando la larga noche dé paso a la mañana”.

A su alrededor, Masterman vio una sociedad complaciente que descansaba en una ilusión de seguridad, pero “de todas las ilusiones de principios del siglo XX tal vez la más notable sea la de la seguridad”. En lugar de seguridad, vio “fuerzas gigantescas y novedosas de invención mecánica, levantamientos de personas, descontentos sociales... vastos instrumentos de destrucción puestos en manos de una civilización imperfectamente autocontrolada” en la que “el avance material ha trascendido el progreso moral”.

James Bryce, otro miembro del gobierno liberal como secretario jefe para Irlanda y desde 1907 embajador en Washington, encontró desánimo en el tema central de su vida, el proceso democrático. En una serie de conferencias que pronunció en Yale en 1909 sobre

“Obstáculos para la buena ciudadanía”, admitió que la práctica de la democracia no había estado a la altura de la teoría. El número de personas que saben leer y votar se ha multiplicado por veinte en los últimos setenta años, pero “el porcentaje de quienes reflexionan antes de votar no ha seguido el ritmo de la educación popular ni de la extensión del sufragio”. El “hombre promedio natural” no exhibía en los asuntos públicos la sabiduría innata que la democracia había supuesto que poseía. Estaba más interesado en apostar en las carreras que en emitir su voto. Los viejos males del odio de clases, la corrupción y el militarismo habían regresado y surgieron nuevos males. Aunque es innegable que el mundo estaba mejor que antes, la fe del siglo XIX en la sabiduría última del gobierno del pueblo, por el pueblo, se había topado con una “decepción”. Para el hombre que alguna vez se describió a sí mismo como “casi un optimista profesional”, las conferencias de Yale fueron una confesión dolorosa.

Los filósofos del liberalismo, mirando a su alrededor, estaban haciendo el igualmente doloroso descubrimiento de que el laissez-faire, esencia del credo liberal, no había funcionado. Había producido los males del trabajo duro, el desempleo y la miseria que el liberalismo, no preparado para la intervención estatal incondicional del sueño fabiano, no pudo hacer frente. En tres años de mandato, el Gobierno liberal, después de llegar al poder en un nuevo siglo con el mayor mandato en la historia del partido, no había podido dar forma a la gran promesa de 1906. En 1910, el número de hombres involucrados en las huelgas era el más alto de cualquier año desde 1893. “Poco a poco comenzamos a perder la confianza que teníamos” de los trabajadores, admitió Haldane, y “esto gradualmente se hizo evidente”. JA Hobson y LT Hobhouse, los filósofos económicos y morales de la planificación social, habían llegado a la conclusión de que ni el hombre ni la sociedad funcionaban adecuadamente. En La crisis del liberalismo, publicada en 1909, Hobson escribió que si el liberalismo no podía transformar su papel en uno más positivo, entonces “está condenado al mismo tipo de impotencia que ya ha sufrido el liberalismo en la mayoría de los países continentales”.

Hobhouse y varios otros investigadores estaban preocupados por la curiosa negativa del hombre a comportarse racionalmente en lo que parecía ser su mejor interés. Eran inquietantes el bajo nivel de reacción política de la población, el atractivo de la prensa sensacionalista y el nuevo fenómeno del interés de masas por los deportes para espectadores. La idea de Henri Bergson del hombre movido por una fuerza que llamó élan vital había estimulado una nueva ciencia de la psicología social para investigar el papel de las emociones y el instinto como base de la conducta humana. Uno de los

estudios ingleses más influyentes sobre los procesos mentales que intervienen en los asuntos públicos fue Democracia y reacción de Hobhouse, publicado en 1904. Un catedrático de Oxford cuyo profundo interés por el movimiento obrero le llevó a dejar la Universidad para trabajar en el Manchester Guardian. , Hobhouse descubrió que el hombre promedio “no tiene tiempo para pensar y no se tomará la molestia de hacerlo si tiene tiempo”. Sus opiniones reflejan fielmente “la hoja popular y el vendedor de periódicos gritando... A este nuevo público de las calles y de los tranvías es inútil apelar en términos de razón”.

Este era el público que había gritado “¡Coleta!” y el fenómeno del comportamiento gregario fue repentinamente reconocido como una entidad. El Colón de este descubrimiento fue el cirujano Wilfred Trotter, que puso nombre al fenómeno, le dio estatus de tema de estudio científico y concluyó tranquilamente su primer viaje en sociología con una frase tan pesimista como cualquiera jamás escrita. "Un hombre tranquilo", como lo describió un amigo, con una amplia variedad de intereses en filosofía, literatura y ciencia, Trotter, que tenía 36 años en 1908, sería considerado treinta años después "el mejor cirujano del presente siglo en este siglo". país." Tenía “la cabeza y el rostro de un erudito redimido de la austeridad por una sonrisa de gran encanto y sinceridad”. En sus dos ensayos sobre “El instinto de rebaño” publicados en Socioological Review en 1908 y 1909, encontró que el comportamiento social del hombre surgía de ese mismo pozo oscuro y siniestro del subconsciente cuyo descubrimiento marcó el final de la época victoriana. Vio el subconsciente como una fuerza que carece de "toda individualidad, voluntad y autocontrol". Era “irracional, imitativo, cobarde, cruel… y sugestionable”. Debido al deseo innato del hombre de obtener la aprobación del grupo, está a merced de esta fuerza irracional y vulnerable a la reacción del rebaño. A diferencia de Kropotkin, que en Ayuda mutua asumía que el instinto de rebaño era benevolente, Trotter lo consideraba un factor de peligro porque su funcionamiento era inconsciente e irracional. "Se necesita poca imaginación para ver", concluyó, "cuán grandes son las probabilidades de que, después de todo, el hombre sea sólo uno más de los fracasos de la naturaleza".

El instinto gregario ocupó a otros dos investigadores en 1908, William McDougall en Psicología social y Graham Wallas en Human Nature in Politics. La vida y el pensamiento de Wallas se dirigieron hacia La gran sociedad, el título de un libro que publicó en 1914. Con Shaw y los Webb fue el cuarto miembro de la junta fabiana hasta que dimitió en 1904 en protesta por su apoyo a la reforma arancelaria. Miembro de la LCC, presidente del Consejo Escolar de Londres,

fundador y profesor de ciencias políticas de la London School of Economics, Wallas, en sus propias palabras, era “un pensador trabajador”. Wells lo describió como un "hombre bastante descuidado, ligeramente pedante y de espíritu noble" con bigote y quevedos cuyas conferencias, aunque lentas y exigentes, eran "penetrantes e inspiradoras". Para otro estudiante, GDH Cole, fue “el conferenciante más inspirador que jamás haya escuchado”. En Human Nature in Politics examinó la evidencia que demuestra que el hombre no actuó de acuerdo con supuestos racionales. Su esperanza era que los nuevos métodos de la psicología y la sociología iluminaran el camino hacia un comportamiento más ilustrado en beneficio propio de la humanidad.

Wallas no quería aceptar las implicaciones del darwinismo que parecía tolerar y aceptar como inevitable la agresividad nativa de la naturaleza humana y condenar a la humanidad a una lucha despiadada como condición para el progreso. Sin embargo, previó que, a menos que se controlara lo irracional, las naciones se involucrarían en una serie de guerras entre imperios hasta que sólo quedaran Inglaterra y Alemania o Estados Unidos y China, y finalmente, después de un “Armagedón naval en el Pacífico, solo un Imperio sobreviviría”. existir” y los habitantes del globo, reducidos a la mitad, tendrían que empezar de nuevo. El proceso ya parecía estar en marcha con “Alemania y nosotros marchando hacia los horrores de la guerra mundial” simplemente porque, habiendo creado entidades de Nación e Imperio, “nuestras simpatías están encerradas dentro de ellos”.

> El presupuesto de Lloyd George de 1909 fue la mecha, deliberadamente encendida, de una de las grandes disputas que hicieron que la era liberal, en palabras de un participante, fuera “tan cascarrabias e incómoda sin precedentes”. Con el prestigio liberal hundiéndose, los líderes de los partidos eran conscientes de que sin un tema popular tal vez no ganarían las próximas elecciones. La gente ya estaba empezando a calcular, escribió Gardiner, “cuándo llegarían las elecciones y cuánto perderían los liberales”.

Como Ministro de Hacienda, Lloyd George tuvo que proporcionar 16.000.000 de libras esterlinas de ingresos adicionales para 1909, un tercio para los ocho Dreadnoughts que el Gobierno había acordado y dos tercios para implementar la Ley de Pensiones de Vejez. Eligió

obtenerlo mediante un programa de impuestos a los ricos que, si bien no era ni insensato ni confiscatorio, estaba formulado de la manera más provocativa posible con la intención de incitar a los Lores a rechazarlo y crear una cuestión de pares contra pueblo. El Presupuesto aumentó el impuesto sobre la renta en una escala graduada de 9 peniques. a 1s. 2do. en la libra con un superimpuesto adicional de 6 peniques. con ingresos superiores a £5.000. (Ya cuando el primer presupuesto de los liberales había aumentado el impuesto sobre la renta a 11 peniques por libra, una hija del duque de Rutland recordó: "Todos pensábamos que papá moriría. Parecía demasiado pálido para recuperarse".) El nuevo presupuesto aumentó derechos de sucesión hasta un máximo del 10 por ciento en propiedades de £ 200.000 o más, añadió un impuesto sobre los motores y la gasolina que en esa fecha afectaba sólo a los ricos, y también sobre el tabaco y el alcohol, el último de los cuales resultó ser un error político. .

Ninguna de estas medidas fue sino un impuesto de una quinta parte del valor sobre el “incremento no ganado” de la tierra cuando fue vendida o aprobada por muerte, más un impuesto anual de medio centavo por libra sobre tierras no urbanizadas y derechos mineros, lo que despertó toda la clase terrateniente en un furioso resentimiento, como estaba previsto. Las cláusulas territoriales exigían el registro y la valoración de la propiedad, lo que para el propietario era nada menos que el pie del alguacil en la puerta, la invasión del Estado en la propiedad privada de un hombre. Lloyd George lo insistió en burla pública y llamamientos a la población tan descarados como cuando Marco Antonio lloró por las heridas de César. Personificando al enemigo como “los Dukes”, le dijo a una audiencia de clase trabajadora de cuatro mil personas en Limehouse, en el East End de Londres, “un Duke completamente equipado cuesta tanto para mantener el ritmo como dos Dreadnoughts... es un terror igual de grande y dura más. .” Cuando el Gobierno pidió dinero para pagar los Dreadnoughts, continuó, “enviamos el sombrero a los trabajadores. Todos trajeron sus monedas de cobre”. Sin embargo, cuando “el primer ministro y yo llamamos a las puertas de Belgravia” y “pedimos a los grandes terratenientes que den algo para mantener a los mineros ancianos fuera del asilo, dicen: 'Sólo medio penique, sólo un cobre' y se vuelven sus perros nos persiguen y todos los días se les oye ladrar... Es bastante difícil que un viejo trabajador tenga que encontrar el camino hasta las puertas de la tumba sangrando y con los pies doloridos a través de las zarzas y espinas de la pobreza. Le abrimos un nuevo camino, uno más fácil, más agradable, a través de campos de maíz ondulantes”.

Para un ministro de la Corona fue una actuación que nadie excepto

Lloyd George podría haber realizado sin sonrojarse. Si el Primer Ministro se sintió avergonzado por ello, no dio ninguna señal, lo que molestó al Rey Eduardo, quien hizo saber que "no puede entender cómo Asquith puede permitir tácitamente" discursos que "no habrían sido tolerados por ningún Primer Ministro hasta el los últimos años."

El furor estalló por el Presupuesto exactamente como deseaban sus autores. Los líderes conservadores rugieron en señal de protesta. Lord Lansdowne llamó a Lloyd George “gaviota ladrona”. El señor Chaplin denunció el Presupuesto como el primer paso en una guerra socialista contra la propiedad, la Sociedad de Abogados declaró injusto e inviable un impuesto territorial, una reunión de hombres de la ciudad encabezada por Lord Rothschild protestó por la valoración de la propiedad por parte de “tribunales irresponsables” como aquellos que le había “costado a un Estuardo la cabeza y a otro el trono”. El duque de Norfolk anunció que tendría que vender una Holbein que había prestado a la Galería Nacional, el conde de Onslow puso a la venta partes de su propiedad en Surrey y Kipling, en un poema histérico, “La ciudad de latón”, retrató Inglaterra, acribillada por traficantes de odio y aplastada por los tributos impuestos “a todos los que han trabajado o luchado o adquirido posesión”, hasta que, sin un defensor, “¡pasó de la lista de las Naciones en una rendición precipitada!” Lord Rosebery, nada menos que Cassandra, dijo que la medida “no era un presupuesto sino una revolución”. Detrás de ello estaba el “peligro profundo, sutil e insidioso del socialismo” y el socialismo era el “fin de todo… de la fe, de la familia, de la propiedad, de la monarquía, del Imperio”. Su discurso, dirigido a una reunión de empresarios en Glasgow, fue leído a la mañana siguiente "con la mayor alegría en todas las fiestas en casas de campo de Inglaterra, Escocia y Gales".

Un nuevo diputado laborista, Philip Snowden, que un día sería Ministro de Hacienda, dijo que era necesario empobrecer a los ricos para enriquecer a los pobres y que el Presupuesto era el comienzo de un gobierno democrático. Balfour replicó que “no se puede abolir la pobreza aboliendo la riqueza” y “que no asocien la democracia con el robo”. El duque de Rutland, al borde de la apoplejía, propuso amordazar a todos los parlamentarios laboristas. A medida que aumentaba la ira, el rey se vio obligado a confesar que los “discursos y dichos tontos y mezquinos” de los terratenientes y capitalistas estaban causando un daño inmenso.

Todo el mundo, incluida la gente común, era consciente de que lo que estaba en juego era el veto, no el presupuesto. Cuando Minoru ganó el Derby ese verano, un hombre entre la multitud que lo vitoreaba gritó: "Ahora, Rey, has ganado el Derby; ¡vete a casa y

disuelve el maldito Parlamento!". Churchill, hablando en Leicester en septiembre, acogió con agrado que la lucha probablemente "aplastaría" el veto si los Lores rechazaban un proyecto de ley de finanzas. Balfour redujo la cuestión a las cláusulas de valoración de la tierra, que como “registro obligatorio” eran, afirmó, ilegales en un proyecto de ley de finanzas; “¿Cómo te atreves a describirlo como un proyecto de ley de finanzas?” De hecho, como lord Salisbury había señalado una vez en un presupuesto anterior, no había ningún impedimento constitucional para que los Lores desecharan un proyecto de ley de finanzas; sólo uno práctico: no podían desechar al Gobierno de turno junto con él. Rechazar un presupuesto y dejar al Gobierno en el poder equivaldría a un punto muerto. El recurso del Gobierno, si se impulsa, sería aconsejar al Rey que cree suficientes pares para proporcionar una mayoría liberal en la Cámara de los Lores, hasta quinientos si fuera necesario, un diluvio que ahogaría la nobleza hereditaria. Sin embargo, el estado de ánimo de los conservadores estaba en contra del compromiso. Actúe con valentía, dijo Lord Milner, y "al diablo con las consecuencias". Ésta, con el consentimiento de Balfour y bajo su dirección, fue la decisión.

"Todo el mundo político está convulsionado por la emoción", escribió Beatrice Webb en su diario, sobre si los Lores descartarían o no el Presupuesto. El debate se inició en la Cámara de los Lores el 22 de noviembre y duró diez días. Compañeros y visitantes, incluido el rey de Portugal, llenaron las galerías; pares de edad avanzada llegaron del país y “ni siquiera pudieron encontrar el camino a las Casas del Parlamento”; En total, cuatrocientos miembros tomaron asiento, el mayor número reunido desde el rechazo del Gobierno Autónomo. Los miembros nobles, desde el antiguo Lord Canciller, Lord Halsbury, hasta el joven Lord Willoughby de Broke, portavoz del grupo de países, proclamaron su deber para con el país de rechazar el proyecto de ley. Como liberal, Lord Ribblesdale admitió su disgusto por Lloyd George, calificándolo de “mitad bandolero, mitad salteador de caminos”, pero no veía nada realmente socialista en el presupuesto, ni creía que el país se vería seriamente afectado por “los sollozos del pozo”. -hacer." Si se produjera una división, votaría con el Gobierno.

Lord Rosebery, después de todos sus horrores, aconsejó aprobar el Presupuesto en lugar de arriesgar “la existencia misma de una Segunda Cámara”. El clímax fue el discurso de Lord Curzon, que un par profundamente conmovido dijo que fue el mejor jamás escuchado en la Cámara en cuarenta años. El gobierno, dijo Curzon, propuso introducir cualquier medida que quisiera y, siempre que pudiera cubrirse con la etiqueta de un proyecto de ley de finanzas, obligar a los Lores a aprobarla: “una pretensión revolucionaria e intolerable”

que equivaldría a un gobierno de cámara única. A pesar de las consecuencias, aconsejó el rechazo con la esperanza de lograr una Cámara de los Lores reformada que actuara como una "característica esencial" de la Constitución y no "un mero fantasma vuelto igualmente impotente y ridículo".

La división se convocó el 1 de diciembre de 1909, los Lores desfilaron solemnemente en los vestíbulos y la votación a favor del rechazo fue de 350 a 75. Al día siguiente, en medio de un gran entusiasmo en la Cámara de los Comunes, el Primer Ministro, declarando que se había producido una violación de la Constitución, anunció que el Gobierno apelaría al país y pidió su disolución. Habitualmente recostado en el banco del frente de la oposición, el Sr. Balfour, que estaba resfriado, tosió, se dio golpecitos en el pecho, tomó una pastilla y olió un reconstituyente.

Mientras se preparaba para las nuevas elecciones, el gobierno de Asquith elaboró un proyecto de ley parlamentario para la abolición del veto de los Lores, que esperaban presentar cuando regresaran al cargo. Disponía que en los proyectos de ley certificados por el Portavoz como proyectos de finanzas se aboliría el veto y que otros proyectos de ley, si se aprobaban en tres sesiones sucesivas de los Comunes, se convertirían en ley con o sin el consentimiento de los Lores. Por Londres se habló de la creación de pares; todos, desde los poetas hasta los comerciantes de té, "incluso Hilaire Belloc", como señaló maliciosamente Wilfrid Blunt, tuvieron visiones de la corona descendiendo sobre su propia cabeza. Mientras tanto, Asquith dejó caer indicios de garantías ya obtenidas del rey que carecían de fundamento.

En el período de campaña anterior a las elecciones de enero de 1910, quedó claro que Lloyd George, a pesar de todas sus incursiones oratorias contra los duques, había fracasado. El público no podía entusiasmarse con los compañeros; Haldane confesó que el 40 por ciento del electorado estaba dudoso y el 20 por ciento "muy distante", en resumen, volviendo a la normalidad. Para Alfred Austin, que estaba de vacaciones en el sur de Francia, las elecciones eran muy serias. Como su distrito era conservador, se sintió exonerado de la necesidad de regresar a casa para emitir su voto, "pero el Carlton Club me telegrafiaba los resultados todos los días". En casa, escribió Beatrice Webb, "todos esperamos ansiosamente el resultado de la gran batalla". La cuestión resultó desafortunada para todos. Los liberales regresaron, pero con una mayoría tan reducida que los volvió a poner en manos de los irlandeses. Los laboristas, paralizados por la sentencia Osborne de 1908 que declaró ilegal el uso de fondos sindicales con fines

políticos, perdieron diez escaños. Los conservadores obtuvieron 105 escaños, suficientes para haber sido una victoria de no ser por el punto bajo desde el que partieron. Ambos bandos quedaron atrapados en una trampa. Para aprobar el Presupuesto ahora, los liberales necesitaban los votos irlandeses y a los irlandeses no les gustaba el Presupuesto debido al impuesto al whisky. El precio de su apoyo fue la promesa de Asquith de llevar a cabo la abolición del Veto de los Lores para despejar el camino para el Gobierno Autónomo. Durante los cuatro años que estuvieron en el poder, los liberales no habían presentado ni una sola vez un proyecto de ley de autonomía, pero éste se convirtió ahora, como dijo el portavoz Lowther, en "el quid que dominaba toda la situación". Los irlandeses, que ya no eran suplicantes desesperados, parecían "siniestros y poderosos" y la conexión entre las dos cuestiones se hizo "directa, obvia e inequívoca". Les gustara o no, el Gobierno estaba ahora comprometido a llevar la batalla hasta su última conclusión: una creación de pares o al menos la promesa del Rey de crearlos. A partir de ese momento los acontecimientos alcanzaron un nivel de amargura sin igual desde el proyecto de ley de reforma.

Asquith presentó formalmente el proyecto de ley del Parlamento en febrero de 1910, con el anuncio de que si los Lores no lo aprobaban aconsejaría a la Corona que tomara las medidas necesarias. Luego sobrevino un torbellino de negociaciones e intrigas, de presiones y consejos al rey, de negociaciones entre bastidores y dentro de los partidos entre bastidores, de visitas y consultas en casas de campo, de conferencias con el arzobispo de Canterbury. Casi sin que nadie se diera cuenta, el Presupuesto, causa de todo esto, fue aprobado, como había prometido Lansdowne si los liberales ganaban las elecciones. Pero el Presupuesto ya estaba olvidado, sustituido como tema por el Proyecto de Ley del Parlamento que arrastraba tras de sí su ridícula sombra de quinientos pares artificiales. Aunque absorbió durante meses los esfuerzos, las pasiones y las máximas habilidades políticas de la Corona, los Ministros y la Oposición, fue una cuestión espuria. No se trató ninguna cuestión básica de derechos humanos y justicia como en el caso Dreyfus. Los liberales insistieron en que la cuestión era el poder de los Lores para frustrar la voluntad de los Comunes, pero, de hecho, como admitió Herbert Samuel, "es cierto que dejaron pasar casi toda nuestra legislación social", excepto los proyectos de ley de educación y licencias. , uno de los cuales había sido una combinación de compromisos que no satisfacían a nadie y el otro difícilmente era una cuestión sobre la cual romper la constitución británica. Lo que impulsó a los liberales a avanzar con toda su furia fue la necesidad de reivindicarse por su fallido programa y por vender su honor a los irlandeses. Se sentían justificados porque su visión de la

Cámara de los Lores, tal como la expresó Masterman, era la de una institución que sólo "permitiría cambios que le desagradan profundamente cuando se ve obligada por el miedo... Poco puede hacer más que modificar, controlar o destruir el trabajo de otros hombres". . No tiene ninguna sugerencia constructiva propia que ofrecer a un pueblo que enfrenta problemas difíciles".

Lo que impulsó a los conservadores en su igual furia de resistencia fue la determinación de preservar el último baluarte de privilegios. Perder el veto o perder la mayoría conservadora en la Cámara de los Lores significaba perder su último freno al avance de las clases sitiadoras. Consideraban la consecución del poder por parte de la población, escribió Masterman, quien también veía su punto de vista como el Diluvio. "Ven nuestra civilización como un pequeño pedazo de tierra redimida en el desierto; preservado como por milagro de una década a otra" y el ascenso de la población como la avalancha de una multitud en un jardín tranquilo, "arrancando las flores de raíz... esparciendo el agradable paisaje con papel rasgado y botellas rotas". Su resistencia, sin embargo, se vio debilitada por una división en sus filas. Como líder del partido, Balfour mantuvo una política de evitar a toda costa la creación de pares lo suficientemente grandes como para dotar a la Cámara de los Lores de una mayoría liberal permanente. En su opinión, esto era "revolución". La pérdida del veto, es decir, la aceptación del proyecto de ley del Parlamento, la consideraba un mal menor. En oposición a esta opinión, comenzó a formarse un grupo de pares "incondicionales", que tomaron el nombre de un famoso regimiento. Su símbolo y campeón era ese "antiguo gallo de raza luchadora", Lord Halsbury, y su organizador activo fue Lord Willoughby de Broke, decimonoveno barón de su línea, uno de los dieciocho miembros de la Cámara de los Lores cuyo título fue creado antes de 1500. Antes de sucederlo había servido en la Cámara de los Comunes y, además de talento político, poseía "una energía ilimitada y un marcado talento para la oratoria contundente y humorística". A los cuarenta y dos años era una personalidad de ingenuo encanto cuyo último deseo de su padre era que su hijo hiciera todo lo posible "para impedir que los automóviles se utilizaran para cualquier propósito relacionado con la caza", y cuyo bisabuelo "nunca se había cansado de votar". contra el proyecto de reforma y murieron muchas muertes silenciosas en la última zanja, o en el último lobby, en defensa del orden existente". Willoughby de Broke consideraba el industrialismo y la democracia como fuerzas que habían "reaccionado horriblemente sobre la nación en general", hablaba con metáforas de la caza y las carreras y corría como un raposero para reunir a los Backwoodsmen. En una carta circular dirigida a ellos, Lord Halsbury instó a cada par "a defender su derecho constitucional hereditario y resistir firmemente

cualquier manipulación del mismo”.

En medio de tensas maniobras alrededor del trono, el rey Eduardo murió repentina e inesperadamente. Los conservadores extremos afirmaron que la maldad del gobierno había causado su muerte y consideraban a los liberales regicidas. Había una sensación general de que un ancla se escapaba y de que un orden reconocido de cosas había desaparecido. De alguna manera, la gente sentía que la familiar mole real se había interpuesto entre Inglaterra y el cambio, entre Inglaterra y las amenazas externas. Una canción cantada por la asistenta en Las locuras de Pelissier de 1909 fue muy popular:

> No habrá trabajo Mientras haya un rey como el buen rey Eduardo. ¡No habrá trabajo porque él come ese tipo de cosas! Las madres no necesitan preocuparse.
> Mientras tengamos un rey como el buen rey Eduardo. ¡La paz con 'Onner es su lema! ¡Así que Dios guarde al rey!

Cuando murió, la gente esperaba que los tiempos empeorarían. “Siempre sentí”, dijo un eduardiano, “que de alguna manera mantenía las cosas juntas”.

En verso para la ocasión, el poeta laureado instó a los ingleses a cesar sus “fatídicas enemistades” y “clamores rebeldes” y declarar “una tregua de Dios”. En un esfuerzo por evitarle al nuevo Rey una crisis en el momento de su ascenso al trono, las partes acordaron intentar llegar a un acuerdo en una Conferencia Constitucional a la que asistieron cuatro líderes de cada lado, incluidos Asquith y Lloyd George, Balfour y Lansdowne. A lo largo de veintiún reuniones durante el verano y el otoño de 1910, discutieron y negociaron, probaron la idea de un referéndum popular y estuvieron cerca de un acuerdo, pero finalmente fracasaron con el Gobierno Autónomo. La Conferencia al menos demostró que el proyecto de ley del Parlamento en sí era algo menos que una cuestión fundamental, pero los estadistas no quisieron o no pudieron desvincularse del combate. Lloyd George, que no era más que un realista, lo intentó. Ahora que los principios estaban completamente confusos, se acercó a Balfour con una propuesta para una coalición que, al estar libre de las presiones de los partidos extremistas de ambos lados, podría resolver tanto el veto como las cuestiones irlandesas. En realidad, no deseaba la creación de pares más que Balfour, admitió amablemente, porque “mirando hacia el futuro, sé que nuestros glorificados tenderos serán más hostiles a la

reforma social que sus Backwoodsmen”. Dado que se cree que Lloyd George hizo su primera propuesta a Balfour sin informar a Asquith, es posible que también tuviera en mente deshacerse del Primer Ministro, como finalmente haría seis años después. Cuando Asquith fue informado de la propuesta, no se unió ni la ordenó, sino que permaneció en un segundo plano, fiel a su lema: "Espera y verás".

Creyendo que el sistema de gobierno británico dependía del control y equilibrio de dos partidos y que una coalición sólo estaba justificada en caso de emergencia nacional, como una guerra, Balfour se negó. Realmente no creía que los liberales pudieran obligar al rey a darles la promesa necesaria y, en cualquier caso, consideraba que había menos “malicia pública real” en el proyecto de ley del Parlamento que en la creación de pares. Además, creía que si suficientes pares conservadores se abstuvieran de votar, el número de nuevos pares creados podría mantenerse al mínimo antes de la “revolución” de una mayoría liberal permanente.

Cuando la Conferencia y la Coalición fracasaron, se convocó una vez más a elecciones generales, en diciembre de 1910, las segundas en un año. Con la apatía pública inquebrantable, los resultados, salvo una pérdida liberal de dos escaños, fueron idénticos a los de las elecciones anteriores. Al país, como escribió Wilfrid Blunt, “le importa muy poco la abolición de la Cámara de los Lores como para hacer una revolución por ella”.

Mediante una sensata intimidación antes de las elecciones, Asquith había logrado obtener la fatídica promesa de crear pares del rey Jorge, quien estaba confundido por los consejos contradictorios y las maniobras tortuosas de sus asesores. La horrible perspectiva de una nobleza hereditaria de Inglaterra sumergida por un “batallón de nobles de emergencia”, todos liberales, no agradó a nadie y la perspectiva de las risas y el ridículo del mundo aún menos. Sin embargo, el gobierno siguió adelante en parte porque era imposible detenerlo y en parte porque creía que cuando se trataba de una prueba, los Lores preferirían perder su veto antes que ser duplicados por la clase media. En alguna etapa sin fecha del procedimiento, Asquith elaboró, o hizo que se elaborara, una lista de unos 250 nombres para ennoblecer al por mayor que, aunque incluía a Sir Thomas Lipton, no merecía del todo la burla de Lloyd George sobre los glorificados tenderos. En la lista, junto con Lipton, estaban el cuñado de Asquith, HJ Tennant, así como su devoto admirador y futuro biógrafo, JA Spender; también Sir Edgar Speyer, Bertrand Russell, el general Baden-Powell, el general Sir Ian Hamilton, el jurista Sir Frederick Pollock, los historiadores Sir George Trevelyan y GP

Gooch, el millonario sudafricano Sir Abe Bailey, Gilbert Murray, JM Barrie, Thomas Hardy, y Anthony Hope, autor de El prisionero de Zenda.

En febrero de 1911, el proyecto de ley del Parlamento fue reintroducido en la Cámara de los Comunes con el acompañamiento de "un gran rugido de vítores que tenía no sólo una nota de triunfo sino de resolución y determinación". "Estamos muy serios", escribió Herbert Samuel, "y si los Lores rechazan el proyecto de ley, "nada podría convenirnos mejor". Aprobado por la Cámara de los Comunes en mayo, el proyecto de ley fue debidamente enviado para su consideración a “otro lugar”.

En junio comenzó la gran huelga del transporte que abrió un nuevo período de profunda guerra industrial. Marcó el cambio de “disputas comerciales” individuales a acciones según el patrón sindicalista en el que los trabajadores golpeaban no contra un empleador en particular sino contra toda una industria. Los trabajadores no cualificados se habían disgustado con los métodos políticos que no les conseguían aumentos salariales y se rebelaron contra la dirección del Partido Laborista, que una vez dentro de Westminster había quedado absorbido en el juego parlamentario, con MacDonald desplazando gradualmente a Keir Hardie. Los trabajadores en masa querían avances concretos en materia de mayores salarios y el reconocimiento de sus sindicatos por parte de los empleadores. Clamaba por una acción directa y se volvía cada vez más agresivo. Los ataques a las propiedades de los propietarios de minas habían marcado la huelga de treinta mil mineros del carbón en el valle de Rhondda en Gales unos meses antes. Ben Tillett y Tom Mann, líderes de la primera gran huelga de los portuarios, en 1889, predicaban ahora la

doctrina del sindicalismo derivada de Sorel y de la CGT francesa, que combinaba la creencia en la revolución con el sindicalismo y rechazaba la acción política en favor de la solución final. arma de la huelga general. Mann y Tillett lograron organizar treinta y seis sindicatos de marineros, bomberos, cocineros y azafatos, portuarios y camioneros en una Federación Nacional de Trabajadores del Transporte. Cuando los armadores se negaron a negociar con él, se convocó la huelga en junio. Iba a durar setenta y dos días y en él participarían 77.000 hombres. A medida que se extendió desde Londres a Liverpool, Hull, Cardiff, Bristol y Southampton, todo el tráfico se detuvo en casi todos los puertos y a su paso siguieron disturbios, saqueos e incendios provocados. "¡Es una revolución!" exclamó un empleador emocionado a un funcionario de la Junta de Comercio. "Los hombres tienen nuevos líderes, desconocidos antes; y no sabemos cómo lidiar con ellos".

En esta coyuntura, el 1 de julio, la cañonera alemana Panther llegó a Agadir, Marruecos, precipitando una crisis internacional que estuvo durante varias semanas al borde de una guerra inminente. En agosto, en plena crisis, cuatro sindicatos ferroviarios se sumaron a la huelga de marineros y portuarios, amenazando con un paro total de todo el transporte. El Ministro del Interior, Winston Churchill, proporcionó convoyes militares para mantener en funcionamiento los trenes esenciales y envió tropas a los centros de ataque. Hubo enfrentamientos inevitables; Los soldados de Liverpool abrieron fuego, matando a dos huelguistas e hiriendo a doscientos. Por pedir a los soldados que no dispararan contra los trabajadores británicos incluso si se les ordenaba, Tom Mann fue encarcelado bajo el cargo de incitar a las tropas a amotinarse. Aunque la huelga se resolvió en términos de emergencia, debido a la crisis exterior, siguieron otras de igual intensidad durante los siguientes tres años. Después del tiroteo en Liverpool, los votos de los sindicatos se inclinaron cada vez más hacia sus propios representantes, poniendo fin a la alianza con el

liberalismo. En medio del ruido de las realidades de la guerra de clases, la ferviente súplica de Churchill a los trabajadores en 1908: "¡Ah, pero debemos tener ese apoyo!" resonó ahora con la débil nota irónica de un cuerno lejano. Al separarse del movimiento obrero, el camino del liberalismo hacia el desierto político estaba abierto.

En este contexto, el Verano de la Coronación, el más caluroso de una generación, floreció en la plenitud dorada de una rosa abierta. Había cenas y recepciones extravagantes todas las noches, fiestas en el jardín todas las tardes, fiestas en casas de campo todos los fines de semana, purpurina, picnics y bailes de disfraces. Incluso el calor era “espléndido, un verano como rara vez ocurre en Inglaterra”. La regata Henley se celebró con un clima ideal y había días despejados para cada rito de la temporada, polo en Ranelagh, el partido de cricket Eton-Harrow en Lords, la Copa de Oro en Ascot. Ni la perspectiva de guerra, ni una huelga general de transportes ni siquiera la creación de pares pudieron apaciguar el buen humor de las festividades. Los periódicos utilizaron el lenguaje de la crisis y los nobles indignados gruñeron ante “nada menos que revolución”, pero un invitado llegó a un baile de máscaras en Claridge's vistiendo con ligereza un manto y una corona de noble que decía “No. 499” pegado en él. Lady Curzon fue coronada Reina de la Belleza en un Torneo de Caballeros organizado por la Sra. Cornwallis-West, la madre de Churchill, con entradas a £20 cada una. El Ballet Ruso hizo su debut en Londres en Covent Garden, Pavlova y Nijinsky bailaron en fiestas privadas, incluida una en un jardín bajo un cielo azul en Strawberry Hill, que alguna vez fue el hogar y el espectáculo gótico de Horace Walpole. Su nueva propietaria, Lady Michelham, poseía

diecinueve metros de perlas y ofreció una cena para sesenta invitados después del baile en el jardín, en la que los platos principales se sirvieron en forma de faros, iluminados por dentro y rodeados de hortelanos que representaban gaviotas con un oleaje de salsa blanca rompiendo sobre ellos. En una fiesta en una casa de Blenheim, el duque, su primo Winston, Neil Primrose, hijo de Lord Rosebery, y FE Smith jugaron a las cartas hasta el amanecer en una tienda de campaña a la luz de las velas sobre barriles volcados. "¿Para qué jugaremos, FE?" preguntó Marlborough. "Su maldito palacio, si lo desea", respondió Smith, aunque no se registra lo que apostó.

Sin embargo, no era lo mismo, no era la Inglaterra del año del Jubileo. Las huelgas fueron un recordatorio de la creciente presión de la clase trabajadora, como Agadir fue un recordatorio de la presión de Alemania. La seguridad de una época caracterizada en la memoria inglesa mucho tiempo después en términos de "los soberanos dorados, el sentido del honor, los enormes bloques rojos en el mapa" se había esfumado. La alegría era "febril", el baile de disfraces de la temporada lo ofrecía FE Smith, no la duquesa de Devonshire (el duque había muerto en 1908), y en Londres el último autobús tirado por caballos había desaparecido de las calles; Los taxis de motor, de los que no había ninguno a principios de siglo, ahora superaban en número a los taxis de caballos, entre 6.300 y 5.000.

La clase alta todavía encontraba inmensamente agradable la vida y a los demás. En una fiesta ofrecida por la señora Hwfa Williams y amenizada por el ingenio del marqués de Soveral, la conversación fue tan generalizada que los invitados que habían venido a almorzar se quedaron hasta la una de la madrugada. Puede que haya sido por disfrute o puede que se hayan quedado por aburrimiento, el aburrimiento de no tener nada más que hacer. Las risas, la diversión, las bromas pesadas, el innegable buen humor de la vida privilegiada de la época eran la otra cara del tedio. La interminable charla "durante el almuerzo, el té y la cena, en los bailes y las reuniones hasta bien entrada la noche", creía Masterman, era la charla "de una sociedad deseosa de interesarse, que más a menudo se aburría, llena de una resuelta convicción de que debía 'jugar el juego', y que este es

el juego que se debe jugar". Eran "un grupo de personas inteligentes, agradables y a menudo adorables... que intentaban con desesperada seriedad hacer algo de una vida libre del esfuerzo de ganar un salario". En sus escritos de 1909 no lo llamó el aburrimiento de la paz, pero cuando escribió sobre "la actual paz romana que ha sobrevenido a las razas occidentales de Europa", lo hizo casi con un suspiro de mala gana.

Durante la primera semana de julio, la Cámara de los Lores enmendó el proyecto de ley del Parlamento para cancelar la abolición del veto y excluir el gobierno autónomo de la legislación que podría convertirse en ley sin su consentimiento. El 18 de julio, Asquith informó oficialmente a Balfour por carta que estaba en posesión de la promesa del Rey de crear pares, que las enmiendas eran inaceptables y que se proponía hacer una declaración a los Comunes de que, a menos que los Lores aprobaran el proyecto de ley en su forma original, él pediría a la Corona que tomara las medidas adecuadas. Los intransigentes se lanzaron furiosamente a organizar la resistencia, como colonos que preparan una empalizada contra los indios. "Que hagan que sus pares", declaró Lord Curzon en una reunión de Intransigentes, "¡moriremos en la última zanja antes de ceder!" Aquellos que no simpatizaban con ellos fueron conocidos a partir de entonces como "Ditchers". Entre ellos se encontraban el nuevo marqués de Salisbury, su cuñado, el conde de Selborne, y, en los Comunes, su hermano menor, Lord Hugh Cecil, Austen Chamberlain, George Wyndham y los dos aventureros, Sir Edward Carson y FE Smith. Durante ese caluroso mes de julio, Lord Willoughby de Broke trabajó febrilmente sondeando a todos sus pares, organizando

reuniones y consiguiendo oradores. El 12 de julio, cincuenta y tres pares, entre ellos cinco duques, firmaron una carta dirigida a Lord Lansdowne en la que afirmaban que, a menos que se mantuvieran las enmiendas, votarían para rechazar el proyecto de ley del Parlamento en su lectura final "aunque la consecuencia fuera la creación de pares".

Balfour y Lansdowne, a quienes el rey rogó que no lo obligaran a adoptar el repugnante expediente, convocaron un gabinete en la sombra de la oposición, del cual una mayoría, aunque no todos, estaban dispuestos a seguir su recomendación de rendirse, es decir, dejar que el proyecto de ley del Parlamento se aprobara. pasar sin división, ya que morir en el último foso, si bien se defiende el principio, no impediría la abolición del veto. A menos que el Gobierno estuviera fanfarroneando, el resultado sólo sería la creación de pares y la pérdida del veto. Pero los Ditchers se mantuvieron firmes. Pedir una división, dijo Lord Halsbury, era su "deber solemne para con Dios y el país". Suponiendo que los "Hedgers", como ahora se llamaba a los seguidores de Balfour y Lansdowne, se abstuvieran, los Ditchers necesitaban votos suficientes para superar en número a los setenta y cinco pares liberales. Willoughby de Broke creía tener sesenta y esperaba ochenta.

Una vez más se convocó una reunión en Lansdowne House en un esfuerzo por llegar a una política concertada entre Hedgers y Ditchers. Curzon ahora había coincidido con la opinión de Balfour, pero el viejo Lord Halsbury sostenía sombríamente que "dividiría, incluso si estuviera solo, en lugar de rendirse". Se instó a Balfour a convocar otra reunión del Gabinete en la sombra, pero estaba cada vez más irritado e impaciente con la actitud "teatral" de los intransigentes, especialmente de los plebeyos como Smith y Chamberlain. Lo máximo que haría sería escribir una carta pública al Times dirigida a un "compañero perplejo" advirtiendo la necesidad de aprobar el proyecto de ley. Los Ditchers respondieron que el proyecto de ley establecería un gobierno de cámara única y que no podían eximirse de responsabilidad "por una revolución contemplada simplemente mediante la abstención". Como colofón de su campaña organizaron un gran banquete en honor de Lord Halsbury, cuya demanda de entradas superó la capacidad del salón. En medio de discursos de gladiadores y brindis, Lord Halsbury, que parecía "muy enfermo, ansioso y cansado", expresó la determinación de su grupo de luchar hasta el final y recibió una tremenda ovación. Lord Milner, cuyo "Malditas

consecuencias” podría decirse que inició la serie de acontecimientos, fue una incorporación lógica a la empresa. Entre otros oradores, Austen Chamberlain denunció a Asquith por haber “engañado a la Oposición, atrapado a la Corona y engañado al pueblo”.

El 24 de julio, el día en que estaba previsto que el Primer Ministro hiciera su anuncio ante la Cámara de los Comunes, los partidarios de los Ditchers en esa Cámara, encabezados por Lord Hugh Cecil y FE Smith, organizaron una protesta que culminó en la "escena más violenta de la historia". Bienes comunes dentro de la memoria viva”. Toda la ira y la frustración de una clase a la defensiva explotaron en una demostración de odio e histeria. Smith entró en él por amor al ataque, Lord Hugh por sinceridad apasionada. En él se concentraba todo el odio de los Cecil hacia el cambio, sin el frío escepticismo de Cecil tan notable en su primo Arthur. Todas sus convicciones estaban al rojo vivo. Vio fatalidad en la sociedad materialista moderna, en el alejamiento de la Iglesia y la tierra y en el alejamiento de la democracia de los líderes “naturales”. Alto y encorvado como su padre cuando era joven, con un rostro sombrío y estrecho, tenía la costumbre de su padre de torcer y girar sus largas manos y se parecía y se comportaba como Savonarola. Churchill, en cuya boda en 1908 había sido padrino, escribió que en Cecil “conocí por primera vez a un verdadero conservador, un ser fuera del siglo XVII”. En una conversación privada fue “tan rápido, ingenioso e inesperado que fue un placer escucharlo”, y en la Cámara mantuvo a los miembros “clavados en un silencio absoluto durante más de una hora” con un discurso sobre la diferencia entre los erastianos. y altos clérigos. Considerado por Asquith “el mejor orador de la Cámara de los Comunes y, de hecho, de cualquier lugar”, era en don de la palabra como en opiniones un Albert de Mun inglés.

Una vez, cuando Gladstone visitó Hatfield, Hugh, entonces un niño pequeño, irrumpió en su dormitorio y lo golpeó con los puños, gritando: "¡Eres un mal hombre!".

"¿Cómo puedo ser un mal hombre si soy amigo de tu padre?" preguntó Gladstone, que no en vano había dominado mil debates. Pero este oponente no debía ser desviado hacia el debate; se ocupó de las finalidades. “Mi padre te va a cortar la cabeza con una gran espada”, fue su respuesta.

La espada estaba ahora desenvainada contra el señor Asquith. A las tres de la tarde, en una Cámara ya bullente de emoción, con todos los asientos ocupados y los miembros de pie en la pasarela, agrupados en densos grupos como abejas, y las galerías llenas de espectadores, entró el Primer Ministro, con aspecto sonrojado y un poco nervioso. Los

liberales se pusieron de pie agitando sus papeles de orden y vitorearon durante tres minutos, provocando “feroces exclamaciones” de la Oposición, que a su vez vitoreó cuando Balfour entró. Cuando Asquith se levantó para hablar, fue interrumpido antes de que pudiera pronunciar una frase audible por gritos de “¡Traidor!” y “¡Redmond!” en referencia a la espada irlandesa que pendía sobre su cabeza, seguido de un murmullo bajo y constante de "¡Divide!... '¡vide!... '¡vide!".*que comenzó, creció, se extinguió y cada vez que Asquith abría la boca, comenzaba de nuevo. De pie en el banco delantero de la oposición, debajo de la pasarela, con los ojos llameantes, su cuerpo huesudo y desgarbado balanceándose al ritmo de sus gritos, su rostro pálido y contorsionado por una “tremenda pasión”, Hugh Cecil lo miró, poseído por un fanatismo que le permitía Creemos que cualquier táctica, por deshonrosa que sea, estaba justificada por el bien de la causa. Asquith miró a sus enemigos que gritaban con desprecio y asombro, sus ojos se posaron en Cecil con la mirada fascinada de alguien sostenido por el paso de un tigre enjaulado. En las galerías, damas emocionadas estaban de pie en sus sillas. Sir Edward Grey, con rostro sombrío, se acercó a Asquith como para protegerlo. Balfour, sentado enfrente, observaba a sus propios seguidores con una mirada de asombro y disgusto. Varias veces Asquith intentó leer su declaración pero nada de lo que dijo se pudo escuchar entre los gritos de “¡'vide! '¡véase!" "¿Quién mató al rey?" y “¡Dictador!” Las pocas palabras que logró hacer oír sólo enfurecieron a sus oponentes y provocaron más aullidos. A pesar de todos los esfuerzos del presidente, los manifestantes se negaron a amainar. Durante tres cuartos de hora Asquith se mantuvo firme hasta que finalmente, “blanco de ira”, dejó su discurso y se sentó.

Cuando Balfour se levantó para hablar, los liberales no tomaron represalias, pero cuando FE Smith, que se creía que era el instigador, se levantó, se encontró con un caos. Habría sido imposible exagerar la intensidad de la pasión en la Cámara esa tarde, escribió el corresponsal del Times. Nuevamente el Portavoz quedó indefenso, y finalmente, después de que la sesión había durado dos horas y en medio de continuos gritos y un grito aislado desde los escaños laboristas, “¡Tres hurras por la Revolución Social!” levantó la sesión de la Cámara como una “asamblea desordenada”, por primera vez en su historia.

Las peleas y los abusos de la “escena Cecil”, como se la conoció, asombraron a todos. Nunca antes un Primer Ministro había sido tratado de manera tan irrespetuosa. La prensa se desbordó de comentarios indignados y cartas a favor y en contra. Muchos sintieron que la escena se había dirigido tanto contra el liderazgo de Balfour

como contra Asquith. Blunt registró que FE Smith, George Wyndham y Bendor (el duque de Westminster) estaban “de muy buen humor ante la conmoción que han causado y consideran que han obligado a Balfour a actuar”.

La publicación al día siguiente de la declaración inaudita de Asquith marcó el punto de no retirada y los líderes conservadores tuvieron que enfrentar la posibilidad de que los insurgentes realmente provocaran la “revolución” que Balfour más deseaba evitar: la creación de una mayoría liberal permanente en los Lores. Si los intransigentes podían reunir a más de setenta y cinco, debía seguir la creación de pares, a menos que el gobierno estuviera fanfarroneando. ¿Fue un farol? Muchos todavía lo creían así; nadie podría estar seguro. Tampoco nadie sabía cuántos pares votarían realmente con los intransigentes. En esta situación crucial, Lansdowne y los Hedger tuvieron que afrontar la terrible necesidad de encontrar un número de pares conservadores que sacrificaran principios, si no honor, para votar con el Gobierno a favor del proyecto de ley que detestaban. Era la única manera de evitar una posible mayoría acérrima. Cuántos serían necesarios para el sacrificio y cuántos tendrían el coraje en el último momento de realizarlo era otra de las dolorosas incertidumbres de la situación.

El 10 de agosto, día para beber la cicuta, la temperatura alcanzó un récord de cien grados y la tensión en Westminster fue aún mayor porque, a diferencia de crisis políticas anteriores, el resultado estaba en suspenso. A las cuatro de la tarde, la Cámara de los Lores se había llenado hasta el último asiento con la mayor asistencia jamás conocida, con las galerías de visitantes abarrotadas y los pares de pie en los pasillos y puertas. Llevaban chaqués con cuello de ala, pañuelos, polainas y chalecos ligeros y, después del recreo para la cena, muchos aparecieron con corbata blanca y frac. Los intransigentes llevaban ramitas blancas de brezo enviadas por la duquesa de Somerset, mientras que muchos de los Hedger llevaban rosas rojas. Mientras Halsbury marchaba hacia su asiento con el aire de un caballero

entrando en las listas, a un observador le pareció que iba acompañado por un sonido casi audible de tintineo de espuelas. En un estridente llamamiento a la conciencia, exigió la derrota del proyecto de ley. Lord Curzon habló en nombre de la mayoría y luego se sentó "pálido y enojado" mientras Lord Selborne saltaba a la mesa y "en tonos estridentes con gestos dramáticos" renovaba ferozmente la intención de morir en la última zanja. El discurso del líder liberal, Lord Crewe, inyectó un nuevo suspense, cuya referencia a la “desgana natural” del Rey y cuya infeliz conclusión: “Todo este asunto, lo admito francamente, me resulta odioso”, revitalizó la creencia de que el El gobierno estaba mintiendo. Se produjeron angustiosos recuentos y recuentos. De los seis pares que se sentaron en la misma mesa durante el receso de la cena, dos de los cuales, Lord Cadogan y Lord Middleton, eran ex miembros del gabinete conservador, ninguno había decidido cómo votar. Cuando, al volver a reunirse, uno de los pares “sacrificados”, Lord Camperdown, anunció su intención de votar con el Gobierno, el duque de Norfolk, enfurecido, respondió que si algún par conservador votara a favor del proyecto de ley, él y su grupo votarían con los intransigentes. Lord Morley, cuyo título de nobleza apenas tenía tres años, se sintió sin embargo "profundamente conmovido" cuando se vio obligado a hacer explícita la intención del Gobierno de seguir la derrota del proyecto de ley con "una creación grande y rápida de pares". A pedido repitió la declaración. Un manto se posó sobre la cámara. El Arzobispo de Canterbury instó a los miembros a no provocar un acto que

convertiría a su Cámara y, de hecho, al país en un "hazmerreír". Lord Rosebery, cuyas vacilaciones habían confundido a todos pero de quien se esperaba que se abstuviera, de repente saltó de los bancos transversales y anunció, en "este último, más corto y quizás el más doloroso discurso de mi vida", que votaría con el Gobierno. Dado que, cualquiera que sea el resultado, "la Cámara de los Lores, tal como la conocemos, desaparece", dijo que tenía la intención de no volver a entrar por sus puertas nunca más, y nunca lo hizo.

A las 22:40 horas, en medio de "intensa emoción", se llamó a la división. Los pares abstencionistas que pudieron encontrar espacio se apiñaron en los escalones del trono, donde pudieron permanecer sin votar mientras el resto de los abstencionistas encabezados por Lord Lansdowne abandonaban la cámara. Los dos grupos, mientras se reunían para desfilar en dos grupos hacia los vestíbulos a ambos lados de la cámara, parecieron a los tensos observadores en las galerías aproximadamente iguales en número. El conteo lo hacían cajeros con varitas blancas que golpeaban el hombro de cada compañero cuando regresaba del vestíbulo de la división. Lentamente los arroyos reaparecieron mientras desde las puertas abiertas se escuchaba a los escrutadores contar en voz alta: "uno, dos, tres, cuatro…". Durante un cuarto de hora que pareció una hora completa, el proceso continuó. Durante una pausa accidental en la corriente del Gobierno, se escuchó al impávido Lord Halsbury susurrar: "¡Ahí! ¡Sabía que debíamos vencerlos! Lord Morley esperó ansiosamente a ver las mangas de césped de los obispos, sintiéndose seguro de que votarían con el Gobierno. La procesión llegó a su fin. Los escrutadores llevaron su recuento al jefe de látigo, Lord Herschell, quien entregó los resultados en una hoja de papel al Lord Canciller. En medio de un profundo silencio, Lord Loreburn se levantó del saco de lana, se quitó las hojas de la peluca y anunció en tono claro el resultado: para el proyecto de ley, 131; en contra, 114; mayoría, 17. Incapaz de contener su emoción, Lady Halsbury siseó ruidosamente desde la Galería de las Peeresses. No hubo aplausos ni entusiasmo por parte de los vencedores, excepto los parlamentarios que corrieron con la noticia a su propia Cámara, donde fue recibida con rugidos de triunfo. Los Lores se marcharon inmediatamente y en cinco minutos su salón quedó vacío. Treinta y siete pares conservadores más los dos arzobispos y once obispos habían votado con el Gobierno y aquellos

que aparecieron esa noche entre una tumultuosa reunión en el Carlton Club fueron recibidos con gritos de "¡Vergüenza!" y “¡Judas!”

“Las compuertas de la revolución están abiertas”, vociferó el Daily Mail de Lord Northcliffe a la mañana siguiente, pero no llegó agua. Una vez abolido el veto, quedó abierto el camino para un proyecto de ley de autonomía que el Gobierno presentó en la siguiente sesión. Al final, la victoria sobre los Lores resultó irrelevante. La oposición al Gobierno Autónomo simplemente cambió de terreno y, en la nueva forma de la rebelión del Ulster, provocó una crisis nueva y más grave en la que la existencia del proyecto de ley del Parlamento era irrelevante. En última instancia, fue necesaria una agitación mayor que la abolición del veto para sacar al íncubo irlandés de la política inglesa.

Algunas semanas más tarde, Sir Edward Gray le comentó a Winston Churchill: "Qué año tan extraordinario ha sido este: el calor, las huelgas y ahora la situación exterior".

"Bueno", dijo Winston, "te has olvidado del proyecto de ley del Parlamento", y un amigo que grabó la conversación agregó: "Y lo mismo él y todos".

La mañana siguiente a la votación en la Cámara de los Lores, la ola de calor y la huelga del transporte, que parecía a punto de convertirse en una huelga general y amenazar con un “peligro real de revolución social”, absorbieron la atención del país. Un compañero disgustado no pudo encontrar “ninguna prueba en ninguna parte de que la crisis constitucional hubiera agitado al país”. El mismo día, la Cámara de los Comunes aprobó una medida quizás de mayor importancia: un proyecto de ley sobre el pago de los miembros por el cual los parlamentarios recibirían en lo sucesivo un salario anual de 400 libras esterlinas. Los conservadores lo habían combatido encarnizadamente durante mucho tiempo y los laboristas lo habían buscado decididamente. El Partido Laborista consideraba que la falta de pago privaba a la clase trabajadora del derecho a estar representada en el Parlamento por hombres de sus propias filas. El pago fue especialmente necesario después de que la sentencia Osborne prohibiera el uso de fondos sindicales para los salarios de los miembros. Para sus oponentes, el Pago de Diputados marcó la desaparición de la política como una profesión de caballeros y como tal fue “más desastroso” incluso que el Proyecto de Ley del Parlamento. Introduciría un nuevo e “intolerable tipo de político profesional”, se quejó Austen Chamberlain. Eliminaría el “último freno a la avalancha de meros aventureros”, decía The Times, entonces propiedad del aventurero supremo Lord Northcliffe, y alentaría la

“invasión” de formas no remuneradas de servicio público “ahora desempeñadas eficientemente por hombres que "Puedo permitirme el lujo de ser desinteresado". Para los patricios, libres de avaricia pecuniaria y participando en el gobierno por un sentido de deber cívico, el punto era válido pero obsoleto; las necesidades de la sociedad habían crecido más allá de él, y nunca había sido desinteresado en defender los baluartes de su casta. El pago de diputados midió otro avance en la transferencia de poder.

El siguiente acto siguió lógicamente: Balfour renunció al liderazgo del Partido Conservador, que había ocupado en la Cámara de los Comunes durante veinte años. Su anuncio, realizado el 8 de noviembre de 1911, tras regresar de unas vacaciones en Bad Gastein, causó “sensación” política. Aunque había tomado forma un movimiento para su derrocamiento bajo el lema BMG (Balfour Must Go), inspirado en el ala insurgente bajo la influencia de FE Smith y Austen Chamberlain, se esperaba que luchara por el control. Pero las etapas finales de la crisis del Veto, el desenfreno de una batalla sin sentido, la preferencia de los Ditchers por el gesto sobre el pensamiento, la creciente influencia de aventureros como Smith, a quien detestaba, y el desafío a su propio liderazgo mostrado por los groseros Las tácticas de la escena de Cecil se habían acumulado en Balfour hasta el punto de una irritada indiferencia. Casi como un gesto de desprecio, no esperó a que se produjera la votación final en la Cámara de los Lores, sino que el día anterior partió hacia Bad Gastein. Durante su estancia entre “las cataratas, los pinos y los precipicios” reflexionó y tomó una decisión. Tenía sesenta y tres años, su interés por la filosofía era todavía fuerte y afrontar la necesidad de volver a luchar por el control, primero del partido, luego del país, contra las tendencias de una nueva era no le atraía. Pertenecía a una tradición en la que el gobierno era función del patricio, mientras que ya, como dijo en su discurso de dimisión, las exigencias a los administradores y legisladores se habían vuelto tan pesadas que los asuntos de Estado debían recaer en aquellos que estaban preparados ". ser políticos y nada más que políticos, trabajar la maquinaria política como políticos profesionales”. La avalancha de la multitud sobre el tranquilo jardín, tal como Masterman había descrito el ascenso de la población, estaba en marcha y Balfour era demasiado filósofo para luchar contra ella.

Su sucesión no recayó en ninguno de los dos principales contendientes, Walter Long, en representación de la nobleza terrateniente, ni Austen Chamberlain, que se anulaban mutuamente, sino en Bonar Law, un fabricante de acero de Glasgow, nacido en Canadá, que leía los periódicos con regularidad, comía comidas a base de verduras, leche y arroz con leche y contaba con el respaldo de otro

de los aventureros, su compatriota canadiense Max Aitken, que pronto sería Lord Beaverbrook.

La partida de Balfour inspiró una avalancha de comentarios en la prensa y chismes políticos y un tributo impecable de Asquith al "miembro más distinguido del mayor organismo deliberante del mundo". George Wyndham, bastante más amargo aunque más genuino, pensó que la negativa de Balfour a luchar era propia de su carácter, y que surgía de la indiferencia que surgía de adoptar “una visión demasiado científica de la política”. “Él sabe”, dijo Wyndham, “que una vez hubo una edad de hielo y que volverá a haber una edad de hielo”.

*La convocatoria a votación, que se realiza por división, es decir, una separación física de los miembros en sus respectivos lobbys.

8 La muerte de Jaurès

LOS SOCIALISTAS: 1890-1914

8 La muerte de Jaurès

S

OCIALISMOera internacional. Su nombre como movimiento organizado, Segunda Asociación Internacional de Trabajadores, así lo decía. Su himno, "La Internacional", lo afirmó y prometió además que "mañana la Internacional será la raza humana". Su Congreso fundacional de 1889 tuvo como presidentes conjuntos a un francés y un alemán, Edouard Vaillant y Wilhelm Liebknecht. Su membresía en su apogeo representaba a los partidos socialistas de treinta y tres naciones y aspirantes a naciones, incluyendo Alemania, Francia, Inglaterra, Austria, Hungría y Bohemia, Rusia, Finlandia, Holanda, Bélgica, España, Italia, Suecia, Noruega, Dinamarca. , Serbia, Bulgaria, India, Japón, Australia y Estados Unidos. Su bandera era de un rojo sólido que representaba la sangre de todos. Su tesis esencial era que la solidaridad de clase de los trabajadores trascendía las fronteras nacionales en una división horizontal de la sociedad. Su festividad se reservó el primero de mayo para demostrar la hermandad proletaria. Su lema era "¡Trabajadores del mundo, uníos!"

Independientemente de que los mineros, los obreros de las fábricas, los trabajadores agrícolas, los sirvientes y otros miembros de la clase trabajadora, en cuyo interés existía el socialismo, se sintieran internacionales o no, sus líderes lo creían, lo practicaban y contaban con ello. En el Congreso Socialista de Ámsterdam que tuvo lugar en 1904 durante la guerra ruso-japonesa, los delegados ruso y japonés, Plejánov y Katayama, estaban sentados uno al lado del otro. Cuando los dos hombres se dieron la mano, los 450 delegados se pusieron de pie en un tributo de atronadores aplausos. Cuando Plejánov y

Katayama pronunciaron cada uno un discurso declarando que la guerra había sido impuesta a su país por el capitalismo y no era una cuestión de que el pueblo japonés luchara contra el pueblo ruso, fueron escuchados en “silencio casi religioso” y se sentaron entre vítores.

El socialismo se basó igualmente en el concepto de guerra de clases y en su resultado final, la destrucción del capitalismo. Consideraba enemigos tanto a la clase dominante como a la burguesía. El sentimiento fue correspondido. La palabra “socialista” tenía un tono de sangre y terror, como “jacobino” de los viejos tiempos. Durante el cuarto de siglo que siguió a su fundación en París en 1889, en el centenario de la Revolución Francesa, la Segunda Internacional inspiró una creciente aprensión en la clase dominante. Viena quedó “paralizada por el miedo” cuando Viktor Adler, el líder socialista austriaco, convocó una huelga general de un día y manifestaciones masivas en todo el Imperio el primer Primero de Mayo para demostrar la fuerza unida de los trabajadores. Cuando Adler anunció un desfile de trabajadores por el Prater bordeado de castaños, donde normalmente sólo aparecían los carruajes de los ricos, los ricos y sus aliados temblaron, esperando que la chusma incendiara casas, saqueara tiendas y cometiera atrocidades inimaginables en su marcha. Los comerciantes bajaron las contraventanas de hierro, los padres prohibieron a los niños salir a la calle, se apostaron policías en cada esquina y se mantuvieron tropas en reserva. La burguesía vio extenderse ante sus pies lo que Henry George había llamado en Progreso y Pobreza “el infierno implacable y con la boca abierta que bosteza bajo la sociedad civilizada”. Se les informó de la creciente amenaza “de la Casa de la Miseria sobre la Casa de los Tener”.

Cuando se fundó la Segunda Internacional, la jornada de doce horas y la semana de siete días eran normales para los trabajadores no organizados. El descanso dominical y la jornada de diez o nueve horas eran privilegios duramente ganados por los trabajadores calificados en los sindicatos artesanales, que representaban apenas una quinta parte de la fuerza laboral. En 1899, Edwin Markham, impresionado por la figura encorvada y bruta del “Hombre de la azada” de Millet, expresó tanto el miedo como la responsabilidad de la sociedad en un poema que lleva el nombre de la imagen:

> A través de esta forma espantosa la humanidad traicionada, saqueada, profanada y desheredada, Grita protesta a los Jueces del mundo, Una protesta que también es profecía...

¿Cómo responderá el futuro a este hombre? ¿Cómo responderá a su cruda pregunta en esa hora en que los torbellinos y la rebelión sacuden al mundo? ¿Cómo será con los reinos y los reyes, con aquellos que lo moldearon hasta lo que es, cuando este mudo Terror responda? a DiosDespués del silencio de los siglos?

En 1899, cuando la poesía todavía hablaba al público, el poema de Markham causó sensación. Los periódicos de todo Estados Unidos lo reimprimieron, los editoriales lo discutieron, los clérigos lo usaron como texto, los escolares lo estudiaron, las sociedades de debate lo debatieron y los comentaristas lo llamaron "el grito del zeitgeist" y, junto al "Recessional" de Kipling, el más " poema significativo de la época".

La conciencia pública que respondía a la visión de un artista y a las palabras de un poeta se asustaba y enojaba cuando se enfrentaba a la realidad. Cuando en 1891 los trabajadores textiles de Fourmies, una pequeña ciudad industrial en el norte de Francia, organizaron una manifestación del Primero de Mayo para una jornada de ocho horas, la policía cargó contra su desfile y en el tumulto que siguió mató a diez personas, incluidos varios niños. "¡Cuidarse!" advirtió Clemenceau en la Cámara. "Los muertos son fuertes persuasores. Hay que prestar atención a los muertos... Les digo que el hecho principal de la política actual es la inevitable revolución que se está preparando... El Cuarto Poder se está levantando y aspirando a la conquista del poder. Hay que tomar partido. O te enfrentas al Cuarto Poder con violencia o lo recibes con los brazos abiertos. Ha llegado el momento de elegir".

Había poca disposición hacia los brazos abiertos. Cuando los dirigentes y sindicatos socialistas de Bélgica, después de dos sangrientos intentos previos, lograron en 1893 organizar una huelga general por la igualdad de sufragio masculino, condición previa esencial para la conquista del poder, los soldados mataron a doce antes de que terminara la huelga. Cuando la huelga de Pullman en los Estados Unidos en 1894 paralizó los trenes y el correo, el juez William Howard Taft de Cincinnati, lejos de ser un hombre feroz, escribió a su esposa: "Será necesario que los militares maten a algunos miembros de la turba antes de que llegue el momento". los problemas pueden detenerse. Sólo han matado a seis... hasta el momento. Esto no es suficiente para causar una buena impresión". Aquí estaba en marcha la guerra de clases.

El objetivo final del socialismo era la abolición de la propiedad privada y la redistribución de los bienes del mundo para proporcionar a todos lo suficiente. El objetivo era el mismo que el del anarquismo; lo que provocó el conflicto permanente entre ambos grupos fue que los socialistas creían en la organización y la acción política para lograrlo.

La propiedad colectiva fue la respuesta de ambos al terrible enigma planteado por el siglo XIX: cuanto mayor era el progreso material, más amplia y profunda era la pobreza resultante. Marx extrajo del enigma el tema central de su sistema: que esta contradicción inherente al capitalismo provocaría su colapso. Lo demostró a partir del análisis económico de la historia. El efecto de la Revolución Industrial había sido transformar al trabajador de un productor independiente que poseía sus propias herramientas a un peón de fábrica, un miembro indigente y sin propiedad de la sociedad, dependiente para su sustento del capitalista que poseía los medios de producción. A través de la acumulación capitalista de ganancias derivadas de la plusvalía del producto del trabajador, los explotadores se estaban volviendo más ricos y los explotados más pobres. El proceso sólo podría terminar en el colapso violento del orden existente. Entrenada en la conciencia de clase y preparada para este acontecimiento, la clase trabajadora, en el momento de madurez, se levantaría en revolución para marcar el comienzo del nuevo orden.

Esta doctrina marxista de Verelendung (pauperización o miseria creciente) y Zusammenbruch (colapso) fue la fórmula religiosa del socialismo, equivalente a "Dios es uno" de otra religión. Afectó al socialismo y al movimiento obrero con un cisma crónico entre la necesidad del colapso y la revolución, por un lado, y la posibilidad de una reforma gradual del orden existente, por el otro. Como cisma entre el futuro Absoluto y el presente Posible, estuvo presente desde su nacimiento, cuando los fundadores de 1889 se dividieron en dos Congresos sobre la cuestión de si se debía permitir la cooperación con los partidos políticos burgueses. Los verdaderos marxistas acusaron a los posibilistas franceses de acechar en las estaciones de ferrocarril de París para llevar a los delegados desprevenidos de las provincias al Congreso equivocado. A lo largo de los siguientes veinticinco años, el cisma afectó cada acto, decisión y formulación de políticas en el movimiento obrero, dividiendo los logros negociados de la guerra de clases intransigente, los pragmáticos de los teóricos, los sindicatos de los partidos parlamentarios, los propios trabajadores, que querían mejoras. en salarios, horas y seguridad hoy, de parte de los líderes, que agitaron en su nombre por el poder político mañana.

La premisa marxista incorporó al socialismo un dilema crónico además de un cisma. Como movimiento en nombre de la clase trabajadora, necesitaba el apoyo de la clase trabajadora, que sólo podía obtenerse mostrando resultados prácticos. Sin embargo, cada resultado práctico ralentizó o detuvo el proceso de empobrecimiento. Mientras caminaba con un amigo que metió la mano en el bolsillo para darle dinero a un mendigo, Johannes Miquel, en su juventud un ardiente socialista, lo detuvo diciéndole: "¡No demores la Revolución!". Éste era el extremo lógico del marxismo. Cualquier reforma infería un terreno común entre las clases en disputa; la revolución asumió la ausencia de ella. Si no había puntos en común, ¿de qué servía entonces algo que no fuera una revolución? Los socialistas ortodoxos sortearon este enorme agujero en el credo al sostener que se debían seguir arrancando reformas a la clase poseedora a fin de fortalecer a los trabajadores para la lucha final. Los diversos partidos nacionales siempre plantearon un programa mínimo de reformas que debían obtenerse dentro del sistema existente y un programa máximo para la destrucción del capitalismo y el triunfo de la lucha de clases. Cada vez más, los moderados u “oportunistas”, como los llamaban sus oponentes, se concentraron en el programa mínimo y en la adquisición del poder político necesario para llevarlo a cabo, mientras que los ortodoxos se negaron a admitir que cualquier éxito provisional interfiriera con la verdad de la “creciente miseria”. .”

En cuanto a la necesidad final de la revolución, los programas del Partido Socialista eran imprecisos. Lo pasaron por alto tanto para atraer a los votantes como porque seguía siendo un punto discutible. El socialismo no era una doctrina dura, parecida a una joya, impermeable a modificaciones, sino que variaba según la época, el país, la situación y la facción. Que un socialista creyera o no en la revolución era en gran medida una cuestión de temperamento. Para algunos fue “nada más que una revolución”. Para otros, lo que contaba era el milenio socialista, independientemente de cómo se alcanzara. Para los marxistas ortodoxos, en cualquier caso, el colapso era ineluctable y el capitalismo no era un sistema que había que modificar sino un enemigo que había que destruir, un tirano viviente armado con las armas de su clase: tribunales, ejército, jueces, legislatura, policía, mandatos judiciales, bloqueos.

La propiedad había durado demasiado, llenando el mundo de maldad y volviendo a los hombres unos contra otros. Había llegado el momento del cambio. Los males sociales producidos por el capitalismo (pobreza, ignorancia, prejuicio racial y guerra, que no era más que otra forma de explotación capitalista) serían eliminados y reemplazados por la armonía social. Liberados del falso patriotismo,

los trabajadores unidos por su hermandad subyacente ya no lucharían entre sí. Liberado de las avaricias y frustraciones impuestas por el capitalismo, cada individuo podría perseguir “el desarrollo intacto de su personalidad”, teniendo garantizado bajo el sistema colectivo medios y libertad suficientes para lograrlo.

Como carro de un orden de vida nuevo y superior, a sus defensores les parecía que el socialismo conllevaba una tarea sagrada y les imponía el deber moral de ser dignos del ideal. Como creía que la bebida deshonraba y destruía a las clases trabajadoras, Viktor Adler adoptó la abstinencia total para dar ejemplo personal. El socialismo fue el depositario de las grandes palabras. Cuando, siendo estudiante en Bruselas, Angélica Balabanov, una joven revolucionaria rusa, escuchó a los oradores socialistas en el Parlamento belga, “el Parlamento me pareció entonces un lugar sagrado donde la ciencia, la verdad y la justicia... debían conquistar las fuerzas de la tiranía y la opresión. para la clase trabajadora”.

El gol dio una emoción, un significado, un brillo a las vidas socialistas que para muchos de ellos sustituyó los impulsos habituales de ambición y beneficio personal. Los militantes y organizadores del partido en los primeros días trabajaron en balde. Como no había dinero en el movimiento, no podía haber corrupción. Como no podía ofrecer medios de vida ni ganancias, sus líderes tendían a ser idealistas. Era una causa, no una carrera. Dio a sus discípulos algo por lo que trabajar e infundió una pasión que podía entenderse más allá de la barrera del idioma. En un congreso socialista, el líder español Pablo Iglesias habló con tanta elocuencia en su lengua materna que, aunque el público no entendió una palabra, prorrumpió en frecuentes aplausos. A los trabajadores que votaron cada vez más por él, millones después del cambio de siglo, el socialismo les dio respeto por sí mismos y una identidad. Un trabajador ya no podía sentirse un miembro anónimo ignorado de un rebaño, sino un ciudadano con un lugar en la sociedad y una afiliación política propia. A diferencia del anarquismo, el socialismo le dio un partido al que pertenecer y, dado que no era necesario agarrar la ortiga de la revolución, una forma aceptable de alcanzar la meta en lugar de hacerlo a través de actos ilegales.

La causa atrajo a hombres como el italiano Amilcare Cipriani, uno de los fundadores del Congreso de 1889. Tipo de eterno rebelde, había luchado con los camisas rojas de Garibaldi y como voluntario en la insurrección cretense contra Turquía y apareció en Bruselas para unirse los camaradas en la huelga general de 1893. “Magnífico con capa y sombrero de fieltro suave, con barba negra veteada de gris y

ojos de fuego”, llevaba un bolso en el que “había sin duda más explosivos que artículos de tocador… listos para luchar en cualquier rincón del mundo por la causa de la Revolución”.

Atrajo a hombres de conciencia atribulada de la clase alta, como el estadounidense Robert Hunter, casado con una hija del banquero y filántropo Anson Phelps Stokes. Como otros de su clase, Hunter se sorprendió por los artículos de los Muckrakers y se vio impulsado a buscar un remedio para la injusticia social. Tuvo su primera visión de los pobres en el trabajo en las casas de asentamiento, descubrió el socialismo y, a la edad de veintiocho años, en 1904, escribió un pequeño clásico, Pobreza. Con la emoción apagada de su época, describió un valle en Italia “tan sonriente y pacífico, con mil jardines en terrazas en sus exquisitas laderas, bajo cielos que embelesan el alma; y con hombres, mujeres y niños cuyos rostros de ojos grandes y mejillas hundidas laceran el corazón... Dios mío, ¿no es el Valle del Tirano toda la escuela que Italia necesita para el socialismo?... Los rostros están contigo cuando comes y tus la comida te enferma... Cualquier hombre con corazón se haría socialista en Italia”.

Los valles del Tirano en todos los países convirtieron en socialistas a los intelectuales que los vieron y a los trabajadores que nacieron en ellos. Lo que ambos tenían en común era la fe en que el hombre tenía el poder de mejorar las cosas. Los obstáculos eran enormes; la Casa de Have era vieja, fuerte y arraigada. Pero los agravios de la clase trabajadora iban en aumento y estaban preocupados tanto por la desigualdad social como por la pura miseria. A los trabajadores les molestaba la disparidad en el sufragio, debido a calificaciones de propiedad. Les molestaba el funcionamiento desigual del servicio militar obligatorio, del que los privilegiados podían quedar exentos; el sesgo de la ley, que funcionaba de una manera para los ricos y de otra para los pobres; las capas de privilegios hereditarios de todo tipo, que la clase dominante daba por sentado. El socialismo estaba haciendo que las necesidades de los trabajadores fueran conscientes y articuladas. La apatía de las masas que había desilusionado a Bakunin y había hecho que Lassalle criticara “la maldita carencia de los pobres” estaba pasando. Empezaban a saber lo que querían, aunque en general no era una revolución. La inclusión de ese objetivo por parte del socialismo fue lo que le dio fervor e impulso, como en el caso de Julius Braunthal, quien se unió al Partido Socialista Austriaco a la edad de catorce años "por el bien de la Revolución". Pero la revolución atrajo más a los intelectuales que no tenían dudas de su capacidad para gestionar la sociedad que a la clase trabajadora.

Como una grieta en una tabla de madera que no

se puede sellar, la diferencia entre el trabajador y el intelectual era inerradicable en el socialismo. El socialismo organizado llevaba el nombre de Asociación de Trabajadores, pero en realidad nunca existió tal cosa. No fue un movimiento de la clase trabajadora, sino en nombre de ella, y la distinción siguió siendo básica. Aunque hablaba en nombre del trabajador y articulaba sus necesidades, los intelectuales fijaban metas y doctrinas, y el pensamiento, la energía y el liderazgo suministraban en gran medida. La clase trabajadora era al mismo tiempo cliente y, en última instancia, en su fuerza de masas, el instrumento necesario para el derrocamiento del capitalismo. Como tal apareció como Héroe; fue sentimentalizado. En las ilustraciones de un panfleto inglés que conmemoraba el Congreso de Londres de 1896, los trabajadores aparecían como hermosas figuras de Burne-Iones, musculosas y hermosas, vestidas con batas y acompañadas por mujeres indomables de extremidades largas y cabello ondulado. No eran de la misma raza que las figuras sucias de Zola: duras, hambrientas, tísicas y alcohólicas. La realidad no era ni una cosa ni otra; ni todo lumpenproletariado ni revolucionario de barba rizada y puño cerrado. La clase trabajadora no era más una sola clase que cualquier otra clase. La doctrina socialista, sin embargo, requería que fuera una entidad con una mente de clase trabajadora, una voz de clase trabajadora, una voluntad de clase trabajadora y un propósito de clase trabajadora. De hecho, estos no fueron fáciles de determinar. El socialista los idealizó y ser idealizado es sobreestimarse.

Debido a sus disputas internas, el Congreso fundador de 1889 no estableció un cuerpo de doctrina que los partidos miembros estuvieran obligados a suscribir. El acuerdo no fue más allá de cuatro resoluciones que establecían cuatro objetivos como objetivos socialistas propios del programa máximo: la jornada de ocho horas; sufragio universal igualitario para todos los hombres; sustitución de ejércitos permanentes por milicias ciudadanas; celebración del Primero de Mayo para una demostración de fuerza de la clase trabajadora.

Mientras que la primera era la demanda esencial de la clientela, la segunda era fundamental para todo el propósito y programa socialista. El voto era el único medio por el cual las masas podían convertir los números en poder; su único medio para igualar el poder del capital. Por la misma razón, la clase dominante se resistió. En aquella época, el sufragio igualitario para todos los hombres sólo existía en Francia y Estados Unidos, y en Alemania sólo en las elecciones nacionales, no en los gobiernos locales. En la mayoría de los demás países, los desposeídos fueron descalificados o se concedió voto plural a los contribuyentes, los graduados universitarios y los padres de familia. Los socialistas exigieron el principio de un hombre, un voto.

El Primero de Mayo, la última de las cuatro resoluciones, se acordó en respuesta a un mensaje de la Federación Estadounidense del Trabajo, que planeaba iniciar su campaña para la jornada de ocho horas el 1 de mayo de 1890. Se adoptó por sugerencia de un sindicalista francés, pero el resultado fue divisivo porque los alemanes se negaron a comprometerse con un gesto que podría enojar a los funcionarios y provocar represalias.

Sin embargo, fueron los alemanes quienes hablaron con mayor autoridad en la Internacional. Como el más antiguo y más grande de los partidos socialistas, el partido alemán gozaba de mayor prestigio y, en virtud del hecho de que Marx era alemán, se consideraba a sí mismo como la roca petrina, por no hablar del Vaticano, del socialismo. En 1890, liberado de la ley antisocialista, obtuvo 1.400.000 votos, casi el 20 por ciento del total, y treinta y cinco escaños, en las elecciones para el Reichstag, una victoria que aturdió a los socialistas en el resto del mundo. En la práctica, el partido

socialdemócrata alemán, gracias a sus éxitos entre los votantes y sus estrechos vínculos con los sindicatos, se adaptó a lo posible. En teoría, siguió siendo firmemente marxista y en su Congreso de Erfurt de 1891 reafirmó como oficial la visión marxista de la historia.

El Programa de Erfurt reafirmó que la clase media, los pequeños empresarios y los agricultores, estaban siendo expulsados, hundiéndose junto con el proletariado en una miseria creciente, y que cuanto más crecían en número las masas, aumentando la reserva de mano de obra, más marcada se hacía la división entre explotadores y explotados. Dado que la solución definitiva de la propiedad pública sólo podría lograrse mediante la conquista del poder político, el programa del partido debe ser ganar control político, utilizando a los sindicatos como fuente de votos pero manteniendo la dirección de la política en el partido.

El orden de acción política de Erfurt imprimió su imagen a la Segunda Internacional, aunque no sin la furiosa resistencia de los anarquistas y sus amigos cuya ruptura con los marxistas en esta cuestión había desintegrado la Primera Internacional. Aunque no fueron invitados al Congreso de Zurich en 1893, los anarquistas llegaron de todos modos, donde August Bebel, el presidente alemán, un maestro del abuso marxista, los arengó por no tener “ni programa ni principios”. En Zurich, "acostumbrado a los métodos alemanes", no tuvo dificultad en hacer que los expulsaran por la fuerza. En protesta contra tales métodos, Amilcare Cipriani dimitió como delegado. Los anarquistas se retiraron para celebrar un diminuto contracongreso en un café mientras la mayoría adoptaba por unanimidad una resolución reconociendo la “necesidad de organizar a los trabajadores para la acción política”. Sólo aquellos partidos y grupos que aceptaran este principio podrían en adelante llamarse socialistas y participar en los Congresos de la Internacional. No queriendo separarse de sus fundaciones, hicieron una excepción con los sindicatos, que en el futuro serían admitidos sin estar obligados a suscribir el principio político. Según el delegado belga Emile Vandervelde, estos difíciles problemas se resolvieron en una atmósfera de “profunda calma”. A un joven delegado sindical británico, JR Clynes, de los trabajadores algodoneros, que nunca antes había estado en el extranjero, todo le pareció todo menos calma. Quedó asombrado por las “orgías verbales” y la violencia de los delegados latinos y eslavos y por los estallidos de hostilidad en los que un delegado blandió un cuchillo y “todos gritaban y luchaban”. Entre los socialistas, la belicosidad humana encontró su desahogo en el faccionalismo cuya vehemencia Clynes atribuyó sin tacto a “rivalidades y odios nacionales surgidos de guerras pasadas”.

Al ir a nadar al lago de Zúrich, Clynes vio “una barba rojiza en la superficie del agua flotando suavemente hacia mí” que resultó ser la de Bernard Shaw, también delegado al Congreso, en representación de la Sociedad Fabiana. Habiendo descartado ya a Marx y la revolución, Shaw no escatimó su desprecio, en sus informes al Congreso, por el engaño de Wilhelm Liebknecht a sus seguidores con la “retórica de la barricada”. Más tarde decidió que los líderes alemanes estaban cuarenta años desfasados. A los sesenta y siete años, Liebknecht, fundador del partido en 1875, era ahora su estadista de mayor edad. Descendiente de una larga línea de profesores universitarios que se remontaba al siglo XVIII, había sido encarcelado por su papel en la revolución burguesa de 1848 y luego vivió exiliado en Inglaterra durante trece años, donde estudió con Marx. Cuando murió en 1900, una multitud de unos cien mil dolientes y espectadores se alinearon en las calles a lo largo de la ruta de su procesión fúnebre de cuatro horas.

Todos, excepto Shaw, consideraban que el partido alemán era la esperanza del socialismo, portador de la antorcha en el país del que Marx esperaba que surgiera la revolución. Todos quedaron impresionados por su tamaño y fuerza, su maravillosa organización, sus veintiocho secretarios y organizadores, su programa de capacitación para los trabajadores del partido y su creciente membresía. En las elecciones de 1893, los socialdemócratas aumentaron sus votos a 1.750.000, cerca del 25 por ciento del total, más que los de cualquier otro partido. Como iba en contra de los principios unir fuerzas con cualquier partido burgués, los socialdemócratas en el Reichstag siguieron siendo, a pesar de su número, un grupo relativamente impotente en lo que en cualquier caso era un organismo impotente. El hecho de su existencia, sin embargo, ejerció una presión silenciosa que hizo que el Gobierno fuera más razonable a la hora de hacer concesiones. El káiser, que en el primer arrebato descuidado de su destitución de Bismarck había levantado la ley antisocialista en 1890, se recuperó rápidamente. En 1895 había decidido que los socialdemócratas eran una “banda de traidores” que “no merecen el nombre de alemanes” y en 1897 que el partido “que no deja de atacar a la persona del Supremo Gobernante debe tener sus raíces en hasta el último tocón”. En 1895, Liebknecht fue arrestado bajo un cargo de lesa majestad por un discurso del cual Shaw dijo que podría haber sido pronunciado "por el Sr. Arthur Balfour ante la Primrose League mañana con la aprobación de Inglaterra". Pero esto no fue una señal especial de represión, ya que le podía pasar a cualquiera en Alemania.

Lo nacional tendía a prevalecer sobre los rasgos de clase entre los socialistas alemanes: eran más obedientes que audaces. A pesar de su

tamaño, el partido no se atrevió a ser anfitrión de un Congreso Internacional Socialista en suelo alemán hasta 1907. A pesar de los encendidos discursos, sus líderes fueron prudentes en la acción; restringieron las manifestaciones del Primero de Mayo a la noche para no interferir con el trabajo. El paro laboral, dijo Liebknecht, era una huelga general y "una huelga general es una tontería general". En Munich no se permitió ninguna manifestación del Primero de Mayo hasta 1901, y sólo con la condición de que tuviera lugar fuera de los límites de la ciudad y no se formaran multitudes en las calles durante el camino. Columnas de socialistas, “con los bolsillos llenos de rábanos”, acompañadas de esposas e hijos, marcharon rápidamente en un silencio sepulcral a través de la ciudad hasta una cervecería al aire libre en las afueras, donde bebieron cerveza y comieron rábanos y golpearon a un exiliado ruso como “no en todo parecido a una celebración del triunfo de la clase trabajadora del Primero de Mayo”.

Sin embargo, estaban en mejor situación que cualquier trabajador ruso. Bajo el fuerte impulso de la expansión industrial alemana, el empleo aumentaba más rápidamente que la población. En estas condiciones, los sindicatos lograron aumentar los salarios. La legislación social, originalmente otorgada desde arriba por Bismarck para soldar el trabajo a su estado, era la más avanzada de cualquier país. En 1903, 18.000.000 de trabajadores estaban asegurados contra accidentes, 13.000.000 contra la vejez y 11.000.000 contra enfermedades, con un gasto total anual de 100.000.000 de dólares en prestaciones de asistencia social. Las leyes regulaban los salarios, los horarios, el tiempo libre, los procedimientos de presentación de quejas, las medidas de seguridad y el número de ventanas y baños de la fábrica. Con su característica minuciosidad, los gobernantes de Alemania querían asegurar la eficiencia física, dejando lo menos posible al azar y poniendo todo lo posible bajo un gobierno ordenado. En 1897, el profesor Delbrück apoyó públicamente el derecho de negociación colectiva basándose en que la paz laboral era necesaria para la unidad y la defensa nacionales. Mantener tranquilos a los trabajadores mediante concesiones juiciosas se consideraba el mejor método para sofocar a los socialdemócratas, a quienes la clase poseedora miraba con creciente enemistad y miedo.

La burguesía creía que August Bebel, el dictador del partido, era una especie de "káiser en la sombra". Un hombre pequeño, delgado y de huesos pequeños, con pelo blanco y perilla, había nacido en un cuartel en 1840, el mismo año que el zar Reed. Su padre era cabo del ejército y su madre empleada doméstica. Comenzando el oficio de carpintero, se había unido al movimiento obrero en tiempos de Lassalle; y por el cargo de incitación a la traición había sido

sentenciado a cuatro años de prisión, un castigo fructífero para formar socialistas. En prisión, Bebel leyó mucho, recibió visitas de Liebknecht y escribió una magistral historia de La mujer y el socialismo. Su cerebro, dijo Mommsen, si se dividiera entre una docena de junkers del este del Elba, sería suficiente para hacer que cada uno de ellos brillara entre sus pares. En el Reichstag, donde había debatido con Bismarck con “acento salvaje”, Bebel era el portavoz de la pobreza y la miseria, amado y admirado por los trabajadores, que lo sentían como un camarada. Seguiría siendo “el enemigo mortal de esta sociedad burguesa y de este orden político” hasta que fuera destruido, proclamó en un Congreso del partido en 1903. Se trataba de una palabrería tradicional. De hecho, Bebel no se hacía grandes ilusiones sobre la masa de sus seguidores. “Mira a esos tipos”, le dijo en 1892 a un corresponsal del London Times mientras observaban la marcha de un batallón de guardias prusianos; "El 80 por ciento de ellos son berlineses y socialdemócratas, pero si hubiera problemas, me dispararían a una orden desde arriba".

De las figuras destacadas de la Segunda Internacional, sólo él y Keir Hardie eran de origen obrero. Karl Kautsky, catorce años menor que Bebel, pensador y escritor del partido y formulador del Programa de Erfurt, cuyos comentarios doctrinales proporcionaron el texto de interminables discusiones, era hijo de intelectuales, pintor y novelista. Viktor Adler de Austria era médico, Emile Vandervelde era hijo de padres ricos a quienes describió como “modelos de virtud burguesa” y Jaurès de Francia provenía de la pequeña burguesía.

Como médico, Adler conocía los daños humanos causados por la desnutrición, el exceso de trabajo y la miseria. Quería llevar a los trabajadores a una nueva existencia de “salud, cultura, libertad y dignidad”. Nacido en una rica familia judía de Praga, había estudiado medicina para tratar a los pobres. Vestido con harapos como un albañil, investigó las condiciones en las ladrilleras vienesas, donde los trabajadores vivían en cuarteles de la empresa vigilados como prisiones, cinco o seis familias por dormitorio, y se les pagaba en vales válidos sólo en las tiendas de la empresa. Antes de fundar el partido austriaco en 1889, viajó por Alemania, Inglaterra y Suiza para estudiar la vida de los trabajadores y la legislación social que podría introducirse en Austria. Era una figura baja, flacucha y bastante frágil, con pelo y bigote tupidos, gafas con montura dorada, rostro pálido y un hombro inclinado hacia adelante. Además de la música, amaba a Ibsen y Shelley. Aceptando la revolución como objetivo final, creía que eran necesarias reformas provisionales para preparar al trabajador física e intelectualmente para su destino. La lucha para asegurar estas reformas contra ese “despotismo mitigado por el descuido”, como

describió al régimen de los Habsburgo, fue a menudo desalentadora y gradualmente fue desgastando el filo de la fe de Adler. Trotsky, que lo conoció a principios del siglo XX, lo consideró un escéptico que había llegado a tolerarlo todo y adaptarse a todo.

En Bélgica, cuya población era la más densa de Europa y donde el proceso de industrialización había sido feroz y rápido, la vida de la clase trabajadora era, en palabras de un observador, un “infierno”. Las fábricas textiles, las acerías, las minas, las canteras, los muelles y los embarcaderos consumían mano de obra mientras un molino muele el grano. El veinticinco por ciento de todos los trabajadores ganaban menos del equivalente a cuarenta centavos al día; otro 25 por ciento ganaba entre cuarenta y sesenta centavos. Una investigación realizada en Bruselas mostró que el 34 por ciento de las familias de clase trabajadora viven en una sola habitación. La tasa de analfabetismo belga era la más alta del norte de Europa porque el trabajo infantil se utilizaba hasta tal punto que pocos tenían la oportunidad de ir a la escuela. Preocupado por “algo más profundo que la doctrina”, el movimiento obrero había fundado el Partido de los Trabajadores Belga en 1885 sin los habituales cismas porque no podía permitírselos. El más solidificado, disciplinado y serio de los partidos socialistas europeos, era marcadamente proletario aunque dirigido por el ardiente Vandervelde. Abogado de formación, orador elocuente y admirado y prolífico escritor sobre problemas laborales, Vandervelde fue "entusiasmado" por las mujeres socialistas que lo encontraban "encantador y físicamente atractivo". Junto con los sindicatos, el partido organizó un sistema de cooperativas donde los trabajadores compraban pan socialista y zapatos socialistas, bebían cerveza socialista, organizaban vacaciones socialistas y obtenían una educación socialista en la Université Nouvelle, donde daba conferencias la anarquista y geógrafa francesa Elisée Reclus. Fundada por Vandervelde y otros en 1894, el mismo año en que los fabianos fundaron la Escuela de Economía de Londres, la escuela belga coronó un mundo socialista creado dentro de una sociedad capitalista.

En virtud del sufragio ampliado ganado con las vidas de los trabajadores, el Partido de los Trabajadores belgas eligió en 1894 veintiocho diputados para el parlamento más burgués de Europa. La llegada de este bloque sólido “firme e imprudentemente preparado para tomar las armas contra todas las instituciones del régimen existente” creó un escalofrío de miedo en la clase dominante y una repentina visión entre los fieles de que Bélgica podría ser la tierra donde se establecería por primera vez el socialismo. comprendió. Cuando en 1902 se convocó un segundo intento de huelga general para ganar el sufragio según el principio de un hombre, un voto,

muchos en el movimiento se mostraron reacios a arriesgar los logros obtenidos, pero los militantes prevalecieron. Aún agresiva y fuerte, la clase dominante reprimió la huelga con un "ataque asesino" en las calles de Lovaina. Ocho huelguistas murieron y el partido tardó muchos años en recuperarse de la derrota.

Si Alemania tuvo a Marx, Francia tuvo su Revolución y su Comuna. Su socialismo era más enérgico pero, debido a su extremo faccionalismo, menos sólido y, por tanto, menos autoritario que el de Alemania. La matriz marxista fue el Partido de los Trabajadores Francés, fundado por Jules Guesde en consulta con Marx y Engels en 1879. Dos años más tarde, Paul Brousse se separó para formar los posibilistas sobre el principio de que la emancipación de los trabajadores era posible sin revolución. Edouard Vaillant, heredero del antiguo comunero Blanqui, encabezó un Partido Socialista Revolucionario independiente del que se separó un ala extrema llamada alemanistas en honor a su líder, Jean Allemane. Guesde fue el autoproclamado guardián de la conciencia marxista, predicando incansablemente contra los reincidentes y los falsos ídolos. Con el fino cabello negro casi hasta los hombros, el rostro de un Jesús demacrado y unos quevedos en su larga y didáctica nariz, era un fanático que nunca, ni por un instante, relajó la batalla total contra el sistema capitalista. "Torquemada con anteojos" era el epíteto de un contemporáneo y Zola lo describió hablando "con toda una gama de gesticulación apasionada y una tos perpetua". Para Guesde nada que no fuera la revolución tenía valor alguno; No se permite ningún toque de cooperación con las clases enemigas. Era un imposibilista. Pertenecía a esa categoría de marxistas ensombrecidos por sus propias profecías de catástrofe. La humanidad, absorbida por los distritos materialistas, se estaba deteriorando. Si se pospone mucho más, el socialismo podría no llegar a tiempo para salvarlo. "¿Qué haremos los socialistas con una humanidad tan degradada?" preguntó durante el caso Dreyfus. "Llegaremos demasiado tarde; el material humano estará podrido cuando llegue el momento de construir nuestra casa".

En 1893, los socialistas en Francia, como en Bélgica, obtuvieron una impresionante victoria electoral: más de medio millón de votos enviaron treinta y siete diputados a la Cámara. Entre ellos dominaba el recién famoso Jean Jaurès, de treinta y cuatro años, cuyo apoyo a la huelga de Carmaux en su distrito natal del Tarn había despertado simpatías en toda Francia. Los mineros de Carmaux, zona de viejos y amargos conflictos laborales, consiguieron en 1892 elegir como alcalde al secretario de su sindicato, un socialista que, al negarle tiempo libre para desempeñar sus funciones políticas, lo aceptó de todos modos y fue despedido. de su trabajo por la empresa. Fue un

golpe a la intención del voto, un insulto al sufragio entendido por todo heredero de la Revolución. Cuando los mineros hicieron huelga en protesta, Jaurès, ex profesor de filosofía, se convirtió en su consejero, líder y portavoz. Su oponente, el marqués de Solages, señor de Carmaux, propietario de minas de hierro, vidrieras, bosques madereros, un título y un escaño en el parlamento, era el epítome del capitalismo con el que Jaurès mantuvo un duelo interminable, a través de huelgas y elecciones, que duró la mayor parte de su vida. Como candidato del Partido de los Trabajadores franceses, elegido en Carmaux, Jaurès entró en la Cámara.

De complexión baja y corpulenta, una “cariátide robusta” con un rostro “jubiloso y humorístico”, Jaurès brillaba con la cálida vitalidad del Sur. "Todo le interesaba, todo le entusiasmaba", dijo Vandervelde. Con su voz que tenía el volumen y el alcance de un órgano, su dominio del debate, su formidable inteligencia, su energía inagotable y su entusiasmo insaciable, asumió el liderazgo. Cuando hablaba, estaba en constante movimiento, con la cabeza barbuda echada hacia atrás o el cuerpo empujado agresivamente hacia adelante y agitando los brazos cortos. “Le temblaron los hombros y las rodillas bajo el peso de su pensamiento. Toda la fuerza de su inmensa cultura y convicción se vertió en palabras para guiar a la multitud que creía en él hacia un futuro mejor”. Parecía combinar la solidez de la tierra con la movilidad del fuego. Su fraseo fue tan admirada que incluso los oponentes políticos iban a escucharlo como lo harían a escuchar a Mounet-Sully hablar Racine. Al escucharlo hablar de astronomía en una cena, un invitado escribió: “Las paredes de la habitación parecieron disolverse: nadamos en el éter. Las mujeres se olvidaron de volver a empolvarse la cara, los hombres de fumar, los sirvientes de ir en busca de su propia cena”. Remy de Gourmont decía: “Jaurès piensa con la barba”, pero el hombre que escribió Les Preuves y había sido en su juventud la gloria de la Ecole Normale pensaba con más claridad que la mayoría. Aunque el movimiento socialista francés no tenía un jefe oficial, ya que constantemente se dividía y subdividía, unía y volvía a dividirse, Jaurès, reemplazando gradualmente a Guesde, llegó a ser aceptado como su líder.

Era el auténtico socialista, no en la doctrina, sino en la esencia de la idea y de la causa. Creía que el hombre era bueno, que la sociedad podía mejorarse y que la lucha para lograrlo debía librarse diariamente, con los medios disponibles y dentro de las realidades presentes. Lo combatió allí donde apareció: en el tiroteo de Fourmies, en Carmaux, en las lois scélérates, en la factura del impuesto sobre la renta, en el asunto Dreyfus. Su socialismo no surgió de Marx; fue, declaró simplemente, “el producto de la historia, de sufrimientos

interminables y atemporales”. Su tesis de doctorado en latín versó sobre los orígenes del socialismo alemán comenzando con Lutero, De primis socialismi germanici lineamentis apud Lutherum, Kant, Fichte et Hegel. Elegido miembro de la Cámara por primera vez como republicano en 1885, cuando tenía veintiséis años y era el miembro más joven, se había desanimado de la política y había regresado a la vida académica como profesor en la Universidad de Toulouse, donde sus conferencias pronto se vieron abarrotadas de trabajadores y ciudadanos burgueses, así como estudiantes y profesores. Las luchas laborales de Toulouse y del Tarn lo devolvieron a la vida pública y se declaró socialista en 1890. Edouard Vaillant dijo una vez que nunca conoció ningún tipo de revolución por la que Jaurès no estuviera a favor, pero que la idea de revolución que tenía Jaurès era más bien tomar el poder que derrocar al Estado. Su marxismo era fluido: era tanto un patriota como un internacionalista y creía en la libertad individual no menos firmemente que en el colectivismo. “Los socialistas también tenemos un espíritu libre; También nos sentimos inquietos ante las restricciones externas”, dijo. Si la sociedad socialista del futuro no permitiera a los hombres “caminar, cantar y meditar bajo el cielo” cuando quisieran, sería inaceptable. Negó el concepto marxista del Estado burgués como uno en el que la clase trabajadora no tenía participación. Veía a la clase trabajadora no como un forastero a la puerta esperando tomar el poder, sino como parte del Estado ahora, que necesitaba hacerse sentir ahora y utilizar a la clase media como un aliado en la lucha por reformar la sociedad hacia la realización de sus objetivos. El ideal socialista.

Su fe tenía la fuerza de un motor. “¿Sabes identificar un artículo de Juarès?” -preguntó Clemenceau. "Muy simple; todos los verbos están en tiempo futuro”. Sin embargo, de todos los socialistas fue el más pragmático, nunca un doctrinario, siempre un hombre de acción. Vivía haciendo, lo que significaba avanzar y retroceder, adaptarse, dar y recibir. Para él no era posible un dogma formal que pudiera haber cerrado alguna vía de acción. Él fue siempre el puente, tanto entre los hombres como entre las ideas. Era un idealista trabajador.

Junto con él fueron elegidos diputados socialistas en 1893 Alexandre Millerand, un abogado testarudo; René Viviani, conocido más por su conmovedora oratoria que por su contenido; y otro abogado, Aristide Briand, el más joven del grupo, el FE Smith de los socialistas, cuyo cerebro, capacidad y ambición resultaron más fuertes que sus convicciones. Briand “no sabe nada y lo entiende todo”, dijo Clemenceau, y agregó que si alguna vez lo acusaran de robar las torres de Notre Dame, elegiría a Briand para defenderlo. Los diputados socialistas en el parlamento de 1893-1898 dieron a conocer al país sus

ideas, objetivos y demandas inmediatas. Entre ellos habían logrado ponerse de acuerdo en 1896 sobre una definición mínima conocida como Programa St-Mandé, formulada por Millerand, que establecía que “un socialista es aquel que cree en la propiedad colectiva de la propiedad”. Estableció como objetivos socialistas esenciales la nacionalización de los medios de producción y de intercambio, uno por uno a medida que maduraban; la conquista del control político mediante el sufragio universal; y la cohesión internacional de la clase trabajadora. En la Cámara exigieron como reformas provisionales la jornada de ocho horas, el impuesto sobre la renta y la herencia, las pensiones de vejez, la reforma municipal, las normas de salud y seguridad en fábricas, minas y ferrocarriles. Con Jaurès a la cabeza, con Guesde con su voz penetrante haciendo temblar a la burguesía mientras explicaba la marcha implacable de la historia marxista hacia el colapso, con la defensa conservadora encabezada por De Mun, y con todos los discursos reportados en los periódicos, el debate se desarrolló en un gran torneo de ideas que hizo del socialismo a partir de entonces una corriente principal de la vida francesa.

Los sindicatos franceses, infundidos por el feroz rechazo sindicalista a la acción política, se federaron en la Confédération Générale du Travail en 1895 y se mantuvieron alejados del socialismo. El antagonismo alcanzó un clímax en el Congreso de la Segunda Internacional de Londres en 1896, el más “tumultuoso y caótico” de todos, cuando armados con mandatos de los sindicatos franceses, los anarquistas (entre ellos Jean Grave, en representación de los trabajadores siderúrgicos de Amiens), hicieron su último reclamo de membresía en la familia socialista. Las facciones francesas se dividieron en un antagonismo frenético sobre el tema, y cuando se reunieron ante la sesión plenaria se pudo escuchar un “pandemonio de clamor salvaje” a través de las puertas cerradas. Después de seis días de lucha durante los cuales se reanudó la vieja disputa entre Marx y Bakunin, el Congreso terminó excluyendo a los anarquistas de una vez por todas. Una fase del socialismo había llegado a su fin. Pocos dudaban de que no surgirían nuevos problemas que dividirían a las alas derecha e izquierda del socialismo y mantendrían abierto el cisma entre lo Absoluto y lo Posible.

Antes de que se cumpliera esa expectativa, el socialismo en los Estados Unidos adquirió una nueva dimensión cuando el uso de la orden judicial en la huelga de Pullman convirtió a Eugene Victor Debs en socialista. Debs, que lleva el nombre de Eugène Sue y Victor Hugo por su padre, un emigrado de Alsacia, se crió con Los Miserables, la biblia de padre e hijo. Comenzó a trabajar como bombero de ferrocarril a los catorce años, fundó la Hermandad de Bomberos de

Locomotoras y renunció a ella en 1892 cuando tenía treinta y siete años para organizar a todos los ferroviarios en un sindicato industrial, la Unión Ferroviaria Estadounidense. Cuando en 1893 y 1894 la Pullman Company recortó los salarios entre un 25 y un 33⅓ por ciento sin reducir los alquileres de las casas de la empresa y sin dejar de pagar dividendos a los inversores, Debs convocó una huelga de solidaridad en todos los trenes que transportaban vagones Pullman. Más de cien mil hombres participaron en lo que se convirtió en el mayor esfuerzo de huelga jamás visto en Estados Unidos. Movilizando todos los poderes del capital, los propietarios, que representaban veinticuatro ferrocarriles con un capital combinado de 818.000.000 de dólares, contraatacaron con el apoyo de los tribunales y las fuerzas armadas del gobierno federal. Se movilizaron tres mil policías en el área de Chicago contra los huelguistas, cinco mil rompehuelgas profesionales prestaron juramento como alguaciles federales adjuntos y se les entregaron armas de fuego; finalmente se trajeron seis mil soldados federales y estatales, menos para proteger la propiedad y al público que para romper la huelga y aplastar al sindicato. Un coronel regular del ejército, borracho en un club de Chicago, deseó poder ordenar a todos los hombres de su regimiento que apuntaran y dispararan a cada “cinta blanca sucia”, el emblema de los huelguistas.

Aunque el sindicato había acordado proporcionar los hombres necesarios para los trenes correo, la entrega del correo sirvió de pretexto para una orden judicial, la más radical jamás concedida. Como brazo del Estado utilizado en apoyo de la propiedad, la orden judicial fue el arma más formidable del capitalismo y la más resentida. El fiscal general Olney, que había sido abogado de ferrocarriles antes de ingresar al gabinete y todavía era director de varias líneas involucradas en la huelga, persuadió al presidente Cleveland de la necesidad. El Fiscal de Distrito de los Estados Unidos en Chicago redactó la orden judicial con el asesoramiento de los jueces Grosscup y William Wood del Tribunal Federal de Circuito, quienes luego subieron al estrado para confirmar su propia labor. Cuando el gobernador Altgeld se negó a solicitar tropas federales, los jueces certificaron la necesidad de ellas para justificar la orden judicial. Era una guerra, proclamó Debs, entre “las clases productoras y el poder monetario del país”. Negándose a obedecer la orden, fue arrestado junto con varios asociados, encarcelado sin derecho a fianza, juzgado y sentenciado en 1895 a una pena de seis meses.

Después de su arresto, los huelguistas, para entonces más o menos hambrientos, se dieron por vencidos. Treinta personas murieron, sesenta resultaron heridas y más de setecientas personas fueron arrestadas. Al volver a contratar, Pullman impuso contratos de perro

amarillo, exigiendo que cada trabajador renunciara a su derecho a afiliarse a un sindicato. La Unión Estadounidense de Ferrocarriles fue destruida, pero la huelga había convertido a Debs en un héroe y en un villano de la orden judicial. Demostró que las huelgas no se podían ganar cuando el gobierno se ponía del lado del capital; por lo tanto, los trabajadores deben alcanzar el poder político.

Debs reflexionó sobre la lección en prisión. Leyó Progreso y pobreza, Looking Backward de Bellamy, Ensayos de Fabian, Merrie England de Blatchford y el comentario de Kautsky sobre el Programa de Erfurt. Recibió la visita de Keir Hardie. Se convenció de que la causa de la clase trabajadora era inútil bajo el capitalismo, y cuando, en las elecciones de 1896, las fuerzas de Mark Hanna y McKinley derrotaron a Bryan y al populismo, su convicción quedó confirmada. El capitalismo, demasiado fuerte para ser reformado, debe ser destruido. A cambio, la clase dominante sentía no menos fuerza por "Debs el revolucionario". Mientras hacía campaña a favor de McKinley, Theodore Roosevelt dijo en una conversación privada: "El sentimiento que ahora anima a una gran proporción de nuestro pueblo sólo puede ser suprimido, como fue suprimida la Comuna, sacando a diez o una docena de sus líderes, colocándolos contra una pared. y matarlos a tiros. Creo que llegaremos a eso. Estos líderes están tramando una revolución social y la subversión de la República Americana".

Debs anunció su conversión al socialismo en un manifiesto publicado en el Railway Times del 1 de enero de 1897, diciendo: "Ha llegado el momento de regenerar la sociedad; estamos en vísperas de un cambio universal". En asociación con otros líderes sindicales y adoptando la forma del nombre utilizado en Alemania, fundó la Socialdemocracia estadounidense, que se convirtió en el partido del socialismo nativo americano. En sus primeros años, con menos de cuatro mil miembros, se mantuvo vivo gracias al reloj de oro del hermano de Debs, Theodore, empeñado periódicamente para mantener en funcionamiento el periódico del partido. Cada vez que Theodore Debs aparecía en la puerta de una casa de empeño en el Loop, su antiguo propietario alemán llamaba por encima del hombro a la chica de la caja registradora: "Giff, el chentleman socialista, cuarenta dólares". El período político del socialismo americano aún estaba por delante, cuando en los primeros doce años del nuevo siglo, bajo condiciones diferentes, Debs sería cuatro veces candidato a la presidencia por su partido y haría campaña por todo el país a bordo del Especial Rojo de los ferroviarios.

Por el momento, su rival era el Partido Laborista Socialista, formado

principalmente por gente nacida en el extranjero y que existía en gran medida en el papel y en la mente de su fanático dictador, Daniel De León. Nacido en Curazao de padres judíos holandeses y educado en Alemania, De León estaba convencido de que sólo él estaba capacitado para liderar la lucha de clases. Había llegado a los Estados Unidos a los veintidós años, y tras haberse licenciado en derecho en Columbia y haber impartido allí una cátedra de historia latinoamericana, los opositores sindicales lo despreciaban como el "profesor". Además de mantener una intensa e incesante propagación de las ideas socialistas en su semanario The People, De León se postuló para la Asamblea del Estado de Nueva York, para el Congreso y en 1891 para gobernador sin resultados visibles. Para atraer a los trabajadores organizados a la acción política, lanzó la Alianza Socialista de Comercio y Trabajo, cuya función principal era excitar la ira del líder sindical Sam Gompers. A los ojos de Gompers, la acción política era la horca del diablo y de De León dijo que “nunca había aparecido en el socialismo “una fuerza más siniestra”. En 1901, una gran facción del Partido Laborista Socialista, que se oponía a la “dictadura” de De León, se separó, bajo Morris Hillquit y Victor Berger, para unirse al grupo de Debs, que ahora se rebautizó como Partido Socialista de América.

Gompers, oponente inveterado del socialismo, era el prototipo del sindicalismo regular en oposición al revolucionario. Fue el destacado exponente de la opinión de que la lucha de los trabajadores debe llevarse a cabo dentro del sistema capitalista, no contra él. Enano y fornido, “casi grotesco”, con una cabeza enorme y rasgos toscos y pesados, era, aunque feo, una personalidad impresionante que dominaba cualquier reunión en la que participaba. Cuando lanzaba una de sus diatribas antisocialistas en la Federación, un viejo oponente del Sindicato de Tipógrafos que disfrutaba abucheándolo solía gritar desde la sala: “Dales el infierno, Sam; Dales infierno." Sam nunca cejó en el esfuerzo. Habiendo rechazado el Viejo Mundo, desconfiaba profundamente de la tradición socialista, aunque estaba bien arraigada en ella. Cuando era joven en el oficio de tabaquero, que, pagando por pieza, permitía a un trabajador leer en voz alta mientras los demás completaban su cuota, leyó a Marx, Engels y Lassalle a sus compañeros de trabajo. “Aprende del socialismo” pero “no te unas”, aconsejó su mentor, un marxista sueco exiliado. “Estudia tu tarjeta sindical, Sam”, decía, “y si la idea no concuerda, no es verdad”.

Con fe en la nueva sociedad de Estados Unidos, Gompers rechazó el pesimismo de la premisa marxista. Creía inalterablemente que los trabajadores debían mantenerse al margen de la política y al mismo tiempo utilizar su poder para negociar directamente con los empleadores. La regulación de salarios, horas y condiciones de trabajo

debe lograrse mediante la actividad sindical, no mediante promulgación legislativa. Fundó la Federación en 1881, cuando tenía treinta y un años, en una habitación de diez por ocho con una mesa de cocina como escritorio, una caja como taburete y cajas de tomates suministradas por un amable tendero para los archivos. En 1897 tenía 265.000 miembros, en 1900 medio millón, en 1904 un millón y medio. Cuando Bryan, buscando el voto sindical en 1896, prometió que si era elegido nombraría a Gompers para su gabinete, Gompers se levantó para anunciar que bajo "ninguna circunstancia" aceptaría jamás ningún cargo político. Se negó a permitir que la AF de L apoyara a Bryan y al populismo porque, como dijo, "estas cuestiones de la clase media" desviaron a los trabajadores de su propio interés, que era el sindicato y nada más.

A medida que su poder creció, se afeitó el bigote de morsa, adoptó quevedos, un abrigo Príncipe Alberto y un sombrero de seda y, al igual que John Burns, disfrutaba codeándose con los grandes, negociando con Mark Hanna o August Belmont. Sin embargo, nunca ganó dinero y moriría pobre. Si bien repudió la lucha de clases, mantuvo una profunda conciencia de clase. "Soy un hombre trabajador. En cada nervio, en cada fibra, en cada aspiración, estoy del lado que promoverá los intereses de mis compañeros de trabajo". La tarea de los miembros del sindicato era "organizarnos de manera más general, combinarnos más estrechamente, unir nuestras fuerzas, educarnos y prepararnos para proteger nuestros intereses, para que podamos ir a las urnas y emitir nuestros votos como hombres libres estadounidenses, unidos y decididos a redimir sacar a este país de su actual desgobierno político e industrial, para quitárselo de las manos de los saboteadores plutocráticos y ponerlo en manos de la gente común". En efecto, esto era socialismo práctico. Así fue su reacción quince años más tarde, cuando durante una gira por Europa vio a los visitantes consternados ante una exposición sobre las condiciones de los barrios marginales en Amsterdam. Dejó constancia de su sorpresa ante el hecho de que cualquier ser humano pudiera soportar este "grave insulto" de la civilización: "¿Por qué no rebelarse contra ella de alguna manera?" El socialismo era esencialmente el movimiento de aquellos que se sentían impulsados a "rebelarse contra él de alguna manera", y Gompers, como solía decir Morris Hillquit, era socialista sin saberlo.

En Europa, en 1899, estalló una nueva cuestión en las filas del socialismo cuando Waldeck-Rousseau, buscando una base amplia para el gobierno que iba a "liquidar" el asunto Dreyfus, ofreció un puesto en el gabinete a Millerand, quien aceptó. Nunca antes un socialista había traspasado la barrera invisible hacia el campo burgués para

cooperar con alguna parte de él. Aunque Jaurès había dirigido, presionado y persuadido a los socialistas, o a una facción de ellos, para que se unieran a los grupos burgueses de Dreyfusard en la batalla para salvar la República, entrar en un gobierno burgués era otra cuestión. El caso de Millerand planteó la cuestión fundamental de la cooperación, que a partir de aquí se volvió más acuciante a medida que cada año los socialistas desempeñaban un papel más importante en la vida nacional. El dilema se presentó: si seguir condenado a una pureza ortodoxa, aunque estéril, esperando el derrocamiento final del capitalismo, o cooperar con los partidos burgueses de centro izquierda, apoyándolos contra la reacción e impulsándolos hacia reformas. La pregunta conllevaba una implicación adicional: ¿no podrían alcanzarse, a largo plazo, los objetivos socialistas mediante reformas?

Mientras le cas Millerand agitaba a los socialistas franceses, la misma cuestión surgió en Alemania, no en persona, sino, como correspondía a los alemanes, en teoría. Provenía de los orígenes más impecables, promulgado por un hombre del círculo íntimo, un protegido de Marx y Engels, un amigo y asociado de Liebknecht, Bebel y Kautsky y miembro del Congreso fundacional de 1889. Fue tan impactante como si uno de los apóstoles había cuestionado a Jesús. El nombre del hombre que pretendía revisar a Marx era Eduard Bernstein, y su nueva doctrina, como si no se atreviera a darse un nombre, pasó a llamarse simplemente Revisión. Bernstein, que era joven empleado de banco, a la edad de diecinueve años, se había exiliado en Suiza en 1878, el año de la ley antisocialista de Bismarck. Desde aquí editó el periódico del partido, Sozialdemokrat, con tanta eficacia que se ganó la aprobación de Marx y el elogio de Engels, quien lo llamó "el mejor que ha tenido el partido". En 1888, el gobierno alemán le hizo el cumplido de presionar a los suizos para que expulsaran al personal. Bernstein se mudó a Londres, donde, al igual que el Maestro, pasó su tiempo en la sala de lectura del Museo Británico y no hizo ningún intento de regresar a Alemania después de la derogación de la ley antisocialista en 1890. Aunque todavía bajo acusación de sedición, Podría haber apelado su caso, pero estaba escribiendo un libro sobre la Revolución Inglesa según la interpretación marxista y además encontraba comprensivo el ambiente de Londres. Esto era sintomático de su problema. Durante estos años actuó como corresponsal del nuevo periódico del partido, Vorwärts, y del Neue Zeit de Kautsky. La sede del socialismo alemán en Londres era la casa de Engels en Regent's Park, donde los exiliados se reunían para las noches de discusión alrededor de una mesa generosamente repleta de espesos sándwiches y cerveza y, en la temporada adecuada,

pudin de Navidad. A la muerte de Engels en 1895, Bernstein y Bebel fueron nombrados sus albaceas literarios.

Al año siguiente, como si la muerte de Engels hubiera disipado las restricciones, aparecieron los primeros artículos heréticos de Bernstein. Tenía cuarenta y seis años en 1896, una figura aparentemente decente y respetable, con gafas sin montura y cabello ralo, que parecía haber sido cajero de banco toda su vida, llegando tal vez a director de sucursal. Su único rasgo notable era una nariz larga e independiente. Conocido por los fabianos (de hecho, un buen amigo de Graham Wallas), durante mucho tiempo había sentido prejuicios contra ellos por su disposición a trabajar dentro del orden capitalista. Al mismo tiempo, el funcionamiento del gobierno democrático en Inglaterra lo impresionó y no pudo resistir la evidencia circundante de que el capitalismo de alguna manera no se acercaba a un colapso inminente. A pesar de las flagrantes desigualdades de riqueza y la "creciente miseria" que Marx había predicho, paradójicamente el sistema era innegablemente fuerte, incluso agresivo. El mundo parecía injustamente atrapado en una espiral implacable de prosperidad, cuyos resultados se filtraban para contrarrestar la "creciente miseria" en forma de aumento del empleo. En Londres y en el exilio, Bernstein sufrió las desventajas del pensamiento independiente y se vio cada vez más presa de la sospecha de que la historia no estaba siguiendo el camino que Marx había trazado. Había desobedecido el dictado alemán. Hegel lo había dejado; Marx lo había endurecido; pero la historia, con una sonrisa de Mona Lisa, había seguido su propio camino, eludiendo el imperativo categórico.

Como un hombre que comienza a dudar de la historia bíblica de la Creación, Bernstein fue asaltado por las agonías de la falta de fe. Se puso de mal humor e irritable y en un momento incluso solicitó un trabajo en un banco en el Transvaal. Eleanor Marx le escribió a Kautsky que Bernstein estaba de mal humor y se estaba haciendo enemigos. Pero ganó el coraje intelectual. De 1896 a 1898 presentó una serie de artículos sobre los "Problemas del socialismo" al Neue Zeit que provocaron instantáneamente protestas y diatribas. El mundo socialista alemán se vio sumido en una orgía de controversias, agudizada cuando Bernstein plasmó sus ideas en un discurso que envió al Congreso del partido alemán en Stuttgart en octubre de 1898 y posteriormente ampliado en un libro, Die Voraussetzungen des Sozialismus (La evolución del Socialismo), publicado en marzo de 1899.

Expuso los hechos contrarios a los de Marx: la clase media no estaba desapareciendo; el número de personas propietarias estaba

aumentando, no disminuyendo. En Alemania, la clase trabajadora no se hundía en un empobrecimiento progresivo, sino que avanzaba lentamente. El capital no se estaba acumulando entre un número cada vez menor de capitalistas, sino que más bien se estaba difundiendo entre una propiedad más amplia a través de acciones y participaciones. No todo el aumento de la producción era consumido por los capitalistas, sino que se estaba extendiendo hacia un mayor consumo por parte de la clase media e incluso, a medida que ganaban más, por el proletariado. En Alemania aumentó el consumo de azúcar, carne y cerveza. Cuanto mayor sea la difusión del dinero, menos posibilidades habrá de que una sola crisis económica provoque un colapso final. Si los socialistas esperaran hasta eso, advirtió Bernstein, podrían esperar indefinidamente. En resumen, los sombríos gemelos, Verelendung y Zusammenbruch, eran sombras.

En lugar de la dialéctica marxista, Bernstein sugirió una economía capitalista capaz de una expansión indefinida y capacidad de ajustarse para descartar el colapso supuestamente inevitable. En ese caso, el orden existente llegó para quedarse. Si, después de todo, el colapso y la revolución no fueran ineludibles, entonces el objetivo socialista podría ser una sociedad democrática ética basada en el apoyo de todas las clases, y no sólo en el proletariado. Si se abandonaran los objetivos revolucionarios, declaró Bernstein, llevado por una ola de optimismo, la clase trabajadora podría ganarse el apoyo de la burguesía para reformar el orden existente.

Las implicaciones para el “millerandismo” eran claras. Si, después de todo, el capitalismo y el socialismo no iban a ser una dura elección entre uno u otro, si la sociedad iba a continuar con algo de esto y algo de aquello, entonces ya no tenía sentido que los socialistas se excluyeran de un papel en el gobierno. .

La revisión significó en realidad el abandono de la lucha de clases. Fue una estaca clavada en el corazón del socialismo. Bernstein no se acobardó. Los trabajadores, sugirió descaradamente, no eran, como suponía Marx, una “clase” coherente y homogénea, conscientes de sí mismos como “el proletariado” o con probabilidades de llegar a serlo. Estaban divididos entre zonas rurales y urbanas, personas calificadas y no calificadas, fábricas y hogares, con diferentes intereses y diferentes niveles de poder adquisitivo. Muchos eran hostiles o indiferentes al socialismo y tendían a compartir la moral y los hábitos burgueses en lugar de compartir el desprecio socialista por los burgueses.

Si la clase no era, después de todo, la lealtad primaria del trabajador, entonces sus intereses, como los de cualquier ciudadano, estaban ligados a los intereses nacionales de su país. Aquí estaba el

terrible horizonte de la Revisión. Bernstein incluso desterró el cruel edicto del Manifiesto Comunista: “el trabajador no tiene patria”. Cuando cada trabajador tenía el voto, dijo, como en Alemania, adquiría derechos y responsabilidades políticas y, por lo tanto, debía pensar en términos del interés nacional.

La revisión desgarró el socialismo. La formulación abierta del caso por parte de Bernstein unió a sus seguidores preocupados durante mucho tiempo por sus propias dudas. Los líderes del partido se apresuraron a atacar al hereje. Fue acusado de ser “inglés”. Kautsky refutó todos los argumentos contenidos en un libro, Bernstein y el programa socialdemócrata, que pretendía deshacerse de él pero que de algún modo no lo consiguió. La disputa creció y penetró en cada reunión, periódico y comité político. Acusado de ignorar el objetivo final del socialismo, Bernstein dio la impactante respuesta: “Confieso abiertamente que tengo poco interés en lo que generalmente se llama 'el objetivo final del socialismo'. Este objetivo, sea cual sea, no es nada para mí; el movimiento [por el progreso social] todo”. Decidió volver a casa para defenderse personalmente. Amigos intercedieron por él ante el Gobierno, y el Canciller von Bülow, calculando que sería una influencia perturbadora, dejó que caducara la acusación contra él. Al regresar en 1901, Bernstein fue elegido miembro del Reichstag en una elección parcial en 1902. Se convirtió en editor de una revista revisionista y en el oráculo de una facción revisionista que surgió dentro del partido y continuó creciendo.

El atractivo de la Revisión fue que puso fin al aislamiento socialista y abrió la puerta a la participación y también a la ambición. Permitió a los socialistas sentirse parte de su país, por muy contrario que fuera el sentimiento al mandato del profeta. Reconoció otra realidad: que imperceptiblemente, de una manera que Marx no había previsto, en realidad se estaba produciendo una transferencia de poder entre clases, como el agua que se filtra a través de una presa.

La revisión tenía un fallo que Viktor Adler notó. Se decía de Adler que, al igual que Montaigne, debería haber adoptado una balanza para su emblema y el lema “¿Que sais-je?” porque siempre buscaba algo de mal en todo lo bueno y algo de bien en todo lo malo. En una carta a Bernstein, escribió que había sacado a la luz las dudas que todos los socialistas sintieron en un momento u otro, pero que al final el propio Adler se pondría del lado de los revolucionarios porque la Revisión conllevaba el peligro mortal de que "los socialistas perdieran de vista el socialismo". .”

Al mismo tiempo, en el mundo socialista francés

las disputas desatadas por le cas Millerand fueron incluso más feroces y divisivas que las de Alemania. A pesar de lo angustiado que había estado por la aceptación del cargo por parte de Millerand, Jaurès, cuando se vio obligado a tomar una posición, apoyó la colaboración en lugar de no colaborar en absoluto. En el Congreso del partido francés celebrado en París en diciembre de 1899, negó que ello condujera a la corrupción personal, como lo acusaban los marxistas. Dado que, argumentaba, era imposible predecir cuándo se produciría el colapso capitalista, era necesario trabajar por reformas mientras se preparaba el camino. "No debemos luchar desde una distancia inútil", dijo, "sino desde el corazón de la ciudadela". Los discursos enfurecidos de sus oponentes llenaron la sala. “Alto, delgado, seco, con los ojos ardiendo como fuego negro”, Guesde predicaba la pureza del marxismo y estaba citando a Liebknecht cuando un ministerialista emocionado, como se llamaba a los partidarios de Millerand, gritó: “¡Abajo Liebknecht!” La conmoción que recorrió los rostros de los guesdistas, dijo más tarde un delegado, fue como si alguien hubiera gritado "¡Abajo Dios!". en Notre Dame. Después de tres días de intensa pelea, se formuló la propuesta: "Sí o no, ¿la lucha de clases permite que un socialista entre en un gobierno burgués?" La votación fue por el No, pero fue seguida inmediatamente por otra votación que permitía el ministerialismo en circunstancias excepcionales. Con Jaurès abogando por la unidad, el Congreso logró cerrar bajo una fórmula parcheada en la que los antagonismos subyacentes

estaban sin resolver. A partir de entonces surgieron dos partidos: Guesde, Vaillant y el yerno de Marx, Paul Lafargue, formaron el Partido Socialista de Francia comprometido a “no comprometerse con ninguna fracción de la burguesía” y a la destrucción del capitalismo. Jaurès, Millerand, Briand y Viviani formaron el Partido Socialista Francés comprometido con un programa de reformas de “realización inmediata”.

En todo el mundo, en todas las sedes y salas de reuniones del Partido Socialista, donde la bandera roja estaba polvorienta en un rincón, Revision y le cas Millerand ampliaron viejos cismas. Mientras los socialistas doctrinarios se aferraban a los principios originales, los revisionistas estaban descubriendo que el socialismo, como la política, era el arte de lo posible. Más dividida que nunca, la Segunda Internacional se reunió para su quinto Congreso en París en septiembre de 1900, en medio de la Exposición. Con la ciudad llena de visitantes y el centro de la atención mundial, los líderes socialistas estaban ansiosos por evitar una ruptura abierta. Kautsky ideó una resolución que, aunque se negaba a aprobar la acción de Millerand, no la condenaba. Los delegados la llamaron Resolución Kaoutchouc (caucho indio) porque era muy elástica. Golpeado en el debate, acuchillado por el furioso manejo de la espada de De León, ocupó casi todo el tiempo del Congreso. En un momento dado, un delegado alemán, Erhard Auer, dejó escapar su lamento de que no era probable que se ofreciera a los socialistas alemanes la oportunidad de un cas Millerand. Al exponer un hecho básico de la vida en su país, el comentario provocó una explosión de aplausos, silbidos y discusiones indignadas en los pasillos. Finalmente, bajo la dirección experta de Jaurès, empeñado como siempre en la unidad, la Resolución Kautsky pasó por alto a una minoría intransigente. El tema de Jaurès, como en su propio Congreso, fue: “Todos somos buenos revolucionarios; ¡Dejémoslo claro y unámonos!” Pero el hecho fue algo menos que el deseo.

Con la Guerra de los Bóers, la guerra en Filipinas y la Rebelión de los Bóxers en curso, a los delegados les resultó fácil unirse en torno a una resolución presentada por Rosa Luxemburgo que afirmaba que el capitalismo colapsaría como consecuencia, no de las condiciones económicas, sino de las rivalidades imperialistas. La resolución, que recomienda a los partidos socialistas trabajar contra la guerra organizando y educando a la juventud para continuar la lucha de

clases, votando en contra de las estimaciones militares y navales y organizando reuniones de protesta antimilitaristas, fue aprobada por unanimidad junto con otra que denunciaba la reciente Conferencia de La Haya como un fraude. .

El único logro concreto del Congreso fue la decisión de establecer una organización permanente en forma de una Oficina en Bruselas, de la que Vandervelde fue nombrado presidente y Camille Huysmans, otra belga, secretaria. Debía aprobar resoluciones provisionales, preparar la agenda de los congresos y celebrar reuniones de emergencia, si fuera necesario, a las que los países miembros enviarían dos delegados cada uno. Como el presupuesto que se le asignaba era minúsculo, la Oficina, con el paso del tiempo, no adquirió gran prestigio ni poder ejecutivo y, excepto como correo postal, sirvió principalmente para enfatizar que los nervios del internacionalismo eran débiles.

La revisión siguió abriendo caminos profundos. Jaurès, aunque defendía la colaboración como un hecho de la vida política, se negó a aceptar la revisión de la teoría de Bernstein. En la controversia entre Bernstein y Kautsky, dijo en una conferencia de estudiantes socialistas en 1900: "Estoy, en general, con Kautsky". Bernstein se equivocó, dijo, acerca de que las clases proletaria y burguesa se fusionaran en sus márgenes. Entre la clase que posee los medios de producción y la clase que no los tiene “hay una línea de demarcación definida”, aunque por supuesto había matices intermedios; y desde allí Jaurès, una vez más profesor, se lanzó felizmente en las alas del discurso filosófico. “Se pasa del blanco al negro, del violeta al rojo, de la noche al día por estas transiciones imperceptibles que permitieron a Heráclito decir que en el día siempre hay alguna noche y en la noche algún día... De hecho, es una característica de los extremos. que se abordan mediante matices intermedios…” Jaurès siguió adelante, manteniendo a su audiencia en trance hasta que con un chasquido volvió al tema. Por "radicalmente antagónicas" que fueran las clases, eso no significaba que no pudiera haber contacto o cooperación, y cerró con un llamamiento final a la unidad socialista "entre fuertes aplausos, aclamaciones prolongadas y gritos de Vive Jaurès".

Como uno de los cuatro vicepresidentes de la Cámara tras su reelección en 1902, Jaurès practicó la cooperación a diario, convirtiéndose en virtual líder del bloque de izquierda de los partidos que apoyaban al Gobierno en sus batallas contra el ejército y las órdenes religiosas. La vida lo empujaba hacia la Revisión. Asistió a fiestas en el jardín de la embajada británica y a un banquete en el Palacio del Elíseo para el rey y la reina de Italia en 1903. En el

Congreso de su partido en Burdeos de ese año, argumentó que el Estado no era, como sostenía Guesde, un bloque impenetrable para permanecer o ser derrocado, pero penetrable mediante reformas. A medida que estos fueran conquistados, uno por uno, un día se descubriría que el estado obrero había reemplazado al estado burgués y "seremos conscientes de haber entrado en la zona del socialismo como los navegantes cruzan a la zona de un nuevo hemisferio, aunque haya No hay ninguna cuerda tendida a través del océano para marcarlo". Pero reconoció que el problema de conciliar la colaboración con la lucha de clases era "complicado". En el Congreso de su partido celebrado en Dresde ese año, los alemanes lo encontraron dolorosamente así.

La cuestión llegó a un punto crítico en el gran debate sobre los "calzones hasta la rodilla". Los socialdemócratas acababan de obtener una victoria electoral en la que habían obtenido más de tres millones de votos para obtener ochenta y un escaños en el Reichstag. Bernstein sostenía que mantener una rígida separación marxista en estas circunstancias no tenía sentido. Instó al partido a asumir las prerrogativas de su fuerza, es decir, aceptar una de las vicepresidencias del Reichstag que le correspondían. Como esto requería hacer una visita oficial al káiser vestido de corte, el problema dio pie a días de apasionada disputa. ¡Imagínese a los socialistas vestidos con pantalones hasta la rodilla, medias y zapatos con hebillas! —regañó Bebel. Hacer hoffähig (aceptable en la corte) al Partido Socialista fue un insulto a toda la clase trabajadora. Bernstein sugirió que la cuestión era menos una cuestión de cómo vestían los socialistas que de lo que hacían en el Parlamento, pero los debatientes estaban demasiado absortos en la horrible pero seductora perspectiva de los pantalones hasta la rodilla para escucharlo.

El debate sobre la Revisión continuó durante tres días con la participación de cincuenta oradores. La expulsión de Bernstein fue exigida por un grupo liderado por Rosa Luxemburgo, cuyo cuerpo pequeño y frágil contenía una enorme pasión por la revolución. Nacida en Polonia en 1870, hija de un comerciante de madera judío, no era guapa salvo por un par de bonitos ojos negros. Tenía un hombro deforme y cojeaba, un intelecto poderoso y una voz fuerte y clara. Conservando siempre un ligero acento polaco, fue una oradora formidable cuya elocuencia excitó tanto a un inspector de policía, destinado en una de sus reuniones, que le hizo olvidar su estatus oficial y aplaudir ruidosamente. Rosa le envió una nota diciendo: "Es una lástima que un hombre tan sensato como usted debería estar en la policía, pero sería una lástima mayor que la policía perdiera un ejemplo tan humano. No aplaudas más".

Con Karl Liebknecht, hijo de Wilhelm, representó al ala izquierda revolucionaria militante, con centro en Leipzig, cuyo órgano era el Leipziger Volkzeitung, editado por Franz Mehring. A medida que el partido crecía en tamaño e influencia y sus escritores y defensores inevitablemente se mezclaban con los círculos burgueses, ella lideró la resistencia hacia una respetabilidad cada vez mayor. Para la Revisión, o "cretinismo parlamentario y sindical", como ella la llamaba, con su "cómoda teoría de un paso pacífico de un orden económico a otro", sólo sentía un ardiente desprecio. Creía en el instinto revolucionario y la energía revolucionaria creativa de las masas no organizadas que estallarían espontáneamente cuando la historia lo requiriera. La tarea del partido, según ella lo veía, era educar, guiar e inspirar a las masas en anticipación de la crisis histórica, no suavizar el impulso revolucionario mediante reformas.

Entre radicales y revisionistas, el Consejo General del partido arbitraba, manteniendo el equilibrio sin demasiadas dificultades. Como dijo uno de los líderes, Georg Ledebour, el partido era 20 por ciento radical, 30 por ciento revisionista y el resto "seguirá a donde quiera que vaya Bebel". Bebel arregló el compromiso habitual. Sin expulsar a Bernstein, el Congreso de Dresde derrotó su moción de cooperación y aprobó una resolución que reafirmaba la política de lucha de clases "que hemos seguido triunfalmente hasta ahora" y rechazaba "decisivamente" cualquier política o táctica de "adaptación al orden existente". Así, el bloque socialista más grande de Europa mantuvo la fidelidad a Marx sobre el papel mientras los hechos de la Revisión seguían floreciendo.

Los revisionistas no ignoraron las implicaciones de abandonar la primacía de la lucha de clases. El nacionalismo estaba en el aire y sintieron su fuerza vigorizante. Como socialistas querían participar en la vida nacional, no quedarse excluidos, esperando el colapso prometido que nunca llegó. En el Socialist Monthly, Bernstein utilizó la experiencia inglesa del imperialismo y su relación con el empleo para argumentar que el destino de la clase trabajadora estaba "indisolublemente ligado" a los asuntos externos de la nación, es decir, a sus mercados extranjeros. El interés de los laboristas, dijo francamente, residía en una "Weltpolitik sin guerra".

Mientras los alemanes disputaban en Dresde, la Revisión provocó un cisma histórico entre los socialdemócratas rusos, que ese año celebraron su propio Congreso del partido con sesenta miembros en Londres. En su horizonte no aparecía ningún cas Millerand ni siquiera calzones hasta la rodilla; sin embargo, se dividieron entre bolcheviques y mencheviques sobre la cuestión de la colaboración en

el futuro. Los primeros insistieron en la revolución y la dictadura del proletariado de un solo salto y sin acuerdos provisionales; este último creía que esto no podría lograrse hasta que Rusia hubiera pasado primero por una etapa burguesa de gobierno parlamentario durante la cual los socialistas tendrían que colaborar con los partidos liberales.

Como miembro de la Segunda Internacional, el partido ruso estuvo constantemente representado en los congresos internacionales por su fundador, Georgi Plejánov, que había vivido tanto tiempo en el exilio que había perdido contacto con los asuntos internos de su propio país. Aparte de él, los demás rusos en el exilio tenían poco o ningún contacto con los socialistas en cuyos países vivían. Absortos en su propia feroz disputa entre facciones, celebraron sus propios Congresos con poco papel en la Internacional. Moviéndose por Londres, París, Ginebra y Munich, el rival de Plejánov, Lenin, líder de la facción bolchevique, derramó implacablemente sus denuncias de "oportunismo" y "socialchovinismo". De vez en cuando visitaba la Oficina en Bruselas, pero nadie, escribió Vandervelde, le prestaba mucha atención a este "hombrecito de ojos entrecerrados, barba oxidada y voz monótona, que siempre explicaba con una cortesía exacta y glacial las fórmulas marxistas tradicionales".

En otros lugares, los hechos de la vida política hacían necesaria la revisión, les gustara o no a los marxistas. La industria se estaba expandiendo, trayendo consigo un aumento en el número de afiliados a los sindicatos, lo que aumentó la palanca de presión en manos de la clase trabajadora. Mientras la batalla entre el capital y el trabajo continuaba tan ferozmente como siempre, la clase trabajadora a través de los partidos socialistas estaba ampliando su representación en cada Parlamento Europeo. En Italia, donde los sindicatos campesinos y las cooperativas agrícolas eran fuertemente socialistas, el partido pasó de 26.000 votos y 6 escaños en el Parlamento en 1892 a 175.000 votos y 32 escaños en 1904. En Francia, el partido de Jaurès, seguido de las imprecaciones de Guesde y sus seguidores, estaba desempeñando un papel en la vida nacional; y el propio Jaurès estaba emergiendo como el líder real, si no nominal, de la mayoría del Gobierno en la Cámara. En el mundo socialista avanzó para desafiar la dominación del gran monolito alemán en el siguiente Congreso de la Internacional, celebrado en Amsterdam en agosto de 1904.

El duelo de Jaurès y Bebel hizo que el Congreso de Amsterdam fuera recordado por todos los presentes como el más estimulante de todos los encuentros de la Segunda Internacional. Asistieron quinientos delegados, de los cuales unos doscientos entendían en cualquier momento el idioma del orador. La plataforma estaba

revestida de rojo y estampada con un monograma dorado de las iniciales ISC, que, con la S entrelazada alrededor de la I, tenía un parecido sorprendente con un símbolo bien conocido del capitalismo. En lo alto, una pancarta llevaba en holandés el lema en el que todos todavía podían estar de acuerdo: Proletaariers van alle Landen, Vereinigt U! (¡Trabajadores del mundo, únanse!)

Las facciones eran múltiples. Gran Bretaña tenía cuatro delegaciones: el ILP dirigido por Keir Hardie, la Federación Socialista-Demócrata de Hyndman, el Comité de Representación Laboral de Shackleton y un grupo fabiano. Francia tenía tres delegaciones y Estados Unidos dos, y el inevitable De León despreciaba a todas. Desaprobaba el aspecto “social y de picnic” del Congreso, en el que los delegados revolvían papeles y conversaban y caminaban durante los discursos, visitaban a amigos extranjeros, se presentaban unos a otros, llegaban, salían y daban portazos. Declaró a Jaurès una “molestia absoluta en el movimiento socialista”, a Bebel su “genio maligno”, a Adler “absurdo”, a Vandervelde un “comediante”, a Hyndman “demasiado aburrido” para comprender lo que estaba pasando, a los sindicalistas británicos “desastrosos, Shackleton, un “placemante capitalista”, y Jean Allemane, un “tonto con boca de franela”. El único partido que no traicionó a la clase trabajadora con su “fanfarronada revisionista” fue el suyo, cuya actitud en todo momento fue “la espada desenvainada, la vaina tirada”.

La cooperación era la cuestión a resolver, incluida en el orden del día a petición de Guesde. El objetivo de Bebel era imponer a la Internacional la Resolución de Dresde del partido alemán. Proporcionó, dijo, la orientación correcta para los socialistas en todo momento y en todas las circunstancias, ya que establecía el antagonismo fundamental entre el Estado proletario y el capitalista. Aprovechó la ocasión para citar la creciente fuerza del partido alemán. Jaurès replicó que si los socialistas fueran tan fuertes en Francia, “harían que algo sucediera”. Entre la apariencia de fuerza alemana y la realidad de su influencia, dijo, al lanzarse a una gran ofensiva, había un contraste sorprendente. ¿Por qué? Porque “no existe ninguna tradición revolucionaria entre sus trabajadores. Nunca conquistaron el sufragio universal en las barricadas. Lo recibieron desde arriba”. Todos los diputados del Reichstag eran impotentes, porque el Reichstag mismo era impotente en cualquier caso. Fue la propia impotencia de los socialistas alemanes lo que les permitió adoptar una postura doctrinal intransigente. Lo que pesaba más sobre Europa ahora no era el audaz intento de los socialistas franceses de desempeñar un papel en su vida nacional, "sino la trágica impotencia de la socialdemocracia alemana". Defendió apasionadamente su tesis

principal: que los socialistas, sin abandonar los principios, deben ser el “ala de marcha” del progreso democrático, incluso si fuera necesario en colaboración con los partidos burgueses.

"Ciertamente, Alemania es un estado policial reaccionario, feudal, el país peor gobernado de Europa", excepto Turquía y Rusia, respondió Bebel, "pero apenas necesitamos que nadie del exterior nos diga cuán deprimentes son nuestras condiciones". La política de Jaurès, dijo, corrompería al proletariado. La Resolución de Dresde fue la única guía segura. La estridente Rosa Luxemburgo denunció a Jaurès como “der grosse Verderber” (el gran corruptor). Cuando él se levantó para responder y le preguntó quién le traduciría, ella respondió: “Lo haré, si quiere, ciudadano Jaurès”. Jaurès miró a su alrededor con una amplia sonrisa y dijo: “Veréis, ciudadanos, incluso en la batalla hay colaboración”.

Negándose a renunciar al principio de la lucha de clases, la mayoría votó a favor de la Resolución de Dresde contra Jaurès, combinando, como dijo Vandervelde, enemistad doctrinal con simpatía personal. “Recordamos el caso Dreyfus” y el “magnífico ardor” de la gran batalla de Jaurès contra las fuerzas reaccionarias acumuladas, pero la mayoría no tuvo el valor de cortar el cordón umbilical con Marx. En un esfuerzo final por cerrar las fisuras de la Revisión, el Congreso adoptó una última resolución declarando que era “indispensable” tener de ahora en adelante un solo partido socialista en cada país. Todos los que reivindican el nombre de socialistas deben trabajar por la unidad en interés de las clases trabajadoras del mundo, ante quienes serían responsables de “las consecuencias mortales de la continuación de sus divisiones”.

Un problema que aún no había sido su principal preocupación apareció tímidamente en Amsterdam. Con el eco de la guerra ruso-japonesa en sus oídos, los delegados discutieron la responsabilidad de la clase trabajadora ante la sociedad en caso de otra guerra y la viabilidad de una huelga general. El ardor marxista alemán se enfrió ante la misma palabra. Hablar de huelga general era una cosa; lograr que los sindicatos actúen al respecto es otra muy distinta. En lo que respecta a los sindicatos alemanes, la “huelga política de masas”, como la llamaban, era un anatema. Si la Patria fuera atacada, dijo Bebel, a pesar de su edad, él y todos los demás socialdemócratas se echarían al hombro un rifle y lucharían para defender su país. Al salir, Jaurès, muy serio, le dijo a Vandervelde: "Creo, amigo mío, que voy a dedicarme al estudio de las cuestiones militares".

A su regreso a casa, como socialista leal y en obediencia a la decisión de Amsterdam, volvió a acercarse a Guesde, reuniendo a los

dos partidos al año siguiente como el Partido Socialista, Sección Francesa de la Internacional de los Trabajadores, comúnmente llamada, desde sus siglas francesas, SFIO. Se declaró “no un partido de reforma sino un partido de lucha de clases y revolución” y repudió verbalmente la colaboración. Aunque fue una derrota para su cargo, Jaurès no hizo de las palabras un fetiche. Dejó que la doctrina siguiera a la acción y pudo conceder más fácilmente la fórmula a Guesde, ya que él mismo era el verdadero líder del sindicato. Para él la cooperación no era un fin en sí misma sino una vía de acción.

Para algunos resultó ser, de hecho, el corruptor en un sentido político. En 1906, el mismo año en que el ILP entró en la Cámara de los Comunes y John Burns en el Gabinete, los socialistas franceses obtuvieron 880.000 votos y obtuvieron cincuenta y cuatro escaños en la Cámara. A Briand, que había participado activamente en la cuestión de la disolución de las escuelas religiosas, se le ofreció el puesto de Ministro de Educación. Aceptó y, en medio de la amargura que siguió, abandonó el partido. Unos meses más tarde, Viviani asumió el cargo de Ministro de Trabajo. Junto con Millerand, que ahora se hacía llamar Socialista Independiente, ocuparon una sucesión de cargos a partir de entonces: Briand alcanzó el cargo de primer ministro al cabo de tres años y Viviani cinco años después. Llevando la cooperación a su extremo lógico, se volvieron, como dijo el embajador Izvolsky, “razonables mediante el ejercicio del poder”.

> En 1905, el gran acontecimiento marxista, la Revolución, tuvo lugar de repente, de la manera equivocada y en el país equivocado. Rusia no había alcanzado la etapa altamente industrializada que Marx había predicado como necesaria para el colapso. El levantamiento no fue obra de un proletariado disciplinado y consciente de sí mismo sino simplemente de seres humanos exasperados. A nadie le sorprendió que fracasara, pero el aspecto más extraordinario de su aprobación fue que dejó al socialismo prácticamente intacto.

En todo el mundo la gente quedó horrorizada por el asesinato de trabajadores por parte de los cosacos que se dirigían al Palacio de Invierno con su petición al zar. Cuando se escuchó la noticia de la “masacre diabólica” en un Congreso de Sindicatos en Liverpool, la reacción inmediata fue recaudar un fondo de 1.000 libras esterlinas

para las familias de los hombres asesinados. Cuando la protesta de los trabajadores rusos se convirtió en huelga general en octubre, lo que obligó al régimen, asustado, a otorgar una Constitución, el evento creó una profunda impresión de triunfo de la clase trabajadora. Los trabajadores en Europa celebraron reuniones masivas, vitorearon y ondearon banderas rojas. "¡Viva la Revolución Rusa! ¡Viva el socialismo!" Gritaron los campesinos italianos a mil quinientas millas de San Petersburgo. Pero ninguna chispa del fuego ruso desató una conflagración general. Se había producido el tan esperado levantamiento espontáneo, pero ninguna clase trabajadora occidental estaba preparada para derrocar al capitalismo. Sólo los socialistas austriacos utilizaron atentamente el ejemplo para llevar al clímax su campaña por el sufragio universal.

Aprovechando la oportunidad para trabajar sobre el miedo que los acontecimientos rusos inspiraban a los gobernantes, Viktor Adler proclamó en Viena una huelga general para el 28 de noviembre. Trabajó en los preparativos con un mes de antelación. Un miembro del partido en una fábrica donde los trabajadores no eran socialistas no pudo convencerlos de unirse; nadie hablaría de la Revolución o de la huelga propuesta ni "tocaría un tema político con un palo de tres metros". La manifestación, sin embargo, fue un éxito. En Viena, la Mariahilferstrasse estaba negra con miles de manifestantes tan apretados que tomó una hora recorrer media milla hasta la Ringstrasse, donde al desfile se unieron multitudes aún mayores de otros distritos de la ciudad. El paso de las masas, los puños cerrados, las banderas rojas, volvieron a plantear la terrible visión de la señora Hennebau en Germinal. El régimen austriaco, asustado por las manifestaciones, cumplió la promesa del sufragio masculino, que entró en vigor en 1907, prácticamente el único resultado positivo del levantamiento ruso.

También los socialdemócratas alemanes organizaron manifestaciones en favor de la reforma del sistema electoral en Prusia, que se organizaba según el registro fiscal. Al gran número de pequeños contribuyentes de la base que pagaban la misma cantidad total que el tercio medio menos y que los pocos ricos en la cima no se les permitió elegir a más de un tercio de los representantes locales. Los socialistas siempre eligieron a su tercio completo de los concejos municipales, pero incluso cuando tuvieron los votos, nunca pudieron ganar el control. Tampoco, confirmando la burla de Jaurès, pudieron ganar en las barricadas. Contra el acero del gobierno prusiano, sus manifestaciones no consiguieron ninguna mejora.

Uno de los efectos de la revolución rusa fue la pérdida de votos de

los socialistas. En las elecciones alemanas de 1907, los electores de clase media representados por el partido progresista, que antes, a la hora de elegir, había apoyado a los socialdemócratas con preferencia a los partidos reaccionarios, votaron por el candidato conservador. También estuvieron influenciados por la fuerte propaganda de la Armada y las Ligas Panalemanas, que querían que las elecciones registraran un mandato abrumador para el nacionalismo y el imperialismo. En las "Elecciones Hotentotes", como fueron llamadas desde la actual guerra en las colonias africanas de Alemania, los socialistas perdieron escaños por primera vez desde 1890.

León Trotsky, desesperado por la represión bajo la cual la revolución rusa parecía ahora "pisoteada irremediablemente y permanentemente", quedó sorprendido por la falta de interés entre los socialistas europeos. Al conocer a Kautsky en 1907, un hombre pequeño y delicado con ojos azul claro y cabello y barba blancos como la nieve que parecía "un abuelo muy amable" aunque sólo tenía cincuenta y tres años, lo encontró "hostil a la transferencia de métodos revolucionarios a suelo alemán". ." Sobre el papel, la revolución tenía un resplandor encantador; la realidad en las calles fue menos bienvenida. La fallida experiencia en Rusia reveló que la clase trabajadora occidental en general no quería formar parte de ella. Como resultado, se alentó la Revisión y la Revisión significó que cuanto más lejos de la clase, más cerca estaba del nacionalismo.

La guerra industrial no amainó. Después de 1905, los laboristas escucharon cada vez más las enseñanzas sindicalistas de la acción directa. Su fuente e influencia fueron más fuertes en Francia, donde los anarquistas habían denunciado enérgicamente durante mucho tiempo el método parlamentario como una farsa que desviaba al movimiento obrero de los objetivos revolucionarios hacia las cuestiones políticas y favorecía el liderazgo de los intelectuales. A los ojos de los sindicalistas, los políticos socialistas, como miembros de un parlamento nacional, se convirtieron esencialmente en parte del mundo burgués, adoptando sus códigos y perdiendo contacto con la clase trabajadora. Los sindicalistas insistieron en que la guerra de clases era económica, no política, y debería librarse mediante huelgas, no mediante debates. Con la creciente infiltración de los anarquistas, el movimiento sindical adoptó el sindicalismo revolucionario y la acción directa como doctrina oficial en el Congreso de la CGT de 1906. La acción directa contra los empleadores consistió en la huelga, la desaceleración, el boicot y el sabotaje; contra el Estado incluyó propaganda, manifestaciones masivas, resistencia al militarismo y al patriotismo, un engaño fomentado por los capitalistas para perpetuar su poder. Cada logro de los trabajadores debía considerarse como un

fortalecimiento para la batalla final y para el último acto supremo de la guerra de clases: la huelga general, la “revolución de los brazos cruzados” que, paralizando al mundo burgués, emanciparía a la clase trabajadora. y ganar el control de los medios de producción.

En Italia, donde la represión del movimiento obrero por parte de la policía y las tropas había sido brutal durante mucho tiempo y el abismo de odio mutuo y miedo entre las clases era profundo, la huelga general se intentó dos veces bajo la dirección sindicalista, en 1904 y 1906, a costa de una crueldad salvaje. los conflictos y la vida de los trabajadores. En Francia, la derrota de una huelga tras otra durante los años del gobierno radical de Clemenceau, de 1906 a 1909, reveló la brecha entre la predicación sindicalista de la huelga general y el poder real de los trabajadores. La mano de obra en Francia todavía era principalmente agrícola y una gran parte de la industria se realizaba en pequeñas empresas no sindicalizadas. La afiliación a la CGT no constituía una proporción importante de todos los trabajadores industriales y, como reflejo del antiguo antagonismo entre anarquistas y socialistas, estaba más frecuentemente en desacuerdo con el partido que unido en apoyo mutuo.

Los empleadores contraatacaron violentamente con despidos y cierres patronales contra los esfuerzos de la CGT por organizar nuevos sectores y con frecuencia fueron instigados por el uso de tropas, que Clemenceau afirmó que eran necesarias para prevenir la violencia contra los no huelguistas. En las huelgas de los mineros del Norte en 1906, de los estibadores de Nantes y de los trabajadores de los viñedos del Mediodía en 1907, de los trabajadores de la construcción en 1908, el Gobierno envió tropas en cada caso, con un saldo de 20 muertos y 667 heridos. . Las huelgas de los trabajadores postales y docentes fueron sofocadas con amenazas de despido permanente basándose en que los funcionarios públicos no tenían derecho a organizarse ni a hacer huelga contra el gobierno. Los funcionarios de la CGT que los habían organizado fueron arrestados acusados de incitación a la rebelión. Contra la tenaz resistencia de los empresarios se había promulgado en 1900 un límite máximo de jornada de once horas, y en 1906 una ley de descanso dominical y pensiones de vejez, pero contra la oleada de huelgas de los años de Clemenceau, la mano dura del Gobierno detrás del empleador se reflejaba la frase poco sentimental de Clemenceau: "Francia se basa en la propiedad, la propiedad, la propiedad". La intervención del Estado alimentó la ira y la desilusión. El recurso a la violencia por parte del gobierno radical, dijo Jaurès en 1909, y "su fracaso en reformar la sociedad han producido una lasitud pública, una queja ahogada, una corriente subterránea de descontento...". Ese mismo año, un descontento similar con el

gobierno liberal en Inglaterra estaba creando el mismo clima de inquietud.

En Estados Unidos también cobró fuerza la contraofensiva de los empleadores, respaldada por decisiones judiciales que utilizaron la Ley Sherman Antimonopolio para prohibir los piquetes, el boicot y las huelgas como restricción del comercio. Al igual que las señales de fuego en las cimas de las colinas de la antigüedad, el sindicalismo envió su mensaje a través del Atlántico y cobró existencia en Estados Unidos con la fundación de Industrial Workers of the World en 1905. Creado por Debs y “Big Bill” Haywood de la Federación Occidental de Mineros en extraña alianza con De León, la IWW era, según los estándares europeos, una combinación imposible de sindicalismo y socialismo. Predicaba la doctrina de la acción directa, mientras Debs, su héroe, hacía campaña como candidato socialista a la presidencia de los Estados Unidos.

El socialismo estadounidense, al igual que el ruso, al no tener representantes en el Congreso ni ningún papel en el gobierno, ni siquiera a nivel municipal, estaba protegido de las tentaciones de la colaboración. Para entonces, Debs había abrazado completamente la doctrina de la guerra de clases hasta el final. Los trabajadores deben ser revolucionarios, no transigentes con el orden existente. Su objetivo no era simplemente aumentar los salarios sino abolir el sistema salarial. Consideró que el sindicalismo se apoderaba del espíritu revolucionario del socialismo original y ofrecía los medios para lograr el objetivo prometido a través de los métodos sindicales en los que había crecido. En una carta dirigida a treinta líderes sindicales en diciembre de 1904, los invitó a unirse para discutir “formas y medios de unir a los trabajadores de Estados Unidos sobre principios revolucionarios correctos”. En su convención inaugural en Chicago el 27 de junio de 1905, a la que asistieron mineros, madereros, ferroviarios, trabajadores de cervecerías y otros sindicatos industriales y facciones socialistas, la IWW se declaró a sí misma como "el Congreso Continental de la clase trabajadora" que uniría a los trabajadores calificados y trabajadores no calificados en un gran sindicato industrial para derrocar al capitalismo y establecer una sociedad socialista. Su lema, que se declaraba a favor del arma definitiva del sindicalismo, era “Un gran sindicato y una gran huelga”. Según Haywood –un gigante tuerto y “un conjunto de instintos primitivos”– el IWW se hundiría en la cuneta para llegar a los “vagabundos” y a los trabajadores migratorios y criarlos, junto con toda la masa laboral, hasta alcanzar un nivel “decente”. plano de vida”. Despreciando la negociación colectiva, los acuerdos y el esfuerzo político, funcionará mediante la propaganda, el boicot, el

sabotaje y la huelga. El gobierno, la política y las elecciones eran una tontería; el país debería estar gobernado por los sindicatos.

El rechazo de la acción política por parte del IWW desencadenó una serie de cismas y secesiones que volaron como astillas de un hacha. Debs fue atacado violentamente por algunos colegas socialistas por dividir el movimiento obrero. De León se separó en 1908 y continuó desde su reducido puesto de avanzada para luchar por principios prístinos. Para Debs el objetivo era que todo y cualquier método que condujera a él, tanto político como directo, fuera aceptable. A pesar de los principios sindicalistas de la IWW, se postuló nuevamente para presidente como candidato del Partido Socialista en 1908. En reuniones por todo el país, Haywood y otros recaudaron dinero en centavos y cinco centavos para alquilar una locomotora y un vagón cama para llevar a Debs a su campaña. Los maquinistas que pasaban hacían sonar sus silbatos al pasar la Red Special con pancartas rojas ondeando desde el techo y la plataforma trasera. Debs tenía una manera de hacer creer a la gente en la posibilidad de alcanzar el socialismo. Sin charangas ni altavoces, bastaba con su voz, su sonrisa y sus brazos extendidos. Él "realmente cree que puede existir algo llamado la hermandad del hombre", dijo un duro organizador que confesó sentirse dolido cuando alguien lo llamaba camarada. "Pero cuando Debs dice camarada, está bien. Lo dice en serio". Familias en vagones con banderas rojas pegadas en los casquillos de los látigos recorrieron millas a través de las praderas para saludar al Especial Rojo en las paradas del ferrocarril. Desfiles de antorchas en las ciudades, mítines masivos, niños con ramos de rosas rojas, crearon una ilusión en la que el propio Debs empezó a creer. Los socialistas, le escribió a un amigo, son "aquí afuera como langostas" y los agricultores "son revolucionarios hasta la médula y están maduros y listos para la acción". Los "plutes" se llevarían un shock cuando se contaran los votos. Pero el total de votos resultó decepcionante: 400.000, no más que en 1904.

En 1910, a raíz del movimiento reformista general en los Estados Unidos, Victor Berger, el primer socialista en obtener un escaño en el Congreso, fue elegido por Milwaukee junto con un fiscal municipal socialista, un contralor socialista, dos jueces socialistas y veintiún diputados socialistas. concejales entre treinta y cinco. En 1911 se eligió un alcalde socialista en Schenectady y en 1912 el partido había elegido alcaldes en cincuenta y seis municipios. Pero éstas fueron victorias de la Revisión y los candidatos ganadores fueron intelectuales (abogados, editores, ministros), no trabajadores. El movimiento sindical en ambas alas, IWW y AF de L, se negaron a entrar en política. En 1912, cuando los partidos principales se

enfrentaron a tres bandas por la presidencia, Debs volvió a presentarse. Nuevamente parecía, como escribió Victor Berger en el Milwaukee Leader, que el socialismo era el orden venidero y “nos apresuramos hacia él con la velocidad acelerada de una locomotora”. Mientras recorría el Lower East Side de Nueva York, Debs se paró en un camión que "se abrió paso lentamente a través de un océano rugiente de gente hasta donde alcanzaba la vista, arriba y abajo de oscuras calles de viviendas". La votación fue de 900.000, el doble que la vez anterior, aunque sólo el 6 por ciento del total. El IWW obtuvo su mayor victoria ese año en Lawrence, Massachusetts, donde organizó una huelga de trabajadores textiles contra un recorte salarial. Alimentó y mantuvo a toda una ciudad de trabajadores y sus dependientes durante dos meses y obtuvo un aumento salarial. Pero la amarga y brutal derrota de la huelga de Paterson poco después inició el declive del sindicalismo estadounidense.

En Alemania la doctrina sindicalista de la huelga general tuvo poco arraigo. Como otras instituciones alemanas, los sindicatos eran demasiado ordenados para sentirse atraídos por una medida que negaba todo orden y deber. La clase trabajadora, a quien Kuno Francke elogió en 1905 por su “buen comportamiento”, compartía el apego a la autoridad y la obediencia que en Alemania parecía excesivamente desarrollado, como si, sin su protección, algún viejo salvajismo teutónico, algún huno interior, pudiera estallar. . Los socialistas alemanes fueron realistas acerca de la huelga general. Bebel se opuso a su uso con fines políticos porque, dijo, sólo podía organizarse en condiciones extraordinarias y acompañadas de un estado de ánimo revolucionario entre los trabajadores. Entre sus compatriotas, como bien sabía, esto faltaba. Cuando los radicales del partido en su Congreso de Mannheim en 1906 propusieron un Massenstreik en caso de guerra, Bebel lo rechazó por considerarlo inútil. En caso de guerra, dijo, los militares se harían cargo de la ley

y el orden, la resistencia sería una locura y, en cualquier caso, la fiebre chauvinista se apoderaría de las masas. Bebel, al menos, nunca se alimentó ni alentó ilusiones.

En Mannheim tuvo lugar una lucha crucial, aunque silenciosa, por el poder, con resultados decisivos para el socialismo alemán y, a través de él, para el socialismo mundial. Kautsky ofreció una resolución destinada a subordinar los sindicatos al partido en cuestiones de política. Su tarea, como la definió Kautsky, era defender y mejorar la suerte del trabajador hasta el advenimiento final del socialismo. Dado que la tarea del partido era lograr el objetivo máximo a largo plazo, sus decisiones deben predominar.

Durante la última década, los afiliados a los sindicatos alemanes habían aumentado de 250.000 a 2.500.000, con los fondos en proporción. A diferencia de los franceses, estaban en estrecha comunión con el partido y su principal fuente de votos. Sam Gompers, en su gira por Europa en 1909, quedó impresionado por los beneficios en efectivo que los sindicatos pagaban en huelgas y cierres patronales, por su organización y disciplina, y por las mejores condiciones y el aumento de salarios que habían obtenido. Los jornaleros ganaban tres marcos y el trabajo calificado seis marcos por día, o unos treinta y seis chelines u ocho o nueve dólares por semana. Se regularon los horarios de las comidas, se publicaron multas y sanciones en el tablón de anuncios, el gobierno reconoció el derecho de organización, excepto para los sirvientes y los trabajadores agrícolas; El trabajo infantil menor de trece años estaba prohibido y entre los trece y los catorce años se restringía a seis horas al día. Satisfecho de que tal progreso refutara la teoría marxista de la "creciente miseria", Gompers se sintió inspirado a un himno de optimismo por la situación del trabajador alemán, que le parecía vivir en una época de "mayor producción, mayor riqueza, mayor riqueza y mayor riqueza". la más alta inteligencia general y las mejores razones de esperanza para su clase que la historia del mundo ha registrado". Incluso si, en su entusiasmo antimarxista, Gompers exageró el caso, el trabajador alemán claramente estaba adquiriendo una participación en el orden existente. El efecto no favoreció el ardor revolucionario en los sindicatos. El temor de que estuvieran demasiado integrados en el orden existente inspiró la resolución de Kautsky de subordinarlos al control político del partido.

Su moción fue firmemente rechazada por la mayoría en Mannheim por temor a ofender a los sindicatos. Estaba muy bien dejar que Kautsky formulara la teoría, pero cuando se trataba de cuestiones

prácticas, el Consejo General del partido no era más que realista. La derrota de la resolución significó, de hecho, una victoria para los sindicatos. Dado que el análisis de Kautsky había sido correcto, también significó, en el país de influencia socialista dominante, preferencia por el orden existente sobre el objetivo final. La antigua herejía de Bernstein: "No me importa nada el objetivo final..." era ahora canónica. Después de Mannheim, la actividad cotidiana se volvió cada vez más práctica y revisionista, incluso mientras las declaraciones del partido en congresos y ceremonias seguían reiterando las fórmulas marxistas.

El nacionalismo llegó con la creciente marea revisionista. En el Reichstag, el 25 de abril de 1907, poco antes de la apertura de la Conferencia de La Haya, un diputado socialista, Gustav Noske, hizo explícita la tendencia en un discurso que causó sensación. Era una “ilusión burguesa”, anunció, suponer que todos los socialistas creían en el desarme. Si bien esperaban la paz en el futuro, los conflictos económicos internacionales en la actualidad eran demasiado fuertes para permitir el desarme. Los socialistas resistirían tan vigorosamente como los caballeros de la derecha cualquier intento de otra nación de presionar a Alemania contra la pared. “Siempre hemos exigido una nación armada”, dijo ante los asombrados jadeos de sus colegas y el igualmente asombrado deleite y aplauso de la derecha. Indignado por Kautsky, quien con considerable coraje dijo que en caso de guerra, los socialdemócratas alemanes se considerarían proletarios primero y alemanes después, Noske encontró, sin embargo, muchos seguidores.

En Alemania, como en Inglaterra, estaba de moda el tema del conflicto venidero entre los dos países, fomentado por los lemas de la Liga Naval: "¡La guerra que viene!". “¡Inglaterra el enemigo!” “¡El plan de Inglaterra para caer sobre nosotros en 1911!” y el acompañamiento panalemán “¡A Alemania pertenece el mundo!” En todos los países, a medida que el aire se espesaba con los rumores de guerra, el instinto de patriotismo crecía. Más antigua, más profunda, más instintiva que cualquier solidaridad de clase, no fue algo fácil de erradicar con el visto bueno del Manifiesto Comunista. Desgraciadamente para la hermandad mundial, el trabajador sentía que tenía una patria como cualquier otro.

En medio de una estridente disputa, en Francia se alzó una voz que expresaba la tendencia opuesta a la de Noske en Alemania. Provino del socialista Gustave Hervé, un profeta aullante del antipatriotismo y el antimilitarismo. Una vez seguidor de Déroulède, se había desplazado al extremo opuesto y había alcanzado notoriedad nacional por su declaración durante el caso Dreyfus de que mientras existieran

cuarteles militares esperaría ver la bandera tricolor plantada en el muladar de sus patios. Esto llevó a su despido como profesor y a un juicio por incitación a un motín, en el que Briand lo defendió con éxito. Respecto a la mística de la patria como un Moloch que chupa a los trabajadores con sus fauces blindadas donde derraman la sangre de los demás, Hervé continuó su campaña contra el ejército y el país, impertérrito ante nuevos juicios y una pena de cárcel. “¡Responderemos a la orden de movilización con una revuelta!” Él gritó. "La guerra civil es la única guerra que no es estúpida". En el Congreso del Partido Socialista Francés de 1906, en medio de la primera crisis marroquí, y nuevamente en el Congreso de 1907, encarnó estos sentimientos en una resolución. Todos los intelectuales sindicalistas, devotos de Sorel, Bergson y Nietzsche, se unieron en su apoyo. Eran los cultistas del “mito” de la huelga general, no los hombres que serían llamados a practicarla, porque no estaban presentes. La CGT no acudió a los congresos de la SFIO y, en cualquier caso, diseñó la huelga general con fines revolucionarios, no para prevenir la guerra.

En representación de los marxistas acérrimos, Guesde encabezó la oposición a Hervé basándose en que, dado que la guerra era inherente al sistema capitalista y predecesora de su agonía, era inútil, y contraproducente para los socialistas, impedirla.

Jaurès, como figura principal del partido, tuvo que guiar al Congreso hacia una posición. Con su fe en que una buena sociedad estaba al alcance del hombre, vio la guerra como el gran destructor; no la oportunidad de la clase trabajadora, sino el enemigo del trabajador. Impedirlo se convertiría, en los años venideros, en su principal objetivo. Durante mucho tiempo había sostenido que la huelga general, a menos que estuviera bien organizada tanto en cuanto a medios como a fines, era “romanticismo revolucionario”, pero al mismo tiempo era la única manera en que la clase trabajadora podía hacer sentir su poder para evitar una amenaza de guerra. También se inclinaba a apoyarlo porque, para mantener la precaria unidad de la SFIO, era importante hacer concesiones al ala de mentalidad sindicalista. No menos hombre de este mundo que Bebel, Jaurès siguió siendo también un idealista y abordó el problema de la huelga general persuadiéndose a sí mismo de que si se avecinaba la guerra, de alguna manera las masas se sentirían estimuladas por el fervor necesario para levantarse en protestas espontáneas y efectivas sin planificación u organización previa. En esta área, crucial, Jaurès estuvo más cerca de pensar “con su barba”. Estuvo de acuerdo con una resolución menos explícita que la de Hervé, pero que comprometía al socialismo francés a todas las formas de agitación contra la guerra,

incluidas la acción parlamentaria, las reuniones públicas, las protestas populares, "incluso la huelga general y la insurrección".

Era retórica, pero Jaurès creía o se persuadía a sí mismo de que una “agitación incesante” podría convertirlo en realidad. No se contentó con tener esperanzas, sino que practicó la agitación en mítines socialistas masivos y en giras de conferencias por toda Francia. A partir de ese momento, en Toulouse, Lille, Dijon, Nimes, Burdeos, Guisa, Reims, Aviñón, Toulon, Marsella y, por supuesto, Carmaux, “en cada estación de ferrocarril de Francia, al parecer, Jaurès bajaba de un tren al mismo tiempo. u otro, maleta en mano, el gran vendedor de la paz”. También en el extranjero, en Londres, Bruselas y otras capitales extranjeras, su voz se derramó como si intentara físicamente elevar a sus oyentes a un fervor que pudiera traducirse en acción si surgiera la necesidad. En un viaje a Inglaterra en compañía de Vandervelde visitaron Hatfield, casa de los Cecil, que según Jaurès le interesaba más que Oxford.

El problema de la guerra, el esfuerzo por reconciliar las tendencias entre los extremos de Hervé y Noske dominaron el socialismo a partir de ahora. Llegó a un punto crítico de inmediato en el siguiente Congreso, convocado por primera vez en suelo alemán, en agosto de 1907. Aunque la clase obrera de Berlín era un bastión del socialismo, los líderes del partido no se atrevieron a celebrar el Congreso en el capital ante las narices del Káiser. El sitio que eligieron fue Stuttgart, capital de Württemberg en el sur de Alemania. Ochocientos ochenta y seis delegados en representación de veintiséis naciones o nacionalidades se reunieron en el auditorio más grande de la ciudad. Entre ellos se encontraban Ramsay MacDonald de Inglaterra, De León y Big Bill Haywood de Estados Unidos, Plejánov, Lenin, Trotsky y Alexandra Kollontay por las distintas facciones rusas, la señora Kama de la India, las “vírgenes rojas”, Rosa Luxemburgo y Clara Zetkin, y entre los traductores políglotas, Angelica Balabanov de Italia

acompañada por un “joven alcista de rostro oscuro que protestaba violentamente”, Benito Mussolini. Como demostración de fuerza socialista se celebró una manifestación al aire libre el día de la inauguración, un domingo, en un campo a las afueras de la ciudad. Llegaron trabajadores y sus familias de todas partes, llenando las calles que conducían al campo donde se habían instalado una docena de plataformas cubiertas de rojo para los oradores. Tocaron bandas y sociedades corales cantaron himnos socialistas mientras la policía vigilaba el proceso desde dos globos cautivos. A las dos de la tarde, una multitud de cincuenta mil personas se había reunido para escuchar a las celebridades socialistas en medio de “un entusiasmo extraordinario pero sin desorden”. En su discurso, Bebel felicitó al proletariado británico por su reciente y brillante éxito en las urnas, señalando, tal vez con un toque de envidia, que si bien el Gobierno había nombrado hábilmente a John Burns miembro del Gabinete, estaba seguro de que no había logrado cambiar la dirección del partido. tácticas de lucha. Fuertes vítores recibieron el discurso de Jaurès, pronunciado en alemán. Aunque podía memorizar una traducción al alemán de su discurso después de una lectura o recitar de memoria largos pasajes de Goethe, no dominaba suficiente alemán coloquial como para alquilar una habitación de hotel.

Después, en el vestíbulo, en medio de los admirables arreglos alemanes, todos, comprensiblemente, tuvieron la sensación de deliberar bajo la mirada de la policía. Cuando Harry Quelch, un delegado inglés, se refirió irrespetuosamente a la Conferencia de La Haya, entonces en sesión, como una “cena de ladrones”, el Canciller von Bülow, que no era especialmente respetuoso con la Conferencia,

presionó al gobierno de Wüttemberg para que lo contratara. expulsado. Inmediatamente incómodo, Bebel ni siquiera protestó. La silla vacía de Quelch se mantuvo llena de flores durante las sesiones restantes.

Mientras el Congreso se dividía, como de costumbre, en comités sobre sufragio, mujeres, minorías, inmigración, colonialismo y otros problemas, el Comité sobre Antimilitarismo fue el centro de atención. El deber de la clase trabajadora frente al creciente militarismo y la amenaza de guerra, colocados en la agenda por los franceses, desató cinco días de debate. En una diatriba inicial, Hervé volvió a proponer la desobediencia masiva a la movilización, es decir, la insurrección. Como esto podía transformarse en revolución, contó con el apoyo de los radicales alemanes encabezados por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, pero el peso oficial del partido, desde los viejos marxistas como Bebel y Kautsky hasta los nuevos nacionalistas del tipo Noske, se desplazó sólidamente hacia el partido. bien. Al debatir "al alcance del oído, por así decirlo, desde la Wilhelmstrasse", como dijo Vandervelde, los alemanes silenciaron sus habituales tornados verbales, aunque no sólo por discreción; el cambio fue ideológico. Es cierto que algunos, otros todavía fingiendo lo contrario, se estaban alineando con el sentimiento nacional, acomodándose a las realidades de la vida en una era de expansión nacional de la que el trabajador obtenía beneficios materiales. "No es cierto que los trabajadores no tengan patria", declaró Georg von Vollmar, un destacado revisionista; "El amor a la humanidad no nos impide ser buenos alemanes". Él y su grupo, dijo, no aceptarían un internacionalismo que fuera antinacional.

Jaurès propuso la misma resolución que acababa de adoptar el Congreso francés, enfatizando la "agitación" e incluyendo la huelga general como último recurso.

Esperar una huelga general eficaz sin planificación ni organización equivalía a esperar que un ejército marchara sin órdenes, alojamiento, depósitos de suministros, transporte, alimentos o municiones. Incluso si la Segunda Internacional hubiera podido acordar una huelga general, no tenía poder para dar órdenes a sus componentes nacionales, cada uno de los cuales habría tenido que organizar la huelga de su propio pueblo por separado. A menos que la acción fuera simultánea e internacional, los trabajadores que la llevaran a cabo con mayor eficacia sólo estarían abriendo su propio país a la derrota. Como siempre señalaba Guesde, una huelga general sólo podía ser efectiva si la fuerza laboral mejor organizada y disciplinada. De tener éxito, su único resultado sería dejar a los países más modernos

expuestos a una derrota militar por parte de los atrasados. El dilema era terrible e insoluble. Jaurès lo mantuvo a raya porque pensaba que la huelga general era más una idea para encender a las masas que una posibilidad real. Paseando con Bernstein por uno de los parques de Stuttgart, intentó convencerle del valor alentador de una declaración a favor de la huelga. “Todas mis objeciones se referían a su impracticabilidad”, dijo Bernstein más tarde, “pero volvió una y otra vez al efecto moral de tal compromiso”. Como Clemenceau diría mucho después, el destino de Jaurès era “predicar la hermandad de las naciones con una fe tan inquebrantable... que no se dejara intimidar por la brutal realidad de los hechos”.

Bebel se opuso a la huelga general por considerarla totalmente impracticable. Vinculado a los sindicatos, como no lo estaba el partido francés, el partido alemán miró la huelga desde el punto de vista sindical. Aunque todos sus miembros pudieran haber sido buenos socialistas, los sindicatos no deseaban perder sus fondos en un gesto imprudente contra el poder del Estado. No se disponía de reservas financieras para mantener una huelga general ni siquiera en tiempos de paz. Oponerse a la defensa de la Patria en una nación presa de la fiebre de la guerra, dijo Bebel, pondría a los socialistas en una posición imposible. Incluso Kautsky estuvo de acuerdo. Una huelga es imposible sin el consentimiento de los sindicatos, señaló. En privado, él y sus amigos de ideas afines se consolaban, como Jaurès, con la creencia de que de alguna manera, si estallaba la guerra, los trabajadores “enfurecidos” se levantarían contra ella.

¿Dónde estaba la voz del trabajador, del hombre directamente afectado, en todo este discurso sobre la huelga? No fue escuchado. El trabajador estaba en casa preocupado por el trabajo, el jefe, la ventana rota, el niño enfermo, la cena de esta noche, las vacaciones de mañana. Si pensaba en una huelga era por salarios; si pensaba en la guerra, era como un vago gran acontecimiento con un aura de emoción y valor. Pensó menos en atacarlo que en marchar hacia él, para golpear al extranjero y proteger a su país. Bebel lo conocía. "No se engañen", le dijo a un delegado inglés, y repitió su vieja afirmación de que en el instante en que la Patria se declarara en peligro, "cada socialdemócrata se echará al hombro su rifle y marchará hacia la frontera francesa".

Si Bebel seguía siendo el Papa del socialismo, lo era como Papa secular; la antorcha moral había pasado a Jaurès, “la mayor esperanza de la Segunda Internacional”, en palabras del discurso inaugural de Vandervelde. Estaba lleno de energía, inmerso en una gran campaña contra la guerra, encantado de estar en Alemania. Tomando una

enorme jarra coronada de espuma en una cervecería al aire libre en el campo, dijo: "¡Cerveza! ¡Vandervelde, cerveza alemana! con un entusiasmo renovado que su compañero encontró irresistible. Una noche, al regresar de un paseo por la Tubinga medieval, insistió en salir, bajo la lluvia torrencial y en la oscuridad, aunque no se veía nada, para detenerse frente a la ilustre Universidad.

Bebel lanzó todo el peso del partido contra un compromiso explícito con la huelga general, menos porque estuviera convencido de que era poco práctico que porque temía represalias por parte de su gobierno, tal vez incluso la renovación de la ley antisocialista. Ya de mediana edad y exitoso desde la advertencia de Engels: "La legalidad nos mata", su partido no tenía ningún deseo de volver a pasar a la clandestinidad. Además de las resoluciones francesas contradictorias, también tuvo que luchar contra los radicales de su propio partido, ayudados por un socio formidable. Rosa Luxemburgo se lo señaló a una amiga y dijo: "Ese es Lenin. Observa su cráneo obstinado y obstinado". Juntos, ella y él estaban decididos a que cualquier resolución adoptada por el Congreso sobre militarismo debería recordar a la clase trabajadora su deber de transformar la guerra en revolución. En sesiones privadas, Lenin entabló negociaciones prolongadas con Bebel, quien insistió en que no debía haber "nada en la resolución que permitiera al fiscal de Berlín prohibir el partido". Después de muchas reformulaciones y discusiones que Lenin encontró demasiado largas pero ricas en dialéctica, se elaboró una fórmula satisfactoria y se añadió a la resolución principal.

Tal como lo redactó un comité bajo la dirección de Bebel, el resultado final logró acomodar todos los puntos de vista, excepto el ataque insurreccional de Hervé, en una forma calculada para no alarmar al fiscal de Berlín ni alienar a ningún sector importante del Congreso. Bebel había prevalecido. La resolución no menciona la huelga general. Reafirmó la lucha de clases, la naturaleza de la guerra como inherente al capitalismo y la demanda de ejércitos ciudadanos para reemplazar a los ejércitos permanentes, pero afirmó que "la Internacional no está en condiciones de prescribir de forma rígida las acciones que deben tomar los trabajadores". clase contra el militarismo". Recomendó la habitual "agitación incesante" y se declaró a favor del arbitraje y el desarme. La adición patrocinada por Lenin y Rosa Luxemburgo, recortada a la respetabilidad, comprometía a las clases trabajadoras y a sus representantes parlamentarios a hacer todo lo posible para impedir el estallido de la guerra "utilizando los medios que les parezcan más eficaces"; Si a pesar de todo estallara la guerra, debían trabajar para su pronta terminación y mientras tanto "explotar la crisis con todas sus fuerzas para acelerar así la abolición

del capitalismo”.

> En 1909, un pueblo se levantó repentinamente en una huelga contra la guerra con resultados trágicos. No fue un movimiento organizado sino, como en el levantamiento ruso de 1905, un estallido espontáneo. La Semana Roja de Barcelona, llamada por los españoles la semana trágica, fue una protesta masiva contra el reclutamiento de soldados para una campaña en Marruecos que los trabajadores consideraban una guerra en interés de los propietarios de las minas del Riff. Una huelga iniciada por la Federación Obrera de Barcelona se convirtió de la noche a la mañana en una manifestación del propio pueblo, especialmente de las mujeres, contra la guerra, los gobernantes, la reacción, la Iglesia y todos los elementos de un régimen opresivo. Aplastado a tiros y con sangre, el levantamiento despertó la ira socialista por el juicio y ejecución de un hombre, Francisco Ferrer, pero no suscitó ninguna preocupación por los problemas o técnicas de la revuelta.

Ese mismo año, la Federación Nacional del Trabajo de Suecia convocó una huelga general en protesta contra el uso cada vez mayor de cierres patronales por parte de los empleadores. Con casi 500.000 huelguistas y una duración de un mes, fue roto por la amenaza del Gobierno de despido permanente y pérdida de pensiones y por el éxito de las clases altas al organizar brigadas para llevar a cabo servicios esenciales. La actividad era más fácil de organizar que la inactividad con los brazos cruzados.

Ese mismo año, la sombra de la guerra se acercó más cuando Austria-Hungría anexó Bosnia-Herzegovina en un desafío que Rusia, aún no recuperada de sus problemas, tuvo que aceptar, tanto más cuando el Káiser proclamó su postura con una “armadura brillante”. al lado de su aliado. Los socialistas austriacos no pudieron resistir un sentimiento de orgullo nacional. El Arbeiter-Zeitung socialista de

Viena publicó una serie de artículos chovinistas que causaron maliciosa alegría en la prensa burguesa serbia al señalar que la solidaridad internacional de la clase obrera no era tan sólida como se suponía.

En Inglaterra, la ola antialemana arrasó con Blatchford, quien a pesar de su socialismo, como viejo soldado, había apoyado la guerra de los bóers. Con Hyndman llevó a cabo una campaña a favor del servicio militar obligatorio en su periódico, el Clarion. Calificándolos de traidores al socialismo, Keir Hardie todavía creía "absolutamente que los trabajadores organizados nunca participarían en otra orgía de sangre de trabajadores". Tampoco estaba solo. La mística de la clase trabajadora unida, con conciencia heroica de sí misma, era fuerte. Sam Gompers, nacido en la clase trabajadora como Hardie, y preocupado toda su vida por los trabajadores y sus asuntos, creía en ello. Cuando vino a Europa para asistir a un Congreso Sindical Internacional en 1909, la primera impresión que se llevó fue “el hecho de la solidaridad actual en el sentimiento de las masas de Europa”. Todavía socialista inconsciente, creía que la lucha de los trabajadores por sus derechos tendría prioridad “sobre las guerras entre naciones en las que los trabajadores no tienen motivos”. Sabía y afirmó en otro contexto que una huelga general era “imposible en la actual etapa de organización del trabajo”; sin embargo, él también estaba seguro de una “resolución profundamente arraigada” entre su clase de negarse a dar el último paso del deber militar de disparar a sus compañeros de trabajo. El espíritu de los congresos sindicales internacionales en los que los delegados hablaban y partían el pan juntos, escribió, se propagaría a través de sus informes a todos los trabajadores organizados, quienes se entenderían y se negarían a matarse unos a otros. “Incluso los no organizados” leerían las cuentas, escucharían a los delegados que regresaban y adoptarían este espíritu de rechazo. Los estadistas sabían muy bien que su siguiente orden: “¡Al frente!” sería seguido por “manifestaciones masivas por la paz”; Gompers no se atrevió a decir desobediencia masiva. "Existe un consenso general de opinión", concluyó, "que el obstáculo final a una guerra de naciones en Europa hoy es la decidida actitud adversa de los trabajadores en los diferentes países".

Gompers era tan práctico y tenaz como cualquier hombre que jamás haya existido, pero la época en la que vivía era sentimental. Que, como Jaurès, pudiera creer en un ¡Alto definitivo! Lo logrado mediante “manifestaciones masivas” mostró hasta qué punto se había arraigado la idea de la clase trabajadora como héroe.

Su propósito al venir a Europa era afiliar la AF de L a la Federación

Internacional de Sindicatos. Si alguna acción del trabajo organizado iba a hacerse sentir contra la guerra, este era el único organismo que podía proporcionarla, suponiendo que poseyera tanto la voluntad como los medios. No tenía ninguna de las dos cosas. Fundada en 1903 por sugerencia de los sindicatos ingleses y franceses, pero con la oposición de los alemanes, representaba a veintisiete federaciones de oficios o industrias con una membresía de más de siete millones en diecinueve países. Las cifras eran más imponentes que sus funciones reales, que eran principalmente de secretaría. Mantuvo informados a los sindicatos afiliados sobre las condiciones comerciales e hizo todo lo posible para frustrar los esfuerzos de los empleadores por reclutar rompehuelgas extranjeros. Para conciliar a los grandes y bien financiados sindicatos alemanes, su sede estaba en Alemania y Carl Legien, jefe de la Federación Nacional Alemana de Sindicatos, era su secretario. En sus congresos bienales, las cuestiones políticas y sociales, normalmente planteadas por los franceses, no fueron bien recibidas. En 1909, la Federación reunió un fondo de ayuda para la huelga de 643.000 dólares para la huelga general sueca, la mayor parte procedente de los sindicatos alemanes y escandinavos y muy poca de los británicos, franceses o estadounidenses. La solidaridad fue menos que total. Con una fuerte influencia alemana y una orientación apolítica, no era un organismo que se interesara por las ideas de una huelga general internacional.

Una de sus unidades más fuertes era la Federación Internacional de Trabajadores del Transporte (marineros, portuarios y ferroviarios). Fundada en 1896, representaba a cuarenta y dos sindicatos en dieciséis países con 468.000 afiliados. Fue en la ITF donde Keir Hardie, que al igual que Jaurès se había preocupado principalmente por el problema de la guerra, depositó sus esperanzas en un ataque internacional en caso de guerra. Si los trabajadores del transporte solos o junto con la Internacional de Mineros derribaran sus herramientas, creía que podrían detener la guerra. Aquí nuevamente el problema era la acción simultánea en todos los países, pero el fervor de Hardie lo llevó a ese punto y presentó su propuesta en el siguiente Congreso Socialista, celebrado en Copenhague en agosto de 1910.

Como ciudad anfitriona de la Internacional de 1910, Copenhague fue un símbolo de la importancia que había alcanzado el socialismo. El Partido Socialista Danés, uno de los países pequeños más fuertes, controlaba el gobierno municipal de la capital. El comité, decidido a impresionar al mundo por su organización y eficiencia, ofreció magníficas recepciones y un alcalde socialista pronunció el discurso de bienvenida. Respondiendo con una voz de "sonoridad madura que hace vibrar los corazones", Vandervelde expresó el sentimiento de los

delegados de una gran ocasión en la que "un pueblo libre, dueño de su Ayuntamiento, da la bienvenida a la Internacional Roja". Los votantes socialistas en el mundo sumaban ahora ocho millones. Los socialistas franceses acababan de obtener una victoria electoral en mayo, en la que habían obtenido más de un millón de votos y habían aumentado su número de diputados de 54 a 76. Aunque no era motivo de puro orgullo, Briand, que todavía se autodenominaba socialista independiente, era en realidad Primer Ministro. . El socialismo parecía haber llegado a una etapa en la que se podía ejercer eficazmente la “horrible conciencia” de la humanidad.

En Copenhague habló a través de Keir Hardie, quien propuso una resolución junto con Edouard Vaillant de Francia, recomendando que “los partidos afiliados y las organizaciones laboristas consideren la conveniencia y viabilidad de la huelga general, especialmente en las industrias que suministran material de guerra, como una de las métodos para prevenir la guerra y que se tomen medidas al respecto en el próximo Congreso”. Al proponerlo, Hardie reconoció que los trabajadores no estaban preparados para hacer huelga contra la guerra pero se aferró a la esperanza de que lo estarían cuando llegara el momento. "Debemos darles una gran ventaja", afirmó. Su resolución fue apoyada por Vandervelde y por Jaurès, que estaba más dispuesto a mostrarse comprensivo porque se encontraba en medio de un esfuerzo eficaz, que dependía en parte de la aceptación de la huelga general, para acercar la CGT a la SFIO. Además, su preocupación por la tendencia burocrática del partido alemán le llevó a considerar cada vez más la necesidad de tácticas de masas.

Los alemanes y austriacos se opusieron firmemente a la moción de Hardie por el mismo motivo que antes: que defender una huelga en caso de guerra podría dar lugar a un proceso por traición y confiscación de fondos. Bebel, enfermo y envejeciendo, estuvo ausente, pero incluso sin él, la presión alemana consiguió un voto negativo. Como solución de compromiso, la resolución fue remitida a la Mesa de Bruselas para su reconsideración en el próximo Congreso. Incluso dejar constancia de ello preocupaba a los alemanes. Sólo a regañadientes los convenció el argumento de Vandervelde de que, si se negaban, los británicos y los franceses podrían llevar a cabo el plan de forma independiente. Se aprobó una resolución sobre antimilitarismo, prácticamente la misma que la de Stuttgart, con la adición de que los sindicatos de los países miembros “considerarán si no debería proclamarse una huelga general, si fuera necesario, para prevenir el crimen de guerra”. Tan nerviosamente, si no tan rápidamente, con la que los capitalistas se habían deshecho del desarme en La Haya, los socialistas se deshicieron de la huelga

general.

Al cabo de unas semanas se dieron pruebas contundentes de la incapacidad de los trabajadores para ganar una huelga de transporte. En Francia, en octubre, el primer ministro Briand rompió una huelga general de ferroviarios contra todas las líneas privadas y estatales reclutando a los trabajadores en el ejército por un período de tres semanas, condicionando la ausencia del trabajo a una acusación de deserción militar. Con la excusa de la defensa nacional, Briand defendió su acción como dictada por una conciencia patriótica. Incluso para un viejo socialista, su conciencia no dictaba que se presionara a las empresas para obtener el aumento salarial que exigían los ferroviarios.

La historia había llegado a 1910. La transferencia del poder a una nueva clase cuyas señales Balfour había visto en las elecciones generales británicas de 1906 era un proceso en ciernes, no un hecho. En una prueba de fuerza, como en la huelga ferroviaria francesa, los trabajadores no pudieron controlar el poder real. La acción internacional fue una alucinación. Mientras los socialistas seguían hablando de ello y creyendo en ello, se trataba más de una esperanza y una teoría que de carne y hueso. En ese momento se hizo un intento genuino de acción internacional de la clase trabajadora. Mientras los socialistas en Copenhague discutían una posible huelga general en las industrias de guerra, los mismos hombres que serían cruciales para ella, los Trabajadores Internacionales del Transporte (ITF), por naturaleza el más internacional de los sindicatos, también estaban en sesión en Copenhague. Una vez, durante la Guerra de los Bóers, los miembros holandeses pro-bóers instaron a un boicot internacional al transporte marítimo británico, pero los dirigentes de la ITF rechazaron rotundamente la propuesta basándose en que simplemente no era posible en esa etapa

interesar a los trabajadores en un movimiento internacional con fines políticos. . Los fines sindicales directos eran otra cuestión. Ahora, en 1910, decidieron convocar una huelga internacional propia al año siguiente para reparar los agravios contra los armadores.

Los instigadores activos fueron los delegados británicos Ben Tillett y Havelock Wilson, mientras que el delegado alemán Paul Muller se opuso firmemente, al igual que sus compatriotas se oponían simultáneamente a la propuesta de Keir Hardie en el congreso socialista. Una huelga de marineros en el momento actual, dijo Muller, sería "absolutamente demencial" y ciertamente terminaría desastrosa. Los amos triunfarían, los dirigentes sindicales perderían su influencia, los hombres quedarían en la indigencia y, en última instancia, tendrían que pedir la paz de rodillas. Dado que una huelga marítima, como una huelga contra la guerra, beneficiaría al comercio marítimo en los países cuyos sindicatos no se retiraron, y dado que alemanes y británicos eran rivales en el sector marítimo, el principio internacional era vital. Una fuerte presión convenció a Herr Müller y el Congreso votó unánimemente a favor de una huelga de marineros contra la negativa "brutal e insensible" de los armadores de todos los países a discutir las demandas de los sindicatos de una junta de conciliación. Todos coincidieron en que la huelga "debe y será internacional".

En reuniones posteriores del comité de marineros en Amberes en noviembre y marzo siguiente, los británicos declararon que definitivamente harían una huelga en 1911 y los belgas, holandeses, noruegos y daneses prometieron su apoyo. Los alemanes, afirmando ahora que no tenían motivos para atacar, se echaron atrás. La fecha se fijó para el 14 de junio. Mientras tanto, los daneses y los noruegos se retiraron, los primeros porque habían conseguido un acuerdo favorable de cinco años y los segundos porque, al ser rechazadas sus demandas, se sentían demasiado débiles para hacerlas cumplir. a ellos. En lo que se convirtió en la gran huelga del transporte del verano de la Coronación, los británicos atacaron de todos modos, junto con los belgas y los holandeses, cuya acción quedó eclipsada por el dramático esfuerzo británico. La ITF organizó acciones solidarias en otros puertos continentales, que impidieron el reclutamiento de rompehuelgas y ayudaron a los marineros británicos a ganar sus demandas. En conjunto, sin embargo, no se alcanzó la solidaridad huelguística inicialmente prevista. Como en un anticipo, el esfuerzo de la ITF de 1911 mostró lo que se podía esperar de la clase trabajadora en la acción internacional.

Sin embargo, el socialismo de corazón firme siguió basándose, en caso de guerra, en un “levantamiento” de los trabajadores del mundo. En esto compartía la tendencia de la época a vestir la realidad con prendas sentimentales. El público de la época no estaba representado por aquellos médicos, escritores y psicólogos sociales que empezaban a mirar al hombre sin ilusiones. Éstos constituían la vanguardia, al igual que los “videntes negros” como Wedekind. El público prefirió la visión color de rosa: los perfectos desnudos nacarados de Bouguereau, las increíblemente hermosas chicas Gibson, criaturas que nunca estuvieron en la tierra ni en el mar. Lo mismo hicieron, a su manera, los socialistas.

> La visión optimista predominó en Alemania, donde en las elecciones generales de 1912 los socialdemócratas obtuvieron un asombroso 35 por ciento del voto total, lo que representó 4.250.000 votos y 110 escaños. El partido estaba creciendo tan rápidamente y parecía tan poderoso que a otros socialistas les parecía “irresistible” y el momento cercano y seguro en que el movimiento socialista en Alemania “incluiría a la mayoría del pueblo y rompería las cadenas del estado capitalista feudal. " La existencia de tantos socialdemócratas en el país significó un aumento proporcional de su número en las fuerzas armadas, lo que llevó, seguramente, a un momento en el que sería imposible que el ejército fuera utilizado contra los trabajadores.

Pero la discrepancia entre tamaño e influencia real que Jaurès había puesto de manifiesto en el Congreso de Amsterdam persistió y, de hecho, se hizo más notoria a medida que el tamaño del partido crecía. Los usos que los socialistas parlamentarios alemanes dieron a su triunfo electoral de 1912 no fueron impresionantes. Cuando ese año el Gobierno aumentó sus fuerzas en tres cuerpos de ejército, se opuso al proyecto de ley de habilitación, pero no se atrevió a oponerse al impuesto que debía pagarlo. Cuando uno de ellos, Philipp Scheidemann, fue elegido primer vicepresidente del Reichstag, su anuncio de que no participaría en la llamada oficial al Kaiser desencadenó una nueva versión del debate sobre los pantalones hasta

la rodilla. Participaron todos los partidos, no sólo los socialistas. La cuestión vital en cuestión era si Scheidemann haría la llamada en caso de que el segundo vicepresidente estuviera ausente y si Bebel había aceptado o no que los socialistas pudieran unirse a los habituales vítores a su soberano. Al final, los principios de Scheidemann provocaron que se cancelara su elección, evitando así problemas graves.

Dentro del cuerpo de la socialdemocracia, la Revisión iba a la par del creciente nacionalismo del país. El propio éxito del socialismo desvió su mirada del programa máximo, hacia el mínimo y lo posible. El rojo amanecer de la revolución retrocedió. Los creyentes repitieron las fórmulas marxistas con ardor indómito, pero la convicción había pasado a quienes todavía eran “ilegales”: los rusos. En una reunión de los izquierdistas de Leipzig, un socialista austríaco visitante se refirió a sus anfitriones como revolucionarios. “¿Nosotros los revolucionarios?” -interrumpió Franz Mehring-. "¡Bah! Esos son los revolucionarios”, dijo, señalando con la cabeza a Trotsky, que era un invitado.

Para Jaurès la tarea primordial se había convertido en la necesidad de forjar e imponer una política para prevenir la guerra en términos compatibles tanto con la defensa de Francia como con la fe en el socialismo. También en su país crecía el nacionalismo, la revancha, el espíritu beligerante. La presión de Alemania era omnipresente y la sombra de Sedan se alargaba. Para extremistas lógicos como Guesde, la paz y los intereses de la clase trabajadora no eran necesariamente equivalentes, pero para Jaurès sí lo eran. Ahora creía que la única manera coherente con el socialismo de hacer frente a la amenaza de guerra era a través de un ejército ciudadano. Cuando toda la nación era un ejército de reservas, en el que todos habían recibido seis meses de entrenamiento básico y con oficiales seleccionados de las filas, la nación no podía verse arrastrada a la beligerancia en interés de los belicistas capitalistas. En una guerra de defensa contra la invasión, sólo un ejército de toda la nación, argumentaba, podía esperar repeler la terrible “inmersión” que estaba preparando el uso alemán de reservas en la línea del frente.

La campaña de Jaurès no fue simplemente una oratoria socialista. Como en Les Preuves en el caso Dreyfus, se dedicó a demostrar la viabilidad de su caso, estudiando y elaborando, durante un período de tres años, los medios para reorganizar el establishment militar. Reflejó los resultados en un proyecto de ley presentado a la Cámara en noviembre de 1910, y en un libro de setecientas páginas, l'Armée Nouvelle, publicado en 1911. Predicando incansablemente su causa en la Cámara, en l'Humanité, el periódico socialista de la que fue

fundador y director, en reuniones y conferencias, las cohortes de la derecha, en particular la vituperadora Action Française, lo tacharon estruendosamente de “traidor”, proalemán y “pacifista”.

Los Balcanes, donde chocaban los intereses de Rusia y Austria, eran, como todo el mundo sabía, el foco caliente de Europa. Cuando en octubre de 1912 la Liga Balcánica formada por Serbia, Bulgaria, Grecia y Montenegro, alentada por Rusia, declaró la guerra a Turquía, parecía que había llegado el terrible momento. En Belgrado, Trotsky observó al 18.º de Infantería Serbia marchar a la guerra con uniformes del nuevo color caqui. Llevaban sandalias de corteza y una ramita verde en sus gorras, lo que les daba un aspecto de "hombres condenados al sacrificio". Nada le hizo comprender mejor el significado de la guerra que aquellas ramitas de sandalias verdes y de corteza. “Se apoderó de mí un sentimiento de tragedia de la historia, un sentimiento de impotencia ante el destino, de compasión por la langosta humana”.

Para demostrar la unidad de los trabajadores del mundo contra la guerra, la Oficina de Bruselas convocó un Congreso de emergencia que se reuniría en Basilea, en la frontera suiza entre Francia y Alemania, los días 24 y 25 de noviembre. Quinientos cincuenta y cinco delegados se apresuraron a llegar a Basilea desde veintitrés países. Se votó por unanimidad un manifiesto elaborado de antemano por la Mesa, que proclamaba “la disposición a cualquier sacrificio” contra la guerra, sin especificar de qué. Los discursos de Keir Hardie, Adler, Vandervelde y todos los oradores más inspiradores del socialismo culminaron en un discurso de Jaurès, tácitamente reconocido a estas alturas como la figura más influyente del movimiento. Bebel, aunque presente, estaba en declive y hacía lo que resultó ser su última aparición internacional.

Jaurès habló desde el púlpito de la catedral, cedida al Congreso por las autoridades eclesiásticas a pesar de los temores burgueses de consecuencias “peligrosas”. El sonido de las campanas de la iglesia, dijo, le recordaba el lema de “La canción de las campanas” de Schiller; Vivos voco, mortuos plango, fulgura frango (Convoco a los vivos, lloro a los muertos, rompo los hornos). Inclinándose hacia adelante con urgencia, habló a los rostros vueltos hacia arriba: “Llamo a los vivos para que se defiendan del monstruo que aparece en el horizonte. Lloro por los innumerables muertos que ahora se pudren en Oriente. Romperé los rayos de la guerra que amenazan desde los cielos”.

Dio la casualidad de que estos rayos particulares fueron sofocados por estadistas capitalistas que convocaron una conferencia en Londres en diciembre de 1912, que limitó y, cuando se volvió a convocar en mayo siguiente, resolvió la guerra antes de que pudiera expandirse

hasta convertirse en un conflicto entre Rusia y Austria.

En marzo de 1913, en una medida directamente contraria a la campaña de Jaurès, Francia actuó para ampliar su ejército restableciendo el período de servicio militar de dos años a tres. Jaurès dedicó todas sus energías a la batalla contra ella y a favor de la nación en armas. Durante los seis meses siguientes, la Ley de los Tres Años fue el hecho dominante en la vida francesa. La promulgación se convirtió en el grito de guerra del nacionalismo y la resistencia a él en el símbolo de la izquierda. Jaurès denunció la medida en la Cámara como “un crimen contra la República” y atrajo a una multitud de 150.000 personas a una reunión de protesta al aire libre. El liderazgo de la oposición lo marcó como el destacado portavoz de la paz. Como tal, fue objeto de nuevos ataques por ser pacifista y proalemán. Después de siete semanas de furioso debate, la ley fue promulgada el 7 de agosto. Persistiendo, como lo había hecho durante seis años de amarga lucha después de Rennes hasta que Dreyfus y Picquart fueron reinstaurados, Jaurès ahora encabezó el movimiento para su derogación.

Bebel murió ese año a los setenta y tres años. En una procesión que duró tres días, trabajadores y socialistas de muchos países desfilaron frente al ataúd rodeados por cientos de coronas y ramos de flores rojas. El liderazgo del partido recayó en su sucesor elegido, Hugo Haase, abogado y diputado de Königsburg. En agosto de 1913, en presencia de Andrew Carnegie y representantes de cuarenta y dos estados afiliados a la Corte Permanente de Arbitraje, se inauguró el Palacio de la Paz en La Haya en lo que The Times llamó “las circunstancias más felices”. Un estudio de la vida estudiantil francesa realizado en 1913 señaló que la palabra "guerra" tenía una fascinación que "el eterno instinto guerrero en el corazón del hombre sigue reviviendo".

La fuerza de la clase trabajadora siguió creciendo. En 1914, los afiliados a sindicatos en Alemania y Gran Bretaña alcanzaron los tres millones cada uno y en Francia, un millón. Los socialistas de Dinamarca eran el partido individual más grande; en Italia, los socialistas aumentaron sus escaños en el parlamento de 32 a 52 en las elecciones de 1913; en Francia de 76 a 103 en las elecciones de abril de 1914. Los socialistas belgas, además de elegir 30 diputados y siete senadores, ocuparon 500 escaños en los consejos municipales. Frustrados durante mucho tiempo por la obstinada resistencia de la clase dominante a la igualdad de sufragio, al fin se sintieron lo suficientemente fuertes como para hacer cumplir su demanda mediante una huelga general. Contra los radicales impacientes que

querían una acción inmediata, Vandervelde y sus asociados insistieron en una preparación larga y cuidadosa; aun así, aunque 400.000 trabajadores se unieron a la huelga y permanecieron fuera durante dos semanas, no pudieron prevalecer y la huelga fracasó.

El Décimo Congreso de la Segunda Internacional estaba previsto para agosto de 1914 en Viena, para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la fundación de la Primera Internacional y el vigésimo quinto de la Segunda Internacional. La fe en su propósito y su objetivo era alta. En mayo, un comité franco-alemán de diputados socialistas, entre ellos Jaurès y Hugo Haase, se reunió en Basilea para discutir medidas de acercamiento entre sus países. Su intención era buena pero su límite eran las palabras. En Inglaterra, Keir Hardie, en medio de un discurso en una conferencia del ILP en abril, se volvió de repente hacia filas de niños de las escuelas dominicales socialistas, sentados detrás de la plataforma. Hablando directamente con ellos, se imaginó la belleza del mundo de la naturaleza y del mundo del hombre tal como podría llegar a ser. Habló de lo innecesarias que eran la guerra y la pobreza y de cómo había tratado de transmitirles un mundo mejor y de cómo, aunque él y sus asociados habían fracasado, ellos, los niños, aún podían lograrlo. “Si estas fueran mis últimas palabras, te las diría: vive para ese día mejor”.

A finales de junio, la noticia de que patriotas serbios habían asesinado al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria, en una oscura ciudad del territorio anexado de Bosnia, produjo una sensación similar a la que Europa estaba acostumbrada. Pasó sin causar alarma pública indebida. Entonces, de repente, un mes después, el 24 de julio, con un impacto terrible, llegó el anuncio de que Austria había dado un ultimátum a Serbia de tal “brutalidad”, en palabras de Vorwärts, el periódico socialista alemán, que “sólo puede interpretarse como un intento deliberado de provocar la guerra”. Una crisis a gran escala se abrió bajo los pies de Europa. ¿Sería otra como Agadir y la Guerra de los Balcanes, llena de desafíos y maniobras pero finalmente rechazada? La gente esperaba con desesperada esperanza. “Confiamos en Jaurès”, escribió mucho después Stefan Zweig, para organizar a los socialistas y detener la guerra.

Se consultó a los dirigentes socialistas. Esperar a hacer una manifestación en Viena dentro de un mes podría ser demasiado tarde. En la atmósfera se podía sentir una disposición, una sensación de creciente beligerancia. La Mesa de Bruselas convocó una reunión de emergencia de sus dirigentes para el 29 de julio. Jaurès, Hugo Haase, Rosa Luxemburg, Adler, Vandervelde, Keir Hardie y representantes de los partidos italiano, suizo, danés, holandés, checo y húngaro, así

como de los diversos partidos rusos. facciones, unas veinte en total, se reunieron con una “sensación de desesperanza y frustración”. ¿Qué podrían hacer? ¿Cómo podrían hacer sentir la voluntad de la clase trabajadora? ¿Qué fue realmente ese testamento? Nadie hizo esa pregunta porque nadie dudaba de que era por la paz, pero una respuesta ya se había dado dos días antes en Bruselas en un congreso de sindicatos al que asistieron Léon Jouhaux, jefe de la CGT, y Carl Legien, el dirigente sindical alemán. jefe sindical. Jouhaux intentó ansiosamente saber qué harían los sindicatos alemanes. Los franceses, dijo Jouhaux, convocarían una huelga si los alemanes lo hicieran, pero Legien permaneció en silencio. En cualquier caso, no se habían preparado planes.

Durante toda la semana, la prensa socialista de todos los países rugió contra el militarismo, instó a la clase trabajadora de todas las naciones a "mantenerse unida", a "combinarse y conquistar" a los militaristas, a participar en una "agitación incesante" como lo planea la Internacional. La Bataille Syndicaliste, órgano de los sindicatos franceses, afirmó: “Los trabajadores deben responder a la declaración de guerra con una huelga general revolucionaria”. Los trabajadores acudieron a mítines masivos, escucharon exhortaciones, marcharon y gritaron, pero no había señales de deseo de huelga, ya que no había ningún plan.

En un día lluvioso en Bruselas, los líderes socialistas se reunieron en un pequeño salón de la Maison du Peuple, el nuevo y orgulloso edificio del movimiento obrero belga con su teatro, oficinas, salas de comités, café y tiendas de las cooperativas. Cuando se reunieron, se enteraron de que Austria había declarado la guerra a Serbia pero que otras naciones aún no estaban comprometidas. Lo único que quedaba era la esperanza de que de alguna manera los trabajadores se levantarían –ese “de algún modo” al que se habían aferrado durante tanto tiempo. Cada delegado esperaba que su vecino trajera noticias de algún gran estallido espontáneo en su país expresando el ¡No! de los trabajadores. El discurso de Adler no trajo ninguna esperanza de un levantamiento en Austria. Haase, demasiado inquieto para quedarse quieto, informó sobre protestas y mítines masivos en Alemania y aseguró a sus colegas que “el Kaiser no quiere la guerra; no por amor a la humanidad sino por cobardía. Tiene miedo de las consecuencias”. Jaurès daba la impresión de “alguien que, habiendo perdido toda esperanza de una solución normal, confía en un milagro”. Hardie estaba seguro de que los trabajadores del transporte británico convocarían una huelga, pero su confianza estaba dada por sentado. Unas semanas antes había escrito: "Sólo la unión de los movimientos sindicales y socialistas pondrá a los trabajadores en una

posición de control de los gobiernos, poniendo así fin a la guerra". El único país donde se ha producido esa consolidación es Alemania. Los delegados hablaron todo el día pero la única decisión a la que se llegó fue adelantar la fecha y cambiar la sede del Congreso de Viena al 9 de agosto en París, para retomar allí la discusión.

Esa tarde se celebró una reunión multitudinaria en el Cirque Royale, atestada de trabajadores belgas de todas partes de la ciudad y sus suburbios. Mientras los líderes subían a la plataforma, Jaurès se puso de pie con el brazo alrededor de los hombros de Haase en un gesto que negaba la enemistad de Alemania y Francia. Cuando habló en el clímax de la reunión, su elocuencia aumentó hasta que la sala tembló con su fuerza. Estaba "temblando, tan intensa era su emoción, su aprensión, su afán por evitar de alguna manera el conflicto que se avecinaba". Cuando hubo terminado, la multitud, en oleadas de entusiasmo, salió a las calles para formar un desfile. Llevando tarjetas blancas con la inscripción “¡Guerre à la guerre!” alternativamente gritaban el lema y cantaban “La Internacional” mientras marchaban.

Al día siguiente, cuando los delegados se marchaban, Jaurès, despidiéndose de Vandervelde, le tranquilizó. “Será como Agadir, con altibajos, pero es imposible que las cosas no se resuelvan. Ven, tengo unas horas antes de mi tren. Vayamos al museo y veamos a los primitivos flamencos”. Pero Vandervelde, que partía hacia Londres, no pudo ir y nunca volvió a ver a Jaurès. En el tren de regreso a París, exhausto por el esfuerzo, Jaurès se quedó dormido. Un compañero, Jean Longuet, al contemplar su “rostro maravilloso”, se sintió “de pronto abrumado por la sensación... de que estaba muerto. Me quedé helado de miedo”. Al llegar, sin embargo, Jaurès se despertó y, aún persistiendo, fue a la Cámara para hablar con los diputados y a la redacción de I'Humanité para escribir una columna para la mañana.

Angélica Balabanov y otros delegados que salieron de Bruselas en otro tren estaban desayunando en el restaurante de la estación de Basilea a la mañana siguiente cuando dos camaradas del Comité Central alemán pasaron corriendo, evidentemente emocionados. "Ya no hay dudas sobre la guerra", dijo uno de los delegados que acababa de hablar con los alemanes afuera. "Vinieron aquí para poner a salvo el dinero del partido alemán". Ese día, en Berlín, la Canciller Bethmann-Hollweg aseguró al Ministerio de Estado prusiano que no había “nada especial que temer del Partido Socialdemócrata” y que “no se hablaría de huelga general ni de sabotaje”.

En París, el 31 de julio, el día del ultimátum de Alemania a Rusia y la declaración de Kriegsgefahr, o movilización preliminar, el público estaba tenso al saber que Francia estaba al borde de la guerra. El

Gabinete estaba en continuas sesiones, el embajador alemán llegaba y salía siniestramente del Ministerio de Asuntos Exteriores, la vida del país estaba en vilo. Jaurès encabezó una delegación socialista hasta la oficina del primer ministro, su antiguo camarada Viviani, y volvió a organizar la presión del partido en la Cámara. A las nueve de la noche salió de la redacción de l'Humanité, agotado por la ansiedad, para cenar con un grupo de colegas en el Café Croissant, a la vuelta de la esquina, en la calle Montmartre. Mientras estaba sentado comiendo y hablando de espaldas a la ventana abierta, apareció en la calle un joven que lo había estado siguiendo desde la noche anterior. Lleno, como se supo más tarde, del celo demente del superpatriota, apuntó con una pistola al "pacifista" y al "traidor" y disparó dos veces. Jaurès se desplomó a un lado y cayó de bruces sobre la mesa. Cinco minutos después estaba muerto.

La noticia arrasó París como una llama. La multitud se reunió tan rápidamente en la calle frente al restaurante que la policía tardó quince minutos en abrir el paso a la ambulancia. Cuando sacaron el cuerpo se hizo un gran silencio. Mientras la ambulancia se alejaba, escoltada por policías en bicicleta, se levantó un repentino clamor, como para negar el hecho de la muerte: "¡Jaurès! Jaurès! ¡Vive Jaurès!" En otros lugares la gente estaba estupefacta, entumecida por el dolor. Muchos lloraron en las calles. "Se me parte el corazón", dijo Anatole France al enterarse. Informado en su sesión nocturna por un asistente pálido, el Gabinete quedó atónito y temeroso. Surgieron visiones de disturbios entre la clase trabajadora y conflictos civiles en vísperas de la guerra. El Primer Ministro hizo un llamamiento público a la unidad y la calma. Se alertó a las tropas, pero a la mañana siguiente, ante el peligro nacional, sólo había un profundo dolor y un profundo silencio. En Carmaux los mineros dejaron de trabajar. "Han talado un roble poderoso", dijo uno. En Leipzig, un estudiante socialista español de la Universidad deambuló ciegamente por las calles durante horas; "Todo tomó el color de la sangre".

La noticia de la muerte de Jaurès apareció en los periódicos el sábado 1 de agosto. Esa tarde Alemania y Francia se movilizaron. Antes de la noche, grupos de reservistas, llevando bultos y ramos de flores, marchaban hacia las estaciones de tren mientras los civiles saludaban y vitoreaban. El entusiasmo y la emoción eran iguales en todos los países. En Alemania, el 3 de agosto, los diputados socialistas celebraron una asamblea para decidir si votarían a favor de los créditos de guerra. Hace sólo unos días, Vorwärts había desdeñado la pretensión de una guerra defensiva. Pero ahora el Gobierno hablaba del peligro ruso y de la agresión francesa. Bernstein, el revisor de Marx, les aseguró que el Gobierno planeaba construir un "puente de

oro” para los socialistas y como prueba citó el hecho de que el Ministerio de Asuntos Exteriores había extendido sus condolencias oficiales por la gran pérdida que habían sufrido con la muerte de Jaurès. Del total de 111 diputados socialistas, sólo 14, entre ellos Haase, Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Franz Mehring, se opusieron, pero obedecieron la estricta disciplina de la mayoría. Al día siguiente, los socialdemócratas votaron por unanimidad con el resto del Reichstag a favor de los créditos de guerra.

El Káiser anunció: "De ahora en adelante no conozco partidos, sólo conozco alemanes". En Francia, el señor Deschanel, presidente de la Cámara, al pronunciar el panegírico de Jaurès ante una asamblea permanente, dijo: “Aquí ya no hay adversarios, sólo hay franceses”. Ningún socialista en ninguno de los parlamentos cuestionó estas declaraciones de lealtad primaria. Léon Jouhaux, jefe de la CGT, declaró: “En nombre de las organizaciones sindicalistas, en nombre de todos los trabajadores que se han incorporado a sus regimientos y de los que, incluido yo mismo, vamos mañana, declaro que vamos al campo de batalla. luchar voluntariamente para repeler al agresor”. Antes de que terminara el mes, Vandervelde se unió a un gobierno de coalición en tiempos de guerra en Bélgica y Guesde a un gobierno de “unión sagrada” en Francia. ¡Adivina un ministro! La atracción tribal del patriotismo no podría haber tenido un testimonio más fuerte.

En Inglaterra, donde había menos sensación de peligro nacional que en el continente, Keir Hardie, Ramsay MacDonald y algunos liberales se pronunciaron en contra de la decisión de luchar. En otros lugares no hubo disidencia, ni huelga, ni protesta, ni vacilación en cargar un rifle contra compañeros trabajadores de otro país. Cuando llegó el llamado, el trabajador, a quien Marx declaró que no tenía patria, se identificó con el país, no con la clase. Resultó ser un miembro de la familia nacional como cualquier otro. La fuerza de su antagonismo que se suponía derrocaría al capitalismo encontró un mejor blanco en el extranjero. La clase trabajadora fue a la guerra voluntariamente, incluso con entusiasmo, como la clase media, como la clase alta, como la especie.

Jaurès fue enterrado el 4 de agosto, día en que la guerra se generalizó. En lo alto, las campanas que había invocado en Basilea doblaron para él y para todo el mundo: "Convoco a los vivos, lloro a los muertos".

Epílogo

Los cuatro años que siguieron fueron, como escribió Graham Wallas, “cuatro años del esfuerzo más intenso y heroico que jamás haya realizado la raza humana”. Cuando el esfuerzo terminó, las ilusiones y entusiasmos posibles hasta 1914 se hundieron lentamente bajo un mar de desilusión masiva. Por el precio que había pagado, la mayor ganancia de la humanidad fue una visión dolorosa de sus propias limitaciones.

La orgullosa torre construida durante la gran época de la civilización europea era un edificio de grandeza y pasión, de riquezas, belleza y sótanos oscuros. Sus habitantes vivieron, en comparación con una época posterior, con más confianza en sí mismos, más confianza, más esperanza; mayor magnificencia, extravagancia y elegancia; más tranquilidad, más alegría, más placer en la compañía y la conversación de los demás, más injusticia e hipocresía, más miseria y miseria, más sentimiento, incluido el falso sentimiento, menos tolerancia a la mediocridad, más dignidad en el trabajo, más deleite en la naturaleza, más entusiasmo. En el Viejo Mundo había mucho de lo que se había perdido desde entonces, independientemente de lo que se hubiera ganado. Mirando retrospectivamente desde 1915, Emile Verhaeren, el poeta socialista belga, dedicó sus páginas “Con emoción al hombre que solía ser”.

Referencias

BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS

La Bibliografía, organizada según capítulos, se limita (con una o dos excepciones) a aquellas fuentes citadas en las Notas y no pretende ser sistemática ni exhaustiva. Es simplemente una lista de lo que usé, a menudo de lo que encontré, con un gran peso hacia las cuentas personales principales. Es notablemente ligero en cuanto a los estudios interpretativos secundarios. Cuando necesitaba su guía, utilizaba libros lo más contemporáneos posible a sus temas, no porque fueran mejores libros que los actuales, sino porque tienen un espíritu más cercano a la sociedad y la época sobre la que estaba escribiendo. Sin embargo, la erudición moderna me ha brindado un firme apoyo en muchos lugares, en particular la gran y confiable enciclopedia de asuntos ingleses de Halévy, los estudios de Alemania de Pinson y Kohn, la edición de Morison de las cartas de Roosevelt y dos biografías magníficamente informativas de sujetos que estuvieron en el centro y núcleo de su época, el Jaurès de Goldberg y el Churchill de Mendelssohn. Cada uno, aunque se centra en un individuo, es una historia detallada del período que lo rodea, amplia y cuidadosamente documentada. En un campo más reducido, Ginger's Debs y en uno aún más restringido, Painter's Proust logran el mismo resultado.

Difícilmente podría haber prescindido de varias investigaciones notables realizadas en ese momento: el estudio de Bateman sobre los ingresos de la tierra en Inglaterra, los estudios de Jack London y Jacob Riis sobre los pobres, y el estudio de Quillard sobre los contribuyentes a la Suscripción Henry. Ciertos novelistas, como V. Sackville-West, Anatole France y Proust, fueron invaluables como historiadores sociales, al igual que ciertos autores de memorias: Blum y Daudet en bandos opuestos, Lady Warwick, Sir Frederick Ponsonby, Lord Esher, Wilfrid Blunt, Baroness von Suttner, Stefan Zweig y especialmente Vandervelde, quien fue el único entre los socialistas que proporcionó una visión íntima y personal de su medio, del tipo en el que la clase dominante es tan prolífica. Aún más valiosos, tal vez, sean aquellos individuos ocasionales dotados de una peculiar visión extra de su tiempo y de un don para expresarlo; que iluminan lo que sucede a su alrededor con un repentino destello de comprensión. Romain Rolland es uno, Masterman otro. Aunque menos central en este libro, Trotsky, como lo revela su inigualable frase sobre la infantería serbia, tiene esa misma misteriosa habilidad de percibir –casi sentir– el significado

histórico del momento y transmitirlo en palabras.

De todas las fuentes enumeradas, el trabajo más destacado es sin duda el de Reinach (del que se habla más en las Notas aCapítulo 4); el escritor más brillante e informativo es AG Gardiner; El hecho más sorprendente que emerge de la bibliografía reunida es la ausencia (a excepción de Henry Adams, a quien encuentro desagradable) de memorias de primer nivel escritas por un estadounidense.

En un esfuerzo por mantener las Notas en una extensión manejable, he dado una referencia sólo para aquellas declaraciones cuya fuente no es obvia. Cuando no se da ninguna referencia, el lector puede asumir que cualquier acto, cita o declaración hecha a una persona cuyas memorias u otro trabajo aparece en la Bibliografía, fue tomada del relato de esa persona. Por ejemplo, enCapítulo 4, si un lector desea saber cuál es mi fuente para la afirmación de que Léon Blum y su amigo Pierre Louÿs tomaron lados opuestos en el asunto y después nunca volvieron a verse, debería consultar la Bibliografía bajo los nombres de los participantes en el episodio y , en este caso, al encontrar un libro de Blum, suponga que Blum era mi autoridad. Cuando los invitados de Madame Melba arrojan melocotones por la ventana o se cita a Lord Ribblesdale sobre el estatus de lord, se puede suponer que el trabajo de cada uno de los citados en la Bibliografía es la autoridad. A menudo, como cuando Strauss visita Speyer o hace un comentario de pasada a Beecham, la fuente es el autor de las memorias, no el director. En general, cuando no se da ninguna referencia, el nombre de la persona mencionada en una conversación, correspondencia o incidente particular es la clave para encontrar la fuente. Si bien este método requiere que cualquier persona interesada encuentre el número de página en el libro original por sí mismo, tiene la ventaja de no perpetuar errores, y cualquier otro método habría extendido las Notas a una longitud igual a la del texto.

En los casos en que un libro ha servido en varios lugares, se incluye en el capítulo de su interés principal. DNB se refiere al Diccionario de biografía nacional, DAB al ídem estadounidense, The Times al periódico londinense, NYT al New York Times. Un asterisco indica una fuente de valor o interés particular.

1. Los patricios

Bibliografía

ADAMS, WILLIAM SCOVELL, Herencia eduardiana,

1901–6, Londres, Muller, 1949.

ASQUITH, CONDE DE OXFORD Y, Cincuenta años del Parlamento británico, 2 vols., Boston, Little, Brown, 1926.

ASQUITH, MARGOT (Condesa de Oxford y Asquith), Autobiografía, vols. I y II, Londres, Butterworth, 1920.

AUSTIN, ALFRED, Autobiografía, 2 vols., Londres, Macmillan, 1911.

BALFOUR, LADY FRANCES, Ne Obliviscaris, 2 vols., Londres, Hodder & Stoughton, sin fecha

*BATEMAN, JUAN,*Los grandes terratenientes de Gran Bretaña e Irlanda, 4ª ed., Londres, Harrison, 1883.*

BATTERSEA, CONSTANCE, LADY, Reminiscencias, Londres, 1922.

BENNETT, ARNOLD, Journals, 3 vols., Nueva York, Viking, 1932.

BENSON, EF, Como éramos, Nueva York, Longmans, 1930.

BIRKENHEAD, PRIMER CONDE DE, Personalidades Contemporáneas, Londres, Cassell, 1924.

BLUNT, WILFRID SCAWEN, My Diaries, 2 vols., Nueva York, Knopf, 1921.

BUCHAN, JOHN, Pilgrim's Way (título en inglés: Memory Hold-the-door), Boston, Houghton Mifflin, 1940.

CARPINTERO, RT. RDO. WILLIAM BOYD, Algunas páginas de mi vida, Nueva York, Scribner's 1911.

CECIL, LADY GWENDOLYN, Vida de Robert, marqués de Salisbury, 4 vols., Londres, Hodder & Stoughton, 1921–32.

CHAMBERLAIN, SIR AUSTEN, A lo largo de los años, Londres, Cassell, 1935.

CHANDOS, VIZCONDE (OLIVER LYTTELTON), Memorias, Londres, Bodley, 1962.

CHURCHILL, RANDOLPH SPENCER, Quince casas inglesas famosas, Londres, Verschoyle, 1954.

——, Lord Derby, Londres, Heinemann, 1959.

CHURCHILL, WINSTON S., Una comisión itinerante: mis primeros años, Nueva York, Scribner's, 1930.

COOPER, LADY DIANA (MODALES), El arcoíris va y viene, Boston, Houghton Mifflin, 1958.

CREWE, MARQUES DE, Lord Rosebery, Nueva York, Harper, 1931.

CURZON, LORD, Temas del día, Nueva York, Macmillan, 1915.

DUGDALE, BLANCHE EC, Arthur James Balfour, 2 vols., Nueva York, Putnam's, 1937.

ESHER, VIZCONDE REGINALD, Diarios y cartas, ed. Maurice V. Brett, 3 vols., Londres, Nicholson & Watson, 1934–48.

FITZROY, SIR ALMERIC, Memorias, 2 vols., Londres, Hutchinson, sin fecha

FORD, FORD MADOX, Regreso al ayer, Nueva York, Liveright, 1932.

*GARDINER, AG (editor del Daily News), Pillars of Society, Nueva York, Dodd, Mead, 1914.

*——, Prophets, Priests and Kings, Londres, Dent, 1914 (nueva edición, publicada por primera vez en 1908).

*HALÉVY, ÉLIE, Una historia del pueblo inglés en el siglo XIX, vol. V, 1895–1905; vol. VI, 1905–14,

Nueva York, Barnes & Noble, 1961.

HAMILTON, LORD ERNEST, Cuarenta años después, Nueva York, Doran, 1922.

HAMILTON, LORD FREDERICK, Los días antes de ayer, Nueva York, Doran, 1920.

HARRIS, FRANK,*Oscar Wilde, Su vida y confesiones, Nueva York, El autor, 1916.*

HOLLAND, BERNARD (ex secretario privado del duque), Life of the Duke of Devonshire, Londres, Longmans, 1911.

JEBB, SEÑORA,*Con nuestro más querido amor para todos: la vida y las cartas de Lady Jebb, ed. Mary Reed Bobbitt, Londres, Faber, 1960.*

KENNEDY, AL,*Salisbury, 1830-1903: Retrato de un estadista, Londres, Murray, 1953.*

KIPLING, RUDYARD, Algo de mí, Londres, Macmillan, 1951.

LAMBTON, Hon. GEORGE, Hombres y caballos que he conocido, Londres, Butterworth, 1924.

LEE, SIR SIDNEY, King Edward VII, 2 vols., Nueva York, Macmillan, 1927.

LESLIE, SHANE, El fin de un capítulo, Nueva York, Scribner's, 1916.

LONDONDERRY, MARQUESA DE, Henry Chaplin: A Memoir, Londres, Macmillan, 1926.

LOWELL, ABBOTT LAWRENCE, El Gobierno de Inglaterra, 2 vols., Nueva York, Macmillan, 1908.

LUCY, SIR HENRY, Diario de un periodista, Nueva York, Dutton, 1920.

——,*Memorias de ocho parlamentos, 1868-1906, Londres, Heinemann, 1908.*

LYTTELTON, EDITH, Alfred Lyttelton, Londres, Longmans, 1917.

MACKINTOSH, ALEXANDER (corresponsal parlamentario de la prensa provincial), De Gladstone a Lloyd George, Londres, Hodder & Stoughton, 1921.

MAGNUS, SIR PHILIP, Eduardo VII, Nueva York, Dutton, 1964.

——, Gladstone, Nueva York, Dutton, 1954.

MARSH, EDWARD, Varias personas, Nueva York, Harper, 1939.

MELBA, NELLIE, Melodías y Recuerdos, Nueva York, Doran, 1926.

MIDLETON, CONDE DE (ST. JOHN BRODRICK), Registros y reacciones, Londres, Murray, 1939.

DINERO, SIR LEO GEORGE CHIOZZA, MP, Riquezas y pobreza, 10ª rev. ed., Londres, Methuen, 1911.

MORLEY, JOHN, VISCOUNT, Recollections, 2 vols., Nueva York, Macmillan, 1917.

MONTE, CHARLES MERRILL, John Singer Sargent, Londres, Cresset, 1957.

NEVILL, RALPH, London Clubs, Londres, Chatto y Windus, 1911.

NEVINS, ALLAN, Henry White, Nueva York, Harper, 1930.

NEVINSON, HENRY W., Cambios y posibilidades, Nueva York, Harcourt, Brace, 1923.

——, Más cambios y oportunidades, Nueva York, Harcourt, Brace, 1925.

NEWTON, SEÑOR, Lord Lansdowne, Londres, Macmillan, 1929.

——, Retrospección, Londres, Murray, 1941.

NICOLSON, HAROLD, Helen's Tower, Londres, Constable, 1937.

NORDAU, MAX, Degeneración, tr., Nueva York, Appleton, 1895.

POR FAVOR, DAISY, PRINCESA DE, Better Left Unsaid, Nueva York, Dutton, 1931.

PONSONBY, ARTHUR, El camello y el ojo de la aguja, Londres, Fifield, 1910.

——, La decadencia de la aristocracia, Londres, Unwin, 1912.

*PONSONBY, SIR FREDERICK (Primer Lord Syonsby), Recuerdos de Three Reigns, Nueva York, Dutton, 1952.

PONSONBY, SIR HENRY, Su vida a partir de sus cartas, ed. Arthur Ponsonby, Nueva York, Macmillan, 1943.

RAVERAT, GWEN, Pieza de época, Nueva York, Norton, 1952.

RIBBLESDALE, THOMAS, LORD, Impresiones y recuerdos, Londres, Cassell, 1927.

RONALDSHAY, CONDE DE, Vida de Lord Curzon, 3 vols., Londres, Benn, 1928.

RUSSELL, GEORGE NOSOTROS,*Primeros ministros y algunos otros: un libro de reminiscencias, Nueva York, Scribner's, 1919.*

*SACKVILLE -WEST, V., The Edwardians, Londres, Hogarth, 1930.

SITWELL, SIR OSBERT, Mano izquierda, Mano derecha, Boston, Little, Brown, 1944.

——, Gran mañana, Londres, Macmillan, 1948.

STRACHEY, JOHN ST. LOE (editor del Spectator), The Adventure of Living, Nueva York, Putnam's, 1922.

VICTORIA, REINA, Cartas, ed. Hebilla GE, vol. III, 1896–1901, Nueva York, Longmans, 1932.

*WARWICK, FRANCES, COUNTESS OF, Life's Ebb and Flow, Nueva York, Morrow, 1929. (Las notas se refieren a este libro a menos que se indique lo contrario).

——, Discreciones, Nueva York, Scribner's, 1931.

WHARTON, EDITH, Una mirada hacia atrás, Nueva York, Appleton-Century, 1934.

WILDE, OSCAR, Cartas, ed. Rupert Hart-Davis, Nueva York, Harcourt, Brace, 1964.

WILLOUGHBY DE BROKE, RICHARD GREVILLE VERNEY, SEÑOR, The Passing Years, Boston, Houghton Mifflin, sin fecha

WILSON -FOX, ALICIA,*El conde de Halsbury, Lord High Chancellor, Londres, Chapman & Hall, 1929.*

*WYNDHAM, GEORGE, Vida y letras, ed. JW MacNeil y Guy Wyndham, 2 vols., Londres, Hutchinson, sin fecha

JOVEN, KENNETH, Arthur James Balfour, Londres, Bell, 1963.

Notas

1“Una riqueza casi vergonzosa”: HH Asquith, I, 273, 275.

2“Tormentas de nervios”: Kennedy, 353.

3Cojines arrojados por la familia: Frances Balfour, I, 311.

4“Pobre Buller”: joven, 168; hablando con Lord

Roberts: Russell, 54–55.

5El caballo es un “complemento inconveniente”: Cecil, I, 176.

6Le dijo a Dumas hijo: The Times, 24 de agosto de 1903.

7“Salta detrás”: Kennedy, 241.

8Pepys sobre el jardín Hatfield: q. R. Churchill, Quince casas, 74.

9“¡Salta, joder…!”: ibíd., 71.

10“Una estupidez bastante excepcional”: Cecil, I, 1.

11Birkenhead en los Cecils: Birkenhead, 177.

12Disraeli citado: Mackintosh, 50–51.

13“Ese negro”: ibídem.

14Morley, “ardiente indiscreción”: q. SS Asquith, II, 277.

15“Cada frase”, dijo un compañero: Ribblesdale, 173.

dieciséis“Pensé que estaba muerto”: National Review, “Lord Salisbury: His Wit and Humor”, noviembre de 1931, págs. 659–68.

17“¿Cuándo terminará todo esto?”: Carpenter, 237.

18Los colegas se quejaron: Cecil, III, 177.

19“Sólo un poco más lejos aquí”: Ribblesdale, 174.

20Su encanto “no es un activo pequeño”: Hicks-Beach, q. Cecil, III, 178.

21“Creo que los he hecho todos”: National Review, op. cit., 665.

22Gladstone citado: Mackintosh, 50–51.

23“Sin excluir la Cámara de los Comunes”: Lucy, Eight Parliaments, 114.

24Cita de la reina Victoria: Carpenter, 236.

25“Mal para las piernas”: F. Ponsonby, 67 años.

26“Oh, me atrevo a decir”: Benson, 164.

27“Dividiéndolo en un paquete”: Quarterly Review, octubre de 1883, pág. 575.

28Artículos en Quarterly Review: las citas en este y los dos párrafos siguientes son de Cecil, I, 149, 157–60, 196.

29Discurso contra la política de Disraeli: 5 de julio de 1867, Hansard, tercera serie, vol. 188, 1097 y sigs.

30“Acidez sombría”: Gardiner, Prophets, 150.

31“Rango sin poder”: Cecil, II, 5.

32Curzon citado: Ronaldshay, I, 282.

33“Seguro y cómodo”: Buchan, 75 años.

34Duque de Devonshire sobre el presupuesto de Harcourt: Registro anual, 1894, 121.

35“Germen plantado”: The Times, 17 de julio de 1895, líder.

36“Influencias dominantes”: q. Magnus, Gladstone, 433.

37Dufferin aprendió persa por sí mismo: Nicolson, 246.

38“Esos malditos puntos”: Leslie, 30–31.

39Stanley “un sirviente de clase alta”: TP O'Connor, q. R. Churchill, Derby, 45.

40Los “scugs” de Eton: Willoughby de Broke,

133.

41Cecil Balfour falsificó un cheque: Young, 11 años.

42Sargent le pidió a Ribblesdale que se sentara: Mount, 418.

43“Ce grand diable”: Ribblesdale, xvii.

44“Una raza de dioses y diosas”: Clermont-Tonnerre (ver capítulo 4), I, 175.

45“Divinamente alto”: E. Hamilton, 7 años.

46Los caballeros suspiraron y se dijeron: Sackville-West, 122.

47“Bohemia en tiaras”: Benson, 157.

48Príncipe de Gales a Churchill: W. Churchill, 155.

49“Os llamaré las Almas”: q. Nevins, 81 años.

50Dos pares de cejas: Melba, 226.

51“No me gustan los poetas”: Wyndham, I, 67.

52La “autocomplacencia fatal” de Harry Cust: Margot Asquith, q. Nevins, 81 años.

53Detective de Lord Morley: Fitzroy, II, 463.

54“Cuerpo brillante y poderoso”: W. Churchill, 89.

55“Se conocían íntimamente”: Willoughby de Broke, 180.

56Los estudiantes universitarios elegidos por Jowett: Newton, Lansdowne, 6.

57“Un sinfín de buenas cenas”: Willoughby de Broke, 30 años.

58“Superioridad sin esfuerzo”: Leslie, 43 años.

59“Pobre hombre, pobre hombre”: Marsh, 183.

60“Nacido con botas y espuelas”: Gardiner, Prophets, 214.

61“Cuando miraba la vida desde la silla de montar”: Warwick, Discretions, 78.

62Telegrama de Chauncey Depew: Robert Rhodes James, Rosebery, Londres, 1963, 355.

63“Incluso los policías agitaban sus cascos”: Lee, II, 421.

64El “brillo, la velocidad y el estilo” de Londesborough: Sitwell, Left Hand, 154.

sesenta y cinco“Porque el carruaje tenía que volver a casa”: Raverat, 178.

66Soneto de Blunt: “El día de San Valentín”.

67Capellán del duque de Rutland: Cooper, 20 años.

68Escudero Chaplin en el campo de caza: Lambton, 133; Derry, 227, 240.

69“Seguros de sí mismos”: Sitwell, Great Morning, 10, 121–22.

70El coronel Brabazon describió: W. Churchill, 67 años; testimonio citado: Esher, I, 362.

71Cifras sobre ingresos y superficie cultivada: Bateman, passim.

72El “umbral de pobreza”: fijado por BS Rowntree en 21 años. 8d. para una familia de cinco. En Pobreza, un estudio de la vida urbana, 1901.

73“Eau de Nil satinado”: Warwick, 230.

74“Entonces pégame otro”: W. Churchill, 68 años.

75“Escuálida multitud de marginados sin

hogar”: A. Ponsonby, Camel, 12.

76Kipling sobre cómo desahogar el chovinismo: American Notes (ver capítulo 3), 45.

77“Conoció su propia mente y se puso firme”: Whyte (ver Capítulo 5), II, 115.

78“Una serie de ventajas microscópicas”: q. Monthly Review, octubre de 1903, “Lord Salisbury”, 8.

79Morley Roberts: P. Peck (ver capítulo 3), 428.

80“Todas sus malas cualidades”: Hyndman (ver cap. 7), 349.

81“Yo era un problema”: a More Adey, 27 de noviembre de 1897, Cartas, 685.

82Lord Arthur Somerset: Magnus, Eduardo VII, 214-15.

83Swinburne “absolutamente imposible”: H. Ponsonby, 274.

84“Únase”: Hyndman (ver capítulo 7), 349.

85“No me atrevo a alterar estas cosas”: Marsh, 2 años.

86Austin sobre los alemanes y Alfredo el Grande: q. Adams, 76, n. 3.

87Salisbury sobre el poema de Austin: Victoria, Letters, 24.

88Un observador estadounidense citó: Lowell, II, 507.

89Deseo de jubileo de Austin: Blunt, I, 280.

90Lord Newton sobre los Lores: retrospección, 101.

91Rosebery se quejó: Crewe, 462.

92Halsbury “invariablemente objetó”: Newton, Lansdowne, 361; “cinismo alegre”: Gardiner, Prophets, 197; Club Carlton: Wilson-Fox, 122; Lord Coleridge: ibíd., 124.

93“Gobierno por una especie de instinto”: q. Halevy, V, 23, n. 2.

94“El caballero más grande de su época”: Newton, Lansdowne, 506.

95“Un nuevo sentido del deber”: Holland, II, 146. Todas las citas, anécdotas y otro material sobre el duque provienen de esta fuente a menos que se especifique lo contrario.

96“Tómate las cosas con mucha calma”: H. Ponsonby, 265.

97“Esto es muy aburrido”: Mackintosh, 113.

98Duquesa “una de las mujeres más guapas”: F. Hamilton, 201.

99“Ningún rostro era más adecuado”: F. Ponsonby, 52 años.

100“Ciertos instintos gubernamentales hereditarios” y “una deuda con el Estado”: Esher, I, 126.

101“Siempre los estaba perdiendo”: H. Ponsonby, 265 n.

102Duke en el ensayo de coronación: Lucy, Diario, 193.

103“¿Te sientes nervioso, Winston?”: R. Churchill, Fifteen Homes, 105.

104“La mejor compañía”: F. Ponsonby, 294.

105Spectator y citas posteriores en este

párrafo: Strachey, 406 y 398; Holanda, II, 211, n. 1; The Times, 25 de marzo de 1908.

106“Ve y dile que es un cerdo”: Mackintosh, 91 años.

107“Es una cuestión de honor defender a su condado”: Sir George Otto Trevelyan, q. A. Ponsonby, Declinación, 101.

108Long y Chaplin describieron: Gardiner, Pillars, 217; Profetas, 212.

109“Convicción tranquila e indestructible”: Gardiner, Prophets, 213.

110“¿Cómo me fue, Arthur?”: Londonderry, 171.

111“Siéntate sobre sus omóplatos”: q. Joven, 100.

112“El cerebro más fino”: q. Chambelán, 206.

113William James: carta del 26 de abril de 1895, The Letters of William James, ed. H. James, Boston, 1920.

114“Dios mío, qué golfo”: Battersea, Diario del 6 de septiembre de 1895.

115“Hermosa inclinación de cabeza”: Margot Asquith, I, 166.

116“No, eso no es así”: Margot Asquith, I, 162.

117Darwin sobre Frank Balfour: joven, 8 años.

118Amigos de Cambridge: Esher, I, 182; amigos de la sociedad: Russell, 63 años.

119Balfour sobre el judaísmo: Dugdale, I, 324.

120Cena de Harry Cust: Bennett, I, 287.

121Daisy White felicitó: Nevins, 81 años.

122“Muy buen tipo”: Frances Balfour, II, 367; “Una perspectiva comprensiva”: ibíd., II, 93.

123“Un manantial natural de juventud”: ibíd.; “una frescura, una serenidad”: Fitzroy, I, 28.

124Lord Randolph: Vida de Lord Randolph Churchill, por Winston Churchill, II, 459–60.

125Balfour sobre el socialismo: q. Halevy, V, 231.

126“¿Qué es exactamente un sindicato?”: Lucy Masterman (ver capítulo 7), 61.

127“Mi tío es conservador”: Margot Asquith, I, 154.

128Churchill usó la palabra “malvado”: Blunt, II, 278.

129“Implacable como Cromwell”: joven, 105 años.

130Morley, “tomó a sus enemigos por sorpresa”: q. Russell, 66 años.

131“El hombre vivo más valiente”: Blunt, II, 278.

132Debatido con “ingenio intrépido”: Morley, I, 225–27.

133“Si tuviera un poquito más de cerebro”: q. Buchan, 156.

134“Una bala en una burbuja”: Andrew White (ver capítulo 5), II, 430.

135“Nunca pierdo los estribos”: q. Morley, I, 227.

136“Este maldito croquet escocés”: Lyttelton, 204.

137Respuesta a Lady Rayleigh: Fitzroy, II, 491;

encantada Frau Wagner: Esher, I, 312.

138“Energía suprema de Arthur”: ibíd., 340.

139“Él nunca lee los periódicos”: Whyte (ver Capítulo 5), II, 120.

140Prince sintió que Balfour era condescendiente: Halévy, VI, 231.

141La Reina lo admiraba: F. Ponsonby, 69 años.

142Reina “muy sorprendida”: Journal, 11 de septiembre de 1896, Victoria, 74.

143Ama de llaves de Proust: q. Havelock Ellis (ver capítulo 4), 377.

144Reina Victoria, “Nadie jamás”: q. Héctor Bolitho, reinado de la reina Victoria, 366.

145Kipling, “un cierto optimismo”: Kipling, 147.

146Sir Edward Clarke, “El poema más grande”: q. Amy Cruse, Después de los victorianos, Londres, 1938, 123.

147“La guerra de Joe”: Kennedy, 315.

148Salisbury sobre Chamberlain: Dugdale, I, 67.

149Balfour a Lady Elcho: Joven, 129.

150Entreteniendo a tres duquesas: Frances Balfour, II, 211.

151“La diferencia entre Joe y yo”: q. Julian Amery, Vida de Joseph Chamberlain, IV, 464.

152“Desafiemos a alguien”: q. Adams, 78 años.

153Duque de Argyll: Frances Balfour, II, 318.

154Salisbury al embajador alemán: Hatzfeld al

Ministerio de Asuntos Exteriores, 31 de julio de 1900, Grosse Politik (véase el capítulo 5), XVI, 76.

155Señora Salisbury: Frances Balfour, II, 290.

156Le Temps, “¿Qué cierra hoy?”: q. Los tiempos, 15 de julio de 1902.

157“Suba de inmediato, Sir James”: Blunt, I, 366.

Bibliografía

ARQUERO, GUILLERMO,*La vida, el juicio y la muerte de Francisco Ferrer, Nueva York, Moffat, Yard, 1911.*

BARNARD, HARRY,*Águila olvidada: la vida de John Peter Altgeld, Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1938.*

BERKMAN, ALEXANDER, Memorias de prisión de un anarquista, Nueva York, Mother Earth Publishing Co., 1912.

BRENAN, GERALD, El laberinto español, Cambridge, University Press, 1950.

CHANNING, WALTER, “The Mental Status of Czolgosz, the Assassin of President McKinley”, American Journal of Insanity, octubre de 1902, 233–78.

CHARQUES, RICHARD D., El crepúsculo de la Rusia imperial, Londres, Phoenix, 1958.

CORTI, CONDE EGON, Isabel, Emperatriz de Austria, New Haven, Universidad de Yale. Prensa, 1936.

Crapouillot, Numéro Spécial, I' Anarchie, París, enero de 1938.

CREUX, VC,*Cánovas del Castillo, sa carrière, ses œvres, sa fin, París, Leve, 1897.*

DAVID, HENRY, Historia del asunto Haymarket, Nueva York, Farrar & Rhinehart, 1936.

*ELTZBACHER, PAUL, Anarquismo, tr. ST Byington, Nueva York, Benjamin Tucker, 1908.

GOLDMAN, EMMA, Viviendo mi vida, vol. Yo, Nueva York, Knopf, 1931.

HAMSUN, KNUT, Hambre, Nueva York, Knopf, 1921.

HARVEY, GEORGE, Henry Clay Frick, Nueva York, Scribner's, 1928.

HUNTER, ROBERT, Pobreza, Nueva York, Macmillan, 1904.

ISHILL, JOSEPH, Peter Kropotkin, Nueva Jersey, Free Spirit Press, 1923.

——, ed., Elisée y Elie Reclus, in Memoriam, Nueva Jersey, Oriole Press, 1927.

KERENSKY, ALEXANDER, La crucifixión de la libertad, Nueva York, John Day, 1934.

KROPOTKIN, PRÍNCIPE PETER, La conquista del pan, Nueva York, Putnam's, 1907.

——, Ayuda mutua, Londres, Heinemann, 1902.

*——, Paroles d'un Révolté, París, Flammarion, 1885.

——, “Anarquismo”, en Encyclopedia Britannica, 11ª ed.

*LONDRES, JACK, People of the Abyss, Nueva York, Macmillan, 1903.

*MAITRON, JEAN, Histoire du Mouvement Anarchiste en France, 1880–1914, París, Société Universitaire, 1951.

MALATESTA, ENRICO, Una conversación entre dos trabajadores, tr., 8.ª ed., Londres, Freedom Press, sf

MALATO, CHARLES, “Some Anarchist Portraits”, Fortnightly Review, septiembre de 1894.

MILIUKOV, PAUL, SEIGNOBOS, CHARLES y EISENMANN, L., Histoire de Russie, vol. III, Leroux, np, sin fecha

MIRSKY, DS, Rusia: una historia social, Londres, Cresset, 1931.

NEVINSON, HENRY W.,*El amanecer en Rusia: escenas de la revolución rusa, Nueva York, Harper, 1906.*

NICOLAEVSKY, BORIS, Azev, el espía, tr. George Reavey, Nueva York, Doble día, Doran, 1934.

*NOMAD, MAX, Apóstoles de la Revolución, Boston, Little, Brown, 1939.

——, Rebeldes y Renegados, Nueva York, Macmillan, 1932.

PILAR, PRINCESA DE BAVIERA y CHAPMAN-HUSTON, MAJOR D., Alfonso XIII: A Study of Monarchy, Nueva York, Dutton, 1932.

REGÍS, DR. EMMANUEL,*Les Régicides dans I'histoire et dans le présent, París, Masson, 1890.*

*RIIS, JACOB A., Cómo vive la otra mitad, Nueva York, Scribner's, 1890.

*SAVINKOV, BORIS V., Memorias de un terrorista, tr. Joseph Shaplen, Nueva York, Boni, 1931.

SOREL, GEORGES, Réflexions sur la violencia, París, Páginas Libres, 1908.

VIZETELLY, ERNEST ALFRED, Los anarquistas, Londres, John Lane, 1911.

WOODCOCK, GEORGE y AVAKUMOVIC, IVAN,*El príncipe anarquista: un estudio biográfico del príncipe Kropotkin, Londres, Boardman, 1950.*

Desde que se escribió este capítulo han aparecido tres libros útiles: Anarchism, de George Woodcock, The Anarchists, de James Joll, y The Anarchists, una antología, editada por Irving L. Horowitz.

Notas

No he creído necesario, en este capítulo, dar referencias separadas

para cada incidente y cita, ya que se agrupan, según el tema, en conjuntos de fuentes fácilmente identificables, de la siguiente manera:

Para las condiciones de los pobres, Riis, London, Hunter y Chiozza Money (véase el capítulo 1) fueron mis principales fuentes contemporáneas. Para las ideas y teorías de los anarquistas de todos los países y para extractos de sus escritos, Eltzbacher fue particularmente útil. Para el anarquismo francés, todas las citas, a menos que se indique lo contrario, son de Maitron o Malato (él mismo uno de los anarquistas franceses de la época), complementados por Crapouillot y Vizetelly. Para Emma Goldman y Alexander Berkman, sus propias memorias son la fuente de todas las citas. Para Johann Most, el capítulo sobre él en los Apóstoles de Nomad fue la fuente principal. En las secciones sobre anarquistas españoles las citas están tomadas principalmente de informes contemporáneos de la prensa norteamericana, como se ha señalado. Para Czolgosz la fuente primaria esencial es Channing. Para los rusos, Savinkov, él mismo miembro de la Brigada Terrorista, y Nicolaevsky son primordiales (y, de hecho, tan fascinantes que mi primera versión de los incidentes rusos, habiendo crecido completamente desproporcionada, tuvo que condensarse a una quinta parte de su extensión original).).

Los hechos y citas no cubiertos por lo anterior, y que parecen requerir una referencia específica, se indican por separado.

1“Un sueño de románticos desesperados”: Nomad, Rebels, 13.

2Proudhon, “Quien me ponga la mano encima”: de sus Confesiones de un revolucionario. “Ser gobernado es ser…”: de su Idée générale de la révolution au vingtiéme siécle, Epílogo.

3“Idea abstracta de derecho”: Bakunin decía que éste era el punto de partida de Proudhon, q. Nómada, Apóstoles, 15.

4“Su poder será irresistible”: q. Eltzbacher, 138.

5“Contamos sin las masas”: q. Nómada, Apóstoles, 205.

6“La nobleza había asesinado al zar” y “Quebrantado y desmoralizado”: Kerensky, 44–45.

7Henry James, “siniestro inframundo anárquico”: de su prefacio a La princesa Casamassima, su novela con personajes anarquistas publicada por primera vez en 1886. Se dice que Johann Most inspiró la concepción del líder anarquista invisible Hofendahl en la novela. Otro ejercicio literario sobre el tema fue el relato bastante superficial de Joseph Conrad "An Anarchist", publicado en Harper's Weekly en agosto de 1906, cuyo punto principal parece ser que los anarquistas son personas de "corazones cálidos y cabezas débiles". Le siguió en 1907 su novela El agente secreto, que trata sobre la trama y la conspiración. Ni James ni Conrad estaban preocupados por los orígenes sociales subyacentes o la filosofía social del anarquismo.

8August Spies citado: David, 332–39.

9“¡Quiero el Día del Juicio!”: una historia contada por Robert Blatchford, q. Londres, 298.

10“¿Qué es la propiedad?”: el título de su segundo tratado, Qu'est ce que la propriété? 1840.

11“Todos los verdugos de la humanidad”: de su Dieu et I'Etat, 2.ª ed., 1892, 11.

12Mujer que hacía cajas de cerillas y joven en el río: Riis, 47 y Londres, 205–07.

13“Ocho horas de trabajo”: q. Maitón, 186.

14Nevinson sobre Kropotkin: cambios y oportunidades (ver capítulo 1), 125.

15Shaw sobre Kropotkin: q. Becada, 225.

dieciséis“Decadencia galopante” de los estados: Paroles, 8-10.

17“Inercia de quienes tienen intereses creados”: Paroles, 275–76.

18Brousse, “La idea está en marcha”: q. Crapouillot, 15.

19“Con puñal, pistola y dinamita”: q. ibíd., 15.

20“Hombres de valor… la gesta del motín”: Paroles, 285.

21“Un solo hecho…”: ibíd., 285.

22La Révolte de marzo de 1891; q. Maitón, 240.

23Discusión con Ben Tillett y Tom Mann: Ford (ver capítulo 1), 110.

24Planes para la sociedad anarquista: los de Kropotkin*Estudios revolucionarios, La conquista del pan, I'Anarchie dans I'évolution social. La charla de Malatesta entre dos trabajadores.*

25Shaw: Tratado No. 45, leído a la Sociedad el 16 de octubre de 1891, publicado en julio de 1893.

26Cena de la Royal Geographic Society: Woodcock, 227.

27Elisée Reclus, “magnetismo irresistible”: Vandervelde (ver capítulo 8), 37.

28Jean Grave, “sencillo, silencioso, infatigable”: Malato, 316.

29Las aventuras de Malatesta: Nomad, Rebels,

1–47.

30“Tal como lo vimos la última vez”: Ishill, Kropotkin, 40 años.

31“Todos esperan el nacimiento”: ibíd., 9.

32“Una brillante grandeza moral”: Victor Serge en Crapouillot, 5.

33“Respira odio y revuelta”: Malato, 317.

34Kropotkin y Malatesta repudian a Ravachol: en La Révolt, núms. 17 y 18, enero de 1892, y I'En Dehors, 28 de agosto de 1892, q. Maitón, 204, 221.

35“Borgias en miniatura”: Nómadas, Rebeldes, 26.

36El rodaje de Frick: además de Berkman, Harvey's Frick y Harper's Weekly, 6 de agosto de 1892.

37Altgeld y el perdón: Barnard, 217, 246; Nueva York, 28 de junio de 1893.

38“Madrid está triste…”: Pilar, 50.

39Intento de Palas contra Martínez de Camos: Creux, 295–96; Crapouillot; NYT, 25 y 30 de septiembre de 1893.

40Atentado con bomba en la Ópera de Barcelona: NYT, 9 de noviembre, 20 de diciembre de 1893, 3 de enero de 1894.

41Torturas de Montjuich: Brenan, 168, n. 1.

42Intercambio de Asquith-Balfour sobre los anarquistas: Spectator, 18 de noviembre de 1893, pág. 706, 2 de diciembre de 791; NYT, 11 de noviembre de 1893.

43París “absolutamente paralizada”: Ford (ver

cap. 1), 107.

44Laurent Tailhade, “un tiempo bendito”: Nómada, Apóstoles, 11.

45Octave Mirbeau: Daudet (ver capítulo 4), 70.

46“Que no tenga por qué haber miseria”: Suttner (ver capítulo 5), I, 313.

47Presidente caricaturizado en pijama sucio: en Père Peinard, 4 de julio de 1897.

48La “voz armoniosa” de Sébastien Faure: Malato, 316.

49“Qu'importe les victimes…”: q. Maitron, 217. (Esto se cita con frecuencia como Qu'importes les vagues humanités pourvu que le geste soit beau? pero parece tener un tono de la mañana siguiente).

50Duquesa de Uzès: Maitron, 215.

51Clemenceau sobre la ejecución de Henry: en La Justice, 23 de mayo de 1894, q. Maitón, 226.

52El juicio de los treinta, Felix Fenéon: Roman (ver cap. 4), 59, 95.

53“Toda revolución termina…”: q. Nómada, Apóstoles, 6.

54Bomba de Corpus Christi: NYT, 9 de junio, 25 de noviembre, 2 y 22 de diciembre de 1896.

55Cánovas: Pilar, 40; Millis (véase el capítulo 3), 80–81; Nación, 12 de agosto de 1897; Review of Reviews, noviembre de 1897.

56Carta del preso de Montjuich: q. Crapouillot.

57Angiolillo: Creux, 301–15; Nómada, Rebeldes, 23.

58Emperatriz Isabel y Luigi Lucheni: Corti, 456–93.

59Complot para asesinar al Kaiser: Spectator, 22 de octubre de 1898; NYT, 15 y 16 de octubre de 1898.

60Bakunin, Alemanes no aptos para el anarquismo: Nomad, Apostles, 169, n. 5.

61Conferencia Internacional de Policía en Roma: Maitron; Vizetelly, 238.

62Rey Humbert y Gaetano Bresci: Outlook, 10 de agosto de 1900; Harper's Weekly, 4 de agosto de 1900; NYT, 3 de agosto de 1900; Review of Reviews, septiembre de 1900, 316–22.

63Czolgosz: Channing; Nómada, Apóstoles, 298–99; NYT, 9 de septiembre de 1901.

64Harper's y Century citado: Harper's Weekly, 23 de diciembre de 1893, 28 de agosto de 1897. “The Assassination of Presidents”, de JM Buckley, en Century, noviembre de 1901.

sesenta y cincoRoosevelt sobre los anarquistas: NYT, 5 de diciembre de 1901.

66Blackwood's: julio de 1906, 128, a propósito del atentado contra el rey Alfonso.

67Lyman Abbott: Outlook, 22 de febrero de 1902.

68Asesinato de Canalejas: Literary Digest, 23 de noviembre de 1912; Living Age, 12 de diciembre de 1912.

69“Indignados más allá de lo soportable”: en su Prefacio a la Mayor Bárbara, de junio de 1906, a propósito del atentado contra el rey Alfonso.

70Socialistas revolucionarios rusos: además de Savinkov y Nicolaevsky, antecedentes generales de Charques, Miliukov y Kerensky.

71Plehve, “Debemos ahogar la revolución”: Miliukov, 1056.

72El gran duque Sergei “destaca por su crueldad”: Nevinson.

73“Una masa informe de 8 o 10 pulgadas de alto”: Savinkov, 106–7.

74Zar y cuñado en el sofá: Bülow (ver cap. 5), II, 178.

3. Fin de un sueño

Bibliografía

Hay dos biografías completas de Reed, una de Samuel McCall, quien sirvió con él en el Congreso y luego fue gobernador de Massachusetts, y otra del profesor Robinson, ambas enumeradas a continuación. Entre amigos, reporteros, colegas del Congreso y otros contemporáneos que escribieron sobre él se encuentran los siguientes:

BROWMAN, WH, “Thomas Brackett Reed”, Revista de Nueva Inglaterra, abril de 1890.

DAY, HOLMAN F., “Tom Reed Among His Neighbors”, Saturday Evening Post, 3 de enero de 1903.

DE CASSERES, BENJAMIN, “Tom Reed”, American Mercury, febrero de 1930.

FULLER, HERBERT B., Presidentes de la Cámara, Boston, Little, Brown, 1909.

HINDS, ASHER C., “The Speaker of the House of Representantes”, American Political Science Review, mayo de 1909.

KNIGHT, ENOC, “Thomas Brackett Reed: An

Appreciation”, Revista de Nueva Inglaterra, abril de 1904.

LEUPP, FRANCIS E., “Recuerdos personales de Thomas Brackett Reed”, Outlook, 3 de septiembre de 1910.

*LODGE, HENRY CABOT, “Thomas Brackett Reed”, reimpreso en The Democracy of the Constitution and Other Essays, Nueva York, Scribner's, 1915.

*MCCALL, SAMUEL, La vida de Thomas Brackett Reed, Boston, Houghton Mifflin, 1914.

MCFARLAND, HENRY, “Thomas Brackett Reed”, American Review of Reviews, enero de 1903.

PORTER, ROBERT P., “Thomas Brackett Reed of Maine”, McClure's, octubre de 1893.

*ROBINSON, WILLIAM A., Thomas B. Reed, parlamentario, Nueva York, Dodd, Mead, 1930.

ROOSEVELT, THEODORE, “Thomas Brackett Reed y el 51.º Congreso”, Forum, diciembre de 1895.

Otras fuentes

ADAMS, HENRY, La educación de Henry Adams, Boston, Houghton Mifflin, 1918.

——, Cartas, ed. Worthington Chauncey Ford, 2 vols., Boston, Houghton Mifflin, 1930–38.

ALEJANDRO, DE ALVA STANWOOD,*Historia y procedimiento de la Cámara de Representantes, Boston, Houghton Mifflin, 1916.*

BARRY, DAVID S. (Corresponsal en Washington del New York Sun y Providence Journal), 40 años en Washington, Boston, Little, Brown, 1924.

BISHOP, JOSEPH BUCKLIN, Theodore Roosevelt and

His Times, 2 vols., Nueva York, Scribner's, 1920.

BOWERS, CLAUDE G., Beveridge y la era progresista, Boston, Houghton Mifflin, 1932.

BRYCE, JAMES, The American Commonwealth, 3 vols., Londres, Macmillan, 1888.

*CLARK, CHAMP, Mi cuarto de siglo de política estadounidense, 2 vols., Nueva York, Harper, 1920.

CROLY, HERBERT, Marcus Alonzo Hanna, Nueva York, Macmillan, 1912.

CULLOM, SENADORA SHELLY M., Cincuenta años de servicio público, Chicago, McClurg, 1911.

DUNN, ARTHUR WALLACE, De Harrison a Harding, 2 vols., Nueva York, Putnam's, 1922.

DUNNE, FINLEY PETER, Sr. Dooley en Paz y guerra, Boston, Small, Maynard, 1898.

FOULKE, WILLIAM DUDLEY, Una autobiografía de Hoosier, Universidad de Oxford. Prensa, 1922.

FUESS, CLAUDE MOORE, Carl Schurz, reformador, 1829–1906, Nueva York, Dodd, Mead, 1932.

GARRATY, JOHN A., Henry Cabot Lodge: una biografía, Nueva York, Knopf, 1953.

GODKIN, EDWIN LAWRENCE, Vida y Letras, ed. Rollo Ogden, 2 vols., Nueva York, Macmillan, 1907.

GOMPERS, SAMUEL, 70 años de vida y trabajo, 2 vols., Londres, Hurst & Blackett, 1925.

GRIFO, SALOMÓN B.,*Personas y política observadas por un editor de Massachusetts, Boston, Little, Brown, 1923.*

HARRINGTON, FREDERICK, “El movimiento antiimperialista en los Estados Unidos”, Miss. Valley Hist. Rev., septiembre de 1935.

HOAR, SENADOR GEORGE FRISBIE, Autobiografía de 70 años, 2 vols., Nueva York, Scribner's, 1905.

HOWE, MA DE WOLFE, Moorfield Storey: Retrato de un independiente, Boston, Houghton Mifflin, 1932.

JAMES, HENRY, Charles William Eliot, 2 vols., Boston, Houghton Mifflin, 1930.

KIPLING, RUDYARD, American Notes, Nueva York, Munro's, 1896.

KOHLSAAT, HH,*De McKinley a Harding: recuerdos personales de nuestros presidentes, Nueva York, Scribner's, 1923.*

LANZAR, MARIA C., "The Anti-Imperialist League", Philippine Social Science Revue, agosto y noviembre de 1930.

LODGE, HENRY CABOT, ed.,*Selecciones de la correspondencia de Theodore Roosevelt y HC Lodge, 2 vols., Nueva York, Scribner's, 1925.*

LONG, JOHN D., The New American Navy, 2 vols., Nueva York, Outlook, 1903.

LYÓN, PEDRO,*Historia de éxito: la vida y la época de SS McClure, Nueva York, Scribner's, 1963.*

MC ELROY, ROBERT, Grover Cleveland, 2 vols., Nueva York, Harper, 1925.

MAHAN, CAPITÁN ALFRED THAYER, La influencia del poder marítimo en la historia, Nueva York, Sagamore Press, 1957.

——, De vela a vapor (autobiografía), Nueva York, Harper, 1907.

——,*The Interest of America in Sea Power, Boston, Little, Brown, 1897. (Artículos recopilados de Atlantic Monthly, Harper's Monthly, Forum y North American*

Review, 1890–97).

MILLIS, WALTER, El espíritu marcial, Nueva York, 1931.

MITCHELL, EDWARD P., Memorias de un editor, Nueva York, Scribner's, 1924.

NORTON, CHARLES ELIOT, Cartas, ed. Sara Norton y MA DeWolfe Howe, 2 vols., Boston, Houghton Mifflin, 1913.

PECK, HARRY THURSTON, Veinte años de la República, Nueva York, Dodd, Mead, 1906.

PERRY, RB, Pensamiento y carácter de William James, Universidad de Harvard. Prensa, 1948.

PETTIGREW, SENADOR RICHARD F., Imperial Washington, 1870–1920, Chicago, Kerr, 1922.

PLATT, THOMAS COLLIER, Autobiografía, Nueva York, Dodge, 1910.

POWERS, SAMUEL LELAND, Retratos de medio siglo, Boston, Little, Brown, 1925.

PRINGLE, HENRY F., Theodore Roosevelt, Nueva York, Harcourt, 1931.

PULESTON, CAPITÁN WILLIAM D., Mahan, Universidad de Yale. Prensa, 1939.

ROOSEVELT, THEODORE, An Autobiography, Nueva York, Scribner's, 1920.

*——, Las Cartas, ed. Elting E. Morison, vols. I y II, Universidad de Harvard. Prensa, 1951.

SCHURZ, CARL, Reminiscencias, vol. III (continuación de Frederic Bancroft), Nueva York, McClure, 1908.

PRIMAVERA -ARROZ, CECIL, Las Cartas y las Amistades, ed. Stephen Gwynn, 2 vols., Boston, Houghton Mifflin, 1929.

STEALEY, ORLANDO O., Veinte años en la Press Gallery, Nueva York (autor), 1906.

PISO, MOORFIELD,*La conquista de Filipinas por los Estados Unidos, Nueva York, Putnam's, 1926.*

SULLIVAN, MARK, Nuestros tiempos, vols. I y II, Nueva York, Scribner's, 1926.

TAYLOR, CHARLES CARLISLE, La vida del almirante Mahan, Nueva York, Doran, 1920.

VANDERBILT, KERMIT, Charles Eliot Norton, Universidad de Harvard. Prensa, 1959.

VILLARD, OSWALD GARRISON, Fighting Years, Nueva York, Harcourt, 1939.

WOLFF, LEON, Little Brown Brother, Nueva York, Doubleday, 1961.

Notas

Todos los datos biográficos, anécdotas y citas de Reed o sobre Reed son de Lodge, McCall o Robinson, excepto que se indique lo contrario. Todas las citas de Roosevelt provienen de la edición Morison de sus Cartas, de las que he dado las fechas y prescindido de referencias de volúmenes y páginas.

1“De cuyo cuello”: De Casseres. Las siguientes citas de este párrafo, en orden, proceden de Clark, I, 287; Leupp; McCall, 248; Dunn, I, 165; Foulke, 110; Portero. “El polemista más capaz” fue dicho por el representante John Sharp Williams, líder demócrata de la Cámara; “el mayor líder parlamentario” por Lodge; “De lejos el más brillante” por Clark, II, 10.

2Henry Adams sobre su hermano John: 1 de septiembre de 1894, Letters, II, 55.

3Bryce, “apatía…”: III, 326–28.

4Lewis Morris, “Malditas sean las consecuencias”: “Bocetos biográficos de los cuatro firmantes de Nueva York”, Americana, agosto de 1914, pág. 627.

5“Una fragata humana” y “Qué estrecha”: Día.

6“Calculado… para obstruir la legislación”: Representante Frye de Maine.

7“Toda la sabiduría”: Clark, I, 286.

8“Votar por él a escondidas”: Porter.

9Popularidad de Palmerston: Peck, 276.

10Anécdota de Choate: Barry, 142.

11Sobre Balzac: Porter.

12“Le preguntamos a Tom Reeds”: Lodge, Corres., I, 77, 120.

13“Teodoro, si hay una cosa más que otra”: q. George Stimpson, Un libro sobre la política estadounidense, Nueva York, 1952, 342.

14“Theodore nunca será presidente”: Leupp.

15“Ambicioso como Lucifer”: Cullom, 243.

dieciséis“Se convierte en una tiranía”: Dunn, I, 35.

17“El rostro humano más grande”: Clark, I, 277–78.

18ff. “El Presidente dirige”: Todos los comentarios del Portavoz y los Representantes en el relato de la lucha por el Quórum provienen del Acta del Congreso, 51º Congreso, Primera Sesión.

19ff. “Se desató el pandemonio”: Dunn, I, 27. Los reporteros y otros testigos presenciales citados sobre la pelea del Quórum son Dunn, I,

24-32; Peck, 200–202; Más completo, 219–21. El New York Times publicó la historia en cuatro columnas en la página 1 tanto el 30 como el 31 de enero.

20Reglas de Reed: Fuller, 228.

21Roosevelt sobre la reforma de Reed; Foro, diciembre de 1895.

22“Mordiendo un caqui verde”: Mount (ver capítulo 1), 192. Sargent tuvo dificultades con el retrato y destruyó su primera versión. “Su exterior de algún modo no se corresponde con su espíritu. ¿Qué debe hacer un pintor?... Podría haber hecho un cuadro mejor con un hombre menos notable. Ha sido encantador”. Reed afirmó que le gustó, aunque "estoy dispuesto a admitir que la imagen no es tan bonita como la original". El retrato ahora cuelga en el vestíbulo del Portavoz del Capitolio. Como al autor le parece que transmite poco de la personalidad de Reed, no se reproduce aquí.

23“Podrían hacerlo peor”: Brownson.

24“Iceberg de la Casa Blanca”: Platt, 215.

25“La Cámara tiene más sentido”: Alejandro, 27 años.

26“Mirar hacia afuera”: “Estados Unidos mirando hacia afuera”, diciembre de 1890.

27“Una voz… de nuestros intereses externos”: Puleston, 133. Todos los hechos biográficos, anécdotas y citas posteriores de Mahan o sobre Mahan son de Puleston a menos que se indique lo contrario.

28“No se lo digas a Grover”: Clark, I, 281–82.

29Roosevelt lo leyó “de principio a fin”: 12 de mayo de 1890, Cartas, I, 221.

30Origen del “poder marino”: Mahan, From Sail to Steam, 276–77.

31Kaiser en Mahan: q. Taylor, 131.

32Secretario White: Fuller, 211.

33Mahan sobre los judíos: de la vela al vapor.

34Presentarse “en serio y desesperado”: q. Garraty, 52 años.

35Comentarios de los senadores Morgan, Frye y Cullom: Millis, 29.

36Union League Club, NYT, 18 de diciembre de 1895.

37“¿Almirantes? ¡Nunca!”: q. Taylor, 12.

38“Una influencia imponente”: q. Godkin, I, 221.

39Lowell sobre la nación: Godkin, I, 251; Bryce en el Evening Post: ibíd., 232; Gobernador Hill: Villard, 123.

40Godkin sobre los Estados Unidos en 1895: Life and Letters, II, 187, 202.

41William James sobre el “espíritu de lucha”: a Frederic Myers, 1 de enero de 1896, Perry, 244.

42Norton, “grito de aplauso brutal”: NYT, 30 de diciembre de 1895.

43“Supremamente urbano”: Daniel Gregory Mason, “At Home in the Nineties”, New England Quarterly Review, marzo de 1936, pág. 64.

44Estudiantes de Norton: William D. Orcutt, Celebrities on Parade, 41; Josephine Preston Peabody, Diario y cartas, 73.

45Norton a Godkin y a su amigo inglés: q. Vanderbilt, 211; a Leslie Stephen, 8 de enero de 1896, Letters, II, 236.

46Henry Adams: “agua muerta del fin de siècle” proviene de The Education, 331. Otras citas en este párrafo provienen de Letters, vol. II, en orden, como sigue: 9 de septiembre de 1894, pág. 55; 3 de agosto de 1896, pág. 114; 1 de abril de 1896, pág. 103; 25 de abril de 1895, pág. 68; 31 de julio de 1896, 111; 17 de febrero de 1896, pág. 99; 25 de septiembre de 1895, pág. 88.

47Norton, “Qué interesantes nuestros tiempos”: a SG Ward, 26 de abril de 1896, Cartas, II, 244.

48“El zar te ordena”: Fuller, 238.

49“Grandeza tranquila”: Poderes.

50Leyendo a Richard Burton: Stealey, 413.

51“Una política no republicana”: Caballero.

52Roosevelt sobre la campaña de Reed: 18 de octubre de 1895; 27 de diciembre de 1895; 26 de enero de 1896.

53Campaña de Reed: Robinson, 326–34; Grifo, 344; Platón, 313.

54Henry Adams sobre Reed: a Brooks Adams, 7 de febrero de 1896, Letters, II, 96.

55“Chocolate eclair”: Robinson, de 362 años, lo llama la “supuesta” declaración de Reed. Kohlsaat, de 77 años, se lo da a Roosevelt y Peck dice que era un “dicho favorito” de

Roosevelt, aunque esto no excluye que se haya originado en Reed. Para el presente autor lleva el sello de la pintoresca frase de Reed.

56Roosevelt a Reed: McCall, 228; a presentar: 13 de marzo de 1896.

57"En una palabra, mi querido muchacho": Pringle, 159.

58Altgeld a Darrow: q. Jengibre (ver Capítulo 8), 188.

59"El silbato no sonó": ibíd., 191.

60"La era de Mark Hanna": Norman Hapgood, The Advancing Hour, 1920, 76–77.

61Lo que vende un periódico, "Guerra": Kennedy Jones, q. Halévy (ver Capítulo 1), V, 9.

62Discurso de Eliot en Washington: New York Evening Post, 18 de mayo de 1896.

63"Hijos degenerados de Harvard": Roosevelt a Lodge, 29 de abril de 1896.

64Eliot caracterizó: Además de la biografía de James, las fuentes utilizadas fueron:

MARRÓN, ROLLO WALTER,*Harvard Yard en la Edad de Oro, Nueva York, 1948.*

HOWE, MA DE WOLFE, Tonos clásicos, Boston, 1928.

MORISON, SAMUEL ELIOT, Tres siglos de Harvard, Universidad de Harvard. Prensa, 1937.

SEDGEWICK, ELLERY, La feliz profesión, Boston, 1946.

sesenta y cinco"Eliza, te arrodillas…": James, I, 33–34; "Mal entendido": Morison, 358; "Tuve una sensación vívida": Brown, 27 años; "La

espalda de un remero”: Sedgewick, 371–72; “Una presencia noble”: Howe, 185; “Un señor que es…”: ibíd.; “¡Tirándolo a OTRO!”: Santiago, II, 69; “Primer ciudadano privado”: ibíd., 92; “Un emblema de triunfo”: Sedgewick, 371–72.

66“Si alguna vez llegamos a nada”: 29 de abril de 1896.

67Secretario Long sobre Roosevelt: Bishop, I, 71; Lodge to Roosevelt: 8 de marzo de 1897, q. ibídem.

68McClure como coeditor: Lyon, 148; a página: ibíd., 167.

69“No hagáis nada injusto”: q. Pulestón, 182; Respuesta de Roosevelt: 3 de mayo de 1897.

70Visita de Schurz a McKinley: Fuess, 350.

71Espectador del Tratado: 19 de junio de 1897.

72“El imperio puede esperar”: Illustrated American, diciembre de 1897.

73Bryce en el Foro: diciembre de 1897, “La política de anexión para Estados Unidos”.

74“Barcos muy lejanos y azotados por la tormenta”: de su*Influencia del poder marítimo en la Revolución Francesa.*

75Reed sobre el senador Proctor: Dunn, I, 234.

76“El sabor del Imperio”: q. Morison y Commager, Crecimiento de la República Americana, II, 324.

77“Disuadir un ciclón”: NYT, 7 de abril de 1898.

78Roosevelt a Mahan: 21 de marzo de 1898.

79Sr. Dooley sobre Filipinas: Dunne, 43 años. Cuando el Sr. Dooley le preguntó a Hinnissy si podía decir dónde estaban Filipinas, Hinnissy, en representación de la opinión pública, respondió: "Tal vez no lo acompañe, pero voy a tomarlo". Entra, de todos modos". El señor Dooley no estaba tan seguro. "La guerra continúa; Y cada noche, mientras cuento el dinero, me pregunto: ¿anexionaré Cubia o se la entregaré a los cubanos? ¿Me llevaré a Porther Ricky o lo dejaré a un lado? ¿Y qué debería hacer con los Ph'lippeen? Oh, ¿qué debería hacer con esto?": ibíd., 46–47.

80McKinley sobre Filipinas: Kohlsaat, 68.

81Lodge, no debe. "dejad ir las islas": a Henry White, 4 de mayo de 1898, Nevins (ver capítulo 1), 136.

82Norton, "We jettison…": texto del discurso en Letters, II, 261–69. El político que propuso el linchamiento fue el Excmo. Thomas J. Gargan.

83Los antiimperialistas: Lanzar, Harrington, Howe, Fuess.

84"Un negocio abominable": Cartas de Mark Twain-Howell, Universidad de Harvard. Prensa, 1960, II, 673, n. 4. Véase también "To The Person Sitting in Darkness", de Mark Twain, North American Review, febrero de 1901.

85Godkin sobre las "razas inferiores": 24 de marzo de 1898, pág. 216.

86Carl Schurz, mismo argumento: Schurz, 441.

87Discursos de Beveridge: Bowers, 68–70, 76;

Piso, 38; WE Leuchtenberg, “Progresismo e imperialismo, 1898–1916”, Miss, Valley Hist. Rev., diciembre de 1952.

88“Somos una gran gente”: Dunne, 9 años.

89Roosevelt, “mi poder para el bien”: 29 de marzo de 1898.

90Beveridge on Reed: a George W. Perkins, 31 de mayo de 1898, Bowers, 71.

91“Oposición exclusivamente de Reed”: 31 de mayo de 1898, Lodge, Corres., I, 302.

92Reed le suplicó a Clark: Dunn, I, 289.

93Lodge, “una de las grandes potencias mundiales”: a Henry White, 12 de agosto de 1898, Nevins' White, 137.

94Mahan, “el joven jocundo” y “¡Deus Vult!”: Puleston, 201.

95Schurz, “la gran potencia neutral”: Fuess, 354.

96Conferencia de Saratoga: NYT, 20 de agosto de 1898.

97Carnegie, “Permanezcamos unidos”: Harvey, Gompers (véase el capítulo 8), 89–90.

98Caña “terriblemente amarga”: 20 de diciembre de 1898, Lodge, Corres., I, 370.

99Bryan y el Tratado: Dunn, I, 283; Hoar, I, 197; II, 110; Pettigrew, 206. El manejo de los cargos judiciales y otros sobornos por parte de los republicanos se analiza en WS Holt, Tratados derrotados por el Senado, Johns Hopkins, 1933, 171, y en Garraty, Lodge, 201-2.

100“La lucha más reñida y dura”: ibídem.

101William James: Cartas, II, 289; Perry, 240.

102Norton, “perdió su posición única”: 18 de noviembre de 1899, Letters, II, 290.

103Moorfield Storey, “Somos falsos”: Howe, 221.

104“Hombre más influyente”: 3 de marzo de 1898, Cartas, II, núm. 976.

105Piso a Hoar: Howe, 218-19.

106“Tocar una cerilla”: NYT, 23 de abril de 1899.

107“De mal humor y feo”: Dunn, I, 298.

108“Fatiga y disgusto”: NYT, 21 de febrero de 1899.

109Tribuna: q. Robinson, 380; Times, 19 y 23 de abril de 1899.

110Godkin sobre Reed: Cartas, II, 239, 241.

111“¡El público!”: NYT, 20 de abril de 1899.

112“¿Cómo se siente el caballo?”: Pringle, Life and Times of William Howard Taft, 1939, I, 236.

113Beveridge, “No renunciaremos”: q. Wolff, 303.

114Godkin, “el espíritu militar”: Vida y Cartas, 243.

115Almirante Dewey sobre la presidencia: Sullivan, I, 311.

116“Genio del mal”: Fuess, 366.

117Reunión de terceros y Plaza Hotel: Pettigrew, 320–21; Fuess, 362–63.

118Aguinaldo sobre las elecciones: Wolff, 252.

119“Tápate la nariz”: Lanzar, 40 años.

120Lector insatisfecho de la nación: 18 de octubre de 1900, pág. 307.

121Logia en Manila; q. Wolff, 304.

122Roosevelt sobre la expansión: ibíd., 332.

123Balas tontas; ibíd., 305.

124Elegía de Norton: a SG Ward, 13 de marzo de 1901, Vanderbilt, 217. El senador Hoar hizo un esfuerzo por cerrar la brecha entre los antiimperialistas y la administración en la primavera de 1901, con resultados embarazosos. Como presidente de la Asociación de Antiguos Alumnos de Harvard, ofreció un LL.D. honorario. a McKinley sin consultar a la Corporación Harvard. Aunque el presidente Eliot consideraba a McKinley como un “hombre común y corriente de mentalidad estrecha” (James, II, 118), la Corporación dio su aprobación. Pero cuando se pidió la aprobación de la Junta de Supervisores, que incluía a varios antiimperialistas, se levantó una tormenta, encabezada por Moorfield Storey y Wendell Phillips Garrison. Se desarrolló un sentimiento de amargura, el debate fue “muy intenso” y Theodore Roosevelt, enloquecido y denunciando a Storey como un “sinvergüenza”, reunió los votos de los indecisos por correo. Filtrado a Godkin, quien lo publicó en Nation el 25 de abril de 1901, McKinley conoció la oposición en los Overseers. Aunque la Junta finalmente votó a favor de su título, supuestamente por 26 a 3, no se presentó a la

ceremonia de graduación, con el resultado de que el título de LL.D., que no se podía conferir en ausencia, no se le otorgó en absoluto. Roosevelt, Cartas, III, Nos. 2010, 2012; Howe, 177; NTT, 3 y 9 de mayo de 1901.

125 "Ese maldito vaquero": Kohlsaat, 100.

126 Veintitrés manos de póquer: AB Paine, Mark Twain, III, 1163.

127 Joe Cannon dijo de él: q. McFarland.

4. "Dame combate"

Bibliografía

BARCLAY, SIR TOMÁS, *Treinta años: reminiscencias anglo-francesas, 1876-1906, Boston, Houghton Mifflin, 1914.*

*BARRÈS, MAURICE, *Scènes et doctrinas du Nationalisme, París, Plon, 1925.*

BENDA, JULIEN, La Jeunesse d'un clerc, París, Gallimard, 1936.

BERTAUT, JULES, París, 1870–1935, Nueva York, Appleton-Century, 1936.

*BLUM, LÉON, Souvenirs de l'Affaire, París, Gallimard, 1935.

BURDEOS, HENRY, Jules Lemaître, París, Plon, 1920.

BOUSSEL, PATRICIA, *L'Affaire Dreyfus et la Presse, París, Colin, 1960.*

BRUNETIÈRE, FERDINANDO, *Après le Procés: Réponse à Quelques "Intellectuels", París, Perrin, 1898.*

CAMBON, PAUL, Correspondencia, 1870–1924, 3 vols., París, Grasset, 1940.

CASTELLANE, MARQUIS BONI DE, Cómo descubrí América, Nueva York, Knopf, 1924.

*CHAPMAN, CHICO,*El caso Dreyfus: una reevaluación, Nueva York, Reynal, 1955.*

CLARETIE, JULES, “Souvenirs du Dîner Bixio”, La Revue de France, 15 de junio, 1 y 15 de julio, 1 y 15 de agosto de 1923.

CLEMENCEAU, GEORGES, Contre la Justice, París, Stock, 1900.

CLERMONT -TONNERRE, ELIZABETH (DE GRAMONT), DUCHESSE DE, Mémoires, 3 vols., París, Grasset, 1928.

*DAUDET, León,*Au Temps de Judas: Recuerdos de 1880 a 1908, París, NLN, 1920.*

DELHORBE, CECILE,*L'Affaire Dreyfus et les Ecrivains Français, París, Attinger, 1932.*

ELLIS, HAVELOCK, De Rousseau a Proust, Boston, Houghton Mifflin, 1935.

FRANCIA, ANATOLE, M. Bergeret à Paris, París, Calmann-Lévy, 1902.

GARD, ROGER MARTIN DU, Jean Barois, París, Gallimard, 1921.

GARRIC, ROBERT, Albert de Mun, París, Flammarion, 1935.

GIRAUD, VICTOR, Les Maîtres du l'Heure (Jules Lemaître). vol. II, París, Hachette, 1919.

GOLDBERG, HARVEY, La vida de Jean Jaurès, Univ. de Wisconsin Press, 1962.

GUILLEMINAULT, GILBERT, ed., La Belle Epoque, 3 vols., París, Denoël, 1957.

HERZOG, WILHELM, De Dreyfus a Pétain, tr. Walter

Sorell, Nueva York, Creative Age Press, 1947.

HYNDMAN, HM, Clemenceau, Nueva York, Stokes, 1919.

IBELS, HG,*Allons-y!: Histoire Contemporaire, París, Stock, 1898*.

JAURÈS, JEAN,*Les Preuves: Affaire Dreyfus, París, La Petite République, 1898*.

LETHEVE, JACQUES,*La Caricature et la presse sous la Troisième République, París, Colin, 1961*.

LONERGAN, WF (corresponsal del Daily Telegraph), Cuarenta años de París, Nueva York, Brentano's, 1907.

MARTET, JEAN, Le tigre (Clemenceau), París, Albin Michel, 1930.

MASUR, GERHARD, Profetas del ayer, Nueva York, Macmillan, 1961.

MEYER, ARTHUR, Ce que mes yeux ont vu, París, Plon, 1912.

——, Ce que je peux dire, París, Plon, 1912.

*PINTOR, GEORGE D., Proust: Los primeros años, Boston, Little, Brown, 1959.

PALÉÓLOGO, MAURICE,*An Intimate Journal of the Dreyfus Case, Nueva York, Criterion, 1957*.

PÉGUY, CHARLES, “Notre Jeunesse”, Cahiers de la Quinzaine, 1910. (Esta fue una respuesta al ensayo de Daniel Halévy sobre el asunto escrito por invitación de Péguy y publicado por él en los Cahiers de la Quinzaine. Está reimpreso en traducción al inglés por Alexander Dru en Temporal and Eternal, Nueva York, Harper, 1958.)

POUQUET, JEANNE SIMÓN,*Le Salon de Mme Arman*

de Caillavet, París, Hachette, 1926.

PROUST, MARCEL, A la recherche du temps perdu, París, Gallimard, 1921–27.

*QUILLARD, PIERRE,*Le Monument Henry: Liste des Souscripteurs, París, Stock, 1899.*

RADZIWILL, PRINCESA CATALINA, Francia Detrás del velo, Nueva York, Funk & Wagnalls, 1914.

*RADZIWILL, PRINCESA MARIE, Lettres au Général du Robilant, vol. II, 1896–1901 (el Apéndice contiene su correspondencia con el General de Galliffet), Bolonia, Zanichelli, 1933.

**REINACH, JOSEPH, Histoire de l'Affaire Dreyfus, 7 vols., París, Charpentier, 1901–11.

ROLLAND, ROMAIN, Mémoires, París, Albin Michel, 1956.

ROMAN, JEAN, París Fin de Siècle, Nueva York, Arts, Inc., 1960.

SOREL, GEORGES, La Révolution Dreyfusienne, París, Rivière, 1911.

VIZETELLY, ERNEST ALFRED, Emile Zola, Londres, John Lane, 1904.

——, París y su gente, Nueva York, Stokes, sin fecha (1918).

ZEVAÈS, ALEXANDRE,*L'Affaire Dreyfus: personals de Quelques Souvenirs, La Nouvelle Revue, enero, febrero, marzo de 1936, vols. 141 y 142.*

ZOLA, EMILE, La Vérité en Marche (edición completa), París, Bernouard, 1928.

Notas

Dado que mi propósito en este capítulo no era volver a

contar la historia del caso Dreyfus sino más bien mostrar la reacción de la sociedad francesa ante él, no he creído necesario documentar los acontecimientos históricos del caso a menos que sean controvertidos u oscuros. La fuente básica y esencial sigue siendo el estupendo trabajo de Reinach, repleto de hechos, textos, documentación, ideas, comentarios, escenas presenciadas, retratos de personajes de las principales figuras que conoció y sus propias experiencias directas, como el momento en la Cámara durante el discurso de De Mun. cuando "sentí en mi cabeza el odio de trescientos oyentes hipnotizados". Se propuso recopilar y registrar todo lo que alguien dijera o hiciera relacionado con el asunto, incluidos, además de las cuestiones obvias, miles de detalles periféricos como el disgusto de Scheurer-Kestner hacia el periodista o el destello de clarividencia del conde Witte. Como actor importante y no simplemente observador de los acontecimientos, Reinach fue vilipendiado, calumniado y caricaturizado más que nadie, excepto Zola. En estas circunstancias, haber elaborado una obra de tal valor histórico es una hazaña tal vez sin igual, ciertamente insuperada, en historiografía. El lector puede entender que cualquier declaración o cita en este capítulo que no se incluya de otro modo se encuentra en Reinach, que se puede localizar a través de su Índice, que ocupa todo el séptimo volumen.

La expresión más reflexiva del punto de vista nacionalista es la de Barrès, mientras que la más vívida y cruel es la de Daudet. El mejor relato moderno, confiable, objetivo y de extensión legible, es el de Chapman. Para los disturbios de Auteuil y Longchamps me basé en la prensa contemporánea.

1"Habría dividido a los propios ángeles": en Journal des Débats, 8 de marzo de 1903, sobre

la muerte de Gaston Paris, q. Barrés, 9.

2“A su edad, General”: q. Lonergan, 76 años.

3Lavisse sobre la Grande Armée: Histoire de France Contemporaine, III, 379.

4Anatole France, “todo lo que queda”: el personaje es M. Panneton de la Barge en M. Bergeret à Paris, 65–70.

5Conde de Haussonville citado: Paléologue, 147.

6“Francia ama la paz y prefiere la gloria”: dijo Albert Vandal, miembro de la Academia Francesa, q. Fígaro, 25 de septiembre de 1898.

7Las damas se levantaron en representación del general Mercier: Proust, Guermantes, II, 150. La duquesa de Guermantes causó sensación en la velada de la princesa de Lignes al permanecer sentada mientras otras damas se levantaban. Fue esta acción la que ayudó a derrotar al Duque por la presidencia del Jockey Club.

8“Puedes recuperarlo”: Reinach, I, 2.

9“Si Dreyfus es absuelto, Mercier irá”: Paléologue, 44.

10El observador recordó a Dante: ibid., 198–99.

11Bülow, “Hay tres grandes potencias”: C. Radziwill, 298.

12Chismes sobre el soborno de De Rodays: Radziwill, Letters, 106.

13Zola, una “enfermedad vergonzosa”: l'Aurore, 13 de mayo de 1902, q. Boussel, 216.

14El miedo de Ernest Judet a Clemenceau: Daudet, 43 años.

15La carrera de Arthur Meyer: C. Radziwill, 297–307.

dieciséisSupuesta carta de Rochefort y Kaiser: Blum, 78–80; Boussel, 157–59. La historia de la carta apareció en l'Intransigeant, 13 de diciembre de 1897.

17Boisdeffre y la princesa Mathilde: Radziwill, Letters, 133–35. La princesa Radziwill le contó la historia al káiser, quien comentó: "Es bueno para mí que un hombre así encabece el Estado Mayor francés... y lo único que deseo es que lo dejen donde está".

18El “Sindicato”: La concepción que la derecha tiene del Sindicato es expresada con toda seriedad por Daudet, 11-17, y satirizada por Anatole France en el capítulo 9 de M. Bergeret. El Dépĕche de Toulouse del 24 de noviembre de 1897 afirmó la existencia de un Sindicato D. y su gasto de 10.000.000 de francos: q. Boussel, 138. Otros cargos de Libre Parole l'Intransigeant, Jour, Patrie, Eclair, Echo de Paris citados con fechas de Reinach, III, 20; también “Le Syndicat”, l'Aurore, 1 de diciembre de 1897, en Zola, 13-19.

19“Algo muy grandioso”: Conde Harry Kessler, q. Masur, 297.

20Henry Adams sobre la lectura de Drumont: 27 de julio y 4 de agosto de 1896, Letters, 110, 116.

21“Conspiración clandestina y despiadada”: q.

Herzog, 30 años.

22El duque de Uzès se sintió satisfecho: ibíd., 31.

23“Nos aburren con su judío”: q. Goldberg, 216.

24Reseña socialista del folleto de Lazare: Zevaès, v. 141, 21.

25“El propio duque de Saint-Simon”: Reinach, II, 618, n. 1.

26Esterhazy, “manos de bandido”; “elegante y traicionero”: C. Radziwill, 326–27; Benda, 181.

27Scheurer-Kestner como un hugonote del siglo XVI: Rolland, 290.

28Multitudes en los jardines de Luxemburgo: descritas por Clemenceau en 1908 en un discurso dedicando una estatua a Scheurer-Kestner.

29Clemenceau sobre Monet: q. J. Hampden Jackson, Clemenceau y la Tercera República, Nueva York, 1962, 81.

30“Sólo los artistas”: Martet, 286.

31Clemenceau sobre Esterhazy, jesuitas, justicia: q. Boussel, 143; Reinach, III, 265. El grado en que la atención contemporánea se centró en el asunto puede juzgarse a partir de los cinco volúmenes de artículos recopilados de Clemenceau: L'Iniquité (162 artículos de l'Aurore y La Justice hasta julio de 1898); Vers la Réparation, 1899 (135 artículos de l'Aurore, julio-diciembre de 1898); Des Juges, 1901 (40 artículos de l'Aurore, abril-mayo de 1899); Injustice Militaire, 1902 (78 artículos de

l'Aurore, agosto-diciembre de 1899); La Honte, 1903 (65 artículos de La Dépĕche de Toulouse, septiembre de 1899-diciembre de 1900).

32“Generales de la debacle” y siguientes: Reinach, III, 258.

33A Anton Radziwill “le encanta hablar inglés”: Spring-Rice (ver capítulo 3), I, 184.

34Witte, “Sólo veo una cosa”: Reinach, II, 542, n. 1.

35Jules Ferry, “para organizar la humanidad”: q. Goldberg, 39 años.

36Léon Bourgeois a los Ralliés: q. Chapman, 23 años.

37Discurso de De Mun ante la Academia: 10 de marzo de 1898. Reimpreso en su Discours politiques et Parlementaires.

38La trayectoria de De Mun: Garric, passim; sobre el socialismo, ibíd., 94.

39Galliffet, “seguir sin entender nada”: a la princesa Radziwill, 22 de septiembre de 1899, pág. 342.

40Condesa de Noailles, “demasiado hermosa para ser real” y “simplemente sonrió”: C. Radziwill, 337–38.

41“Certitud de superioridad”: Clermont-Tonnerre, 113.

42Aimery de la Rochefoucauld: “rigidez fósil” fue la frase de Proust para el príncipe de Guermantes, para quien de Rochefoucauld sirvió de modelo. “Simples don nadies en el año 1000”: q. Pintor, 189.

43Duque de Uzès, “siempre nos mataron”: pintor, 200.

44Gratinado poco hospitalario: Clermont-Tonnerre, 113.

45Visitante inglés del duque de Luynes: Wyndham (ver capítulo 1), I, 346, 480.

46Thiers sobre el conde de París: q. Spender, Campbell-Bannerman (véase el capítulo 5), II, 59.

47Gamelba: Lonergan, 120-21.

48“Todo este asunto de Dreyfus” y “Perfectamente intolerable”: Proust, Guermantes, I.

49“Coloso con los pies sucios”: Flaubert, Correspondencia, 18 de abril de 1880.

50“Cerdo pornográfico”, “¡Merde!” y otras reacciones: du Gard, 8.

51Björnson, “estupor y angustia”: Reinach, III, 314.

52“El escenario es Francia”: q. Herzog, 144.

53Chéjov sobre el juicio de Zola: Ernest J. Simmons, Chejov: una biografía, Boston, 1962, 412–13.

54“Olía a matanza reprimida”: Paléologue, 131.

55“París palpitó”: Hyndman (ver cap. 7), 301.

56El juicio de Zola: Paléologue, 131–33; Hyndman, Clemenceau, 176–77; Vizetelly, 450–56; et al.

57Labori “no es un intelecto”: q. Chapman, 175.

58Zola, “¡Escúchenlos!”: Guilleminault, I, 189.

59Clemenceau, “ni un solo Dreyfusard”: Hyndman (ver cap. 7), 301.

60Henry Adams sobre el veredicto de Zola: 26 de febrero de 1898, Cartas, 151.

61Anatole France se levantó de la cama: del diario inédito de Daniel Halévy, q. Delhorbe, 95–96.

62“Todos uno de nosotros”: Daudet, 66 años.

63Monet se peleó con Degas: Stephen Gwynn, Claude Monet, Nueva York, Macmillan, 1934, 92, 201 Degas leyó Libre Parole: Chapman, 182; sobre arrivistes: q. George Slocombe, Rebeldes del arte: Manet a Matisse, Nueva York, 1939, 158.

64Debussy y Puvis de Chavannes: pintor, 356; Reinach, III, 248, n. 2.

sesenta y cinco“Si firmo”, dijo el director de una escuela: Clemenceau en l'Aurore, el 18 de enero de 1898.

66Emile Duclaux, Revisión en el laboratorio: Reinach, III, 169.

67“Pinta con las manos en los bolsillos”: René Gimpel, Carnets, París, 1963.

68Gastón París: Reinach, IV, 150, n. 5; Paul Stapfer: Zevaès, v.141, 202.

69Pueblos enteros tomaron partido: Barclay, 135.

70Cena Bixio: Claretie. Todas las anécdotas de Dîner Bixio provienen de esta fuente.

71Apertura de “Les Loups”: Rolland, 291–95.

72“Necesitábamos tranquilidad, ideales”: Adolphe Brisson sobre “l'Aiglon”, en Figaro, 13 de marzo de 1900.

73Ranc, “advirtió de no dormir en casa”: q. Reinach, IV, 151.

74Los salones: Bertaut, 163–73; Wharton (véase el capítulo 1), 261, 273; Pintor, 130, 201, 281; para la señora Straus, véase esp. Bertaut, pintor, 110–16, paleólogo; para la señora Arman, esp. Pouquet, passim; Clermont-Tonnerre, I, 4-5, 13; Blum, 98; para la señora Aubernon: Paléologue, 114; Suttner (véase el capítulo 5), I, 282–84; para la señora de Loynes: esp. Meyer, Ce que je peux dire, 250–53, 287; Castellano, 195.

75Lemaître, “La República me curó”: q. Giraud, 72 años.

76“¿Que faite vous, Maître?”: Barclay, 142.

77Reuniones de la Ligue des Patriotes: Meyer, Ce que je peux dire, 253–63; Daudet, 89–90.

78De Vogüé, “Ahora el caso odioso”: Paléologue, 151.

79Recitar poesía del siglo XVII: Goldberg, 226.

80Su “espléndida amplitud”: Rolland, 298; “Como un gato enorme con un ratón”: ibídem.

81Los socialistas sobre el proceso de Zola: Œuvres de Jaurès, VI, 197, q. Goldberg; Reinach, III, 255, IV, 148; Zevaès, v. 141, 97, 199.

82Jaurès, “qué atormentado estoy”: q. Goldberg, 220.

83“Porque parece que nos oponemos”: de una

carta del 7 de noviembre de 1898, en los Archivos Guesde, Amsterdam, q. Goldberg, 243.

84Comité Socialista de Vigilancia: Zevaès, v. 141, 203.

85André Buffet telegrafió a Pretendiente: Los detalles de la conspiración de derecha y su financiación se obtuvieron de las pruebas del juicio posterior de Déroulède, Reinach, IV, 332–42.

86“Víspera de una nueva Comuna”: Radziwill, Cartas, 155.

87“Alma de un segundo teniente”: André Maurois, El milagro de Francia, Nueva York, 1948, 404.

88“Santuario de la traición”, y siguientes: Paléologue, 187–90.

89Anarquistas en el “desfile” de Dreyfus: Boussel, 170–72: Maitron (véase el capítulo 2), 307–18.

90Madame de Greffulhe escribió al Kaiser: André Germain, Les clés de Proust, 1953, 43. (Estoy en deuda por esta fuente con el Sr. George D. Painter, biógrafo de Proust).

91Cambio en los Guermantes: registrado en Sodome y La Prisonnière.

92Un oficial le dijo a Galliffet: Claretie, 50 años.

93Jaurès, “Si estalla la guerra”: q. Goldberg, 245.

94Colaboradores de la suscripción Henry: Quillard, passim.

95Elección de Loubet: Paléologue, 203; “La República no se hundirá”: q. Chapman, 254.

96Lemaître sobre la expulsión de Loubet: q. Goldberg, 247.

97Fondos de la Liga Antisemita: Reinach, IV, 573, n. 4; V, 113, 254, n. 1, de las pruebas del juicio Déroulède.

98Le Temps, “Qué otro país”: 6 de junio de 1899.

99William James, “una de esas crisis morales”: 7 de junio de 1899, Letters, II, 89.

100-8 El ataque a Loubet en Auteuil: Figaro, 5 de junio de 1899.

101El próximo domingo en Longchamps: Le Temps, 12 y 13 de junio de 1899. Henri Léon, el líder nacionalista y cínico de M. Bergeret à Paris, describe cómo los hooligans gritaban “¡Pa-na-ma! ¡Dimisión!" bajo sus órdenes. “Les gano el tiempo y gritan las sílabas separadas. Realmente se hizo con gusto”.

102El argumento de Lucien Herr: de Vie de Lucien Herr, de Charles Andler, q. Goldberg, 254.

103Los socialistas están divididos sobre el apoyo al Gobierno: Zevaès, v. 142, 47.

104Marqués de Galliffet, estómago plateado: Castellane, 99; “aire de jefe bandido”: Reinach, V, 168–69; sobre el arresto de miembros de su club: Radziwill, Letters, 340; “coraje y descaro”: Reinach, loc. cit.

105Millerand, “gato bajo el aguacero”: Suárez (ver cap. 8), I, 259.

106“Invita a esos muchachos a cenar”: de Louis Thomas, Le Général de Galliffet, 1910, 247 (proporcionado por el Sr. Painter).

107Juicio de Rennes: relatos de testigos presenciales de Marcel Prévost, New York Herald, 8 y 9 de agosto; Séverine y otros, q. en Reinach, V; Barrés, 146; Zevaès, v. 142, 53; Benda, 211; London Times, New York Tribune, 8 y 9 de agosto. Evidentemente es una regla que las discrepancias en la observación aumentan con la intensidad de la emoción: el cabello de Dreyfus era “blanco” según The Times, “rojizo” según el Tribune; su bigote es “negro azabache” según The Times, “francamente rojo” según el Tribune.

108GA Henty: Hyndman, 184.

109Galliffet, “No me muevo de mi oficina”: Radziwill, Letters, 340.

110Labori “parecía Hércules”: Meyer, Mes Yeux, 152.

111“Acabo de matar a los Dreyfus”: Paléologue, 241.

112Telegrama de la reina Victoria: Reinach, V, 544.

113Clemenceau: En l'Aurore, 10 de septiembre de 1899.

114Condesa de Noailles llorando: Pintor, 299.

115Reacción extranjera al veredicto de Rennes: The Times, 12, 13, 14 de septiembre de 1899; Barclay, 162.

116La “indignación” de Grieg: Finck, Grieg (ver capítulo 6), 104.

117Galliffet, “Eso es algo digno de ver”: Lonergan, 369.

5. El continuo redoble del tambor

Bibliografía

Las publicaciones oficiales de las actas de las dos Conferencias de Paz de La Haya son las siguientes:

FRANCIA, MINISTÈRE DES AFFAIRES ETRANGÈRES, Documents Diplomatiques, Conférence Internationale de la Paix, 1899, París, Imprimerie Nationale, 1900.

——, Deuxième Conférence Internationale de la Paix, 1907, París, Imprimerie Nationale, 1908.

*ALEMANIA, AUSWARTIGEN AMT,*Die Grosse Politik der Europäischen Kabinette, Berlín, 1924-25. Banda 15: Rings um die Erste Haager Friedenskonferenz. Banda 23: Die Zweite Haager Friedenskonferenz. (Denominado en Notas como GP.)*

GRAN BRETAÑA, MINISTERIO DE EXTRANJEROS,*Correspondencia sobre la propuesta de SM el Emperador de Rusia para una conferencia sobre armamentos, Rusia, No. 1 (1899), Cd. 9090, Londres, HMSO.*

——, Correspondencia sobre la Conferencia de Paz celebrada en La Haya en 1899, Misc. N° 1 (1899), cd. 9534, Londres, HMSO. (El material de estos dos volúmenes se menciona en las Notas como FO 83, 1695–6-7–8-9 y 1700. Estos son los números de referencia de los originales autógrafos en la Oficina de Registro Público que consulté con preferencia a los versión publicada.)

——,*Correspondencia sobre la Segunda Conferencia de Paz celebrada en La Haya en 1907. Misc. núm. 1 (1908), cd. 3857, Londres, HMSO.*

——, Correspondencia adicional, Cd. 4174, varios. Núm. 5 (1908).

LA HAYA, LA, Actas de la Conferencia de Paz de La Haya, 4 vols. Traducción de los textos oficiales (publicados originalmente por el Ministerio de Asuntos Exteriores de los Países Bajos), preparados en la División de Derecho Internacional del Carnegie Endowment for International Peace; ed. James Brown Scott, Universidad de Oxford. Prensa, 1920–21, vol. Yo, 1899; vol. II, III, IV, 1907.

ESTADOS UNIDOS, Conferencias de Paz de La Haya de 1899 y 1907, ed. James Brown Scott, 2 vols., Baltimore, Johns Hopkins Press, 1909. El segundo volumen contiene las instrucciones y los informes de los delegados estadounidenses y la correspondencia de 1904 y 1906 relacionada con la convocatoria de la Segunda Conferencia.

Otras fuentes

ADAM, PAUL, “Physionomie de la Conférence de la Haye”, Revue de Paris, 1 de agosto de 1907, 642–72.

BACON, ALMIRANTE SIR REGINALD HUGH, La vida de Lord Fisher de Kilverstone, 2 vols., Londres, Hodder & Stoughton, 1929.

BERGENGREN, ENK, Alfred Nobel, tr., Londres, Nelson, 1962.

BLOCH, IVAN S., The Future of War, tr., con una “Conversación con el autor” de WT Stead, Boston,

Ginn, 1902.

BÜLOW, BERNHARD, PRINCE VON, Memorias, 4 vols., Boston, Little, Brown, 1931–32.

CHIROL, SIR VALENTINE, Cincuenta años en un mundo cambiante, Nueva York, Harcourt, 1928.

CHOATE, JOSEPH HODGES, Conferencias de las Dos Hayas, Universidad de Princeton. Prensa, 1913.

CURTI, MERLE,*Paz o guerra: la lucha estadounidense, 1636-1936, Nueva York, Norton, 1936.*

DAVIS, CALVÍN DE ARMOND,*Estados Unidos y la Primera Conferencia de Paz de La Haya, Cornell Univ. Prensa, 1962.*

DILLON, EJ, El eclipse de Rusia, Nueva York, Doran, 1918.

FISHER, JOHN ARBUTHNOT, LORD, Records, Londres, Hodder & Stoughton, 1919.

FISHER, JOHN ARBUTHNOT, SEÑOR, Teme a Dios y no temas: Correspondencia de Lord Fisher, ed. Arthur J. Marder, vol. 1, 1854–1904, Universidad de Harvard. Prensa, 1952; vol. 2, 1904–14, Londres, El Cabo, 1956.

FULLER, JFC, Armamento e Historia, Nueva York, Scribner's, 1945.

HENDRICK, BURTON J., La vida de Andrew Carnegie, 2 vols., Garden City, Doubleday, 1932.

HULL, WILLIAM I., Las Dos Conferencias de La Haya, Boston, Ginn, 1908.

JESSUP, PHILIP G., Elihu Root, 2 vols., Nueva York, Dodd, Mead, 1938.

LIMÓN, ERNESTO,*La Seconde Conférence de le Paix, París, 1908.*

MOWAT, ROBERT B., Vida de Lord Pauncefote, Boston, Houghton Mifflin, 1929.

NEF, JOHN J., Guerra y progreso humano, Universidad de Harvard. Prensa, 1950.

NOWAK, KARL FRIEDRICH, El camino de Alemania hacia la ruina, Nueva York, Macmillan, 1932.

PALMER, FREDERICK, Con mis propios ojos, Indianápolis, Bobbs Merrill, 1932.

PINSON, KOPPEL S., Alemania moderna, Nueva York, Macmillan, 1954.

SPENDER, JA, La vida de Sir Henry Campbell-Bannerman, 2 vols., Boston, Houghton Mifflin, 1924.

STEAD, WT, "Character Sketch: Lord Fisher", Review of Reviews, febrero de 1910.

*SUTTNER, BERTHA VON, Memorias, 2 vols., Boston, Ginn, 1910.

TATE, MERZE, La ilusión del desarme, Nueva York, Macmillan, 1942.

*Temps, Le, Informes del corresponsal especial en La Haya.

USHER, ROLAND, Pangermanismo, Boston, Houghton Mifflin, 1913.

*WHITE, ANDREW D., Autobiografía, 2 vols., Nueva York, Century, 1905.

*WHYTE, FREDERIC, Vida de WT Stead, Londres, El Cabo, 1925.

WITTE, CONDE SERGEI, Memorias, Nueva York, Doubleday, 1921.

WOLFF, THEODOR (editor del Berliner Tageblatt), La víspera de 1914, tr. EW Dickes, Nueva York, Knopf, 1936.

Como fuentes primarias de lo que se dijo y ocurrió en La Haya, utilicé los informes de los delegados a sus gobiernos contenidos en la Correspondencia del Ministerio de Asuntos Exteriores y en Grosse Politik; el relato en forma de diario de Andrew White en su Autobiografía y los informes del corresponsal especial de Le Temps. Escritos cuando los acontecimientos aún eran candentes, resultan una lectura más animada que las tediosas actas palabra por palabra, recopiladas y editadas posteriormente. (El corresponsal de Le Temps firmó X o, a veces, XX, lo que sugiere la posibilidad de que se tratara de dos personas diferentes. Las consultas a Le Monde, sucesor de Le Temps, y al archivero del Quai d'Orsay no lograron penetrar su anonimato.) A menos que se indique lo contrario. todas las citas de los delegados provienen de estas fuentes; Se dan referencias específicas sólo cuando parece importante. Todo el material relacionado con la baronesa von Suttner, incluidas las cartas de Nobel, procede de sus Memorias. Todas las citas de Roosevelt proceden de sus Cartas (véase el capítulo 3).

118“El zar con una rama de olivo”: Neue Freie Presse, q. Figaro, resumen de comentarios de prensa, 30 de agosto de 1898.

119“Sonará como una música hermosa” y otras citas de prensa en este párrafo: ibíd.; también The Times y Le Temps, resumen de comentarios de la prensa extranjera, misma fecha.

120Kipling: El poema se publicó por primera vez en Literature el 1 de octubre de 1898.

121“Un golpe de espada en el agua”: q. Figaro,

31 de agosto de 1898. “Nuestro futuro”: Nowak, 237.

122Liebknecht: Suitner, II, 198.

123Godkin, “espléndida convocatoria”: Evening Post, 29 de agosto de 1898.

124Olney sobre la derrota del Tratado de Arbitraje: Mowat, 171.

125Julien Benda: (ver cap. 4), 203.

126Cifras sobre la energía mecánica mundial: WS y ES Woytinsky, World Population and Production, Nueva York, 1953, 930, cuadro 394.

127“Navegamos con un cadáver”: q. Masur (ver capítulo 4), 237.

128Discurso de Salisbury en Guildhall: The Times, 10 de noviembre de 1897.

129El zar y las camareras de su madre: q. David Shub, Lenin, 72 años.

130Carta del zar a su madre: Cartas secretas del último zar, ed. EJ Bing, Nueva York, 1938, 131.

131Kuropatkin y la génesis de la Conferencia de Paz: Witte, 96–97; Informe del embajador alemán Radolin al canciller Hohenlohe, 13 de julio de 1899, GP, XV, núm. 4350; Dillon, conversación con Kuropatkin, 275–77.

132“Evitar que la gente invente cosas”: q. Blanco, II, 70.

133“Excepto al precio del suicidio”, y siguientes: Bloch, xxxi, lxii, 349, 355–56.

134Informe del embajador británico: Sir

Charles Scott a Salisbury, 25 de agosto de 1898, Cd. 9090.

135“Es el mayor disparate”: Warwick, 138.

136Reacciones diplomáticas: GP, XV, Nos. 4223, 4224, 4236, 4237, 4248, 4249; también Foreign Office, Plunkett de Bruselas, 11 de enero de 1899; Rumbold de Viena, 3 de febrero de 1899.

137Kaiser, “Idiota”: GP, XV, No. 4233.

138“A mi gente”: Pinson, 279; “Cuando tu Emperador lo ordene”: ibíd., 278; “Sólo hay un maestro”: ibíd.; “Yo y mis 25 cuerpos de ejército”: q. Bernadotte Schmitt, La llegada de la guerra, 1914, Nueva York, 1930, I, 29; “Aliado de mi Casa”: q. Quirol, 275.

139Príncipe de Gales, “qué diferente” y no tan absurdo: q. Blanco, II, 113–14.

140Kaiserin sobre el enfado de Kaiser: Bülow, I, 275; Eulenberg citado: ibídem. 241 Telegrama de Kaiser al zar y comentarios posteriores: GP, XV, núms. 4222, 4216, 4228, 4231.

141Muraviev le dijo a Eulenberg: ibíd., 4231.

142Kuno Francke retrató a Alemania: “Los ideales alemanes de hoy”, Atlantic Monthly, diciembre de 1905.

143Programa panalemán y “Queremos territorio”: Encyc. Brit., “Pangermanismo”.

144Almirante Dewey, sobre los malos modales alemanes: Palmer, 115.

145Hay, “A la mente alemana”: q. ALP Dennis, en SF Bemis, ed., American Secretarys of State,

IX, 124.

146“Cabezas de oveja”: Pinson, 278.

147“Ni siquiera el liberal más dócil”: Wolff, 310.

148“Llevar siempre un buen abrigo negro”: q. Pinson, 286.

149Bülow y las solapas: Nowak, 226.

150Explicación de Holstein e instrucciones de Bülow: GP, XV, núms. 4255, 4217, 4245–6-7.

151Resoluciones públicas: FO 83, 1699.

152Balfour, “Una visión optimista”: ibídem.

153Stead: Todo el material sobre Stead en estas páginas proviene de la biografía de Whyte con la excepción de la historia sobre Carlos II, que es de Esher, I, 229; la opinión del Príncipe de Gales sobre el Zar como “débil como el agua”, que es de Warwick, 136; y la queja rusa de estar “avergonzada”, transmitida por el embajador Sir Charles Scott, 14 de enero de 1899, FO 83, 1699.

154Henley, “el espíritu de batalla”: de “Rhymes and Rhythms”, No. XVI, publicado por primera vez en Poems, 1898.

155Nevinson: Cambios y posibilidades (ver capítulo 1), 130.

156Mahan, “no hay mayor desgracia”: q. Puleston (véase el capítulo 3), 171.

157“Asegurado de ciertas certezas”: TS Eliot, “The Waste Land”.

158Poema de Yeats: en su autobiografía, The Trembling of the Veil, 415.

159“Tribunal permanente” de la Cruzada por la Paz de Boston: Davis, 62 años.

160McKinley instó a nombrar a Eliot: ibíd., 68.

161Kaiser sobre Mahan, “Nuestro mayor enemigo”: GP, XV, n. a 4250.

162Burgués, “amable, elegante”: Zevaès (ver cap. 4), v. 141, 202; “barba fina cultivada”: Suárez (ver cap. 8), I, 420.

163“Renunciar a la guerra”: General Barail, q. Fígaro, 31 de agosto de 1898.

164Madame Adam, “Estoy a favor de la guerra”: Suttner, II, 233.

165“Golpeando el aire vacío”: q. Davis, 88 años.

166Folleto del barón Stengel: Drummond a FO, 6 de abril de 1899; Tate, 230, n. 44.

167“Nunca cedas”: Mowat, 300; “alma de honor”: ibíd., 295.

168“Cuando Peel perdió los estribos”: Birrell (véase el capítulo 7), pp. 126-27.

169Fisher: el material de estos tres párrafos proviene de la biografía de Bacon, excepto la última línea, "Así lo hice", que es de Fisher's Records, 55.

170La Haya durante la Conferencia: principalmente de informes del corresponsal de Le Temps, 10, 20, 24, 25 de mayo; Fígaro, 20 de mayo; Blanco, Mowat, Suttner. El autor visitó la Huis ten Bosch en 1963.

171“Error de una impresora”: q. Davis, 86 años.

172Beernaert “el mayor cínico”: Neal Ascherson, The King Incorporated, Londres, 1963, 142.

173Münster, “chusma política”: GP, XV, 4327.

174Diputados del Reichstag: The Times, 11 de mayo de 1899.

175Fisher, “¡humanizando la guerra!” et seq.: Stead, Review of Reviews, febrero de 1910, pág. 117.

176Hotel Kurhaus: Cartas, I, 142.

177Stead on Fisher: q. Tocino, I, 121.

178Se enteró del delegado naval alemán: ibid., 128, 177.

179“La más profunda seriedad”: q. Taylor (ver capítulo 3), 99.

180Fisher sobre el carbón neutro: Bacon, I, 128.

181Argumento del capitán Siegel: GP, XV, 4274.

182Discurso de Ardagh sobre dumdums: 14 de junio, FO 83, 1695.

183“El ángel del arbitraje”: q. Reinach (ver capítulo 4), V, 173, n. 2.

184La “horrible conciencia” de la sociedad: Hunter (ver capítulo 8), 30.

185Historia de D'Estournelles sobre Jaurès: White, 300.

186Kaiser, “todo este engaño”: GP, XV, 4276.

187Esfuerzos para persuadir a Alemania sobre el arbitraje: White, II, 265–313. Memorando Pauncefote, 19 de junio, FO 83, 1695, y otros

informes en FO 83, 1700; GP, XV, 4276, 4280, 4284, 4317, 4320, 4349.

188El disgusto de Kaiser, “consentí…”: GP, XV, 4320.

189“Celo casi macabro”: Le Temps, editorial, 27 de julio.

190Mahan bloquea el arbitraje: Puleston (ver capítulo 3), 211; Blanco, 338–41.

191Como si fuera la mano de Dios: Clynes (ver Capítulo 7), 98; “Con una especie de escalofrío”: M. Radziwill, Letters (ver capítulo 4), 2 de enero de 1900, pág. 237.

192Kaiser a Fritz Krupp: de los archivos de Krupp, q. William Manchester, “The House of Krupp”, Holiday, diciembre de 1964, pág. 110.

193Trescientos hombres “todos conocidos”: q. Kessler (ver capítulo 8), 121.

194“Luego, en 1900”, escribió Yeats: Introducción al Oxford Book of Modern Verse.

195Henry Adams esperando una bomba: Educación, 494–95.

196Exposición: l'Ilustración y Le Monde Illustré, pasando por el verano; Outlook, 8 de septiembre, 10 de noviembre de 1900, 5 de enero de 1901; Harper's Monthly, septiembre de 1900; Blackwood's, julio de 1900; Nación, 28 de junio de 1900.

197“Parecía simplemente una cuestión de décadas”: Zweig (ver cap. 6), 3.

198Balfour deseaba nombrar profesor a Mahan Regius: Magnus, Eduardo VII, 306.

199Jusserand y Philander Knox sobre Roosevelt: Jules Jusserand, What Me Befell, Boston, 1934, 241; Sullivan (ver Capítulo 3), II, 438 n.

200La visita de Roosevelt a Eliot: James, Eliot (ver capítulo 3), II, 159.

201Roosevelt, “teoría tonta”: a Spring-Rice, 21 de diciembre de 1907, VI, 871; “debilitamiento del espíritu de lucha”: ibíd.; “Aborrezco a los hombres como Hale: a Speck von Sternberg, 16 de julio de 1907, V, 721; “Ablandamiento general de la fibra”: a White-law Reid, 11 de septiembre de 1905, V, 19.

202Kaiser, “¡Ese es mi hombre!”: Bülow, I, 658.

203Visita de D'Estournelles a Roosevelt: Suttner, II, 390–91.

204Hay, “Lo tengo todo arreglado”: Tyler Dennett, John Hay, Nueva York, 1933, 346.

205Fisher propone “Copenhague” la flota alemana: Bacon, II, 74–75.

206“¡Ach, ese maldito Reichstag!”: Bülow, II, 36–37.

207La insinuación del zar transmitida a Washington: Roosevelt a Carl Schurz, 15 de septiembre de 1905, V, 30-31. La carta a Root, 14 de septiembre de 1905, V, 26.

208C.-B., “tan directo, tan de buen carácter”: Lee (ver cap. 1), II, 442.

209C.-B., “What nobler role”: en Albert Hall, 21 de diciembre de 1905, Spender, II, 208.

210Condenable, dominante y dictatorial: Bacon, I, 207.

211Izvolsky, “una locura de judíos”: GP, XXIII, 7879.

212C.-B., “¡Viva la Duma!”: C.-B. pronunció el discurso en francés, Spender, II, 264.

213Kaiser esperaba que la Conferencia “no se llevara a cabo”: GP, XXIII, 7815. Sobre la visita del Rey Eduardo: ibid.; también 7823, 7825–26.

214“Alerta, agresivo, militar”: a Oscar Straus, 27 de febrero de 1906, V, 168.

215“Extremo sensiblero”: a Reid, 7 de agosto de 1906, V, 348; hable con el conde Gleichen: Lee, II, 437. Otro visitante que encontró las comodidades estadounidenses poco satisfactorias fue el conde Witte. Durante su misión a la Conferencia de Paz de Portsmouth, dijo que la única comida decente que había tenido en Estados Unidos fue a bordo del yate de Morgan (Witte, 169).

216Marina “más potente para la paz”: 22 de septiembre de 1906, V, 421.

217Carnegie acordó donar el Palacio de la Paz: Hendrick, II, 164.

218Root, “fallas en los pasos necesarios”: Jessup, II, 70.

219Primer número de La Nación: 2 de marzo de 1907.

220“Supongo que lo apoyará”: Lee, II, 467.

221Sir Edward Gray y todos los demás intercambios diplomáticos: Nevins (véase el capítulo 1), 249, 252, 258–59; Casco, 49–50; Estados Unidos, Scott, vol. II; GP, XXIII, 7750,

7869, 7927, 7986.

222La visita de Carnegie a Kaiser: Hend Rick. II, 299–318.

223Mahan, “preposesión de la mente pública”: Puleston (ver Capítulo 3), 270, 280.

224Los oficiales alemanes brindaron por “El Día”: Usher, 1.

225Un inglés visitante en un balneario cerca de Bayreuth: Buchan (ver capítulo 1), 55.

226Root, “tendencia a la guerra”: Jessup, II, 25.

227Landsowne sobre las pensiones de vejez: The Times, 21 de julio de 1908.

228Marqués de Soveral: Warwick, Discreciones, 20; también F. Ponsonby, 216 (ambos capítulo 1).

229“Un malditamente buen tipo”: q. Mowat, 297.

230Apariencia y hábitos del barón Marschall: Gardiner, Pillars (véase el capítulo 1), 160–68; Barclay (ver Cap. 4), 281. Sus opiniones de los delegados: a Bülow, 28 de julio de 1907, GP, XXIII, 7961.

231Carta de Austin a The Times: 17 de octubre de 1907.

232Domela Nieuwenhuis: Adán, 655.

233Discurso y comentarios de Fry: Hull, 72–74; Blanco, II, 291.

234Actas de la Conferencia: Scott, I, 110, et seq. Informe del barón Marschall a Bülow, GP, XXIII, 7963; Las instrucciones de Grey sobre la

limitación de la “responsabilidad potencial” se encuentran en el número 11 de la correspondencia de FO, Cd. 3857.

235Roosevelt, “No he seguido”: 2 de julio de 1907, V, 700; “Totalmente disgustado”: 16 de julio de 1907, V, 720–21.

236“Estados orientales decadentes”: MW Hazeltine, “The Second Peace Conference”, North American Review, noviembre de 1907.

237“¿Fue una Conferencia de Paz?”: q. Choate, 40 años.

238“Gradual, vacilante, delicado”: Choate, 22 años.

Bibliografía

ALDRICH, RICHARD (crítico musical del New York Times para este período), Concert Life in New York, 1902–23, Nueva York, Putnam's, 1941.

BAUMONT, MAURICE,*L'Affaire Eulenberg et les Origines de la guerre mondiale, París, Payot, 1933.*

BEECHAM, SIR THOMAS, A Mingled Chime, Nueva York, Putnam's, 1943.

——, Frederick Delius, Nueva York, Knopf, 1960.

BERTAUX, FÉLIX,*Un panorama de la literatura alemana, 1871-1931, tr., Nueva York, Whittlesey, 1935.*

BIGELOW, POULTNEY, Memorias prusianas, 1864–1914, Nueva York, Putnam's, 1915.

BRANDES, GEORG, Friedrich Nietzsche, Nueva York, Macmillan, sf

CLADEL, JUDITH, Rodin, Nueva York, Harcourt, 1937.

*DEL MAR, NORMAN, Richard Strauss, Nueva York, Free Press of Glencoe, 1962.

DUKES, ASHLEY, Dramaturgos modernos, Chicago, Sergel, 1912.

EKMAN, KARL, Lean Sibelius, Nueva York, Knopf, 1938.

FINCK, HENRY T., Grieg y su música, Londres, John Lane, 1909.

*——, Richard Strauss, Boston, Little, Brown, 1917.

——, Éxito en la música, Nueva York, Scribner's,

1909.

GILMAN, LAWRENCE,*Naturaleza en la música y otros estudios, Londres, John Lane, 1914.*

GOOCH, GP, Alemania, Nueva York, Scribner's, 1925.

GRIGORIEV, SL (director de escena de Diaghilev), The Diaghilev Ballet, 1909–29, Londres, Penguin Ed., 1960.

HAMBURGUESA, ver Hofmannsthal.

HASKELL, ARNOLD L. (director del Covent Garden Royal Ballet), Diagileff, Nueva York, Simon & Schuster, 1935.

HELFFERICH, KARL,*Progreso económico y riqueza nacional de Alemania, 1888-1913, Berlín, Stilke, 1913.*

HOFMANNSTHAL, HUGO VON, Obras seleccionadas y libretos, ed. Michael Hamburger, Nueva York, Bollingen-Pantheon, 1963.

HUNEKER, JAMES, Overtones, Nueva York, Scribner's, 1904.

JEFFERSON, ALAN,*Las óperas de Richard Strauss en Gran Bretaña, Londres, Putnam's, 1963.*

KARSAVINA, TAMARA, Theatre Street, Londres, Constable, 1948.

KESSLER, CONDE HARRY, Walter Rathenau, Londres, Howe, 1929.

KOHN, HANS, La mente de Alemania, Nueva York, Scribner's, 1960.

LAWTON, MARY, Schumann-Heink, Nueva York, Macmillan, 1928.

LEHMANN, LOTTE, Five Operas y Richard Strauss, Nueva York, Macmillan, 1964.

LOWIE, ROBERT HARRY, Hacia la comprensión de

Alemania, Univ. de Chicago Press, 1954.

MAYO, ARTHUR J., La Monarquía de los Habsburgo, Universidad de Harvard. Prensa, 1951.

MILLER, ANNA IRENE,*El teatro independiente en Europa, desde 1887 hasta el presente, Nueva York, Long & Smith, 1931*.

NEMIROVITCH -DANTCHENKO, VLADIMIR, Mi vida en el teatro ruso, Boston, Little, Brown, 1936.

NEWMAN, ERNEST, Richard Strauss, Londres, John Lane, 1908. (Con una valiosa memoria de Alfred Kalisch.)

NIJINSKY, ROMOLA, Nijinsky, Nueva York, Simon & Schuster, 1934.

POLARDO, PERCIVAL,*Máscaras y juglares de la Nueva Alemania, Boston, Luce, 1911*.

*ROLLAND, ROMANO,*Correspondencia; Fragments de Journal (Nº 3 en Cahiers Romain Rolland), París, Albin Michel, 1951*.

——, "Souvenirs sur Richard Strauss", en Les Œuvres Libres, Nouv. Serie, No. 27, París, 1948. (Gran parte de este material duplicado en Correspondance and Journal y partes de ambos aparecen en Rolland's Musicians of Today, Nueva York, Holt, 1914.)

ROSENFELD, PAUL, Retratos musicales, Nueva York, Harcourt, 1920.

——, Descubrimientos de un crítico musical, Nueva York, Harcourt, 1936.

SCHOENBERNER, FRANZ,*Confesiones de un intelectual europeo, Nueva York, Macmillan, 1946*.

SHAW, GEORGE BERNARD, The Sanity of Art (publicado originalmente en 1895), Nueva York,

Boni, 1907.

SHAW, STANLEY, Guillermo de Alemania, Nueva York, Macmillan, 1913.

SOKOLOVA, LYDIA, Bailando para Diaghilev, Nueva York, Macmillan, 1961.

SPEYER, EDWARD, Mi vida y mis amigos, Londres, Cobden-Sanderson, 1937.

*STRAUSS, RICHARD y HOFMANNSTHAL, HUGO VON, tr., Correspondence, Londres, Collins, 1961.

STRAVINSKY, IGOR, Autobiografía, Nueva York, Simon & Schuster, 1936.

TERRY, ELLEN, Ballet Ruso, Londres, Sidgwick, 1913.

THOMAS, ROSE FAY, Memorias de Theodore Thomas, Nueva York, Moffat, Yard, 1911.

THOMPSON, OSCAR, Debussy, Hombre y artista, Nueva York, Dodd, Mead, 1937.

TOVEY, DONALD FRANCIS, A Musician Talks, 2 vols., Universidad de Oxford. Prensa, 1941.

VAN VECHTEN, CARL, “El secreto del ballet ruso” e “Igor Stravinsky: un nuevo compositor”, en Música después de la Gran Guerra y otros estudios, Nueva York, Schirmer, 1915.

WERFEL, ALMA MAHLER, Y el puente es amor, Nueva York, Harcourt, 1958.

WOOD, SIR HENRY, My Life of Music, Londres, Gollancz, 1938.

WYLIE, IAR, Los alemanes, Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1911.

*ZWEIG, STEFAN, Mundo de Ayer, Nueva York, Viking, 1943.

Todos los datos biográficos sobre Strauss no identificados de otra manera y todos los comentarios citados sobre él por críticos y musicólogos alemanes son de Finck. Se dan referencias separadas a comentarios o anécdotas de Rolland, Beecham, Newman, Mme Mahler (Werfel), Speyer, Stravinsky y otros cuyas obras se enumeran anteriormente sólo cuando la fuente no es obvia. Afortunadamente, la celebración por parte de las principales orquestas del centenario de Strauss en 1964, año en el que se escribió este capítulo, me permitió escuchar todas sus obras principales en el espacio de varios meses. Muchas de las notas del programa de estos conciertos, aunque efímeras y por tanto no incluidas en la Bibliografía, fueron útiles.

1“Tiemblen mientras escuchan”: Rolland, Journal, 125.

2La vida musical de Frankfurt: Speyer, 79 años.

3Bayreuth: Stravinsky, 60; Beecham, 55 años; Ekman, 125.

4Las sombras de la tarde cayeron tres veces: Diccionario de música de Grove, "Programa de música".

5“Oh, sólo son imitadores”: q. Espira, 143.

6“Stop Hanslick”: Werner Wolff, Anton Bruckner, Nueva York, 1942, 103.

7“Tan joven, tan moderno”: q. Biografía actual, 1944, “Strauss”.

8“Horror positivo de sus compatriotas”: Brandes, 113.

9Rodin sobre Nietzsche: Anne Leslie, Rodin, Nueva York, 1937, 200.

10“Demasiada música en Alemania”: Recuerdos, 232–33.

11El caballo de Brunhilde: Haskell, 156.

12Philip Ernst: biografía actual. 1942, “Max Ernst”.

13Alemanes del norte y del sur: Wylie, 29–38.

14Max Liebermann sobre estatuas: Frederic William Wile, Men Around the Kaiser, Filadelfia, 1913, 168.

15Factura de la casera de Berlín: Zweig, 113.

dieciséis“Extremadamente tosco”: Chirol (ver cap. 5), 266.

17Mujeres de Berlín: Wylie, 192–93.

18Siete comidas al día: por improbable que sea, este fue el informe del embajador estadounidense, James W. Gerard, My Four Years in Germany, Nueva York, 1917, 56.

19Número de estudiantes universitarios en Prusia: Charles Singer, el al., A History of Technology, Oxford Univ. Prensa, 1958, V, 787–88.

20El circo de Barnum y Bailey: Dexter Fellows, This Way ta the Big Show, Nueva York, 1936, 22; HL Watkins, Barnum and Bailey in the Old World, 1897–1901, 45. (Estoy en deuda por estas referencias con la señora Janise Shea).

21Kaiser en el Teatro de Arte de Moscú: Nemirovitch-Dantchenko. El material de este y de los cuatro párrafos siguientes procede

principalmente del capítulo “El káiser y las artes” del libro de Stanley Shaw. El premio para Wildenbruch es de Lowie, de 41 años; los eruditos de Rodas de las Cartas de Cecil Spring-Rice, II, 119; la aventura con Peer Gynt de Grieg de Finck, 145–46.

22“Bismarck se ha roto”: q. Kohn, 187–88.

23La entrevista de Strauss con el Kaiser fue contada a Rolland, q. Del Mar, 280–81.

24Strauss se compromete: ibíd., 121-22.

25Frau Strauss, carácter y hábitos: Lehmann, caps. 2 y 3.

26“Gritando como el infierno”: Del Mar, 182.

27Brindis en casa de los Speyer: Wood, 216.

28“Jetzt gehst componieren”: q. William Leon Smyser, en El nuevo libro de los compositores modernos, ed. David Ewen, Nueva York, 1961, 396. “Deja ese lápiz”: q. F. Zweig, Stefan Zweig, Nueva York, 1946, 103.

29“El neroísmo está en el aire”: Journal, 22 de enero de 1898, pág. 118.

30“Arbeitsmann” como himno socialista: Pinson (ver cap. 5), 262.

31Hizo que los críticos pagaran por los asientos: Huneker, en NYT, 24 de noviembre de 1912.

32Debussy, “Si la gente insiste”: Thompson, 183.

33Sibelius, “Pon el disco otra vez”: Contado por William Golding, q. Maurice Dolbier, en New York Herald Tribune, 21 de abril de 1964.

34Debussy sobre Strauss: Thompson, 182–83.

35Strauss sobre Debussy: Caesar Searchinger, “Richard Strauss As I Knew Him”, Saturday Review of Literature, 29 de octubre de 1949.

36Banda de sargentos y gitanos: Mount (ver cap. 1), 217.

37Thomas, “el músico más grande”: Thomas, 502.

38“Grande, amplio, amplio y simple”: Charles Moore, The Life and Times of Charles Follen McKim, Boston, 1929, 85.

39Casa de Tiffany: Werfel, 47–48.

40“Un día en mi vida familiar”: Gilman, Harper's Weekly, 9 de marzo de 1907.

41“Todos los elefantes sagrados de la India”: Beecham, Delius, 129.

42Grieg a Delius: ibíd., 129.

43“Falta de cortesía” en Estrasburgo: Rolland, 213.

44“Púrpura de Tiro y plata cansada”: Wilde a Frances Forbes Robertson, 23 de febrero de 1893, Cartas (ver capítulo 1), 333.

45Salomé denunciada por The Times: q. ibíd., 335 n.

46Dibujos de Beardsley: ibíd., 344, n. 3.

47“Ver la vida como feroz y siniestra”: a AC Benson, 29 de junio de 1896, Henry James: Letters to AC Benson, Londres, 1930, 35.

48“Un torrente de sexo”: Horace B. Samuel, Modernities, Londres, 1914, 135.

49Estrella de Belén: Del Mar, 281.

50Sombreros de Kaiserin: Mary Ethel McAuley, Alemania en tiempos de guerra, Chicago, 1917, 183; cama doble: Palmer (ver Cap. 5), 222; cancelado Feuersnot: Del Mar, 236.

51Kaiser sobre la respuesta de Salomé y Strauss: Del Mar, 281.

52Salomé en Nueva York: Outlook, 9 de febrero de 1907; Gilman, Harper's Weekly, 9 de febrero de 1907; Aldrich, 172–79.

53Salomé en Londres: Beecham, 161, 168–73.

54Von Hofmannsthal: Zweig, 46–48; Hamburguesa, xxvii; Bertaux, 95 años.

55"Capua de la mente": Bertaux, 92.

56 *"Es gibt nur eine Kaiserstadt": mayo, 309.*

57"Afablemente tolerante" y Francisco José nunca leyó un libro: Zweig, 19, 21.

58Roosevelt sobre el "caballero austriaco": q. Wharton (ver capítulo 1), 277.

59Karl Luger: Zweig, 105; Mayo, 311.

60Notas de Hofmannsthal sobre temas griegos: Hamburger, xxxii. La suposición común de que Elektra de Hofmannsthal fue influenciada por Freud es una conclusión histórica de la que no hay evidencia. Ernest Jones, biógrafo de Freud, señala (Freud, I, 360 y II, 8) que la publicación de La interpretación de los sueños en noviembre de 1899 no despertó ningún interés en los círculos intelectuales vieneses. Aunque Hofmannsthal poseía una copia, no hay pruebas de cuándo la adquirió y su correspondencia no habla de ello. Hamburguesa, xxxiii.

61“Cumbre de la fama contemporánea”: Dukes, 68.

62Asunto Eulenberg: Baumont; Wolff (ver Capítulo 5).

63Muerte de Hulsen-Haeseler: Zedlitz-Trutzschler, Robert, Graf von. Doce años en la Corte Imperial Alemana, Nueva York, 1924. El episodio se comenta en todas las biografías del Kaiser.

64Académicos de Rodas: Spring-Rice, II, 119.

sesenta y cincoProfesor Simmel: Schoenberner, 55–56.

66Centenario de la Universidad de Berlín: ibíd., 58.

67Los ingresos de Strauss en 1908: Finck, Success in Music, 14.

68Ensayos de Elektra: Schumann Heink (Lawton, 322–25). Según esta versión, Strauss dijo: "Todavía no puedo escuchar la voz de Heink", queriendo decir, presumiblemente, que se estaba dirigiendo a su "¡Más fuerte!" a ella. Finck, en cambio, que dice haber obtenido la historia directamente de la propia Schumann-Heink, lo da al revés, y su versión es la que generalmente se repite. Para el presente autor, es un enigma por qué Strauss habría querido ahogar la voz del cantante en una parte que él mismo había compuesto, pero como no soy el primero en encontrar sus acciones ocasionalmente desconcertantes, he dado la versión aceptada de la incidente.

69Estreno de Elektra: Arthur Abell, en Musical

Courier, 17 de febrero de 1909; Artículo de Hermann Bahr, q. Rosenfeld, Descubrimientos, 141–42.

70Elektra en Londres: Finck, 252–53; Beecham, 147; Jefferson, 22; GBS en la Nación, 19 de marzo de 1910.

71Explicación de Strauss para la mujer Octaviano: Lehmann, cap. 2.

72Condesa de Noailles, “algo nuevo”: q. Haskel, 184.

73Rodin, “escultura clásica”: q. Albert E. Elsen, Rodin, Nueva York, Museo de Arte Moderno, 1964.

74“Un aumento de sentimientos” sobre el triunfo de Blériot: Zweig, 196.

75Descripciones citadas de Rubinstein, Pavlova, Karsavina: Haskell, 188.

76Bakst saltó sobre una silla: Grigoriev, 39 años.

77Schéhérazade: Terry, 41–44.

78Karsavina, vicio “con verosimilitud”: Van Vechten, 81.

79Estreno de Firebird: A menos que se indique lo contrario, Stravinsky es la fuente de esta y otras representaciones de sus obras para el Ballet.

80“Era emocionante estar vivo” y “noche tras noche en trance”: Leonard Woolf, Beginning Again, Nueva York, 1963–64, 37.

81Estreno de Fauno: Nijinsky, 172–74; Cladel, 218–21; Le Gaulois, 30 de mayo; Le Temps, 31

de mayo; Fígaro, 29 al 31 de mayo; Literatura actual, agosto de 1912, “El fauno que ha asustado a París”.

82Incidente en Viena: Nijinsky, 194–95.

83Kaiser sobre Cleopatra: Stravinsky, 67.

84Estreno de Sacre: Stravinsky, 72; Nijinsky, 202; Fígaro, 31 de mayo; Le Temps, 3 de junio; Le Gaulois, 1 de junio de 1913; Van Vechten (qv) fue el estadounidense que recibió el golpe en la cabeza.

85Kessler, “una precisión demasiado escrupulosa”: q. Iluminado. Compendio, 20 de junio de 1914.

86Libro del Príncipe Heredero: q. Los tiempos. 1 de mayo de 1913.

87“Muss-Preussen”: Ford (véase el capítulo 1), 402–3.

88“Festal Song” de Rathenau: Zukunft, 26 de octubre de 1912, 128–36. El poema estaba firmado "Herwart Raventhal".

89Zabern, “finis Germaniae” y “¡Sigue así!” (Immer feste darauf!): Wolff (véase el capítulo 5), 341–44. J. Kaestlé, l'Affaire de Saverne, Estrasburgo, sf, y Charles D. Hazen, Alsace-Lorraine Under German Rule, Nueva York, 1917, ofrecen relatos completos del asunto Zabern.

90Gilman en enero: North American Review, enero de 1914.

91Temporada de ballet en Londres de 1914: Registro anual, Parte II, 73.

92Noche de la actuación en Drury Lane:

Siegfried Sassoon, The Weald of Youth, 245.

93Strauss en Oxford: The Times, 25 de junio de 1914.

7. Transferencia de poder

Bibliografía
(además de los enumerados en el Capítulo 1)

BIRKENHEAD, CONDE DE, Personalidades contemporáneas, Londres, Cassell, 1924.

BIRKENHEAD, SEGUNDO CONDE DE, FE, Conde de Birkenhead, por su hijo, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1960.

BIRRELL, AUGUSTINE, Things Past Redress, Londres, Faber, 1937.

BROCKWAY, FENNER, Dentro de la izquierda, Londres, Allen & Unwin, 1942.

BRYCE, JAMES, VISCOUNT, Los obstáculos para la buena ciudadanía (Conferencias de Yale), Universidad de Yale. Prensa, 1909.

CLYNES, JOHN ROBERT, Memorias, vol. Yo, Londres, Hutchinson, 1937.

FULFORD, ROGER, Votos para las mujeres, Londres, Faber, 1957.

GARDINER, AG, Retratos y portentos, Nueva York, Harper, 1926.

HEARNSHAW, FJC, ed., Inglaterra eduardiana, 1901–10, Londres, Benn, 1933.

HOBSON, JOHN ATKINSON, El problema social, Londres, Nisbet, 1901.

HUGHES, EMRYS, Keir Hardie, Londres, Allen &

Unwin, 1956.

HYNDMAN, HENRY M., El registro de una vida aventurera, Nueva York, Macmillan, 1911.

JENKINS, ROY, Caniche del Sr. Balfour, Londres, Heinemann, 1954.

JONES, THOMAS, Lloyd George, Universidad de Harvard. Prensa, 1951.

*MASTERMAN, CFG, La condición de Inglaterra, Londres, Methuen, 1909.

MASTERMAN, LUCY, CFG Masterman: Una biografía, Londres, Nicholson, 1939.

*MENDELSSOHN, PETER DE, La era de Churchill, 1874–1911, Londres, Thames & Hudson, 1961.

NICOLSON, HAROLD, Rey Jorge Quinto, Londres, Constable, 1952.

NOWELL -SMITH, SIMON, ed., Inglaterra eduardiana, 1901–14, Universidad de Oxford. Prensa, 1964.

PANKHURST, E. SYLVIA, The Suffragette, Nueva York, Sturgis, 1911.

——, The Suffragette Movement (reedición), Londres, Longmans, 1932.

PAPA -HENNESSY, JAMES,*Lord Crewe: La semejanza de un liberal, Londres, Constable, 1955.*

SAMUEL, HERBERT, Grooves of Change (título en inglés: Memoirs), Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1946.

——, Liberalismo, Londres, Richards, 1902.

SOMERVELL, DC, El reinado de Jorge Quinto, Nueva York, Harcourt, 1935.

SPENDER, JA, Vida de HH Asquith, 2 vols., Londres, Hutchinson, 1932.

TROTTER, WILFRED, Instincts of the Herd in Peace and War, Londres, Allen & Unwin, 1916 (también Oxford Univ. Press, 1953, con prólogo de FMR Walshe).

ULLSWATER, VIZCONDE (JAMES LOWTHER), Comentarios de un orador, 2 vols., Londres, Arnold, 1925.

WALLAS, GRAHAM, Human Nature in Politics, Boston, Houghton Mifflin, 1909 (también 3.ª ed., Nueva York, Knopf, 1921).

WEBB, BEATRICE, Nuestra asociación, Londres, Longmans, 1948.

WELLS, HG, Experimento en autobiografía, Nueva York, Macmillan, 1934.

WILLIAMS, SEÑORA. HWFA (FLORENCIA), Fue muy divertido, Londres, Hutchinson, 1935.

Notas

(Para todas las fuentes no mencionadas anteriormente, consulte el Capítulo 1)

1Esclavitud china: Lyttelton, 320–21; Papa-Hennessy, 69; Wallas, 127; Hearnshaw, 94.

2Prensa amarilla: la frase se usaba en Inglaterra en ese momento: Lucy Master-man, 216.

3“Alivio al aire libre para la aristocracia”: q. Cecil, I, 167.

4Ley de Educación, “mayor traición”: q. Adams, 123.

5Economista, una cuestión de £.sd: q. Adams, 103.

6Un grifo de agua y un retrete: este y otros

datos posteriores sobre las condiciones de vida de los pobres pertenecen al capítulo “Vida doméstica”, de Marghanita Laski, en Nowell-Smith.

7Trabajo subcontratado en la Guayana Británica: Alfred Lyttelton, hablando en la Cámara de los Comunes el 21 de marzo de 1904, demostró que estos contratos, negociados bajo Gladstone y Rosebery, tenían una duración más larga (cinco años frente a tres) y condiciones más severas que los sudafricanos. contratos. (Hansard, serie IV, v. 132, 283 y sigs.).

8Gritos de “¡Rata!”: Mackintosh, 222.

9Balfour sobre la cuestión arancelaria: Fitzroy, I, 191, 220; Spender, C.-B., II, 102.

10Cust citado: Sir Ronald Storrs, Memorias, 37.

11“No salir del cargo”: Young, 232.

12“En la pobreza crónica”: Hobson, 12 años.

13Condiciones en Shawfield Chemical Works: Hughes, 91.

14Llevado a un día de cárcel: Gompers (véase el capítulo 8), 29-30.

15El ejército redujo la altura mínima: Nowell-Smith, 181.

dieciséisWells lo describió: Autobiografía, 550.

17A y B: Lord Beveridge, Poder e influencia, 66–67.

18William Morris, “gradualmente permeando”: Hunter (ver capítulo 8), 97.

19Beatrice Webb pensó en casarse con

Chamberlain: Margaret Cole, Beatrice Webb, Nueva York, 1946, 21.

20“No pude seguir”: q. Hesketh Pearson, Shaw, 68 años; “Una clase esclava”: Hyndman, 397.

21Hyndman, un socialista por despecho: White (ver capítulo 5), I, 98.

22Clemenceau, “una clase burguesa”: q. Hyndman, 300.

23“Las verdades eternas lo irritan”: Hunter, 120.

24Keir Hardie: Hughes, paso; Brockway, 17-18.

25“Bestias bien alimentadas” y “Todos los días en Rotten Row”: Hunter, 230.

26“Necesidad religiosa” y huelgas como “salida”: Clynes, 83, 85.

27“Si Arde con 80.000 hombres”: q. Webb, 23 años.

28Objetivos declarados del ILP: Hughes, 66–67.

29“El funeral más costoso” y citado por Garvin: Hughes, 76 años.

30Fabianos, “no en nuestra línea”: Edward Pease, q. Halévy, V, 263, n. 2.

31“Imperfecciones del orden social”: 23 de agosto de 1902.

32"Señor. Balfour, volviendo de cenar”: corresponsal parlamentario del Daily News, q. Hughes, 113.

33Pacto secreto MacDonald-Gladstone: Mendelssohn, 322.

34“Sigue el camino conservador”: Hughes, 69 años.

35“Horrible anormalidad”: Willoughby de Broke, 249.

36Burns felicita a C.-B.: Webb, 325; recuerda Grey: q. Lucy Masterman, 112.

37Balfour y Weizmann: Dugdale, I, cap. 19; Chaim Weizmann, Ensayo y error, Nueva York, 1949, cap. 8.

38Friend lo vio “seriamente molesto”: Newton, Retrospection, 146–47.

39Cartas de Balfour sobre los resultados electorales: Carta a Knollys, q. en su totalidad en Lee, II, 449; otros en Esher, II, 136; Joven, 255.

40“Como un segundo lacayo”: Dugdale, II, 49.

41Blatchford predijo: q. The Times, 19 de enero de 1906.

42“¡Nunca digas nada inteligente!”: Marsh, 150 años.

43Categorías de nuevos diputados: Jenkins, 7.

44Pocos con “vestimenta poco convencional”: Newton, Retrospection, 149; Malos modales de los miembros irlandeses: ibíd., 99.

45C.-B. impermeable al encanto de Balfour: Birrell, 243.

46“Inglaterra se basa en el comercio”: q. Gardiner, Profetas, 136.

47“Trae el mazo”: Gardiner, Prophets, 54.

48Invitó a cenar a su propia esposa: Blunt, II, 300.

49“Sin egoísmo, sin vanidad”: q. Gardiner, Pilares, 122.

50Churchill motivado por la Sra. Everest: Roving Commission, 73. Todas las declaraciones posteriores de Churchill, a menos que se indique lo contrario, son de Mendelssohn.

51FE Smith: Gardiner, Pilares, 95–103; Retratos, 122–28.

52Salisbury sobre el próximo choque entre los Lores y los Comunes: Margot Asquith, 157; HH Asquith, Cincuenta años, I, 174.

53Los conservadores "aún deberían controlar": The Times, 16 de enero de 1906.

54Balfour advierte a Lansdowne: Newton, Lansdowne, 354.

55"Algo sucederá": en Llanelly, 29 de septiembre de 1906, Lee, II, 456.

56Curzon "tan infinitamente superior": Newton, Retrospection, 161.

57Loreburn: Willoughby de Broke, 260; Curzon, Temas del día, 228.

58Rosebery, "ojo como un pez": F. Ponsonby, 382.

59Churchill, en Nation: 9 de marzo de 1907.

60Balfour sobre la "calificación hereditaria": q. Joven, 266.

61"Rastrillo" y "caniche": estas frases adornaron el debate sobre el rechazo de los Lores al proyecto de ley de licencias, 24 de junio de 1907.

62Morley recordó que Gladstone dijo: q. Esher, II, 303.

63Los “hombres del bosque” se reúnen en Lansdowne House: Willoughby de Broke, 246–47.

64Churchill “completamente furioso”: Lucy Masterman, 114.

sesenta y cincoVíctor Grayson: Brockway, 24-25; Halévy, VI, 105.

66La propuesta de Kaiser para salvar a Inglaterra: Blunt, II, 210.

67El rey Eduardo sobre los “tiempos difíciles”: q. Magno, 417.

68Psicosis de invasión: IF Clark, “The Shape of Wars to Come”, History Today, febrero de 1965.

69Henry James, chimeneas: 8 de enero de 1909, Letters, ed. Percy Lubbock, Nueva York, 1920, II, 121.

70Sufragistas: además de Pankhurst y Fulford, la lista de agresiones de sufragistas se encuentra más convenientemente en volúmenes sucesivos del Registro Anual. La reunión de Albert Hall está citada de Nevinson, More Changes, 321–25, al igual que “¡Esos bípedos!”: 306.

71Un pesimismo creciente: Masterman, 84, 120, 289; Bryce, 15, 39, 228; Hobson y Hobhouse, q. CH Driver, “Ideas políticas”, en Hearnshaw; Trotter describió: DNB; citado: 47; Wallas describió: Wells, 509, 511; Cole, 222; citado: 284–85.

72“Cascaras e incómodo”: DNB, Lowther.

73“Todos pensábamos que papá moriría”:

Cooper, 11 años.

74El discurso de Limehouse: 30 de julio de 1909. El descontento del rey se expresó en una carta a Lord Crewe, q. en su totalidad, Pope-Hennessy, 72–73. Otras reacciones y comentarios principalmente del Registro Anual. Discurso de Rosebery en Glasgow en Crewe, 511–12; El poema de Kipling apareció en el Morning Post del 28 de junio de 1909, y sólo una vez desde entonces, en la edición definitiva de su Verse, Londres, Hodder & Stoughton, 1940. “Discursos tontos y mezquinos”: q. Magno, 431.

75“Ahora King, has ganado el Derby”: Fitzroy, I, 379.

76Balfour y Salisbury sobre el proyecto de ley de finanzas: Dugdale, II, 56; Registro anual, 1909, 118.

77ff. Los Lores debaten el Presupuesto, etc.: Como a los ingleses nada les gusta tanto como una crisis política, la literatura sobre la crisis del Proyecto de Ley de Presupuesto y Parlamento es tan extensa que no se puede pasar por alto, ni siquiera evitar. En la reciente publicación de Churchill As I Knew Him, de Lady Violet Bonham-Carter, hija de Asquith, esto todavía continúa. Cada biografía o autobiografía de las principales figuras involucradas y cada memoria política del período lo analizan, siendo las principales fuentes: Lansdowne de Newton, Balfour de Young, Asquith de Spender, Eduardo VII de Lee, Jorge V de Nicolson, Halsbury de Wilson-

Fox, Crewe de Pope-Hennessy. , Curzon de Ronaldshay, Rosebery de Crewe, Memorias de Willoughby de Broke y el libro de Roy Jenkins sobre todo el asunto, Mr. Balfour's Poodle. Los principales debates parlamentarios fueron citados íntegramente en The Times y palabra por palabra en Hansard, y las grandes escenas fueron descritas extensa y detalladamente en la prensa diaria y periódica. Por lo tanto, para el material de las páginas siguientes, sólo se dan referencias de elementos extraños cuya fuente puede ser difícil de localizar.

78Haldane sobre la apatía pública: q. Registro Anual, 245.

79El portavoz Lowther sobre los irlandeses: Ullswater, II, 85; “siniestro y poderoso” y “directo, obvio”: Morley, II, 349–50.

80“Antique gallo”: de un poema de un admirador que apareció en el Morning Post, q. Papa-Hennessy, 123.

81Canción de la asistenta: Sitwell, Great Morning, 57.

82“De alguna manera mantenía las cosas juntas”: Sackville-West, 307.

83Poema del laureado: Austin, II, 292.

84“Nuestros tenderos glorificados”: Lucy Masterman, de 200 años, le dijo Lloyd George.

85Lista de Asquith: Spender, Asquith, I, Apéndice.

86“Hablamos en serio”: Grooves of Change, 39.

87Huelga del transporte, “¡es revolución!” q. Halévy, VI, 456.

88Tom Mann encarcelado: Clynes, 154.

89Incluso el calor era “espléndido”: Sir Edward Grey, Twenty-Five Years, Londres, 1925, I, 238.

90Partido de Lady Michelham: Williams, 192–93.

91“Tu maldito palacio”: Birkenhead, 175.

92“Los soberanos de oro”: Cyril Connolly, reseña de Nowell-Smith, The Sunday Times, 18 de octubre de 1964.

93Último autobús tirado por caballos y preponderancia de mototaxis: Somervell, 28; Nowell-Smith, 122.

94Hugh Cecil: Churchill, 201; también Amid These Storms, de Churchill, Nueva York, 1932, 55; también Gardiner, Pilares, 39.

95La escena de Cecil: además de los relatos en la prensa diaria, hay ilustraciones de la escena en Punch, 2 y 16 de agosto; e ilustración. Noticias de Londres, 29 de julio.

96“Asamblea desordenada”, por primera vez: The Times, parl. corres., 25 de julio de 1911.

97De los seis compañeros que asistieron a la cena, ninguno había tomado una decisión: Midleton, 275.

98“Has olvidado el proyecto de ley del Parlamento”: Christopher Hassall, Edward Marsh, Londres, 1959, 173–74.

99“Un peligro real” y compañero disgustado: Newton, Retrospection, 187.

100Balfour, “nada más que políticos”: q. Joven, 315.

101 Homenaje a Asquith: discurso del Guildhall, 9 de noviembre, Cincuenta años, II, 129–31.

102 Wyndham, “era de hielo”: Blunt, II, 339.

8. La muerte de Jaurès

Bibliografía

BALABANOFF, ANGELICA, Mi vida como rebelde, Nueva York, Harper, 1938.

CERVEZA, MAX,*Historia general del socialismo y las luchas sociales, vol. II, Nueva York, Russell y Russell, 1957.*

BERNSTEIN, EDOUARD, Mis años de exilio, Nueva York, Harcourt, 1921.

BRAUNTHAL, JULIUS, En busca del milenio, Londres, Gollancz, 1945.

COLE, GDH, Una historia del pensamiento socialista, vol. III, La Segunda Internacional, 1889-1914, Partes I y II, Londres, Macmillan, 1956.

COLEMAN, MC ALISTER, Eugene V. Debs, Nueva York, Greenberg, 1930.

DE LEON, DANIEL, Linternas del Congreso de Ámsterdam, Nueva York, Labor News, 1929.

DESMOND, SHAW, La historia eduardiana, Londres, Rockliff, 1949.

DULLES, FOSTER RHEA, Labor in America, Nueva York, Crowell, 1960.

(L'EGLANTINE), Jean Jaurès; Feuilles Eparses, Bruselas, l'Eglantine, 1924.

FISCHER, LOUIS, La vida de Lenin, Nueva York, Harper, 1964.

FYFE, HAMILTON, Keir Hardie, Londres, Duckworth, 1935.

GAY, PEDRO,*El dilema del socialismo democrático: el desafío de Bernstein a Marx, Nueva York, Collier, 1962.*

JENGIBRE, RAYO,*The Bending Cross: una biografía de Eugene Debs, Universidad de Rutgers. Prensa, 1949.*

*GOLDBERG, HARVEY, La vida de Jean Jaurès, Univ. de Wisconsin Press, 1962.

GOMPERS, SAMUEL, Labor in Europe and America, Nueva York, Harper, 1910. (Para una autobiografía, véase el capítulo 3.)

HARVEY, ROWLAND HILL, Samuel Gompers, Universidad de Stanford. Prensa, 1935.

HENDERSON, ARCHIBALD, Bernard Shaw, Nueva York, Appleton, 1932.

HILLQUIT, MORRIS, Hojas sueltas de una vida ocupada, Nueva York, Macmillan, 1934.

*HUNTER, ROBERT, Socialistas en acción, Nueva York, Macmillan, 1908.

CONGRESO SOCIALISTA INTERNACIONAL, Actas; publicado de diversas formas. Nos. 1, 1889, París, y 3, 1893, Zurich, están en alemán y se titulan Protokoll. No. 4, 1896, Londres, está en inglés; Los números 2 y 5 a 8 están en francés y se titulan Compte rendu analytique. El número 5 fue publicado por los Cahiers de la Quinzaine, París, 1901.

JAURÈS, JEAN, Bernstein et l'Evolution de la Méthode socialiste (texto de una conferencia pronunciada en la Conferencia de Estudiantes Socialistas, 10 de febrero de 1900. Fechada erróneamente en 1910).

París, folleto del Partido Socialista, 1926.

JOLL, JAMES,*La Segunda Internacional, 1889-1914, Londres, Weidenfeld, 1955.*

KLEENE, GA, “Bernstein versus el marxismo de la 'vieja escuela'”, Annals of Am. Academia, noviembre de 1901, 1–29.

KRUPSKAYA, NADEZHDA K., Memorias de Lenin, 2 vols., tr., Nueva York, Internacional, 1930.

LORWIN, LEWIS, L., Labor and Internationalism, Nueva York, Brookings, 1929.

——, El Movimiento Laborista Internacional, edición revisada. de lo anterior, Nueva York, Harper, 1953.

MANN, TOM, Memorias, Londres, Labor Publishing Co., 1923.

ORTO, SAMUEL P.,*Socialismo y democracia en Europa, Nueva York, Holt, 1913.*

ROSENBERG, ARTURO,*El nacimiento de la República Alemana, 1871-1918, Nueva York, Russell & Russell, 1962.*

SCHORSKE, CARL E., Socialdemocracia alemana, 1905–17, Universidad de Harvard. Prensa, 1955.

STEWART, WILLIAM, J. Keir Hardie, Londres, ILP, 1921.

SUAREZ, GEORGES, Briand, sa vie, son œuvre, Vols. I y II, París, Plon, 1938.

TROTSKY, LEON, My Life, Nueva York, Scribner's, 1930.

*VANDERVELDE, EMILE,*Recuerdos de un militante socialista, París, Denoël, 1939.*

VAYO, JULIO ALVAREZ DEL, El último optimista, Nueva York, Viking, 1950.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de Jaurès son de Goldberg, de Debs de Ginger, de Bernstein de Gay, de Gompers, en el caso de datos biográficos, de su autobiografía y, en el caso de comentarios sobre el trabajo europeo, de su Labour in Europe. y América; por Vandervelde, DeLeon y otros, siguiendo el principio ya establecido, a partir de sus propios trabajos.

103En “silencio casi religioso”: Hunter, 319.

104Viena “paralizada por el miedo”: Zweig (ver cap. 6), 61; Braunthal, 56 años.

105Comentarios sobre el poema de Markham: Sullivan (véase el capítulo 3), II, 236-247.

106Clemenceau sobre Fourmies: Alexandre Zevaès, Histoire de la 3me République, París, 1926, 342.

107Taft sobre la huelga de Pullman: DAB, Taft.

108Los marxistas acusaron a los posibilistas franceses: Joll, 33 años.

109“¡No demoren la revolución!”: Bülow (ver capítulo 5), I, 672. Más tarde, Miquel se convirtió en conservador y ministro de Finanzas, 1890-1900.

110“Nada sino revolución”: DeLeon, 192.

111Aplausos para Pablo Iglesias: Hyndman, 396.

112Cipriani describió: Vandervelde, 44 años.

113Hunter en el Valle del Tirano: en Socialists at Work, 55.

114“Maldita falta de necesidad de los pobres”: la frase circulaba en ese momento sin una reivindicación clara en cuanto a la autoría. Sin

el adjetivo, apareció de forma anónima en un Fabian Tract de 1884, Why Are the Many Poor, y el profesor Gay lo atribuye a William Morris en su libro sobre Bernstein. Como Verdammte Bedürfnislosigkeit fue citado por Shaw en su Prefacio a Major Barbara, sin atribución pero sugiriendo un origen alemán. Aunque algunos eruditos alemanes se muestran reacios a especificar un origen, la atribución a Lassalle se hace bajo la autoridad de George Lichtheim en una carta al autor.

115Folleto en inglés sobre el Congreso de 1896: Walter Crane, Cartoons for the Cause, 1886–96, Londres, 1896.

116Congreso de Zurich: Vandervelde, 144.

117Shaw sobre Liebknecht: Henderson, 220.

118Kaiser sobre los socialistas: Michael Balfour, The Kaiser and His Times, Londres, 1964, 159.

119“De Balfour a la Primrose League”: Joll, 76 años.

120“La huelga general es un disparate generalizado”: ibíd., 53, n. 2.

121Primero de Mayo en Munich: Krupskaya, I, 67.

122Bebel, un “Káiser en la sombra”: Rosenberg, 44 años.

123Mommsen sobre Bebel: Hunter, 227; “acentos salvajes”: ibíd., 226; “enemigo mortal”: q. Pinson, 212; “Mira a esos tipos”: Chirol (ver Cap. 5), 274.

124Características de Adler: Braunthal.

Trotsky, Balabanoff, Joll, 38; “Despotismo mitigado por el descuido”: Braunthal, 52.

125“Más profundo que la doctrina”: Hunter, 134.

126Vandervelde habló con entusiasmo: Balabanoff, 15 años.

127“Con firmeza y temeridad”: Vandervelde, 46 años.

128“Torquemada en anteojos”: Nómada. Rebeldes (ver Capítulo 2). sesenta y cinco.

129“¿Qué haremos los socialistas…?”: Goldberg, 226.

130Jaurès, “Jubiloso y humorístico”: Hyndman, 398; “Le temblaron los hombros” y habló de astronomía en una cena: Severine, en l'Eglantine, 7–8; “Piensa con la barba”: Clermont-Tonnerre (ver cap. 4), II, 251.

131Vaillant sobre Jaurès: Hunter, 79.

132Clemenceau, “todos los verbos”: Roman (ver cap. 4), 91.

133El Congreso de Londres: Vandervelde, 145.

134Coronel del ejército en un club de Chicago: Ginger, 139.

135Orden judicial aconsejada por Grosscup y Wood: Allan Nevins, Grover Cleveland, Nueva York, 1932, 618.

136Roosevelt sobre “disparar”: Pringle (ver capítulo 3), 164.

137Reloj de oro de Theodore Debs: Coleman, 201.

138“Casi grotesco”: Hillquit, 93.

139“Dales el infierno, Sam”: Harvey.

140“Estas cuestiones de la clase media”: q. Dulles, 181.

141“Soy un hombre trabajador”: Hillquit, 95 años.

142“Lo confieso abiertamente…”: Braunthal, 91; Homosexual, 74 años.

143Se dijo de Adler: DeLeon, 37; su carta a Bernstein: Braunthal, 100.

144“Alto, delgado, disecado” y “¡Abajo Liebknecht!”: Goldberg, 262.

145El arrepentimiento de Erhard Auer: DeLeon, 66–67.

146Debate sobre calzones hasta la rodilla en Dresde: Gay, 232, n. 39.

147Rosa Luxemburgo: Balabanoff, 22 años; Vayo, 61 años.

148Estimación de Georg Ledebour: Trotsky, 215.

149Resolución de Dresde: Pinson, 215-16.

150“Weltpolitik sin guerra”: ibíd., 214.

151Congreso de Ámsterdam: Vandervelde, 152–62; De León, passim.

152Bebel llevaría un rifle al hombro: Vandervelde, 161.

153Isvolsky sobre Briand y Viviani: Goldberg, 455.

154“Masacre diabólica”: Clynes, 103.

155Los italianos saludan la Revolución Rusa: Balabanoff, 54 años.

156Huelga por el sufragio en Austria: Braunthal, 64–68.

157“Bien, propiedad, propiedad”: q. Goldberg, 363.

158Carta de Debs de diciembre de 1904: Coleman, 227–28.

159“Haz de instintos primitivos”: q. Dulles, 211.

160“Lentamente se abrió camino”: Ernest Poole, q. Jengibre, 281.

161Congreso de Mannheim: Schorske, 56.

162Discurso de Noske en el Reichstag: Pinson, 215.

163Hervé; “Responderemos…”: DW Brogan. Francia bajo la República, 429.

164“En cada estación de ferrocarril”: M. Auclair, La Vie de Jean Jaurès, q. Goldberg, 381.

165Visita de Hatfield: Vandervelde, en l'Eglantine, 38–40.

166Mussolini describió: Desmond, 207.

167Policía en globos sobre Stuttgart: The Times, 19 y 20 de agosto de 1907.

168Incidente de Queich: Balabanoff, 82 años; Trotski, 205.

169Georg von Vollmar citado: Pinson, 215-216.

170Clemenceau sobre el destino de Jaurès: en l'Homme Libre, 2 de agosto de 1914.

171Los trabajadores “enfurecidos” se levantarían: Braunthal, 106 años.

172“No os engañeis”: Desmond, 206.

173Jaurès en Tubinga: Vandervelde, 167.

174“Ese es Lenin”: q. Fischer, 58 años.

175Los parlamentos de Lenin con Bebel: proporcionado al autor por Louis Fischer de “El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart” de Lenin, Works, 5ª ed., Moscú, 1961, XVI, 67–74, 514–15.

176Resolución de Stuttgart: Cerveza, II, 156.

177Arbeiter-Zeitung de Viena: q. Trotski, 211.

178Blatchford y Hyndman para el servicio militar obligatorio: Halévy (ver capítulo 1), VI, 395.

179Hardie creía “absolutamente”: Clynes, 25 años.

180“Sonoridad madura”: informe en Le Peuple, q. Vandervelde, 170.

1818.000.000 de votantes socialistas: The Times, 31 de agosto de 1910.

182Hardie en Copenhague: Cole, 83–84; Hughes, 197–198; Estuardo, 302.

183La ITF y la guerra de los bóers: información proporcionada por KA Golding, Secretario de Investigación, ITF, Londres.

184Huelga de la ITF de 1911: discusión previa sobre la huelga de Copenhague en 1910, publicada en The Times, 25 al 29 de agosto. Desarrollos posteriores del Sr. Golding.

185El socialismo alemán parecía “irresistible”: Braunthal, 46 años.

186Debate de Scheidemann: The Times, 19 de

febrero, 9 de marzo de 1912.

187“¿Nosotros los revolucionarios?”: Trotsky, 213.

188Catedral de Basilea, consecuencias “peligrosas”: Registro Anual, 1912, 367.

189Discurso de Jaurès: Joll, 155.

190Un estudio de la vida estudiantil francesa: Les Jeunes Gens d'Aujourd'hui, q. Wolff (ver capítulo 5), 275.

191“Si estas fueran mis últimas palabras”: Brockway, 39 años.

192Vorwärts sobre el ultimátum austriaco: Vayo, 78.

193“Confiamos en Jaurès”: Zweig (ver cap. 6), 199.

194La propuesta de Jouhaux a Legien: Joll, 162.

195 *La Bataille Syndicaliste: ibíd., 161.*

196Conferencia de Bruselas: Balabanoff, 4, 114–18; Vandervelde, 171; Estuardo, 340; Joll, 164.

197Hardie, “Sólo la unión”: Fyfe, 136.

198Jean Longuet citado: Goldberg, 467.

199Bethmann-Hollweg: Joll, 167.

200La muerte de Jaurès:*Humanité, Figaro, Echo de Paris, 1/2 de agosto.*

201Socialista español en Leipzig: Vayo, 81.

202Bernstein, “puente dorado”: Hans Peter Hanssen, Diario de un imperio moribundo, Universidad de Indiana. Prensa, 1955, 15.

203Kaiser, Deschanel, Jouhaux: The Times, Echo de Paris, 5 de agosto.

Epílogo

1Graham Wallas: Prefacio a la 3.ª ed. de la naturaleza humana en la política, 1921.

2Emile Verhaeren: La Belgique sanglante, París, 1915, Dédicace, sin paginar.

Sobre la Autora

BARBARA W. TUCHMAN alcanzó prominencia como historiadora con The Zimmermann Telegram y fama internacional con The Guns of August, un gran éxito de ventas y ganador del Premio Pulitzer. Siguieron cinco libros más: The Proud Tower, Stilwell and the American Experience, in China (también galardonado con el Premio Pulitzer), A Distant Mirror, Practicing History, una colección de ensayos y The March of Folly. El primer saludo fue el último libro de la señora Tuchman antes de su muerte en febrero de 1989.

Table of Contents

Otros libros de este autor
Pagina del titulo
Expresiones de gratitud
Contenido
Ilustraciones
Prefacio
1. Los Patricios: Inglaterra: 1895-1902
2. La idea y la acción: los anarquistas: 1890-1914
4. "¡Quiero lucha!": Francia: 1894-99
5. El continuo redoble del tambor: La Haya: 1899 y 1907
6. “El heroísmo está en el aire”: Alemania: 1890-1914
7. Transferencia de poder: Inglaterra: 1902-11
8. La muerte de Jaurès: Los socialistas: 1890-1914
Epílogo
Referencias
Sobre el Autor